



# ***TESIS DOCTORAL***

## ***La transición invisible: transformaciones epistémicas y proyecciones de la ciudadanía, su conciencia y acción política en el Chile contemporáneo (siglos XX y XXI)***

**Autor:**

**Pablo Gómez Manzano**

**Director/es:**

**Carlos Thiebaut Luis-André**

**Gabriel Salazar Vergara**

**Tutor:**

**Carlos Thiebaut Luis-André**

**DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES: FILOSOFÍA, LENGUAJE Y  
LITERATURA**

Getafe, Abril de 2016





## TESIS DOCTORAL

# LA TRANSICIÓN INVISIBLE: TRANSFORMACIONES EPISTÉMICAS Y PROYECCIONES DE LA CIUDADANÍA, SU CONCIENCIA Y ACCIÓN POLÍTICA EN EL CHILE CONTEMPORÁNEO (SIGLOS XX Y XXI)

**Autor:** *Pablo Gómez Manzano*

**Directores:** **Carlos Thiebaut Luis-André**

**Gabriel Salazar Vergara**

Firma del Tribunal Calificador:

Firma

Presidente: (Nombre y apellidos)

Vocal: (Nombre y apellidos)

Secretario: (Nombre y apellidos)

Calificación:

Getafe, de de 2016



<b>Agradecimientos .....</b>	<b>9</b>
<b>Mención internacional: Resumen de la tesis .....</b>	<b>15</b>
<b>International mention: Dissertation abstract.....</b>	<b>17</b>
<b>Introducción .....</b>	<b>19</b>
<b>Capítulo 1: Los relatos transicionales «visibles» en la construcción identitaria del Chile contemporáneo.....</b>	<b>41</b>
<i>Excurso Interpretativo: Antípodas históricas de los relatos transicionales: el populismo desarrollista dentro del marco de la legalidad constitucional (o, «cómo devenir de movimiento social con germen de autonomía ciudadana a movimiento de masas»)</i> .....	46
El Movimiento Social de los «actores» (gremios) de 1918-1925 .....	48
Radiografía de una derrota .....	49
<i>Estudio de los 3 grandes relatos transicionales de la segunda mitad del siglo xx chileno</i> .....	63
1. «Transición al socialismo» .....	64
1.1. Del «desarrollismo» al «nacional populismo»: antecedentes condicionantes relativos a la estructura del sistema político .....	64
1.2. La fase final del «nacional populismo»: el proyecto «sui generis» de Socialismo acomodado en el entramado del Estado Liberal de Derecho.....	70
1.3. Referendum v/s Plan Vuskovic: dícese de cómo una táctica agresiva no necesariamente conduce a una estrategia victoriosa en un escenario tan disputado.....	76
1.4. El fracaso de la «transición al socialismo» más allá de la estocada golpista: la «discordancia de los tiempos» entre el Poder Popular y la Unidad Popular (o, el desprecio cupular respecto de la activa participación ciudadana en la toma de las decisiones políticas) .....	80
1.5. Hacia un balance crítico respecto de la «Transición al Socialismo».....	83
2. «Transición al orden» .....	87
2.1. Sobre las (im)precisiones de los contornos .....	87
2.2. Antípodas del «Orden»: haciéndole sitio desde las aulas universitarias ....	88
2.3. Las distintas caras de la idea de «Orden».....	92
2.3.1. El «Orden» económico: el radical <i>laissez-faire</i> de los <i>Chicago boys</i> ..	92
2.3.2. La faz terrorífica: el «Orden» como “limpieza de la política” del país de acuerdo a la doctrina militar de la «Seguridad Nacional».....	97
2.3.3. El «Orden» institucional: la Constitución de 1980 como broche de acero para hacer virtualmente imperecedero el modelo del «Orden» .....	102
2.3.3.1. La Constitución de 1980, el mecanismo estratégico para la petrificación del «Orden» .....	105
3. «Transición a la democracia» .....	116
3.1. Democracia como «ausencia de dictador» .....	118
3.2. «La alegría ya viene», un edulcorado soporífero .....	120
3.3. La épica de la «conquista» de la democracia como antifaz de la consolidación del «Orden»: Disposiciones transitorias de la Constitución y «Período de (des)gracia» .....	122

<i>Postrimerías a los relatos transicionales</i> .....	129
1. Postpinochetismo, ¿Y la democracia cuándo? .....	129
1.1. Gatopardismo institucional: todo cambia para que nada cambie .....	131
1.2. Neutralización de la agencia ciudadana y estancada levedad de la agencia concertacionista: el principio del fin de la inocencia .....	133
1.3. Individuación en el «Neoliberalismo con rostro humano»: de la «rebeldía adaptativa» a la narrativa de un «hacer irreflexivo» (en el que los individuos no “eligen” ni “deciden”) .....	137
2. No hay mal que dure 100 años: ¿Una «transición invisible»? .....	141

**Capítulo 2: Propositiones teóricas para una «transición invisible»: Algunos aspectos críticos de la «Modernidad» y articulación de algunos tentativos «antídotos» a sus malestares..... 157**

<i>Formación de la conciencia moderna en el ámbito de la «Sociología del Conocimiento»</i> .....	167
«Modernización» como «Occidentalización» .....	168
Objeto, método y posibilidades de la «Sociología del conocimiento».....	169
Producción tecnológica y conciencia moderna .....	171
Burocracia y conciencia moderna.....	174
Pluralización de los mundos de vida y conciencia: la falta de «hogar» .....	178
Portadores y paquetes de la Modernidad .....	181
Descontentos frente a la Modernidad .....	184
Resistencias a los descontentos de la Modernidad .....	190
Participación como desarrollo .....	193

<i>Ausencia y reaparición del Sujeto como espejo de una modernidad en crisis en la «Sociología de la acción»</i> .....	202
Touraine y Chile .....	203
Antecedentes de una «Crítica a la Modernidad» .....	210
El Sujeto como disidente .....	218
El Sujeto y la Nación .....	225
El Sujeto como un «equilibrio inestable» .....	228
El Sujeto y la formación de sí mismo como presupuestos para la democracia y la ciudadanía.....	229
Depurando la idea de democracia.....	232
El devenir de la sociología de Touraine: de la «Sociología de la acción» a la «Sociología del Sujeto» .....	234
Hacia una «Sociología del Sujeto» para la «transición invisible».....	239

<i>Una reformulación de la «Ética de la autenticidad» como centro de la moralidad para el Sujeto recuperado</i> .....	243
Atomismo y primacía de la razón instrumental, dos caras de una misma moneda .....	255
Las distintas dimensiones de la «inarticulación» .....	257
La necesidad de «articular» para reinterpretarnos y redescubrirnos .....	262
La «transición invisible» como reconocimiento de la necesidad de «articulación» .....	267

<i>La «transición invisible»: Una nueva manera de ser ciudadano.....</i>	<i>271</i>
¿Qué entendemos en Chile por «ciudadanía»?.....	277
La «transición invisible» como una nueva ciudadanía posible .....	284
Balance crítico de las posibilidades de la política deliberativa habermasiana en Chile.....	297
La democracia como práctica .....	302
 <b>Capítulo 3: Articulación actual y perspectivas de la «transición invisible»: .....</b>	<b>311</b>
 <i>Excurso Interpretativo:.....</i>	<i>317</i>
<i>Una crónica contemporánea sobre el Proceso Constituyente que se abre: confrontación de escenarios y actores sociales involucrados en su reflexión. ....</i>	<i>317</i>
 <i>Límites y posibilidades de la «Transición Invisible» .....</i>	<i>341</i>
1. La enervante levedad de la Clase Política Civil .....	354
2. La efectiva potencia del autoconocimiento .....	363
Aporías de nuestra imaginación de cara al futuro .....	366
Retos del autoconocimiento concernientes a los procesos de reescritura del pasado y su grado de encarnación en la conciencia presente .....	370
1) El Manifiesto de Historiadores .....	373
2) La «afirmación de la afirmación».....	376
 <b>Conclusiones.....</b>	<b>389</b>
<b>International mention: Final remarks .....</b>	<b>403</b>
<b>Bibliografía.....</b>	<b>415</b>





## AGRADECIMIENTOS

Al reabrir un casi olvidado archivo de Word que vive recónditamente en mi *notebook*, y que por la naturaleza de su contenido podría concebirse como una suerte de «diario» (siguiendo la categorización que a este respecto ha dispuesto Elías Canetti en un ensayo contenido en *La conciencia de la palabras*), observé que en una de sus primeras anotaciones, hecha durante algún indeterminado día de noviembre o diciembre de 2012, además de dejar constancia de que en esa época me encontraba temporalmente viviendo en Bogotá (realizando una estancia internacional de investigación doctoral junto al grupo de *Democracia y Justicia* de la Universidad del Rosario, dirigido por la Dra. Camila de Gamboa y bajo la tutela directa de Tatiana Rincón Covelli, a quienes desde ya agradezco), también dejaba huellas de una angustia existencial que me embargaba al comenzar la etapa doctoral: estructurar y plantear la idea de este proyecto conjugando mis inquietudes e inclinaciones intelectuales transfronterizas con el rigor de lo que se espera de un trabajo doctoral de largo aliento.

Hoy, unos cuantos años después, con el resultado finalizado de esta primera inmersión en serio en el camino de la investigación, al echar la vista atrás advierto al menos dos cosas: por una parte, me doy cuenta de que aquella angustia existencial sumada a una forma de subjetividad que Carlos Thiebaut caracterizara como «poscreyente y reflexiva», son condiciones que llegaron para quedarse y habitar en mí. Las dudas y el hambre de conocimiento no cesan, sino que por el contrario aumentan y se complejizan abriendo constantemente nuevos derroteros. Por otra parte, y teniendo a la vista que este no es más que un primer e ínfimo paso iniciático en lo que a la trayectoria en investigación respecta, advierto que este pequeño gran paso ha de todas maneras requerido para su existencia de la mediación de una serie de instituciones y personas, que de una u otra manera, se han involucrado conmigo durante esta etapa de mi vida y sin cuyos diferentes tipos de vínculos habría sido imposible ofrecer este trabajo culminado. Por ello es que quisiera agradecerles sentidamente, disculpándome desde ya con quienes mi frágil memoria sea injusta y no se hallen pormenorizados sus aportes.

Como lo dije años atrás al momento de sustentar el trabajo fin de master, prefiero ser extenso en materia de agradecimientos: cuando se pronuncian sentidamente

como es el caso, junto con no estar demás, son una oportunidad única para enmendar los algunos equilibrios de la armonía de la existencia, dado que si atendemos a las innumerables maneras en que nuestras vidas se sostienen en otr@s, las posibilidades de agradecer nunca son suficientes y la praxis de la vida cotidiana no estimula precisamente la existencia de espacios especialmente encomendados para rituales de agradecimiento y tributo a quienes determinan que seamos quienes somos. De esta manera, las páginas iniciales de una tesis y algunos minutos dentro de una sustentación representan para mí ocasiones que hacen justicia (aun precaria) a la necesidad de agradecer y que por lo mismo deseo aprovechar lo más que pueda. Hecha esta advertencia al lector acerca de la justificada extensión de estos agradecimientos, invito a quienes estas palabras les resulten ajenas a pasar directamente a la Introducción y, por el contrario, a quienes se sientan interpelados por el sentido de mis agradecimientos, les invito a seguir su lectura.

Comenzaré por agradecer de manera bien particular a la Escuela de Derecho de la Universidad de Valparaíso en la que me formé como Abogado y Licenciado en Ciencias Jurídicas. Sin la metodología de aprendizaje, enseñanza y evaluación altamente exigente no habría logrado incorporar el rigor y capacidad de estudio para acometer un trabajo de largo aliento como es esta tesis doctoral, a la vez que el estudio en esta Escuela me proporcionó una comprensión del fenómeno “Derecho” sumamente exhaustiva de su *ser* en ciertos aspectos, sin cuyo conocimiento habría sido probablemente imposible abrazar a *contrario sensu* una voluntad y una perspectiva más crítica (respecto a su *deber ser*), ya no solo respecto al derecho, sino que también respecto a otros fenómenos sociales con los cuales el Derecho tiene una muy estrecha relación de interdependencia. No puedo dejar de mencionar los muchos y muy buenos recuerdos de los excelentes compañeros y amigos que hice por su paso así como también las memorias de las instancias formativas extracurriculares (como el grupo de Cine y Derecho, mano a mano con Felipe *Felo* González) de las que formé parte y a las que mi trayectoria debe muchísimo. En ese sentido debo subrayar especialmente la importancia de don Agustín Squella Narducci, quien en lo formalmente curricular (al comenzar el estudio del Derecho con “Introducción al Derecho” y al finalizarlos con la asignatura de “Filosofía del Derecho”), pero sobre todo en lo extracurricular (su permanente y atenta colaboración con el grupo de Cine y Derecho; sus amables consejos y recomendaciones sobre que rumbos seguir en estudios de postgrado), ha

significado un importante apoyo y ejemplo para emprender un rumbo alternativo al que se espera del arquetípico devenir de un joven abogado.

Agradezco también a CONICYT y su programa de formación de capital humano avanzado por haberme concedido la Beca Chile para Doctorado en el Extranjero, sin cuyo financiamiento la sola idea de pensar en hacer el Doctorado en Humanidades de la Universidad Carlos III de Madrid hubiera parecido una quimera.

Agradezco también al Departamento de Humanidades: filosofía, lenguaje y literatura, de la Universidad Carlos III de Madrid que me permitió primero, por la vía del programa general de ayudas para el estudio de másteres oficiales, formar parte de su familia y cursar el Master de Teoría y Crítica de la Cultura que fue para mí como una epifanía, que me permitió recobrar las ansias y el amor por el conocimiento (atrofiados por una larga temporada en la que el aprendizaje se significó con un sistemático y tedioso ejercicio de memorización), dejándome al descubierto una escondida vocación por la investigación. Agradezco también al Departamento de Humanidades la posibilidad que me dio de impartir docencia universitaria, pues esta experiencia me permitió descubrir que, complementariamente a mi naciente amor por la investigación, de forma paralela albergaba en mí una recóndita vocación por la enseñanza. Al hacer este repaso por el Departamento de Humanidades de la UC3M, no quisiera olvidarme de mencionar específicamente a algunas personas que como Ana Belén Hormigos hacen un trabajo más anónimo, ni tampoco de algunos profesores cuya enorme calidad profesional solo se vio sobrepasada por su todavía mayor calidad humana: pienso en profesores como Antonio Gómez Ramos, José Medina, Alberto Elena (Q.E.P.D.) y muy especialmente Fernando Broncano, un referente intelectual enorme para todos quienes hemos tenido la fortuna de cruzarnos por su camino y cuyo constante preocupación por sus alumnos y compañeros, le convierten además de en una influencia intelectual decisiva, en un formidable amigo y compañero de luchas.

Quisiera también agradecer al Instituto de Derechos Humanos Bartolomé de las Casas, y en particular a su Taller de Teoría Crítica por ser un espacio auténticamente interdisciplinar que acogió “ovejas negras” del Derecho como yo. Un agradecimiento muy sentido en este acápite a sus coordinadores, Silvina Ribotta y Carlos Lema Añón, que han construido este espacio transfronterizo con una cuota adicional de dedicación y amor, que más allá de consolidar este espacio universitario, ha permitido con el paso de

los años, en conformarle como una auténtica familia en la que prima la amistad y fraternidad de todos sus miembros. No me olvido de sus hijos Tiago y Antía, que irradian toda el alma bella de sus padres.

El trabajo intelectual de la tesis, al igual que la «transición invisible» es un proceso de larga y lenta sedimentación. Unos conocimientos llevan a otros, estos a otros y así sucesivamente, pudiendo transformarse en un infinito deambular. Este largo proceso de elaboración de tesis es también un periodo de muchísima libertad, pero a la vez de muchísimo trabajo, que pone a prueba la responsabilidad y autonomía del doctorando. Ser el propio jefe de uno es mucho más difícil de lo que parece. Para transitar este camino sin quedarse atrapado ni abrumado, resulta fundamental contar con una buena guía. Sin ningún temor a equivocarme diré que no podría haber contado con un mejor tutor y director de Tesis. También diré que calificarle como el mejor en esos ámbitos me parece mezquino: la extensión de la influencia de cuanto he llegado a conocer de la infinita humanidad de Carlos Thiebaut es ya insondable en mí. Además de ser todo un privilegio, contar con la atenta dedicación y sabiduría de Carlos durante estos años ha sido determinante para mi propia construcción subjetiva. Podría extenderme hasta el infinito relatando sus numerosas virtudes pero creo que el mejor y más sincero comentario con el que puedo dejar constancia cuan hondo es mi agradecimiento y admiración para su persona consiste en afirmar que ya desde hace ya un tiempo le veo como el espejo en el que quisiera reflejarme.

Parte de la sabiduría de Carlos Thiebaut, al modo de Sócrates, ha sido reconocer su ignorancia respecto de áreas del conocimiento que le son ajenas. En ese sentido, me advirtió la necesidad de obtener la codirección de la tesis por parte de algún entendido en la historia contemporánea de Chile. Mi fortuna no ha podido ser mayor en este aspecto, al conseguir que sea el mismísimo Gabriel Salazar Vergara a quien tanto cito, quien haya aceptado la codirección. Su obra y proyecto intelectual han sido fuente y caudal no solo para mí sino que, por fortuna, también para muchísimos más compatriotas que soñamos y creemos en la posibilidad de un Chile diferente, un Chile que don Gabriel nos ha enseñado a través de su perspectiva historiográfica que está a nuestro alcance y que depende de nosotros, los sujetos populares, a través del empoderamiento de nuestra experiencia histórica y de nuestra capacidad de constituir nuestro propio poder a través de los lazos que nos unen. Pese a ser una personalidad pública, cuya abultada agenda entre el activismo y la academia está plagada de

numerosos compromisos (solos superables en cantidad por los proyectos de tesis en revisión que pueblan su despacho), don Gabriel no tuvo reparos en sumar una nueva ocupación, dedicando parte importante de su valioso tiempo en coordinar el trabajo de la tesis y revisándole desde las áreas de su competencia. Le estaré eternamente agradecido por esta labor que demuestra la desinteresada vocación del profesor Salazar así como el enorme compromiso que demuestra su proyecto intelectual.

Luego también urgen los agradecimientos para los amigos que me acompañaron en la cotidianeidad de este andar por la Universidad Carlos III y por España: Inacio Valentim, Paloma Fernández, Minerva Campos, Federico Baricci, Jorge Fernández, Cristina Peralta, María Papelillo, Ricardo Espitia, Julián Gaviria, Ana Catalina, Sebastián Escobar, Rubén García Higuera, Jorge Cruz Buitrago, Santiago Peña, Diego Peña, Ana Cristina Portillo, Diana Téllez, Mónica Mazariegos, Gregorio Saravia, Juan Jesús Garza Onofre, Carlos Asunsolo, Begoña Cabezas, Luís Lloredo Alix, Estibaliz Espejo-Saavedra Hormaechea, Álvaro Benavides, Gabriela Morales, Micaela Alterio, Roberto Niembro, María Isabel Ocampo Tallavas, Juan Jorge Bautista Gómez, Francisco Vega, Mar Indo, Paz Vega, Jorge Salas, Paula Arangio, Andrea Medalla y Luis García Domínguez. Muy especialmente agradezco a mis entrañables “bonitos geni@s morales”: Elisabeth Alcorta, Belén Pascual, Jacqueline Colmenares (y a su madre y herman@s), Massimiliano Sassi (y su *mamma* y *pappo*) y Santiago de Urraza Farrell (y, cómo no, a sus hermanit@s y a la gran matriarca Alejandra Farrell). Los agradecimientos a Jacqueline Colmenares son dobles: además de ser una maravillosa amiga, revisó con esmero la ortografía y gramática de este texto, gracias a lo cual esta versión algo más definitiva del texto ha dejado atrás innumerables erratas que dificultaban su adecuada lectura, perviviendo, creo, tan solo aquellos que por tozudez mía o por falta de tiempo ofrecieron resistencia a los sabios consejos de Jacq.

Esta tesis que comenzó a desarrollarse en Colombia y siguió su curso en España, tiene como eje fundamental el estudio de la sociedad y ciudadanía chilena contemporánea. Ha sido desde la presencia y persistencia de Chile, en la mente, emociones y afectos que he escrito esta tesis. Y desde noviembre de 2014, también he escrito una gran parte de ella nuevamente inserto en su espacio geográfico. Desde esa fecha han sido imprescindibles los viejos y nuevos amigos para hacer menos turbulento el retorno al país: pienso especialmente en mis querid@s lolosauri@s, en varios de mis viejos compañeros de Derecho de la Universidad de Valparaíso y también en mis

amig@s de la vida Francisco Rebolledo, Iván Piña y Carla Guerra. Pienso también en los compañeros de espacios de estudio de la Biblioteca Severín y de la Biblioteca de Humanidades de la Universidad de Valparaíso, a propósito de la fraternidad espontánea que ha surgido entre algunos de nosotros, apoyándonos en nuestros distintos proyectos personales.

Un capítulo aparte lo constituyen Cristopher Corvalán y Daniela Fernández Basignan. Fueron la familia que nos faltaba en Madrid y siguen siendo además los mejores amigos, compadres y padrinos que podríamos tener a nuestro lado, aun en la distancia espacial. Las palabras son efímeras para expresarles todo el cariño y agradecimiento que siento por ustedes.

Luego, nada de esto sería posible sin el amor de la familia que está en todo momento acompañándome. Agradezco a toda la familia extendida (y muy especialmente a mi hermano Pepe, mis cuñadas Alejandra y María y mis sobrinos Javier, Matías y Pipe) por todo el cariño que me dan. Mención aparte para la mami Yaya, el tata Ernesto, el tata Pepe y la nana Rosa, porque sin su infinito amor y cuidados jamás podría estar escribiendo ahora estos agradecimientos. Gracias especialmente por ser los mejores padres, suegros y abuelos y amar con tanta devoción a su nieto Lautaro.

*Last but not least*, agradezco a las dos personas más importantes de mi vida: mi compañera Ana y mi hijo Lautaro, mi familia, cuya cotidiana presencia, sin importar la dificultades que presente la vida, hace que cada día de mi vida sea, además de dichoso, un constante ejercicio de agradecimiento.

## **MENCIÓN INTERNACIONAL: RESUMEN DE LA TESIS**

El trabajo de tesis titulado «la transición invisible» tiene por objetivo principal la proposición de un nuevo paradigma de relato transicional, surgido «desde abajo y desde dentro», capaz de dar cuenta de las transformaciones epistémicas que han ido aconteciendo respecto de la subjetividad, la conciencia y la acción política de la ciudadanía contemporánea de Chile. Se trata de un enfoque transicional novedoso que refiere a un proceso que ha tenido un curso de existencia subterráneo y a contracorriente de los grandes procesos transicionales que se han sucedido en el nivel de la superficie, desde la institucionalidad y con una vocación vertical descendente que ha colonizado la narración de la historia chilena contemporánea.

Este trabajo de tesis está dividido en 3 partes: en su primer capítulo, se efectúa un repaso por la historia contemporánea de Chile, vista como una sucesión de narrativas transicionales «oficiales» que han compartido, más allá de sus diferencias ideológicas, una raíz epistémica similar, en cuanto a definirse como imposiciones impuestas por el poder estatal para configurar el orden social y las subjetividades de acuerdo a los hitos y concepciones escogidos por cada relato para marcar el sentido del «nosotros» compartido. El enfoque crítico de la perspectiva de análisis escogida (concatenada como un juego de voces que conjugan la historia social e institucional, la ciencia política y la sociología nacionalmente situada) nos pondrá hacia el final de este primer capítulo frente a la existencia de una serie de acontecimientos observados como aislados que, sin embargo, debidamente articulados, pueden tener la posibilidad de representar un contrapoder al que nada más dejaremos presentado bajo la idea de concebirle como una «transición invisible» de la ciudadanía.

En la segunda parte de esta tesis, se propondrá un curso de mayor abstracción y metateorización para construir unos fundamentos teóricos que nos permitan articular el corpus de acontecimientos denunciados hacia el final del primer capítulo como componentes de una transformación epistémica que llamamos «transición invisible». Este camino alternará la teorización respecto del desarrollo de la conciencia moderna; de la subjetividad individual y colectiva; de las posibilidades de articulación de la sociedad en un sentido antiatomista; y de la eventualidad de construir una nueva ciudadanía y a su vez, una nueva política, por medio del principio discursivo y el

ejercicio de una política deliberativa. Seguiremos para la teorización de cada uno de estos apartados, el siguiente orden respectivo: la sociología fenomenológica de Peter Berger; la sociología de la acción y del Sujeto de Alain Touraine; la filosofía moral y política de Charles Taylor; y finalmente, la teorización realizada por Jürgen Habermas, acompañada por los aportes atemperados respecto a la democracia deliberativa de Carlos Santiago Nino.

En la parte final de esta Tesis, proponemos en sus primeros pasajes un descenso desde la precedente teorización hacia la praxis, por medio del análisis situado en la contingencia chilena del proceso constituyente en ciernes, a modo de poner a prueba el cambio epistemológico de la ciudadanía y la posibilidad más o menos cierta de llevar a cabo un ejercicio poco habitual de política deliberativa entre ciudadanos e institucionalidad. Como resultado de este contraste entre teoría y efectiva praxis, hacia el final de este último capítulo se ofrecerá un balance respecto de los límites y posibilidades para la cristalización de las transformaciones que se van operando con la «transición invisible», centrado, por un lado, en el análisis de los aspectos ajenos al control de la ciudadanía («la enervante levedad de la clase política civil») y, por otro lado, aquellos que dependen de sí, fundamentalmente vinculados al desarrollo de su autoconocimiento respecto del pasado común (reelaboración del pasado reciente común a partir de la «afirmación de la afirmación» que denuncia los silencios, confusiones y deja a la vista algunos puntos ciegos) y a la vez también de la adecuada representación de un futuro común por hacer, por medio del ejercicio de una «política de lo imposible» que de todas maneras se mantiene cauta respecto de las aporías de la imaginación futura.

En suma, el enfoque de esta tesis ha estado puesto en el estudio de las transformaciones operadas en el nivel de la ciudadanía (y desde ella misma) en contraste a las narrativas oficiales centradas en la preservación del orden social a través de su control vertical-descendente. He querido ofrecer una teorización conceptual situacional para el caso concreto de la ciudadanía chilena, a partir de sus propias prácticas e historia, auxiliada por la teorización foránea en la medida de que esta, debidamente reinterpretada, ha tenido potencial para aplicarse localizadamente. Finalmente, es una invitación a discutir las posibilidades de construir colectivamente una nueva institucionalidad democrática, más participativa y deliberativa, a partir del progresivo empoderamiento de la capacidad de agencia de la ciudadanía chilena.



## INTERNATIONAL MENTION: DISSERTATION ABSTRACT

The main aim of this thesis, titled «The Invisible Transition», is to propose a new paradigm to account for a transition «from the bottom and from within», capable of explaining the epistemic transformations that have occurred to the subjectivity, conscience and political action of contemporary Chilean citizens. It deals with a novel transitional focus that refers to a process that has existed underground and which goes against main, visible transitional processes, as a result of institutionalism and with both a vertical and downwards emphasis that has colonised the narration of contemporary Chilean history.

This thesis is divided into three parts: in the first chapter, a review of contemporary Chilean history is carried out. This is seen as a succession of «official» transitional narratives that, beyond their ideological differences, share similar epistemic roots, defining themselves as impositions exacted by the State power to configure social order and subjectivities, depending on the events and ideas chosen by each narrative to mark the shared sense of «us». The critical focus of the analytical perspective chosen (linked together as a chain of voices combining social and institutional history, political science and nationally-placed sociology) brings us, towards the end of this chapter, to a series of events that appear isolated but which, when duly articulated, make the representation of a counter-power possible, which we will simply suggest calling the «invisible transition» of citizenship.

In the second part of this thesis, a more abstract path is followed and meta-theorising made to construct the theoretical fundamentals that articulate the events described towards the end of the first chapter as components of an epistemic transformation that we call the «invisible transition». This path alternates between theorising about the development of modern consciousness, individual and collective subjectivity, the possibilities of society articulating itself anti-atomistically and the eventual construction of a new kind of citizenship and, on the other hand, a new policy with discursive principals and the use of a deliberative policy. This continues with theorising on each section in the following order: Peter Berger's phenomenologist sociology, Alain Touraine's sociology of action and subjects, Charles Taylor's moral

and political philosophy and, finally, the theorising of Jürgen Habermas, accompanied by Carlos Santiago Nino's moderate contributions on deliberative democracy.

At the beginning of the final part of this thesis, we propose moving from theory to practice, through an analysis situated in the Chilean context of this budding process, in order to put the epistemological change to citizens and the relatively certain possibility of carrying out the unusual exercise of deliberative politics between citizens and institutions to the test. As a result of this contrast between theory and practice, towards the end of this last chapter, an evaluation of the limits and possibilities of the materialisation of the transformations that operate in the «invisible transition» is offered. On one hand, this is based on an analysis of the aspects that are beyond citizens' control («the unbearable lightness of the civil political class») and, on the other, on those that depend on it, fundamentally linked to the development of a self-awareness of the common past (recreating the recent version of this by the use of a new epistemology known as «affirmation of the affirmation», reporting silences and confusion and leaving certain blind spots in plain sight). At the same time, the appropriate representation of a common future is made, through the exercising of a «policy of the impossible» which, in any case, is cautious regarding the paradoxes of the future imagination.

In summary, the focus of this thesis is placed on the study of the transformations that operate at (and from) a citizen level, as opposed to the official narratives based on the preservation of a social order through vertical-downward control. Helped by outside theorising, the aim is to offer conceptual situational theorising on the specific case involving Chilean citizens and on their own practices and history, which, duly reinterpreted, has had the potential to be applied locally. Finally, this thesis is an invitation to discuss the opportunity to collectively construct a new, more participative and more deliberative democratic institutionalism from the progressive empowerment of Chileans and their capacity for agency.

*Para Ana y Lauti,*

*Por amor y con amor*



## INTRODUCCIÓN

*La idea de «América» es parte del relato histórico europeo, ya que los millones de personas que poblaban el «territorio» no se les permitía narrar sus propias historias. Ellos tenían relatos diferentes del origen y la evolución de los seres humanos, del concepto de «humano» en sí, del conocimiento o la organización social, por dar solo algunos ejemplos.*

WALTER MIGNOLO, *La idea de América Latina*

La observación proferida en el epígrafe, de autoría de Walter Mignolo (una de las más prominentes figuras de la corriente de pensamiento conocida como «el giro decolonial»), puede ser leída como un casi inevitable vástago de «colonialidad» (invisible y omnipresente), que bien podría extrapolarse en cuanto a la lógica que le subyace a una infinidad de otros términos y enclaves territoriales. Pensemos, en atención al trabajo de tesis que se presenta, en la idea de «Chile».

Podríamos decir que, predominantemente, de acuerdo a la historia oficial y arraigada del país (y remontándonos hasta su nacimiento oficial como nación independiente), la idea de «Chile» –retomando el tenor de las palabras de Mignolo–, sería parte del relato histórico de una oligarquía asentada en las estructuras del poder político y económico, que con el correr del tiempo se ha reproducido endogámicamente, en detrimento de los millones de personas que poblaban (y pueblan) el «territorio chileno», a quienes no se les permitía (ni se les permite todavía) narrar sus propias historias, de modo que solo han sido sujetos pasivos receptores de aquel relato.

A pesar de la brutalidad y crudeza de estas observaciones (pensando tanto en lo que Mignolo ha expuesto referido a la idea de «América», como en nuestra subsiguiente y análoga observación referida a la idea de «Chile»), pareciera que viviésemos sumidos en el desconocimiento o la ignorancia o, como mucho, que apenas intuimos que algo así

sucede; pareciera que no afectan nuestras vidas o, incluso que suceden en un espacio totalmente fuera de la órbita de nuestra voluntad y agencia.

Suponemos que las distintas tonalidades de opacidad de este diagnóstico (ignorancia, indiferencia, impotencia o una mezcla de todas) tienen su causa en aquello que Mignolo apunta más adelante en *La idea de América Latina* como el *modus operandi* de la lógica de la «colonialidad», en cuanto a que esta “ha sido la responsable del establecimiento y conservación del sistema jerárquico en todas las esferas de la sociedad” y lo ha sido fundamentalmente por medio de su capacidad para establecer principios epistémicos que en Occidente han acabado por naturalizarse. Mignolo culmina sentenciando que “la matriz colonial del poder, aun hoy invisible a causa del triunfo de la retórica de la modernidad y la modernización, es precisamente la capacidad del sistema para reducir las diferencias a la inexistencia”<sup>1</sup>. Dicho de otra manera, las diferentes perspectivas que pudiesen tener quienes poblaban el territorio americano o las diferentes perspectivas que pudiesen tener y tienen quienes habitan Chile, son sencillamente inexistentes a ojos y consideración de los constructores de la idea de «América» o de «Chile».

En la contemporaneidad y pensando ya nada más que en la idea de «Chile», la narrativa del país ha seguido orientándose de la misma manera, reduciendo a la inexistencia o a la indiferencia cualquier murmullo disidente de quienes, ajenos a las estructuras de poder, le pueblan. Esta inamovible circunstancia, permanece de todas formas tan invisibilizada (o mejor dicho, *naturalizada*), que incluso pareciese que, en concordancia con los fenómenos globales que imprimen cierta ilusión de dinamismo a la modernidad, la mismísima idea de «Chile» da la sensación de transcurrir por medio de una constante sucesión de transformaciones.

De hecho, desde la segunda mitad del siglo XX, la retórica de la narrativa de la idea de «Chile» ha estado infiltrada, en especial, por la retórica de las «transiciones», haciendo parecer que el país permanece constantemente marchando hacia una dimensión existencial novedosa, de mayor progreso. Pese a ello, si volvemos nuevamente nuestra vista atrás con cargado escepticismo, apreciaremos con desazón

---

<sup>1</sup> MIGNOLO, Walter, *La idea de América Latina, la herida colonial y la opción decolonial*, Gedisa Editorial, 2007, Barcelona. Traducción de Silvia Jawerbaum y Julieta Barba. P. 71

que las palabras que Mignolo predicaba respecto a la idea de «América» pueden seguir parafraseándose casi con completa exactitud para figurar hoy la idea de «Chile».

La vehemencia de la retórica de las transiciones consigue su primacía epistémica bajo un aparente sentido de inclusión que funciona como una cortina de humo para mantener a resguardo la impunidad y el privilegio epistémico con el que, en los hechos, cuentan los auténticos responsables de la conformación de la idea de «Chile». La «transición a la democracia», entendida como “una democracia que conquistamos todos” (que es como se nos ha reiterado desde el discurso), es un ejemplo apropiado de dicha idea.

Al final del todo, con sutilezas o sin ellas, la narrativa del país, de la idea de «Chile» y de quienes somos, desde el posicionamiento tutelar y hegemónico de las estructuras del poder político y económico, permanece afincada por todo lo alto a los endogámicos predicamentos de estas formas de poder.

Al reflexionar sobre lo que he planteado hasta el momento, no puedo evitar preguntarme por la alta probabilidad de que esta tesis sea leída en primeros instancias no por chilenos, quienes con justa razón podrían argumentarme que las consideraciones expuestas relativas a la exclusión de las mayorías en la confección de los relatos históricos, saliendo del encierro del particularismo, pueden acomodarse interpretativamente a casi todos los contextos de las sociedades contemporáneas del mundo. Y tendrían razón.

Junto con asentir a tales argumentaciones (y apesadumbrarme al verificar que el diagnóstico de opacidad a este respecto no es solo local sino global), quisiera de todas maneras defender mis posiciones precisamente desde la mirada local, cuidándome del peligro de caer en el enceguecido ánimo de la retórica del “y tú más”, puesto que mi defensa del particularismo en lugar de beber de algún torpe chovinismo o mal entendido orgullo patrio, atendería más bien a la idea de que, estando debidamente articulado y explicado, puede llegar a ser fundamental por la riqueza que aporta la experiencia in situ a la comprensión de la específica tonalidad de la situación chilena, complementándose con el diagnóstico de la condición compartida a nivel global de carestía de agencia ciudadana.

Por medio de la defensa de esta perspectiva particularista, quiero compartir la preocupación manifestada por el premio nacional (Chile) de historia de 2006, Gabriel Salazar Vergara, quién en su más reciente libro *La enervante levedad histórica de la clase política civil*, ha puesto en relieve que, dentro de los contemporáneos mecanismos de racionalización y regulación de las sociedades occidentales, uno de aquellos mecanismos ha sido precisamente del tipo *científico-cultural*, a través del desarrollo y promoción de un paradigma investigativo tendiente a la “producción de teorías científicas ‘globales’ a fin de dotar y apertrechar a los políticos y gobernantes del Estado, a los empresarios y capitalistas del mercado (...) de técnicas racionales para el manejo monopolístico de los poderes centrales” quedando descuidada “la producción de teorías científicas para la acción racional de las comunidades locales, razón por la cual la ciudadanía se quedó sin ciencia propia y, por tanto, sin capacidad para desarrollar por sí misma sus intereses y su voluntad soberana”<sup>2</sup>. Al tanto de este predicamento y deseando subsanarle desde el posicionamiento epistémico de este trabajo, es que enfatizamos en la necesidad de teorizar desde la particularidad.

Inmerso ya en la tarea de defender la utilidad de la mirada particularista, quisiera además argüir la intuición de que en Chile el particularismo constituye una suerte de inconsciente condición epistémica, cuya tendencia obedece con probabilidad a su particularmente retirada ubicación geopolítica del país, situada de manera literal en los mismísimos confines del planeta, alejado espacialmente de todos los grandes centros de poder mundial. A lo cual se añade una peculiar y cuasi insular morfología que le aísla todavía más, al estar flanqueada esta angosta franja de tierra que es Chile por colosales barreras fronterizas obradas por la propia naturaleza (la aridez del desierto del lado de su frontera norte, la imponente altura de la Cordillera de los Andes que nos separa del mundo por el este; la inmensidad del Océano Pacífico hacia el oeste y, finalmente, el mismísimo fin del mundo hacia el sur).

Esta intuición acerca de la tendencia al particularismo me indica que las especificidades del enclave geopolítico de Chile se traducen epistémicamente en una condición existencial de sus sujetos tendiente al ensimismamiento en la particularidad de los márgenes visibles de la existencia social, del cual resulta muy difícil huir. Dicha

---

<sup>2</sup> SALAZAR, Gabriel, *La enervante levedad histórica de la clase política civil (Chile, 1900-1973)*, Debate-Random House Mondadori, 2015, Santiago de Chile. P. 19



intuición respecto al ensimismamiento (que no me atrevo a enunciar como una tesis pues harían falta uno o varios trabajos de investigación que abordasen la premisa) creo, ha sido en mi caso, al menos, definitoria para el presente trabajo; qué testimonio más claro que el de una Tesis Doctoral defendida en una universidad española que versa, testarudamente, por completo sobre Chile y sus contemporáneos embrollos sociopolíticos.

En adición a las condición prácticamente insular y aislada de Chile como posible raíz de la tendencia al ensimismamiento epistémico, cabe tener presente un matiz muy relevante a la hora de comprender mejor la especial naturaleza de este ensimismamiento extraño, matiz que tiene que ver con las dinámicas de la colonialidad como rasgo identitario común entre los países de Latinoamérica: así como muchos otros países de la región, la economía chilena a lo largo de toda su historia se ha caracterizado por ostentar una naturaleza y matriz de desarrollo económico-social eminentemente mercantilista, por completo dependiente de la exportación de sus materias primas (que en su mayor parte corresponden a recursos naturales no renovables) y de la importación de todo lo demás como ejes de su “progreso”.

Ahora bien, cuando hago uso de la expresión “importación de todo lo demás”, en realidad me quiero referir a TODO LO DEMÁS: no solo bienes y productos materiales que hacen posible la existencia material de la vida en Chile, sino que también se incluye a la importación de ideas, gustos, y otros muchos intangibles que podríamos sintetizar en la idea más general de «cultura». En el tenor de esta tendencia omnímodamente importadora, Gabriel Salazar ha establecido una distinción para la comprensión de la idea de «cultura» en Chile, que apela al desarrollo de dos nociones o categorías: primero, una que ha denominado como «cultura objeto» que, predominante y hegemónica, ha tendido a significar la voz “cultura” en un sentido eminentemente materialista, asimilando a la idea de cultura a la de un objeto capaz de poseerse, cuyo origen es por completo ajeno a los sujetos que le adquieren solo por medio de un título de dominio vinculado de manera directa a la capacidad adquisitiva de los sujetos. De manera que la «cultura», según esta idea y por su origen ajeno, acaba por equivaler a “cualquier cosa rara menos lo que hagas tú”<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> Esta cita textual sobre la caracterización de la idea de «cultura» proviene de la letra de la canción “Independencia cultural” del grupo musical *Los Prisioneros*, banda de rock contestataria e icónica de la década de los ochenta del siglo XX. Fueron, con sus letras, unos formidables cronistas de las condiciones

En segundo lugar y muy de capa caída, subsistiría una noción de cultura que Salazar denomina como “cultura sujeto”, que equivaldría a la minusvalorada e invisibilizada cultura popular, elaborada material e inmaterialmente por los sujetos como parte de su propio acervo<sup>4</sup>. Con otras palabras, un adecuado corolario sobre esta condición de la «cultura» en Chile nos la ha aportado la lucidez del ya fallecido cineasta chileno Raúl Ruiz, quién además le ha reconocido como un rasgo común en el concierto latinoamericano: “la experiencia latinoamericana es la de estar fuera (o dentro) de la cultura europea *en general*, mientras que el europeo está en el seno de una cultura específica u otra”<sup>5</sup>

Como, creo, será posible imaginar para quien lea esto, la relación entre la tendencia epistémica al ensimismamiento (que intuitivamente consideramos ocasionada por la ubicación geopolítica y morfología geográfica de Chile) en adición al desarrollo de subjetividades forjadas con moldes, herramientas y raseros ajenos (“Chile no era un manera de ser, sino un receptáculo de muchas maneras de ser” diría también el recién citado Raúl Ruiz<sup>6</sup>), importados y artificialmente apropiados, no constituyen un tándem del todo armonioso, sino que configuran un conjunto relacional que es padecido a menudo como una irresoluble y tensa contradicción inscrita en la raíz misma de las subjetividades.

Ante la emergencia que suscita aquella tensión, el desencuentro latente que se encarna en las subjetividades bajo la forma de este «ensimismamiento extraño» (ante el que, poco o nada han aportado las narrativas transicionales vertical-descendentes y los modelos epistémicos foráneos adoptados aisladamente) es que surge el clamor por la necesaria reactivación y empoderamiento de la denominada «cultura sujeto», que se

---

de existencia que sometieron al país durante la dictadura militar, y que a la vista del engarce que más adelante propondremos sobre las continuidades entre los relatos transicionales del Chile contemporáneo, han determinado la casi completa vigencia del contenido de sus letras al día de hoy.

<sup>4</sup> La categoría Cultura objeto/Cultura sujeto, es una construcción epistémica elaborada por Gabriel Salazar. Véase más en SALAZAR, Gabriel, *Cultura - Objeto y Cultura - Sujeto en la Historia Popular de Chile*, conferencia dictada en el marco del seminario "Lo Culto y Lo Popular" organizado por el "Núcleo de Investigación de Artes y Prácticas Culturales del Departamento de Sociología de la Universidad de Chile el 1 y 2 de diciembre de 2010. Disponible en enlace web:

[http://www.dailymotion.com/video/xgac3v\\_conferencia-gabriel-salazar\\_school](http://www.dailymotion.com/video/xgac3v_conferencia-gabriel-salazar_school)

<sup>5</sup> CUNEO, Bruno (selección, edición y prólogo), Ruiz. *Entrevistas escogidas – filmografía completa*, Ediciones Universidad Diego Portales, 2013, Santiago de Chile. P. 101

<sup>6</sup> Cuneo, Ruiz, P. 205

traduce en la necesidad de elaborar un relato del «nosotros» que nos resulte inteligible y nos haga sentido de cara a nuestra experiencia vital. Por lo demás, una narrativa distinta, parida «desde abajo y desde dentro» (por utilizar la expresión popularizada por Gabriel Salazar) no es algo que parte de la nada que surge caprichosamente como un acto de generación espontánea: tiene una existencia consistente y de larga data, aunque invisibilizada y fragmentada detrás de la cortina de humo dispuesta por la historia institucional.

Por todo ello es que la intención de esta tesis es la de poner en relieve la existencia hasta ahora subterránea y desapercibida de otra clase de relato transicional, de otra clase de transición histórica y política, que he denominado «transición invisible». Para este objetivo, he querido desarrollar una metodología de investigación, conceptual en lo principal y pretendidamente interdisciplinar que en su ordenación y a través de sus búsquedas intentará precisamente asumir y hacerse cargo de forma crítica (desde aquello que hemos denominado nuestra postura de «ensimismamiento extraño») de esta «transición invisible».

Antes de entrar de lleno en la descripción sintetizada del camino que propondremos recorrer, considero que merece la pena comenzar a explicar y matizar algo mejor esta idea de desarrollar una metodología investigativa “fundamentalmente conceptual y pretendidamente interdisciplinar” desde la condición del «particularismo extraño», idea que de todas maneras iré acompasando con el curso de la explicación de mi hoja de ruta.

La tarea de abordar algo tan amplio y denso como una «transición invisible» cuyo acontecimiento transcurre a escala ciudadana me ha empujado a abordar el objeto de estudio desde la gama de disciplinas y conocimientos (y cruces de caminos entre estas) lo más amplia que me ha sido posible formular, habida cuenta de mis personales limitaciones, trazadas en parte por una formación (y deformación) profesional de pregrado como licenciado en Ciencias Jurídicas y Abogado, inmerso en una cultura jurídica extremadamente positivista; y en parte acompasadas por la incursión casi temeraria dentro del continente comprendido por la infinitud de lenguajes y disciplinas que pueblan las Humanidades y las Ciencias Sociales (hasta no hace mucho tiempo unas absolutas desconocidas para mí y cuya aproximación me parecía además sencillamente inimaginable). Este trabajo doctoral, de acuerdo a este enfoque, es un intento de

amalgamar saberes en torno a una inquietud sin una pretensión mayor (pero tampoco inferior) que la de constituirse como una inmersión iniciática en el mundo de la investigación.

Esta trayectoria fue posibilitada de forma importante por una decisión algo idealista de esquivar mi inmediato y casi automático destino leguleyo para cursar en su lugar el Master en Teoría y Crítica de la Cultura de la Universidad Carlos III de Madrid y, de manera consecutiva, este programa de Doctorado en Humanidades. Esta aventurada decisión, es menester señalar, estuvo acompañada a su vez por la especificidad de la mirada que se adopta al cargar constitutivamente en el cuerpo con esta tensión del «particularismo extraño» con el añadido del extrañamiento (valga la redundancia) que es propio del distanciamiento espacial, mediado por el caprichoso azar de discurrir esta trayectoria personal durante un espacio temporal marcado a fuego por la descomunal potencia que tuvo el año 2011 (un año que quizás con el pasar del tiempo llegaremos a comparar con el ya mítico 1968).

El año 2011 tuvo por común denominador la crítica a las ya asentadas democracias de bajísima intensidad, que además que haber devaluado la idea de democracia representativa han hecho oídos sordos al emergente clamor por una participación ciudadana más activa, cuya insistencia e intensidad acabó desatando a escala global un fuerte despertar ciudadano, observable en las denominadas «primaveras árabes», la ocupación de Wall Street, el 15M en España (con la ocupación de la Plaza del Sol de Madrid, mi ciudad de residencia durante aquel año) y en el caso de Chile –mi persistente imaginario de residencia mental, aún en la distancia– con el acontecimiento del más álgido levantamiento ciudadano del que se tenga recuerdo después de las masivas jornadas de protesta acontecidas hacia el final de la dictadura militar y que, en parte, gatillaron el retorno a la democracia.

Tales circunstancias determinaron que desde la distancia se manifestase en mí una persistente inclinación conducente a investigar y comprender las especificidades del porqué del súbito levantamiento de la ciudadanía chilena. Las causas puntuales de la movilización en 2011, que referían fundamentalmente a la demanda de los estudiantes por una educación gratuita, de calidad y sin fines de lucro, no obstante tener una claridad y potencia que les permitían (y permiten) bastarse por sí mismos, me parecían de todas maneras insuficientes para acercarme a una más adecuada comprensión

respecto a la fuerza que adquirió la movilización social de los estudiantes y, sobretudo, para comprender las consecutivas articulaciones ciudadanas de movimientos y asambleas territoriales desperdigadas por todo lo largo y ancho del territorio nacional que se originaron y que comenzaron a reaccionar frente a las múltiples fisuras y excesos del descontrolado «modelo» de desarrollo chileno.

Ante la indiferencia de la historiografía nacional, de predominante inclinación institucional y preocupada solo por las transiciones políticas acontecidas en la superficie (protagonizadas por la alternancia entre la distintas conformaciones de la clase política civil y la clase política militar), a la vez que desatenta de las importantes implicancias de «lo social» en el campo de «lo político» (implicancias que han sido sustraídas con sumo cuidado de la definición estrecha de «lo político», de acuerdo a la comprensión de la clase política), comencé a descubrir respuestas en las incipientes articulaciones provenientes del campo de investigación relativamente novedoso de la «Escuela de la historia social chilena» o también conocida como «nueva historia» (cuyo principal precursor es Gabriel Salazar). Su propuesta historiográfica apuntaba a preocuparse sobre todo por el devenir histórico de los sujetos de a pie, de la ciudadanía, siempre relegada a la invisibilidad por el espeso manto de la historia institucional y su estruendosa colección de fechas y acontecimientos.

También habría de añadir al impulso conferido por el enfoque de la «nueva historia», el creciente desarrollo de nuevas perspectivas sociológicas en Chile, que desde un tiempo también reciente han logrado desprenderse de las ataduras de la tradición sociológica más sistémica y estructural-funcionalista, para centrarse, en cambio, en el estudio de los tan largamente invisibilizados sujetos. Menciono en este sentido, más allá de las específicas citas utilizadas, la orientación que me ha aportado el trabajo sociológico de Kathya Araujo y Danilo Martuccelli, y en menor medida, el de Alberto Mayol.

Sirviéndome de estas parciales explicaciones metodológicas, creo ya poder estar en condiciones de ofrecer una descripción comprensible acerca del punto de partida de este trabajo doctoral, referido en el primer capítulo como *los relatos transicionales «visibles» en la construcción identitaria del Chile contemporáneo*. Este primer capítulo, partiendo de la premisa del hegemónico relato histórico nacional de la contemporaneidad, caracterizado por un aparente dinamismo en forma de distintas

transiciones, pretenderá dar cuenta de un revisionismo crítico de las distintas etapas que componen dicha historia.

De esta manera, a modo de fijar unas coordenadas interpretativas para el primer capítulo, doy comienzo por medio de un excursu interpretativo referido a las tensiones del proceso político y social que originó el Estado liberal de 1925 y las consecutivas transformaciones de este durante la parte central del siglo XX. La supremacía oligárquica dispuesta desde el verticalismo descendente de la clase política aplastando las proyecciones autonómicas de la ciudadanía, como idea a desentrañar de este excursu, acompañará la lectura de la parte central del capítulo dedicada al revisionismo de los tres grandes relatos transicionales que han copado la narrativa histórica de Chile desde la segunda mitad del siglo XX en adelante, pretendiendo dar cuenta de un «nosotros» (pero sin «nosotros»).

A estos tres grandes relatos transicionales les llamaré respectivamente «transición al socialismo», «transición al orden» y «transición a la democracia» y daré cuenta de ellos, como he dicho, desde una perspectiva crítica trasvasada por el trasfondo interpretativo del excursu, que en cierto sentido pretenderá derribar la idea del dinamismo histórico de las transiciones para encontrar en sus invisibilizadas similitudes epistémicas el germen de cierta condición existencial que ha sumido en el estancamiento a la autonomía y agencia de la ciudadanía chilena.

Dicho lo anterior y comenzando el estudio de las «transiciones visibles», empezaré cometiendo lo que quizás sea observado como un impropio: agraviar a la nostálgica memoria de la izquierda tradicional bajo una perspectiva crítica de la «transición al socialismo», como punto culminante de la monstruosidad hiperbólica alcanzada por el nacional desarrollismo y populismo del Estado de 1925. Cifraré su fracaso (más allá de las evidentes causas concernientes a la intolerante oposición de la derecha, el intervencionismo norteamericano y el levantamiento de la clase política militar) en la tozuda pervivencia epistémica de un *quid* institucional centralista y vertical descendente, desacompañado de la potencia ciudadana que desde abajo bullía con las experiencias de «poder popular».

Seguiré después con la descripción de lo que he llamado en el tenor de la retórica transicional como la «transición al orden», y que refiere al período de dictadura militar acontecido entre 1973 y 1990. Haré un barrido por las distintas connotaciones,

todas ellas entrelazadas e interdependientes, que adoptó la idea del «orden» durante aquel período: el «orden» económico, como laboratorio del más radical *laissez-faire* que estableciera los cimientos de lo que sería el neoliberalismo globalizante merced de los deleznales *Chicago boys*; la faz terrorífica del «orden» como limpieza genocida de los opositores políticos propiciada por la doctrina de la «seguridad nacional»; y, finalmente el «orden» como broche institucional para preservar el modelo de desarrollo social legado por la dictadura, mucho más allá de la no tan efímera duración de sus días, propiciado por la estructura normativa de la Constitución («tramposa») de 1980 y sus alargados tentáculos normativos que le desarrollan extensamente, como acontece con las leyes orgánicas constitucionales, desembocando en el advenimiento de una democracia limitada y protegida, y a la postre, de bajísima intensidad.

La amalgama formada por las distintas dimensiones interconectadas del «orden» dará pie al relato transicional de continuidad que le sucederá, conocido como la «transición a la democracia» que, pese a la sustantividad irrefragable de acabar con la dictadura militar al sustituirle por una forma de gobierno democrático, se acabará significando y conformando de todas maneras al deficitario sentido de la democracia entendida sencillamente como ausencia del dictador, montada alrededor de una cuidadosa campaña de marketing publicitario bajo la edulcorada y vacía consigna de “la alegría ya viene”, que se alimentó de la épica de la «conquista de la democracia» para sellar el continuismo sustantivo en la venidera “democracia” por medio de acuerdos cupulares de omnipresente verticalismo descendente durante el periodo de (des)gracia, entre el plebiscito de octubre de 1988 y la presidencia de Aylwin.

Más adelante, como postrimerías a los relatos transicionales, contemplaremos que tras las energías utópicas refulgentes del regreso a la democracia, ha sido la bilis negra de la melancolía la que nos ha aprisionado al acabar significándose este período como una suerte de «gatopardismo institucional» (de acuerdo a nuestra perspectiva revisionista crítica compartida medularmente con los planteamientos de tan eminentes y a la vez, tan variados analistas como pudieran ser Tomás Moulian, Manuel Antonio Garretón o Gabriel Salazar), ocasionado por el trasvase de operadores políticos civiles en lugar de los operadores militares de la dictadura, encargándose estos nuevos políticos civiles de mantener y recrudecer el «modelo» de desarrollo parido por el «orden», y que, a decir de Fernando Atria, bien podríamos designar como «Neoliberalismo con rostro humano».

La caracterización crítica del periodo que ofreceré hará comprensible la sentencia proferida por el antes mencionado Manuel Antonio Garretón, que prefiere calificar como postdictadura o postpinochetismo (antes que como democracia) al régimen político que acabó sucediendo a la dictadura, así como también tornara inteligible la idea de Moulian al asimilar a «un mito» la anatomía del Chile actual. A escala humana de personas, iremos viendo que los procesos de individuación tramados por las especificidades de este «modelo» en el tiempo de las postrimerías darán lugar a modelos de subjetivación a medio camino entre una «rebeldía adaptativa» como ha sugerido Alberto Mayol y un curso vital de irreflexivo hacer, enfrentando la vida como una sucesión de desafíos, sin casi reflexionar respecto a la toma de decisiones, como por su parte han sugerido Kathya Araujo y Danilo Martuccelli.

A pesar del panorama de opacidad trazado hasta el momento como parte del primer capítulo, al acercarnos al cierre de este, observaremos varias irrupciones de movilización ciudadana, de distintas y crecientes intensidades y extensiones, que han comenzado a acumularse sostenidamente a lo menos desde el año 2001. A falta de estudios que articulen estas experiencias de lucha, y que se avoquen a su comprensión como partes de un mismo fenómeno y no como simples acontecimientos aislados, propondré de modo intuitivo la propuesta relativa a la existencia de una «transición invisible» que estaría surgiendo a contracorriente de los relatos transicionales, «desde abajo y desde dentro», a nivel de los ciudadanos. Esta consiste fundamentalmente en una transformación epistémica de las subjetividades, de acuerdo a la cual la capacidad de agencia de los individuos, a la luz de las manifestaciones de movilización colectiva y la extensión de los horizontes de lucha, se estaría revelando a través del empoderamiento de los individuos y de su autoconcepción y afirmación en cuanto a ser sujetos libres y autónomos, capaces de organizarse desde sus propias iniciativas de manera colectiva para defender sus ideas de bien común en disputa con los designios del «modelo».

Antes de proseguir con la hoja de ruta del segundo capítulo, creo necesario regresar a consideraciones de orden metodológico: tras haber dejado solamente enunciada la existencia de una «transición invisible», el reto que se nos presentará a continuación será el de comprender y articular conceptualmente la suma de eventos aislados como partes y manifestaciones de esta transformación ciudadana en curso. Daremos con ello un salto desde el particularismo a la universalidad; desde el localismo



de la historiografía contemporánea de Chile hacia lenguajes teóricos de mayor abstracción que nos permitan llegar a una más adecuada y completa comprensión conceptual del fenómeno de la «transición invisible» dentro del espacio epocal de la modernidad, en cuyo discutible horizonte epistémico este fenómeno estaría inmerso.

Así, el segundo capítulo concerniente a las propuestas teóricas dispuestas para el asentamiento de nuestra idea de «transición invisible», atendiendo a la sospecha de que el fenómeno que nos convoca acontecería primero como una transformación a nivel de conciencia, comenzará por adentrarse en el estudio de la formación de la conciencia moderna siguiendo la metodología fenomenológica de la sociología del conocimiento desarrollada por Peter Berger. Llegaremos junto a Berger al diagnóstico de la conciencia de la modernidad que él describe como «*A homeless mind*» y que veremos como una condición o compartida sensación en la modernidad de «falta de hogar», como ausencia de seguridades y certezas que el sujeto de otros tiempos poseía. Siguiendo a Berger diremos que una tendencia sostenida que se observa para mitigar aquella sensación de «falta de hogar» ha consistido en sobrecargar a la esfera privada de los individuos de instituciones y agencias encargadas de satisfacer las elevadas expectativas de dotar de sentido a la existencia.

Las desmedidas exigencias puestas sobre los hombros de la esfera privada y la creciente complejización de la vida humana en las sociedades globalizadas dará curso a que nuestra reflexión, junto con la de Berger, se cuestionen acerca de la capacidad de los individuos para construir socialmente sus realidades frente a una existencia social que se despliega a través de distintos discursos o caminos hegemónicamente predefinidos para alcanzar el desarrollo humano.

Nos encaminaremos desde allí a preguntarnos sobre el desarrollo de la esfera pública de los individuos, sobre el rol que el respeto por la participación cognitiva de los individuos debe jugar en la configuración de sus horizontes de desarrollo. Así, con Berger, como escapatoria al encierro en las sobrecargadas expectativas puestas sobre la esfera privada e individual de los sujetos, desde la premisa de una común formación de la conciencia moderna de los individuos, y atendiendo a nuestras sospechas respecto a las huellas observables de los episodios que han ido constituyendo nuestra tentativa de «transición invisible», sugeriremos como propuesta teórica para su articulación atender a la necesidad de que, por sobre las recetas o predominantes «mitos» para conseguir el

desarrollo, convendría mejor respetar la participación cognitiva de los individuos para determinar sus propios horizontes. Puesto que las vanguardias y expertos desde sus posiciones vertical-descendentes han dado muestras de ser incapaces de sustituir el posicionamiento vivencial de quienes claman y requieren para sí el desarrollo y un mejor sentido posible para sus existencias.

Siguiendo el curso teórico del capítulo, a propósito de las premisas de común desarrollo de la conciencia moderna y de la necesidad de respetar la igual participación cognitiva que los individuos debieran tener en la definición de los horizontes de desarrollo de las sociedades de las que hacen parte, pasaremos a una segunda propuesta teórica, determinada por la necesidad de escapar de los moldes sociológicos que reprimen las posibilidades de los sujetos (convirtiéndoles más bien en objetos definidos por el arbitrio del estructural-funcionalismo de las lógicas sistémicas) para sustituirles en cambio por un modelo sociológico acorde con la propuesta de empoderamiento de los sujetos inscrito en la idea de la «transición invisible». Para ello acudiremos a la sociología desarrollada por Alain Touraine como propuesta para remediar los excesos con los que un modo puramente capitalista de modernización ha condenado a la realidad contemporánea, según palabras de Touraine, a ser “un mundo sin actores”. De allí que su sociología centrada en la acción, en los movimientos sociales y en los sujetos nos permitirá apreciar en la «transición invisible» el resurgimiento de la idea de sujeto, que a través del desarrollo interdependiente de su agencia individual y colectiva, es capaz de reorientar, a escala local, una idea más armoniosa de modernidad.

Una siguiente estación teórica, aupada desde la noción de Sujeto que hemos abrazado y que es inseparable de la idea colectiva de movimiento social, tendrá el propósito de hacerse cargo del déficit de articulación social de la ciudadanía. Se acometerá este empeño, primero, al comprender las razones de la “inarticulación”: el pronunciado arraigo y apogeo de las doctrinas «atomistas» en la interpretación del sentido de la sociedad (que tendría por finalidad permitir poco más que el desarrollo de los fines individualistas de quienes le componen) será, con propiedad, uno de los mayores malestares contemporáneos de la modernidad para el pensador canadiense Charles Taylor. Taylor, a continuación de su diagnóstico y como respuesta antiatomista, apuntará por medio de su particular método de antropología filosófica a la necesidad de combatir la “inarticulación” precisamente por la vía de articularnos, desde la perspectiva del horizonte ético de una adecuada idea de autenticidad, que lejos de

concebir desde un punto de vista puramente instrumental a la sociedad (que en el decir de Taylor acaba por menospreciar el ideal de la autenticidad, “al confundirlo incluso con un deseo no moral de hacer lo que se quiera sin interferencias”<sup>7</sup>), le aprecia en cambio como una construcción a tal punto vital que nos resultaría inimaginable el desarrollo humano sin ella, de modo que el ser humano desprovisto de la idea de pertenencia a una sociedad, como animal autointerpretador que es, carecería para Taylor de las posibilidades de acometer su mejor autointerpretación y realización de la agencia humana plena.

Para defender la existencia social más allá de las diatribas a las que las perspectivas atomistas le han condenado, seguiremos los planteamientos antiatomistas de Taylor y los propondremos como sustento teórico para observar a la idea misma de la «transición invisible» como un proceso cuya significación fundamental refiere a la adopción de una reformulación del ideal de autenticidad y de un sentido moral que promueve la articulación social ofreciendo resistencia a la concepción atomizada de la sociedad tan arraigada en el imaginario social chileno merced de las transiciones al «orden» y a la «democracia».

Para finalizar el recorrido teórico de este segundo capítulo, su última sección contará con una aproximación crítica a la idea de ciudadanía, contraponiendo a la noción legalista tan enraizada por la cultura política estructuralista y vertical-descendente de las transiciones políticas chilenas acontecidas en la superficie visible de la sociedad, una noción de construcción social activa de la idea de ciudadanía, animada por la propia experiencia y autoconocimiento de primera persona de los propios ciudadanos.

A propósito del desencuentro observable entre estas posturas, la propuesta teórica que la parte final de este capítulo desarrollará tendrá por cometido analizar las posibilidades de encuentro entre la ciudadanía y el sistema político en la construcción social de la realidad, a través del hipotético desarrollo de una política deliberativa fundada en el principio discursivo de la manera en que Jürgen Habermas lo ha planteado, pensando en el Derecho como aquella bisagra que adecuadamente aceiteada podría permitir el diálogo armónico de estas esferas hoy día tan distanciadas, tal como

---

<sup>7</sup> TAYLOR, Charles, *La ética de la autenticidad*, Editorial Paidós, 1994, Barcelona. Traducción de Pablo Carbajosa Pérez. P. 57

Habermas le ha propuesto en *Facticidad y Validez*. De esta manera estudiaremos las condiciones de existencia descritas por Habermas para el adecuado desarrollo de una política deliberativa que permita tornar la razón informalmente construida por la ciudadanía de la «transición invisible» en poder administrativo.

Con posterioridad contraponaremos estas posibilidades teóricas con el estado de cosas de la democracia e institucionalidad chilena y las posibilidades que esta ofrece para el efectivo despliegue de una política deliberativa como la teorizada por Habermas. A la luz del nuevo revés que surgirá del contraste entre teoría y praxis, y concibiendo a la democracia como una práctica en constante desarrollo, el último aporte que desde la teoría más abstracta se ofrecerá vendrá de la mano de Carlos Santiago Nino. La perspectiva de constructivismo epistémico de la democracia de Nino, con su talante más cercano a la democracia liberal realmente existente del cono sur y su sentido de la gradualidad en el perfeccionamiento de la democracia, servirá para mediar con las exigencias más agudas del itinerario impuesto por Habermas para el desarrollo efectivo de una política deliberativa (propias de un Estado de bienestar) y, aun con su exigencias más blandas para la deliberación, nos dejará de todas maneras atentos a la urgencia de las transformaciones institucionales y constitucionales que precisa Chile para aspirar a una mínima posibilidad de acercarnos al desarrollo de una política deliberativa.

Superado el barrido teórico del segundo capítulo, el desarrollo del tercer capítulo propondrá un “descenso” a la coyuntura socio-política de Chile, que retomará las intenciones de la última parte del primer capítulo, en la que propusimos a propósito de algunos retazos y acciones fragmentarias, la existencia de una «transición invisible», pero que a la vez hará eco de la teorización del segundo capítulo y del punto en el que las propuestas de Habermas y Nino acabaron encontrando resistencias con la democracia tutelada “a la chilena”, que habiendo llegado a un grado sumo de desencuentro con las exigencias ciudadanas, ha determinado que actualmente se esté desencadenando un proceso constituyente.

De esta manera, el tercer capítulo ofrecerá una aproximación al estado actual y a las proyecciones de la «transición invisible» en el panorama de la coyuntura chilena inmediata y de su futuro próximo. Este capítulo arrancará de la misma manera que lo hizo el primero, por medio de un excursu interpretativo en el que, inmerso dentro de la primera etapa del proceso constituyente propuesto por el itinerario anunciado por la

presidenta Bachelet (relativo a la discusión y deliberación ciudadana en cabildos, foros y seminarios), ofreceré por medio de la crónica contrapuesta de dos importantes seminarios de discusión respecto al proceso constituyente un cierto estado de cosas contingente, relativo a las asimetrías dialógicas, discursivas y de poder existentes entre los distintos actores sociales que dificultan las posibilidades de una auténtica deliberación y amenazan con transformar el proceso constituyente en una nueva operación de gatopardismo político.

Tras aquella crónica extremadamente coyuntural, el tercer capítulo seguirá su curso por medio de la realización de un balance conceptual entre los límites y posibilidades de la «transición invisible», observados a través de dos ejes centrales: uno centrado en los factores que le son extrínsecos, y que para el caso se representan con la idea y hegemonía de la «enervante levedad de la clase política chilena», que con su pesada levedad se las ha arreglado para preservar su posición de poder en la conducción de los destinos políticos del país; en tanto que el otro eje se centrará en cambio en los factores intrínsecos de la «transición invisible», a través de la valoración de lo que denominaremos como la «efectiva potencia de su autoconocimiento».

Este segundo eje, referido al autoconocimiento de la «transición invisible», se abordará a su vez, desde una doble faz: primero, desde la perspectiva temporal de cara al futuro, desnudando y poniendo a prueba las aporías de nuestra imaginación política; en tanto que la segunda faz, tendrá por objeto evaluar el grado de autoconocimiento de la ciudadanía pero con la mirada puesta en retrospectiva, acerca de los procesos de encarnación del pasado común y reciente a propósito de ciertos fenómenos que han buscado reescribir su apreciación desde un punto de vista marcadamente ciudadano en lugar de institucional.

Destacaré y cerraré este tercer capítulo con la irrupción de la denominada “Escuela de la Historia Social Chilena”, cuya emergencia dotada de imaginación y memorias resistentes, ha determinado el desencadenamiento de dos importantes fricciones epistémicas que han permitido ampliar el campo de conocimiento del pasado reciente: en primer lugar, destacaremos la aparición del *Manifiesto de Historiadores* en 1997, que desató consigo un intenso debate sobre el sentido de la historia y sobre la necesidad de articular el saber y el quehacer histórico de manera de iluminar adecuadamente el conocimiento ciudadano del pasado reciente para así

consecutivamente posibilitar el empoderamiento ciudadano en la adecuada definición de sus condiciones existenciales.

En segundo lugar, y como una extensión de la fricción desatada por el *Manifiesto de Historiadores*, consideraremos que una nueva fricción epistémica que se ha desencadenado tiene que ver con una nueva actitud epistémica abordada por muchas de las investigaciones que en adelante se han desarrollado con respecto a la reescritura del pasado, tendientes a desplegar y robustecer la idea y actitud de la *Afirmación de la afirmación*, en contraposición a la antigua lógica que subyacía a la historiografía de izquierda que únicamente confería voz a los actores sociales organizados y se desplegaba en un sentido de mera resistencia como *negación de la negación*. Veremos que esta nueva actitud epistémica de la *afirmación de la afirmación* permite el empoderamiento de las voces de sujetos invisibilizados, que desde su perspectiva abierta y dialogante pone a disposición y permite que el despliegue del conocimiento se produzca por los canales y dispositivos culturales más diversos que le sean propicios a los sujetos para ayudar a su empoderamiento. Como en efecto ha acontecido con el caso de un sector de la cultura Hip Hop que, a la vez de trazar líneas de continuidad históricas con formas anteriores de la música popular chilena, han permitido el despliegue a través de sus letras de una reactualización de diversos puntos ciegos del pasado reciente encarnados en la estructura del presente.

Más allá de las conclusiones a las que arribemos después de este tercer capítulo concerniente a los «límites y posibilidades» contemporáneos de la «transición invisible», al terminar esta descripción de la hoja de ruta de la tesis y, consecutivamente, acercarnos al final de este acápite introductorio, nos quedan dando vuelta las propias limitaciones de este trabajo: hemos pretendido dar cuenta de un fenómeno muy grande desde una perspectiva involucrada que nos ha dejado atisbos quizás menores de la transformación en curso, aun en plena gestación. No obstante, confiamos en que la descripción de los antecedentes de este escenario, como la teorización escogida para robustecer nuestra intuición sobre la existencia de una «transición invisible» constituyan un pequeño aporte desde la investigación para los anhelos sociales inscritos en este trabajo, concernientes al efectivo empoderamiento de la ciudadanía chilena, que desde un adecuado autoconocimiento de sí puede llegar a constituirse como un sujeto auténticamente capaz de trazar la definición de sus horizontes existenciales.







## **CAPÍTULO 1:**

### **LOS RELATOS TRANSICIONALES «VISIBLES» EN LA CONSTRUCCIÓN IDENTITARIA DEL CHILE CONTEMPORÁNEO**

*Este país existe y, más bien, insiste.*

RAÚL RUIZ

La palabra «transición» no ha sido ajena para los chilenos a lo largo de su historia reciente. Cuando se realiza el ejercicio de elaborar un relato histórico del país se alude constantemente a este término para designar algún cambio en el curso de la conducción política del país. Concretamente, por la proximidad al tiempo presente, su alusión suele condecirse unívocamente con el relato de la denominada «transición a la democracia», sin perjuicio de que, anterior a este, se deberían tener presente al menos a otras dos experiencias transicionales cuyo estudio desarrollaremos a través de este capítulo y que son, en orden de menor a mayor distancia temporal, las que llamaremos «transición al orden» y la «transición al socialismo».

Cada una de estas transiciones representa la manifestación de un proyecto político que persigue un cambio de rumbo de escala estructural para la sociedad, en sentidos que pueden ser marcadamente contrastados unos de otros. Así en el caso de las experiencias transicionales chilenas que se estudiarán, veremos que estas se han alineado en algunos casos en terrenos contrapuestos que a su vez responden al posicionamiento inmerso en alguna de las distintas trincheras ideológicas que se han disputado la hegemonía de la organización social de este espacio epocal (socialismo/liberalismo). Más allá de las distintas inclinaciones ideológicas inmiscuidas en cada uno de los relatos transicionales, todos ellos están trasuntados por una orientación vertical descendente de sus narrativas que emanan de la figura temporal que detenta el poder estatal. Esta manera común de hacer la historia y de construir narrativas acaba erosionando el vínculo con la ciudadanía, pues esta, más allá de su parcial asentimiento a los relatos, se halla fundamentalmente distanciada de la producción de

las narrativas, cual masas pasivas a las que sólo les cabe adoptar los relatos como verdades que le son reveladas. Como resabio de esta operación, los ciudadanos, acaban articulando sus esferas privadas de acuerdo a los derroteros de las narrativas, en tanto que la potencialidad de su capacidad de agencia política se repliega temerosa, educada en un “peticionismo” de súbditos y no de soberanos.

La idea de organizar un estudio interpretativo de la historia contemporánea chilena estructurándola por medio de lo que denominaremos sus «relatos transicionales» tiene que ver con el doble movimiento que estas narrativas comprenden: el primero de ellos refiere a lo que tradicionalmente conocemos por historia oficial, como sinónimo de historia institucional, puesto que como acabamos de plantear, estos relatos guardan en común el tener un origen o voz narradora claramente enclavada en el poder estatal que desde su perspectiva va generando y construyendo la historia de la narración. El segundo movimiento refiere a que, habida consideración de la fuerza que el agente estatal ha tenido en la construcción social de Chile, la fuerza de imposición de cada uno de estos relatos transicionales no solamente tiene un alcance historiográfico en cuanto a la manera de caracterizar la interpretación histórica de cada uno de los tiempos narrados a escala general, sino que tiene que ver sobre todo con el grado de profundidad con el que los relatos acaban por esculpir las subjetividades de los receptores de la narración, modelando los cuerpos y racionalidades de acuerdo a lo que cada narrativa enfatiza.

La construcción de estos relatos transicionales, en razón de lo que se ha señalado, actúa en perfecta armonía con las tesis estructuralistas y funcionalistas que han dominado por largo tiempo el campo de la sociología. El origen de la narratividad desde la cúspide estatal opera perfectamente dentro de la lógica de sistemas que funcionan burocráticamente y que mediante la hegemonía racionalidad instrumental unida al excesivo positivismo dominante, no propician más que la existencia de un único actor gravitante en la transformación social de la realidad desempeñado por el funcionamiento autopoietico del Estado.

El inalterado origen estatal de los relatos transicionales, que podría ser visto como un aspecto meramente circunstancial, relativo a aspectos eminentemente formales de la producción de la narrativa, se traduce, una vez que se observa con mayor agudeza, en una pérdida epistémica de sustantivas consideraciones, puesto que, detentando el Estado el monopolio de la agencia social transformadora, por medio de sus operadores

—la clase política—, es ella quien, en definitiva, determina el devenir social y la manera en que se sucede la narración histórica, quedando de esta manera marginada la agencia ciudadana de la definición de muchos de sus horizontes existenciales que, como se ha dicho, vienen predeterminados por la narrativa estatal. Al conectar esta idea con la caracterización de la clase política ofrecida por la perspectiva de los estudios críticos propios de la «historia social» desarrollada por autores como Gabriel Salazar, el panorama es sombrío pues en esta clase resuena “el viejo hábito oligárquico (endogámico) de no alterar las reglas del juego constitucional, en razón de que ellas garantizaban a la profesionalizada ‘clase política civil’ (u oligarquía), a final de cuentas, la permanencia y reproducción de su ‘negocio’ común”<sup>8</sup>, determinando un statu quo cuya dinámica se ve fuertemente lastrada, pues queda supeditada a la voluntad de los operadores políticos de la agencia estatal.

Enfrentamos aquí una situación que no deja de ser paradójica: un grandilocuente esmero comunicacional por parte del aparato estatal respecto a configurar narratividades transicionales que invitan a contemplar un supuesto imaginario social caracterizado por el dinamismo histórico (no exento de aquella épica tan propia del proyecto de la modernidad de un devenir en constante progreso), en circunstancias de que, por otra parte, se observa un imperecedero estancamiento por parte del Estado y la clase política en torno a propiciar transformaciones respecto a la “endémica demanda por desarrollo, justicia y participación”<sup>9</sup>.

El Estado ha sido hábil para mantener este contrasentido en la penumbra, fundamentalmente amparándose en aquello que Salazar ha caracterizado como un “declarado orgullo nacional oficial” concerniente a la “celebrada estabilidad secular de las instituciones políticas” (que bien podría comprenderse en su ensombrecida faz como una bicentenaria esterilidad oligárquica de representar fielmente la voluntad soberana del pueblo)<sup>10</sup>, junto con la seductora (aunque sistemáticamente incumplida) promesa de propiciar las transformaciones *desde dentro del Estado*, a menudo sin cambiar la

---

<sup>8</sup> SALAZAR, Gabriel, *Movimientos sociales en Chile: trayectoria histórica y proyección política*, Editorial Uqbar, 2012, Santiago de Chile. P. 23-24

<sup>9</sup> Salazar, *Movimientos sociales en Chile*, P. 26

<sup>10</sup> Salazar, *Movimientos sociales en Chile*, P. 26

arquitectura constitucional que impide que una auténtica transformación en efecto acontezca.

Estas condicionantes de la producción transicional, con sus juegos de voces, silencios y omisiones, provocan desequilibrios que se anidan en el terreno de las subjetividades, puesto que atendiendo a nuestra caracterización del *modus operandi* del vínculo relato-ciudadanía (como el de una verdad que le es revelada a ésta por parte del Estado productor del relato), cabe señalar que el proceso por medio del cual la ciudadanía “hace suyo” el relato es de todo, menos pacífico ni armonioso. Detrás del inmenso poder estatal para imponer su relato en el imaginario social (que en la cotidianeidad se va conformando con la uniformidad discursiva de los *mass media* dispuestos a su servicio; que en el mediano plazo, se va acumulando como historia institucional u oficial; y que en el largo plazo acaba asentándose pesadamente como la HISTORIA), detrás –como cantara Joan Manuel Serrat–, detrás está la gente, los sujetos, que evidencian con su colectiva perplejidad la disociación existente entre lo que la narrativa exterior exclama sobre ellos y lo que sus propias experiencias en primera persona afirman.

Antes de ahondar en la especificidad de cada uno de los relatos transicionales, quisiera dejar mencionado como una tesis anticipada que el desencuentro entre los relatos transicionales y las subjetividades a las cuales van dirigidas las narrativas se produciría en gran medida por el intencionado olvido que el Estado dispensa respecto de la dimensión agencial del sujeto como actor social, a la par que dichos relatos se encuadran en el marco de unas políticas de identidad según las cuales a dichos sujetos únicamente les cabe encuadrarse en sentidos de pertenencia de acuerdo a los cuales practicar una autodefinición que se ve irremediabilmente mermada al desarticularse del elemento de elaboración experiencial de los propios sujetos<sup>11</sup>. El desencuentro así

---

<sup>11</sup> En efecto, a este respecto, Carlos Thiebaut plantea que “los individuos no hemos sido pensados desde la idea misma de Sujeto, una idea a la vez filosóficamente fuerte y frágil, necesaria y evanescente, y que esa idea de Sujeto no ha sido especialmente relevante en los últimos 50 años de filosofía, una vez agotado el ciclo en los años 60 de los diversos existencialismos; más bien esta idea de Sujeto ha sido sometida a sospechas, cuyo lugar teórico ha sido tomada más bien por una idea aparentemente cercana de «identidad» y la idea paralela de pertenencia de un Sujeto a la Comunidad (...) Hay algo crucial en la idea de Sujeto que tiene el riesgo de haberse perdido en la era de las identidades: lo que la lógica de la pertenencia y de la identidad han olvidado es que los humanos estamos hechos –o nos hemos hecho– tanto para la identidad como para la distancia, tanto para el pertenecer a algo o tener la capacidad de abandonarlo y hacerlo cuando así lo estimamos. Si la identidad nos dice quienes somos, cual es nuestra esencia en el juego cruzado de los reconocimientos y los conflictos, el Sujeto, la idea de Sujeto, nos permite dar cuenta de nuestra capacidad de dar un paso atrás en lo que somos y concebir otras maneras de

explicado provoca inalterablemente una herida epistémica en el tejido social y en la potencialidad de la autonomía subjetiva, volviéndose más intolerable este daño cuando a la luz de la experiencia histórica –como se verá– se tome consideración de que la existencia de estos relatos ha sido propiciada por la cooptación y subordinación de los estados germinales más prolíficos de la tristemente vilipendiada dimensión de la autonomía subjetiva de la ciudadanía.

---

ser, pensar otras formas en que el mundo podría y debería ser (...) Es la idea de sujeto, aquella idea que se esconde y se olvida tras las máscaras de las identidades, la que nos permite entender esa distancia, ese abandono y esa extrañeza, y que, aun más, es la que nos permite pensar adecuadamente nuestras pertenencias en nuestras comunidades, la que hace posible evitar los excesos de la lógica excluyente de la identidades”. Véase THIEBAUT, Carlos, “Medio siglo de Sujeto y Comunidad”, en *Ciclo: Medio siglo de filosofía*, Conferencia en Fundación Juan March, 5 de mayo de 2005, Madrid. (minutos 7 y 25) Disponible en sitio web:

<http://www.march.es/conferencias/anteriores/voz.aspx?p1=2393&l=1>

## EXCURSO INTERPRETATIVO:

### ANTÍPODAS HISTÓRICAS DE LOS RELATOS TRANSICIONALES: EL POPULISMO DESARROLLISTA DENTRO DEL MARCO DE LA LEGALIDAD CONSTITUCIONAL (O, «CÓMO DEVENIR DE MOVIMIENTO SOCIAL CON GERMEN DE AUTONOMÍA CIUDADANA A MOVIMIENTO DE MASAS»)

Antes de entrar derechamente en la caracterización de los relatos transicionales que son objeto de esta investigación, me parece necesario –precisamente para su adecuada caracterización– presentar algunas peculiaridades del contexto histórico estructuralmente previo a los relatos y que, a juicio de las tesis que deseamos proponer, propiciaron que los relatos transicionales se hayan articulado con el verticalismo descendente con que lo han hecho, o lo que es lo mismo, que propiciaron la construcción de un Estado al servicio de la voz cantante de la clase política oligárquica con la connivencia de una anestesiada ciudadanía.

Podría caer en la tentación historicista de remontarme bien atrás en tiempo, a los orígenes mismos del Estado chileno en el siglo XIX, para objetos de dibujar está sostenida tendencia –inaugurada probablemente por Diego Portales– de concebir un Estado al servicio de una clase política oligarca y mercantil, que de manera constante aplasta cualquier atisbo germinal de autodeterminación ciudadana encaminada hacia el cambio social. De todo ello hay una sobrada cantidad de literatura<sup>12</sup>, no obstante lo cual (y para no perder el hilo de las tesis fundamentales a presentar), nada más me retrotraeré someramente al periodo político inaugurado por la Constitución liberal de 1925, pues más allá de la “sostenida tendencia” (y que más bien deberíamos calificar como “centenaria tradición”) de concebir al Estado de la manera antes mencionada, es desde este período al que quiero aludir en el que se pone inicio en un sentido fuerte a las tendencias desarrollistas y populistas dentro del marco constitucional que servirán de caldo de cultivo para la ocurrencia de los relatos transicionales que detallaré en el contenido de este capítulo.

---

<sup>12</sup> Dentro de aquella literatura, probablemente la investigación más pertinente sea la de SALAZAR, Gabriel, *Mercaderes, empresarios y capitalistas (Chile, Siglo XIX)*, Editorial Sudamericana, 2009, Santiago de Chile.

Es desde la concepción del Estado propiciada por la Constitución de 1925 en la que se adopta un sistema presidencialista fuerte en reemplazo del desgastado sistema parlamentarista que de facto<sup>13</sup> existía desde la guerra civil de 1891. Este importante cambio en la forma del Estado, registrado por la historia institucional chilena como un punto de «evolución cívica», en cuanto a que, en efecto, acabo con el vicio de la continuada *rotativa ministerial* propia del parlamentarismo chileno que sembró –siempre según la perspectiva de la historia institucional– la inestabilidad política y social durante algo más de tres décadas, ha sido observado desde la perspectiva de la historia social chilena en un sentido y alcances absolutamente contrarios que más bien le han posicionado como el origen de una, hasta entonces, inédita ‘involución’ de la conducta ciudadana, pues a decir de Salazar, lo que fundamentalmente ocurrió con el advenimiento de esta nueva reformulación del Estado, más allá de lo que registran los anales de la historia institucional (y «oficial»), “fue la transformación del movimiento *cívico soberano* del período 1890-1925 en el dependiente movimiento de *masas* del período 1932-1973. Y esto implicó reemplazar el autonómico ‘poder constituyente’ del primero por el heterónomo y legalizado derecho a petición del segundo”<sup>14</sup>.

Es en esta encrucijada de interpretaciones respecto a la relevancia aparejada por la reformulación del Estado con la Constitución de 1925 (estabilidad institucional *versus* involución ciudadana) en la que adoptaremos predominantemente el punto de vista Salazarista, más concernido en la perspectiva ciudadana, y según la cual habremos de realzar el porqué de este excursus en la proyección posterior de los relatos transicionales. En efecto, de acuerdo a nuestra perspectiva que bebe de las fuentes de la historia social más que de la perspectiva institucional, la derrota del movimiento *cívico soberano* del período 1890-1925 (movimiento que, para Salazar, en su obra

---

<sup>13</sup> Decimos que el régimen político que existía antes de 1925 correspondía a un parlamentarismo de “facto” en razón de este sistema parlamentarista se impuso en los hechos prescindiendo de un cambio constitucional o legal, con lo cual permaneció vigente la Constitución de 1833 con todas sus reformas introducidas desde mediados del siglo XIX. Lo que cambio fue únicamente la manera de interpretar la constitución tras las batallas de Concón y Placilla de la Guerra Civil de 1911, en las que la posición del presidencialista encarnada en la figura trágica del Presidente Balmaceda, “romántico y agresivo patriota, que trató de capitalizar la riqueza del salitre invirtiéndola en Obras Públicas y que pretendió, infructuosamente por desgracia, crear mecanismos de infraestructura que habrían podido producir el milagro del primer país iberoamericano en tránsito del Tercer al Primer Mundo del desarrollo”, sucumbió ante la poderosa directriz de “un parlamento consecuente con la tradición oligárquica de su estructura”. Véase CASTEDO, Leopoldo, *Chile: vida y muerte de la República Parlamentaria (de Balmaceda a Alessandri)*, Editorial Sudamericana, 2001, Santiago de Chile. P. 19

<sup>14</sup> Salazar, *Movimientos sociales en Chile*, P. 33

«*Movimientos sociales en Chile*» constituye un paradigma superior de «movimientos social-ciudadanos que intentaron construir Estado»<sup>15</sup>) y la manera en cómo se produjo esta debacle, constituyen antecedentes fundamentales para nuestra comprensión acerca del posterior desarrollo de las narrativas transicionales y su recepción por parte de la ciudadanía.

#### EL MOVIMIENTO SOCIAL DE LOS «ACTORES» (GREMIOS) DE 1918-1925

Aquel movimiento *cívico soberano* de matriz comunitaria, en el que dicha matriz gravitó más en torno a las funciones productivas o de servicio que a un tipo de asociatividad estrictamente territorial o vecinal, se alzó frente a la indolencia estatal respecto a la llamada «cuestión social»<sup>16</sup> (agravada por la galopante inflación generada por la Primera Guerra Mundial), constituyéndose como un “protosistema cívico informal, alegal, que se configuró como un poder político (soberano) dual, paralelo al poder estatal (convencional) vigente”<sup>17</sup> articulado como un movimiento de «actores sociales» (sociedades mutuales, combinaciones mancomunales y gremios patronales),

---

<sup>15</sup> Salazar, *Movimientos sociales en Chile*, P. 347-362

<sup>16</sup> La denominada «cuestión social» (cuya terminología fue adoptada desde Europa), configura el escenario estructural de carestía social que se vivía entre las clases obreras y el bajo pueblo como consecuencia de la transición de la estructura económica de la colonia (fundamentalmente latifundista, centrada en la existencia de la «Hacienda») a una economía industrial (con la precariedad que el segmento industria a tenido siempre en la economía netamente mercantil-librecambista que realmente ha tenido Chile a lo largo de su historia). La tradicional historiografía chilena, desde su omnipresente perspectiva institucional suele acotarla entre los años 1880 y 1920, atendiendo al “descubrimiento” de este paradigma por parte de las élites parlamentarias, no obstante para historiadores como Sergio Grez Toso dicha situación tendría unos orígenes y existencia mucho más anteriores, que se retrotraerían de acuerdo a su estudio crítico inclusive antes del mismísimo origen independiente del Estado de Chile. Véase GREZ TOSO, Sergio (recopilación y estudio crítico), *La “cuestión social” en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, fuentes para la historia de la república Vol VII, dirección de archivos y museos nacionales, centro de estudios Diego Barros Arana.

Disponible en: <http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0016862.pdf>.

En síntesis, la ubicación temporal tradicional sería vista por los historiadores críticos como no más que un conveniente acuerdo en el marco de la historia institucional, para la cual la perspectiva social ha sido siempre una asignatura pendiente al punto de estudiarle como una suerte de “anexo” dentro del periodo parlamentarista.

<sup>17</sup> Salazar, *Movimientos sociales en Chile*, P.352



que fue dando paso a un proceso de federamiento<sup>18</sup>, con lo cual “los problemas nacionales que afectaban a los ciudadanos a nivel de comuna fueron siendo discutidos en instancias regionales y, finalmente, en instancias nacionales” a tal punto que se echaron las bases para un verdadero *congreso social alternativo* al congreso político (constitucional)<sup>19</sup> que, fundamentalmente entre 1918 y 1925, intento construir a través de una Asamblea Nacional-Popular Constituyente, un segundo Estado nacional de marcado tinte social-participativo y productivista.

#### RADIOGRAFÍA DE UNA DERROTA

Su derrota, como la describe Salazar, si bien, a grandes rasgos, consagra aspectos comunes<sup>20</sup> dentro de la órbita de derrotas de movimientos sociales, fue de todas maneras mucho más compleja que la del otro antecedente histórico de «movimiento social-ciudadano para la construcción del Estado» apuntado por Salazar, conocido como el “movimiento de los «pueblos» de provincia” que entre 1822 y 1829 a través de una Asamblea Nacional Constituyente intento fundar un primer Estado Nacional social-productivista conforme a la tradición de auto-gobierno en cabildos, y cuyo punto álgido se alcanzó con la adopción de la Constitución de 1828. La derrota del movimiento del periodo 1918-1925, a diferencia de la debacle del movimiento de «actores sociales» del periodo 1822-1829 “no fue el resultado de un golpe militar sangriento, sino de la acción combinada de una multiplicidad de factores convergentes”, que además explican su necesaria y compleja articulación en consideración de que la cultura cívica y el proyecto político que estaban en la base de este movimiento de «actores» a derrotar, dotaban a este «protosistema» de una madurada solidez, “fraguada

---

<sup>18</sup> Especialmente notables son los casos de la Federación Obrera de Chile (FOCh), la Asociación General de Profesores (AGPCh) y de la Asociación de Municipalidades de Chile (AMCh). Véase Salazar, *Movimientos sociales en Chile*, P. 353

<sup>19</sup> Salazar, *Movimientos sociales en Chile*, P. 353

<sup>20</sup> A decir de Salazar, a grandes rasgos, ambos movimientos fueron “reprimidos primero y derrotados después por la reacción contrarrevolucionaria que puso en acción una alianza específica de las clases políticas civil y militar. En ambas coyunturas se impuso finalmente, por tanto, el proyecto político-económico del patriciado mercantil-especulativo sostenido por la capital. En ambos casos –pese a que ambos movimientos tenían el apoyo de 2/3 y más de la ciudadanía- fueron desplazados por la minoría centralista representada por ese patriciado. El uso de la fuerza y la traición parte de aquél jugaron, por tanto, un papel fundamental en ambas derrotas”. Véase Salazar, *Movimientos sociales en Chile*, P. 360

lentamente a lo largo de cuarenta años, y gestado todavía en una fecha muy anterior: desde el origen mismo del movimiento mutualista»<sup>21</sup>.

La convergencia de factores para la derrota se fue articulando durante los años 1918 al 1925, provocando un desgaste progresivo: en un primer momento, respecto de las llamadas «marchas del hambre» que puso en pie la Asamblea Obrera de Alimentación Nacional (AOAN), la respuesta estatal fue visceral y consistió en la invocación de la ley marcial poniendo al ejército al control de las ciudades, dirigiendo acciones tales como el encarcelamiento de dirigentes y la masiva destrucción de imprentas de los diarios populares, de manera tal que, hacia 1920, la AOAN quedaría irremediablemente disuelta; en un segundo momento, hacia 1923, nuevamente la respuesta estatal se articuló frente a las manifestaciones ciudadanas a través de la represión militar, esta vez con ocasión de la propuesta de parte del movimiento de «actores sociales» referida a un nuevo sistema educacional para la nueva república; y ya en un tercer y decisivo momento, hacia 1924, cuando el conflicto social ingresó en su momento más álgido, condujo a la inédita incorporación de la oficialidad joven del ejército como nuevo actor social sumado al movimiento constituyente promovido por la Federación de Obreros de Chile (FOCh), la Federación de Estudiantes de Chile (FECh) y la Asociación General de Profesores de Chile (AGPCh) y otros actores. Con la mayoría de la ciudadanía exigiendo que se convocase una Asamblea Nacional Constituyente para así dictar una Constitución más acorde a lo que deseaba la sociedad civil, la oficialidad joven dio un golpe militar incruento el 5 de septiembre de 1924, estableciendo una Junta Militar, desterrando al presidente Arturo Alessandri y promoviendo la antedicha Asamblea. Sin embargo, la irrupción de este nuevo actor social favorable a las pretensiones neo-constituyentes fue vista con resguardo por las asociaciones gremiales, atendida la complicidad histórica de los militares al servicio de la represión orquestada por las élites detentadoras del aparato estatal. El enralecido ambiente transitorio de la Junta Militar que era mirada con recelo desde el movimiento social, tuvo su esperado desenlace represivo tras la dictación de la Ley Marcial por parte de la Junta Militar, con lo cual se reinició la reprimenda sobre las sedes sociales. A su vez este intersticio fue bien aprovechado por la vieja oligarquía que, estratégicamente, propuso a la Junta como fórmula para resolver las tensiones políticas, la convocatoria a

---

<sup>21</sup> Salazar, *Movimientos sociales en Chile*, P. 357

una Asamblea Constituyente, eso sí, a condición de retornar a los linderos de la legalidad vigente de la Constitución de 1833, lo cual significó traer de vuelta al defenestrado y exiliado Arturo Alessandri Palma a objeto de recuperar su calidad de presidente constitucional (fortalecida incluso con poderes de excepción) para que fuese este quién convocase a la Asamblea Nacional Constituyente.

En medio del caos social reinante, el regreso del Alessandri fue vitoreado por las ‘masas’, a decir de Salazar, “más que por el retorno del personaje en sí, (por) el hecho de que tras su llegada *habría* una Asamblea Nacional Constituyente”<sup>22</sup>, puesto que lo que prevalecía en el sentir de las bases ciudadanas era poder expresar al fin su proyecto constitucional y ejercitar su soberanía como nunca antes había acontecido. De esta manera es que, previo a la convocatoria de Alessandri a una Asamblea Nacional Constituyente, el movimiento de «actores sociales» se auto-convoco, con una notable organización, para una Asamblea Popular que tuvo ocasión el 8 de marzo de 1925, teniendo por finalidad establecer las posiciones de los trabajadores para la refundación del Estado, a objeto de ser posteriormente presentadas en la Asamblea Nacional que representaría a todos los chilenos. Para Gabriel Salazar, la realización de esta asamblea popular, representa uno de los momentos claves en la historia de los movimientos sociales en Chile, y más que eso, representa uno de los puntos álgidos del empoderamiento ciudadano chileno, cuyo esfuerzo quedaría cristalizado en los principios constitucionales divulgados por esta Asamblea de Asalariados e Intelectuales el 14 de marzo de 1925, que apostaban por construir un Estado con una democracia social-participativa, organizado federalmente, descentralizado y funcionando sobre la base de la autonomía comunal y provincial<sup>23</sup>.

El escenario de convulsión institucional y social que se ha descrito conformaba un crisol abierto a las más variadas posibilidades de transformación de la realidad hasta entonces imaginadas. En ese sentido, a la par de la lógica transformadora que desde lo social a lo institucional propiciaba la Asamblea de Asalariados e Intelectuales, dentro de la variopinta paleta de posibilidades permanecía también, aunque sutilmente escondido, el sempiterno anhelo oligárquico de restablecer por sobre cualquier otra consideración

---

<sup>22</sup> SALAZAR, Gabriel, *Del poder constituyente de asalariados e intelectuales (Chile siglos XX y XXI)*, Lom Ediciones, 2009, Santiago de Chile, P. 77

<sup>23</sup> Salazar, *Del poder constituyente de asalariados e intelectuales*, P. 89-93

la vieja ‘estabilidad’ institucional de la que siempre había obtenido réditos. Esta última lógica (estabilidad institucional ante todo) fue con la que, poco a poco, la hábil muñeca política de Arturo Alessandri (junto al inestimable apoyo de sus compañeros de clase de la vieja élite de políticos profesionales) se encargó de bosquejar el proceso constituyente, en detrimento de las aspiraciones de autodeterminación ciudadana.

Conviene en este punto analizar con detalle la seguidilla de actuaciones de Alessandri y la clase política adicta a éste para evidenciar el progresivo posicionamiento de esta lógica:

- 1) en un primer momento de su retorno a la primera magistratura tras su fugaz exilio temporal en Italia, la voluntad declarada por Alessandri tras una sesión de gabinete en el mes de marzo de 1925, consistió en el acuerdo de la fecha para la realización de la Asamblea Nacional Constituyente, a realizarse el día 26 de julio de 1925, con lo cual además se manifestó que la elección de representantes tendría una composición mixta de base gremial y popular, para cuyos efectos se estaba acelerando la inscripción en los registros electorales dado que la Junta Militar había repudiado el antiguo registro por estar viciado<sup>24</sup>.
- 2) casi de manera paralela a dicha sesión de gabinete, en entrevista con un grupo de ex parlamentarios, el presidente en cambio manifestaba algunas ideas que deslizaban una voluntad diversa, en orden a privilegiar la lógica de “restituir pronto la antigua normalidad”, para lo cual tenía en mente apresurar la Constituyente para verificar con la mayor celeridad “las elecciones de los poderes Ejecutivo y Legislativo”. Más preocupante que lo anterior resultaba el orden de prioridades que Alessandri expresaba a estos ex parlamentarios, sintetizando el *quid* de los problemas en “la forma del gobierno (presidencialista o parlamentario) y la cuestión religiosa”, haciendo oídos sordos respecto a la enorme gravedad de la invisibilizada “cuestión social” que devastaba al país, con lo cual, a decir de Salazar, estos y otros “diversos antecedentes confirmaban el hecho de que el Presidente no retornaba a Chile para acatar e implementar lealmente la soberanía ciudadana, sino para preparar y ejecutar una salida ‘política’ (convencional) a la crisis producida”<sup>25</sup>.

---

<sup>24</sup> Salazar, *Del poder constituyente de asalariados e intelectuales*, P. 94

<sup>25</sup> Salazar, *Del poder constituyente de asalariados e intelectuales*, P. 94

- 3) Otro antecedente que posteriormente revelaba las verdaderas intenciones oligárquicas de Alessandri fue la reunión que a comienzos de Abril sostuvo con 150 “notables” con el objeto de dar un espaldarazo a la lógica presidencial, insistiendo estos en la tesis de que la necesidad central consistía en definir adecuadamente (y ante todo) las relaciones entre los poderes Ejecutivo y Legislativo (sistema presidencialista o parlamentario), además de poner en duda la confianza en el arbitrio la de ciudadanía (representada por la eventual configuración de la Asamblea Nacional Constituyente según lo acordado en consejo de gabinete) para acometer una reforma total del país, al tanto que, muy por el contrario, los elogiosos discursos de los “notables” ponían fuera de toda duda “la confianza en el talento, en el criterio, en la experiencia y en el patriotismo del Presidente para resolver todo”<sup>26</sup>.
- 4) A todo lo anterior se unía que Alessandri, durante su exilio, había prerreducido personalmente un texto constitucional, lo cual, añadido al apoyo de los notables, iba allanando cada vez más el camino para evadir el momento deliberativo, cuya inquietud había sido manifestada por la opinión pública, acercándose peligrosamente a un menguado proceso constituyente de simple ratificación del texto por él redactado. En dicho contexto es que el 7 de abril de 1925, Alessandri emite el Decreto N° 1422<sup>27</sup> de acuerdo al cual designa una ‘comisión consultiva’, de naturaleza instrumental, a efectos de organizar el procedimiento para la organización y funcionamiento de la Asamblea Nacional Constituyente, cuya composición tuvo una mayoría de ‘notables’ provenientes del mundo político tradicional y una minoría de representantes de los ‘gremios’<sup>28</sup>. En la primera sesión de la comisión, el discurso inaugural de Alessandri se ocupó de dejar bien claras sus pretensiones, cerrando filas en cuanto a la necesidad urgente de volver a la brevedad a un tránsito constitucional, que tuviera por

---

<sup>26</sup> Salazar, *Del poder constituyente de asalariados e intelectuales*, P. 95

<sup>27</sup> El texto del Decreto es el que sigue: “Teniendo presente, 1º, Que acontecimientos políticos verificados en el país desde el 5 de septiembre último han producido una situación extraordinaria a la cual debe ponerse término en el menor plazo posible para reemplazarla por un régimen de absoluta; 2º, Que para este efecto hay necesidad imprescindible de consultar las distintas corrientes en que se divide la opinión del país, para organizar, de acuerdo con ellas, una Asamblea Nacional Constituyente, decreto: Designase una comisión consultiva, encargada de informar al Gobierno sobre todo lo relativo a los procedimientos a que debe ceñirse la organización y funcionamiento de la Asamblea Nacional Constituyente, y a la cual se someterá también en consulta las materias que el gobierno estime conveniente”.

<sup>28</sup> Salazar, *Del poder constituyente de asalariados e intelectuales*, P. 95-96

objetivo principal acabar con la rotativa ministerial por la vía de dejar a los Ministros de Estado fuera de la acción e intervención de los partidos políticos, entendiendo que la acción política partidaria debía estar al margen de la administración del Estado para que se pudiera hacer un buen gobierno, todo lo cual, abreviadamente, consistía en proponer un régimen fuertemente presidencial, inclinado a otorgar las mayores atribuciones (aunque “sin caer en la tiranía”) para la salvadora figura de Alessandri. Este pronunciamiento, más allá de algunas opiniones discordantes pronunciadas fundamentalmente por representantes del Partido Radical y de los gremios, encontró el apoyo mayoritario del resto de los comisionados que acordaron, al terminar la sesión, la creación de dos sub-comisiones, una “organizativa” de la Asamblea y otra “de Reformas” a proponer<sup>29</sup>.

- 5) La composición y funcionamiento de la denominada “Sub-comisión de Reformas” –que fue la única de las dos que realmente funcionó–, merece un punto aparte en esta narrativa: del texto de sus Actas de funcionamiento, a lo largo de las 30 veces que sesionó, se desprende que su composición tuvo una aplastante mayoría de personeros de filiación oligárquica, parlamentarista o alessandrista, en la cual el único miembro que representó los intereses populares acordados en la Asamblea de Asalariados e Intelectuales fue Manuel Hidalgo. Considerando que en promedio cada sesión tuvo 10 asistentes (descontados el Presidente Alessandri y el secretario de la sub-comisión, Edecio Torreblanca), con una asistencia máxima de 14 (una vez) y una mínima de 6 (una vez), queda bastante claro que la posición popular no tuvo prácticamente gravitación en el funcionamiento de la sub-comisión. La lectura de las actas revela también que las indicaciones del Presidente se impusieron normalmente sin oposición y que en la mayoría de las sesiones se optó derechamente por examinar, aprobar o reformar, artículo por artículo, la deslegitimada y agonizante Constitución de 1833 al punto de que el borrador final tuvo por encabezado la frase “*Modifícase en la forma que a continuación se indica la Constitución Política de la República de Chile promulgada el 25 de Mayo de 1833*”. En síntesis, toda esta trama nos lleva a concluir que aquello que prometía en un comienzo establecerse como un proceso constituyente de carácter nacional acabó reducido a ser un

---

<sup>29</sup> Salazar, *Del poder constituyente de asalariados e intelectuales*, P. 95-100

proceso legislativo a cargo de un puñado de “amigos del Presidente” a objeto de acometer una depreciada reforma constitucional (pues ni tan siquiera se podría catalogar a esta elaboración como un proyecto de Carta Fundamental) para establecer una estabilidad institucional que eludía olímpicamente los aspectos de orden social que ocasionaron en gran medida la crisis política del período<sup>30</sup>.

- 6) Posteriormente, Alessandri convocó a una Comisión Consultiva *Ampliada* (pues agregó 69 personas más, que sumadas a las 53 originales, acabaron conformando un total de 122 personas) a celebrarse el 23 de julio de 1925 a efecto de que esta tomase conocimiento de “*la Carta Fundamental elaborada por la Sub-Comisión de Reformas*”. Aquella sesión principió —cómo no— con un largo discurso del Presidente Alessandri que tuvo por objeto presentar el proyecto de la Sub-Comisión como la «solución a la crisis», cuyo sentido Alessandri astuta y convenientemente acotó a los excesos del parlamentarismo, dejando con ello fuera de toda consideración a la “cuestión social”, reduciendo el proceso social-revolucionario a un mero tecnicismo político, presentando en definitiva una solución que, en pocas palabras, dio a elegir entre un régimen presidencialista y otro teóricamente intermedio entre el presidencialismo y el parlamentarismo. Tal intervención contó con el respaldo silencioso y mayoritario de los contertulios que se dedicaron a aplaudir y asentir las palabras del Presidente, no obstante lo cual emergieron voces fuertemente discordantes que elevaron la tensión de la sesión: primero, la del general Mariano Navarrete (Inspector general del Ejército), quién se pronunció repudiando la actitud de la clase política, que a su parecer, nuevamente daba la espalda a las verdaderas finalidades que tenían las revoluciones que condujeron a la movilización de la oficialidad joven del Ejército, y que consistían precisamente en acabar con los arreglos políticos a puertas cerradas y efectuados a espaldas de la soberanía popular, opinión con la cual dejó entrever la posibilidad de una nueva intervención militar; en segundo lugar, la intervención del Doctor Julio Bustos, del Partido Radical, que quiso enfatizar el sentido de las revoluciones militares recientes, aludiendo al “manifiesto” firmado por los militares jóvenes, señalando en su intervención que “*la idea de convocatoria a una Asamblea Constituyente...Significa que los pueblos deben darse las normas jurídicas y de*

---

<sup>30</sup> Salazar, *Del poder constituyente de asalariados e intelectuales*, P. 104-105

*derecho público que emanan de la conciencia de los ciudadanos. Por eso estamos reunidos en este momento... ”.* En adelante, lo que siguió aconteciendo en aquella sesión acabo por ser una sucesión de escenas dignas del más melodramático libreto teatral: Apenas acabada la última frase citada de las palabras pronunciadas por Julio Bustos, el Presidente Alessandri le interrumpió ofendido –con espectacular dramatismo– para, acto seguido, levantar la sesión prometiendo dictar al día siguiente el decreto de convocatoria a una Asamblea Constituyente libre, tras lo cual abandono raudamente la sala de sesiones. Conmocionada la Comisión Consultiva, uno de los comisionados, Enrique Barbosa, “agitando la campanilla de la testera”, sugirió el nombramiento inmediato de una comisión que fuese a buscar al Presidente, para que diese reapertura a la sesión y de esa manera acabar con las labores de la Asamblea mediante la aprobación inmediata al proyecto de Constitución. Rápidamente, casi un tercio de los asistentes se nombraron a sí mismos para ir a buscar al Presidente a su despacho, tras lo cual, en efecto, minutos después, regresaron en compañía de un Alessandri pletórico que, recibido con una ovación por parte de sus adictos, retomó la cabecera para dar la palabra a su antiguo rival en la candidatura a la presidencia en las elecciones de 1920, Luís Barros Borgoño, el cual, a decir de Salazar “como recitando un libreto, señalo que ése era un momento solemne pues se debatía la suerte de la República”, con lo cual, resaltando la convergencia de los distintos partidos políticos (que actuaban en ese momento de consuno como clase política, por intereses comunes de clase que superaban cualquier rencilla ideológica que aconteciera entre ellos) en un “*sentimiento patriótico (que) debe ser común a todos los chilenos*” propuso que “*se dé por aprobado inmediatamente el proyecto de Constitución que se ha sometido al estudio de la Asamblea, como una deferencia especial a S.E. el Presidente de la República, el ilustre ciudadano que ha estado sacrificándose por el engrandecimiento y la tranquilidad del país*”. “Encausada la solemne sesión en ese ánimo –indica Salazar– intervinieron luego Guillermo Subercaseaux, Rafael Silva Lastra y el Ministro de Justicia José Maza para proponer el voto de acuerdo. Se pidió que se pusieran de pie los que aprobaban



el proyecto de Constitución. Solo tres o cuatro de los asistentes permanecieron sentados: la Patria estaba salvada”<sup>31</sup>.

- 7) Finalmente, después de ese auténtico montaje teatral, se acordó someter a plebiscito el proyecto aprobado por la Comisión Consultiva Ampliada, tras lo cual, el Presidente Alessandri redactó un Manifiesto fechado a 28 de julio de 1925 para fundamentar al país lo que se había resuelto en la Comisión y, de paso, legitimar el llamado a plebiscito, haciendo uso una vez más de su hábilmente sofista muñeca política, anteponiendo la necesidad de tener una Carta Fundamental antes del fin constitucional de su mandato en detrimento de no convocar la Asamblea Constituyente en los términos que primeramente fueron prometidos, señalando que “*No hacemos siempre lo que deseamos sino lo que podemos*”, para, acto seguido, alabar el patriotismo y unión con el que trabajó la Sub-Comisión de Reformas, al tanto que explicaba el súbito fin de la Sub-Comisión organizativa de la Asamblea Constituyente en razón de que, según él, la Sub-Comisión se había empantanado en graves discrepancias entre quienes querían organizar una votación directa y quienes la querían de base gremial. Como corolario de su pronunciamiento, Alessandri no dudo en terminar sus palabras figurando lo que a decir de Salazar sería “el dilema propio del ‘salvador’: yo, o el diluvio”, en cuanto a que su pronunciamiento constituía, en sus propias palabras, “*la doctrina que estimo de salvación ciudadana. Libres son mis conciudadanos de seguir la vía que nos llevará al desastre y a la hecatombe, o de tomar la que, a mi juicio, conduce a la salvación y felicidad de la República*”. El manifiesto provocó diversas reacciones, con lo cual varios partidos –unos por considerar el plebiscito ilegal y otros por permanecer como partidarios del régimen parlamentario– decidieron abstenerse de la votación que tuvo lugar en Septiembre de 1925, en tanto que otros tantos se dividieron entre votar o no hacerlo. Como epílogo de toda esta trama, el resultado de la votación fue el triunfo aplastante del proyecto alessandrista de régimen presidencial, no obstante lo cual, tal como se recoge en el Periódico semanal “*Alerta*”, de fecha 5 de septiembre de 1925, “más de la mitad del electorado se ha abstenido de concurrir al plebiscito”, alcanzando dicho abstencionismo un alarmante 57%. De esta manera fue como, citando las lúcidas palabras de Gabriel Salazar,

---

<sup>31</sup> Salazar, *Del poder constituyente de asalariados e intelectuales*, P. 104-108

Alessandri “había logrado ‘salvar’ al país del ejercicio de su propia libertad” pasando a ubicarse, con probabilidad, como el más grande *estadista* chileno del siglo XX.<sup>32</sup>

\* \* \*

Después de este pormenorizado recuento del específico tránsito político que tuvieron los acontecimientos del proceso constituyente de la Constitución de 1925, es mi intención reconducir este relato con el sentido expuesto en el título de este excursus interpretativo, y es que, así como durante la mayor parte del Siglo XIX, se puede hablar en cuanto denominador común para el funcionamiento del Estado, del llamado «Orden Portaliano» en referencia al Estado fuerte y centralista dispuesto por la Constitución de Portales de 1833; de la misma forma, durante el periodo 1925-1973 (siglo XX) se podría hablar de un «Orden de populismo desarrollista», verdadera oda al arte de “ocultar el sol con una mano”, perfilado a través de toda la trama que he narrado detalladamente, consistiendo a grandes rasgos en obviar la gravedad de los problemas económicos y sociales, a la vez que bloqueando la participación ciudadana, bajo el solo remedo de una ligera transformación en el modo de desarrollar la actividad política desde su monopolio por parte de la clase política oligárquica, consagrado todo ello por el texto legal de la Constitución alessandrista, liberal y (aparentemente) presidencialista<sup>33</sup>, de 1925.

---

<sup>32</sup> Salazar, *Del poder constituyente de asalariados e intelectuales*, P. 110-113

<sup>33</sup> He querido relativizar la consideración “presidencialista” que, puramente en atención a la eliminación de la arraigada práctica de rotativa ministerial durante el periodo 1891-1925, ostenta la Constitución de 1925, en razón de que, pese a que con la desaparición de la rotativa ministerial se afianzaron los gabinetes determinados por los presidentes de la república, de todas maneras, de acuerdo a la lectura de Salazar, “el centro de gravedad del poder estatal no estaba radicado en la Presidencia sino en el Congreso”, puesto que la Cámara de Diputados tenía un importante rol fiscalizador “sobre el presidente de la República, sobre su gabinete, sobre el contralor general de la República, los magistrados de los tribunales supremos, los generales y almirantes y los intendentes y gobernadores, a todos los cuales podía acusar por distintos delitos debidamente tipificados y suspenderlos de sus cargos. La acusación, en todo caso, debía ser ratificada o rechazada por el Senado”. Con estas atribuciones del Congreso, se evitaba el peligro de una dictadura legal en manos de un presidente fuerte, añadiendo que a estas facultades establecidas entre los artículos 39 y 42, les complementaban las establecidas en los artículos 43 y 44, en las cuales se ahondaba que respecto a las políticas relevantes en las cuales tuviera iniciativa y prerrogativas el Presidente, sólo podían promulgarse con la aprobación del Congreso, incluyendo las tan manoseadas «facultades extraordinarias» que durante la vigencia de la Constitución de 1833 los presidentes se auto-atribuían y que bajo el vigor de la Constitución de 1925 fueron atribución exclusiva del Congreso. Sin entrar en el detalle

He intentado poner en evidencia como es que el tándem conformado por la astucia sofista de Alessandri unida al irrestricto apoyo a su causa por parte de las viejas élites políticas emparentadas más allá de las diferencias ideológicas en el “bien común” de su identidad de clase (expresado en el transversalmente vitoreado regreso del caudillo desde el exilio), en conjunto a la inestabilidad política reinante durante el período de Junta Militar y a la inocencia y asustadiza (pero, a la postre, justificada) desconfianza del movimiento popular respecto de los militares, llevaron precisamente a que, de manera gradual, el movimiento popular depusiera sus prácticas deliberativas, acabando atomizado en los puros intereses separados de cada gremio, confundido por la seducción de las palabras del “león de Tarapacá” (que era como popularmente se apodaba a Arturo Alessandri).

El escenario que he descrito, ubicado justo en medio de un concierto internacional de entre guerras, deslumbrado a partes iguales por la revolución bolchevique y el leninismo, y por los caudillismos populistas de gran parte de Europa, acabaría siendo el caldo de cultivo preciso para la emergencia en Chile de un cierto tipo de *caudillismo presidencialista* (con el beneplácito de los partidos políticos) que, a su vez, propiciaría la acción política en forma de desarrollismo populista durante gran parte del siglo XX.

Habiéndose zanjado la crisis institucional de 1925 bajo la fórmula alessandrista de ignorar la multiplicidad de las causas del desastre y sus alcances sociales, proveyendo una solución netamente política, no es de extrañar que con prontitud volvieran a asomar los irresolutos problemas sociales. La gran diferencia a este punto radicaba en el corpus reforzado de la vigente Constitución de 1925 manifestada fundamentalmente en el trabajo mancomunado de las relaciones funcionales entre Presidente y Congreso (la clase política toda), y en el énfasis puesto en poner a raya cualquier desbande ciudadano bajo pena de sedición (artículos 3 y 4). Para garantizar aun más la imposibilidad de nuevas erupciones ciudadanas, conjuntamente se dictó el

---

de la potestad del congreso de restringir los derechos constitucionales, ni en el acuerdo que debía prevalecer normalmente para que el presidente acordase el Estado de Sitio, o la ambigüedad en la determinación de la fórmula “conmoción interior” que diluía las responsabilidades del congreso, el presidente y el ejército; el punto de relativizar el presidencialismo para recalcar la importancia del congreso como «centro del poder» tiene sentido en enfatizar nuevamente que la actividad política según la estructura constitucional de 1925 quedaba de todas maneras en exclusivas manos de los partidos políticos a través de los «representantes», desconociéndose cualquier tipo de atribución soberana al margen de las autoridades y atribuciones constitucionales so pena de sedición, de acuerdo a la lectura concordante de los artículos 2,3 y 4. Véase Salazar, *Movimientos sociales en Chile*, P. 85-90.

Código del Trabajo, de marcada orientación liberal, que prohibió a los sindicatos de trabajadores hacer política, concibiéndoles únicamente como organizaciones gremiales y funcionales<sup>34</sup>. La “nueva” estructura de gobierno y las necesidades sociales insatisfechas propiciaron casi de manera espontánea una nueva forma de conducir la política estatal, mediante un fuerte populismo puesto en marcha por el general Carlos Ibáñez del Campo, que básicamente consistía en que el Estado adoptaba “un papel activo, no sólo en el plano asistencial, sino también en el laboral, cultural, educacional y en el fomento a la producción” formando estas funciones “una nueva concepción de Estado” según la cual “al gobierno le era atribuido el carácter de coordinador en la acción de las fuerzas sociales, quedando situado más allá de las contingencias e intereses particulares. Su fin era permanente: proteger a la sociedad de la crisis de su orden social, ser árbitro en el conflicto entre los grupos, defender el espíritu nacional, los valores tradicionales, la armonía del cuerpo social, etc. Sólo una autoridad fuerte podría ejercer efectivamente este papel de árbitro que se le asignaba. En esta finalidad había implícita irresponsabilidad en el uso del poder”<sup>35</sup>. De este modo, pese a carecer del magnetismo político que el caudillo Alessandri rebosaba, Carlos Ibáñez del Campo, a su turno, como hombre de ejército que era, se caracterizó por su fuerza y resolución al actuar, cualidad con la cual supo capitalizar con vena populista el trabajo que desde Alessandri y el proceso constituyente de 1925 se había realizado al rebajar la calidad de los actores sociales a simples “peticionistas”: “él iba a realizar, dictatorial y centralizadamente, las reformas exigidas por los actores sociales, pero *sin* los actores sociales”<sup>36</sup>.

Curiosamente, la base legal sobre la cual se articuló esta manera de desarrollar la política populista y centralizadamente por el largo espacio central del siglo XX, era especialmente endeble: recordemos que la solución alessandrista al grave conflicto

---

<sup>34</sup> En efecto, el Artículo 371 del Código dispone que “se prohíbe a los sindicatos ocuparse en objetivos distintos de los señalados en este Título y en sus estatutos, y ejecutar actos tendientes a menoscabar la libertad individual, la libertad de trabajo y la de las industrias...”. En conjunto a ello, el Artículo 385 señala que “En ningún caso podrán invertirse los fondos del sindicato en fines de resistencia o en cualquiera otra actividad que directa o indirectamente dañe los intereses de la empresa industrial a que el sindicato pertenece”. Véase Salazar, *Movimientos sociales en Chile*, P. 92

<sup>35</sup> ROJAS FLORES, Jorge, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)*, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1993, Santiago de Chile. P. 13-14.

Disponible en: <http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0000721.pdf>

<sup>36</sup> Salazar, *Del poder constituyente de asalariados e intelectuales*, P. 117

institucional y social fue de tipo político, a través de la dictación de la Constitución de 1925, de la cual ya hemos relativizado su teórico presidencialismo y que, por haberse entrampado únicamente en predicamentos de orden político careció de disposiciones destinadas a dar implementar soluciones para la “cuestión social”. Ello determinó que, para evitar un nuevo escenario de desastre social, se adoptará como salida al *impasse* la invención y utilización de «resquicios legales», intentando un difícil equilibrio de fuerzas en evidente tensión: respetando a la Constitución; aplacando a la Derecha librecambista, que enquistada en la Confederación de Producción y Comercio (CPC<sup>37</sup>) y con su brazo político articulado en el Senado, manifestó su clara oposición al nacional-desarrollismo y al nacional-populismo; respondiendo de alguna manera a las demandas sediciosas de las masas, a la vez que permitiendo y asegurando que los representantes y las autoridades pudieran mantenerse dentro de sus cargos, prerrogativas y prebendas<sup>38</sup>.

Tales «resquicios legales» se articularon fundamentalmente a través de la dictación de legislación irregular (decretos ley y decretos con fuerza de ley) por parte del Ejecutivo, actividad que ya contaba con una larga tradición en la política chilena a través de las denominadas «facultades extraordinarias» que, aunque “no estaban explícitamente formalizadas en la Constitución de 1925 como lo habían estado en la de 1833, de hecho el abigarrado pero indefinido concepto de «conmoción interior» (que podía incluir desde motines populares y militares hasta terremotos, erupciones y otras catástrofes telúricas) permitía dotar al Presidente –si contaba con una mayoría adicta en el Congreso– de facultades de este tipo y gobernar, seis meses a lo más, por la vía de los apetecidos decretos con fuerza de ley, los cuales eran altamente necesarios, dada la urgencia estratégica de sortear las mayorías opositoras del Congreso y de disciplinar la díscola y revuelta masa burocrática que poblaba las oficinas de las reparticiones públicas”<sup>39</sup>. Así Ibáñez, “por medio de Decretos con Fuerza de Ley, dictatoriales, sin modificar la Constitución alessandrista de 1925 (...) creó el Instituto de Crédito Industrial, la Caja de Crédito Agrícola, la Caja de Crédito Minero, reorganizó la Caja de Crédito Popular, nacionalizó la producción y comercialización del salitre, creó la

---

<sup>37</sup> En este caso específico, CPC refiere a “Confederación de Producción y Comercio”. A lo largo de este trabajo, en cambio, la sigla CPC referirá habitualmente a la “clase política civil”.

<sup>38</sup> Salazar, *Movimientos sociales en Chile*, P. 93-94

<sup>39</sup> Salazar, *Movimientos sociales en Chile*, P. 95

Oficina Central de Municipalidad, dictó el Código del Trabajo, etc.»<sup>40</sup>. Quedaba así inaugurado el populismo desarrollista dentro del marco constitucional (aunque siempre rozando sus límites al conducirse por la vía de los resquicios) a la par que se clausuraba el espíritu soberanista de la ciudadanía empoderada que, acallada por el populismo caudillista y atada de manos por la legislación laboral de corte liberal, condescendía su conversión de autónomo movimiento en dirigidas masas populares.

A este punto en el que hemos intentado elaborar una propuesta que explique el modo en que se condujo la acción política durante la parte central del siglo XX chileno, se vuelve menester repensar estas proposiciones y vincularlas con la materia que estrictamente nos convoca en este capítulo que son los relatos transicionales. En este sentido, el propósito que este excursus histórico ha intentado suponer, ha consistido en dejar a trasluz la defenestración de lo que concebíamos como un auténtico y horizontal movimiento de «actores sociales» que acabó reducido hacia el futuro a «masas sociales» orientadas mediante un verticalismo descendente, transformación acontecida a manos del «muñequero político» que representado en lo principal por el caudillismo alessandrista y el populismo ibañista, sentaron las bases de un imaginario social ocupado por un Estado ideológicamente paternalista, omnipresente, y centralizador de toda la actividad histórica en cuanto a ser, fuera de toda duda, el principal agente de transformación social.

Ante tan centralizado y vertical modo de actuar no resulta difícil apreciar a los relatos transicionales como formaciones discursivas herederas de aquella manera de hacer política, que incluso más allá de sus variadas ideologías, acabaron teniendo por fundamental denominador común el constituirse como narrativas institucionalmente impuestas, escritas precisamente por un abigarrado desarrollo de la historiografía de orden institucional, que pese a haber logrado parciales identificaciones con las masas a quienes han pretendido interpretar, han acabado por ser narrativas insuficientemente descriptivas en la definición e interpretación de la realidad social, al proponerse en un sentido paternalista que neutraliza la autodeterminación y agencia del pueblo, provocando inevitables fracturas con la ciudadanía y convirtiendo a los relatos en producción estéril, poco descriptiva y, en resumen, ajena para la autodefinición ciudadana.

---

<sup>40</sup> Salazar, *Del poder constituyente de asalariados e intelectuales*, P. 117

## ESTUDIO DE LOS 3 GRANDES RELATOS TRANSICIONALES DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX CHILENO

*“Todo país, de alguna forma, deja de existir alguna vez”*

ROBERTO BOLAÑO<sup>41</sup>

“Articular históricamente el pasado no significa conocerlo ‘tal como verdaderamente fue’. Significa apoderarse de un recuerdo tal como éste relumbra en un instante de peligro”<sup>42</sup>. Esta premisa, que encabeza el apartado VI de las *“Tesis sobre el concepto de la historia”* de Walter Benjamin, bien encaja, a su vez, con la tarea que nos hemos propuesto en cuanto a presentar una narrativa de los 3 grandes relatos transicionales que ocuparon la segunda mitad del Siglo XX chileno. Encaja con la propuesta benjaminiana en cuanto está lejos de la pretensión de esta narrativa proveer de un conocimiento del pasado “tal como verdaderamente fue”, pues ello supondría por nuestra parte una quimera metodológica, propia del historicismo respecto del cual Benjamin –y nosotros siguiéndole– manifestamos nuestros reparos.

Más bien, por nuestra parte habría la intención de articular históricamente el pasado, como bien dice Benjamin, apoderándonos del relumbrar de un recuerdo en este instante de peligro en que se observa el pesado asentamiento del estructural funcionalismo neoliberalizante que ha dividido sin contemplaciones lo político de lo social, en el que se aprecia tal como hace casi una centuria un nuevo escenario de «cuestión social» disfrazado contemporáneamente por la burbuja crediticia hinchada y que, amenazando estallar, perpetúa el endeudamiento de la gran mayoría social que menos tiene, agravando el desequilibrio distributivo que de todas maneras permanece como una realidad invisibilizada de cara al sistema político institucional y a la clase

---

<sup>41</sup> No me ha sido posible localizar la entrevista o el libro en el que Roberto Bolaño pronuncio esta asertiva sentencia. He tomado pues, conocimiento indirecto de esta frase a través del recuerdo de esta hecho por Juan Villoro. Véase VILLORO, Juan, “La batalla futura”, prólogo de BRAITHWAITE, Andrés (editor), *Bolaño por sí mismo. Entrevistas escogidas*. Ediciones Universidad Diego Portales, 2006, Santiago de Chile. P. 12

<sup>42</sup> BENJAMIN, Walter, “Sobre el concepto de Historia”, VI, en BENJAMIN, Walter, *Obras: Libro I/ Vol 2*, Editorial Abada, 2008, Madrid.

política que le puebla, cuya indolencia le ciega y le enfoca nada más que en el formal respeto a la Constitución y las leyes. Dicha indolencia ensimismada de la clase política posibilita, por una parte, su endogámica agencia y *modus vivendi* al margen de los predicamentos de la sociedad, a la vez que, por otra parte, permite mantener neutralizada a la agencia ciudadana.

Este instante de peligro en el que asoma paternalistamente la disposición de la presidenta Bachelet a echar a andar un nuevo proceso constituyente, rebozando ambigüedad respecto a los extremos prácticos de la propuesta, debe servirnos para una adecuada articulación del pasado que sirva ante todo con su relumbrar para ponernos en alerta del rapto constante de la agencia ciudadana por parte del agente estatal, sin dejarnos embaucar por los cantos de sirena del crecimiento económico, el emprendimiento individualista y la burbuja crediticia que nada más han perpetuado el atomismo y desarticulación de lo social para recluirnos en los sinsabores de la agencia privada encajonada.

Por ello es que el relumbrar de nuestro recuerdo en la forma de nuestro relato tiene antes que una forzada pretensión de objetividad, la pretensión de articular una memoria crítica respecto del pasado reciente y su proyecto transformador de la sociedad con la significación del peligro que ha revestido en contra de los que creemos son los auténticos anhelos ciudadanos que abogan desde sus propias raíces por una construcción social de la realidad, con la intención de hacer la historia en lugar de simplemente padecerla.

## 1. «TRANSICIÓN AL SOCIALISMO»

### 1.1. DEL «DESARROLLISMO» AL «NACIONAL POPULISMO»: ANTECEDENTES CONDICIONANTES RELATIVOS A LA ESTRUCTURA DEL SISTEMA POLÍTICO

Si el excursus relativo al origen del Estado de 1925 tuvo por cometido sentar unas bases generales en clave historiográfica para hacer comprensible el viraje que tomó la



agencia política durante gran parte del siglo XX<sup>43</sup>; al comenzar a dar una idea del primer relato transicional que forma parte de esta investigación, nos parece preciso seguir la inmersión dentro de esta perspectiva historiográfica, para comprender de esta manera el alto grado de saturación alcanzado por el modelo de acción política legado por el Estado de 1925, que condujo en su punto culminante a un mundialmente inédito proceso de «transición al socialismo»<sup>44</sup>, conducido dentro de los márgenes de un Estado liberal de Derecho encarnado por una democracia constitucional, y que fue conocido como la «vía chilena al socialismo», cuya peculiaridad cautivó la mirada del mundo entero para, tras su debacle, sacudirle con su fatal desenlace.

Hay anomalías que, de alguna manera, han resultado ser constantes en la historia de Chile. A propósito del estudio pormenorizado del sistema político, los partidos y la ciudadanía en el período 1932-1973, Gabriel Salazar y el grupo de historiadores con los que trabaja, plantean que este sistema político es el fruto de la sucesión constante de dos fases que serían la del ‘pecado original’ y la de ‘contrición’. Con la primera fase aluden a aquella en la cual se configura la estructura del Estado a través de una Constitución habitualmente adoptada por una minoría, en la cual los partidos dominantes son los oligárquicos, no pocas veces acompañados por el rol activo de la clase política militar; por otro lado, la segunda fase hace referencia a aquellos intervalos en que los partidos dominantes son por el contrario no los oligárquicos sino que aquellos que hacen instalaciones sufragistas, pero que a pesar de terminar rigiéndose por la opinión

---

<sup>43</sup> En términos de concentrarse esta agencia política en manos de una clase política civil que orientó la acción del Estado en el devaneo desde el nacional desarrollismo al nacional populismo, en detrimento (y de espaldas) a la participación ciudadana de actores sociales reducidos al murmullo de la agitación fácilmente manipulable de las «masas sociales».

<sup>44</sup> La «vía chilena al socialismo» era a tal punto original y *sui generis* que, para analistas como Tomas Moulian, este proceso presentaba la inédita consistencia de ser una pre-revolución (en cuanto “buscaba realizar transformaciones profundas en la esfera de la producción, modificando la propiedad, ‘sin tomar el poder’, sin una revolución política, negando pero también superando en la práctica a la teoría bolchevique. La superaba porque no se limitaba a políticas redistributivas sino avanzaba más allá) pero que a la vez, “tenía los efectos subjetivos de una revolución, puesto que modificaba de facto un punto central de todo estado de derecho: el estatuto de la propiedad”. Por causa de la radical originalidad de su naturaleza híbrida, para Moulian “uno de los numerosos problemas de fondo que enfrentó la Unidad Popular era el silencio y la imprevisión de la teoría marxista en uso respecto de una trayectoria de este tipo”, con lo cual “apenas existían algunos instrumentos y mapas cognitivos, que durante un tiempo permitieron una navegación eficaz, sorteando arrecifes. Pero, al final del proceso, cuando se desarrolla la gran discusión estratégica, esos puros mapas eran insuficientes”. Por esa causa es que para Moulian “no se realizó la gran discusión teórica que un proceso como la Unidad Popular necesitaba. Un análisis donde la forma (la vía) no fuera separada del fondo (el tipo de socialismo a construir)”. Véase MOULIAN, Tomás, “La vía chilena al socialismo: Itinerario de la crisis de los discursos estratégicos de la Unidad Popular”, en PINTO, Julio (Coordinador-Editor), *Cuando hicimos historia: La experiencia de la Unidad Popular*, Lom Ediciones, 2005, Santiago de Chile. P. 35-37

sufragista de la masa ciudadana, persisten en mantener Constituciones incongruentes con la voluntad ciudadana, con lo cual acaban por inutilizar las instalaciones cívicamente congruentes. Ante tamaña inconsistencia histórica a la que da pie la sucesión de estas fases, Salazar y compañía esbozan la existencia de “una sola hipótesis apta para tal puzzle: esa inconsistencia creó un ámbito ‘despegado’, que incubó y desarrolló un sistema partidario no sólo *autonomizable* de la masa ciudadana, sino también dotado con la *posibilidad* de legitimación sucedánea si, más tarde, fomentaba instalaciones sufragistas. Al parecer, las Constituciones ilegítimas –que nacen en pecado original– no están constreñidas a redimir su vicio si en su vida histórica van a poder implementar ‘contriciones sufragistas’. O sea: si podrán vestir el llamativo ‘habito’ de la pseudo-legitimación”<sup>45</sup>.

De tal manera, entre el ‘pecado original’ y la ‘contrición’ se dio pie a la existencia de este prolongado período de “estabilidad democrática” de 1932-1973, el cual, en conjunto al Estado Portaliano en su etapa clásica (1831-1861), ha contribuido a enraizar la mitología y orgullo nacional archi difundido de la “estabilidad institucional del país”, tipificando “*toda* la historia política nacional, dado que realizaron de modo ejemplar los valores supremos de la Nación”<sup>46</sup>. Al remitir a esos supuestos “valores supremos de la nación” nos aproximamos a una ciertas ideas de totalidad y generalidad que revisten permanencia, imprimiendo en esta constelación un halo de ahistoricidad que ha tenido por centro la idea del Estado Nacional devenido en una “construcción política superestructural y autorreferida” que ha sabido subsumir dentro de su totalidad y a su comodidad otras ideas generales que fueron emergiendo en el período como ciudadanía, democracia electoral y modernización. En aquel sentido, la Nación que era el “conjunto de la ciudadanía”, dejaba como sustrato de la idea de ciudadanía el sentido de ser “la masa electoral del país; los chilenos cívicamente responsables de la estabilidad del sistema institucional que los regía”. Ello, junto con configurar una idea de Nación que en lugar de ser sociológica o histórica, pasaba a ser específicamente político-constitucional, permitía asociar la fundacional idea de Nación con la de “democracia electoral”, que habría de servir como “formula de control y estabilidad

---

<sup>45</sup> SALAZAR, Gabriel; PINTO, Julio, *Historia contemporánea de Chile I: Estado, legitimidad, ciudadanía*, Lom Ediciones, 1999, Santiago de Chile. P. 241

<sup>46</sup> SALAZAR, Gabriel, *La violencia política popular en las “Grandes Alamedas”. La violencia en Chile 1947-1987 (una perspectiva histórico popular)*, Lom Ediciones, 2006, Santiago de Chile. P. 68

apta para enfrentar la probabilidad de descontrol historicista”, a la par que permitía la refundamentación de la sacrosanta idea del Estado Nacional, en la cual la idea de “Democracia” adquiría un valor únicamente instrumental que lejos de enfocarse en la situación particularista y pro-historicista de las masas sociales, enfatizaba solamente los derechos y deberes que los individuos pertenecientes a esta masa detentaban frente a la estabilidad del sistema político nacional. De otro lado, la idea de “modernización” subordinada al Estado Nacional ahistóricamente portaliano, lejos de encumbrarse en el sentido productivista, tan anhelado por el asambleismo de intelectuales y asalariados, y más mistificado que real de los gobiernos radicales, acabó por adquirir una morfología conforme a la idea rectora de Estado Nación, que le devino en desarrollismo, como plan general destinado al conjunto de la Nación administrado por el Estado.

La remozada vestimenta que adquirieron los valores supremos de la Nación con la participación ciudadana acotada en su forma de democracia electoral sufragista y la modernización confundida como proyecto desarrollista conducido por el omnipotente Estado, condujeron a que los actores sociales conformados por el sector empresarial y la ciudadanía mantuviesen una posición de subordinación (“peticionismo”) respecto del Estado, el gran actor social del período.

En el caso del actor social «empresariado», más allá de que discursivamente mantuvo una apariencia “peticionista” acomodada a la morfología del Estado; en el despliegue factual de su agencia ejerció su centenaria conducta librecambista, impidiendo un auténtico despegue del pretendido corporatismo estatal, que no llegó sino a experimentar un grado liviano de desarrollo conducente a la producción únicamente de bienes de consumo que en ningún caso devino en una auténtica industrialización.

El actor “ciudadanía”, en tanto, permaneció hechizado por el advenimiento de la democracia electoral, depositando su confianza en los caudillos de turno y en la clase política civil por la vía del “peticionismo”. De alguna manera, el equilibrio inestable del Estado durante este período dependía de las posibilidades que el actor Estado tuviese en lograr llevar adelante su proyecto desarrollista de modernización sin entorpecer en forma negativa la existencia de los demás actores. El gigantismo burocratista del Estado como impulsor de las distintas vertientes del desarrollismo, no tardó en cimentar una economía atravesada por la crisis inflacionaria al no contar, por un lado, con el apoyo decidido del empresariado, que prestaba más atención a su propia agenda librecambista,

al tanto que, por otro lado, era incapaz de satisfacer las expectativas de modernización de una ciudadanía que acababa sufriendo los embates inflacionarios.

Enfrentado el Estado a la magnificación de este escenario de crisis hacia 1955 e imposibilitado de frenar la espiral inflacionaria, la solución buscada para el *impasse* consistió en agudizar el proyecto desarrollista, operando la transformación del proyecto nacional desarrollista en un nacional populismo, a la manera de un desarrollismo de masas, de acuerdo a lo cual, los partidos políticos sufragistas abrieron sus brazos a la sociedad civil, bajo promesa de conducirse de acuerdo a sus intereses, con lo cual los partidos políticos iniciaron una nueva etapa transformados en “partidos de masas”, dando la impresión de que la sociedad civil al fin conseguía “ungirles en su frente el sello de su soberanía”. Pero, al efectuar aquel acercamiento a las masas, el Estado no solo no dejó de autonomizarse<sup>47</sup> sino que, de hecho, aumento su hipertrofia, puesto que el arribo de la sociedad civil en forma de masas adictas politizadas disputando territorios del espacio público se produjo en todo momento bajo la subordinación al verticalismo descendente de los partidos políticos populistas que se disputaban la conducción política del país, con lo cual, la sociedad civil quedo absorbida por la lógica partidista, y la tendencia observada fue la imposibilidad de detener la inflación que siguió encumbrándose, a la vez que aumentó el tamaño del Estado por medio de la multiplicación de reparticiones públicas destinadas a captar a los militantes, sin que se produjese el anhelado giro propositivo en las agendas partidistas tendiente a desarrollar una conducción más armónica con los intereses de las bases.

En síntesis, el recrudecimiento del desarrollismo por la vía del nacional populismo tuvo por cometido real el mantener a raya el peligro de algún reventón historicista de la sociedad civil por la vía de cooptarles con el verticalismo descendente, tensando hasta el máximo posible la vida y estabilidad del sistema político partidista, de manera que su aparente cometido tendiente a acercar la soberanía popular a los partidos acabó siendo no más que pura pantomima, con lo cual una vez más en la historia del

---

<sup>47</sup> Cuando aludimos a que el Estado se “autonomiza” referimos al proceso de acuerdo al cual los Estados, formando “minorías organizadas” que se instalan en el poder y se lo transmiten a sí mismas, y que, divorciadas de las masas ciudadanas pueden, a decir de Theda Skocpol, “formular y perseguir objetivos que no sean un simple reflejo de las demandas o los intereses de grupos o clases sociales de la sociedad”, conllevando la generación de dos clases de monstruos, que en grado menor a grado mayor pueden ser, a saber, la ‘clase política’ o el ‘terrorismo militar’. Véase Salazar y Pinto, *Historia contemporánea de Chile*, Tomo I, P.71-72

Chile se respondía a un conflicto social latente por medio de un arreglo político “entre amigos” tendiente a la autoperpetuación endogámica de la clase política.

El resultado social de esta transformación fue una aparente y masiva “politización” de la ciudadanía manifestada en la continua ocupación territorial de puntos estratégicos de la ciudad, mientras que paralelamente la política factual seguía divorciada de lo social. Y la soberanía popular ciudadana era ilusoria además porque los partidos de masas de la tendencia política que fueran, antes que todo, eran partidos que se sabían pertenecientes a la clase política civil y debían su existencia y permanencia a la institucionalidad fundada en la Constitución de 1925 y las leyes, de modo que cualquier agenda populista que intentasen los partidos tenía como barrera inquebrantable la legitimidad legal existente.

En base a los antecedentes descritos, no resulta extraño apreciar que a lo largo de la década de los sesenta, en pleno periodo de ‘contrición’, se sucedieran en Chile gobiernos que desplazaron la antigua hegemonía de los partidos políticos más templados del centro político como era el caso del Partido Radical, llenándose aquel vacío con propuestas políticas más ideologizadas que representaron el ascenso rápido de partidos políticos sufragistas-reformistas como la Democracia Cristiana (DC) y los partidos de izquierda como el Partido Socialista (PS) y el Partido Comunista (PC).

Una manifestación clara de este doble juego de responder al clamor de las masas a la par que se desarrollaba una política moderada en los términos de la legalidad vigente fue la «Revolución en Libertad»<sup>48</sup> propuesta por la Democracia Cristiana durante el gobierno del Presidente Eduardo Frei Montalva (1964-1970). Intentando llevar al terreno de la política la doctrina social de la Iglesia, Frei Montalva anunció la “revolución en libertad”, en donde la voz “revolución” venía dada a través de medidas políticas fuertemente populistas como la chilenización del cobre, la reforma agraria y la promoción popular, en tanto que la medida venía dada por el sentido que a la comprensión de la idea de “Libertad” se le daba en esta “revolución”, como sinónimo de respeto a las formas democráticas existentes del Estado liberal de Derecho. En tal sentido, la idea de revolución presentada por el gobierno democratacristiano era más

---

<sup>48</sup> Para un balance extenso respecto de la «Revolución en libertad» y sus antecedentes véase MOULIAN, Tomás, *Fracturas: de Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende*, Lom Ediciones, 2006, Santiago de Chile. P. 187-233 (Capítulo V «La dominación integrativa»)

bien una transformación a largo plazo, ejecutada con excesiva parsimonia, aspecto que, en definitiva, le restaba potencia de cara a las masas electorales que, ilusionadas en el proyecto nacional populista, anhelaban transformaciones más tangibles e inmediatas en razón de las expectativas generadas por el discurso populista, con lo cual hacia finales del gobierno demócrata-cristiano, Frei bajó considerablemente su porcentaje de votación, perdiendo la mayoría parlamentaria de la que gozaba, al tanto que le superaba en votación el conglomerado político de la Unidad Popular (en adelante UP) formada por los partidos radical, socialista, comunista y el MAPU<sup>49</sup>.

## 1.2. LA FASE FINAL DEL «NACIONAL POPULISMO»: EL PROYECTO «SUI GENERIS» DE SOCIALISMO ACOMODADO EN EL ENTRAMADO DEL ESTADO LIBERAL DE DERECHO

Precisamente, la UP encarnaba el proyecto nacional populista más ubicado a la izquierda del panorama político electoral. Habiendo superado a la DC en las elecciones parlamentarias en 1969, el conglomerado de Izquierda se presentaba a las elecciones presidenciales mejor posicionado que nunca, con lo cual la designación del candidato presidencial que le representaría habría de ser un tema de capital importancia y de concienzuda discusión hacia el futuro inmediato, optándose finalmente por presentar como candidato único al líder histórico del bloque, Salvador Allende Gossens, pese a arrastrar en su trayectoria política 3 derrotas electorales en la carrera a la presidencia (1952, 1958, 1964) en su calidad de líder del pacto predecesor de la UP, el Frente de Acción Popular (FRAP) conformado por socialistas y comunistas. La tarea era pues, jugando –cómo no– dentro de las reglas del juego constitucional y legal vigente, la de propender a un plan de “vía pacífica al socialismo”, proyecto absolutamente inédito no sólo en Chile sino que en todo el orbe, con lo cual, en un escenario mundial totalmente ideologizado, alineado de acuerdo a la lógica impuesta por la Guerra Fría, tal proyecto captó la atención del mundo y sobre todo, de los Estados Unidos, al temerse el inicio de

---

<sup>49</sup> El MAPU es la sigla con la que se conoce al “Movimiento de Acción Popular Unitaria”, conformado por algunos disidentes del partido demócrata-cristiano, hastiados de la excesiva parsimonia que trajo consigo la conducción más derechista y conservadora del partido, que les llevo a plantear su disidencia más a la izquierda del panorama político. Liderados por Rafael Gumucio, para las elecciones presidenciales de 1970, se negaron a prestar apoyo al candidato demócrata cristiano, Radomiro Tomic, alineado en el ala más derechista y conservador del partido, y en su lugar ingresaron a la Unidad Popular, prestando su apoyo al candidato socialista Salvador Allende Gossens.

una tendencia hacia la izquierda en Latinoamérica, que a través del caso chileno, podría mostrar una nueva vía de arribar a un socialismo real, no ya a través de una revolución armada, sino que mediante la democracia y el Estado de Derecho existente, circunstancia que le volvía casi más temible que la vía armada seguida por la Revolución Cubana.

Al poner en relieve la situación geopolítica de Chile hacía 1970, mi intención es atender a las variables fundamentales, que de distinta índole y ubicación, condenaron al estrepitoso hundimiento del primer relato transicional en estudio, intentando posicionar en una justa medida tales variables, sin dar mayor preeminencia a una que a otra, sino que atendiendo a la totalidad del conjunto entretejido, a lo cual añadiría como matiz que nuestra consideración respecto del calificativo de “fracaso” para este proyecto transicional no solo tiene que ver con el plano de la facticidad de su desarrollo, imposibilitado a manos de los militares, sino que más allá de eso, como se verá, nuestra valoración respecto de este proyecto atenderá incluso a factores del funcionamiento interno de sus impulsores que antecedieron a su derrumbe, y que pugnan con la idea de «transición invisible» que se pretenderá elaborar a lo largo de esta investigación. De esta manera, ubicaremos a la «transición al socialismo» en el terreno de las transiciones históricas que estudiamos a *contrario sensu* de la «transición invisible», a pesar de que cierta memoria algo «mitologizada» de la «transición al socialismo» ha procurado conservar muy presente el recuerdo del incipientemente desarrollado «poder popular»<sup>50</sup>, que de alguna manera comulga y teje líneas de continuidad con la idea de la «transición invisible», distinguiéndose en este punto la «transición al socialismo» de los otros relatos transicionales que le acompañan.

Dicho lo anterior, en un panorama político interno y externo sumamente ideologizado, donde todo parecía adoptar una posición militante en uno u otro sentido, el resultado de las elecciones presidenciales de 1970 fue sin duda el termómetro político más elocuente de la enconada disputa política: con un total de 2.962.748 sufragios emitidos dentro de un universo total de 3.539.747 votantes inscritos (una bajísima abstención electoral del 16,30% que demuestra el grado de militancia política activa de

---

<sup>50</sup> Para una aproximación al estudio del incipiente desarrollo del «poder popular» durante de la UP, véase GAUDICHAUD, Franck, “Construyendo ‘Poder Popular’: El movimiento sindical, la CUT y las luchas obreras en el periodo de la Unidad Popular” en PINTO, Julio (Coordinador-Editor), *Cuando hicimos historia: La experiencia de la Unidad Popular*, Lom Ediciones, 2005, Santiago de Chile. P. 81-106

la ciudadanía chilena por aquel entonces), 1.075.616 votos (36,63%) dieron el triunfo parcial a Salvador Allende frente a los 824.849 votos (28,08%) alcanzados por Radomiro Tomic y los 1.036.278 votos (35,29%) conquistados por Jorge Alessandri. La estrecha ventaja de Allende, por debajo de la mayoría absoluta, obligaba a que el Congreso Pleno dirimiese de entre las dos primeras mayorías relativas al Presidente de la República, según el mecanismo electoral existente en la Constitución de 1925. Aquel complejo escenario condujo a toda una sucesión de acontecimientos: 1) pese a que la costumbre constitucional ante esta clase de escenarios políticos había sido siempre la de que el Congreso Pleno se inclinase por la primera mayoría relativa<sup>51</sup>, el escenario fuertemente ideologizado, repleto de presiones internas y externas que se vivía por aquel entonces, llevaron a la necesidad de que la UP pactase con la DC su apoyo en el Congreso Pleno, a cambio de aceptar como exigencia la aprobación de los denominados “Estatutos de Garantía” que tenían por objeto asegurar que el actuar político del gobierno de Allende se haría en conformidad al marco legal-constitucional en vigor; 2) también de manera paralela, previo a la elección que tendría que efectuar el Congreso Pleno se sucedió como hecho de notoria gravedad el asesinato del Comandante en Jefe del Ejército, General Rene Schneider, en la mañana del 22 de octubre de 1970<sup>52</sup>, de quién se sabía sobradamente su posición apolítica y constitucionalista al mando del Ejército, tendiente a respetar el resultado de la elección a efectuarse por parte del Congreso Pleno y con ello, respaldar al presidente así elegido sin importar su afiliación política, posición que posteriormente sería bautizada por la UP como la «doctrina Schneider». Dicho asesinato tuvo la marcada intención de evitar la elección de Allende,

---

<sup>51</sup> Hablamos de “costumbre”, pues la práctica de dar por vencedor a la primera mayoría relativa ya se había puesto en práctica en 3 elecciones presidenciales: en 1946, con el voto favorable del Congreso Pleno para Gabriel González Videla, primera mayoría relativa, en detrimento del candidato Eduardo Cruz-Coke Lassabe; en 1952, dando por vencedor a Carlos Ibáñez del Campo, primera mayoría relativa, en detrimento de Arturo Matte Larraín; y en 1958, inclinándose el Congreso Pleno a favor de Jorge Alessandri Rodríguez, primera mayoría relativa, en detrimento de Salvador Allende Gossens.

<sup>52</sup> Se ha tomado conocimiento a través de los propios reportes de la CIA norteamericana que el asesinato de Schneider fue una medida contrarrevolucionaria condicionada por el propio gobierno Norteamericano dentro de la estratagema del plan ITT-CIA-FREI de 1970 para evitar la elección de Allende: “El 22 de octubre, a las 2 de la madrugada, el agregado militar de Estados Unidos entregaba en un lugar de Santiago tres metralletas a los oficiales del ejército chileno que iban a neutralizar al general Schneider. El general Valenzuela, jefe de guarnición de Santiago, dirigía el operativo, y había obtenido la promesa de la CIA de recibir 50.000 dólares, a cobrar después de ejecutar el plan. Poco después de las 8 de esa misma mañana, el automóvil de Schneider era interceptado cuando se dirigía a su oficina, y el comandante en jefe era mortalmente herido. Lo que permitió al equipo de la CIA en Santiago estimar que «a solo 24 horas de la reunión del Parlamento, un clima de golpe existe en Chile... El ataque contra el general Schneider ha producido consecuencias muy próximas de las previstas en el plan de Valenzuela... En consecuencia, la posición de los complotadores ha sido reforzada». Véase GARCÉS, Joan, *Allende y la experiencia chilena, las armas de la Política*, Siglo XXI editores, 2013, Madrid. P. 103



al propiciar un ambiente deliberante e insurreccional al interior de las Fuerzas Armadas, forzando las posibilidades de un *putsch* militar, con la connivencia del presidente en ejercicio, Eduardo Frei Montalva, no obstante lo cual la estabilidad y fuerza del sistema político institucional, así como la sensatez de Allende, permitieron salir a flote del suceso sin mediar una insurrección militar<sup>53</sup>, posibilitando incluso –tras las respectivas negociaciones– la elección de Allende por parte del Congreso Pleno en el mes de noviembre de 1970.

Sorteadas las dificultades para asumir la presidencia, la «vía no armada al socialismo» o llamada también «vía pacífica al socialismo» debía su nombre no realmente al hecho de defenestrar de sí a la violencia, puesto que la violencia es en sí misma una realidad consustancial a cualquier proceso social<sup>54</sup>, sino que tales

---

<sup>53</sup> Para Joan Garcés, un episodio clave para comprender como fue frustrada la trama insurreccional hacia 1970 fue el acontecido el 26 de octubre de 1970, día en el cual Frei, como presidente de la república y Allende, en calidad de presidente electo, encabezaron las ceremonias fúnebres del general Schneider, tras lo cual reunidos en el palacio de gobierno, Allende supo sortear la trampa intentada por Frei para provocar el levantamiento de sectores del ejército, según da cuenta el diálogo sostenido por ambas figuras, ventilado públicamente por Garcés:

“FREI: -Tengo que nombrar a alguien para reemplazar al comandante en jefe. En 8 días más tú serás, Salvador, el presidente de la república. Va a ser tu primer comandante en jefe. Dime a quién deseas que nombre y yo lo hago. Tengo entendido que tienes interés por el comandante X, que es un hombre de izquierda.

ALLENDE: -¿Quién es el general que sigue en antigüedad a Schneider?

FREI: -El general Carlos Prats, jefe de Estado Mayor.

ALLENDE: -Entonces, quiero que Prats sea el nuevo comandante en jefe.

FREI: -¡Prats! Pero ¿cómo se te ocurre...?

Era esta una hermosa trampa de Frei. A esas alturas, todavía no sabíamos qué él mismo había propiciado el golpe militar abortado tras el asesinato del general Schneider. Y le proponía a Allende pasar a retiro a todos los generales del ejército -21- por razones estrictamente políticas, hasta encontrar a un simple comandante resueltamente prosocialista. Era una buena manera de provocar la sublevación militar tan ansiadamente buscada por el ala derecha del PDC, el Partido Nacional y los Estados Unidos. Era confirmar el principal mensaje de la propaganda derechista hacia los militares: la UP destruirá las Fuerzas Armadas profesionales para convertirlas en dócil instrumento político. La medida propuesta por Frei a Allende, antes que tuviera la legitimidad presidencial y cuando los militares comprometidos en el complot contra Schneider estaban todos en sus puestos de mando, era una burda provocación. Allende siempre estuvo convencido que de haber aceptado la afectuosa sugerencia de Frei, jamás hubiera asumido la presidencia. Por lo demás, aunque no lo conocía personalmente sabía cuál era la personalidad profesional de Prats y que había respaldado a Schneider contra los conspiradores”. Véase Garcés, *Allende y la experiencia chilena*, P. 152-153

<sup>54</sup> En razón de que la violencia sería consustancial a los procesos sociales es que parece más apropiado el término de «vía no armada al socialismo» que el de «vía pacífica». Además de ello, cuando con «vía al socialismo» aludimos a la idea más amplia de «proceso social», estamos pensando en aquella categoría en la que se incluyen procesos según los cuales se ha dado curso activo al cuestionamiento de las estructuras de poder, y de allí es precisamente que se deriva la idea de que la violencia sería consustancial pues la

denominaciones aludían más bien al cometido de conseguir una transición al socialismo real dentro de los parámetros de la legalidad vigente del entramado político institucional propio de un Estado liberal de Derecho, añadido a que el desarrollismo populista y la estabilidad que había alcanzado el sistema político chileno invitaba a que la mayoría de la UP creyera en este camino rechazando la estrategia de la guerra civil como forma de lucha, puesto que esta “implicaba la destrucción del sistema-político social en que la UP había surgido y llegado al gobierno”, permitiendo además “evitar el enorme costo social y económico que para los trabajadores, y el país entero, encerraba semejante nivel de violencia”. Por lo demás y siguiendo con el análisis de Joan Garcés respecto a las condicionantes de perseguir una transición por vías de la legalidad vigente, otro aspecto fundamental a considerar es que “no existía dentro de las Fuerzas Armadas un sector susceptible de alinearse resueltamente tras la clase obrera en caso de enfrentamiento, y en el entorno militar internacional no era posible encontrar un apoyo equivalente al que el sistema militar interamericano podía brindar a la derecha”<sup>55</sup>.

De tal modo, la suerte de la «transición al socialismo» en el caso chileno, quedó atada a perseguir su propósito allanando el camino al socialismo mediante el sistema político que legitimó su acceso al gobierno, esto es, por la vía política institucional en vigor. Aquella tarea, a posteriori, objeto de numerosos análisis por parte de los estudios de ciencia política, será vista en retrospectiva como una misión extremadamente difícil de acometer: y es que, más allá de la incapacidad política de la UP para conseguir la adhesión de los sectores del centro político (fundamentalmente del ala no conservadora de la Democracia Cristiana)<sup>56</sup> y de la conspiración norteamericana en conjunto a la

---

violencia aparece solo cuando el poder se encuentra amenazado como nos lo recuerda Hannah Arendt al distinguir violencia de poder: “políticamente hablando, es insuficiente decir que poder y violencia no son la misma cosa. El poder y la violencia son opuestos; donde uno domina absolutamente falta el otro. La violencia aparece donde el poder está en peligro pero, confiada a su propio impulso, acaba por hacer desaparecer al poder. Esto implica que no es correcto pensar que lo opuesto de la violencia es la no violencia; hablar de un poder no violento constituye en realidad una redundancia. La violencia puede destruir al poder; es absolutamente incapaz de crearlo”, Véase ARENDT, Hannah, *Sobre la violencia*, Alianza Editorial, 2005, Madrid. Traducción de Guillermo Solana. P. 77

<sup>55</sup> Véase Garcés, *Allende y la experiencia chilena*, P. 313

<sup>56</sup> En el análisis retrospectivo de Tomas Moulian respecto a la estrategia política seguida por la UP, la opción de encaminarse desde el principio de manera decidida por la vía de los “resquicios legales” que “le permitía al gobierno prescindir de la indispensable tarea de construir una mayoría social y también una mayoría estatal” significó a la larga una victoria pírrica, en el sentido que esta careció de una mirada de futuro, con lo cual descuidó “la construcción de un ‘bloque por los cambios’, una alianza que atrajera hacia las posiciones de los partidos populares a una parte importante del centro reformista. Esto debió ser hecho en los momentos en que la correlación de fuerzas era más favorable, justamente después de abril de 1971, cuando el gobierno estaba a la ofensiva. Cuando se intentó, en junio de 1972, ya habían aparecido

derecha chilena, era probablemente la inercia de la propia lógica del *Corporalismo de Estado* tan firmemente anidada en el sistema político, parida junto a la mismísima Constitución de 1925, que en sus sucesivas fases de nacional desarrollismo –hacia sus orígenes– y de nacional populismo –en su madurez–, llevó a que la responsabilidad del desarrollo de la nación quedará depositada por completo en el actor social Estado, hipertrofiado en su tamaño y responsabilidades, sujeto al control exclusivo de la clase política civil y divorciado de los otros dos grandes actores sociales del período como eran el empresariado y la ciudadanía, echados a su suerte y subordinados a la lógica peticionista.

Al ser el Estado el gran promotor del cambio social en Chile, quedaba en manos del sector de la clase política civil que detentara el gobierno, hacia la fase final del nacional populismo, la pesada tarea de satisfacer las exigencias de las masas, no obstante ello ahondará el resquemor del Estado respecto de los otros actores sociales relevantes (fundamentalmente el empresariado mercantil), al punto de llevar el cántaro al agua y devolver a un primer plano a quién ha sido, entre crisis política y crisis política, el auténtico constructor del Estado chileno a lo largo de su historia independiente: la clase política militar<sup>57</sup>. Por todo ello es que, a priori, nuestra tesis

---

síntomas de desgobierno, que se manifestaron en la escasez de ciertos productos básicos; ya había ocurrido el asesinato de Pérez Zujovic, que modificó el clima de las relaciones con la Democracia Cristiana; ya se había salido el sector izquierdista del Partido Demócrata Cristiano”. Véase Moulian, “La vía chilena al socialismo”, en Pinto, *Cuando hicimos historia*, P. 50-51

<sup>57</sup> Para Salazar y Pinto, una asertiva designación aplicable al caso chileno es el de ser, en los términos de Samuel Huntington, una “sociedad pretoriana” caracterizada por una periódica “intervención de los militares en política”, en “ausencia de instituciones políticas efectivas”. Estos autores hablan incluso de la existencia de una “clase política militar” (CPM), que ha contribuido decididamente a la autonomización de los poderes públicos en un triple sentido: “1) porque la CPM ha construido o reconstruido el Estado actuando por sí y ante sí (inducida por su “motivación profesional”), al margen de los controles civiles; 2) porque sus intervenciones han impuesto y reimpuesto un modelo ‘mercantil’ de Estado (abierto al mercado externo y al capital extranjero, en desmedro de los intereses social-productivistas internos), y no un verdadero proyecto ‘nacional’ de desarrollo (se eximen de esto los militares jóvenes de 1924), y 3) porque la CPM –como se ha insinuado– es el poder persuasivo que induce al Poder Judicial y Policial a acatar la nueva Ley y el nuevo Orden, perpetuando la criatura. Asegurando el *rigor mortis* de la institucionalidad”. Véase Salazar y Pinto, *Historia contemporánea de Chile, Tomo 1*, P. 75 y 87

En un sentido muy similar nos vale la caracterización que Atilio Borón hace de la «militarización del Estado»: “No se trata ahora del pronunciamiento de un caudillo militar sino de la propia institución castrense en su totalidad la que “ocupa” militarmente los aparatos de Estado proyectando su propia estructura jerárquica del poder sobre el escenario de la organización estatal. Aquí aparece entonces un fenómeno que nos parece inédito, a saber: *el surgimiento de las fuerzas armadas como el partido orgánico de la gran burguesía monopólica y sus fracciones aliadas afrontando un periodo de crisis hegemónica. Es pues la propia institución militar la que aparece como “el partido del orden” en un momento en que entran en crisis las diversas formas populistas con las cuales pretendió resolver, durante varias décadas la quiebra del estado oligárquico (...)* Por consiguiente, el “estado militar” pasa a ser el recurso mediante el cual se pone fin a un extenso periodo de crisis orgánica y se refunda la

compartida con Gabriel Salazar y Julio Pinto respecto al estrepitoso fracaso de este relato transicional, se sostiene estructuralmente, más allá de las circunstancias contingentes, en que el gobierno popular cayó en la trampa de tener que administrar por sí mismo la *crisis terminal del Estado de 1925*, debiendo hacerse cargo de pagar medio siglo de historia estatal con costos acumulados: “por ello, responsabilizar a la Unidad Popular de haber desquiciado, por sí sola, la democracia liberal en Chile, es grotesco. Es un mero sarcasmo político. O el juego de mirar la viga en el ojo ajeno. La Unidad Popular ganó la disputa electoral de 1970, pero pudo ganarla Jorge Alessandri. U otro. Y la crisis terminal igual se habría producido, sólo que, tal vez, de otro modo. Con otros chivos expiatorios. Pues la historia del Estado de 1925 no comenzó con el triunfo de Allende, sino mucho *antes*. Antes, incluso de 1925”<sup>58</sup>.

### 1.3. REFERENDUM V/S PLAN VUSKOVIC: DÍCESE DE CÓMO UNA TÁCTICA AGRESIVA NO NECESARIAMENTE CONDUCE A UNA ESTRATEGIA VICTORIOSA EN UN ESCENARIO TAN DISPUTADO

Adentrándonos en un análisis más pormenorizado del específico período en cuestión y pensando nada más que en los aspectos internos de la conducción política llevada a cabo por los responsables de este primer relato transicional, al seguir la narrativa de sus propios involucrados, no resulta difícil de evidenciar la certidumbre de la tesis estructural antes presentada. En ese sentido, situados en el inicio del gobierno de la UP (donde designarle como “gobierno de la UP” en lugar de “gobierno de Allende” no resulta baladí<sup>59</sup>), pese a que este se erigía airoso ante el fracaso de la conspiración ITT-CIA-FREI (catapultado por un «error de ejecución» en el secuestro del general

---

supremacía burguesa”. Véase BORÓN, Atilio, *Estado, Capitalismo y Democracia en América Latina*, Ediciones FLACSO, 2004, Buenos Aires. P. 80-81 (cursivas en el original).

<sup>58</sup> Salazar y Pinto, *Historia contemporánea de Chile*, Tomo 1, P. 67

<sup>59</sup> Pues, en efecto, pese a ser el sistema político chileno de aquel entonces esencialmente presidencialista, hemos de recordar que Allende para lograr la presidencia, tuvo que contar con el apoyo de todos los partidos que conformaron el bloque de la UP, beneplácito concedido a cambio de la condición de que, una vez elegido, quedaba constreñido a discutir todas las medidas políticas relevantes con el comité político de la UP, debiendo llegar a acuerdos unánimes para actuar, con lo cual, factualmente era la UP quién gobernaba. Véase Salazar y Pinto, *Historia contemporánea de Chile*, Tomo 1, y fundamentalmente Garcés, *Allende y la experiencia chilena*.

Schneider, que se tradujo en su estrepitoso asesinato), sosteniéndose en la estabilidad que aun ofrecía el sistema político institucional de 1925 en conjunto al actuar profesional y constitucional de las fuerzas armadas, no contaba de todas maneras con la mayoría en el parlamento para llevar adelante su proyecto económico-social básico centrado en el fortalecimiento del «Área de Propiedad Social»<sup>60</sup>, situación que le ponía nada más iniciado el gobierno frente a un dilema central que marcaría las posibilidades de mantener en pie el tránsito al socialismo, relativo a la pertinencia de sujetar la consecución del «Área de Propiedad Social» a la presentación de un proyecto de reforma amplia de la Constitución, con apelación eventual al *referéndum*, pasando de esa manera por los filtros del parlamento y de la ciudadanía o bien, darle inmediata y enérgica ejecución a dichas medidas a través de la política situada en los últimos estertores de la legalidad denominada de los “resquicios legales”, afirmada en las potestades administrativas del Poder Ejecutivo provenientes fundamentalmente del olvidado Decreto Ley 520 de Agosto de 1932, que desapercibidamente permanecía vigente tras haber sido promulgado durante los escasos 11 días que duró la república socialista de Marmaduke Groove, y que posibilitaba la expropiación de empresas industriales y comerciales, con el afán de no postergar la consolidación de un área considerada como fundamental para el éxito de las demás medidas venideras<sup>61</sup>.

---

<sup>60</sup> Dicho fortalecimiento del «Área de propiedad social» estaba centrado en torno a 4 puntos principales: 1) nacionalización del cobre y otros recursos naturales; 2) nacionalización de empresas neurálgicas de los sectores secundario y terciario indispensables; 3) instauración de la participación directa de los trabajadores en los órganos de decisión de los centros de trabajo, centros de residencia y en los órganos de decisión económico-social del ejecutivo y; 4) atribución al presidente de la república de la facultad de disolver el parlamento y convocar elecciones una vez durante su periodo gubernamental. Véase Garcés, *Allende y la experiencia chilena*, P. 222

<sup>61</sup> Los posicionamientos frente a este dilema fueron acaloradamente discutidos al inicio del gobierno de la UP. Joan Garcés y uno de los asesores económicos de Allende, Gonzalo Martner eran de la posición de arribar al establecimiento de estas políticas por la vía de un proyecto de reforma amplia a la Constitución, con apelación eventual al *referéndum*, de manera que, sorteado el parlamento o eventualmente la ciudadanía, no quedase duda de que la voluntad ciudadana (por sí o representada) estaba de acuerdo con los grandes cambios que el gobierno de la UP se planteaba llevar adelante. En el hipotético caso de haber fracasado la opción de la UP tras el *referéndum*, el gobierno tendría tiempo para mesurar sus propuestas y adecuarlas al querer ciudadano. Por el otro frente se ubicaba la postura mayoritaria al interior de la UP, que identificaremos con el ministro de economía, Pedro Vuskovic, quién se oponía a este plan temiendo la minoría electoral que se atribuía a la UP como hipótesis de trabajo, en circunstancias de que el ejecutivo disponía de facultades administrativas discrecionales para ir poniendo las empresas estratégicas bajo su control y el de los trabajadores en forma gradual. Tras una intensa discusión celebrada en la residencia presidencial de Cerro Castillo en Viña del Mar, finalmente se impuso la postura de la mayoría de la UP representada en Vuskovic, al estar Allende muy solo en la posición contraria, contando nada más que con el respaldo de Garcés y Martner (que, encima, no pudo estar presente en el desenlace de la discusión). Véase Garcés, *Allende y la experiencia chilena*, P. 221-230

Resuelto el dilema por medio de pasar por alto los escollos parlamentarios (y eventualmente ciudadanos de haber mediado un Referéndum por las urnas), se optó por la conducción enérgica del ejecutivo a través de sus facultades administrativas discrecionales, dejando este camino consecuencias que en lo inmediato supusieron un gran impulso y una victoria pírrica que, no obstante, a la larga, significó un importante revés a la pretendida consecución de la hegemonía socialista, pues, la problemática «definición del Área de Propiedad Social», a causa de las dificultades que, en los hechos, ocasionó el intento de poner a varias empresas bajo el control de los trabajadores y del gobierno en el plazo estipulado por este último (antes de junio de 1971), en circunstancias de que, mucha de estas empresas permanecieron en manos privadas hasta bien entrado 1971, 1972 e incluso hacia septiembre de 1973, determinando como correlato que la oposición capitalista se enfocase desde el comienzo en la actividad obstruccionista, que a su vez condicionó a la UP a emplear parte importante de sus energías en esta lucha en lugar de dedicarlas a dialogar con los sectores de centro que eventualmente podrían haber adherido a un tránsito al socialismo más comedido.

En definitiva, la agresiva política gubernamental terminó facilitando el anhelo contrarrevolucionario de lograr la cohesión de todo el sector privado como un solo y gran bloque opositor, que acabó incluyendo a muchos medianos y pequeños propietarios que antes de la puesta en marcha del plan no eran particularmente contrarios a la nacionalización de los monopolios, pero que, finalmente, acabaron haciendo causa común con estos<sup>62</sup>. Por todo lo anterior, “el tiempo se encargaría de demostrar que esto (*la consolidación del Área de Propiedad Social por la vía Vuskovic*) no era posible al margen de una resolución de amplitud nacional, ya fuera en el Parlamento o mediante sufragio directo”<sup>63</sup>, de tal manera que la vía seguida “contribuyó

---

A continuación no me resisto a citar textualmente un párrafo del libro de Garcés que describe muy bien la situación acontecida y cuanto era lo que se jugaba en ella: “De regreso a Santiago, en el helicóptero, le comenté al ministro de Economía: «En esta discusión se acaba de decidir la suerte del gobierno. Ojala, Pedro, no tengas nunca que arrepentirte de tu posición». Vuskovic guardó silencio. Ambos estábamos preocupados. La sesión había sido tensa. Me preguntó que pensaba Martner. Cuando le dije que estaba de acuerdo con mis planteamientos, continuó en silencio otro largo rato. De pronto me hizo una pregunta directa: «¿En qué consisten los estudios de ciencia política?». Se me ocurrió que la respuesta más idónea en aquel contexto era decir que en el análisis e interpretación de las experiencias históricas”. Véase Garcés, *Allende y la experiencia chilena*, P. 230

<sup>62</sup> Garcés, *Allende y la experiencia chilena*, P. 230-231

<sup>63</sup> Garcés, *Allende y la experiencia chilena*, P.230. El paréntesis es nuestro.

decisivamente a configurar la situación económica, política y social de 1973”, puesto que, a juicio de Garcés, no obstante haber convergencia en la necesidad de “crear las fuerzas y relaciones de producción de la futura transición al socialismo, *ello* requiere un poder político, social y económico sobre la burguesía que solo lo puede dar la alianza entre la clase obrera, sectores populares y pequeña burguesía”. Se requería conformar hegemonía desde el concierto de voluntades de las bases sociales y no precipitarse en un intento de conseguirla forzosamente, por la mera discrecionalidad del Ejecutivo, que acabó por dificultar la alianza hegemónica de los actores sociales potencialmente afines al proyecto socialista y facilitó la convergencia de la oposición hacia posiciones más polarizadas hacia la derecha, destruyendo el centro político de la clásica configuración de los tradicionales tres tercios del cuadro político chileno.

El pequeño fragmento histórico pormenorizado, referido al error táctico que supuso la conducción política “agresiva” en un aspecto tan primordial y sensible a los intereses de la «transición al socialismo» como lo era la «definición del Área de Propiedad Social» –más allá de la hipótesis contrafactual de que una política más comedida hubiera a la larga posibilitado la hegemonía política de la UP– sugeriría según nuestra interpretación amparada en la tesis estructural del «deterioro por hipotrofia» del Estado de 1925 que el fracaso de este relato se habría jugado, más que en una definición equivocada de la táctica a seguir, en el continuismo de la inercial agencia histórica del desarrollo hipertrofiado de un único actor social –el Estado– que en la fase crucial del nacional-populismo agudizó hasta límites insospechados el *Corporalismo de Estado*, por vías que siendo discutibles, permanecían de todas maneras en el juego de las posibilidades permitidas por la legalidad, con lo cual hemos de reiterar que responsabilizar a la UP de todo el desenlace que acabó con el Estado de 1925 supone un desmesurado peso puesto encima de ella.

Y es que, como se puede apreciar en el fracaso del plan Vuskovic, el desmesurado poder de las facultades administrativas discrecionales del presidente más que representar la «destrucción del Estado y su institucionalidad» como le reprochaba la derecha capitalista (o, inclusive, como hubiesen deseado que ocurriese los sectores más radicalizados de la UP, como podría ser el caso del MAPU), simplemente agudizó la espiral del hipertrófico crecimiento y acumulación de agencias en el actor social Estado. Los partidos de la UP (criaturas propias del Estado liberal de Derecho de 1925), con todas las dificultades que pueden preverse en un tránsito al socialismo, adaptaron su

actuar dentro de los límites de la legalidad vigente, adecuando consecutivamente no su actuar político a la teoría tradicional socialista sino que al revés: forzaron a que la teoría socialista tradicional se acomodase a la realidad chilena, en el sentido de que el proceso de transición al socialismo chileno, además de intentar desarrollarse «pacíficamente», sin una guerra civil de por medio, planteaba en su programa común la posibilidad (e incluso necesidad), de coexistencia de formas de propiedad capitalista –sector privado– y de orientación socialista –área social–, dando pruebas con ello la «transición al socialismo» de que, con su desenvolvimiento *sui generis* refractario de la teoría socialista tradicional, no sacrificaba o destruía en sí al Estado, sino que sencillamente agudizaba el funcionamiento hipertrófico del Estado de 1925 en su fase populista, que, muy posiblemente, habría llegado a vivir igualmente su fase «terminal» al margen de que la UP hubiese actuado más comedidamente, o incluso, al margen de que en las elecciones presidenciales de 1970 se hubiese alzado victoriosa una opción distinta de la de Allende.

#### 1.4. EL FRACASO DE LA «TRANSICIÓN AL SOCIALISMO» MÁS ALLÁ DE LA ESTOCADA GOLPISTA: LA «DISCORDANCIA DE LOS TIEMPOS» ENTRE EL PODER POPULAR Y LA UNIDAD POPULAR (O, EL DESPRECIO CUPULAR RESPECTO DE LA ACTIVA PARTICIPACIÓN CIUDADANA EN LA TOMA DE LAS DECISIONES POLÍTICAS)

Además de los argumentos de índole interno esgrimidos para dar cuenta del fracaso de este relato transicional al modo de una “crónica de una muerte anunciada” –respecto de la cual nuestra perspectiva de análisis fundada en la estructura del sistema político ha relegado en importancia a otra importantísima razón interna de la debacle: la falta de dirección unitaria al interior de la UP y su correlato de desajustes temporales y vacilaciones a la hora de plantear una dirección política unitaria<sup>64</sup>–, existe una amplia

---

<sup>64</sup> Al pensar en los problemas de una dirección política unitaria permanezco en la lógica del sistema político que imperaba, al margen de los brotes de poder popular que estallaban ciudadanamente. Pienso fundamentalmente en las divergencias internas que se producían al interior de un conglomerado de partidos tan amplio como lo era la UP, en el que incluso dentro nada más que de un solo partido podían encontrarse visiones fuertemente polarizadas (como era el caso de las distintas facciones en disputa del Partido Socialista, evidenciadas en el desencuentro de las posturas del propio Salvador Allende con el secretario general del partido, Carlos Altamirano), traducéndose todo esto en persistentes tensiones políticas que se manifestaron a través de vacilantes cambios en los tiempos de las decisiones políticas, a veces impetuosamente apresurados (como en la determinación de la opción Vuskovic ya señalada) y ha



cantidad de factores ajenos a la UP, tanto de política interior como exterior que coadyuvaron al fracaso, tan numerosos y abultados que, más allá de mencionar algunos de ellos al paso (desabastecimiento generalizado de artículos de primera necesidad orquestado a manos de la derecha, a través de gremios poderosos como el de los camioneros; la sedición sistemática de los altos mandos de las fuerzas armadas afines a los intereses mercantiles y oligarcas de la derecha; la intromisión activa de los Estados Unidos en el financiamiento y apoyo de todas actividades recién mencionadas), prefiero remitir a ellos a través de unos cuantos representantes de la ingente cantidad de literatura que les aborda<sup>65</sup>.

Llegados a este punto, es conveniente plantear una reflexión que estructurará de manera importante la descripción crítica de los relatos transicionales que forman parte de este capítulo, a la par que dicha reflexión irá dando algunos destellos respecto a un aspecto fundamental de la identidad de lo que llamaremos «transición invisible»: todos los factores referidos a la caída de la UP que he ido mencionando guardan en sí el común denominador de “nombrar” o dotar de contenido a la idea de su “fracaso” en directa atención a la no consecución del objetivo trazado por el relato transicional, en cuanto a haber servido de vehículo para alcanzar la implantación del socialismo, en la medida de que este se vio interrumpido súbitamente a manos del Golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 y la dictadura militar<sup>66</sup> que le siguió. De tal modo, el terreno

---

veces perdidos en la excesiva lentitud traducida en inacción (como en el dubitante y excesivamente tardío intento de acercarse la UP a la Democracia Cristiana, que después del asesinato de Edmundo Pérez Zujovic ya se había alineado decididamente bajo su ala más conservadora y cercana a la derecha política.

<sup>65</sup> A este respecto aconsejaría atender a la revisión de algunos textos ya citados como la obra colectiva de Pinto (coordinador-editor) *Cuando hicimos historia; Fracturas: de Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende*, y *Allende y la experiencia chilena* de Joan Garcés.

<sup>66</sup> En esta, que es la primera vez -de muchas, creo- en las que a lo largo de este trabajo referiré al período de 1973-1990 bajo el rótulo de “dictadura militar”, quisiera dejar apuntado que la adopción de dicha terminología obedece a una sintonía respecto del uso y comprensión generalizado del período con esa nomenclatura. Peor me parece el aséptico eufemismo de «gobierno militar» (que no obstante, inconscientemente, emergerá de vez en cuando a lo largo del trabajo) así como muchísimo peor me parece disfrazar el golpe militar con el eufemismo tan generalizado en el lenguaje de los políticos, militantes y simpatizantes de la derecha política chilena que le denomina «pronunciamiento militar». Todo este preámbulo no quiere más que dejar constancia, siguiendo ideas expuestas oralmente por Gabriel Salazar que el término mismo de «dictadura» es en sí ya un eufemismo suavizante del término de «tiranía» con el que de forma más apropiada debiéramos referir a este período histórico. Siguiendo a Salazar, el término de «dictadura» en sus orígenes históricos no designaría específicamente a algo “malo”, puesto que más bien remitiría al tiempo en que Solón, uno de los siete sabios griegos, había sido nombrado arconte y dotado de poderes especiales para dictar leyes que resolvieran el conflicto social entre el bando popular y la aristocracia antigua, en concordancia a su fama de moderador. En Chile por el contrario debiéramos hablar de «tiranía» (que sería como quisiera que se entendiera cada vez que hablo de dictadura o gobierno militar), puesto que en este régimen el tirano accede al poder por medio de la

habitual de las valoraciones negativas –como acontece en este caso– o positivas –como podría ser dable en otros de los relatos que posteriormente se estudiarán– suelen atender al éxito de la empresa planteada por el relato transicional desde la perspectiva ensimismada de quién impone el relato, dejando tras de sí otros factores que podrían ser también relevantes. Al hacer mención a “esos otros factores que podrían ser también relevantes”, lo que tenemos en mente refiere de manera primordial (en un ámbito que es tan sensible para la sociedad en su conjunto) a la confluencia volitiva y activamente participativa de la ciudadanía en la confección del relato histórico que le atraviesa, y que sin embargo no deja de ser en la práctica un aspecto secundario y meramente accidental, en circunstancias de que el adecuado respeto al principio base de la igual participación cognitiva en los horizontes existenciales, como se verá más adelante de la mano de la «sociología del conocimiento»<sup>67</sup>, nos haría pensar en la importancia de la participación ciudadana en la confección del “nosotros” que supone el relato transicional, pues estas narrativas proponen a través de su manera de organizar el relato del tiempo histórico la reestructuración de todo el entramado social y del espacio público. Por ello, atendidas las radicales transformaciones que estos relatos suponen en la sociedad, pareciera razonable contar a lo menos con el concurso explícito de la voluntad ciudadana mayoritaria en su construcción social.

En la «transición al socialismo» precisamos como un error determinante haber seguido la «vía Vuskovic» en detrimento de la «vía Garcés-Martner» que de haber requerido de un Referéndum ciudadano para la consolidación del «área de propiedad social» se habría avenido a una idea al menos sufragista de respeto por la igual participación cognitiva, aun cuando en un plano ideal, más que requerirse la adhesión pasiva de la ciudadanía al relato, se precisaría más bien de la participación activa de la mayoría ciudadana en la creación de aquel, en pos de cristalizar un relato que auténticamente constituyese un espacio común y aprehensible. No son poca cosa estas condiciones (y de hecho han sido sistemáticamente desoídas incluso en su expresión «débil» de contar con un simple y pasivo grado de adhesión), de manera tal que con

---

violencia, careciendo de una legitimidad de *iure* y en cambio detentando el poder solo por la fuerza, siendo en definitiva esta forma de gobierno ilegítima en su origen, injusta en su ejercicio y represora de toda oposición, todas características predicables del período de Chile en alusión.

<sup>67</sup> En el capítulo siguiente, particularmente en los aspectos teóricos desarrollados al alero de la sociología fenomenológica intentada por Peter Berger, daremos cuenta detallada de estas ideas.

ellas arribamos a unos criterios mucho más exigentes para “nombrar”<sup>68</sup> el éxito o fracaso de un relato y, no obstante el alto nivel de dificultad que estas exigencias imponen, es de acuerdo a este baremo que someteremos a valoración a los distintos relatos transicionales.

### 1.5. HACÍA UN BALANCE CRÍTICO RESPECTO DE LA «TRANSICIÓN AL SOCIALISMO»

Efectuada la precisión epistemológica de valorar como exitoso un relato transicional prescindiendo del ensimismado cumplimiento de sus propósitos, considerando en cambio su potencial en cuanto a ser aprehensible por parte de una ciudadanía que se autointerpreta como productora misma de su historia, cabe poner en tensión y dar matices a la valoración que presentaremos respecto de la «vía chilena al socialismo».

No es tarea sencilla acometer este esfuerzo considerando que la idea de «fracaso», habida cuenta de su fáctico desplome capturado en la memoria visual mundial del siglo XX con el bombardeo al Palacio de la Moneda, constituye un fantasma difícil de expurgar. No obstante ello, a contrapelo –y casi más difícil de expurgar– prevalece también otro fantasma en el imaginario social chileno: la visión legitimante y lisonjera de cierto sector de la parte «vencida» identificada con el gobierno de la UP, que carente de autocrítica, se ha afanado en permanecer refugiada en la condición de víctima destacando únicamente los aspectos positivos que entraña aquel relato. Así, a pesar de su caída, ha tenido una fuerte resonancia en un amplio espectro del imaginario social del presente la exacerbación del carácter popular de esta transición que le ha acabado por transformar en una suerte de heroica mitología.

El choque de estas tradiciones valorativas tan fuertemente arraigadas, como se podrá anticipar, nos ponen ante un aparentemente imposible diálogo de sordos, cuyas

---

<sup>68</sup> Nos acercamos quizás con estas exigencias que nos compelen a nosotros en el acto del “nombrar” probablemente a aquello que Carlos Thiebaut sostiene como lo característico del tránsito del “nombrar antiguo” al “nombrar moderno”: «(...) Si hasta Dios es, así, silencio, no habría que buscar la palabra que nos confiera identidad en algo que será ya siempre y necesariamente exterioridad, en un texto que habrá de descubrirse como ajeno. La palabra, el nombre, habrá de buscarse en la interioridad de un texto propio». Véase THIEBAUT, Carlos, *Historia del Nombrar, dos episodios de la subjetividad moderna*, Visor, 1990, Madrid. P. 24

posturas ideológicas carentes de matices impiden un adecuado intento narrativo. Ubicado en esta tarea de lidiar con estos fantasmas, quisiera justificar los matices de mi valoración en razón de aquellos factores relevantes e injustamente desestimados a la hora de evaluar los relatos, a los que someramente hiciera mención.

En aquel tenor, he de decir, en primer lugar, que en un cierto sentido, la «vía chilena al socialismo» contó con un innegable respaldo popular e, inclusive, más que ello, con un profundo sentimiento de identificación y pertenencia proferido por numerosas capas populares que afirmaban respecto del gobierno de la UP –de una manera que no me es posible recordar en otras experiencias históricas chilenas– que aquel era «su» gobierno<sup>69</sup>, sin olvidar que aquella valoración discursiva tuvo también su correlato de facticidad en cada ocasión en que la presencia de las masas militantes de la UP marchando o formando *cordones industriales*<sup>70</sup> hicieron sentir su masividad para

---

<sup>69</sup> Y es que en el Chile de aquella época, como lo ha señalado Julio Pinto, “lo ‘políticamente correcto’ era ser partidario de la revolución”, de lo cual da cuenta que, “al llegar las presidenciales de 1970, ambos bloques políticos, la Democracia Cristiana y la Unidad Popular, rivalizaron ante el electorado con planteamientos que al menos en algunos aspectos podían ser calificados de revolucionarios”. Véase PINTO, Julio, “Hacer una revolución en Chile”, en Pinto, *Cuando hicimos historia*, P. 10. Por lo demás, más allá del verticalismo del funcionamiento de los partidos de la UP, innegablemente se debe señalar que grandes capas de la heterogeneidad popular manifestaron posiciones afines a la Unidad Popular, que aun decantándose por opciones más rupturistas cercanas a la idea de “poder popular” más “rupturistas” se afirmaban subjetivamente como pertenecientes o adherentes al tránsito al socialismo de la UP. Véase a este respecto los ensayos de GARCÉS, Mario “Construyendo ‘las poblaciones’: El movimiento de pobladores durante la Unidad Popular”; Gaudichaud, “Construyendo ‘Poder Popular’”, ambos en Pinto, *Cuando hicimos historia*, en torno a los movimientos de pobladores y en torno a los movimientos sindicales, respectivamente, como grandes actores populares movilizados fundamentalmente en adherencia a la UP.

<sup>70</sup> Estos denominados «cordones industriales» representan para Alain Touraine el aporte chileno de una forma original al movimiento revolucionario, constituidos por “militantes de fábricas, generalmente pasadas al sector social o bajo intervención, se agrupan sobre una base territorial: unas cuantas decenas de empresas en general forman el punto de partida de un cordón. Cerrillos, Vicuña Mackenna, Macul, Mapocho, Santiago Centro, etc. La ciudad está rodeada y penetrada por los cordones (...) Todos los militantes de los cordones tienen una adscripción política precisa; no son por ello los delegados de sus partidos. Se trata de un movimiento de clase. El papel de los militantes políticos excluye un espontaneísmo ciego respecto de las condiciones políticas generales, pero está muy lejos de hacer de los cordones la vanguardia de movimientos políticos. Los propios comunistas y la dirección de la CUT reconocen la autonomía de los cordones, a la vez que se sienten amenazados por un movimiento que discute el centralismo y el burocratismo de la CUT y se esfuerzan en restablecer su autoridad sobre un movimiento que se ha hecho vigoroso, pero frágil también, amenazado por las divisiones internas y la disminución de su impulso (...) ¿Qué son los cordones? Ante todo organizaciones de clase. El tema de su acción es la expropiación de los patronos, el mantenimiento y la extensión de las ocupaciones (...) Los cordones no son asociaciones de mal alojados; tampoco agrupaciones directamente políticas. Se constituyen sobre la base del lugar de trabajo. Es un movimiento de clase obrero, incluso si otros estratos, en particular estudiante y profesores, participan en él (...) tienden a crear una organización territorial, comunal, por desconfianza al gobierno, por hostilidad respecto de otros elementos del Estado, por antagonismo a las fuerzas armadas”. Véase TOURAINE, Alain, *Vida y muerte del Chile popular*, Siglo XXI editores, 1974, México. P. 12-13

respaldar al gobierno durante sus horas más difíciles<sup>71</sup>. Sin embargo, justamente de aquella fortaleza y, fundamentalmente, de la manera en que esta se constituyó, es donde derivan a su vez importantes matices que sustentan la valoración crítica que en términos más ambiciosos queremos proponer para los efectos de esta investigación, pues precisamente «la vía chilena al socialismo» pese a contar con una masa social adicta a la cual no le tembló la mano en salir a las calles cada vez que se requirió su presencia en el espacio público para defender a «su» gobierno, pecó en su conducción de un excesivo verticalismo leninista, que precisamente subordinó a la ciudadanía a una condición de masa “peticionista”, no obstante ser este un pecado común propio de la estructura política desarrollista del período 1925-1973.

En tal sentido, la participación ciudadana se redujo fundamentalmente a la calendarizada rutina sufragista de la elección de representantes y a la movilización de las masas, requeridas únicamente para marchar vistosamente sobre el espacio público con el objeto de visibilizar territorialmente el apoyo a las medidas políticas y sociales determinadas desde la cúpula de los partidos políticos, en lugar de haber dejado pendiendo las decisiones políticas de una forma de participación más soberana por parte de la ciudadanía, como bien podría haber acontecido de haberse seguido el curso político propuesto por Garcés y Martner respecto a un eventual *referéndum* referido a un punto tan delicado y trascendental para la transición propuesta como era la

---

<sup>71</sup> Un ejemplo apropiado de esto lo representa la gran masa agolpada frente al Palacio de la Moneda tras el «Tanquetazo» del 29 de junio de 1973, estimada en más de un millón de personas que salieron a manifestar su apoyo al gobierno popular y a defenderle activamente en las calles, defensa que dicho sea de paso, como suele relatar en forma de anécdota Gabriel Salazar acabará dando cuenta de la orientación vertical descendente que desde la institucionalidad poseía el denominado “gobierno del pueblo”, pues al calor de la multitudinaria marcha ya instalada en la plaza de la Constitución, afuera del Palacio de la Moneda, no faltó un momento en que la masa comenzó a manifestar su anhelo de poder popular gritando “¡ a cerrar, a cerrar, el congreso nacional y a crear, a crear, el poder popular!”, incitación frente a la cual el Presidente Allende se opuso rotundamente desde el balcón del Palacio, dando cuenta de que la revolución se hacía por la vía legal, desde las instancias de la institucionalidad y no desde la calle. Aunque dicha anécdota ha sido puesta en cuestión, la molestia de Allende respecto a la aparición y acciones del poder popular ya conocía de otras manifestaciones verificables, como aconteció con sus declaraciones pronunciadas a propósito de la «Asamblea Popular» realizada en Concepción el 27 de Julio de 1972, a la cual respondió el 31 del mismo mes anunciando categóricamente que “el poder popular no surgirá de la maniobra divisionista de los que quieren levantar un espejismo lírico surgido del romanticismo político, al que llaman, al margen de toda realidad, «Asamblea Popular»... No concibo que ningún auténtico revolucionario... pueda pretender desconocer en los hechos el sistema institucional que nos rige y de que forma parte el gobierno de la Unidad Popular. Si alguien así lo hiciera, no podemos considerarlo sino un contrarrevolucionario...”. Véase MARTNER, Gonzalo (Compilador), *Salvador Allende (1908-1973). Obras escogidas*, Editorial Antártica, 1992, Santiago de Chile. P. 465-472

«definición del Área de Propiedad Social»<sup>72</sup> que habría significado a la larga una legitimidad mayor a las medidas adoptadas a la vez que un enorme espaldarazo al rol activo de la ciudadanía en la definición de su devenir. A su vez, el exceso de paternalismo político trasuntó en que la tesis del «poder popular», pese a la mediatización de la idea, no pasase de ser un manoseado eslogan, puesto que la abierta división de posturas respecto a la conducción del proceso político y social, junto a la dificultad impuesta de conducirse por medio de acuerdos unánimes entre el comité político de la UP y el Presidente, devinieron en una serie de desajustes e indeterminaciones en la conducción que acabaron por sofocar y confundir la incipiente creación de «poder popular» que espontáneamente iba surgiendo en las fuerzas sociales de los sectores de base que daban vida a la UP.

Probablemente, la evidencia más fuerte de la falta de coordinación política y del estéril desarrollo del «poder popular» sea la absoluta sorpresa con que el Golpe Militar sacudió a los partidarios de la UP, pese a la previsibilidad e inminencia de este, habida cuenta de todos los sucesos inmediatamente anteriores que allanaron el camino opositor («tanquetazo», declaración de ilegalidad del gobierno por parte del Congreso Nacional, dimisión de Carlos Prats del Ejército, entre muchos otros) que en conjunto conformaban una verdadera “crónica de una muerte anunciada”. No hubo capacidad de contención alguna frente al Golpe por parte de la UP y sus partidarios, con lo cual sobradamente conocido desenlace de genocidio y masivos exilios careció por completo de la posibilidad de evitarse.

Por todo esto es que la valoración crítica con la que he querido posicionar la «vía chilena al socialismo» acaba igualmente por hacerle naufragar, aunque en un sentido diverso: no obstante su innegable imbricación con las clases populares y la adopción de medidas que posicionan al gobierno de la UP como aquel que más se acercó a una cierta idea de «justicia social» en representación de los anhelos de las masas sociales, este relato transicional ahogó sus posibilidades de acercarse a la idea de tejer un «nosotros» más adecuado al conformarse sólo con una adhesión pasiva por parte de una ciudadanía, mantenida en servil condición de masa “peticionista”, y en la que los espontáneos brotes de empoderamiento ciudadano ocasionados con la creación

---

<sup>72</sup> Para más detalles de esta específica argumentación ver el capítulo “El recurso a elecciones y el problema del poder en la táctica político-institucional” en Garcés, *Allende y la experiencia chilena*.

de «poder popular» contaron una y otra vez con la resistencia de la estructura del sistema político.

## 2. «TRANSICIÓN AL ORDEN»

*La nostalgia del orden total no necesita de la vida.*

W. G. SEBALD, *Pútrida Patria*.

### 2.1. SOBRE LAS (IM)PRECISIONES DE LOS CONTORNOS

Una primera cosa antes de comenzar la descripción de lo que llamaremos «transición al orden» consistirá en reubicar los caracteres «» encerrando sólo a la palabra «orden» con el objeto de enfatizar las peculiaridades con que la esta idea, en principio ideológicamente y abstractamente neutral, acabaría por significarse siguiendo la línea maestra del lema y principio nacional ubicado en la base del escudo patrio, propio de una nación fundada y bautizada al calor de las gestas militares: «por la razón o la fuerza».

Desde la primera narrativa transicional descrita, he rehusado el impulso casi automático de pretender determinar con voluntad de precisión las fechas de inicio y fin de los relatos por considerar que en la impostura de fechas específicas yace un mecanismo propio de la historia oficial que persigue uniformar y simplificar los hechos y su narración, al punto de sacudirse de la memoria aspectos fundamentales que permiten prefigurarles. En el precedente caso de la «transición al socialismo», por ejemplo, aun cuando su fecha de inicio podría ser apuntada con el 4 de septiembre de 1970 (fecha de la elección presidencial que dejó a Allende como primera mayoría para el periodo presidencial 1970-1976), o quizás con el 24 de octubre de 1970 (fecha de la votación del Congreso Pleno para dirimir al Presidente de entre las 2 más altas mayorías relativas, en las que el congreso se inclinó por Allende), o ya directamente con el 3 de noviembre de 1970 (fecha en la que Allende comienza su ejercicio como Presidente de la República); todas aquellas fechas, miradas desde otro punto de vista carente de

excesivos afanes histórico-cronológicos, languidecen ante la idea de la «transición al socialismo» como un proyecto de largo arrastre histórico, al cual la exacerbación del desarrollismo en su fase última, la del populismo, aunada a la “mística de la normalidad constitucional”<sup>73</sup> del funcionamiento de sus partidos artífices en conformidad a la legalidad vigente condujeron de manera inevitable.

Cierto es que respecto a su final puede haber mayor unanimidad al precisar al 11 de septiembre de 1973 como su indiscutible fecha de caducidad, no obstante lo cual, a la vista de los otros relatos, dicha precisión del final puede quedar difuminada, permaneciendo abiertos los contornos de la génesis y epílogo de cada transición, superponiéndose unos a otros sucesivamente, con mayor o menor sutileza, quedando ensombrecidas las costuras del inicio o final de cada uno de los relatos.

## 2.2. ANTÍPODAS DEL «ORDEN»: HACIÉNDOLE SITIO DESDE LAS AULAS UNIVERSITARIAS

Todo lo indicado sobre la borrosidad de los contornos temporales se conectará en este relato transicional con su peculiar idea de «orden»: tal como ha sido observado por académicos como Gabriel Salazar o Naomi Klein, las antípodas que prefiguran la ambivalencia y peculiaridad de la idea de «orden» de esta transición se sitúan mucho

---

<sup>73</sup> La caracterización de “mística de la normalidad constitucional” que guarda un cierto aire peyorativo la he tomado prestada de Manuel Rojas, quién junto a Roberto Bolaño, es acaso el más ilustre de los prosistas chilenos. Escritor de “Hijo de ladrón” y Premio Nacional de Literatura en 1957, Manuel Rojas fue un trotamundos y obrero de mil oficios, impulsado a ello siempre por la menesterosidad de su condición proletaria. Con tales ingredientes forjó una subjetividad sin igual, de un espíritu algo anarquista y siempre disconforme. Entrevistado hacia 1972 acerca de su opinión respecto al curso de la “vía chilena al socialismo”, utilizó la expresión “mística de la normalidad constitucional” para matizar la radicalidad de esta vía al no considerarla un camino realmente revolucionario (no olvidemos que Rojas pertenece a la denominada generación chilena del 20, y que participo activamente de las revueltas proletarias propias del período más candente de la Cuestión Social en Chile, experiencias que indudablemente germinaron en él, como se aprecia en toda su literatura, como una profunda conciencia de clase). Dicha “mística” estaba fuertemente anidada en el pueblo chileno, y en razón de tal, el no esperaba del gobierno de la Unidad Popular ni que fuera realmente el pueblo quien gobernara, ni que en el cumplimiento de su programa se alcanzara realmente el socialismo real. A su juicio, de cumplirse, “se verá que no ha hecho más que empezar y que hay muchísimo más que hacer. Entonces se podrá pensar en acciones de otro carácter. Los obreros estarán ya como navajas, listos”. Véase esta entrevista en LAVÍN CERDA, Hernán, “Las cartas boca arriba”, en *Mayoría*, N° 26 (Abr. 12, 1972), Santiago de Chile. P. 12-13, ubicable en FUENZALIDA, Daniel, *Conversaciones con Manuel Rojas, Entrevistas 1928-1972*, Editorial ZigZag, 2012, Santiago de Chile. P. 214-222



antes del primer relato transicional inclusive, retrotrayéndose hacia la década del 50<sup>74</sup>, en la cual se presentaba en todo su apogeo otra suerte de transición de la que hemos dejado unas cuantas referencias: aquella que iba desde el *desarrollismo productivista* propio de la primera fase del Estado de 1925 al *desarrollismo populista* propio de su madurez y ocaso. Por aquel entonces –década de los 50– el keynesianismo y el desarrollismo eran las caras de una misma moneda siendo a su vez las vigorosas bases que sostenían el andar político y económico del país, siendo Raúl Prebisch, la CEPAL y todos aquellos que a su alero se formaron, los estandartes ideológicos y técnicos de aquella conducción.

El rumbo político y económico estaba tan fuertemente encaminado por aquella vía, que es posible afirmar que las doctrinas más radicalmente librecambistas carecían por completo de presencia en todas y cada una de las distintas esferas de poder nacionales, pues, en efecto, la CEPAL bajo la conducción de Prebisch formó a la academia econométrica y economicista en la versión adaptada a los países «en vías de desarrollo» del Estado social y la economía mixta Keynesianos, de tal manera que las aulas y los libros (el poder académico e intelectual) eran un territorio totalmente vedado al librecambismo, a la par que los gobiernos se alinearon sin excepción en un desarrollismo conducido protagonicamente por el Estado, no quedando tampoco espacio aquí para ninguna cuota de poder librecambista (poder político).

Tal panorama, cerrado por completo a las ideas librecambistas que configurarían parte importante de la idea de «orden» del presente relato transicional, tendería a cambiar con paulatina sutileza a partir del decidido asalto librecambista impulsado desde los laboratorios académicos externos al país. El ideario librecambista desde su mismísimo centro neurálgico de poder académico –la famosa *Chicago School of Economics*– se puso manos a la obra a través del desembarco en Chile, en junio de 1955, de la misión liderada por Arnold Harberger, Theodore Schultz, Earl Hamilton y Simon Rottenberg, destinada a firmar un convenio de “cooperación técnica” con la Universidad Católica de Chile. Este era el denominado «Proyecto Chile»: allí donde no tenía sitio, el librecambismo se planteaba allanar el camino para conseguirlo, por medio

---

<sup>74</sup> En este sentido, véanse particularmente KLEIN, Naomi, *La Doctrina del Shock: el auge del capitalismo del desastre*, Editorial Paidós, 2007, Barcelona. Traducción de Isabel Fuentes García. En su capítulo 2 titulado “El otro doctor shock: Milton Friedman y la búsqueda de un laboratorio de *laissez-faire*” y también Salazar y Pinto, *Historia Contemporánea de Chile, Tomo I*, en el acápite titulado “De la reimplantación liberal: el injerto Chicago”, P. 170-173.

de un primer paso consistente en el aterrizaje y puesta en circulación intelectual de sus ideas. De allí en adelante, sucesivas misiones de profesores comenzaron a venir desde Chicago para enseñar su Teoría en las aulas de la Universidad Católica a la par que sucesivas promociones de los más prometedores estudiantes de dicha casa de estudios y de la Universidad de Chile fueron premiados con Becas completas de estudios para realizar *postgrados* en la Escuela de Economía de la Universidad de Chicago.

La realidad política y económica chilena comenzaba a ser una creciente materia de estudios en las aulas y laboratorios de la Escuela de Chicago. Salazar y Pinto remarcan habitualmente a este respecto la premonitoria clarividencia con que un académico de Chicago, Tom E. Davis, diagnosticaba la situación chilena, poniendo en duda (ya por aquellos años previos a la fase de «nacional populismo») la posibilidad de que un gobierno democrático llevase a cabo un proyecto antiinflacionario, dejando pistas de la futura fase de intromisión activa que efectuaría Estados Unidos a favor del librecambismo al señalar la imposibilidad de que “los beneficios excesivos de la seguridad social, los islotes de altos salarios y el dualismo (del Estado) puedan desaparecer *pacíficamente* del escenario de América Latina”<sup>75</sup>. Se iba sugiriendo a susurros la necesidad de acudir al uso de la fuerza para así alcanzar también el sitio del poder político.

En consonancia a aquel discurso, entre 1954 y 1964, ya eran alrededor de 150 los alumnos becados (*full graduate fellowships*) que habían recibido la instrucción *friedmanista* de la Universidad de Chicago, dispuestos a poner sus ideas en marcha<sup>76</sup>. O

---

<sup>75</sup> Algunos textos claves de Davis a este respecto -y que además dan cuenta de, a qué nivel, Chile paso a ser objeto de estudio de los académicos de Chicago- son: “Dualism, Stagnation and Inequality: The Impact of Pension Legislation in the Chilean Labor Market”, en *Industrial and Labor Relations Review* 17: (1964), P. 380-398; “Eight Decades of Inflation in Chile: 1879-1959. A Political Interpretation”, en *The Journal of Political Economy* 71 (1963), P. 389-397; y “The Growth of Output and Employment in Basic Sectors of the Chilean Economy, 1908-1957” en *Economic Development and Cultural Change*, 11:2 (1963), P. 152-176.

<sup>76</sup> Entre aquellos estudiantes beneficiados podemos contabilizar entre los que alcanzaron el doctorado, algunas personalidades altamente relevantes del poder oligárquico, intelectual y mediático contemporáneo de Chile como Rolf Lüders, Ricardo Ffrench-Davis, Mario Corbo, Ernesto Fontaine, Dominique Hachette, Alvaro Saieh y Sergio de Castro. Como pormenorizados ejemplos quedémonos con los dos últimos: Alvaro Saieh es un economista que representa la concentración de poder en el terreno de los medio de comunicación pues el consorcio periodístico del cual es dueño, COPESA, controla periódicos de alto tiraje a nivel nacional como La Cuarta, La Hora y la Tercera, formadores todos ellos importantes de la opinión pública chilena; Sergio de Castro, a su vez, fue ni más ni menos que uno de los autores de “El Ladrillo”, que fue el recetario que, apenas acontecido el golpe, esta intelectualidad chilena formada en Chicago presentó a consideración de los militares para obrar la revolución librecambista estructural que el mismo De Castro, años más tarde, entre 1974 y 1982 de manera ininterrumpida, formó parte del gabinete militar, alternando los cargos de Ministro de Economía y Ministro de Hacienda. Desde

sea que, recapitulando, había por un lado un diagnóstico cuestionando la posibilidad democrática de salir del enroque desarrollista a la par que se sugería actuar (por medio de sutiles susurros que procuraban no decirlo de manera demasiado explícita) a través del recurso a la fuerza armada; y a la vez había también, por otro lado, toda una joven camada de intelectualidad formada en Chicago –los *Chicago boys*– dispuestos a poner en práctica las recetas para el tratamiento de aquél diagnóstico.

Tal binomio de “haberes” precisaba de un tercer elemento para completar una peculiar «santísima trinidad». Con la política exterior norteamericana de posición librecambista (enconada opositora al curso desarrollista populista que se apoderaba de Latinoamérica, acercándole peligrosamente a la tentación marxista) haciendo las veces de “Dios padre omnipotente y omnipresente”, y estando el “Hijo” configurado por toda aquella descendencia intelectual dispuesta a enseñar “la buena nueva” pregonada por el Padre, el tercer elemento restante, aquella chispa de “espíritu santo”, que –siguiendo nuestra metáfora cristiana– conferiría a los apóstoles el don de hablar en lenguas para comunicar la buena nueva, la obraría como catalizador forzoso la contrarrevolucionaria acción de las Fuerzas Armadas, cuya alta oficialidad, conformada por generales y oficiales, había recibido desde finales de la década de los 50 la aleccionadora instrucción de la “Escuela de las Américas”<sup>77</sup>, adoctrinamiento sólo comparable al acometido en la esfera civil por parte de la *Escuela de Chicago*.

---

aquella parcela y precisamente en esos años fue que se orquestó la estructuración económica y social que da a la idea de «orden» de este relato transicional una de las particularidades de su ambivalente cariz, reconociéndosele como el auténtico “arquitecto del modelo económico chileno” según la versión de historiadores como Patricia Arancibia Clavel y Francisco Balart. Respecto a los *Chicago boys* hago remisión a la completa bibliografía que los profesores Salazar y Pinto mencionan en el Tomo I de su *Historia contemporánea de Chile*: P. O’Brien, “The New Leviathan: The Chicago School and the Chilean Regime, 1973-1980”, IDS Sussex Bulletin 13 (1981); A. Fontaine, “los economistas y el presidente Pinochet”, Santiago, 1988. 2da. Ed.); Juan Gabriel Valdés, “La Escuela de Chicago: la Operación Chile” (Santiago, 1989); S. Correa, “Algunos antecedentes históricos del proyecto neoliberal en Chile, 1955-1958”, Opciones 6 (1985); G. Cáceres, “El neoliberalismo en Chile: implantación y proyecto”, Mapocho 36 (1994), etc., y en particular sobre la figura de Sergio De Castro, véase ARANCIBIA CLAVEL, Patricia; BALART, Francisco, *Sergio de Castro, el Arquitecto del Modelo Económico Chileno*, Biblioteca Americana, 2007, Santiago de Chile.

<sup>77</sup> Respecto al rol de la “Escuela de las Américas” en la reestructuración del rol de las Fuerzas Armadas en Latinoamérica, rápidamente podemos decir que fue, junto al T.I.A.R. (Tratado interamericano de asistencia recíproca), uno de los elementos fundamentales de la política militar exterior norteamericana en pos de universalizar su doctrina librecambista en el área de Latinoamérica, en tanto que se constituyó en el centro de adoctrinamiento del actuar militar por excelencia, destacándose por la divulgación de la doctrina de Seguridad Nacional Norteamericana a través de la enseñanza de la “guerra sucia” donde el enemigo pasaba a ser interno, educando al soldado en el desarrollo de los eufemísticos “pronunciamientos militares” más conocidos por todos como Golpes de Estado contrarrevolucionarios. Sin lugar a dudas aquella instrucción resultó determinante en la preparación del Golpe de 1973, al sustituir como doctrina

## 2.3. LAS DISTINTAS CARAS DE LA IDEA DE «ORDEN»

### 2.3.1. El «Orden» económico: el radical *laissez-faire* de los *Chicago boys*

Explicitada nuestra metáfora basada en la santísima trinidad cristiana, y sin perder de vista lo allí presentado, hemos de decir, a continuación, que en ella ha sido desplegada en síntesis el *quid* de la ambigüedad de sentidos que guarda la idea de «orden» de este relato transicional.

Por un lado, la idea de «orden» tendría un marcado sustrato librecambista, implantado implacablemente a través del *shock treatment* friedmanista en su estructuración, en cuanto a que, nada más comenzada la dictadura militar, la orientación en materia económica del país daría un drástico giro “modernizador” conducido por el ideario de los *Chicago Boys* que dejaría bien enterrada la vieja hegemonía keynesiana.

Las ideas de «El Ladrillo» redactado por Sergio De Castro y otros colaboradores pertenecientes al grupo de los *Chicago boys* (que por cierto, desarrollaban en el plano local las ideas de un radical *laissez-faire* expuestas por Milton Friedman en su influyente obra de 1962, *Capitalism and Freedom*), constituían ya el ideario y ruta del rumbo económico que el Gobierno militar se comprometía a seguir<sup>78</sup>. La Teoría

---

de las fuerzas armadas a aquella que en Chile había predominado antes del Golpe, la denominada “Doctrina Schneider”, que suponía la postura inamovible de subordinación y respeto a la constitución y las leyes -y con ello, al gobierno legalmente en vigor-. El nombre de esta doctrina deviene del General Rene Schneider, asesinado cobardemente a instancias de la conspiración ITT-FREI-Derecha, conjurada para impedir el ascenso de la Unidad Popular al gobierno. Para más información respecto a la “Escuela de las Américas” aconsejo ver ROITMAN ROSENMAN, Marcos, *Tiempos de oscuridad. Historia de los Golpes de Estado en América Latina*, Editorial Akal, 2013, Madrid.

<sup>78</sup> En efecto, el trabajo para tener «el ladrillo» a punto para el inicio de la dictadura fue frenético: “el día del golpe varios Chicago boys estaban acampados junto a las rotativas del periódico de derechas *El Mercurio*. Mientras en la calle sonaban disparos, trabajaron frenéticamente para que el documento quedara impreso a tiempo para el primer día de gobierno de la Junta. Arturo Fontaine, uno de los editores del periódico, recuerda que las rotativas trabajaron «sin cesar para producir copias de aquel largo documento». Y lo consiguieron, por los pelos. «Antes del mediodía del miércoles 12 de septiembre de 1973, los generales de las fuerzas armadas que desempeñaban cargos de gobierno tenían el plan sobre sus escritorios». Véase Klein, *La Doctrina del Shock*, P. 112. Inclusive, habría que consignar que «el ladrillo» tuvo una preparación previa, tal como da cuenta la mismísimo Informe Rettig, a través de una de una oleada de civiles que colaboraron con el régimen militar, cuyos rasgos específicos eran los de “ser economistas con postgrados en afamadas universidades norteamericanas, y ser liberales o neo-liberales en su disciplina y, más allá de ella, en su concepción de la sociedad y el hombre. Estos profesionales, antes del 11 de septiembre de 1973, contactaron a la Armada o fueron contactados por ella, y le prepararon un completo plan económico (*el ladrillo*) que, claro está, suponía para aplicarse la posesión previa del poder”. Véase *Informe de la comisión nacional de verdad y reconciliación, Volumen I, Tomo 1*, Corporación Nacional de Reparación y Reconciliación, Reedición de Diciembre de 1996, Santiago de

económica divulgada por los *Chicago boys* se presentaba a sí misma como el fruto maduro de la modernidad, como un conocimiento técnico-científico incuestionable<sup>79</sup>, que acabaría por conseguir hacia los años setenta un aura de superioridad avalada por los sucesivos Premios Nobel de Economía que obtendrían algunas de las más destacadas figuras de la Escuela de Chicago, tales como Friederich Hayek en 1974 y el antes mencionado Milton Friedman en 1976. Los nobeles de Chicago tendrían finalmente la ocasión de pasarse de la teoría a la praxis merced de la condición de conejillo de indias que presentaba Chile con su recién inaugurada dictadura militar.

Prestigiados con tal «aura» técnica, los *Chicago boys*, se dispusieron a tomar posición –con el beneplácito de la Junta Militar– de importantes puestos en la administración de la política económica del país para acometer las denominadas “modernizaciones”, cuyo objeto no fue sino la construcción del Estado Neoliberal, que se deshizo de los resabios de Estado desarrollista-populista siguiendo una estrategia de acumulación capitalista que básicamente operó decapitando el fondo fiscal para trasladar aquel capital a la empresa privada, de modo tal que la llamada modernización no fue más que el eufemismo utilizado para nombrar el trasvasije de empresas estatales, y servicios públicos de salud, educación y previsión, entre otros, a manos privadas que

---

Chile P. 43. El paréntesis en cursiva es nuestro\* Confirma la versión del Informe Rettig lo señalado por el propio Sergio De Castro en el prólogo de *El Ladrillo*, aunque claro está, empañando y haciendo difusa la responsabilidad específica de los contactos previos al Golpe entre civiles y FF.AA.: “Cabe señalar que solo uno de los miembros del grupo académico, sin que el resto lo supiéramos o siquiera sospecháramos, tenía contacto con los altos mandos de la Armada Nacional. Grande fue pues nuestra sorpresa cuando constatamos que la Junta de Gobierno poseía nuestro documento y lo contemplaba como de posible aplicación”. Véase “*El Ladrillo*” *Bases de la política económica del gobierno militar chileno*, Prólogo de Sergio De Castro, Centro de Estudios Públicos, 1992, Santiago de Chile. P. 11

<sup>79</sup> Que la teoría económica de radical *laissez-faire* se presentaba a sí misma como científicamente incuestionable, no es cosa únicamente del ayer sino que también del tiempo presente. Hoy, además, con el peso de su hegemonía mundial alcanzada -más allá de los manuales de estudio- resulta aun más tenaz la arrogancia intelectual y el uso de argumentos de autoridad por parte de sus seguidores para autojustificarse que no me resisto a citar un buen ejemplo de esta actitud: “los cambios que han ocurrido en el mundo en las últimas décadas hacen ver de alguna manera estas reformas como algo básico, de sentido común. Mal que mal dos décadas más tarde que Chile gran parte de los países de América Latina y Europa del Este seguían caminos parecidos. Así, es posible que hoy un economista joven educado en cualquier universidad del país considere que, por ejemplo, la apertura de la economía al comercio internacional es algo evidentemente beneficioso, lo que no merece ni siquiera una discusión”. El fragmento citado –sobrado de arrogancia y carente de argumentos, más allá de los de autoridad- pertenece a una recensión del libro escrito por Arancibia y Balart sobre Sergio de Castro, “el Arquitecto del Modelo Económico Chileno. En dicha recensión Rodrigo Vergara, su autor, se presenta a sí mismo como “Economista de la Universidad Católica de Chile y Ph. D. En economía de la Universidad de Harvard. Profesor titular del Instituto de Economía, Universidad Católica de Chile”. Véase VERGARA, Rodrigo, “Sergio de Castro, el arquitecto del modelo económico chileno, comentario al libro de Arancibia y Balart” en *Estudios públicos*, N°110, Centro de Estudios públicos, 2008, Santiago de Chile.

en definitiva revelan a la operación como una redistribución de mecanismos acumulativos y no como la potenciación de mecanismos productivos<sup>80</sup>.

De tal manera, en lo específico de las medidas adoptadas, hacia el primer año y medio de dictadura se pueden mencionar cómo principales medidas del tratamiento de shock tendientes a la construcción del nuevo «orden» el recorte de un 10% del gasto público y la eliminación del control de precios. La supuestamente «infalible» teoría, sin embargo, caería conmocionada ante las consecuencias que su ejecución depararía en el terreno de la realidad: “En 1974, la inflación alcanzó el 375%, la tasa más alta en todo el mundo y casi el doble de su punto más alto con Allende. El precio de los productos de primera necesidad como el pan se puso por las nubes. En paralelo, los chilenos perdían su empleo gracias a que el experimento de Pinochet con el «libre mercado» estaba inundando el país de importaciones baratas. Las empresas locales cerraban a docenas, incapaces de competir; el desempleo alcanzó cifras récord, y se extendió el hambre. El primer laboratorio de la Escuela de Chicago estaba en caída libre”<sup>81</sup>.

Astutamente, los *Chicago boys*, en lugar de asumir la responsabilidad de tal debacle, argumentaron que aquellas adversas consecuencias se debían a que la teoría no se estaba aplicando de manera suficientemente estricta. Para enfatizar tal argumentación [y ante las primeras señales de desconfianza y molestia por parte de algunos de los poderes fácticos “amigos” tales como la Sociedad de Fomento Fabril (SOFOFA), que le había prestado su apoyo en la radical conducción económica], los *Chicago boys* solicitaron a su mismísimo *gurú*, Milton Friedman, que viniera a rescatar el experimento. De esta manera en marzo de 1975, Milton Friedman visitó Chile en compañía de Arnold Harberger, participando en una serie de presentaciones televisadas y debates, destacando sobre todo el encuentro privado que la figura de la Escuela de Chicago sostuvo con Pinochet. Friedman enfatizó en aquella ocasión (lo mismo que en toda su visita a Chile) la fiabilidad de su propuesta económica, que ya había sido encaminada por sus discípulos, señalando que a la Junta le hacía falta abrazar el libre mercado sin ninguna reserva, para lo cual insistió en que no había gradualismos posibles, haciendo falta administrar un tratamiento de shock mayor que aumentase el recorte de gasto público hasta en un 25% más, vaticinando que el desempleo que tal

---

<sup>80</sup> Salazar y Pinto, *Historia contemporánea de Chile Tomo I*, P.109

<sup>81</sup> Klein, *La doctrina del shock*, P. 114

medida ocasionaría sería únicamente temporal, pues quienes fueran despedidos desde el sector público acabarían encontrando trabajo en el corto plazo en el sector privado, que despegaría espectacularmente al eliminarse una serie de obstáculos que dicho sector enfrentaba y que frenaban fundamentalmente la inversión extranjera, a la par que la inflación acabaría en cosa de meses.

Tras el espaldarazo ideológico que supuso la visita de Friedman, Sergio De Castro junto a su equipo tomarían las riendas de la conducción económica de Chile que acabaría por estructurar algunas de las principales señas de identidad del supuesto “milagro económico chileno”, pues, junto al recrudecimiento de la política extractivista facilitado por la eliminación de barreras arancelarias y la consecutiva apertura al mercado extranjero, los mayores zarpazos del nuevo orden económico vinieron dados por un enorme recorte del gasto público seguido de consecutivas privatizaciones afectando estas políticas a áreas sensibles de la vida social: en materia de educación, con la eliminación de la gratuidad de la Educación Pública Universitaria, incorporando al sistema educativo la existencia de universidades privadas; en materia de salud con la privatización de sus servicios a través de la creación de las ISAPRES (institutos de salud previsional); en materia de fondos previsionales, con la privatización de los fondos de pensiones a través de la invención de las AFP (administradoras de fondos de pensiones), con lo cual los ahorros previsionales de los trabajadores pasaron a ser el anómalo capital<sup>82</sup> de estas administradoras de fondos que tendrían la posibilidad de especular e invertir en el mercado financiero, sin escrúpulo alguno, las cotizaciones para la vejez de los trabajadores; y en materia laboral, como colofón a estas medidas decididamente privatizadoras, podríamos añadir como broche de oro la legislación que desde 1978 se ha conocido como Plan Laboral, caracterizada por enfatizar la atomización de la relación laboral entre empleadores y trabajadores, a través de diversos mecanismos tales como centrar las reglas del trabajo en el contrato individual de trabajo, restar relevancia a la negociación colectiva y a la acción sindical en las relaciones laborales, de las que a su vez se excluía la posibilidad de conflicto mediante la casi absoluta prohibición de la huelga, a la vez que la protección de los trabajadores

---

<sup>82</sup> Dice Peter Drucker a este respecto: “El capitalismo de los fondos de pensiones es asimismo capitalismo sin ‘capital’. El dinero de los fondos de pensiones, y de sus hermanas gemelas, las mutualidades, no encaja en ninguna definición conocida de capital... En realidad, los fondos son salarios diferidos; se acumulan para proporcionar el equivalente a unos ingresos salariales a las personas cuando ya no trabajan”. Véase DRUCKER, Peter, *La sociedad poscapitalista*, Editorial Sudamericana, 1993, Buenos Aires. P, 67-70

no dependía de ellos mismos, a través de la organización sindical, sino que del Estado, por medio de la Inspección del Trabajo como vía legal y administrativa<sup>83</sup>.

Podría extenderme con muchísimo más detalle respecto de las especificidades de la nueva orientación económica que operó la «transición al orden», pero con ello seguramente me alejaría muchísimo de las pretensiones y limitaciones espaciales de este capítulo, dejando de abordar otras aristas que se juegan en la idea de «orden» de esta transición que preferiremos atender. Por lo demás, y acudiendo nada más que a lo que se ha bosquejado, la orientación central que en materia económica se desarrolló ha quedado manifiestamente a trasluz, y ya, sólo por hacer una síntesis de este aspecto, nada más enfatizaría la idea de que esta “reingeniería modernizadora” a la vista de sus auténticas consecuencias bien podría haberse denominado de una manera más adecuada como “reingeniería privatizadora”, pues más allá de los eufemismos, esta operación ha representado el mayor abuso de poder y desfalco privatizador en la historia del Estado de Chile. El «milagro» chileno no era más que un mito, o a lo más una realidad efectivamente auspiciosa para muy pocas personas, pues, “esa guerra –que muchos chilenos comprensiblemente ven como una guerra de los ricos contra los pobres y la clase media– es la auténtica realidad tras el «milagro» económico de Chile. Hacia 1988, cuando la economía se había estabilizado y crecía con rapidez, el 45% de la población había caído por debajo del umbral de la pobreza. El 10% más rico de los chilenos, sin embargo, había visto crecer sus ingresos en un 83%”<sup>84</sup>. El auténtico «milagro» y «orden» económico de esta transición fue la constitución de uno de los escenarios mundiales de mayor desigualdad en la distribución de riquezas de los que la humanidad tenga memoria.

---

<sup>83</sup> El Plan laboral corresponde en específico a un corpus legal compuesto por el D.L. 2.200 de 1978 sobre Contrato de Trabajo y de Protección a los Trabajadores, el D.L. 2.756 de 1979 sobre organizaciones sindicales, el D.L. 2.758 de 1979 sobre negociación colectiva, el D.L. 2.757 de 1979 sobre asociaciones empresariales y la ley 18.018 de 1981. Véase más en UGARTE, José Luís, “El trabajo en la Constitución chilena”, en BASSA, Jaime, FERRADA, Juan Carlos y VIERA, Christian (Ed.), *La Constitución chilena. Una revisión crítica a su práctica política*, LOM ediciones, 2015, Santiago de Chile. P. 121-140

<sup>84</sup> Klein, *La doctrina del Shock*, P. 122



### 2.3.2. La faz terrorífica: el «Orden» como “limpieza de la política” del país de acuerdo a la doctrina militar de la «Seguridad Nacional»

Desde luego, el rostro más macabro a la vez que triste y mundialmente célebre de la «transición al orden» es aquel que perfilan los miles de torturados, desaparecidos, muertos y exiliados que dejó tras de sí la implacable dictadura. Aquí la idea de «orden» toma el sentido de una limpieza política del país, sacudiéndose de cualquier resabio de marxismo que pudiese nuevamente brotar. Si el discurso del «orden» económico guardaba cierta sutileza empleando el término de la «modernización» como eufemismo para mantener en la sombra al neo-extractivismo privatizador, los militares en cambio, fieles a su estilo más descarnado, no escondían los propósitos de su discurso: había que “erradicar el cáncer marxista de raíz”<sup>85</sup>.

Allí donde el uso intrínsecamente peyorativo del término «marxismo» se nos vuelve reiterado en el discurso de la transición al «orden» es donde queda al descubierto una idea que habíamos ya adelantado: el intervencionismo estadounidense también extendía sus tentáculos subvirtiendo la profesionalidad de las fuerzas armadas. Y no queremos con ello mostrarnos como entusiastas defensores de una determinada tradición de «profesionalidad» en el actuar castrense, puesto que los ejemplos de las fuerzas militares chilenas actuando en contra de su propio pueblo son tristemente numerosos<sup>86</sup>, pero ciertamente todos aquellos casos no habían representado de manera tan flagrante un intervencionismo por parte de los intereses de una potencia extranjera,

---

<sup>85</sup> Palabras pronunciadas tras el Golpe por el Comandante de la Fuerza Aérea y miembro de la junta militar, Gustavo Leigh. Véase Roitman, *Tiempos de Oscuridad*, P. 145

<sup>86</sup> Nada más cabe mencionar, para no nombrar todo el itinerario de vergonzosas actuaciones de la Clase política Militar en contra del propio pueblo, señalar algunas que han sido grandes protagonistas de los grandes periodos de estructuración constitucional del Estado, como en el período 1828-1833, en el que el ejército mercenario a cargo de Joaquín Prieto (y financiado por Diego Portales y las élites mercantiles de Santiago derrotó en Lircái, en 1830, al ejército regular al mando de Ramón Prieto para estructurar el Estado Portaliano; o como en el Golpe militar y consecutiva dictadura militar de 1973 que ha cimentado las bases del Estado neoliberal de la Constitución de 1980. Véase SALAZAR, Gabriel, “Grandes coyunturas políticas en la historia de Chile: ganadores (previsibles) y perdedores (habituales)”, en *Proposiciones* N°16, Ediciones Sur, 1988, Santiago de Chile. Adicionalmente, Salazar, ha determinado la existencia de 7 ciclos de violencia política en la historia de Chile (ciclo I: 1750-1832; ciclo II: 1836-1860; ciclo III: 1865-1891; ciclo IV: 1896-1907; ciclo V: 1908-1934; ciclo VI: 1943-1973; ciclo VII: 1978-1990) en cuyas regularidades observables, además de constatarse que son ciclos de largo plazo, que promedian entre veinte y treinta años, cabe destacar en la línea de la importancia desmedida que ha jugado la clase política militar en el modelamiento del Estado/Nación, que cada ciclo “ha concluido normalmente con la intervención de las Fuerzas Armadas, la reconfiguración del orden tradicional, la recomposición de la clase política civil (coaliciones nacionales) y la restauración de la institucionalidad liberal”. Véase Salazar, *La violencia política popular en las “grandes alamedas”*, P. 93-101

habían tenido la magnitud y alcance logrados por la acción militar conjunta de las fuerzas armadas de septiembre de 1973, que manifestara un cambio tan drástico del ideario propio, puesto que aquel largo “espejismo” de estabilidad en la historia de Chile que duro entre 1932 y 1973 había dado realmente la impresión de sentar fuertemente un rumbo fijo en la doctrina a seguir por parte de las Fuerzas Armadas, consistente en el posicionamiento de estas en un rol de subordinación a la Constitución y las leyes, a la vez de ser esencialmente no deliberantes en términos políticos.

Aquella fue la doctrina que observaron valientemente los Generales René Schneider y Carlos Prats y que les valió acabar pagando su sentido del deber con sus muertes, en 1970 y 1974 respectivamente. Pero como se dijo, la “doctrina Schneider” no suponía más que el cadáver de una doctrina militar que perdía fuelle en el nuevo escenario mundial alineado en bloques, de acuerdo a lo cual, ya desde hacía un buen rato, los altos mandos de las fuerzas armadas de todo el Cono Sur y el Caribe recibían adoctrinamiento en un sentido que hacia ambivalente la idea de «profesionalización» de las fuerzas armadas latinoamericanas y particularmente, de las chilenas, puesto que en aquel específico caso, a la par de la denominada «doctrina Schneider» que en el plano interno parecía ser la tradición a seguir, *a contrario sensu*, varios de los oficiales de los altos mandos ya observaban con más atención la inclinación por el adiestramiento antsubversivo impartido al alero de la política exterior norteamericana<sup>87</sup> a través de la Escuela de las Américas, ubicada en Fort Gulick, Panamá<sup>88</sup>. Con los esfuerzos de dicha

---

<sup>87</sup> Dicha política exterior en su vertiente militar se puso en marcha a través del Plan Marshall destinado a la reconstrucción de Europa a la par que a la creación de la OTAN en 1950, para frenar el avance soviético en el mundo. Lo propio se hacía en el patio trasero norteamericano, América Latina, en donde incluso anticipándose a la creación de la OTAN se dio paso a la firma del Tratado de Chapultepec en 1947, que un año más tarde daría origen en Río de Janeiro al Tratado Interamericano de Defensa Recíproca (T.I.A.R.).

<sup>88</sup> “Adoctrinados por Estados Unidos en zona del canal de Panamá, generaciones de oficiales de todos los países de América Latina pasan por las aulas de la tristemente famosa Escuela de las Américas. Allí tuvieron como lectura obligada títulos que no dejan lugar a dudas cual era el enemigo: *Así es el comunismo, Cómo funciona el partido comunista, El dominio del partido comunista, Conquista y colonización comunista, El dominio del partido comunista en Rusia, La respuesta de una nación al comunismo* (redactado por J. Edgar Hoover, ex director del FBI), *Cómo logran y retienen el poder los comunistas, la democracia contra el comunismo, ¿qué hacen los comunistas en libertad?* y *Cómo controla el comunismo las ideas de los pueblos*.

Los cursos, sesgados ideológicamente, están incorporados en los planes de estudio, las asignaturas y los seminarios para oficiales en información e inteligencia, cuya duración sobrepasaba los quince días. Las unidades didácticas expresan hacia donde se orienta la vocación de los jóvenes milites: «Comunismo versus Democracia». En el temario de Operaciones de Contrainsurgencia dirigido a tenientes y capitanes se incluye la asignatura «Introducción a la guerra especial» que comprende ítems como «Las doctrinas comunistas». Por último, en el curso destinado a los coroneles e incluía la unidad temática «Ideología Comunista y objetivos nacionales». Tampoco quedan fuera los futuros policías y

Escuela, unidos al enorme peso de los programas de asistencia militar y la dependencia tecnológica, se favoreció decididamente a la emergencia de un nuevo tipo de agencia y acción militar, enfocada mayormente en la guerra interna en concordancia a la maniquea doctrina de la Seguridad Nacional propugnada por la segunda fase de la política militar exterior de los Estados Unidos hacia América Latina<sup>89</sup>, según la cual aquella idea de «seguridad» equivalía al resguardo de “una sociedad ordenada, libre de la amenaza comunista y sin el peligro que representaba el socialismo-marxista (...) y donde las reivindicaciones democráticas, nacidas a la luz de las luchas de independencia económica, la soberanía política, serán demonizadas y consideradas parte de un plan desestabilizador urdido por la infiltración del marxismo-leninismo”<sup>90</sup>.

Siguiendo el tenor de lo dicho, la intervención militar orquestada en Chile en 1973 no debe verse como un caso aislado de acción militar que introspectivamente mire a sus propias entrañas nacionales en busca de motivaciones, sino que ha de verse como parte de una estratagema internacional, de resguardo de la doctrina de la Seguridad Nacional enseñada en la Escuela de las Américas para poder establecer un «orden» adecuado. De allí se desprende que una vez derribado el gobierno democráticamente instituido de la Unidad Popular, el paso siguiente de la Junta Militar no consistiese nada más que en restituir una suerte de orden social para proceder a pasar rápidamente el poder político a la clase política civil no marxista, sino que era menester primero practicar una limpieza total del marxismo chileno a expresa petición norteamericana, para lo cual la figura de Pinochet resultaba idónea («necesitábamos un cirujano y contratamos un carnicero») es la frase que se le atribuye a Henry Kissinger en referencia a la elección de Pinochet como general sedicioso). La operación de limpieza del

---

militares. Para ellos había una la asignatura básica, de título sugestivo: «La amenaza comunista»”. Aunque la cita podría parecer sacada, por los casi irrisorios e ideologizados títulos de los temarios y libros, de un ejercicio literario símil en ironía e imaginación a *La literatura nazi en América Latina* de Roberto Bolaño, la cita proviene de la nada imaginaria investigación desarrollada por Marcos Roitman en su obra ya citada. Véase Roitman, *Tiempos de Oscuridad*, P. 142-143.

<sup>89</sup> Cuando hago referencia a esta segunda etapa de la política militar exterior de Estados Unidos hacia América Latina, lo hago contraponiéndola a una primera fase que se llevo a cabo entre el final de la segunda guerra mundial y el comienzo de la administración de John F. Kennedy (1945-1961), tiempo en el cual se “puso el acento en la defensa colectiva, fundada en la solidaridad continental frente a un eventual ataque extracontinental. Tal doctrina permitió a los Estados Unidos lograr, en el plano político, la suscripción en 1947 del TIAR y, en el plano económico, la colocación de una parte del material bélico sobrante de la Segunda Guerra Mundial y de la Guerra de Corea”. Véase VENERONI, Horacio, *Estados Unidos y las fuerzas armadas de América Latina. La dependencia militar*, Buenos Aires, 1973, Ediciones Periferia, P. 74

<sup>90</sup> Roitman, *Tiempos de Oscuridad*, P. 144-145

marxismo en Chile se inició raudamente con las masivas detenciones de simpatizantes de la Unidad Popular, llevadas a cabo improvisadamente en recintos deportivos y de espectáculos masivos, como fue el caso de las detenciones efectuadas en el Estadio Nacional o el Estadio Chile, convertidos en verdaderos campos de tortura y exterminio.

Las morgues no daban abasto y no tardaron en aparecer cadáveres enterrados en los zanjones o flotando en las acequias ubicadas en los extrarradios urbanos cercanos a las *callampas* y tomas de terreno que habían proliferado a partir de los grandes éxodos campo-ciudad a partir de la década del cincuenta. Este escenario escabroso hizo que rápidamente aquellos sobrevivientes involucrados en el gobierno de la Unidad Popular y en general las personas afines a los partidos políticos proscritos que contaban con las posibilidades para hacerlo, buscaran asilo desesperado en las embajadas de los países solidarizados con la tragedia chilena para seguidamente abrazar el exilio en alguno de aquellos territorios. Para quienes se quedaron resistiendo en Chile —queriéndolo o no—, el escenario de terror lo complementaron los operativos de los servicios de inteligencia al servicio de la dictadura militar: primero, con la feroz Dirección Nacional de Inteligencia (DINA) al mando del coronel Manuel Contreras, que hasta su cierre y posterior transformación en Central Nacional de Inteligencia (CNI) hacia 1977, ejecutó con total frialdad operativos de tortura y muerte en contra de quienes se sabía o se sospechaba formaron parte de la Unidad Popular y, en general, de todo aquel que profesara ideales marxistas. Precisamente, hacia aquel año de 1977, la obra gruesa del «orden» (donde el término «orden» adquiere una escabrosa sinonimia con las ideas de aniquilación y masacre) había sido ya ejecutada: junto a los miles de torturados, exiliados, desaparecidos y muertos, la ciudadanía chilena sobreviviente, que antes del Golpe destacó por su despliegue territorial en el espacio público a través de movilizaciones, marchas y cordones que llenaron de vida las calles de las ciudades, se volcó en cambio por obra del terror y del toque de queda en una completa inmersión y encierro en las existencias privadas atrincheradas en los hogares, procurando mantener la mayor pasividad a la vez que haciendo el menor ruido posible<sup>91</sup>.

---

<sup>91</sup> Existen mil descripciones de este cuadro de terror a las que podría aludir para dar soporte a cuanto digo, desde aquellas más noveladas, pérdidas por ejemplo en las páginas de cualquiera de las obras que componen aquella “trilogía sobre la sensibilidad al margen de la ética, o sin más ética que la Forma” con la que Juan Villoro describiera la tríada de novelas compuesta por *La literatura nazi en América*, *Estrella Distante* y *Nocturno de Chile* en alusión a los peculiares y esquizoides personajes y sus aun más peculiares proyectos estéticos, como el desplegado por ejemplo, por el personaje de Carlos Wieder, torturador, asesino y artista de vanguardia, con sus apocalípticos versos desplegados en los cielos de

La ciudadanía por un largo período de la dictadura se ocupó únicamente de sobrevivir, procurando mantener sus posiciones políticas recluidas en el fuero interno, cuidándose, en general, de no exteriorizar jamás las posturas divergentes al orden ante el miedo a poner en peligro la vida propia y la de los seres queridos, configurando un escenario en el que la oposición a la dictadura y el disenso no pasaron más que a ser actitudes internas, privadas de voz en el espacio público.

Aquel forzado receso de la actividad ciudadana definió el espacio ideal perseguido por la «transición al orden», afanada en la idea de reorganizar desde su misma raíz la estructura social chilena, pues aquel escenario que el terror dejó yermo se hallaba por entero disponible para la implementación de una redefinición estructural desde las bases de todo el entramado social chileno. Es justo en este envite donde confluyen bien enlazadas de manera interdependiente las varias facetas de la idea del «orden» perseguido por esta transición, en el sentido de que el país, libre de marxismo y de cualquier clase de oposición, contando con el beneplácito de los Estados Unidos, era terreno abonado para echar adelante toda la revolución neoliberal acordada por el Consenso de Chicago, sin que sus enormes costes sociales asociados, aun en sus cotas más altas de magnitud, significaran un peligro frenar las ambiciones de esta transición.

Solo de esa manera se puede explicar que todo el conjunto de reformas desarrolladas por De Castro y el resto de los *Chicago boys* (que ya fueron repasadas previamente) se hicieran realidad. ¿Qué pueblo puede soportar una inflación de record mundial y peor que eso, unos grados de cesantía y recesión tan prolongados sin protestar? Sólo un pueblo que ha quedado neutralizado e inmovilizado por la fuerza de

---

Santiago, que vagan entre las descripciones de una densa atmosfera de locura que a contrapelo Arturo Belano (*alter ego* de Roberto Bolaño) va señalando para dar paso al relato. Véase BOLAÑO, Roberto, *Estrella distante*, Editorial Anagrama, 1996, Barcelona. Otro producto cultural que dejó interesantes huellas del ensimismamiento en la vida familiar y del peligro de escapar de sus límites durante la dictadura ha sido la serie de televisión emitida por el Canal 13 de la Universidad Católica de Chile, “*Los ochenta*”, entre los años 2008 y 2014, que siguiendo el entrelazamiento de los acontecimientos macro con la realidad micro de la familia Herrera durante la década de los ochenta, dio cuenta de los temores que asolaban a las familias comunes y corrientes y los peligros a los que se vieron enfrentadas por osar interponerse contra el «orden». Otras descripciones en cambio, con una perspectiva más académica igualmente tienen por lugar común el enralecido ambiente: “(*la dictadura o revolución librecambista de 1973*) constituyó una agresión sistemática del Estado y las ‘armas de la nación’ contra el proyecto consuetudinario de vida de más de la mitad de los chilenos. Eso provocó la ruptura de diversas estructuras, mallas de roles, modos de vida y paradigmas epistemológicos (o teóricos) que, como efecto global, generaron un abrupto volcamiento de los sujetos e identidades sociales hacia sí mismos. Toda la generación populista del ’68 fue forzada a buscar y construir, sin ayuda, su propia identidad”. Véase Salazar, *La violencia política popular en las “Grandes Alamedas”*, P. 284

las armas y el terror, obligado a mantener una posición cabizbaja enfocada en sobrevivir sin rechistar.

### *2.3.3. El «Orden» institucional: la Constitución de 1980 como broche de acero para hacer virtualmente imperecedero el modelo del «Orden»*

Pese a que la preocupación central de la reestructuración del país tenía que ver de manera fundamental con la definición del área económica, y que dicho aspecto pretendía justificar la permanencia extensa del gobierno dictatorial, desde otros frentes la presión internacional y el discurso de los derechos humanos como signo inequívoco de la etapa civilizatoria presente pujaban la conquista del imperativo ético de la la democracia (aunque fuera en su sentido “liberal” de baja intensidad). A medida de que se volvía inconcebible la eternización de los militares en el poder se fue haciendo palpable la necesidad para los guardianes del «orden» de resguardar y garantizar la pervivencia de su obra más allá de sus días. Para no poner en peligro todo el meticuloso trabajo desempeñado mano a mano por militares y *Chicago boys* hacía falta añadir a la fórmula la colaboración adicional de otra clase de civiles, que en su caso, contribuyesen a sentar las bases de una institucionalidad política que permitiese dar el paso de un Estado terrorista a un Estado de Derecho democrático (no obstante más formal que sustantivo) cuya estructura, más allá de la coyuntura de la dictadura militar, permitiese hacia el futuro que toda la obra de ingeniería empleada en las transformaciones económicas y sociales permaneciese inalterable y a buen resguardo, aun cuando Chile volviese al curso de una vida política cuya forma de gobierno fuese democrática.

Es en este punto donde entra en juego la derecha chilena, gremialista y católicamente conservadora en el terreno de los valores, bien emparentada (a tal punto que parecen confundirse) con aquella camada de civiles que, en materia económica, tuvo a Chile en la cuerda floja con sus experimentaciones durante el primer decenio de la dictadura, sin perjuicio de que en todo ese tiempo previo al despegue económico acontecido en 1984, los *Chicago boys* vieron florecer (*¡oh, qué casualidad!*) sus negocios propios. De esta segunda clase de civiles que se incorporó al gobierno, es representativa la figura de Jaime Guzmán Errázuriz, gremialista, numerario practicante perteneciente a “la obra” (que es como los miembros del Opus Dei llaman a su congregación) y profesor de Derecho Constitucional de la Universidad Católica de Chile. La trascendencia de la figura de Guzmán no vendrá dada por estos “pergaminos”

que hemos reseñado respecto de su persona, sino que un mérito mucho mayor: de la misma manera a como hemos presentado a Sergio De Castro (siguiendo a Arancibia y Balart) como el «arquitecto del modelo económico chileno», el mérito propio de la figura de Guzmán consiste en reconocérsele como el principal ideólogo y arquitecto de la Constitución de 1980, madre de todo el entramado político-institucional del Estado neoliberal nacido en dictadura y cuya estructura cuidadosamente diseñada para sobrevivir ha la transición a la democracia ha posibilitado la legitimación del modelo de desarrollo social que siguen hoy en vigor, como digo, gracias al meticuloso corsé normativo diseñado por Guzmán, tanto en la Constitución como en sus extensiones legislativas supramayoritarias.

Siguiendo el tenor de lo dicho, la figura de Jaime Guzmán sería sólo comparable en la historia chilena con la de Diego Portales, quien sentó las bases del denominado «Estado portaliano», centralista y autoritario, que rigió más allá de sus días extendiéndose a lo largo de todo el siglo XIX chileno. Aunque de momento lo parezca, no es nuestra intención descansar en aspectos meramente biográficos<sup>92</sup> de la vida de Jaime Guzmán, sino más bien profundizar en ciertos aspectos de cuya obra fue uno de sus principales impulsores<sup>93</sup>: la Constitución de 1980.

El trabajo mancomunado de los militares y los civiles afines a estos en la reestructuración del Estado, como hemos ido viendo, rehuyó de las salidas historicistas de otros tiempos, ocupadas en reformas menores que seguían orientando una cadencia previa, con un ritmo más pausado o acelerado, sin perturbar mayormente el curso natural de la historicidad, optando en cambio por una cirugía de grado mayor, que

---

<sup>92</sup> Para estos menesteres existe ya una amplia bibliografía, principiando por aquella confeccionada por el propio Guzmán que dan cuenta de las ideas y creencias que defendía y que precisamente coinciden con todo el ímpetu de las ideas que posteriormente se consagrarían como “bases de la institucionalidad” en la Constitución de 1980. Para esto sugiero revisar GUZMÁN, Jaime, *Escritos personales*, Editorial JGE Ltda., 1992 Santiago de Chile, particularmente el capítulo 2 de la Primera Parte titulado *Universidad y Gremialismo*, que da cuenta en forma resumida de su ideario político.

<sup>93</sup> Si bien es cierto, no es posible adjudicarle por completo la autoría intelectual del texto de la Constitución a Guzmán, puesto que él era nada más que uno de los tantos miembros al interior de la Comisión Ortúzar, se puede advertir en el texto constitucional, específicamente en lo que respecta a las “bases de la institucionalidad” una fuerte presencia de las ideas *gremialistas* argumentadas y defendidas por Guzmán, sin dejar de mencionar que la figura de Guzmán fue una de las pocas que se mantuvo constante en la redacción del anteproyecto constitucional, “sobreviviendo” a los cambios de composición que sufrió la comisión a lo largo de sus sesiones.

quebrantó por completo el curso de la historicidad interna<sup>94</sup>. Aquella parte de la «transición al orden» que de manera fáctica se imponía ya sin rodeos (básicamente la operación genocida de limpieza política puesta en marcha a través del indiscriminado uso de poder coercitivo del Estado con la finalidad de depurar al país de las doctrinas marxistas; y también los severos ajustes económicos librecambistas que decretaban la total erradicación del Estado desarrollista, fuere productivista o populista) requería afianzar su eficacia por medio de la validez y certidumbre propias del “momento constitucional”<sup>95</sup>, capaz de brindar por medio de los ropajes del Derecho como acto legitimante la cristalización de toda una nueva institucionalidad política y social.

Respecto de aquella aspiración constitucional podríamos decir que más que perfilarse como una necesidad improvisada y sobreviniente al proceso social que se acometía, su curso frío y calculado nos indica que se le tuvo prevista desde temprano como una estrategia clave dentro del entramado del «orden», que lejos estuvo de haber sido olvidada o de haber quedado sujeta a la incertidumbre del azar, puesto que, de hecho, a pocos días de acontecido el golpe, a finales del mes de septiembre 1973, ya se había conformado y sesionaba la Comisión de Estudios para la Nueva Constitución (CENC), una preliminar versión de la Comisión Ortúzar, con el objetivo claro de redactar actas constitucionales que fuesen dando un sostén de legitimidad al gobierno militar para posteriormente acometer un objetivo mayor concerniente a la redacción de un anteproyecto de Constitución Política que reemplazase a la vieja Constitución de 1925.

Una empresa de una envergadura tal como la que se estaba desarrollando en Chile, que se orquestaba incluso desde fuera de sus fronteras a través de la activa intromisión estadounidense, y que estaba volcada a realizar unas transformaciones tan radicales en todos los ejes del país, que de facto, significaban la muerte del Chile previo al 11 de Septiembre de 1973 y el nacimiento de un país totalmente nuevo (nunca fue

---

<sup>94</sup> Es la tesis de Salazar, quien señala que, si bien se puede predicar de la “revolución liberal” su carácter restaurador y modernizante en su conexión externa, también se puede, a la par, caracterizar de antihistoricista en su conexión interna, en el sentido de que plantea una abrupta ruptura histórica con lo que había sido la marea histórica del siglo XX desde los años 20, puesto que se abortaba el punto clave en el cual había pivotado toda la institucionalidad política chilena, referida a lo que Salazar denomina “la voracidad historicista del Estado ‘factual’ de 1925” que acumulaba en si toda la agencia y se reemplazaba por su absoluto contrario, “un Estado históricamente responsable de nada”. Véase Salazar, *La violencia política popular en las “Grandes Alamedas”*, P. 280

<sup>95</sup> ACKERMANN, Bruce, *La política del diálogo liberal*, Gedisa Editorial, 1999, Madrid.



más cierto el epígrafe de Bolaño al inicio del *Estudio de los 3 grandes relatos transicionales de la segunda mitad del siglo XX chileno*) desde luego no podía dejar nada al azar y mucho menos el aparato que sentaría las bases de su legitimidad de modo tal que resultaba imperativo que el soporte legal de la institucionalidad política, el proyecto histórico-político que toda Constitución viene a significar, alcanzase unas cotas de perfeccionamiento instrumental tales que, de una parte, permitiesen al momento de su promulgación y publicación obtener la legitimación de la nueva concepción neoliberal del país, y de otra parte, le permitiesen también alcanzar un objetivo mucho más pretencioso y exigente, referido a perfilarse como un instrumento que hiciese posible que aquel “nuevo país” adquiriese sostenibilidad de cara al futuro postdictatorial, determinando que en sus proyecciones hacia el porvenir solamente cupiese la posibilidad de desarrollar el rumbo prefijado por la «transición al orden», sin permitir dar marcha a orientaciones discordantes.

#### *2.3.3.1. La Constitución de 1980, el mecanismo estratégico para la petrificación del «Orden»*

En razón del alto grado de sofisticación instrumental que la ingeniería constitucional de la «transición al orden» reviste, actuando como garante de las demás consideraciones envueltas en la idea de «orden» que ya hemos reseñado e incluso, como se verá más adelante, al establecerse como artífice mismo de su relato de continuidad (la denominada «transición a la democracia»), es menester especificar con cierta minuciosidad aspectos fundamentales de nuestra carta fundamental, partiendo por su génesis, así como la estratégica oportunidad y mecanismo y oportunidad para su entrada en vigor (el llamado “pecado original” que ha teñido de oscuridad su pretensión de legitimidad), hasta aspectos más sustantivos de su entramado, relativos a su estratégica articulación que se puede apreciar en la disposición de los principios dogmáticos que le inspiran, en su vocación tendiente a neutralizar la agencia política por medio de las “trampas” articuladas ya no tanto en sus principios dogmáticos, sino que en su “sala de máquinas” (por seguir de manera yuxtapuesta las nomenclaturas utilizadas por

Fernando Atria y Roberto Gargarella<sup>96</sup>), así como también la estudiada disposición programática del itinerario determinado por las disposiciones transitorias tendientes a la perpetuación del «orden» más allá de la dictadura.

En un ya lejano 11 de septiembre de 1980 y precedido únicamente de su anuncio que se practicó con escasa anticipación de un mes (el 11 de agosto de ese mismo año), se celebró el plebiscito aprobatorio para el proyecto constitucional presentado por el gobierno militar. Con la poca antelación entre el anuncio y la fecha de la votación se deja ya adivinar una estrategia por completo dispuesta a que la jornada plebiscitaria condujera indefectiblemente al *Si* aprobatorio y legitimante de la nueva Constitución, con un clima político precedido por el mutismo ante los flagrantes vicios de legitimidad de los que adolecía la jornada electoral, tales como “llamar a plebiscito en estado de emergencia, *que* no hay un sistema electoral válido ni registros electorales, *que* quienes harán los recuentos son personas designadas por los alcaldes que a su vez son nombrados por Pinochet, *que* están proscritos los partidos políticos que podrían designar apoderados de mesa que velaran por el desenvolvimiento del proceso, *que* no hay libertad de información ni de expresión ni de reunión y además *que* dichas limitaciones se han intensificado desde la llamada a plebiscito, y porque existe la amenaza permanente de detenciones, secuestros y de exilio”<sup>97</sup>. Aquel tenor viciado que le vio nacer ha sido, como se verá posteriormente, un dolor de cabeza no tanto para sus “padres” políticos, sino más bien para quienes con posterioridad han tenido que

---

<sup>96</sup> Fernando Atria, es quién, a lo largo de su obra ensayística y particularmente en “La constitución tramposa” habla de “trampas” para referirse a una serie de mecanismos procedimentales de la Constitución destinados específicamente a neutralizar la agencia del pueblo. Véase ATRIA LEMAITRE, Fernando, *La constitución tramposa*, Lom ediciones, 2013, Santiago de Chile. Estas “trampas” han sido conocidas también como «enclaves autoritarios» en la jerga que más tradicionalmente han empleado autores como Manuel Antonio Garretón. Por otra parte, estas “trampas” remiten a un ámbito de la normativa constitucional que no es precisamente el de sus bases programáticas o dogmáticas, formando parte más bien de un nivel aparentemente neutro de aplicación positiva de sus preceptos al que el constitucionalista Roberto Gargarella, también a lo largo de su trabajo ha denominado “La sala de máquinas de la Constitución”, remitiendo a compartir el cuidado puesto en la excesiva preocupación que el nuevo constitucionalismo democrático ha puesto en los principios dogmáticos orientadores de los nuevos pactos sociales, con una preocupación puesta también en las normas positivas de la Constitución que tienen una aplicación más directa y que pueden dejar a trasluz la verdadera condición de una constitución en cuanto a resultar aprehensible permitiendo desplegar la agencia política del pueblo. Véase GARGARELLA, Roberto, *La sala de máquinas de la Constitución: dos siglos de constitucionalismo en América Latina (1810-2010)*, Katz Editores, 2014, Buenos Aires.

<sup>97</sup> VETÖ, Silvana y GARRETÓN, Francisca, “Legitimación de la Constitución de 1980 en El Mercurio, 1980-1986”, en *Revista Pléyade*, Año III-Nº6, ISSN: 0718-655X, Centro de análisis e investigación política, Julio-Diciembre 2010, Santiago de Chile P. 241-288. Las palabras incorporadas en cursiva son nuestras.

administrar contra su voluntad política exteriorizada este legado tan resueltamente inaprensible<sup>98</sup>.

En cuanto a lo netamente funcional, las observaciones son más hondas: por una parte, es difícil no estar de acuerdo con la caracterización que Salazar hace de la Constitución. Salazar considera que la Constitución se despliega premeditadamente como “un dispositivo mecánico para formar y gobernar ciudadanos mecánicos”, en el sentido de que configura “un texto históricamente aséptico (...) estructurado para asegurar el orden interior (o sea, la gobernabilidad de la sociedad) y la reproductibilidad formal del sistema institucional. Su funcionamiento, por tanto, es más administrativo (instrumental) que político, y más político que económico y social”<sup>99</sup>. En un sentido similar, Fernando Atria califica a la estrategia interna de la Constitución de 1980 como un «abuso de la forma constitucional» en el sentido de que, sin ningún pudor, lo que hizo fue “insertar ciertas normas en el texto de la constitución (y sujetarlas entonces a su quórum de reformas) no porque estas sean en algún sentido fundamentales o constitucionales, sino solo porque son importantes para alguien que tiene poder en ese momento y que quiere asegurarse de su vigencia cuando haya perdido ese poder. Es un abuso porque en vez de habilitar la agencia política del pueblo busca neutralizarla”<sup>100</sup>.

En tal sentido, y ya entrando en tierra derecha respecto a la sustancia misma de la Constitución a través de su articulado, conviene analizarla en dos planos que se complementen con firmeza para definir este artefacto autovalente: por una parte, en lo referente a sus tres primeros capítulos, la Constitución delinea el corazón del funcionamiento estructural del nuevo país, de acuerdo al cual el Estado deja de ser aquel hipertrofiado actor social del desarrollismo que hacía reposar en él toda clase de agencias, cambiando esta morfología por su completo opuesto, el “Estado subsidiario” (reducido en cuanto actor social a una mínima expresión), cuya declaración de principios la hallamos en el Artículo 19º, N° 21, inciso 2º de la Constitución: “*El Estado*

---

<sup>98</sup> En aquel sentido, y más allá de la sustancia misma del texto constitucional, ha quedado para la historia el patético y desesperado intento de la Concertación en el 2005, de lavar aquel pecado original mediante un paquete de reformas constitucionales consensuadas con la oposición, insuficientes a todas luces para cambiar el quid antidemocrático de la Constitución, que ostentaron en palabras del presidente de la república Ricardo Lagos, conformar un “piso institucional compartido” que bien le cabía adquirir el estatus de ser la nueva, “Constitución de 2005”, que reemplazaba la firma de Pinochet en su original de 1980 por la de Lagos.

<sup>99</sup> Salazar y Pinto, *Historia contemporánea de Chile Tomo I*, P. 104

<sup>100</sup> Atria, *La constitución tramposa*, P. 44

y sus organismos podrán desarrollar actividades empresariales o participar en ellas sólo si una ley de quórum calificado los autoriza”, con lo cual implícitamente se señala que el Estado, en principio, quedaría ajeno al desarrollo de la actividad económica, dando pie con ello a la enorme oleada de privatizaciones que, como se ha descrito, en Chile ha sido un proceso que ha alcanzado incluso a áreas tan fundamentales como la Salud (Isapres), Educación (todo el sistema educativo privado) y la seguridad social (AFPs que funcionan sobre la base la capitalización individual y la especulación financiera que con estos ahorros de los trabajadores se hace en el mercado mundial), quedando estas importantes áreas sociales bajo el dominio de la lógica mercantil dispuesta por sus controladores, determinando que en la estructura política del Estado parido por la Constitución de 1980 sean el capital extranjero y el empresariado los actores sociales fundamentales.

Para complementar la enorme y recién adquirida capacidad de agencia social de los acaudalados intereses privados venida de la mano de la estrenada subsidiariedad estatal falta añadir y enfatizar constitucionalmente la más alta consagración de los denominados “grupos intermedios” de la sociedad, lo cual quedó dispuesto a través del Artículo 1º, inciso 3º de la Constitución: *“El Estado reconoce y ampara a los grupos intermedios a través de los cuales se organiza y estructura la sociedad y les garantiza la adecuada autonomía para cumplir sus propios fines específicos”* en donde, nuevamente, a decir de Salazar, el alcance de tal autonomía alcanza únicamente al cumplimiento de fines específicos “de tipo económico, cultural, religioso, etc., pero no político”, pues “la autonomía de la sociedad civil se acepta en todo lo que no es político. Se acepta la libre iniciativa frente al Mercado, pero no frente al Estado (...) De modo que los movimientos civiles que surjan de ‘lo social’ y se proyecten en ‘lo político’ (lo que los cientistas políticos llaman *empowerment*) incurrirán en el pecado mecánico de la inconstitucionalidad”<sup>101</sup> en concordancia a lo dispuesto por el Artículo 7º, inciso 2º: *“ninguna persona o grupo de personas pueden atribuirse, ni aun a pretexto de circunstancias extraordinarias, otra autoridad o derechos que los que expresamente se les haya conferido por la Constitución o las leyes”*, a lo cual habría que añadir que tal inconstitucionalidad se refuerza en el Artículo 19, N° 15, Inciso 3º, referido al derecho de asociación, según el cual se prohíben *“las asociaciones contrarias a la moral, el*

---

<sup>101</sup> Salazar y Pinto, *Historia contemporánea de Chile Tomo I*, P. 107

*orden público y la seguridad del Estado*” y donde la ambigüedad de tales términos es salvada eminentemente por una técnica interpretativa de la Constitución de tipo *originalista*<sup>102</sup> que en atención a la deriva neoliberal del Estado tendiente a mantener su *statu quo*, hace determinar que las ofensas a tales ideas se propician en el actuar de los movimientos sociales que habitualmente se erigen como una alternativa para hacer trascender ‘lo social’ en el terreno de ‘lo político’.

En resumidas cuentas, la posibilidad de agencia política del ciudadano de acuerdo a la Constitución de 1980 queda atomizada en el ejercicio individual del sufragio universal, y circunscrita en el ámbito colectivo, de manera exclusiva, al grupo intermedio que tiene por tal aquel fin específico –los partidos políticos– y cuyo marco de acción es aquel que ceñidamente fijan la Constitución y las leyes, dentro de los mecanismos de representatividad política. Descrita la representatividad y la función de los partidos políticos como catalizadores de la agencia política en los términos puramente teóricos que se han utilizado, ese factor en sí mismo no tendría porque arrastrar una carga valorativa negativa, en la medida de que la práctica de la vida constitucional estuviese más definida por el interés de habilitar la agencia política en lugar de neutralizarla, pero ciertamente lo que hemos observado en el curso de la vida constitucional parece invitarnos de manera casi inevitablemente a la pesadumbre.

Ante el sombrío panorama de sistemática y efectiva neutralización de la agencia política que hemos recibido como legado, tan contrario a las incesantes declaraciones de voluntarismo político que por largos años han promocionado un presente y futuro de mayor dinamismo, cabe sospechar, tal como lo ha recalcado Fernando Atria, no solo del plano de los principios dogmáticos que informan y que despliega la Constitución (y que brevemente hemos reseñado), sino que también ha de sospecharse (y mucho) de aquella dimensión de las reglas y formas constitucionales que, como adelantáramos, Roberto Gargarella designa como «la sala de máquinas de la Constitución»<sup>103</sup> y que el antes mencionado Atria, a propósito de los predicamentos propios del plano local referido a nuestra Constitución, menciona como “los cerrojos y el metacerrojo”, que configurarían una dimensión normativa de la aplicación práctica de la Constitución que revela una

---

<sup>102</sup> Respecto a lo que significa la idea de la interpretación *originalista*, en su contexto chileno de aplicación, véase BASSA, Jaime, “La pretensión de objetividad en la interpretación constitucional” en Bassa y otros, *La Constitución chilena*, P. 13-34

<sup>103</sup> Véase Gargarella, *La sala de máquinas de la constitución*.

organización del poder que inequívocamente mantiene el afán de neutralizar la agencia política, que por la vías institucionales actualmente previstas queda irremediabilmente condenada a quedar empantanada por el denominado “abuso de la forma constitucional”<sup>104</sup>.

Siguiendo de la mano de Atria, el “abuso de la forma constitucional” se sirve fundamentalmente de algunos mecanismos o “cerrojos” destinados a perpetuar una determinada organización del poder que atenta de manera directa contra el libre albedrío y la agencia del pueblo, y que se estructura de la siguiente manera:

- 1) A través de la existencia de las Leyes Orgánicas Constitucionales (LOC) y sus quórum de aprobación<sup>105</sup>, que aun estando fuera del cuerpo constitucional, son una suerte de extensión programática de ella en razón de la especial importancia de las materias que desarrollan de manera más pormenorizada, y que quedaron definidas inmediata y mayoritariamente antes de la recuperación de la democracia, en varios casos con una burda y desvergonzada anterioridad de un día a este acontecimiento, dejando patente el ánimo de perpetuar el «orden» a través de la ley<sup>106</sup>;

---

<sup>104</sup> A este respecto, como descripción de esta estrategia constitucional, valga el siguiente párrafo de *La Constitución Tramposa*: “Considérese la situación de un grupo que no tiene muchas expectativas de éxito electoral y quiere aprovechar la posición de poder en la que lo dejó su último golpe de Estado. Ese grupo sabe que tiene poder por ahora, pero debe enfrentar el problema de cómo evitar que, cuando ese poder desaparezca, todo lo hecho sea deshecho, que lo atado (y bien atado) sea desatado. La manera en que lo hará será dando forma constitucional a decisiones que no son fundamentales, pero que le interesan, con la finalidad precisa de tener veto cuando el pueblo quiera modificar esas decisiones. Es decir, aprovechándose de la forma constitucional para fines distintos de los que esa forma realiza. Y no solo distintos, sino en rigor opuestos: si el sentido de la forma constitucional es habilitar al pueblo para actuar, aquí lo que se intentará es usar esa forma para neutralizar al pueblo. El uso de una forma contra los fines de esa misma forma es un caso evidente de abuso de esa forma. Cuando esa forma es la constitucional, se trata del abuso de la forma constitucional”. Véase Atria, *La constitución tramposa*, P. 60

<sup>105</sup> “Ellos crearon, en adición a la constitución, una categoría completa de leyes difíciles de modificar, se trata de las leyes llamadas “orgánicas constitucionales (...) Es decir, el plan original era que la constitución chilena (el conjunto de normas difíciles de modificar) fuera no solo el texto del Decreto Ley 3.464, sino también la suma de todas las leyes orgánicas constitucionales”. Véase Atria, *La constitución tramposa*, P. 61

<sup>106</sup> Con respecto a estas Leyes Orgánicas Constitucionales de última hora, cito textualmente la nota al pie de Atria que a este mismo respecto expuso en *La constitución tramposa*, dando cuenta de la desfachatez con las que se dictaron: “El 10 de marzo de 1990 (el día inmediatamente anterior al cambio de mando de la dictadura de Pinochet al primer presidente de la democracia, Patricio Aylwin) aparecieron publicadas en el Diario Oficial las siguientes leyes: (1) la ley 18962, orgánica constitucional de enseñanza; (2) la ley 18972, que modifica la ley 18575, orgánica constitucional de bases generales de la administración del Estado; (3) la ley 18967, que modificó la ley 18448, orgánica constitucional de las Fuerzas Armadas; (4) la ley 18970 que modificó la ley orgánica constitucional del Banco Central y (5) la ley 18973, que modificó la ley 18961, orgánica constitucional de Carabineros de Chile. Esta ley orgánica constitucional de Carabineros (el nombre que lleva la policía uniformada en Chile), por su parte, había sido publicada

- 2) El sistema electoral binominal (un cerrojo a decir de Atria «ya quemado», y que por lo mismo, ha sido objeto del acuerdo político necesario para ser sustituido<sup>107</sup>) que ha determinado que los resultados de las elecciones parlamentarias hayan tendido forzosamente a virtuales empates entre las dos coaliciones mayoritarias, atendiendo a que en las circunscripciones o distritos se elegían dos cargos y la única manera de que una coalición obtuviese ambos radicaba en que la votación total de la lista excediera el doble de la votación obtenida por la lista rival, pues en caso de no acontecer esta hipótesis, cada lista de las dos que mayor votación habían obtenido, elegían a su primera mayoría respectiva para uno de los cargos, con lo cual este sistema terminaba por acumular lo peor de dos mundos, lo peor de las dos familias de sistemas electorales existentes al impedir, por un lado, la elección de una fuerza mayoritaria que pudiera llevar adelante su plan de gobierno (que sería la ventaja que presentaría un sistema electoral mayoritario) y, por otro lado, impidiendo la representación en el parlamento de todas las fuerzas políticas existentes en el

---

tres días antes, el 7 de marzo de 1990. El 27 de febrero se publicó la ley 18948, orgánica constitucional de las Fuerzas Armadas; el 23 de febrero se publicó la ley 18938, que modificó la ley 18605, orgánica constitucional de consejos regionales de desarrollo. El 17 de febrero se dictó la ley 18930, que modificó la ley 18695, orgánica constitucional del Tribunal Constitucional. El 9 de febrero se dictó la ley 18923, que modificó la ley 18695, orgánica constitucional de municipalidades. El 5 de febrero se publicó la ley 18918, orgánica constitucional del Congreso Nacional. El 24 de enero se publicó la ley 18906, que modificó la ley 18415, orgánica constitucional de estados de excepción, la ley 18905, que modificó la ley 18603, orgánica constitucional de partidos políticos, y la ley 18911, que modificó la ley 18460, orgánica constitucional del Tribunal Calificador de Elecciones. El 6 de enero se publicó la ley 18891, que modificó la ley 18575, orgánica constitucional de bases generales de la administración del Estado. El 10 de octubre de 1989 se publicó la ley 18840, orgánica constitucional del Banco Central. En agosto de 1989 se publicó modificaciones a las leyes orgánicas constitucionales 18700, de votaciones populares y escrutinios, y 18822, de inscripciones electorales y servicio electoral”. Véase Atria, *La constitución tramposa*, P. 62

<sup>107</sup> En efecto, a partir de las elecciones parlamentarias de 2017 se pondrá en práctica un nuevo sistema electoral proporcional representativo en reemplazo del binominal, que a falta de poder ser analizado en su concreto funcionamiento, únicamente podemos valorar desde este momento a partir de premisas meramente técnicas y teóricas que su funcionamiento involucra, como el aumento del número de escaños parlamentarios, una redistribución de los cupos parlamentarios con una redefinición de las circunscripciones y fundamentalmente la sustitución de la representación binominal por medio de la utilización para el cálculo de los ganadores por medio del coeficiente de D’Hondt, que de todas maneras promueve la participación en política por medio de los partidos políticos, puesto que la participación se organiza por listas de candidatos, aspecto respecto del cual, a priori, manifestamos nuestras suspicacias atendidas las dificultades para la formación de nuevos partidos políticos y las todavía pendientes reformas democratizadoras para el funcionamiento interno de los partidos políticos actuales, en un escenario en el que, además la ciudadanía ha manifestado incansablemente su rechazo respecto del sistema político y de la clase política, permaneciendo virtualmente divorciada la ciudadanía de la comprensión de la política como el juego institucional propio de los partidos políticos... En definitiva estamos con el diagnóstico de Atria en cuanto a que, este mecanismo electoral debe ser entendido como un avance no menor, ha llegado quizás algo tarde, cuando este cerrojo ya “quemado” ha dejado de ser visto como un peligro atendidas las circunstancias del país.

país al tender a la excesiva representación de las dos listas mayoritarias que excluyen a las pequeñas minorías relegadas a una existencia extraparlamentaria (vapuleando lo que a su vez sería la ventaja de un sistema electoral de corte representativo), teniendo la suma de estos despropósitos como resultado la existencia de un fáctico poder de veto en manos de la minoría sobre-representada, tendiéndose de esta manera de forma inevitable a la inmovilidad<sup>108</sup>, puesto que dicho veto le permitía echar atrás cualquier propuesta legislativa conducente a modificar sustantivamente lo ya existente;

- 3) El control preventivo del Tribunal Constitucional, que equivale a transformarle en un poder fáctico, que sobrepasa su calidad *de iure*, arrogándose el poder legislativo en el eventual caso de vulnerarse los cerrojos precedentes y el Legislador o el Ejecutivo pretendieran dictar alguna ley que contraviniese el espíritu del «orden»<sup>109</sup>;
- 4) Por si fuera poco, para asegurar el blindaje de los cerrojos, Atria señala también la existencia de un metacerrojo: los quórum de la reforma constitucional, que actualmente son de 60 o 66% de los diputados y senadores en ejercicio, con lo cual el derecho a veto de la derecha vuelve a ser determinante para que nada cambie y la agencia política permanezca bien neutralizada.

Ante una “sala de máquinas” secuestrada por unos específicos “cerrojos”, es que Atria se ha atrevido incluso a esbozar la tesis de que no haría falta cambiar todo el entramado constitucional ni mucho menos enfrascarse en la transformación de la parte dogmática de la Constitución, sino que, bastaría solo con cambiar unas “pocas cosas” (sin perjuicio de que esta “cosa poca” a ser cambiado tendría la relevancia sustantiva de

---

<sup>108</sup> En este punto es pertinente señalar que lo perniciosamente determinante para la inmovilidad radica en el hecho mismo, y sin apellidos, de que acabe por existir una suerte de veto en poder de una minoría sobre-representada. Hago esta precisión atendiendo a que normalmente se hace ver que esto ha beneficiado a la derecha (que lo ha hecho), escudándose la centro izquierda muchas veces en este discurso para excusarse, en circunstancias de que, si la tendencia hubiese sido a la inversa, el resultado sería fundamentalmente el mismo, esto es, la estratégica inmovilidad y pétreo asentamiento en lo medular de los términos adoptados por la constitución desde su origen, en razón de la fáctica imposibilidad que el forzoso empate de fuerzas determina para alcanzar los quórum reforzados de leyes como las LOC que en la práctica son aquellas que desarrollan los contenidos fundamentales de la Constitución.

<sup>109</sup> A este respecto, describe Atria que el Tribunal Constitucional en ciertas circunstancias textualmente se arroga una competencia de sustitución del poder legislativo: “En efecto, al resolver [...] el Tribunal sustituye la voluntad de los sujetos involucrados en el conflicto, haciendo prevalecer su voluntad por sobre la del órgano controlado”, enfatizando luego que “En otros términos, el Tribunal Constitucional sustituye la voluntad de los parlamentarios o la del Presidente de la República” (sentencia rol 591/2007, considerando 9º). Véase Atria, *La constitución tramposa*, P. 67



eliminar los antedichos cerrojos) para estar virtualmente frente a una nueva Constitución que en lugar de neutralizar, habilitase la agencia política del pueblo, que en tales circunstancias podría ejercer más auténticamente su soberanía.

Este recorrido, alternando el paso por la parte puramente dogmática con la parte referida a algunos de los enclaves autoritarios de la “sala de máquinas” (y de los cuales nada más hemos enfatizado los que, componiendo su núcleo duro, sobreviven hoy tras 35 años de vigencia de la Constitución, sin perjuicio de otros varios que a los largo de los años han desaparecido<sup>110</sup>) comprende prácticamente, sin haberse trazado ese efectivo propósito, el “estado del arte” de la vigencia constitucional de la criatura ideada como sostén institucional de la «transición al orden» que es lo que nos ocupa realmente en esta sección y de la cual nos hemos desviado.

Adviértase de todas maneras que este desvió hacia el análisis más contemporáneo de la praxis constitucional ha tomado ocasión precisamente por la cuidada y fría racionalidad empleada en su creación y establecimiento, que nos invita a apreciar como una auténtica comprobación empírica en laboratorio de las hipótesis preliminares (además de una abierta provocación política) la postulación senatorial de Jaime Guzmán por la circunscripción de Santiago Poniente en las elecciones parlamentarias de 1989, como queriendo relucir con su propio ejemplo la aberración del sistema binominal como puntal de la exitosa estrategia de su criatura, tendiendo un puente de neutralidad y normalización entre las transiciones<sup>111</sup>.

---

<sup>110</sup> Senadores designados, imposibilidad del presidente de remover a los altos mandos de las fuerzas armadas, composición del Consejo de Seguridad del Estado (COSENA), entre otros. Los últimos enclaves mencionados, vinculados a la difícil relación entre el Estado y las Fuerzas Armadas se consiguieron en las negociaciones que dieron pie a la reforma constitucional de 2005, en cuya negociación quedó de todas maneras vigente el mayor escollo referido al sistema binominal que, como mucho, paso de estar regulado constitucionalmente a estar legislado por fuera de ella, para facilitar un futuro cambio que solo se conquistó este 2015.

<sup>111</sup> Probablemente el caso paradigmático que da cuenta de la aberración que engendra el sistema binominal fue uno de los primeros en acontecer y esta protagonizado por Jaime Guzmán. En las elecciones parlamentarias de 1989, en la circunscripción de Santiago Poniente, que es la que mayor número de votantes concentra en todo el país, y que en aquella ocasión enfrente a los bloques de la Concertación –representados por Andrés Zaldívar y Ricardo Lagos– con el bloque de derecha, denominado en ese tiempo «Democracia y progreso» –representado por Jaime Guzmán y Miguel Otero–. En aquella elección resultaron electas las dos primeras mayorías de cada lista que fueron Zaldívar y Guzmán, pese a que ambos candidatos de la Concertación, Zaldívar y Lagos, obtuvieron una votación enormemente superior (31,27% y 30,62%, respectivamente) respecto al 17,19% obtenido por Jaime Guzmán. Y es que como de todas maneras la suma de votos de la lista de la Concertación no logro exceder al doble de la suma de votos de la lista rival (un 61,89% contra un 32,50%), Jaime Guzmán pese a tener una votación que de acuerdo a términos de representatividad electoral era ostensiblemente menor a los casi 180.000 votos más de Lagos, de todas maneras amén de las aberrantes reglas de juego

En este sentido, una muestra más de la vocación de permanencia del ideario del «orden» encriptado en la Constitución, tras su entrada en vigor el 11 de marzo de 1981, fue su paulatina y programática puesta en marcha por medio de un apéndice a la Constitución, conformado por 26 “disposiciones transitorias” que organizaron el funcionamiento del Estado durante los 8 primeros años de vigencia constitucional, en plena dictadura, en los que por razones obvias no todo el articulado y garantías constitucionales estaban en vigor permaneciendo suspendidas, y en donde más allá de esto, se tendieron las líneas maestras para encauzar el siguiente relato transicional por medio de un retorno a la democracia institucional que salvaguardase la institucionalidad del «orden», consagrando en plenitud la legitimidad y vigor de su Constitución.

Es por ello que, a lo menos desde el punto de vista de la consagración institucional, la línea que separa a la «transición al orden» de su posterior correlato –la «transición a la democracia»– es casi imperceptible por mucho que le pese a la cultura visual y popular promovida por los adalides de la Concertación, empeñados en rememorar y narrar una y otra vez como una gesta épica el triunfo de la opción NO en el plebiscito de 1988<sup>112</sup> (mientras que por debajo se esmeran con sutileza en dejar bien olvidada de la memoria la articulación de su deficitaria agencia principiada al calor del denominado “período de gracia”, cuyo puntapié inicial se selló con el paupérrimo acuerdo de reformas constitucionales para el “perfeccionamiento de la democracia” oleado y sacramentado por el escasamente recordado plebiscito de 1989<sup>113</sup>) o el

---

binominal, se hizo con el cupo parlamentario. Encima, tras el asesinato de Jaime Guzmán en 1991, su cupo parlamentario quedó en poder del segundo de su lista, Miguel Otero, que había obtenido unos 200.000 votos menos que Lagos, ejerciendo el candidato con la cuarta mayoría el mandato senatorial por 7 años.

<sup>112</sup> Nada más hace falta dar un vistazo a la película “NO” (2012) de Pablo Larraín.

<sup>113</sup> Aquel plebiscito poco recordado de 1989, durante el denominado período de (des)gracia (entre el triunfo del No de Octubre de 1988 y el inicio formal de la democracia con la presidencia de Aylwin en Marzo de 1990) fue el fruto de la “negociación forzada” a la que se vio expuesta la Concertación, colocada ante la esperanza de gobernar, puesto que “dadas las condiciones, el costo de no negociar era más alto que el costo de la negociación más mala” dado que “con el número de senadores designados que preveía la Constitución original, a la Concertación le resultaría muy difícil, aún con un sistema electoral muy favorable, alcanzar la doble mayoría. Entonces, gobernar se convertiría, pasado el placer orgásmico de la victoria, en un dificultoso caminar entre dunas”. De esta manera “las reformas blanquearon a la Constitución, sin hacerle perder eficacia a los mecanismos de resguardo”. En definitiva, de acuerdo al análisis de Moulian, “el plebiscito de 1989 constituyó la coronación del operativo transformista. Esa reforma, formalmente legitimada por la voluntad popular, consiguió dos cuestiones: a) eliminar ciertas condiciones leoninas que hubiesen podido generar con rapidez una crisis política, por la exasperación de la nueva élite dirigente ante la imposibilidad de gobernar por la oposición del Senado, dando motivos con ello para que se gestara un ánimo masivo de ilegitimidad y b) disminuir el peso político de los senadores designados, al disminuir su proporción respecto a los electos (...) Efectivamente, también la Concertación sacó provecho de la negociación. Le permitió colocarse en el Senado muy cerca de la mayoría, lo que

solemne traspaso de la banda presidencial de Pinochet a Aylwin como símbolo del progreso ético atribuido en sí mismo al retorno a la democracia.

Lo cierto es que ya con el piso institucional de la Constitución de 1980, la «transición al orden» había logrado cristalizar a la vez que dejado suficientemente preparada la ruta para que lo sustantivo de su narrativa perviviera sin temer a la emergencia de un nuevo relato de discursiva vocación democrática, pues de todas maneras, los alargados tentáculos de las “trampas” constitucionales asfixiarían las posibilidades de una transformación sustantiva intentada a través de los intersticios constitucionales y legales que más bien se encargarían con el paso de tiempo de legitimar y normalizar el poder de enunciación de la «transición al orden».

Al cierre de esta sección y queriendo recuperar el sentido del epígrafe, parece pertinente la huida literaria a la fuente de este, a modo de paráfrasis. La idea de que “La nostalgia del orden total no necesita de la vida” proviene de una compilación de ensayos literarios de W.G. Sebald sobre la literatura austriaca titulado *La descripción de la Infelicidad* (literatura que, por cierto, para él tendría como común denominador la “infelicidad del sujeto que escribe”<sup>114</sup>). El ensayo en particular del que proviene la frase es aquel titulado «*Summa Scientiae*». *Sistema y crítica del sistema en Elias Canetti*, en el que Sebald rescata además una frase de Nobel de Literatura nacido en Bulgaria que pareciera adecuarse perfectamente a la psicopatía del «orden» pinochetista: “Nada debe vivir donde no se le ha permitido. El orden es un pequeño desierto, por sí mismo creado”<sup>115</sup>. La vida en el sistema del «orden» es únicamente la que éste permite desplegar<sup>116</sup>, y entiéndase aquí por vida un sentido que rebasa la mera existencia

---

hubiese sido imposible en el esquema de 26 senadores electos y 10 designados. Pero sobre la base de un costo: perdió fuerza para emprender la negación radical, desde la experiencia de un gobierno condenado a la ineficiencia, de un orden constitucional generador de ingobernabilidad”. Véase Moulian, *Chile Actual: anatomía de un mito*, P. 354-357

<sup>114</sup> SEBALD, Winfried Georg., *Pútrida Patria. Ensayos sobre literatura*, Editorial Anagrama, 2005, Barcelona. Traducción de Miguel Sáenz. P. 11

<sup>115</sup> SEBALD, *Pútrida Patria*, P. 63-64. [Cita original en CANETTI, Elias, *Aufzeichnungen 1949-1960*, (Apuntes) Munich, 1970, P. 82

<sup>116</sup> Otra lectura –que rima con la sebardiana– sería que el «orden», a través de la intrínseca moral neoliberal que anida y que consigue abrochar con una vocación de permanencia en el tiempo a través de una forma institucional que impide cualquier paso en contrario sucesivo, se enmarcaría en dos niveles complementarios de paternalismo: primero, como un «paternalismo volitivo» “–que cabría denominar inmediato, cuando no tiránico o dictatorial, y que sería un paternalismo orientado a objetos de deseo–forzaría a los miembros de una comunidad a desear determinadas cosas o comportamientos críticos”; en tanto que en seguidamente, a través de la normalización del *ethos* provisto por el orden (trasvasado a la

biológica del cuerpo humano, comprendiendo también al potencial producto de la existencia humana en el mundo. Imposibilitada la agencia, no hay vida permitida. La crónica anunciada por Habermas de la «colonización del mundo de la vida» por parte del Sistema.

### 3. «TRANSICIÓN A LA DEMOCRACIA»

*Si llegan a gobernar los adversarios, se vean constreñidos a seguir una acción no tan distinta a la que uno mismo anhelaría, porque –valga la metáfora– el margen de alternativas que la cancha imponga de hecho a quienes juegan en ella, sea lo suficientemente reducido para hacer extremadamente difícil lo contrario.*

JAIME GUZMÁN, *El camino político*<sup>117</sup>

Se le menciona comúnmente como «la transición», a secas. Así se le ha conocido a este relato y dentro del imaginario social compartido de la sociedad chilena es probablemente al único de ellos al cual, inequívocamente, se le menciona y se le retiene en la memoria colectiva identificándole como «transición», con lo cual, la

---

«transición a la democracia» y al sucesivo imaginario social) arribaríamos a una forma de paternalismo de mayor complejidad argumentativa y por ello más potente, que denominaríamos siguiendo a Carlos Thiebaut como «paternalismo crítico» “que supone que determinadas formas de coerción, por ejemplo por medio de contenidos educativos dados o por medio de la generalización de un mejor nivel de estudios, puede suministrar formas de vida preferibles a la de hecho vivida”, con lo cual esta forma de coerción desplegado por el modo de vida hegemonícamente alentado por el «orden», con el tiempo «normalizado», argumentaría ir en “favor de los intereses críticos de las personas” (y donde, siguiendo a Dworkin, entenderemos que estamos frente a un «interés crítico» si el bienestar de las personas “se incrementa sólo cuando se tienen o se alcanzan aquellas cosas que se debieran querer, es decir, de aquellas consecuciones o experiencias que de no ser deseadas harían la vida peor”) aunque, como dice Thiebaut, “con independencia de la conciencia de los mismos (*bienes alcanzados*) que los sujetos pudieran tener”. Véase THIEBAUT, Carlos, *Vindicación del ciudadano, un sujeto reflexivo en una sociedad compleja*, Ediciones Paidós Ibérica, 1998, Barcelona. P. 238-239 (el paréntesis en cursiva es mío) y DWORKIN, Ronald, *La comunidad liberal*, Siglo del Hombre Editores-Universidad de los Andes, 1996, Bogotá.

<sup>117</sup> GUZMÁN, Jaime, “El camino político”, en *Revista Realidad*, Año 1, N°7, Diciembre 1979, Santiago de Chile, P. 13-23

normal evocación a este término sin adjetivos nos traslada directamente a la idea del camino seguido para la conquista de la democracia. La presencia avasalladora de la, en teoría, noble empresa (transversalmente celebrada) de conquistar la “democracia”, disimula o encubre sin embargo la fragilidad y las tensión intrínsecas que una reflexión más reposada nos puede arrojar a la democracia de hecho conquistada en tensión con una idea más abstracta de democracia, que para nosotros debiera ir mucho más allá de conjugar una pura realidad procedimental que es a lo que cognoscitivamente ha quedado reducida y cuya hipotecada sustantividad ha parecido tener por correlato la huida como adjetivante de esta transición («transición a la democracia») quedando su solitaria enunciación («la transición») liberada de la presión que impondría la remisión al potencial que de la idea de democracia emana.

La fragilidad, relatividad e incertidumbre respecto de esta idea de transición se manifiesta a su vez en la (in)determinación de sus fronteras espaciotemporales, teniendo este aspecto una estrecha vinculación, según propondremos, con el desencuentro, por un lado, entre la postura referida a las exigencias planteadas por la sociedad respecto a la manera de corporeizar o significar a la democracia dentro de la estructura social, como una dimensión en la que, idealmente, la política no sería una actividad en exclusiva desarrollada por los políticos profesionales, sino que sería un ámbito común de la ciudadanía que estaría estrechamente ligada a la definición de lo social desde lo social y en una relación de equilibrio en el juego de poderes en constante tensión disputado con el rol desempeñado por el mercado; y, por el otro lado, el remedo de democracia que efectivamente se comenzó a experimentar, concebida la democracia unidimensionalmente como un mecanismo procedimental, en la que desde temprano lo político y lo social quedaron disociados como ha sido la tónica en la tradición liberal chilena (nada más basta recordar como en tiempos de la “cuestión social” las soluciones ideadas por la clase política consistieron en acuerdos políticos que no condujeron sino que a una tibia reorganización interior de aquella esfera –presidencialismo en vez de parlamentarismo– sin tener alcances reales respecto a los problemas sociales que asolaban al país por aquel entonces), quedando el fenómeno de la acción política en manos de una “renovada” clase política profesional desprovista de auténtica agencia y atada de manos en razón de las trampas constitucionales para operar una transformación estructural desde sí, en tanto que lo social, con su tejido desarticulado y atomizado por la institucionalidad del «orden», quedó simple y completamente desprovista de

capacidad de agencia ciudadana, quedando en definitiva, tanto la esfera política como la social, subordinadas en la estructura social a los dictámenes que la esfera económica, determinada en lo medular por el capital financiero estructurado en un marco de completa apertura y desregulación del mercado<sup>118</sup>.

### 3.1. DEMOCRACIA COMO «AUSENCIA DE DICTADOR»

Siguiendo esta propuesta, a medida de que la ciudadanía ha ido madurando desde la propia (in)experiencia, en primera persona, de su comprensión acerca de lo que entiende por «democracia» (a menudo como una idea más elevada y, por lo mismo, alejada de aquella que directamente experimenta), tal reflexión se vuelve eminentemente melancólica<sup>119</sup>, determinando un rasgo de resentida opacidad —es nuestra sospecha— ante la evidencia de cuan mezquina ha sido la idea de «transición a la democracia» significándose únicamente como aquel acto institucional inmediatamente resuelto en el cambio de mando de la dictadura militar encarnada por la jefatura de Pinochet a la jefatura presidencial Patricio Aylwin, escogido por el voto de los ciudadanos. En dicha posición predominante yace inscrita una minimalista consideración de la «democracia» como una cuestión meramente procedimental y sustentada en la existencia de elecciones regulares y periódicas, y encima, como ya lo analizaba el sociólogo Manuel Antonio Garretón, doblemente minimizada al

---

<sup>118</sup> La ilustración de la democracia efectivamente desarrollada responde a la caracterización que Manuel Garretón hace del modelo neoliberal, advirtiendo las modalidades con las cuales se implementó en América Latina, detallando el carácter residual y subordinado que acaban por ocupar las esferas de lo político y lo social respecto a la economía, que en su particular fase del capitalismo caracterizada por el predominio del capital financiero está informada por la ideología neoliberal. Esta transformación que Garretón subraya se puso en marcha en la generalidad de América Latina fundamentalmente desde los 90 a través del Consenso de Washington, fue premonitoriamente instaurada en Chile, como piloto, desde los 70, al alero del shock que entre crudeza militar y Chicago boys ensamblaron, refrendándose precisamente en desde comienzos desde los 90 con la inclinación político, social y económica que adoptaron en democracia los gobiernos de la Concertación, como se verá. Véase GARRETÓN, Manuel Antonio, *Neoliberalismo corregido y progresismo limitado. Los gobiernos de la Concertación en Chile, 1990-2010*, Editorial ARCIS-CLACSO, 2012, Santiago de Chile. P. 30

<sup>119</sup> Entendiendo por melancolía a “la llamada de la imaginación a ver el mundo como una historia de posibilidades y es la tristeza de su no cumplimiento. No es, pues, una forma de enfermedad, sino la identidad misma de los seres de la frontera” Véase BRONCANO, Fernando, *La melancolía del Ciborg*, Editorial Herder, 2009, Barcelona. P. 177

instrumentalizarse la democracia como forma de organizar el poder político y social, destinado a separar estas esferas y subordinarles al poder económico.

Esta madurada perspectiva, forjada por la experiencia, no era precisamente la que estaba acendrada en los albores de la «transición a la democracia», pues ciertamente, por aquel entonces, la sola idea de sustituir al dictador por un presidente elegido por sufragio universal se bastaba a sí misma para ser suficientemente auspiciosa, pese a desatender la sustantividad y multiplicidad de alcances con los cuales puede significarse la idea de democracia, en la medida de que, al calor de los acontecimientos, su significado parecía definirse únicamente atendiendo a la precariedad y menesterosidad propias de la urgencia de las horas bajas, en las que resultaba suficiente caracterizar a la democracia como «ausencia de dictadura» (o inclusive, solamente, como «ausencia del dictador»), con lo que poco importaba que el curso democrático definido por la Constitución y las leyes estuviese plagado de cerrojos en su sala de máquinas que neutralizasen la efectiva agencia política de la ciudadanía por medio de una serie de instituciones antidemocráticas<sup>120</sup> tales como la existencia de un número importante de senadores designados que vulneraban la supuesta representación popular del poder legislativo; un sistema electoral binominal mayoritario cuidadosamente diseñado para vulnerar la representatividad popular con el afán de privilegiar un forzado y excluyente equilibrio de fuerzas políticas en el Congreso traducido en la imposibilidad de operar cambios legislativos sustantivos atendidos los altísimos quórum de aprobación, prácticamente inalcanzables, requeridos para las leyes que desarrollan el contenido dogmático de la Constitución como es el caso de las Leyes Orgánicas Constitucionales —otra de las instituciones antidemocráticas—, que en la mayoría de los casos han quedaron atadas a la legislación que se les dio en dictadura por medio de la Junta Militar actuando como poder legislativo.

---

<sup>120</sup> Estas que denominamos «instituciones antidemocráticas» permitían bautizar a la democracia chilena con el eufemismo de «democracia protegida», pues de acuerdo al pensamiento de sus creadores (entre quienes contamos, cómo no, a Jaime Guzmán) estas instituciones se encargaban de «tutelar» o «proteger» a la democracia, frente a lo cual rápidamente se nos vienen a la mente un par de preguntas: ¿tutelar o proteger la democracia respecto de que o de quien(es)? (parece que de la misma ciudadanía teóricamente soberana en una democracia, pues se hizo precisamente todo lo que estuviera al alcance para neutralizar su agencia); ¿Tutelar o proteger la democracia, o más bien al «orden», obra de la dictadura? (pareciera que para proteger al «orden» dictatorial legado, que con su pseudo-legitimación aspiraba a blanquearse y llamarse democracia).

A falta de mencionar varias más de estas instituciones antidemocráticas<sup>121</sup>, y a pesar –todas ellas– de entorpecer seriamente el funcionamiento y significación de esta democracia en un sentido más sustantivo, hay que decir que su cuestionamiento, cuando este apenas lograba emerger a la superficie, acababa de todas maneras por languidecer ante la novedad marcada por la ausencia del dictador en adiciónn a la inexperiencia generalizada y compartida de la ciudadanía respecto a la nueva coexistencia democrática.

La estrategia comunicativa de personificar la dictadura en la figura de Pinochet, determinaba que su caída (sólo parcial, pues seguiría al mando de las fuerzas armadas por otros 8 años para posteriormente ingresar al senado en calidad de senador vitalicio) estuviese teñida de una algarabía social sin igual y de unas energías utópicas concebidas bajo el inocente pensamiento de que el futuro se extendería como un horizonte abierto en ausencia del dictador.

### 3.2. «LA ALEGRÍA YA VIENE», UN EDULCORADO SOPORÍFERO

La retórica de la candidez frente al porvenir había sido inoculada por el conocido, archi-difundido y pegajoso eslogan de «La alegría ya viene», la icónica campaña de publicidad política de la opción «NO» para el plebiscito de 1988 que ofrecía por medio de su simbólico arcoíris y su colorido despliegue de imágenes, como buen producto publicitario de *marketing* que era, una alegría de premeditada indeterminación, pero que, no obstante, aparecía prometedoramente al alcance de la mano. La estrategia comunicacional de la opción «NO» se fundaba decididamente en la esperanza depositada en el futuro, a la par que evitaba las reminiscencias al pasado aludiendo a él como algo de lo cual solo cabía huir, identificando al futuro con la idea de una “alegría” venidera tan sugerentemente embobante que poco importaba la definición de un proyecto político que en efecto proveyera de un camino tendiente a la

---

<sup>121</sup> Ya hemos ido dando cuenta, dispersamente, de varios de estos enclaves, pero bien vale la pena ser majadero en reiterarles: altísimo quórum para la reforma constitucional (virtualmente inalcanzable si en lugar de considerarse aisladamente, se piensa con el condicionamiento del binominal), prácticamente inexistentes mecanismos de democracia directa como la convocatoria a plebiscitos ciudadanos, inicial imposibilidad del Presidente para remover y nombrar a los jefes de las fuerzas armadas, excesivas facultades entregadas al Tribunal Constitucional, composición del Consejo de Seguridad Nacional, etc.



conquista de aquella alegría cuyo único sustento real radicaba en la posibilidad de reemplazar a Pinochet. La estrategia de encantar a la ciudadanía con la imagen de un futuro luminoso (cuya luz cegadora encandilaba la vista respecto a la ausencia de un proyecto político) era a la vez una hábil manera de dejar atrás todo pasado, tanto el dictatorial como el del fracasado intento socialista<sup>122</sup>. La retórica de «la alegría ya viene» se bastaba suficientemente para cautivar a una ciudadanía habituada a la pesadumbre de largos años de denso gris, con lo cual la referencia detallada respecto a la conquista de la alegría configuraba una omisión planteada sagazmente por los líderes políticos de la «Concertación de Partidos por la Democracia», la coalición política de centroizquierda mejor conocida como «Concertación», con cuyos personeros el paso del tiempo había sido hasta hace poco altamente benévolo, permitiendo el olvido del pasado que pudiese resultarles incómodo y encumbrándoles como los principales promotores del porvenir democrático de Chile<sup>123</sup>.

La dispersión de la promesa de «la alegría ya viene» se diluiría y apagaría progresivamente, empequeñecida en los hechos por la efectividad del diseño de la «democracia tutelada», que determinó una tímida y pragmatista agencia por parte de los operadores políticos de la Concertación que, con los pies bien puestos en la tierra (probablemente al punto de dejarles enterrados, sin movilidad alguna) darían lugar a que las ideas rectoras de la contingencia política fueran las de «democracia de consensos» y de la «justicia en la medida de lo posible»<sup>124</sup>, engendrando con el pasar de los años en la ciudadanía el cinismo de la lógica del «mal menor»<sup>125</sup>.

---

<sup>122</sup> La discusión referida a la apuesta por el futuro en desmedro del recurso al pasado como argumento de la campaña del NO podría ser considerado como el meollo de la película de Ricardo Larraín, “No” que rememora la gesta del plebiscito de 1988. Es interesante apreciar desde el filme como esta campaña que parecía condenada al fracaso por desenvolverse en un ambiente político de hostilidad que daba preeminencia a la campaña del SI logró articularse de un modo netamente instrumental atendiendo al objetivo coyuntural de vencer, a costo de dejar de lado y sin voz a toda reminiscencia al pasado con el afán de generar una unidad sin fracturas.

<sup>123</sup> En este tenor de “olvido benévolo”, el caso más simbólico (por no decir tragicómico) es el del Presidente de la transición, Patricio Aylwin, quién varios años antes del detentar el aura de líder de la democracia naciente, tuvo paradójicamente un importante grado de responsabilidad en la conducción entre relatos transicionales, aunque en un sentido totalmente contrario a su efigie de demócrata postdictatorial: inmediatamente un mes antes del Golpe de Estado de Septiembre de 1973, en el ejercicio de su rol de Presidente de la Democracia Cristiana y del Senado había logrado sacar adelante un acuerdo del Congreso Nacional que declaraba la ilegalidad del gobierno de Allende, dando pseudo-legitimidad y alentando con ello a la intervención de las Fuerzas Armadas para establecer el «orden».

<sup>124</sup> Lo que podríamos llamar también la «doctrina Aylwin». Para Salazar, “«la medida de lo posible» era y es un criterio propio del realismo político convencional. Como se sabe se trata de un tipo de realismo que trabaja con un metro corto, mínimo, de escala recortada, que no permite calzar ni medir la profundidad y

La indeterminación de un futuro en el cual la alegría se apreciaba más escurridiza de cómo la pintaba la franja electoral, encubría, como he dicho, la ausencia de un proyecto político propio de la Concertación, imposibilitando la conducción hacia una dimensión sustantiva de aquella alegría prometida. Dicho en otros términos, lo que dicha ausencia de un proyecto político propio hacia era dejar en evidencia el inseparable lazo que unía a la «transición al orden» con la «transición a la democracia» determinando la primera la trayectoria de la segunda, con lo cual aquel enlace bien podría ser metafóricamente visto como el persistente control tras bambalinas de la mano de un titiritero llamado «transición al orden» que imponía la articulación de todos los movimientos de su títere que fácilmente podríamos identificar como la «transición a la democracia». En un sentido todavía más descarnado y desgarrador, impuesto por una perspectiva más fríamente calculadora y aséptica, se podría hacer la operación matemática de simplificar el engarce de ambas transiciones dejando a trasluz como resultado que la narrativa democrática adoptada no sería si no un paso más inscrito en la retórica de la consolidación legitimante del desarrollo programático de la «transición al orden».

### 3.3. LA ÉPICA DE LA «CONQUISTA» DE LA DEMOCRACIA COMO ANTIFAZ DE LA CONSOLIDACIÓN DEL «ORDEN»: DISPOSICIONES TRANSITORIAS DE LA CONSTITUCIÓN Y «PERÍODO DE (DES)GRACIA»

Comprendido en cualquiera de los sentidos dispuestos, es posible apreciar cómo va quedando a trasluz que la democracia, de la manera en la que se instaló, aparece vista al día de hoy, como un acontecimiento más bien ajeno a la difundida épica de su

---

potencialidad histórica de la memoria social (acumulada sobre sí misma en estado de malestar), ni mucho menos prever y contener sus eventuales acciones y movimientos hacia fuera, cuando estos, casi siempre sin aviso, irrumpen en el espacio público (una vez que resuelven su inicial confusión interior)” con lo cual no es capaz de hacer eco de la “escala histórica propia del realismo de la memoria social: lo necesariamente factible, y no lo sistemáticamente posible”. Véase SALAZAR, Gabriel, *La enervante levedad histórica de la clase política civil (Chile, 1900-1973)*, Debate-Random House Mondadori, 2015, Santiago de Chile. P. 112

<sup>125</sup> Por la idea de «mal menor» refiero a la retorcida lógica electoral que, a nuestro entender, se acendró en Chile fundamentalmente en la ciudadanía identificada con las ideas de Izquierda, y que en razón de la neutralización de la agencia política que ha sido propiciada por las trampas constitucionales, ha determinado que, al menos, en las elecciones presidenciales de 1999, 2006 y 2013, en escenarios de balotaje la votación de este electorado se haya redirigido al candidato presidencial de la Concertación o de la Nueva Mayoría, más que por una auténtica convicción, por la prevalencia de la determinación enquistada en evitar el triunfo del candidato presidencial de la derecha política.

«conquista»<sup>126</sup> y, en cambio, más afín a la perspectiva llena de opacidad que le ve como una prolongación del relato del «orden», reconociendo en la «transición a la democracia» no más que una transacción estratégica, realizada en acuerdo a la normativa constitucional y legal, orquestada, en definitiva, por la connivencia de las cúpulas de poder político civil y militar.

Llegados a este momento de perplejidad ocasionado por la pesadumbre de enfrentar la posibilidad de concebir a este relato transicional como una especie de premeditado engaño a la ciudadanía, tendiente a preservar las formas dictatoriales del «orden» bajo la apariencia de un mínimo revestimiento democrático, bien podríamos anticipar que el origen temporal de la idea de la «transición a la democracia» se sitúa en la propia voluntad dictatorial que la regulación procedimental del «orden» había dispuesto por medio de las disposiciones transitorias contenidas en el decreto 3464 que dio origen a la Constitución de 1980. En efecto (y refutando nuevamente la emotividad del tono épico de la «conquista de la democracia» que las cabezas de la Concertación han querido preservar en la memoria colectiva), ya en aquel cuerpo normativo, particularmente entre la vigesimaséptima y vigesimanovena disposiciones, quedaba procedimentalmente dispuesto el mecanismo seguido para la primera elección presidencial por sufragio universal de acuerdo al marco constitucional<sup>127</sup>.

---

<sup>126</sup> Aludo a cierta épica de la conquista de la democracia que ha sido articulada fundamentalmente por los personeros de la Concertación que, en horas bajas -como aquellas acontecidas durante la campaña electoral previa a alguna de las reñidas votaciones en segunda vuelta para resolver la elección presidencial- enfrentan la contradicción de que, siendo una tienda política cuyo estratégica existencia deviene del olvido del pasado en pos de un futuro común, no le quede más opción que la apelación al pasado para seguir existiendo, pasado acomodaticiamente teñido de la épica de una victoria sufrida, lograda mano a mano con la ciudadanía, conformando así el único vínculo emocional consistente que les une.

<sup>127</sup> Las disposiciones transitorias a las que hacemos alusión y que acompañaron al articulado principal de la Constitución de 1980 son las siguientes (los paréntesis en cursiva son nuestros):

VIGESIMASEPTIMA.- Corresponderá a los Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas y al General Director de Carabineros, titulares, proponer al país, por la unanimidad de ellos, sujeto a la ratificación de la ciudadanía (*el plebiscito del «sí y el no» de 1988*), la persona que ocupara el cargo de Presidente de la República en el período presidencial siguiente al referido en la disposición decimotercera transitoria (*que aludía a un período original de 8 años a contar de la vigencia de la constitución*), quien deberá cumplir con los requisitos establecidos en el artículo 25 inciso primero de esta Constitución, sin que le sea aplicable la prohibición de ser reelegido contemplada en el inciso segundo de ese mismo artículo. Con ese objeto se reunirán noventa días antes, a lo menos, de la fecha en que deba cesar en el cargo el que esté en funciones. La designación será comunicada al Presidente de la República, para los efectos de la convocatoria a plebiscito (*la junta militar como ya es sabido, acordó por unanimidad proponer al mismo Pinochet para seguir en el cargo de Presidente*).

En lo medular, la convocatoria del Plebiscito de octubre de 1988 no fue otra cosa que la aplicación de estas disposiciones transitorias, siguiendo el tenor de lo que ellas disponían, aspecto que, en un país caracterizado por detentar una cultura cívica en extremo legalista<sup>128</sup>, fue sinónimo de que, siguiendo el curso normal de la vida

---

Si transcurridas cuarenta y ocho horas de reunidos los Comandantes en Jefe y el General Director señalados en el inciso anterior, no hubiere unanimidad, la proposición se hará de acuerdo con lo prescrito en el inciso segundo de la disposición decimoséptima transitoria y el Consejo de Seguridad Nacional comunicara al Presidente de la República su decisión, para los mismos efectos señalados en el inciso anterior.

El plebiscito deberá efectuarse no antes de treinta ni después de sesenta días de la proposición correspondiente y se llevara a efecto en la forma que disponga la ley.

VIGESIMAOCTAVA.- (Esta disposición transitoria como se verá regulaba la posibilidad de que triunfara la opción SI en el plebiscito, lo cual no aconteció, de modo que esta disposición no tiene mayor trascendencia) Si la ciudadanía a través del plebiscito manifestare su voluntad de aprobar la proposición efectuada de acuerdo con la disposición que precede, el Presidente de la República así elegido, asumirá el cargo el mismo día en que deba cesar el anterior y ejercerá sus funciones por el período indicado en el inciso segundo del artículo 25 y se aplicaran todos los preceptos de la Constitución con las siguientes modalidades:

A.- El Presidente de la República, nueve meses después de asumir el cargo, convocara a elecciones generales de senadores y diputados para integrar el Congreso en la forma dispuesta en la Constitución. La elección tendrá lugar no antes de los treinta ni después de los cuarenta y cinco días siguientes a la convocatoria y se efectuara de acuerdo a la ley orgánica respectiva;

B.- El Congreso Nacional se instalara tres meses después de la convocatoria a elecciones.

Los diputados de éste primer Congreso duraran tres años en sus cargos. Los senadores elegidos por las regiones de número impar durarán, asimismo, tres años y los senadores elegidos por las regiones de número par y región metropolitana, así como los designados, siete años, y

C.- Hasta que entre en funciones el Congreso Nacional, la Junta de Gobierno continuara en el pleno ejercicio de sus atribuciones, y seguirán en vigor las disposiciones transitorias que rigen el período presidencial a que se refiere la disposición decimotercera.

VIGESIMANOVENA.- *(esa fue la disposición transitoria que acabó aplicándose en virtud del triunfo de la opción NO)* Si la ciudadanía no aprobare la proposición sometida a plebiscito a que se refiere la disposición vigesimaséptima transitoria, se entenderá prorrogado de pleno derecho el período presidencial a que se refiere la disposición decimotercera transitoria, continuando en funciones por un año más el Presidente de la República en ejercicio y la Junta de Gobierno *(como efectivamente ocurrió, y con lo cual, pese a la derrota, les concedió un margen importante de tiempo para dejar bien arreglado todo el entramado institucional que legarían a sus sucesores, particularmente en lo referido a la dictación de numerosas Leyes Orgánicas Constitucionales con prescindencia del Congreso, y los acuerdos consensuados por el gobierno y la Concertación para «perfeccionar la democracia» y sometidos a la ratificación de la ciudadanía en el plebiscito de referendum constitucional del 30 de julio de 1989, de «aprueba o rechazo» al paquete de 54 reformas propuestas)*, con arreglo a las disposiciones que los rigen. Vencido éste plazo, tendrán plena vigencia todos los preceptos de la Constitución.

Para éste efecto, noventa días antes de la expiración de la prórroga indicada en el inciso anterior, el Presidente en ejercicio convocara a elección de Presidente de la República y de parlamentarios en conformidad a los preceptos permanentes de esta Constitución y de la ley.

<sup>128</sup> Este aspecto, siempre apuntado, fue destacado por José Luis Cea Egaña como aspecto de base intransable en su análisis pormenorizado del marco jurídico-político del Plebiscito de 1988. Véase CEA EGAÑA, José Luis, “El marco jurídico-político del plebiscito de 1988”, en *Revista de Ciencia Política*,

constitucional y legal, dicha observancia de las disposiciones transitorias por parte de gobierno y oposición sirviera por equivalencia para explicar el advenimiento de la democracia, más allá incluso de que el resultado puntual arrojado por el plebiscito resultase ser adverso al interés personal de la figura de Pinochet en cuanto a perpetuarse en la primera magistratura<sup>129</sup>. Otra cosa es que el relato épico de la «conquista democrática», sustentado en el rechazo electoral del pueblo a la continuidad de Pinochet en el cargo de Presidente, se haya vuelto sinónimo de «transición a la democracia», aprovechando la tendencia a la hiper-personificación de la dictadura en la figura del General, haciendo perder de vista que la democracia es algo más (¡y cuanto más!) que la sola ausencia del dictador.

Relativizar la épica de la «conquista de la democracia» propia de la narrativa transicional orquestada por el mundo político en razón de la preexistencia de un itinerario procedimental de diseño institucional establecido para tal objeto, puede resultar, a primera vista, dolorosamente injusto y ofensivo respecto de la masiva participación electoral de la ciudadanía inclinada por la opción NO, que con gallardía vencía el miedo inoculado por largos años de sometimiento a la dictadura. No es mi intención resaltar estas condiciones procedimentales que allanaron el camino a la transición a modo de desconocer la valentía de quienes pusieron en riesgo sus vidas por recobrar la democracia: dicho esto quisiera agregar que la valentía de la ciudadanía no solo se había expresado en la gesta electoral del plebiscito, sino que también (y probablemente de una manera todavía más audaz) durante el camino que allanó el terreno a la posibilidad factual del plebiscito y la transición, a propósito de la inestabilidad institucional que propiciaron las 22 jornadas nacionales de protesta que se sucedieron entre 1983 y 1987<sup>130</sup>. Dicho lo anterior, no hay en la relativización de la idea

---

*Universidad Católica de Chile*, Vol. IX - Nº 2 - 1987 y Vol. X – Nº 1 – 1988, Santiago de Chile. Disponible en sitio web:

<http://www7.uc.cl/icp/revista/pdf/rev101/ar5.pdf>

<sup>129</sup> De hecho, para Tomás Moulian, “la obstinación de Pinochet por ser candidato ocultó la naturaleza del «enjeu», de lo que verdaderamente estaba en juego. Y lo que estaba en juego era que después de ganar había que gobernar con un poder decisorio atomizado, ya que se situaba en varias partes, estaba relocalizado y estaba debilitado por los contrabalances, bloqueado por el veto de minoría que imponían los senadores designados” Véase MOULIAN, Tomás, *Chile actual: anatomía de un mito*, Universidad ARCIS, Lom Ediciones, 1997, Santiago de Chile. P. 344

<sup>130</sup> Estas 22 jornadas de protesta que han sido conocidas bajo el nombre de “la revuelta de los pobladores”, han sido a consideración de Salazar “el hecho de violencia política popular que determinó la apertura del gobierno del general Pinochet hacia el frente mesocrático, giro por el cual cedió a la clase media la carta clave en el naipes político de la retirada militar: la conducción aparente de la transición a, y

de la épica de la recuperación de la democracia un ánimo de minusvalorar la gesta electoral del plebiscito de 1988 y mucho menos a la valiente participación ciudadana en ella acontecida, sino que, atendido el rumbo que ha acabado perfilando la democracia chilena, nos parece que lo que realmente queda en evidencia más que un trato injusto o falta de consideración por parte mía respecto de la ciudadanía y su gallardía es, por el contrario, la desconsideración pero de parte de la Concertación y en general, de toda la clase política profesional, respecto de la ciudadanía al haberse valido instrumentalmente de sus acciones, de su movilización y efervescencia liberada del miedo, para acabar relegándole fuera de la conducción política del proceso de la «transición a la democracia», dejándole reducida a ser no más que una nota marginal dentro del relato fundante de la «transición al orden».

La culminación de la sustracción de la ciudadanía del proceso transicional a manos de la cúpula política de la Concertación tuvo su manifestación mayor en la «inevitable» negociación constitucional<sup>131</sup> a que dio pie el período de (des)gracia, durante el cual se mantuvo en vigor el gobierno dictatorial, referido al intervalo de

---

del funcionamiento de, la democracia liberal diseñada por este gobierno”. Con ello, “el balance general de las protestas fue, para el movimiento VPP, paradójico: de un lado, con ellas abrió una decisiva brecha psicológica y política en el flanco popular de la dictadura; pero, de otro, perdió la batalla de ‘la transición’ en el segundo frente (el de la negociación), encogido por la inercia VPP, empantanado por las tácticas distractoras del estamento militar, desarmado por la compulsión parlamentarista de su aliado mesocrático, y formalmente superado en los mismos umbrales de la eventual ‘democracia’. A su costa, pues, había aprendido que, a veces, la retirada de un abominado dictador liberal se paga con la mantención del sistema liberal legado por aquél”. Véase Salazar, *La violencia política popular en las “Grandes Alamedas”*, P. 295-304. Una tesis distinta a la de Salazar respecto a la importancia de las “revueltas de los pobladores” correspondería a aquella que en palabras de este autor se identificarían por considerar “que toda forma de violencia política popular era extemporánea e inútil, razón por la que se condenó la orientación revolucionaria de las jornadas populares de protesta del período 1983-1987”. Véase Salazar, *La violencia política popular en las “Grandes Alamedas”*, P. 10, en referencia a MOULIAN, Tomás, “¿Historicismo o esencialismo?” (crítica al libro de Gabriel Salazar: *Violencia política popular en las ‘grandes alamedas’*), en *Proposiciones*, N°20, Ediciones SUR, 1991, Santiago de Chile.

<sup>131</sup> Le calificamos de «inevitable» a la negociación constitucional de 1989, siguiendo la lógica descrita por Tomás Moulian, en el sentido de que era fácil prever la ocurrencia de estas negociaciones fundamentalmente a instancias de la propia Concertación atendido que, originalmente en la Constitución de 1980 era más fácil “introducir cambios durante el período llamado de transición que durante el período de plena vigencia del cuerpo legal. Antes del término del mandato de Pinochet, la Constitución podía ser reformada cumpliendo dos procedimientos: el acuerdo de la Junta a una proposición de reforma proveniente del Ejecutivo y la ratificación plebiscitaria. Después se requerirían quórum especiales en el Parlamento y en algunos casos la aprobación de dos legislaturas (...) con lo cual la Concertación, colocada ya ante la esperanza de gobernar, enfrentaba una negociación inevitable. Dadas las condiciones, el costo de no negociar era más alto que el costo de la negociación más mala. Con el número de senadores designados que preveía la constitución original, a la Concertación le resultaría muy difícil, aun con un sistema electoral favorable, alcanzar la doble mayoría. Entonces, gobernar se convertiría, pasado el placer orgásmico de la victoria, en un dificultoso caminar entre dunas”. Véase Moulian, *Chile actual: anatomía de un mito*, P. 354-355

tiempo acontecido entre el triunfo del NO en octubre de 1988 y el restablecimiento de la democracia por la vía del “cambio de mando” acontecido el 11 de marzo de 1990.

Lo que en definitiva se alcanzó en aquella negociación constitucional de 1989, a través del consenso entre gobierno y Concertación (sin olvidar la providencial intermediación de Renovación Nacional<sup>132</sup>), en el cual ambos bandos confluían en dar su total apoyo a la opción plebiscitaria de aceptación al paquete de reformas que, en palabras de unos y otros, «perfeccionarían la democracia chilena»<sup>133</sup>, fue que, más allá de las particularidades de los aspectos normativos modificados, dejó sentadas las bases del devenir de la agencia política de la Concertación bajo la denominada forma de la «democracia de acuerdos», mediante la cual la acción política real transcurría a nivel de unas cúpulas partidistas peligrosamente separadas de la ciudadanía, cuya agencia consistía, a grosso modo, en el arriesgado juego de hacer lo que el pueblo supuestamente le demandaba (y que en este caso –y otros muchos futuros– equivaldría más bien a hacer aquello que *obstinadamente decidieron creer* como demanda del pueblo), con lo cual básicamente se produjo el bautismal efecto sobre el pecado original constitucional referido a que “las reformas blanquearon a la Constitución, sin hacerle perder eficacia a los mecanismos de resguardo”<sup>134</sup> de tal manera que estos cambios “estuvieron destinados, más que nada, a garantizar la gobernabilidad futura, purificando para ello la Constitución, limándole aristas, extrayéndole las disposiciones más cavernarias. Todo esto para dejar intactas las instituciones que aseguraban el veto

---

<sup>132</sup> Para Moulian, “la negociación efectiva fue la desarrollada entre el gobierno militar y Renovación Nacional. Este partido se jugó por una estrategia que, tras una discursividad democrática, lo que hizo fue llevar hasta sus últimas consecuencias la operación transformista (...) Estamos ante una derecha que, aprovechando la coyuntura en la cual la Concertación necesitaba negociar, estuvo dispuesta a realizar una mediación activa. Pero lo hizo, como los hechos posteriores se han encargado de demostrarlo, para impedir que los resguardos y protecciones excesivas deslegitimaran al Estado. Su objetivo real era eliminar las sobreprotecciones, para evitar (como lo advierte el refrán popular) que el exceso de cuidados terminara por matar al paciente”. Véase Moulian, *Chile actual: anatomía de un mito*, P. 355

<sup>133</sup> En donde el sentido de «perfeccionamiento de la democracia» bien pareciera comprenderse como la agudización de la «democracia protegida» guzmaniana, puesto que básicamente, la negociación que se entraba aquí fue por parte del gobierno, sacrificar el infame Art. 8 de la Constitución que había proscrito a los partidos políticos “con ideas totalizantes de la sociedad”, entendiendo por ellos fundamentalmente a los que articularan doctrinas marxistas, entendiendo a este artículo en jerga de Fernando Atria como un “cerrojo ya quemado”, obteniendo a cambio el recrudescimiento de los quórum de reforma constitucional de materias importantes, tornando aun más pétrea la naturaleza de la Constitución.

<sup>134</sup> Moulian, *Chile actual: anatomía de un mito*, P. 355

minoritario y la imposibilidad de reformas no consensuadas tanto del sistema político como del modelo socioeconómico”<sup>135</sup>.

El precio a pagar por esta negociación así como la fijación de las coordenadas de la agencia política por estos estrechos derroteros se nos ha revelado hacia el presente como un coste absolutamente oneroso: a cambio de la obtención de unas reformas que podemos observar como “migajas”, tales como la eliminación del nefasto Artículo 8 de la Constitución y algunos cambios en la composición del Senado que le permitirían colocarse próximos a ser mayoría, la Concertación “perdió fuerza para emprender la negación radical, desde la experiencia de un gobierno condenado a la ineficiencia, de un orden constitucional generador de ingobernabilidad. Con ello se condenó a ser nada más que gestor del orden social heredado de Pinochet. Entregó la última de las hachas de guerra, la lucha anticonstitucional para demostrar que la mantención de esa normativa política conducía al caos. Que con ella no había consenso ni paz social”<sup>136</sup>. El mismo Pinochet tenía bien claro los alcances políticos que, hacia el porvenir, acarrearía esta negociación y su refrendación ciudadana, pues, tras la jornada electoral plebiscitaria del 29 de Junio de 1989, afirmaría que la aplastante aprobación ciudadana (más de un 91%, con un 93% de participación del electorado) al paquete de reformas constituía una suerte de “segunda ocasión” (aunque ciertamente en un sentido mucho más poderoso y puro) en la que, mayoritariamente, el país ratificaba la obra constitucional de 1980, aludiendo como primera ocasión de ello al Plebiscito de 1980 que fue el mecanismo formal con el que entró en vigencia la Constitución de 1980, que sabido es, ha estado siempre rodeado de un halo de ilegitimidad social al haberse producido de una manera absolutamente viciada.

La ausencia de un auténtico proyecto político dispuesto hacia el porvenir que rebasara los retos de la inmediatez coyuntural, marcó desde aquél entonces el *ethos* concertacionista, lo que se tradujo en la actitud de entrar a jugar a la cancha sabiéndose derrotado de antemano. De allí que desde esta negociación y plebiscito de 1989 (esmeradamente sepultados por la memoria concertacionista bajo la luminiscencia del triunfo electoral de 19, Chile actual: anatomía de un mito 88 y el simbólico cambio de mando del 11 de marzo de 1990) el carácter inconfundible de la «transición a la

---

<sup>135</sup> Moulian, *Chile actual: anatomía de un mito*, P. 356

<sup>136</sup> Moulian, *Chile actual: anatomía de un mito*, P. 357



democracia» haya quedado determinado por su condición «gatopardista»: aquella de que todo parece cambiar aun cuando, verdaderamente, todo sigue igual.

## POSTRIMERÍAS A LOS RELATOS TRANSICIONALES

### 1. POSTPINOCHETISMO, ¿Y LA DEMOCRACIA CUÁNDO?

Cuanto se ha relatado hasta el momento respecto a la puesta en escena programática del relato transicional ocupado por la «democracia» refiere a aquello que suele calificarse estrictamente como su período institucionalizado. El problema que nos ocupará en lo venidero, en aquella franja temporal que se extiende hasta el presente es, compartiendo las palabras de Manuel Antonio Garretón, que tras la «transición a la democracia» estaríamos enfrente de “una sociedad postpinochetista y no de una sociedad plenamente democrática, desarrollada ni moderna”<sup>137</sup>.

La «democracia» obtenida (y que se nos ha hecho creer en forma retórica que conquistamos), con su carácter eminentemente «procedimental» (pues, ciertamente, su funcionamiento ha estado determinado, como sistema de orden que es, por el cumplimiento de las reglas del juego provistas por la Constitución y las leyes, empecinadas en su carácter orgánico referido a la instauración de las reglas para la sucesión de elecciones periódicas de los representantes políticos), pasados ya más de 25 años, podemos decir que ha permanecido prácticamente empantanada en aquella naturaleza o manera de ser, resultando totalmente deficitaria e inaprensible para una

---

<sup>137</sup> Continúa Garretón caracterizando el tiempo presente más por su pervivencia a los anclajes dictatoriales que a los cambios acarreados por la «transición» de la siguiente manera: “Sociedad o época postpinochetista o postdictadura o, incluso, postdemocratización, si se quiere, en el doble sentido: post, porque ya no es ni la dictadura ni el régimen de Pinochet lo que rige el país, en la medida en que llevamos dieciséis años de vida democrática. Pero el calificativo ‘pinochetista’ indica que ni el régimen ni la sociedad se han sacudido de la presencia, en su institucionalidad y en rasgos fundamentales de su vida social, de los legados de aquella época infame. Y de ello es especial expresión la institucionalidad heredada, partiendo por su Constitución. Y si bien es cierto que hay dinámicas y actores que antes se identificaron con ese pasado y que hoy han roto con él, como país no hemos dado el salto hacia otra época” GARRETÓN, Manuel Antonio, *Del Postpinochetismo a la sociedad democrática. Globalización y política en el bicentenario*, Debate-Random House Mondadori, 2006, Santiago de Chile. P. 11. Más recientemente, en el análisis a los gobiernos de la Concertación, Garretón ha suavizado el eufemismo para denominar al período como de «neoliberalismo corregido, progresismo limitado». Véase Garretón, *Neoliberalismo corregido, progresismo limitado*.

ciudadanía que ya, suficientemente distanciada del aturdimiento y temerosa pasividad a la que le condicionaba la proximidad a la época dictatorial de los primeros años de democracia, le exige más canales de participación en pos de conquistar una democracia que definida en términos sustantivos, es menos una realidad procedimental que una realidad aprehensible definida por los propios actores sociales.

El estancamiento de las formas democráticas aunado a los murmullos sin respuesta que las exigencias ciudadanas suponen, dejan al descubierto un escenario de total divorcio entre la política y la sociedad, diagnóstico claramente evidenciado por las magras cifras que los sondeos –cada vez de manera más sostenida– arrojan respecto a los índices de aprobación que los ciudadanos dan a los gobiernos y a la gestión general de la clase política, a todo lo cual, consiguientemente, se suma una respuesta de habitual indiferencia de esta reprobada clase política, que salvo algunas excepciones discursivas de mala conciencia, manifestadas a través de algunos autoflagelantes *mea culpa*, demuestran un comportamiento siempre displicente de la clase política, afianzada en que, más allá de lo que digan las encuestas, nada cambia respecto a su control del juego político.

Dicha escisión entre política y ciudadanía ha echado raíces provocado una cierta ambivalencia discursiva consistente en que, por un lado, no resulte para nada extraño percatarse del descreimiento en el discurso de un amplio sector de la ciudadanía chilena incrustado en la apática voz de que “la política no me ha dado ni quitado nada”, quedando en evidencia el desencanto ciudadano respecto a la preocupación por los asuntos públicos y una vida política observada como ajena a un ámbito del cual está marginado, mientras que de otro lado, la misma ciudadanía chilena, tomándole seriamente el peso a su autoimagen ciudadana, manifiesta reiteradamente su aspiración por alcanzar unos niveles mayores de participación en el horizonte de las definiciones, a la vez que manifiesta su malestar respecto del ser de algunas instituciones con las que su cotidianeidad se ve envuelta, condicionadas por los cerrojos políticos dictatoriales de la ideología del «orden» (dejando en evidencia la falacia que entraña la idea de que “la política no da ni quita nada”, que queda al descubierto como reflejo de todo lo que, en efecto, la política le ha quitado a la ciudadanía chilena), cuyo rechazo ha sido articulado, sin ir más lejos, por medio del ejemplar movimiento social por la educación, que en su reclamo ha hecho evidente sus exigencias emancipatorias por una auténtica democratización más allá de las fronteras de la discusión educacional.

En este disenso entre la democracia postpinochetista realmente existente y las mayores exigencias democratizantes que la ciudadanía lleva expresando crecientemente desde el arribo institucional del sistema democrático, queda de manifiesto cuán lejos de estar cerrado permanece el debate en torno a la autenticidad de la «transición a la democracia». La sospecha por la indeterminación espaciotemporal de la «transición a la democracia», atendidas las mayores exigencias que respecto a una verdadera democracia se esgrimen, puede llevar a dos planos de escepticismo tan radicalmente opuestos como a la vez sensatos, referidos a creer, por un lado, que la «transición a la democracia», bajo su condición fallida permanecería inconclusa, o bien, por el otro lado (y de un escepticismo aun más radical), que jamás habría acontecido tal transición, pues el período de postdictadura no sería más que una etapa de continuación y consolidación dentro del plan estratégico de aquello que denominamos como «transición al orden».

El blando terreno, esencialmente discutible, de los alcances espaciotemporales de esta transición, no tiene aquí por objeto invitar al extravío en tales disquisiciones, sino que más bien tiene el objetivo de presentar una aproximación a la retórica democrática postpinochetista, y su papel en la consolidación de un determinado imaginario social que, a su vez, por su prolongado período de sedimentación, ha incidido poderosamente en una cierta uniformidad de criterios en el proceso de individuación, entendiendo por tal a aquel proceso por medio del cual se han definido varios rasgos compartidos por la subjetividad de los chilenos.

### 1.1. GATOPARDISMO INSTITUCIONAL: TODO CAMBIA PARA QUE NADA CAMBIE

Se ha caracterizado al relato de la «transición a la democracia» y su derivada democracia postpinochetista como una operación eminentemente «gatopardista» y será precisamente sobre dicha caracterización que habrán de pivotar los alcances interpretativos que esta narrativa ha producido. Como una operación de simulacro, sigilosamente sincronizada con la soberbia del relato del «fin de la historia»<sup>138</sup> que estaba fuertemente arraigándose en occidente tras el derrumbe de los «socialismos

---

<sup>138</sup> Véase FUKUYAMA, Francis, *El fin de la historia y el último hombre*, Editorial Planeta, 1992, Barcelona. Traducción de P. Elías.

reales» y el final de la guerra fría, la idea liberal de «democracia» había retornado resplandeciente prometiendo dejar atrás las tinieblas dictatoriales y, todavía más profundamente sepultada –por fuerza del traumático terror inoculado por la dictadura–, cualquiera intención de refundar la democracia sobre los roídos cimientos del viejo sistema político del período 1925-1973, en el que, como se ha explicado someramente a través del repaso historicista a través del devenir del desarrollismo chileno, en su etapa cúlmen de populismo, toda la sociedad parecía tener algún tipo de militancia y estar politizada, atendido el peligro de una eventual nueva hipertrofia que dejara servida la posibilidad de reiteración de una nueva experiencia colectiva del daño.

Teniendo tal peligro por excusa, la nueva democracia enfundada en su *ethos* gatopardista habría de re-fundarse con un sentido marcadamente procedimental, mediante el cual hacía parecer que “todo cambiaba”, aparentando esto principalmente a través de la separación formal de los poderes del Estado y del restablecimiento de elecciones periódicas de representantes, sobre todo respecto de la figura del Presidente de la República, cabeza del Ejecutivo, y del Congreso encargado de legislar, pero que, más allá de aquellas luces, completando la operación gatopardista en la que, de manera sustantiva, “nada cambiaba” (o muy poco), el sistema democrático seguiría desarrollándose de forma directa por medio de la sigilosa arquitectura constitucional legada por la dictadura, llena de todo tipo de cerrojos procedimentales (la suma de instituciones tales como los senadores designados, el sistema electoral binominal mayoritario tendiente a crear empates entre la mayoría y la minoría parlamentaria, y los altos quórum de aprobación para las leyes orgánicas constitucionales y para la reforma constitucional, entre otros) destinados para inmovilizar cualquier intento de cambio de rumbos por medio del único actor social, al fin y al cabo, legitimado para provocarlo (la clase política civil), puesto que la agencia de la ciudadanía quedaba relegada a poco más que la elección de los representantes<sup>139</sup> (y que, en estricto rigor, ha referido por obra y gracia del sistema binominal a la intrascendente definición de un “rostro” en lugar de otro dentro de una lista ya preestablecida por parte de las cúpulas partidistas) carente de sustancia que únicamente a determinando la perpetuación de la estructura del modelo social legado por la dictadura.

---

<sup>139</sup> En apoyo a esta idea está la perspectiva expuesta por Fernando Atria referida a que “las instituciones chilenas fueron explícitamente diseñadas para neutralizar, no canalizar, la agencia política del pueblo chileno”. Véase ATRIA LEMAITRE, Fernando, *Neoliberalismo con rostro humano: veinte años después*, Editorial Catalonia, 2013, Santiago de Chile. P. 3

Este diagnóstico del gatopardismo con el que entró en vigor la democracia chilena, no fue sino apenas vislumbrado en sus primeros momentos quedando sencillamente descuidado por el estimulante efecto discursivo de que todo estaba abierto al cambio, habida cuenta de la novedad democrática y las resplandecientes energías utópicas propias de la nueva etapa política que se abría. Cabe señalar además que, para un país que, de estar gobernado por un dictador y una junta militar (que aglutinaban en sus manos la totalidad de los poderes ejecutivo y legislativo) y en el que se violaban sistemáticamente los derechos humanos más elementales, el paso a detentar una forma mínimamente «democrática» de gobierno que significara un cambio de manos en la administración, representaba de todas maneras una novedad por sí irresistible, de modo que, aun permaneciendo la democracia en una faz puramente procedimental, lograba de todas maneras encandilar suficientemente las miradas escépticas como para que ellas hicieran la vista gorda, al menos por un tiempo, a la mermada sustantividad de la democracia naciente, como consecuencia de los enclaves autoritarios dictatoriales.

## 1.2. NEUTRALIZACIÓN DE LA AGENCIA CIUDADANA Y ESTANCADA LEVEDAD DE LA AGENCIA CONCERTACIONISTA: EL PRINCIPIO DEL FIN DE LA INOCENCIA

Sumergida la ciudadanía chilena en el regocijo de la conquista de esta «democracia de mínimos» (suficientemente alentadora por significar el final de la cara más oscura de la represión) y depositada la fe en la nueva administración política de la Concertación para conquistar el perfeccionamiento de dicha democracia, lentamente dicha confianza se fue resquebrajando hasta quedar totalmente defraudada. Los mandamases de la Concertación, que desde las negociaciones a la baja de las reformas a la Constitución plebiscitadas en 1989 y habida cuenta además de los broches impuestos por la legislación orgánica constitucional que se dictó —nunca fue más cierto el dicho— a última hora, justo días antes de principiar la democracia, tenían o al menos, deberían haber tenido suficientemente claro que el «perfeccionamiento» de la democracia pretendido de realizarse por medio de los causes estrechos que el sistema constitucional y sus cerrojos ofrecían, resultaba ser en la práctica una misión imposible.

De aquel choque con la realidad menesterosa de la democracia habitable nacerían aquellos lugares comunes discursivos que han dominado el léxico político chileno contemporáneo, tales como las nociones de “democracia de acuerdos” y “justicia en la medida de lo posible”, cuyo peor resabio ha sido la incrustada lógica electoral, grabada a fuego, de votar por el “mal menor”. Todas las anteriores circunstancias han determinado que el transcurso de los periodos legislativos y presidenciales acontecidos durante los años que llevamos de democracia se hayan caracterizado por una sensación de inmovilidad ante las dificultades impuestas por el diseño institucional para acometer auténticas transformaciones conducentes al efectivo perfeccionamiento de la democracia, representando la mayor evidencia de este letargo la pervivencia prácticamente incólume de lo sustantivo de la Constitución de 1980 (su decisión política), pese a las numerosas reformas que se le han practicado, pues estas no han sido capaces de alterar a su núcleo protegido y compuesto por varios cerrojos que aún persisten, no obstante algunos de ellos han sido tardíamente eliminados, en la medida de que han dejado de representar “peligro” y ya se encontraban “quemados”, como precisamente ha sucedido con la reciente sustitución del sistema electoral binominal mayoritario, y antes, con las reformas constitucionales refrendadas por la firma del presidente Lagos en 2005, referidas a la eliminación de los senadores designados, entre otros aspectos.

Paralelamente, la agencia de los nuevos administradores de la democracia ha quedado principalmente circunscrita, a falta de auténticas posibilidades de transformar la estructura del modelo democrático y social preestablecido por la dictadura, a una política administrativa de lo posible, por las vías permitidas, entre el desarrollo de medidas políticas con alcances altamente simbólicos (antes que efectivamente transformadores) como la formación de la Comisión Rettig y su posterior informe, transparentando una importante dimensión de la verdad acerca de las sistemáticas violaciones a los Derechos Humanos acontecidas durante la dictadura<sup>140</sup> (cuyas responsabilidades de todas maneras quedarían salvaguardadas por el pobre alcance de la

---

<sup>140</sup> Una lectura similar al afán puesto en estas medidas dispuestas en el ámbito de la justicia transicional políticas es la que hace Garretón, quien, paralelamente a enfatizar los avances en una solución simbólica de los Derechos Humanos (sin negar su importancia), da a entender que por aquel tiempo esta preocupación determinó que se hipotecaran transformaciones pendientes para el proceso de democratización, fundamentalmente los retos de cambiar aspectos institucional-políticos de modelo político y reformas socioeconómicas que hubiesen dado un vuelco a la orientación del modelo neoliberal. Véase Garretón, *Del Postpinochetismo a la sociedad democrática*, P. 80

“justicia en la medida de lo posible” que ha implicado la vigencia de la Ley de Amnistía), y el desarrollo de políticas que, en teoría, moderando ligeramente la economía de mercado heredada de la dictadura (que los personeros de la Concertación en su afán gatopardístico apodarían como «economía “social” de mercado» y que Fernando Atria agudamente ha caracterizado como un *Neoliberalismo con rostro humano*) no hacían sino que legitimar y recrudecer el modelo económico.

Tal y como reza el dicho de “si no puedes contra ellos, úneteles”, la Concertación (hoy *gatopardísticamente* llamada «Nueva Mayoría», tras la inclusión del Partido Comunista) se transformó rápidamente en el más entusiasta agente del recrudecimiento de las políticas neoliberales, al recibir un país que, conjuntamente a la «democracia tutelada», traía consigo en virtud de las políticas económicas del radical *laissez faire*, cifras de crecimiento macro-económico para el país como no se habían visto antes (cuya nube orgásmica escondía en todo caso la dura realidad de una desproporcionada distribución per cápita que aquel crecimiento sostenido proveía<sup>141</sup>). De esta manera, la administración concertacionista, resuelta a sacar dividendos del panorama de crecimiento macro-económico, inundó los años 90 de la hegemonía de una narrativa triunfalista y marcadamente economicista de acuerdo a la cual, muy pronto, los chilenos de gris y dictatorial pasado reciente, obtendrían como nuevo motivo de orgullo patrio el difundido discurso de ser «los jaguares de América Latina».

El protagonismo marcado por el rumbo económico y el impulso a éste como medio de acabar con la extrema pobreza determinaba que en la agenda política de la Concertación el tiempo presente lo fuera todo<sup>142</sup>, ocasionando su regocijo anestesiante una inercial despreocupación respecto del futuro, pues tal narrativa enfocada en el ahora parecía galopar adecuadamente en el discurso de la modernidad occidental asaltada por el discurso del «fin de la historia» y la imparable globalización que estaba determinando la apertura de los mercados.

---

<sup>141</sup> A este respecto y con sentido didáctico bien vale recordar a Nicanor Parra que resumiría la falacia de las estadísticas de crecimiento económico/distribución de riquezas en su estilo anti-poético de la siguiente manera: “Hay dos panes. Usted se come dos. Yo ninguno. Consumo promedio: un pan por persona”.

<sup>142</sup> En cierta forma, la solitaria preocupación por el presente podría verse como la negación del tiempo: “el futuro sólo tiene realidad en la forma de nuestros miedos y esperanza presentes, el pasado meramente como recuerdo”. Véase SEBALD, Winfried Georg, *Los anillos de Saturno*, Editorial Anagrama, 2008, Barcelona. Traducción de Carmen Gómez García y Georg Pichler. P. 173

La agencia política concertacionista, dentro de los intersticios que le han quedado y con los cuales su pereza ha sido condescendiente, ha estado entonces destinada desde muy temprano a lo largo de sus gobiernos al desarrollo de políticas sociales que se han esmerado en dar, como dice Atria, un rostro humano al neoliberalismo (políticas cuyo diseño y ejecución han resultado ciertamente ajenas a la participación ciudadana, cuya agencia ya describimos como neutralizada) por medio de “proveer de un mínimo de subsistencia a quién no puede procurárselo en el mercado”<sup>143</sup> mediante lo cual, efectivamente se ha logrado rebajar en un altísimo grado las cifras de pobreza, aunque a costo de que la desigualdades se hayan agudizado e incluso, peor que ello, naturalizado<sup>144</sup>.

Siguiendo los argumentos de Fernando Atria, la lógica de la «naturalización de las desigualdades» del sistema instaurado por los *Chicago boys* (y respecto del cual a la Concertación no le ha quedado más opción, a decir de ellos, que administrarlo) “no solo no tiene la pretensión de igualdad, sino que *requiere y mantiene* las diferencias de clase. Es una forma de asistencia social que no impugna sino fomenta y fortalece la transmisión del privilegio”<sup>145</sup>. Es en ese sentido aseverado por Atria que, las políticas

---

<sup>143</sup> Atria, *Neoliberalismo con rostro humano*, P. 35

<sup>144</sup> En efecto, de acuerdo a la medición de CASEN 2013, a cargo del Ministerio de Desarrollo Social del gobierno de Chile, el porcentaje de personas en situación de pobreza extrema por ingresos entre 2006 y 2013 ha ido bajando progresivamente, desde un 12,6% en 2006, un 9,9% en 2009, un 8,1% en 2011 y finalmente, un 4,5% en 2013. Estos datos además se ven refrendados en el contexto regional por el informe «Panorama social de América Latina 2014» elaborado por la CEPAL, que coloca a Chile como el segundo país (después de Uruguay) con las cifras más bajas de pobreza e indigencia al 2013 (7,8% y 2,5%, respectivamente). No obstante estos auspiciosos resultados, la propia medición CASEN 2013, es categórica en señalar con respecto a la distribución de ingresos, “que nuestro país presenta altas y persistentes tasas de desigualdad de ingresos”, según se puede apreciar en la tabla de los “indicadores de distribución de ingresos, 2006-2013” que en el caso del denominado “ingreso autónomo” marca un Coeficiente de Gini [Índice de desigualdad que muestra cuánto se aleja la distribución de los ingresos respecto a una situación de perfecta igualdad, y cuyo valor se sitúa en el rango (0,1). Toma valor 0 cuando no existe desigualdad de ingresos, es decir, todos los hogares tienen el mismo nivel de ingresos; y, valor 1, cuando existe máxima desigualdad, es decir, todo el ingreso se concentra en un hogar] que 2006 y 2009 correspondió a 0,51 para mejorar casi imperceptiblemente a 0,50 en 2011 y 2013; en tanto que respecto del “ingreso monetario”, el Coeficiente de Gini de 2006 y 2009 marcaba en ambos casos 0,50, mejorando, nuevamente de manera casi imperceptible a 0,49 en 2011 y 2013. Fuentes: CASEN 2013 y “Panorama social de América Latina 2014” de la CEPAL. Disponibles en los respectivos sitios web:

[http://www.cooperativa.cl/noticias/site/artic/20150124/asocfile/20150124133446/casen\\_2013.pdf](http://www.cooperativa.cl/noticias/site/artic/20150124/asocfile/20150124133446/casen_2013.pdf)

<http://www.latercera.com/noticia/nacional/2015/01/680-614264-9-revisa-el-informe-de-pobreza-de-la-cepal.shtml>

<sup>145</sup> Continúa Atria señalando categóricamente que “Esto es lo que hace descarnado al neoliberalismo: nos invita no a convivir con la injusticia, sino a negar que lo sea y defenderla como la manera más eficiente de explotar los recursos humanos y materiales disponibles. En una brutal inversión de las cosas, pretende



sociales que en democracia han copado la agenda concertacionista, dejarían al descubierto en cada una de las ramas en que se estas se despliegan “las formas características de un Estado neoliberal” por medio de las cuales, sectorialmente, “el Estado provee de educación pública, que no tiene una calidad comparable a la provista privadamente, y subsidia un sector privado que precisamente en esos veinte años ha devenido dominante; en salud, el sistema público ofrece cobertura a quienes no pueden pagar las primas que cobra una ISAPRE por la cobertura que ofrece; la seguridad social está estructurada sobre la base de un sistema de capitalización individual, no de reparto, y la reforma previsional del último gobierno de la Concertación consistió en crear una «pensión mínima solidaria» (...) El resultado es que hoy «Chile» es el nombre para (al menos) dos países: uno de clínicas, consultas y colegios, y otro de hospitales, consultorios y escuelas”<sup>146</sup>.

### 1.3. INDIVIDUACIÓN EN EL «NEOLIBERALISMO CON ROSTRO HUMANO»: DE LA «REBELDÍA ADAPTATIVA» A LA NARRATIVA DE UN «HACER IRREFLEXIVO» (EN EL QUE LOS INDIVIDUOS NO “ELIGEN” NI “DECIDEN”)

Este Chile (o debiéramos decir ya a estas alturas, “estos Chiles”, de existencia paralela aunque cuidadosamente segregados el uno del otro) de la injusticia impuesta como ley por la naturalización de las desigualdades como manera más eficiente de explotación de los recursos en virtud de la residual agencia política administrativa que ha desempeñado la Concertación a falta de una auténtica agenda de transformación democratizante, ha sido una maldición que, padecida durante largos años por los chilenos, ha acabado por moldear un cierto modo de la subjetividad común, que el sociólogo Alberto Mayol ha caracterizado con la idea del «rebelde adaptativo», un “sujeto que odia la vida que tiene, pero que la vive igual ante la imposibilidad de

---

que el hecho de que el rico pueda usar toda su riqueza para asegurar mejor educación para sus hijos o mejor salud para él, mientras el pobre recibe una provisión de mínima calidad financiada públicamente... ¡es una carga para el rico y un beneficio para el pobre!”. Véase Atria, *Neoliberalismo con rostro humano*, P. 37

<sup>146</sup> Atria, *Neoliberalismo con rostro humano*, P. 35

construir un horizonte utópico que le permita impugnar el orden”<sup>147</sup>. La figura del «rebelde adaptativo» -continúa explicando Mayol- constituye “la configuración de una subjetividad específica al ciudadano de la transición (...) sujeto completamente en desacuerdo con el grueso de las políticas y criterios establecidos en Chile y que, al mismo tiempo, consideraba innecesario, irrelevante e incluso peligroso el plantear su disenso. La diferencia debía quedar inscrita en el alma, no en las conversaciones callejeras, no en los debates familiares. Chile se acostumbró a los acuerdos y no a las diferencias, a las resoluciones y no a los debates, a la adaptación y no a la protesta”<sup>148</sup>.

El duro diagnóstico efectuado por Mayol, según el cual la subjetividad ha quedado fuertemente condicionada a devenir en una «rebeldía adaptativa» ocasionada por los juegos de poder atomizantes desplegados por la «transición a la democracia» y su extensión postpinochetista es acertado, pero resulta insuficiente para dar una imagen más aguda y apropiada respecto a la clase de individuación que ha tenido lugar en Chile. Una investigación más aclaratoria y atingente respecto de aquel propósito es aquella que los sociólogos Kathya Araujo y Danilo Martuccelli han desarrollado a propósito de la publicación de *Desafíos Comunes, Retrato de la sociedad chilena y sus individuos*, obra en la que la dupla investigadora propone que el proceso de individuación chileno, habida consideración de la orientación de los factores de ordenación de la vida de las instituciones neoliberales provenientes del «orden», se estructura a través de la existencia de una serie de desafíos o pruebas estructurales que resultan comunes a los chilenos, a través de cuyo paso se van definiendo unas determinadas trayectorias vitales que acaban por guardar no pocas similitudes. Si bien es cierto, insisten Araujo y Martuccelli, este tipo de desafíos pueden resultar ser comunes a varias sociedades, lo que daría especificidad al caso chileno es la peculiaridad en cuanto a los modos de enfrentarlos que definen diferentes modelos de individualidad, aconteciendo en el caso de la sociedad chilena que el individuo tiene que hacerse cargo de sí mismo, aunque en un sentido diverso a como esto acontece en otras experiencias nacionales, pues la forma en que el individuo se hace responsable de su vida en Chile no viene dada por una interpelación a la capacidad de elección y autonomía de este, sino que más bien el individuo se percibe a sí mismo como un ser

---

<sup>147</sup> MAYOL, Alberto, *No al lucro. De la crisis del modelo a la nueva era política*, Debate, Random House Mondadori, 2012, Santiago de Chile. P. 76.

<sup>148</sup> Mayol, *No al lucro*, P. 175-176

arrojado en la sociedad, debiendo por ello permanecer casi de forma obligada en un estado de vigilia y acecho que determina que los individuos devengan en actores en el sentido más fuerte y literal del término, con lo cual “para el individuo en esta sociedad no se trata esencialmente de ‘elegir’ o ‘decidir’, sino de ‘hacer’”<sup>149</sup>.

El énfasis en el “hacer”, omitiendo cualquier interpelación al acto de “elegir” o “decidir”, observado a través de la investigación sociológica de Araujo y Martuccelli, se articula concordantemente con la perspectiva más filosófico política ofrecida por Atria, de acuerdo a la cual los horizontes sociales y agenciales de los sujetos estarían fuertemente sujetos al diseño institucional que desde la Constitución se propone neutralizar la agencia de su pueblo antes que de proveerle de medios para su despliegue. De allí que también cobre mucho sentido la idea del “rebelde adaptativo” ofrecida por Mayol, que careciendo en su vida social de una tradición y práctica deliberativa y presionado, en cambio, por el infatigable ritmo de la cotidianidad, acaba sencillamente por “actuar”, no obstante articula una queja respecto al horizonte existencial que padece, el cual de todas maneras acaba siendo el único escenario para desplegar su menguada agencia.

La consigna llena de ceguera de que “la política no da ni quita nada” sacude más que nunca con todo su cinismo en el momento en que, atando cabos sueltos, parece advertirse una concatenación pretendidamente invisibilizada y estrecha entre la pervivencia de las instituciones neoliberales legadas por el «orden», el blanqueo y recrudescimiento de éstas efectuado en democracia por las políticas sociales concertacionistas (sin ánimo de dar un giro copernicano a ellas), tan solo han dado a estas instituciones un barniz de “rostro humano” destinado a cubrir asistencialistamente con un estándar mínimo de prestaciones los casos más flagrantes de menesterosidad dejados de lado por el régimen de mercado, siendo algunos ejemplos claves de este asistencialismo de mínimos el desarrollo de políticas públicas referidas a transferencias de recursos como la pensión básica solidaria o el bono marzo, y también coberturas mínimas como el tramo “A” de FONASA (que no da derecho a atención preventiva de especialidades médicas por el sistema de copagos, sino solamente atención de urgencias el recintos públicos a mal traer) entre tantos otros que compondrían un larguísimo

---

<sup>149</sup> ARAUJO, Kathya y MARTUCCELLI, Danilo, *Desafíos comunes. Retrato de la sociedad chilena y sus individuos. Tomo II: Trabajo, sociabilidades y familias*, LOM ediciones, 2012, Santiago de Chile. P. 244

etcétera. No es de extrañar entonces que la ciudadanía parida por la narrativa de la «transición a la democracia», cuya capacidad de agencia política ha sido neutralizada y en definitiva, desprovista del ejercicio real de las habilidades de elegir y decidir en el espacio de lo público, haya quedado de esta manera artificialmente atomizada y aprisionada por el imperativo apremiante de seguir dándole curso a sus individuales existencias resolviendo los retos y pruebas estructurales que el «neo portalianismo»<sup>150</sup> les ha deparado, no dando espacio más que para el compulsivo “hacer” de unos individuos que antes que Sujetos han devenido en actores (en un sentido peyorativo de este término).

---

<sup>150</sup> He usado el término «neo portalianismo» para caracterizar el rigor del ethos que determina la naturaleza de las pruebas y retos estructurales que los individuos chilenos enfrentan teniendo a su vez presente la caracterización que Fernando Atria ha hecho, en un sentido más abstracto y a-histórico, del «Principio Portaliano», en el sentido de que de acuerdo a este principio los seres humanos realmente existentes no son lo mejor que pueden ser, puesto que para que sean lo mejor que pueden ser “es necesario ignorar lo que hoy son y obligarlos a vivir como «deberían» querer vivir, en la esperanza de que en algún momento se darán cuenta de que eso es bueno para ellos, y asumiendo en el tiempo intermedio el precio de la represión y la pérdida de libertad”. Véase Atria, *Neoliberalismo con rostro humano*, P. 180. Esto es lo que impone la manera en que las pruebas y desafíos estructurales están dispuestos, pues básicamente a los individuos privados de poder conducir sus vidas dentro de un espectro más amplio de horizontes existenciales se les obliga a transitar por estas pruebas que representan un impositivo “cómo deberían querer vivir” en el que nos les cabe a los individuos más que transformarse en unos «rebeldes adaptativos».

## 2. NO HAY MAL QUE DURE 100 AÑOS: ¿UNA «TRANSICIÓN INVISIBLE»?

*No es verdad que “destruya” todo el que quiere destruir. Destruir es muy difícil, exactamente tan difícil como crear. Puesto que no se trata de destruir cosas materiales, se trata de destruir “relaciones” invisibles, impalpables, aunque se oculten en las cosas materiales*

ANTONIO GRAMSCI<sup>151</sup>

El imperio del tiempo presente que lo copa todo, junto con el hacer irreflexivo que imprime el ritmo de la vida dispuesto por el recrudescimiento endogámico de las instituciones neoliberales del «orden» (ritmo de la vida que, como mucho, deviene en un hacer limitadamente reflexivo, en el que, en todo caso, los alcances de la reflexión no incumben toda la potencia de la voluntad pues la capacidad de agencia queda aprisionada en un horizonte estrechado de posibilidades que solo permite articular formas de existencia privada que, pérdidas en su efímera particularidad, no alcanzan a repercutir en las definiciones de lo público), ha impedido que durante largos años de existencia de esta «democracia postpinochetista» se hiciera un cuestionamiento serio respecto de la institucionalidad legada por el «orden».

Pero como ya se ha visto en otros episodios históricos en los que el divorcio de la política con la sociedad es total (el período de efervescencia social que antecedió a la reformulación del Estado de 1925, sin ir más lejos), no hay estructura política que sea

---

<sup>151</sup> La cita en específico pertenece a unas “nociones enciclopédicas” relativas a la “afirmación de que ‘no se puede destruir sin crear’”. Prosiguiendo con Gramsci, este, a continuación del texto citado menciona unas frases que bien valdrían para la clase política civil que comando la gatopardista «transición a la democracia»: “Es destructor-creador quien destruye lo viejo para sacar a la luz, para hacer aflorar lo nuevo que se ha hecho ‘necesario’ y urge implacablemente para el devenir de la historia. Por eso puede decirse que se destruye en cuanto se crea. Muchos supuestos destructores no son más que ‘procuradores de abortos fallidos’, merecedores del código penal de la historia”. Véase GRAMSCI, Antonio, *Cuadernos de la cárcel. Edición crítica del Instituto Gramsci a cargo de Valentino Gerratana. Tomo 3*, Ediciones Era, 1984, México. Traducción de Ana María Palos revisada por Jose Luis González. P. 32 [Cuaderno 6 (VIII) 1930-1932, <Miscelánea>]

capaz de permanecer ciega a la realidad, resistiendo incólume los episódicos embates historicistas de una ciudadanía que, suficientemente indignada, parece dar muestras de haber madurado su resentimiento para así intentar dar un paso más allá de la rebeldía simplemente adaptativa.

Posiblemente, tras el largo letargo ciudadano de los noventa, propiciado paradójicamente por la novedad democrática y la renovada confianza en la clase política (particularmente en la coalición de centro-izquierda conocida como Concertación, que se había puesto a la cabeza del proceso transicional), se puede considerar que las primeras señales de un re-despertar ciudadano tuvieron ocasión casi imperceptiblemente desde el *mochilazo* de 2001 y ya de manera más sostenida, desde el año 2006, al iniciarse el cuarto gobierno sucesivo de la Concertación tras el retorno de la democracia, coalición política que ya empezaba a evidenciar un notorio desgaste. Por segunda ocasión, la Concertación se mantenía en el gobierno gracias a un triunfo pírrico, en segunda vuelta electoral, apelando en dicha campaña postrera, cómo no, al capital político cada vez más desgastado y manoseado de identificarse y refrescar la memoria con la épica de la «conquista de la democracia».

Durante la primera mitad de la década inaugural del siglo XXI acontecen paralelamente los siguientes procesos sociales de desencanto: mientras en el espacio de los ciudadanos habilitados para votar –que cada vez se volvía menos significativo en proporción al potencial número de ciudadanos– se comenzaba a hacer evidente el desgaste de los gobiernos de la Concertación y la creciente desconfianza ciudadana respecto de la clase política en general (manifestada en el ajustado triunfo de la Concertación en la segunda vuelta electoral, supeditado a un pacto con la izquierda extraparlamentaria reunida bajo el nombre de «Juntos Podemos» que comprometía traspasar a Bachelet el 5% de votación obtenido en primera vuelta por su candidato Tomas Hirsch), por otro lado, en el campo educacional (más precisamente el de los estudiantes de la educación secundaria, cuya composición etaria ya consistía puramente en juventudes nacidas y criadas en democracia), la percepción de estar marginados de la definición de los horizontes de expectativas y de la vida política, se comenzó a palpar de una manera mucho más intensa, dando lugar precisamente a que ellos se

transformasen en el actor social que comenzaría a desarrollar una resistencia mayor respecto del «modelo»<sup>152</sup>.

La voluntad de esta juventud que pese a nacer en democracia, bebió de la leche temprana de la “resistencia dentro de los límites de lo posible” propia del *ethos* postpinochetista, se expresó en un primer momento a través de la demanda sectorial concerniente en la derogación de la LOCE, la Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza, un objetivo de corto recorrido. Lo novedoso, en cierta forma, fue la manera de articular su voluntad, pues estos jóvenes «pingüinos» (que es como popularmente se conoce a los estudiantes secundarios en Chile, atendido al tradicional uniforme de pantalón gris y suéter azul marino que visten) desprovistos de los miedos que arrastraban sus padres merced del efecto traumático de la dictadura y de la verticalidad jerárquica organizacional propia del mundo de vida de los adultos, pusieron en marcha una movilización social como no se veía en Chile desde antes del comienzo de la democracia, que paralizó durante meses la marcha habitual del calendario escolar de los secundarios, copando la atención de los medios y de la agenda política gubernamental. Esta movilización social fue conocida como la «Revolución de los pingüinos» y acabó sofocada y enredada por las lógicas concertacionistas que se apresuraron en ponerle paños fríos a través del manido mecanismo de invitarles a discutir en una “mesa de diálogo” (en la que, de facto, se les acabó privando de voz y voto), culminando con la sustitución en 2009 de la LOCE por una LGE (Ley General de la Educación), tras varias negociaciones políticas que excluyeron a los actores sociales involucrados que le conminaron a acabar como no más que un ligero retoque de lo ya existente. Pese a ello y dentro de las consideraciones inmateriales, la «revolución pingüina» sí dejó sembrada

---

<sup>152</sup> En efecto, Salazar en su obra más reciente, en el apartado dedicado a los “Estallidos de política «ciudadanizada»” ha destacado particularmente el “De la ciudadanía adolescente (2001-2007) -cuyos «reventones históricos» han sido “el mochilazo” de 2001 y la “revolución pingüina” de 2006- y el “De la ciudadanía universitaria (2008-2013) con el movimiento social estudiantil por una educación gratuita. Véase Salazar, *La enervante levedad histórica de la clase política civil*, P. 127-160. Junto a ello, Salazar nos provee de un argumento verosímil para comprender por qué ha sido la juventud y no la población adulta el actor social que permitiera asomar su cabeza en la superficie al topo de la historia con una interpretación mejor articulada del «malestar interior»: “El nuevo malestar interior ha ciertamente desconcertado –y no poco- a la población adulta de larga experiencia, dado que esta tendió a interpretarlo aplicando sus esquemas conceptuales tradicionales, que hoy carecen de eficacia en una sociedad cambiada radicalmente por la tiranía militar. La vieja cultura sindical, por ejemplo, fogueada en Chile bajo el populismo, el nacional-desarrollismo estatal y el prototipo industrial, no es útil ya en un mundo laboral precarizado, subproletarizado, con débil protección legal y hegemonizado, no por el Estado y la industria, sino por el mercado, la especulación y la masiva importación de medios de consumo”. Véase Salazar, *La enervante levedad histórica de la clase política civil*, P. 149

una semilla importante de aprendizaje y de agencia ciudadana que habría de germinar para tener continuidad en el tiempo.

Los jóvenes secundarios de la «revolución pingüina» habían perdido la inocencia respecto a creer, de buenas a primeras, que por medio de los canales institucionales existentes su discurso tendría cabida, con lo cual todo gesto futuro de buena voluntad y de “mesas de diálogo” invocado por parte de las autoridades para hacerse cargo de las peticiones ciudadanas sería visto con inoculado escepticismo y oído como un canto de sirenas, tras la experiencia que el devenir de la «revolución pingüina» había dejado.

Hacia el año 2011 la tendencia ciudadana inaugurada años atrás por los secundarios tendría nuevas y más importantes manifestaciones. En 2010 la Concertación tras sus veinte años ininterrumpidos de conducción política del gobierno, perdía por vez primera vez la conducción del gobierno a manos de Sebastián Piñera, el nuevo presidente de la república, representante de la Alianza por Chile, el pacto político conformado por los partidos de la derecha chilena. Aquella bullada derrota, puede explicarse, creemos, más que por un giro ciudadano hacia la derecha<sup>153</sup>, por el hastío acumulado respecto de la decepcionante gestión política de la Concertación que durante sus años de gobierno, incapacitada por miedo, pereza, neutralización institucional (o una mezcla de todas) careció de un proyecto propio y no hizo sino que seguir respetuosamente el itinerario político del «orden», desplegando una agencia meramente correctiva y adaptativa al escenario que le fue legado, a través políticas públicas tendientes a dar una cara más amable al neoliberalismo que, observadas con el paso del tiempo, no propiciaron sino la consolidación del proyecto neoliberal del «orden». Por todo ello es que bien temprano en 2011, considerando que la nueva gestión gubernamental no ofrecía una administración radicalmente opuesta a la de la administración concertacionista, comenzaba a quedar sepultada cualquier vana e ingenua esperanza con respecto a la tesis de que la alternancia en el poder, por si sola, serviría para robustecer la sustantividad de la democracia chilena como remedio a sus estructurales problemas.

---

<sup>153</sup> Esta tesis no parecería plausible atendida la realidad político-electoral que seguiría, puesto hacia 2014 comenzaría un nuevo período presidencial de Bachelet, esta vez con el soporte de la Nueva Mayoría, coalición que, al menos, nominalmente supondría un giro más hacia la izquierda, al sumar a la base concertacionista la presencia del partido comunista.



En efecto, la lógica de la campaña política de Piñera se había centrado en proclamar la necesidad de alternar en el poder a la Concertación, a modo de brindar una bocanada de aire fresco al panorama político, pero sin precisar una lógica tendiente a corregir el déficit de democracia propio del modelo. Sus «aires nuevos» se jugaban sus bazas asumiendo la herencia neoliberal afirmativamente, propugnando una gestión política de lógica empresarial *ad hoc* al modelo, decididamente tecnocrática, en la que la figura del presidente Piñera representaba el *súmmum* de este discurso, con su reconocida trayectoria empresarial que le tenía (y sigue teniendo, todavía más) como una de las mayores fortunas del país y del mundo<sup>154</sup>. Un ejemplo significativo de la puesta en marcha de esta retórica tecnocrática bien puede quedar bosquejada con la aparatosa ceremonia de nombramiento de su gabinete ministerial, orgullosamente anunciado por su conformación “apolítica”, pues la mayoría de los ministros del primer gabinete de Piñera carecían de una trayectoria públicamente política, siendo los grandes directorios empresariales del país el común denominador de la procedencia y trayectoria<sup>155</sup> de esta nueva camada de políticos, convocados según la retórica de “venir a salvar la gestión pública con la eficiencia que les granjeaba una exitosa trayectoria en el mundo privado”. En términos semióticos<sup>156</sup>, el guiño «modernizante» empleado en el nombramiento de los ministros fue la entrega que el Presidente hizo a cada uno de estos de un *pendrive* con las tareas y líneas de acción a las que tendrían que avocarse en sus respectivas carteras.

---

<sup>154</sup> Una vez sellado el triunfo en segunda vuelta electoral de Piñera por sobre Eduardo Frei, la Revista Forbes incluyó a Piñera en su listado de los “más poderosos billonarios del mundo”, en el puesto número 15, siendo el primer latinoamericano en aparecer en aquel listado. Véase *Revista Forbes Online*, 27 de Enero de 2010.

<http://www.forbes.com/2010/01/27/most-powerful-billionaires-buffett-gates-slim-business-billionaires-power.html>

<sup>155</sup> Por poner solo unos ejemplos, tenemos: Alfredo Moreno, nombrado Canciller, que venía de ser director del holding Falabella; Magdalena Matte, nombrada Ministra de Vivienda y Urbanismo, que era la principal accionista de la papelería Dimar; Jaime Mañalich, nombrado Ministro de Salud, que venía de ser Director de la Clínica Las Condes; Felipe Larraín, nombrado Ministro de Hacienda, que había sido directivo del grupo económico Angelini y; Carolina Schmidt, nombrada Ministra de la Mujer, que había sido directiva del grupo Luksic, además de haber sido gerente general de la Revista Capital y de la empresa Calaf.

<sup>156</sup> Otro aspecto semiótico importante del gobierno de Piñera, adecuado a su retórica empresarial tecnocrática fue la sustitución de el “logotipo institucional” del gobierno de Chile, que dejó atrás los rombos de la simbología que desde el 2000 la administración de Ricardo Lagos había establecido, por un logotipo sospechosamente similar al de “Redcompra”, el sistema financiero existente en Chile para pagar las compras con la tarjeta de debito.

De esta manera fue quedando rápidamente en evidencia que la novedad del gobierno de Piñera (circunstancia que Hugo Fazio no dudaría en insinuar en su análisis del primer año de gobierno bajo el título de “*Un país gobernado por uno de sus dueños*”<sup>157</sup>), no representaría ningún tipo de transformación radical en el arte de gobernar en favor de una mayor democratización y participación ciudadana, pues básicamente, además de cumplirse con la profecía autocumplida de Jaime Guzmán, relativa a que, por la estructura misma de la democracia protegida a la que tendía la Constitución, resultaba medianamente irrelevante quién gobernará (pues, de todas maneras las líneas generales del tránsito político constitucional y legal tenían una rigidez suficiente que impediría la torsión hacia un rumbo adverso), la agencia política que este gobierno desplegaría, tal como auguraba la franja electoral televisiva, haría más evidente como guiño a la modernidad neoliberal la equiparación de su próxima gestión gubernamental a aquella propia del directorio empresarial de una Sociedad Anónima, apreciable en la conformación de un gabinete ministerial casi por completo venido de los grandes directorios empresariales de Chile, bajo la premisa de trasladar el *ethos* privado de la eficiencia en el manejo de los recursos a una gestión pública economicista y tecnocrática.

La clase política civil había vuelto a hacer una lectura equivocada de la realidad nacional que arrastraba otra clase de desafíos políticos pendientes consigo, cuya observable consecuencia fue que las aspiraciones sociales que exigían una mayor democratización fueran desestimadas y tratadas desde la obnubilada y prepotente experticia tecnocrática con el enfoque de la radicalización del modelo neoliberal por respuesta, de acuerdo a cuyo paradigma el ejercicio de la política distaba de ser una práctica esencialmente ciudadana con un rol predominante en la articulación de la vida en sociedad, representando más bien una práctica subordinada por completo a los predicamentos del mercado.

Este síntoma del funcionamiento contemporáneo de la gobernanza política que ya se había transparentado en los gobiernos de la Concertación (cuyos gabinetes

---

<sup>157</sup> En dicho libro, Fazio, precisamente, desmenuza el primer año de gestión del gobierno de Piñera, bajo la perspectiva de la alternancia que supuso respecto de los anteriores gobiernos de la Concertación estuvo marcada de todas maneras por la continuidad del modelo económico impuesto por la dictadura, más allá de las regresiones económicas y sociales impuestas por el denominado «sello Piñera» que recrudecieron el modelo que rápidamente encontraron fuertes resistencias ciudadanas (como, por ejemplo, el fin al subsidio al gas en la región de Magallanes). Véase FAZIO, Hugo, *Un país gobernado por uno de sus dueños*, Lom Ediciones, 2011, Santiago de Chile.

ministeriales conformados por el tradicional linaje de la clase política, prestaron siempre especial consideración por la determinación de la figura del Ministro de Hacienda, de acuerdo a un marcado perfil tecnocrático afín a la orientación neoliberal de la economía chilena, quién a la postre terminaba gravitando mucho más que el resto de los ministros en la demarcación del rumbo del gobierno, tal como lo ha planteado Garretón en su obra *Neoliberalismo Corregido, Progresismo Limitado*<sup>158</sup>), se hizo mucho más marcado, como ya señaláramos, con el primer gabinete de Piñera cuya procedencia y orientación economicista tenía su origen por completo en el mundo empresarial.

La significación de la política, según prometía la agudización tecnocrática, quedaría comprendida como un mecanismo tecnificado desplegado con miras a administrar lo público con la mayor eficiencia económica atendido el trasvasije desde el *ethos* privado al público. Sin embargo, más que acontecer aquella suerte de fantasía neo-gremialista ideada como ensoñación recargada y futurista del ideario de Jaime Guzmán, lo que más bien aconteció fue el autocumplimiento de la profecía Guzmaniana de inamovilidad y neutralización de la agencia política a toda prueba, más allá de quien dirigiese el timón.

De esta manera, hacia 2011, enfrentado a tal panorama político de espaldas a sus predicamentos, no tardó en salir a escena nuevamente, aunque con mayor madurez, el

---

<sup>158</sup> En efecto, Garretón en el análisis que desarrolla respecto de cada uno de los 4 gobiernos de la Concertación (Aylwin, Frei, Lagos y Bachelet), refiriendo a la política pública que marcó el sello distintivo de cada uno de estos gobiernos (reforma tributaria, modernización de la gestión pública, reforma de la salud y reforma del sistema previsional, respectivamente), considera que un hilo transversal en todos ellos refiere al estricto control del gasto público, como uno de los ejes de la política macroeconómica que se había institucionalizado en Chile. De allí que Garretón continúa señalando que ante la “tensión permanente entre la orientación discursiva de corte más socialdemócrata y una dirección económica de corte liberal”, tuviera importantes efectos en la conducción gubernamental la figura descollante de los Ministros de Hacienda (Alejandro Foxley, Enrique Aninat, Nicolás Eyzaguirre y Andrés Velasco, respectivamente), teniendo en consideración que “en un sistema de presidencialismo exacerbado y sin mecanismos de resolución de conflictos al interior de la coalición (que no fuera la decisión del Presidente), las políticas consistían finalmente en la imposición, por parte del Presidente, de los criterios emanados de Hacienda” Véase Garretón, *Neoliberalismo corregido, progresismo limitado*, P. 136 y 177 específicamente. En definitiva, “en las condiciones institucionales de Chile, surge así el Ministerio de Hacienda como una institución aparte, instancia técnica destinada a ponerle límite a los “excesos de la política”, interlocutor privilegiado del mundo empresarial y la comunidad financiera internacional, que a través de sus analistas de riesgo está permanentemente monitoreando la marcha del país de acuerdo a sus particulares puntos de vistas e intereses”. Véase AA.VV., “La Disyuntiva”, (declaración sectores progresistas de izquierda de la Concertación), en *El Mostrador*. Disponible en sitio web:

[http://www.socialismo-chileno.org/PS/index.php?option=com\\_content&task=view&id=648&Itemid=90](http://www.socialismo-chileno.org/PS/index.php?option=com_content&task=view&id=648&Itemid=90)

germen ciudadano originado en 2006<sup>159</sup>. Estalló entonces el movimiento social por la educación exigiendo con impecable asertividad “una educación sin fines de lucro, gratuita y de calidad”<sup>160</sup>, con lo cual quedaba en evidencia que la demanda estudiantil, en comparación a su planteamiento en 2006 había ganado enteros en ambición, transitando desde lo meramente sectorial a aspectos políticos más generales y transversales, llevado esto a tal punto en el que estas palabras mayores inevitablemente dejarían al desnudo y a plena luz algunas de las fisuras que las problemáticas aristas políticas han ocasionado en la orientación del sistema educativo fruto de la voracidad neoliberal.

El movimiento estudiantil de 2011, liderado fundamentalmente por los estudiantes de la educación pública superior (universitarios), que contaba entre sus filas con muchos jóvenes que se habían curtido años atrás en la «revolución de los pingüinos», había aprendido de los pecados de su juventud estudiantil, convirtiendo aquella “inarticulada” pero palpable sensación de injusticia que identificaba vagamente a la LOCE como la fuente del problema, en una sólida ofensiva directamente encaminada hacia algunos de los aspectos estructuralmente sustantivos del sistema educativo como la prohibición del lucro y el establecimiento de la gratuidad. La nueva articulación de las demandas dejaba atrás otro rasgo de inmadurez propio de las

---

<sup>159</sup> Esta mayor madurez de la protesta estudiantil puede resumirse en las palabras de Giorgio Jackson, uno de los líderes del movimiento estudiantil de 2011, presidente de la FEUC (Federación de estudiantes de la Universidad Católica de Chile) aquel año y actual diputado de la República: “Probablemente la capacidad que tuvimos de explicar con claridad nuestras demandas fue una de las grandes diferencias con el movimiento de los ‘pingüinos’ de 2006. En el reclamo de los secundarios era muy fuerte la sensación de injusticia, pero quizás fue menos asertivo a la hora de hacer comprensible a los chilenos la forma cómo se conectaban los distintos mecanismos que producían dicha injusticia. El suyo fue un reclamo moral que remeció al país porque daba cuenta de algo real. Lamentablemente no tuvo el ‘peso académico’ para transformar su protesta en argumento de debate en una sociedad conservadora que se escuda en la tecnocracia para no producir cambios”. Véase JACKSON, Giorgio, “Con Atria en la mochila”, prólogo a ATRIA, Fernando, *La mala educación, ideas que inspiraron al movimiento estudiantil en Chile*, Catalonia, 2012, Santiago de Chile, P. 14

<sup>160</sup> Hago referencia a la “impecable asertividad” del movimiento estudiantil de 2011 en comparación al de 2006 en razón de lo que ha dicho inmejorablemente Fernando Atria: “Hoy los estudiantes que se han movilizado por la educación han identificado certeramente la causa del problema: ellos exigen que la educación sea gratuita, y que la ley no permita la provisión educacional con fines de lucro. Lo que han hecho es identificar el aspecto *cruel* del mercado, y exigir su modificación, aunque no han formulado esta exigencia en términos de que toda educación formal debe ser ofrecida conforme al régimen de lo público, sea por establecimientos de propiedad privada o estatal. Esto es característico de los movimientos sociales: ellos son prácticamente infalibles para identificar el déficit contra el cual se alzan, pero normalmente incapaces de articular esa identificación del déficit de modo de transformarla un programa de reforma. La idea defendida en este artículo es un intento de ofrecer una tal articulación”. Véase ATRIA LEMAITRE, Fernando, “La educación como un derecho: el régimen de lo público” en Atria, *La mala educación*, P. 103

protestas universitarias de antaño, habitualmente ajustadas a reclamar paliativos «adaptativos» que no incumbían una auténtica estocada al origen de los problemas, como acontecía con los reclamos de congelamiento del valor de los aranceles cobrados por las universidades, para que estos no siguieran aumentando año tras año el coste de sus colegiaturas.

Particularmente, fue la tenacidad con la que el rechazo al lucro en materia de educación logró instalarse en el debate público lo que funcionó como golpe de efecto para extender la conciencia crítica del estudiantado hacia las demás capas de la sociedad. En un país en el que toda la ordenación de las instituciones que articulan la vida en sociedad está configurada por el *ethos* economicista-neoliberal, el apuntalar al lucro como fuente de los males en educación, sirvió para dejar a trasluz la defensa obstinada por parte del gobierno y los grandes intereses económicos del país respecto a la orientación neoliberal de la educación (y con ella, subsiguientemente de otras instituciones fundamentales como la sanidad y la seguridad social).

La defensa a ultranza del lucro tenía como primer y más importante cancerbero a la mismísima figura del Presidente de la República, quien inolvidablemente definiría a la educación siguiendo las coordenadas economicistas-neoliberales como “un bien de consumo”<sup>161</sup>, pasando posteriormente a articularse esta defensa del statu quo, como bien dice Atria, con sus defensores armándose de un diccionario, apuntando “que este (*lucro*) no es sino la ‘ganancia o provecho que se saca de algo’, y que todos siempre, obtenemos una ganancia o provecho de nuestras interacciones con los demás”<sup>162</sup>. Aprovechándose de aquel trivial error conceptual —que lejos estaba de ser inocente— los defensores del lucro querían sepultar la idea de que respecto de las personas jurídicas sin fines de lucro —como es el caso de la universidades, públicas o privadas, según la

---

<sup>161</sup> Resulta apropiado en este sentido recordar la declaración completa de Piñera a este respecto, para enfatizar la orientación economicista que gobierna en materia de educación: “Requerimos sin duda en esta sociedad moderna una mucho mayor interconexión entre el mundo de la educación y el mundo de la empresa, porque la educación cumple un doble propósito: Es un bien de consumo, significa conocer más, entender mejor, tener más cultura, poder aprovechar mejor los instrumentos y las oportunidades de la vida para la realización plena y personal de las personas”. Acto seguido, el Mandatario afirmó que “también la educación tiene un componente de inversión”. Fuente: *Diario el Mercurio online (EMOL)*, 11 de Junio de 2011:

<http://www.emol.com/noticias/nacional/2011/07/19/493428/presidente-pinera-afirma-que-la-educacion-es-un-bien-de-consumo.html>

<sup>162</sup> Atria, *La mala educación*, P. 51. El paréntesis en cursiva es nuestro.

ley— no se trata de que estas no paguen remuneración a quienes trabajan para ellas (que lo hacen), sino que se “debe entender que su vinculación con la educación no es instrumental. Es decir, no puede ver la educación como una manera de enriquecerse, de modo que si la condiciones de mercado variaran el dinero pase a estar invertido en servicios higiénicos portátiles. La exigencia de que personas jurídicas con fines de lucro no puedan ser sostenedoras de establecimientos educacionales implica que el que es sostenedor tiene un compromiso fundamental, y no derivado, con la educación que ofrece”<sup>163</sup>.

La lógica predominante en materia de educación, en la que su razón de ser queda determinada por el lucro, se despliega en un sentido que instrumentaliza la entrega de educación y la supedita a la obtención de ganancias monetarias, lacerando la preocupación por la calidad de la educación que se entrega y diezmando el concepto sobre la función misma que la educación debe cumplir en la sociedad, relegándole a una perspectiva estrechamente economicista. El correlato de este enfoque, que en el gobierno de Piñera quedó más a trasluz, ha sido que en Chile la institucionalidad a través de sus políticas públicas (orientadas según un *ethos* neoliberal) ha privilegiado satisfacer requerimientos mínimos y jactarse de las altas cifras de cobertura escolar: “casi un millón de estudiantes continuaban estudios superiores. El dato más potente era el que mostraba que de cada 10 estudiantes, 7 son hijos de padres que solo terminaron el colegio, es decir, son los primeros en llegar tan alto académicamente en sus familias”<sup>164</sup>. Sin embargo, aquél inmenso “logro” ha ido de la mano del ensombrecido sobreendeudamiento de los estudiantes y sus grupos familiares, que ante la imposibilidad de poder costear los aranceles de los estudios superiores con la renta familiar —aranceles que dicho sea de paso, caracterizan a la educación superior chilena como uno de los sistemas de enseñanza superior más costosos y privatizados del mundos “financiado en un 80% por las familias y menos del 20% por el Estado”<sup>165</sup>—, han tenido la necesidad de acudir a diversas opciones de financiamiento privado, permitiendo el asentamiento de un enorme mercado de créditos bancarios. De esta manera, las usureras tasas de interés de estas alternativas crediticias han hipotecado

---

<sup>163</sup> Atria, *La mala educación*, P. 51-52

<sup>164</sup> Jackson, “Con Atria en la mochila”, en Atria, *La mala educación*, P. 15

<sup>165</sup> Jackson, “Con Atria en la mochila”, en Atria, *La mala educación*, P. 15

tempranamente las posibilidades de desarrollo futuro de los individuos dejándoles maniatados por las enormes deudas contraídas. Ensombrece también al “logro” de la cobertura educativa la dudosa y cuestionable calidad de una educación como la que se ha descrito, brindada con un afán meramente instrumental por los adalides del lucro.

El cortocircuito social que por aquel convulso 2011 estaba en ciernes a propósito del debate abierto por el lucro, se precipitaría al cruzarse rápidamente en la agenda noticiosa su arista del ámbito educacional con otro escándalo que, desvinculado de la lucha estudiantil, estaba de todas maneras ocasionado por el mismo *ethos* del lucro y de los abusos del orden neoliberal: las “repactaciones” unilaterales de deuda, sin consentimiento de los clientes, operadas por la multitienda de retail chileno “La Polar”, con la cual sus dueños, habiéndose tomado a pecho el eslogan de la multitienda («llegar y llevar»), se habían enriquecido ilícitamente a lo largo de varios años, sin mayores miramientos a la ilegalidad de su cometido, a costa de cerca de 418 mil clientes<sup>166</sup>.

De aquella manera, la jornada del 4 de agosto de 2011 quedaría marcada literalmente “a fuego” dentro de la historia de los movimientos sociales en Chile, e incluso, a decir del sociólogo Alberto Mayol, representaría una auténtica “toma de la bastilla” chilena enmarcando el comienzo del “derrumbe del modelo”, tal como ha querido fundamentar en su obra *«No al lucro»*. Ciertamente esa jornada no sería una más en el acontecer de los movimientos sociales, puesto que esta dejaría en evidencia la indignación ciudadana a todos los niveles, mucho más allá de la lucha estudiantil, con un apoteósico final de la jornada de protesta coronado con la emblemática imagen de la tienda de la «La Polar» ubicada en pleno centro de Santiago, en la intersección de las calles San Diego y Tarapacá, ardiendo en llamas que iluminaban la penumbra y cuyo incendio se había sucedido tras varios intentos de saqueo. En síntesis, esta jornada casi

---

<sup>166</sup> Para mayores antecedentes respecto al fraude operado por «La Polar» me remito a los reportajes de investigación de CIPER Chile titulados “La Polar I: La red de sociedades y millonarias ganancias que devela cómo los gerentes participaron del fraude” y “La Polar II: La historia inédita detrás de las ganancias de Morita y sus gerentes”. Disponibles respectivamente en los siguientes enlaces:

<http://ciperchile.cl/2012/07/03/la-polar-i-la-red-de-sociedades-y-millonarias-ganancias-que-devela-como-los-gerentes-participaron-del-fraude/>

<http://ciperchile.cl/2012/07/05/la-polar-ii-la-historia-inedita-detras-de-las-ganancias-de-morita-y-sus-gerentes/>

apocalíptica, culminada con la inolvidable postal del incendio de la sucursal de «La Polar» daba cuenta del cortocircuito social acontecido en razón de la indignación ciudadana acumulada ante tantos atropellos y abusos.

El remezón ocasionado por el movimiento social por la educación en aquel 2011, con su germen de reactivación de la ciudadanía, permitió a su vez dar mayor tesón y notoriedad discursiva a otra serie de movimientos sociales, referidos sobre todo a conflictos territoriales, que se fueron articulando uno tras otro con respecto a otras de las numerosas grietas del modelo de desarrollo establecido desde el «orden» en Chile. En este contexto emergieron los movimientos sociales locales de Aysen, Magallanes, Freirina, Valle del Huasco y Calama (solo por nombrar los que han tenido mayor visibilidad pública), protestando contra el centralismo del «modelo» que ha pisoteado sin pudor alguno el arraigado buen vivir o modo de vida de estas localidades.

La voracidad del «modelo» situado en pugna con estas localidades se despliega con manifestaciones como: problemática y escasa provisión de recursos vitales a las que se condena a ciertas localidades (pensar, por ejemplo, en el desconsiderado aumento del valor del precio de gas en Magallanes o la artificialmente provocada sequía de Petorca, subsanada de manera deficitaria con el suministro de agua a través de camiones cisterna); instalación de proyectos extractivistas que devastan los modos de vida de las localidades a cambio de la dudosa promesa de “mayor desarrollo” para la región (pensar, por ejemplo, en los numerosos proyectos mineros que como Pascua Lama y Cerro Blanco pretenden instalar industrias extractivistas de minería que arrasan la vida, tal como se la conoce, en el Valle del Huasco, a cambio de “creación de fuentes laborales” o también, en el caso del pequeño poblado de Freirina, la instalación de una colosal planta de cerdos de Agrosuper, consumiendo y contaminando casi por completo los recursos hídricos del pueblo y sentando un insoportable y nauseabundo hedor en el ambiente, a cambio, cómo no, de propiciar nuevas fuentes de trabajo); y en general, la imposición de intereses externos que vulneran el sentido de pertenencia y la autonomía de los habitantes de las distintas localidades.

Buscando articulaciones que permitan elevar la particularidad de las luchas para llevarlas a un plano más general, nacional e incluso internacional, incipientemente se ha ido articulando el Movimiento Social por el Agua y por la Vida, planteando la recuperación del agua, confiriéndole la categoría de “bien común” (que a su vez es



transformado en actor político) más que de “recurso”, permitiendo la creación de un tejido social más transversal desde distintas localidades de norte a sur de país, que aquejadas por las prácticas extractivistas que han privilegiado el dominio del agua en manos de faenas mineras y agropecuarias, han visto mermadas las posibilidades de acceso y consumo de tan vital elemento para las comunidades, forjándose una resistencia que añade al ecologismo medioambientalista toda la potencia de un fuerte y arraigado sentido de pertenencia que es común entre los habitantes de las localidades afectadas.

Todos estos movimientos, con esta oleada de protestas y aglutinamiento de las personas haciendo valer una acendrada conciencia ciudadana concerniente a la exigencia de sus derechos se conjuntan, a priori, en importantes aspectos coincidentes: a través de su irrupción en el debate público, posibilitado en buena parte por la ocupación de las calles a través de las multitudinarias y cada vez más cotidianas marchas, todos estos movimientos demuestran que existe una clara intención por parte de un numeroso sector de la ciudadanía en cuanto alcanzar un nivel mayor de ambición y sustantividad en la participación en las decisiones comunes, de conseguir conquistar formas de democracia más directos y deliberativos.

En el corazón de los movimientos sociales esta la pretensión de perfeccionar la democracia y son una afirmación de la soberanía popular<sup>167</sup>, y en ese sentido en Chile, los movimientos sociales persiguen alcanzar una participación ciudadana que rebase a la idea del voto en elecciones regulares y periódicas establecido por el itinerario institucional como única forma de participación social ciudadana de tipo vinculante. El voto como único mecanismo de participación ciudadana, merced del sistema binominal (cuya extinción es tan reciente que todavía el nuevo sistema electoral no ha debutado en espera de estrenar su aplicación para las elecciones parlamentarias de 2017) ha quedado reducido a un abúlico y a menudo insatisfactorio acto institucionalizado de participación política concerniente en comparecer a votar por unos u otros candidatos, sin guardar más proyección que definir la preferencia de un nombre sobre otro dentro de la lista presentada por alguno de los pactos mayoritarios para una determinada circunscripción, obteniendo por regla general las dos listas mayoritarias un escaño. Figuramos hoy a la

---

<sup>167</sup> Véase TILLY, Charles y WOOD, Lesley J., *Los movimientos sociales, 1768-2008, desde sus orígenes a Facebook*, Editorial Crítica, 2010, Barcelona. Traducción de Ferran Esteve. P. 39-40

luz del ideario de Guzmán y la interpretación de autores como Atria que el propósito no explicitado del binominal ha sido el de hacer prevalecer, ante cualquier circunstancia, el equilibrio forzado de las dos fuerzas mayoritarias a fin de consolidar el estancamiento de la agencia política merced del poder de veto en manos de la fuerza política minoritaria. Diezmado entonces el efectivo poder del voto, ha quedado a trasluz el hecho de que la representación política parlamentaria no es más que una pantomima obediente del anhelo gatopardista con el que Jaime Guzmán infundiera a la Constitución de 1980 y con ella, a la institucionalidad que a su alero habría de desarrollarse.

Por todo ello, y contra la acendrada contraofensiva de quienes abominan del anhelo de participación ciudadana materializado en los movimientos sociales, confundiéndole y reduciéndole a la ingenuidad de quienes creen que el movimiento social puede y debe gobernar por sí al margen de la institucionalidad, argumentaría que lo que los movimientos sociales despliegan con su actividad es, en cambio, el anhelo de una participación política adversa no a la idea en abstracto de la representación política, sino que al estándar concreto y burdo de representatividad política que ha se ha desarrollado en Chile, determinado en definitiva por las cúpulas de los partidos políticos que forman parte de los bloques mayoritarios, específicamente a partir de aquel cerrojo recién extinto compuesto por el sistema binominal. Que el anhelo de la participación política de la ciudadanía se haya y esté manifestando por medio de los movimientos sociales agolpados en las calles, por fuera de las instancias democráticas de la institucionalidad existente, constituiría en lugar de un afán de autogobierno por parte de los movimientos sociales, refractario de la idea de representatividad, un indicio más bien de que el aparente divorcio entre la sociedad y la política es, en efecto, una realidad tan sólo aparente, puesto que la ciudadanía a falta de vías institucionales para desplegar su agencia intenta hacer política desde sus posibilidades, redefiniendo epistémicamente y a-institucionalmente desde las mismas subjetividades la idea de participación política, a través de transformaciones como la resignificación de la idea de representatividad, operada al interior de los movimientos sociales con la sustitución de la figura de los representantes por la de las vocerías, que comunican los acuerdos adoptados mediante deliberación horizontal asambleísta y que en caso de extralimitar su rol, son esencialmente revocables.

La transformación epistémica en la manera de articular la agencia política del pueblo no es un fenómeno que brota de la nada, ni tampoco un proceso en una etapa

culminante; su articulación se va granjeando de manera casi imperceptible, invisibilizada a menudo por la historiografía que se encarga comúnmente de entronizar un gran relato en el que se narra desde la voz institucional; por ello es que se asemeja y actúa a la manera del viejo topo de la historia de Marx, que solo a veces asoma su cabeza mientras va germinando bajo la tierra lentamente como fruto del aprendizaje de tantos desengaños y opresión que le ha deparado la experiencia histórica, determinando la necesidad de encontrar o inventar vías que permitan resolver las necesidades sociales que se manifiestan en su camino.

Por todo ello es que ante la necesidad de enfrentar el diagnóstico del divorcio que se experimenta entre la sociedad y la política, bien habría de tenerse presente que lo que propicia tal situación a nivel de lo que llamaríamos *realpolitik*, más que ser una especie de apatía nihilista por parte de la ciudadanía, tiene su origen y razón de ser en la predisposición orgánica de las democracias liberales de baja intensidad que en el caso chileno se expresa a través de la nula existencia de canales institucionales de participación ciudadana directa que permitan el despliegue de la agencia política del pueblo en lugar de neutralizarla. En base a ello, no es casual que más allá de las agendas específicas que cada uno de los distintos movimientos sociales sectoriales han ido desplegando, exista como propósito común la necesidad de crear con la activa participación de la ciudadanía, por vez primera (atendiendo a la reseñada historia constitucional del país), un nuevo pacto social en forma de Constitución, que con una institucionalidad renovada, permita desplegar la agencia del pueblo.

A falta de afinar criterios y de hacer propuestas teóricas más específicas, lo que estos nuevos movimientos sociales están anunciando es el germen de una nueva transición, cuya fundamental novedad tendría que ver con el lugar de su enunciación, teniendo un origen intrínsecamente ciudadano, que se estaría conduciendo al margen de la estrechez de las iluminadas vías institucionales, dado lo cual propondríamos la existencia en desarrollo de una «transición invisible», a la que en siguiente capítulo, saltando desde nuestra trayectoria historiográfica hacia un plano teórico de mayor abstracción, intentaremos dar mayor sustento y articulación teórica que permita situar sus manifestaciones en el contexto de una transformación epistémica que concierne a la reflexión misma respecto de ideas y conceptos tan densos como los de modernidad, desarrollo o subjetividad.



## **CAPÍTULO 2:**

### **PROPOSICIONES TEÓRICAS PARA UNA «TRANSICIÓN INVISIBLE»: ALGUNOS ASPECTOS CRÍTICOS DE LA «MODERNIDAD» Y ARTICULACIÓN DE ALGUNOS TENTATIVOS «ANTÍDOTOS» A SUS MALESTARES.**

Tras el estudio pormenorizado de la historia contemporánea de Chile, comprendida como una concatenación vertical-descendente de grandes “relatos transicionales”, y en contraposición a estos, la presentación de las todavía más contemporáneas y próximas manifestaciones de resistencia ciudadana, trasvasadas por el anhelo común de una mayor participación vinculante en la definición de las decisiones comunes, que tímidamente hemos interpretado y bautizado con el nombre de «transición invisible», el propósito de este capítulo será el de nutrir esta idea pasando desde la crónica historiográficamente situada que predominó en el primer capítulo hacia un plano de, por así decirlo, «mayor abstracción» dentro del plano de las ideas, que desde una posición de extrañamiento distanciado, pueda dar cuenta de un sustrato teórico que permita articular y hacer más comprensible esta idea de una «transición invisible».

Antes de trazar una suerte de mapa programático de este capítulo, quisiera hacer unas cuantas consideraciones mediante las cuales intentaré argumentar de una mejor manera la necesidad de dar este paso hacia una «mayor abstracción» dentro del plano de las ideas: En primer lugar, atendiendo a la narración de los relatos transicionales «visibles» y contrastando estos relatos con la breve enunciación de las manifestaciones ciudadanas más contemporáneas, me ha sido posible aventurar que gran parte del desencuentro que subyace a la defectuosa comprensión y aprehensibilidad de los relatos transicionales por parte de los sujetos tiene que ver con la alteridad conceptual con las que estas narrativas se enuncian respecto de la experiencia tangible que desarrollan los

individuos en el «mundo de la vida»<sup>168</sup> o «imaginario social»<sup>169</sup> durante su desempeño cotidiano. Se configura una insalvable distancia discursiva que, a falta de diálogo y deliberación, determina que la posición dominante de los relatos transicionales sea percibida y experimentada por parte de los individuos como imposiciones ajenas que colonizan su saber.

La tensa adopción de los aspectos sustantivos de las significaciones de las narrativas transicionales tienen su común origen (más allá de sus diversos contenidos ideológicos) en la construcción de narratividades históricas y memorias «oficiales», que «desde arriba» (refiriendo con este punto cardinal a la cúspide de una institucionalidad política sensiblemente distanciada de la ciudadanía) y de acuerdo a las necesidades pragmáticas que se le presenten, categorizan selectivamente las experiencias y hechos afines a sus discursos, presentándolos luego a la ciudadanía como el «relato de todos», creando estas narrativas que prescinden sistemáticamente de los sujetos de a pie, sea a través de la no consideración de las microscópicas experiencias de estos en la formación del relato común, sea ya también por la ínfima gravitación de la participación ciudadana en los cambios que se suceden, merced de los prácticamente inexistentes mecanismos institucionales de participación distintos al voto (encima colonizado y desvirtuado por el sistema electoral binominal).

Junto a estas consideraciones relativas a su lugar de enunciación, imposición y colonización del saber, cada una de estas ideas de «transición» además que contar la historia al modo de los vencedores, cuenta con el privilegio epistémico de definir las condiciones de existencia presentes y hasta futuras, pues adicionalmente representan las distintas maneras institucionales y procedimentales que se han adoptado para organizar el sistema político, económico y social del país. De este modo, podemos incluso señalar

---

<sup>168</sup> Estamos haciendo referencia a la idea habermasiana respecto de “mundo de la vida”, que constituye en términos sintéticos “el horizonte de procesos de entendimiento con que los implicados llegan a un acuerdo o discuten sobre algo perteneciente al mundo objetivo, al mundo social que comparten, o al mundo subjetivo de cada uno”. Véase HABERMAS, Jürgen, *Teoría de la acción comunicativa I, Racionalidad de la acción y racionalización social*, Taurus Editores, 1998, Madrid. Traducción de Manuel Jiménez. P. 184

<sup>169</sup> Tenemos presente la idea de «imaginario social» trabajada por el filósofo canadiense Charles Taylor que le define como el modo en que las personas corrientes imaginan su entorno y existencia social, el tipo de relaciones que mantienen unas con otras, el tipo de cosas que ocurren entre ellas, las expectativas que se cumplen habitualmente y las imágenes e ideas normativas más profundas que subyacen a estas expectativas, siendo la concepción colectiva que en definitiva hace posibles las prácticas comunes y un sentimiento ampliamente compartido de legitimidad. Véase TAYLOR, Charles, *Imaginarios sociales modernos*, Editorial Paidós, 2006, Barcelona. Traducción de Ramón Vila Vernis. P. 37

que cada uno de estos relatos transicionales visibles conlleva la puesta en práctica de alguna teoría respecto a lo que se cree la mejor manera de gobernar y gestionar el poder. Diría, más concretamente, que lo que supone cada una de estas transiciones –incluso en el caso de la denominada «transición al orden» articulada en plena dictadura<sup>170</sup>– es la puesta en marcha de una determinada idea o teoría de la democracia, mediante la cual ejercer el poder para gobernar una sociedad.

El empeñamiento en consolidar una democracia (del tipo que sea, normalmente liberal, indirecta y de baja intensidad) deriva de la larga tradición contractualista de la ilustración que ha engarzado el ideal democrático con el proyecto occidental de la modernidad, haciendo de las ideas de democracia y modernidad un indisoluble binomio, con lo cual es dable a entender consecutivamente que los relatos transicionales no representan únicamente la proyección de una determinada idea de consolidación de la democracia, sino que, paralelamente, representan la ambición mayor de conducir a una determinada imagen de lo que sería la modernidad.

Sintetizados de esta manera, estos proyectos transicionales suponen algo mucho mayor que la determinación procedimental de las líneas maestras por las cuales se encamina la vida política de un país, representando en cierta manera una suerte de senderos mesiánicos por cuya vía se pretende encaminar no solo el devenir político de la sociedad, sino que, junto a ello, se pretende consolidar determinadas maneras de significar la modernidad, cuestión que merced del biopoder se manifiesta a su vez a escala de individuos, pues estos relatos transicionales operan en gran medida definiendo los horizontes de significación de los proyectos de vida individuales, estableciendo unas específicas pautas respecto al desarrollo de estos a través de los procesos de socialización e individuación.

En lo que va de nuestra explicación hasta este punto, hemos intentado desarrollar la idea de que las transiciones van mucho más allá de lo que una primera aproximación podría indicarnos, puesto que no se trata solo del establecimiento de una determinada forma de gobierno para el Estado, sino que su implicación resulta mucho mayor al inmiscuirse en la propia construcción de las subjetividades. Esta observación

---

<sup>170</sup> Hago inclusión de la «transición al orden» pues, no obstante, haberse articulado este relato en plena dictadura, no se puede desconocer que, por obra de este relato, quedaron sentadas las bases para la existencia de la democracia tutelada propia de la denominada “transición a la democracia”.

nos retrotrae al diagnóstico de incomprensión mutua entre los relatos transicionales estudiados y sus individuos destinatarios: tal distanciamiento responde fundamentalmente al lugar de enunciación del que emanan los significados y a la exclusión de la participación de los individuos en la elaboración del entramado mismo de estas transiciones y sus horizontes.

Decíamos en la presentación del primer capítulo que si había una matriz común en los distintos relatos transicionales, más allá de sus diversos posicionamientos ideológicos, era su común articulación estatal de tipo vertical descendente. Esta orientación monológica ha trazado grandes narrativas que cristalizaron como los grandes episodios de la «historia oficial» contemporánea de Chile, todos los cuales, de maneras más flagrantes unos que otros, se han caracterizado por lastrar la capacidad de agencia de los individuos, trayendo consigo agresivos procesos de individuación que han enfrentado a los individuos al peligro de ver colonizadas sus trayectorias vitales por medio de la delimitación de sus horizontes de significación en concordancia a los valores asentados en el imaginario social por cada una de las narrativas<sup>171</sup>.

No obstante esta forzosa aserción a los relatos transicionales, y con ella, a los horizontes de significación que sus procesos de individuación plasman, el germen de capacidad de agencia de los sujetos pervive<sup>172</sup>. Como mucho, la capacidad de agencia se

---

<sup>171</sup> Respecto a nuestra manera de concebir los procesos de individuación, seguimos la postura que, con reservas, Kathy Araujo y Danilo Martuccelli tienen de ellos al alero de la sociología de la individuación. Así, siguiendo a esta dupla de sociólogos, concebimos que “los modos de individuación revelan los rasgos principales de una sociedad en un momento histórico”, sin el objetivo de “dar ni con una tipología de caracteres morales, psicológicos o existenciales ni con una mera descripción de los efectos que a nivel de los individuos (anomia, alienación, desorientación) produce la vida social”, sino que persiguiendo más bien “*reconstruir el carácter específico de una sociedad histórica a escala de sus individuos*”. Con ello, la importancia que los procesos de individuación tienen para nosotros refiere a que nos es “relevante conocer cómo se producen los individuos al enfrentar los problemas y requerimientos cotidianos y ordinarios”. Véase ARAUJO, Kathy y MARTUCCELLI, Danilo, *Desafíos comunes. Retrato de la sociedad chilena y sus individuos, Tomo I: Neoliberalismo, democratización y lazo social*, Lom ediciones, 2012, Santiago de Chile. P. 15-16

<sup>172</sup> Al afirmar esta postura, hacemos nuestra también una posición que Araujo y Martuccelli esgrimían como sustento adicional para distanciarse de otras posiciones al interior de la sociología de la individuación: “nuestro rechazo a privilegiar una mirada que busca identificar las particularidades individuales como meras consecuencias estructurales” ya que “los individuos no son efectos directos de sus circunstancias. Sus circunstancias, a fin de cuentas, deben ser entendidas como espacios de juego, cuya elasticidad obliga a reconocer y considerar el trabajo que ellos despliegan”. De esta manera, concluimos con Araujo y Martuccelli que “los procesos de individuación se definen, así, por una combinación entre la naturaleza estructural de las pruebas que se deben afrontar –una dimensión que subraya nuestra participación en un colectivo social e histórico común–, y el trabajo de los individuos –las maneras en las que cada actor las percibe y las enfrenta singularmente a través, por un lado, de ciertos ideales que lo orientan y, por el otro, por lo que su propia experiencia personal le dice sobre las vías posibles, aconsejables y eficientes para presentarse y conducirse en lo social”. Véase Araujo y



precariza y se hace menos visible, pero sigue existiendo. Diría incluso que, con el paso del tiempo y alimentada por la resistencia que en su núcleo se genera merced de su neutralización, emprende nuevas vías de articulación que pese a la postergación de un espacio de participación institucional, poco a poco van constituyendo una fuerza que se establece como un relato alternativo que pasa de la mera resistencia oposicional a una propuesta más integral de valores y horizontes de significación alternativos que basan su fuerza en el principio de igual participación y que, aun desprovisto del blindaje institucional, se las arregla para permear poco a poco su *ethos* participativo en el lugar del poder, o mejor dicho, descentrando su ubicación.

Quisiera proponer que esta especie de relato invisibilizado, alternativo y desinstitucionalizado, del cual señaláramos los indicios de una incipiente articulación a través de la participación de las bases ciudadanas en los movimientos sociales actuales, constituye una idea transicional diferente, una «transición invisible», que a mi entender, se alzaría como un reenfoque crítico a la democracia vivida, a través la emergencia de una manera nueva de concebir a las subjetividades y su capacidad de agencia, que en último término determina una reestructuración de las ideas mismas de «desarrollo» y «modernidad».

Esta propuesta de reformulación de la democracia desplazaría el centro de su preocupación desde la hegemónica y ajena faz procedimental relativa a la organización del poder estatal hacia su descuidada faz vinculada a la participación de los ciudadanos con su capacidad de agencia soberana mediante la cual la democracia adquiere su significado sustantivo y aprehensible. Así, nuestra «transición invisible» adoptaría su significación a partir de la construcción participativa propiciada por su peculiar lugar de enunciación (en contraposición a las anteriores ideas transicionales), con lo cual la propia experiencia individual y colectiva de quienes habitan el país, a través del empoderamiento de sus subjetividades y mundos de conciencia, será quien impulse una transformación epistémica capaz de redefinir las maneras de vivir y de sentir, que a su vez transforman la percepción de las memorias y expectativas de la sociedad y con ello, las posibilidades de articulación de la democracia chilena. Esta transformación propiciada por el empoderamiento de la consideración del Sujeto que desplaza el eje de

la significación de la democracia, equivale en último término a una remozada comprensión del proyecto mismo de modernidad, que a través de una rousseana ética republicana de interés ciudadano en la participación y autogobierno, resignifica a la idea del desarrollo como un concepto en permanente construcción, que será progresivamente definido por la práctica participativa de la comunidad antes que como una meta predefinida por el interés de unos pocos y por la valoración de «expertos» que hoy le significan con la retórica del «crecimiento económico» atendiendo únicamente a criterios economicistas.

Esta «transición invisible» es, por tanto, refractaria de los verticalismos descendentes y de la hipertrofiada «cultura de expertos», pues deplora el distanciamiento creado por el abismo entre la narrativa inaprensible de los anteriores relatos transicionales y la ciudadanía. En respuesta a ello, traza su rumbo de acuerdo a las coordenadas del respeto a la igual participación, como un proceso transformador de la manera en la cual los sujetos se conciben a sí mismos como ciudadanos, cobrando especial importancia el empoderamiento de la subjetividad y su mundo de la conciencia. Dichas condiciones confieren a la «transición invisible» su origen y devenir autónomo, así como su elevado sentido de la responsabilidad, pues su articulación queda sujeta a la propia ciudadanía por medio de sus actos de autogestión, propendiendo a que, en definitiva, sean los propios sujetos quienes mediante el ejercicio deliberativo de la razón pública conquisten para ellos mismos la definición de sus horizontes de significación.

El contexto epocal del que arrancan las pinceladas teóricas según las cuales quisiera proponer la idea de una «transición invisible», como ya se ha dejado entrever, comienza con el presupuesto de que habitamos un tiempo y espacio marcado en el mundo occidental, que siendo sumamente conflictivo, conocemos como «modernidad». Ya se irá viendo en cada uno de los apartados que componen este capítulo algunos de los porqués que tornan tan discutible situarnos en este presupuesto, pues más allá de las opacidades que se deslizan tanto en la «crítica a la modernidad» de Alain Touraine, así como en los «malestares de la modernidad» reseñados por Charles Taylor, nos embarga el cuestionamiento aun mayor acerca de la vitalidad de la idea de modernidad, debate que trasunta varias perspectivas, desde concebir que habitamos un –todavía– inacabado proyecto de modernidad, como postula Habermas o pareciera deslizar a ratos también Peter Berger; o que en cambio no hay solo un proyecto de modernidad sino que varios que corren paralelamente como también pareciera esbozar alguna lectura de Berger; o

que, por el contrario, nos encontramos ante el fracaso del proyecto de la modernidad, tal como diagnóstico la primera escuela de Frankfurt, encontrándonos como tantos neonietzscheanos reclaman, en un tiempo de postmodernidad; o bien, que finalmente, en acuerdo a una posición todavía más polémica, la modernidad no sería más que una idea inventada por el occidente colonizador y que, en tanto tal, constituiría un falso presupuesto del cual habría que desmarcarse completamente para así pensar(se) desde la pluriversidad de las propias epistemologías silenciadas por la imposición del pensamiento colonial, como parecieran proponer autores pertenecientes a la escuela del «giro decolonial» como Walter Dignolo o Aníbal Quijano, o incluso, otro autor como Boaventura de Sousa Santos a través del proceso de «ecología de saberes»<sup>173</sup> que considera la recuperación de las llamadas «epistemologías del sur». A priori diremos nada más que nos situamos inestablemente con el telón de fondo de la modernidad y que en el desarrollo de la investigación nos ocuparemos de matizar nuestras propias convicciones respecto a lo que entendemos por «modernidad» a la vista de todas estas corrientes.

Dicho todo lo anterior, quisiera afirmar que el núcleo definitorio de aquello que he denominado “transición invisible” lo constituye una subterránea transformación epistémica que opera en la autocomprensión que los sujetos tienen de sí mismos. Marca el devenir de los sujetos desde una capacidad de agencia aprisionada y concernida únicamente en las definiciones de la esfera privada hacia una capacidad de agencia más plena que trae consigo una nueva manera de entenderse como sujetos políticos, conscientes de formar parte de una comunidad y sociedad cuyo constante proceso de elaboración y significación depende enteramente de estos sujetos que le componen, quedando superada la perspectiva atomista de la sociedad que le instrumentalizaba con miras a la consecución de fines individualistas.

---

<sup>173</sup> “Siendo infinita, la pluralidad de saberes existentes en el mundo es inabarcable en cuanto tal, ya que cada saber sólo da cuenta de ella parcialmente, a partir de su específica perspectiva. Pero, por otro lado, como cada saber sólo existe en esa pluralidad infinita de saberes, ninguno de ellos se puede comprender a sí mismo sin referirse a los otros saberes. El saber solo existe como pluralidad de saberes tal como la ignorancia sólo existe como pluralidad de ignorancias. Las posibilidades y los límites de comprensión y de acción de cada saber sólo pueden ser conocidas en la medida en que cada saber se propusiera una comparación con otros saberes. Esa comparación es siempre una versión contraída de la diversidad epistemológica del mundo, ya que ésta es infinita. Es, pues, una comparación limitada, pero es también el modo de presionar al extremo los límites y, de algún modo, de rebasarlos o dislocarlos. En esa comparación consiste lo que designo como ecología de saberes”. Véase SANTOS, Boaventura de Sousa, “¿Un occidente no occidentalista? La filosofía a la venta, la docta ignorancia y la apuesta de Pascal”, en *Para descolonizar occidente: Más allá del pensamiento abismal*, Clacso, 2010, Buenos Aires. Traducción de Rebeca Peralta Mariñelana. P. 68

Esta nueva manera de concebirse como sujetos políticos que posibilita el proceso de transformación de la conciencia obedece a muy variados factores en los que inciden variables de todo tipo y tamaño. Este capítulo sin tener la pretensión de abarcar la totalidad de los factores que pueden incidir en esta clase de transformación, sí intentará a lo menos, abarcar distintas miradas interdisciplinarias con el objeto de establecer una cierta fenomenología que permita explicar interpretativamente la existencia de este proceso transformador y su por qué.

Habiendo argumentado someramente el necesario paso desde la perspectiva situacional historiográfica hacia una perspectiva interdisciplinaria que al menos esboce el intento de dar consistencia teórica a la idea de una «transición invisible», es tiempo de presentar –también de forma somera– un mapa programático con las estaciones interdisciplinarias que compondrán este apartado teórico. En todos ellos transitaremos por la altura de ideas y conceptos más abstractos que puntualmente, en la medida de que resulte aconsejable, descenderán para situarse o encarnarse en las distintas aristas de la «transición invisible».

Ya establecido el presupuesto general inestable de la discutible idea de modernidad desde el cual nos situamos, y concibiendo también a priori a la «transición invisible» como un proceso de transformación de la subjetividad, fundamentalmente epistémico y relativo a la posibilidad de los individuos de alcanzar un cierto grado de autocomprensión en cuanto a ser sujetos políticos, el mapa programático de este capítulo nos situará primero ante una perspectiva fenomenológica acerca de cómo acontece el proceso de formación de la conciencia moderna de los sujetos de acuerdo a la teoría elaborada por la «sociología del conocimiento», particularmente en el desarrollo fenomenológico que de esta disciplina ha hecho Peter Berger, a modo de acercarme con ello a la comprensión de un cierto *ethos* compartido a nivel de la conciencia por los sujetos de este espacio epocal, que, obedeciendo a aspectos más abstractos y deslocalizados de una sociedad en concreto, a la par que considerando también variables que obedecen en cambio a particularidades del contexto y comunidad local del cual el sujeto hace parte, explicarían el anhelo participativo basado en el principio de respeto a la igual participación cognitiva de los sujetos en las definiciones de los aspectos que consideran fundamentales para sus vidas.

Como acto seguido, quisiera poner énfasis en los obstáculos que se oponen a este afán de participación, pero sobre todo, a la manera de plantarles resistencia que hemos visto, subyacen a la idea de una «transición invisible». En este sentido seguiré la trayectoria de una «crítica a la modernidad», esbozada en las múltiples resistencias y opacidades que cierta manera de desenvolverse del proyecto moderno ocasionan en la subjetividad, bajo el dominio de la lógica de la racionalidad instrumental que deviene en un panorama de la modernidad caracterizado por una elaboración fundada en interpretaciones funcional-estructuralistas. Intentaré orientar una posición que rehuya de aquella lectura de la modernidad, modificándola por otra que en cambio encuentra en el reposicionamiento del Sujeto el pilar fundamental para acometer la reestructuración del “inacabado” proyecto de la modernidad, en conjunto a la voluntad de participación del Sujeto manifestada colectivamente a través de la acción de los movimientos sociales. En este segundo acápite del capítulo orientaremos el curso de la investigación por medio de la denominada «sociología de la acción» (devenida más bien en «sociología del Sujeto»), desarrollada fundamentalmente por Alain Touraine, a fin de evaluar las posibilidades que el Sujeto tiene en la contemporaneidad para reactivar el *quid* de la idea de modernidad perseguida en toda época, situando las posibilidades de este Sujeto en el marco contextual específico de aquello que denominamos «transición invisible».

Posteriormente, en un tercer acápite de este capítulo, la trayectoria teórica nos llevará al ámbito de la filosofía moral y política, inmersos ya en la autocomprensión de la subjetividad en lo que respecta a la estofa moral de los sujetos que identificamos en la «transición invisible». En este punto, el análisis seguirá de la mano de Charles Taylor, quién, concibiendo al agente humano como un «animal autointerpretador», centrará parte importante de su trayectoria en determinar algunos malestares de la modernidad, referidos fundamentalmente al diagnóstico de «atomismo» que padecen nuestras sociedades contemporáneas, que consecutivamente trae aparejado un panorama de “inarticulación” del tejido social. A partir de sus diagnósticos, la propuesta tayloriana buscará desenmarañar a la modernidad de sus malestares y de sus malentendidos éticos. Esta relectura de las posiciones de Charles Taylor proporcionará luces a la «transición invisible» fundamentalmente respecto a cómo se podría, desde una posición antiatomista, construir una «transición invisible» compuesta por subjetividades concientes de que su mejor manera de interpretarse a sí mismos deviene de una idea

según la cual la sociedad, así como el relato que esta conforma, no existen para la satisfacción de fines individualistas, sino que para alcanzar la mejor posibilidad de agencia humana plena a través de su articulación colectiva que precisamente es lo que se atisba en las manifestaciones de «transición invisible» que fuimos mencionando al final de primer capítulo.

Todas estas específicas transformaciones que operan en la autocomprensión de los individuos de nuestra «transición invisible», en su afán de participación y mediante el empoderamiento de su condición de sujetos, darán cabida a que ideas tales como «ciudadanía» o «democracia» den paso a una reflexiva reelaboración en el acervo de sus propias auto-interpretaciones y con ello acontezca un verdadero acto por el cual hacer aprehensibles estas ideas, todo lo cual me conducirá a dilucidar el camino evolutivo que experimentan auto-interpretativamente estas nociones.

La «transición invisible», en razón de todas estas transformaciones experimentadas en el terreno de las subjetividades y que solo a modo introductorio hemos ido refiriendo, hacia el cuarto acápite (y final) de este capítulo, será objeto de análisis en cuanto a sus posibilidades de acabar constituyendo una nueva sociedad civil con la fuerza de adquirir la espesura de una esfera y opinión pública robusta capaz de propender al desarrollo de una participación política que se acerque a las posibilidades propuestas por la teoría discursiva del derecho de Jürgen Habermas (que se complementaran más adelante con las posiciones de Carlos Santiago Nino) y que en los términos puntuales del contexto y momento político que vive Chile se podrían atisbar en el potencial desarrollo de una política deliberativa a propósito del proceso constituyente que comienza a abrirse, el cual (nuevamente en un sentido potencial) podría permitir a la ciudadanía chilena cambiar los términos de su actual pacto social, haciendo «visible» a esta «transición invisible», trayéndole a la superficie por medio de una progresiva construcción de mecanismos institucionales a la medida de sus necesidades sociales e históricas que efectivamente propendan al desarrollo de una sociedad en conformidad a los cambios epistémicos acontecidos en las nuevas subjetividades.

## FORMACIÓN DE LA CONCIENCIA MODERNA EN EL ÁMBITO DE LA «SOCIOLOGÍA DEL CONOCIMIENTO»

Cuando hablamos de «transición invisible» y proponemos el acaecimiento de una transformación ciudadana, a quién estamos refiriendo concretamente es al individuo común y corriente, sujeto de a pie, neutralizado por parte de los anteriores metarrelatos transicionales que diseñaban su espacio existencial y le interpretaban acomodaticiamente, pero que a través de este proceso subterráneo de transformación en su subjetividad política al margen de lo institucional logra empoderar su propia autointerpretación para situarse de una manera soberana frente a las definiciones de su mundo de la vida, con el anhelo de lograr tener sobre ellas un mayor control. Referimos entonces, en definitiva, a la transformación que a nivel de conciencia experimentan los sujetos y que les mueve a modificar sus pretensiones y prácticas. Pero, ¿Cómo acontece esta transformación de la conciencia? Y quizás con preeminencia a esa pregunta deberíamos formularnos otra, en un nivel mayor de abstracción: ¿Cómo es que acontece el proceso de formación de la conciencia de los sujetos?

Antes que sujetos que viven en un tiempo y lugar específicamente situados, hemos mencionado que los sujetos que conforman la contemporánea ciudadanía chilena son agentes que forman parte de un proyecto mucho mayor que es el de la modernidad. En tanto que “modernos”, para principiar el entendimiento de la «transición invisible», mi propósito en este apartado será estudiar al individuo, precisamente a partir de cómo es que se construye —en un sentido más universal y abstracto— el entramado de significaciones que pueblan la conciencia moderna que nos posiciona de determinadas maneras en nuestra experiencia del mundo.

A este respecto, el sociólogo Peter Berger describió años atrás a este mundo en el que vivimos como «*un mundo sin hogar*»<sup>174</sup>, al estudiar en detalle la correlación de los múltiples fenómenos de modernización y de una específica manera que adquiere la formación de la conciencia moderna enfocada en la perspectiva de las personas comunes y corrientes; conciencia moderna que se devanea casi de manera compulsiva

---

<sup>174</sup> BERGER, Peter; BERGER, Brigitte; KELLNER, Hansfried; *Un Mundo Sin Hogar (Modernización y Conciencia)*, Editorial Sal Terrae, 1979, Santander. Traducción de Jesús García-Abril.

entre una infinidad de significantes sin que exista –a diferencia de la conciencia pre-moderna– un significante sustantivo que dote al mundo que se experimenta de la totalidad de sentido. Partiremos por esta obra enclavada en el campo de la «sociología del conocimiento» de tipo fenomenológico para bosquejar las especificidades de la generalizada conciencia moderna de la que son depositarios la mayoría de los individuos de este mundo, en forma previa a los matices particularistas que conducen a la específica transformación de la ciudadanía que se propone en esta investigación.

#### «MODERNIZACIÓN» COMO «OCCIDENTALIZACIÓN»

Berger comenzará exponiendo el presupuesto generalizado anidado en la opinión convencional de muchas personas referido a que “la modernidad no es solo característica sino superior a todo lo que la ha precedido”<sup>175</sup>. Esta observación que a menudo descansa en la asimilación conceptual de modernización y desarrollo, en relación al reductivo tópico del crecimiento económico<sup>176</sup>, ha contribuido a la fragmentación del mundo en «sociedades desarrolladas» y «sociedades atrasadas», teniendo estas últimas, medidas según este baremo, el doloroso estigma de ser aquellas que han acabado rezagadas en el relato de la historia de la humanidad. En estas «sociedades atrasadas», que en términos más optimistas (optimismo propio del tenor conceptualmente estrecho del maridaje neoliberal entre desarrollo y crecimiento económico) han dejado atrás el estigma de ser el «tercer mundo» para recibir el eufemismo más auspicioso de ser sociedades «en vías de desarrollo», la intención de liberarse de esta pesada cruz de lo atrasado o pre-moderno ha apuntado desde siempre, merced de la colonialidad del saber<sup>177</sup>, a la imitación de los modelos foráneos de

---

<sup>175</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 9

<sup>176</sup> A este respecto Berger señala que existe una sinonimia, pero también una diferenciación de los significados de modernización y desarrollo, aunque dentro del reducido contexto del crecimiento económico: “Una forma frecuente de distinguirlos ha consistido en aplicar el término «desarrollo» a los procesos de crecimiento económico, y el de «modernización» a diversos procesos socio-culturales concomitantes”. Berger, *Un mundo sin hogar*, P.12

<sup>177</sup> La idea de “colonialidad del saber” refiere a la que “tiene que ver con el rol de la epistemología y las tareas generales de la producción del conocimiento en la reproducción de regímenes de pensamiento coloniales”. Véase MALDONADO-TORRES, Nelson, “Sobre la colonialidad del ser: contribuciones al desarrollo de un concepto” en CASTRO-GÓMEZ, Santiago, GROSGUÉL, Ramón (Ed.), *El giro*



«desarrollo», haciendo que, a la postre, el denominado proceso de «modernización» para estas sociedades tenga por equivalencia al proceso de «occidentalización»<sup>178</sup>, en cuanto a que “es un proceso no solo de cambio social, sino de imposición cultural”<sup>179</sup>

#### OBJETO, MÉTODO Y POSIBILIDADES DE LA «SOCIOLOGÍA DEL CONOCIMIENTO»

En el tenor de estas ideas, lo que Peter Berger hace cuando analiza el proceso de modernización y el desarrollo de una determinada conciencia moderna es situarse en unas coordenadas geopolíticas muy particulares que son las del mundo occidental<sup>180</sup>, para desde allí realizar su análisis de las vicisitudes involucradas en el proceso de la modernidad. Y lo hace desde la actitud involucrada, inmiscuida en las definiciones de la conciencia pre-teórica, propia de la vida ordinaria de la gente. Esta perspectiva, defiende Berger, es propia de la «sociología del conocimiento», disciplina para la cual “la sociedad es vista como una dialéctica entre lo que se da objetivamente y los significados subjetivos, es decir, constituida por la interacción recíproca de lo que se experimenta como realidad exterior (concretamente, el mundo de las instituciones a que se enfrenta el individuo) y lo que se experimenta como algo interior a la conciencia del individuo”<sup>181</sup>. De esta forma, que “toda realidad tiene un componente esencial de conciencia”<sup>182</sup> pareciera ser el postulado central de «Un mundo sin hogar» y junto a

---

*decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, Siglo del Hombre Editores, 2007, Colombia. P. 130

<sup>178</sup> A decir de Berger, “La modernización del tercer mundo ha equivalido a occidentalización, tanto en el hecho social objetivo como en la forma subjetiva de percibirlo por parte de las personas afectadas. En esos países los portadores económicos y políticos han sido importados de fuera”. Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 127

<sup>179</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 116

<sup>180</sup> Se enfatiza este aspecto del estudio de la modernidad en su siguiente trabajo, «Pirámides del sacrificio», en el que Berger ahonda en la dicotomía presente entre lo que el denomina “teoría de la modernización” y su rival ideológico, la “teoría del imperialismo”, señalando que, “Es de suma importancia recalcar que ambos paradigmas han surgido de tradiciones intelectuales específicamente occidentales y han sido transmitidos por elites intelectuales de formación profundamente occidentalizada”. Véase BERGER, Peter, *Pirámides del Sacrificio (Ética política y Cambio social)*, Editorial Sal Terrae, 1979, Santander. Traducción de Jesús García-Abril. P. 28

<sup>181</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 17

<sup>182</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 17

ello, de manera correlativa, que la realidad se construye socialmente, siendo el propósito último de la «sociología del conocimiento» el de estudiar los mecanismos mediante los cuales ello acontece<sup>183</sup>.

El estudio de Berger apunta a las definiciones de la realidad centradas en la perspectiva de los propios sujetos, constituyendo estas definiciones “significados de la vida social de quienes lo habitan (unas de ellas cognitivas, referidas a lo que es y otras normativas que más bien refieren a lo que debería ser)”, volviéndose relevantes estas definiciones para la sociología del conocimiento en cuanto son aceptadas de un modo colectivo. Ello deviene en que, no obstante ser la conciencia un fenómeno propio de la conciencia subjetiva, sea susceptible de ser objetivada, “debido a que los elementos socialmente significativos son constantemente compartidos con otras personas”<sup>184</sup>. La principal ventaja de este enfoque, en palabras del propio Berger, “consiste en que ofrece la posibilidad de describir «desde dentro» las estructuras de la conciencia y vincular estas estructuras con los significados objetivos de los procesos institucionales dados «desde afuera»”<sup>185</sup>, abriendo las posibilidades del empoderamiento del sujeto, en cuanto considera que los límites de lo posible están fundamentalmente establecidos por las estructuras de la mente humana y no tan solo por exigencias externas de las instituciones.

Dicho lo anterior, el recorrido que «*un mundo sin hogar*» desarrolla, enfoca el estudio de la producción de la conciencia moderna, como sustrato de la tensión latente del individuo con dos de los aspectos fundamentales de la modernización que serían la galopante producción tecnológica y la burocratización, obviamente de acuerdo a la lógica de las interacciones entre la realidad dada objetivamente y el proceso elaborativo de la subjetividad que perfila la conciencia de un modo u otro, según sea la fricción que se produzca entre estos aspectos.

---

<sup>183</sup> BERGER, Peter; LUCKMANN, Thomas, *La construcción social de la realidad*, Amorrortu Editores, 1994, Buenos Aires. Traducción de Silvia Zuleta. P. 13

<sup>184</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 18

<sup>185</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 23

Sobre la producción tecnológica en cuanto fenómeno propio de la modernidad, Berger apunta a que esta se orienta en gran medida por la interdependencia de los componentes y sus secuencias, punto ante el cual, la conciencia del sujeto ordinario a través de su participación social en el contexto de la división del trabajo parece ya estar suficientemente adoctrinada por el contexto de la reproducibilidad y la mecanicidad del proceso laboral que impera como *modus operandi*, haciendo que este proceso se caracterice esencialmente por ser racional, controlable y predecible para que, en efecto, la interdependencia de componentes se produzca. Lo interesante respecto a este tema es que aquella conciencia que parece dominar la agencia subjetiva en el campo laboral, tiene una fuerza tal que se trasvasa a los demás dominios de la vida subjetiva, definiendo como una característica central de la conciencia de los individuos la *separación de los medios y de los fines* que conmina en muchos casos a los sujetos a poseer una serie de conocimientos que se encapsulan en compartimentos estancos, a los que Berger califica como «agregaciones segregadas de la conciencia», teniendo este punto como consecuencia más notoria la creciente segregación del mundo del trabajo de la vida privada<sup>186</sup>.

En este orden de ideas, una gran cantidad de frustraciones se provocan a menudo porque lo que Berger denomina «la lógica operaria del estilo remendón»<sup>187</sup> del sujeto involucrado en la producción tecnológica se trasvasa del rol específico a la vida privada, con la salvedad de que lo que se trasvasa es únicamente el modelo cognitivo pero no así un repertorio de conocimientos específicos para reparar la vida personal de la manera en que, en cambio, en los contextos laborales se dispone de repertorios afinados para la solución de inconvenientes.

---

<sup>186</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 32

<sup>187</sup> Berger utiliza el apelativo de «remendón» referido al hecho de que el estilo cognitivo del operario de la producción tecnológica se prodiga por estar pendiente de reparar las situaciones que se le presentan en la faena, ocurriendo que luego el trasvase que opera desde la producción tecnológica hacia la vida privada del sujeto se caracteriza por establecer ese mismo estilo cognitivo. Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 34

Por otra parte, otro aspecto importante de esta *componencialidad*<sup>188</sup> que tiene su raíz en el modelo de producción tecnológica de la modernidad lo constituye la posibilidad de substituir a los componentes del proceso productivo, aspecto que modela la conciencia en la asunción de una condición de anonimato que contribuye a enfatizar aun más, si cabe, la segregación de los mundos de vida del sujeto, en cuanto este advierte que la significación sustantiva de su vida la adquiere en su vida personal, privada, puesto que en el mundo del trabajo es visto como una pieza esencialmente reemplazable. La *componencialidad* además importa la imposibilidad de concebir una visión general de conjunto de todo el proceso de producción tecnológica puesto que este estilo de producción en unidades anónimas vuelve inaprensible aquello que excede a la propia realidad, ya que “el producto final no le resulta asequible en una experiencia concreta”<sup>189</sup>. Pese a ello, persiste en la subjetividad el interés por establecer esa visión de conjunto como una prescripción deontológica (“debería de alcanzar esa visión de conjunto”), persistencia que se traduce en una forma de opacidad de la imagen de sí mismo en la que “se percibe a la propia experiencia como algo incompleto, como algo en cierto modo defectuoso (...) Hay, por lo tanto, una amenaza constante en la situación de falta de sentido, des-identificación y experiencia de anomia”<sup>190</sup>

Los aspectos recién tratados contribuyen en gran medida a la construcción de un universo simbólico de la modernidad tecnológica cuyo poder de extensión es tal que no es necesario en absoluto que un sujeto en específico trabaje dentro del área de la tecnología para pensar de una manera tecnológica. Ello es posible debido a que “se puede diferenciar entre *portadores primarios* y *secundarios* de estas constelaciones de la conciencia. Los portadores primarios son aquellos procesos e instituciones directamente implicados en la producción tecnológica. Los portadores secundarios, en

---

<sup>188</sup> La *componencialidad* refiere a que “los componentes de la realidad son unidades independientes que pueden ser relacionadas con otras unidades; es decir, que la realidad *no* se concibe como un flujo continuo de con-junción y disyunción de entidades únicas. Esta percepción componencial de la realidad es esencial para la reproducibilidad del proceso de producción, así como para la correlación entre hombres y máquinas”. Añade Berger -en un pie a página- respecto a este término de componencialidad “que difícilmente puede considerarse como una contribución estéticamente grata al lenguaje de la ciencia social” y que a él “hemos llegado de no muy buen agrado. Primeramente quisimos usar el término «atomismo», pero lo descartamos, dadas sus indeseables connotaciones filosóficas”. Véase Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 30. Curiosamente, el término «atomismo» en una de sus “connotaciones filosóficas” será abordado más adelante en este capítulo, en el tenor tanto o más indeseable con el que le trata Charles Taylor.

<sup>189</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 40

<sup>190</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 40

cambio, son los procesos e instituciones que, sin estar implicados en cuanto tales en dicha producción, sin embargo sirven de agencias trasmisoras de la conciencia que se deriva de ella. Las instituciones de la educación y la comunicación de masas pueden considerarse generalmente como los más importantes portadores secundarios”<sup>191</sup>. La consecuencia del enorme flujo de difusión hace que los temas vinculados a la producción tecnológica rápidamente se tornen independientes de los portadores, pasando a formar parte de una cosmovisión moderna que deja de depender de relaciones directas con los procesos de producción tecnológica a tal punto de desarrollar su propia dinámica, que sobrepasa la dependencia directa de procesos institucionales específicos y en cambio “puede por sí misma influir dichos procesos y hasta producirlos”.<sup>192</sup>

Seguidamente, la producción tecnológica mediante sus diferentes portadores ha redundado en una interdependencia con la conciencia que se caracteriza por la enorme diferenciación de los espacios de definición de la subjetividad, en los cuales la dimensión de la vida privada e íntima adquiere una importancia sustantiva ante la imposibilidad del sujeto –en la mayoría de los casos– de lograr la satisfacción propia de la autorrealización en las otras esferas de vida, particularmente la laboral, en tanto se sucede irremediamente la imposibilidad de obtener una visión de conjunto del proceso productivo que prevendría estos perniciosos efectos por causa de la imposición de la lógicas de *componencialidad* y *sustituibilidad* propias de la división del trabajo. En adición y casi de manera perversa, la interdependencia de las esferas de vida, así como de la conciencia y el fenómeno de la tecnología, a menudo se traduce en el trasvase cognitivo de la lógica solucionadora de problemas, propia de la especificidad de la agencia subjetiva en la esfera laboral, a los asuntos de la vida personal del sujeto, en la cual, ante la ausencia de recetas y protocolos específicos de resolución de

---

<sup>191</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 42

<sup>192</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 43. Aquí Berger ha tomado prestado el concepto de «afinidad electiva» de Max Weber, que refiere a un tipo muy particular de relación dialéctica que se establece entre dos configuraciones sociales o culturales, que no es reducible a la determinación causal directa o a la “influencia” en sentido tradicional. Weber refiere concretamente en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, a “afinidades electivas entre algunas particularidades de la creencia religiosa y la ética profesional. Así, tomando en cuenta dichas afinidades, hasta donde es posible, damos por esclarecido, a la par, la manera de actuar y el sentido de la actividad religiosa para influir en el desarrollo de la civilización en el plano de lo material”. Véase WEBER, Max, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Premia Editora, 2004 (digitalización), México. Traducción de José Chávez Martínez. P. 53/130

conflictos, suelen proliferar las insatisfacciones y en el peor de los casos, el peligro de la anomia<sup>193</sup>.

#### BUROCRACIA Y CONCIENCIA MODERNA

Del mismo modo que Berger concede protagonismo a la relación de interdependencia de la producción tecnológica y la conciencia moderna, no deja de lado tampoco al fenómeno de la burocracia que, relacionada de manera interdependiente a esos fenómenos, contribuye también a dotar de ciertas especificidades a la conciencia moderna.

Berger comienza por distinguir estos fenómenos que se relacionan con la conciencia, indicando que “una diferencia capital entre la producción tecnológica y la burocracia radica en la *arbitrariedad* con que los procesos burocráticos se superponen a tal o cual sector de la vida social”<sup>194</sup>, en tanto que “la lógica fundamental de la producción tecnológica al nivel de la praxis como al nivel de la conciencia, es la lógica de la productividad. Con la burocracia no sucede necesariamente lo mismo”<sup>195</sup>.

Berger propone una vez más que nos situemos en el plano de la conciencia de los sujetos comunes y corrientes, y nos lleva de esta forma a reflexionarnos en tanto clientes de la burocracia, particularmente de la burocracia política, puesto que el autor afirma que es en esta dimensión que la burocracia demuestra su naturaleza más auténtica. Situados allí, veremos que un punto de partida común que tenemos para relacionarnos con la burocracia consiste en posicionarnos de manera automática dentro

---

<sup>193</sup> Aquí Berger toma específicamente el concepto de anomia acuñado en el trabajo sociológico desarrollado por Emile Durkheim en *El suicidio*. En dicho trabajo, Durkheim añade a las tradicionales categorías de “suicidio altruista” y “suicidio egoísta” una tercera categoría que denomina “suicidio anómico”, referido fundamentalmente en número al caso de las mayores fortunas dentro de los rentistas que sufren por la falta de organización, a diferencia de las clases inferiores que tienen sus horizontes limitados y por lo mismo sus deseos más definidos. Durkheim define pues a la anomia como un mal del infinito vinculado a un estado de desadaptación en un escenario que sobreviene carente de organización, caracterizado por la incertidumbre ante el porvenir, que junto a la determinación del propio sujeto, le condena a una perfecta movilidad que deviene en un estado de perturbación, agitación y descontento, que aumenta necesariamente las probabilidades del suicidio. Véase DURKHEIM, Emile, *El Suicidio: un estudio de sociología*, Akal Editores, 2012, Madrid.

<sup>194</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 45

<sup>195</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 46

del empleo de unas reglas de un juego ya previstas, a las cuales inclusive añadimos la convicción de percibir aquel marco prescriptivo de acción como algo necesario. Por la diversidad de asuntos concernientes a la pluralidad de opciones presentes en los distintos mundos de vida, existen múltiples jurisdicciones de burocracia extensamente repartidas, situación que redundo en que la conciencia ordinaria de los individuos este bien familiarizada con las ideas de *competencia*, *remisión*, *cobertura* y *procedimiento apropiado*<sup>196</sup> que, entre otras, resultan fundamentales para la sobrevivencia del cliente en su relación con las múltiples dimensiones en las que está involucrada alguna forma de burocracia. De la misma manera que la producción tecnológica imponía a la conciencia estar al tanto de los principios reguladores de la *componencialidad* de las faenas y la *sustituibilidad* de los operarios, en el ámbito de la burocracia de manera similar se tiene en cuenta la presencia de la lógica reguladora del anonimato, en tanto que “las competencias, procedimientos, derechos y deberes burocráticos no corresponden a individuos concretos, sino a los titulares y clientes de los departamentos burocráticos”<sup>197</sup>.

Muy relacionadas a la manera en cómo es concebida esta lógica, están las diferentes características del estilo cognitivo de la burocracia. De esta manera, *metodicidad*<sup>198</sup>, *organizabilidad general y autónoma*<sup>199</sup>, *predicibilidad*<sup>200</sup> y una *general*

---

<sup>196</sup> Por *competencia* Berger refiere a que “dentro de cada jurisdicción y cada agencia dentro de ella *solo* es competente para aquella esfera de la vida que le ha sido asignada, y se supone que posee un conocimiento adecuado a dicha esfera (...) Así el individuo sabe a dónde tiene que ir para hacer una determinada solicitud”. Luego, por *remisión* Berger refiere a una categoría burocrática clave (que puede ser muy compleja y significar grandes pérdidas de tiempo en trámites burocráticos) que funciona como una consecuencia típica de la afirmación de falta de competencia por parte de un burócrata, que remite el asunto a otro burócrata que si es competente. Cuando se piensa que dentro de la especial esfera de lo burocrático «no hay nada que quede fuera» arribamos a la idea de *cobertura*, en el sentido de que “la burocracia sigue ampliando sus normas de procedimiento (cuando no el número de burócratas) a medida que se presentan casos que no han sido previamente «cubiertos», contemplados en su normativa. Por *procedimiento apropiado* Berger alude a que “se supone que la burocracia opera dentro de unas normas y unas secuencias racionales que son conocidas o que, en principio, pueden serlo (...) directamente relacionado con la idea de legalidad y procedimiento legal. Hay leyes que prevén la existencia de una determinada burocracia y de muchos de sus procedimientos. La misma existencia de la burocracia es legitimada por esta legalidad, y se supone que la burocracia operará de acuerdo con la ley”. Véase Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 47-48

<sup>197</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 49

<sup>198</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 51

<sup>199</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 52

<sup>200</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 53

*esperanza de justicia*<sup>201</sup>, ultiman que aquella lógica de *anonimato* tenga la cualidad de ser *moralizada*<sup>202</sup>, aspecto del que finalmente arranca el fundamento legitimador de la burocracia<sup>203</sup>.

La carga moral intrínseca del cumplimiento de los rituales de la burocracia dibuja una considerable diferencia cognitiva entre la burocracia y la producción tecnológica, consistente en la *no separabilidad de los medios y los fines*<sup>204</sup>, que redundaba en que “a los medios y procedimientos adecuados se les otorga un valor moral positivo, y en muchos casos se supone que si se obtiene un fin legítimo por medios ilegítimos, el daño que esto ocasiona a la integridad de la agencia burocrática supera con mucho cualesquiera beneficios positivos que puedan derivarse de dicha acción”<sup>205</sup>.

Una vez más, de similar manera a como acontecía con la producción tecnológica, en relación a la burocracia también se producen trasvases desde ella y hacia ella. Un buen ejemplo de esto es cierta «personalización de la burocracia» (que normalmente no va más allá de un tono superficial conducente a volver algo más amena la burocracia tanto para burócratas como para clientes), pero más importante que ella –al menos para el enfoque que tenemos presente al hacer este análisis– es el trasvase que ocurre a la inversa, concerniente a la «burocratización de la vida personal», que impone en relación a la conciencia una serie de efectos sobre la emotividad referidos particularmente a su control, en cuanto al recato en la expresión espontánea de los estados emocionales, a la vez que incluso asigna estados emocionales<sup>206</sup> que se revelan fundamentales en la subjetividad política del individuo, en cuanto al grado de control

---

<sup>201</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 53-54

<sup>202</sup> “El anonimato no se reconoce solo como una necesidad pragmática, sino como imperativo moral que hay que cumplir (...) En la burocracia el anonimato es intrínsecamente definido y moralmente legitimado como un principio de las relaciones sociales”. Véase Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 54

<sup>203</sup> “el sistema burocrático en su conjunto tiene unas obligaciones morales para con su anónima clientela (...) Una agencia burocrática será juzgada en función del modo como realice su tarea en este sentido moral/anónimo”. Véase Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 55

<sup>204</sup> “En la burocracia los medios suelen ser tan importantes o casi tan importantes como los fines. Ya no se trata solo de que alguien adquiera un pasaporte, sino de adquirirlo por los medios apropiados”. Véase Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 55

<sup>205</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 55

<sup>206</sup> “el poner entre paréntesis la inclinación personal; la adecuada clasificación mental objetiva de cada caso; la concienzuda observancia del procedimiento oportuno, incluso en situaciones de gran tensión... todos estos no son únicamente elementos del estilo cognitivo, sino que presuponen unos controles emocionales específicos” Véase Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 59



que tienen los sujetos respecto a su efectiva capacidad de agencia, toda vez que la burocracia impone a los sujetos una relacionalidad en la que el cliente se ve siempre *pasivamente implicado* pues “al topar con la burocracia, el individuo fundamentalmente no hace cosas, sino que las cosas le son hechas”<sup>207</sup>. De esta manera, y visto en cuanto a sus atributos políticos, el sujeto está constreñido por el estilo cognitivo de la burocracia transpuesto a observar un seguimiento al pie de la letra de las reglas del juego que estructuran la realidad política en la que vive, impuestas por la agencia burocrática estatal, deviniendo ello en un actuar que normalmente se distingue, como señalamos, en una emotividad muy controlada, ceñida a seguir protocolos clientelares conducentes a la obtención de lo que por medio de la petición se ha solicitado.

A su vez, como adicionalmente la no separabilidad de medios y fines constituye un núcleo epistemológico de este estilo cognitivo, una vez transpuesto este a la conciencia, determina que quién actúa dentro de las reglas del juego en el sentido burocráticamente dispuesto adquiere una importante convicción de haber actuado apropiadamente en un fuerte sentido moral y, en un sentido inverso, que quién logre desprenderse del yugo moral que impone la agencia burocrática e intente conducir su forma de participación política en un sentido diverso a los predispuestos, reciba inicialmente (y según el grado de legitimación con el que cuente aparato burocrático) un fuerte reproche que no solo se dirigirá a apuntar la imprudencia procedimental de la actuación no contemplada dentro de las reglas del juego, sino que, más fuerte que eso, se le reprochará la imprudencia moral cometida. Demás está decir que este diagnóstico de la participación política, dentro de los cánones preestablecidos por el aparato burocrático, como lo moralmente deseable, se deja sentir fuertemente en un país como Chile en el que la participación política conducida por medio de protestas organizadas por movimientos sociales, por ejemplo, es degradada moralmente de manera sistemática, denostándose en forma generalizada a sus participantes por los hechos aislados de violencia que acontecen con calificativos como los de “vándalos” o hasta “terroristas”, excediéndose el reproche moral hasta la mismísima criminalización, en circunstancias de que la autoridad estatal suele aludir –a lo menos discursivamente– a la existencia de vías institucionales (burocráticas) para hacer eco de la protesta ciudadana, que representarían el “buen camino moral”.

---

<sup>207</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 60

Tanto la producción tecnológica como la burocracia dieron cuenta de una multiplicidad de aspectos circundantes que amenazan volverse inaprensibles para los sujetos. Factores como la incapacidad de desarrollar una perspectiva con total campo de visión en la producción tecnológica, y los infinitos sistemas burocráticos a los que estará sometido el devenir del sujeto nos alertan de que quizás uno de los mayores rasgos del tiempo y el mundo en el que vivimos sea la excesiva fragmentación de agencias que se experimentan. Ello, por cierto, no es un fenómeno exclusivo del mundo externo que experimenta el sujeto, sino que asimismo, este rasgo toma sitio también en la propia conciencia moderna. Sobre este aspecto, Berger habla de la «pluralización de los mundos de vida y conciencia», concibiendo que esta naturaleza fragmentada del mundo de significaciones imponen como denominador común en la conciencia moderna una híper-planificación de las trayectorias personales, volviéndose imprescindible en el urbanizado pensamiento<sup>208</sup> el concepto fundamental de «proyecto vital» que “es el contexto básico sobre el que está organizado el conocimiento de la sociedad en la conciencia del individuo”<sup>209</sup>. Predomina en esta concepción del sujeto como «proyecto vital» un estilo cognitivo de planificación de la vida a largo plazo en el que la biografía se considera como un *proyecto diseñado*, en el que el sujeto “no solo planifica lo que va a hacer, sino también lo que va a ser”<sup>210</sup>. Este carácter de proyecto individual que adopta la subjetividad en el sentido que Berger señala, le lleva a concebir la identidad moderna como “la manera como los individuos se definen a sí mismos”<sup>211</sup> caracterizándose por ser *especialmente abierta, diferenciada, reflexiva e individuada*<sup>212</sup>.

---

<sup>208</sup> Con el concepto de «urbanización del pensamiento», Berger ha querido aludir a un proceso a nivel de la conciencia que es consecuencia de la propia estructura de las ciudades que “obliga a sus habitantes a ser «urbanos» con respecto a los extraños, y «sofisticados» en relación a otros modos distintos de enfocar la realidad (...) La ciudad ha creado un estilo de vida (incluidos los modos de pensar, de sentir y de experimentar normalmente la realidad) que constituye la norma de la sociedad en general. En este sentido es posible «urbanizarse» y seguir viviendo en un pueblo e incluso en una granja”. La «urbanización del pensamiento» se ha decantado fundamentalmente a través de los modernos medios de comunicación de masas. Véase Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 66

<sup>209</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 72

<sup>210</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 73

<sup>211</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 75

<sup>212</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 75. Adicionalmente, respecto al específico rasgo de «reflexividad» en la identidad moderna, existe una importante teoría sociológica contemporánea relativa a la

Todos estos rasgos de la identidad moderna se manifiestan poderosamente en los procesos de secularización que convierten a la religión en un fenómeno acotado al mundo privado del sujeto<sup>213</sup>, aspecto abiertamente contrapuesto a la identidad premoderna caracterizada por el orden total de la existencia al alero de las grandes doctrinas comprehensivas de orden religioso.

De esta manera, en el pensamiento de Berger, la opacidad de la identidad moderna se encuentra en una cierta “pérdida metafísica de «hogar»”<sup>214</sup> que experimenta el sujeto abandonado a su suerte. Esta pérdida de sujeción a un significante fuerte y predefinido tiene su correlato en la contemporánea importancia que ha adquirido la idea de la dignidad humana en detrimento del concepto del honor, cada día más obsoleto, pues a decir de Berger, “es precisamente en ese yo solitario donde la conciencia moderna ha visto al portador de la dignidad humana y de los derechos inalienables del hombre. El moderno descubrimiento de la dignidad tuvo lugar precisamente en medio de la ruina y el descrédito de las ideas del honor”<sup>215</sup>. Es precisamente en el tránsito de estas ideas, desde el honor a la dignidad, que se hacen más evidentes los claroscuros de la modernidad que habitamos, pues, no obstante, podemos enorgullecernos de formar parte de una historicidad que ha conquistado la idea de dignidad que “en contraste con el honor, siempre se refiere a la humanidad intrínseca despojada de todos los roles o

---

«modernización reflexiva» trabajada por autores como Anthony Giddens y Ulrich Beck que, “–dicho de manera simplificada y por anticipado– refiere: por un lado, a una época de la modernidad que se desvanece y, por otro, al surgimiento anónimo de otro lapso histórico, surgimiento que no se gesta a causa de elecciones políticas, del derrocamiento de gobierno alguno o por medio de una revolución, sino que obedece a los efectos colaterales latentes en el proceso de modernización autónomo según el esquema de la sociedad industrial occidental. La modernización reflexiva inaugura la posibilidad de una (auto)destrucción creadora para una época en su conjunto, en este caso, la época industrial. El «sujeto» de esta destrucción creadora no es la crisis, sino el triunfo de la modernización occidental. Esta teoría es una protesta –y refutación– contra la teoría del fin de la historia de la sociedad”. Véase BECK, Ulrich, “Teoría de la modernización reflexiva” (P. 223-265) en GIDDENS, Anthony; BAUMAN, Zygmunt; LUHMANN, Niklas; BECK, Ulrich; *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Anthopos editorial, 2011, Barcelona. Compilación de Josexto Beriain y traducción de Celso Sánchez Capdequí. P. 223

<sup>213</sup> Berger habla de un fenómeno de privatización de la religión según el cual “las definiciones religiosas de la realidad han perdido su carácter de certeza y, en lugar de ello, se han convertido en objeto de elección”. Véase Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 79

<sup>214</sup> “La consecuencia última de todo esto puede expresarse de un modo muy sencillo (aunque la simplicidad es engañosa): el hombre moderno ha sufrido los profundos efectos de la «falta de hogar» (homelessness). El correlato del carácter migratorio de su experiencia de la sociedad y del yo lo ha constituido lo que podríamos llamar una pérdida metafísica de «hogar»”. Véase Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 80

<sup>215</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 86

normas impuestos por la sociedad”<sup>216</sup>, por otra parte, curiosamente, la conciencia moderna carece de cierto sentido histórico, en el entendido de que, a diferencia del mundo en el que prima el honor y en el que “la identidad está estrechamente vinculada al pasado por medio de la reiterada ejecución de actos prototípicos”, en el mundo en el que la dignidad cobra importancia, “la historia es la sucesión de mistificaciones de las que el individuo debe librarse para alcanzar la «autenticidad»”<sup>217</sup>. Aquel viaje hacia la «autenticidad», junto a otras ideas como las de la «mala fe» en Sartre, o la «alienación» y la «falsa conciencia» en Marx, representan para Berger señales inequívocas de nuestro tiempo que “solo podían surgir y exigir credibilidad en una situación en la que el poder de las instituciones para definir la identidad hubiera sido muy debilitado”<sup>218</sup>.

Así, la opacidad de la modernidad<sup>219</sup> que comienza prometiendo un agradable dulzor y nos acaba dejando un regusto un tanto amargo, es caracterizada por Berger con la metáfora de la «falta de hogar» que padece la conciencia moderna, encontrándose en un punto a-histórico de desorden que Berger cree advertir se verá superado con el advenimiento de nuevas instituciones, pues es precisamente la sensación incómoda de la falta de hogar de la conciencia moderna quién reclama con mayor ahínco por una realidad ordenada. Berger tiende a pensar en este punto que el hombre habrá de retomar

---

<sup>216</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 86

<sup>217</sup> La idea de «autenticidad» que parece tener presente Berger aquí es la de Heidegger, en cuanto a reconocer que somos seres para la muerte, más allá de las mistificaciones de la historia. Véase Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 88. Más adelante en este capítulo, en el apartado dedicado a la filosofía desarrollada por Charles Taylor tendremos ocasión de ahondar en la fuerza moral del ideal de «autenticidad» y su desacreditación en las formas contemporáneas que le reducen a relativismos fáciles que se deslizan en formas atrofiadas de libertad autodeterminada. Véase más sobre la articulación del ideal contemporáneo de la «autenticidad» en TAYLOR, Charles, *La ética de la autenticidad*, Editorial Paidós, 1994, Barcelona. Traducción de Pablo Carbajosa Pérez.

<sup>218</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 89

<sup>219</sup> Esta idea en Habermas es caracterizada más bien por el agotamiento de las energías utópicas propias de la sociedad del trabajo. “Cuando se secan los manantiales utópicos se difunde un desierto de trivialidad y perplejidad” nos dice Habermas, para afirmar como acto seguido que “la autoafirmación de los modernos ha impulsado más claramente que nunca una conciencia de la actualidad en la que se encuentran mezclados el pensamiento histórico con el utópico”. Habermas percibe el proyecto de modernidad como incompleto antes que fracasado y culminado, pensamiento que le lleva a desestimar la arraigada idea del advenimiento de una postmodernidad, concibiendo que en cambio el espíritu contemporáneo de los tiempos no ha variado en un sentido epocal que nos haga salir de la modernidad, sino que contemporáneamente, lo que acontecería es un mayor acento de la perplejidad epocal por la desaparición de ilusiones que colmaban la autoconciencia moderna, cuales eran el horizonte de felicidad y emancipación promedio por las utopías de orden así como la ilusión metodológica unida a proyectos de una totalidad concreta de posibilidades vitales futuras. Véase más en HABERMAS, Jürgen, “La crisis del Estado de bienestar y el agotamiento de las energías utópicas”, en *Ensayos Políticos*, Ediciones Península, 2002, Barcelona. Traducción de Ramón García Cotarelo, P. 157-188

su historicidad mediante la construcción de nuevas instituciones produciendo con ello, ipso facto, el retorno aprehensible del honor, aunque en un modo diferente a su versión premoderna, puesto que la identificación con los roles institucionales “se experimentarán no como tiranías autoalienantes, sino como medios libremente elegidos de autorrealización”<sup>220</sup>.

#### PORTADORES Y PAQUETES DE LA MODERNIDAD

Con posterioridad a este *excursus* relativo al honor y la dignidad, Berger prosigue con el énfasis puesto en analizar los procesos de transmisión del *ethos* de la modernidad. Para ello se avoca al desarrollo conceptual de lo que serían los «portadores» y «paquetes» de la modernidad, teniendo con ello la pretensión de aclarar parcialmente los juegos relacionales que configuran la conciencia de la modernidad.

Por «portador» referirá a “un proceso institucional o a un grupo que ha producido o transmitido un elemento determinado de la conciencia”<sup>221</sup>, pudiendo ser de naturaleza intrínseca (necesaria) o extrínseca (accidental) la relación que se produzca entre portador y conciencia. En este ámbito de portadores a su vez subdistinguirá entre «portadores primarios», referidos a la producción tecnológica y burocracia, que a su vez constituyen agentes primarios de la modernización y «portadores secundarios», que se caracterizan por ser “procesos sociales y culturales, la mayor parte de los cuales se basan *históricamente* en los portadores primarios, pero pueden actualmente tener una eficacia autónoma”<sup>222</sup>.

Por «paquetes» (concepto que toma prestado de Iván Illich<sup>223</sup>), entiende “un conjunto de procesos institucionales y agregados de conciencia que puede estar

---

<sup>220</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 92

<sup>221</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 96

<sup>222</sup> Entre estos portadores secundarios se subrayan especialmente la urbanización; un sistema «móvil» de estratificación»; «la esfera de lo privado» como contexto clave de la vida individual; las instituciones características de la innovación científica y tecnológica; la educación de masas y, como extensión de ella, los medios de comunicación social. Véase Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 100.

<sup>223</sup> Particularmente toma la idea de “paquete” o *Package* (en inglés) a propósito del trabajo de Iván Illich respecto a la crítica de las instituciones y al proceso de escolarización observado precisamente como un

compuesto por elementos intrínseca o extrínsecamente unidos”<sup>224</sup>, que en resumidas cuentas constituyen formaciones conjuntas de distintas combinaciones de los antes mencionados portadores.

Una vez presentada esta categorización, Berger advierte que en la formación de los distintos «paquetes», influirán una serie de «vectores institucionales variables significativos para la conciencia moderna» que será necesario tener en cuenta para advertir importantes diferencias que se pueden producir en la disposición de los distintos «paquetes» y a la vez, también para estudiar las reales posibilidades que hay para acometer el desmontaje de un determinado «paquete». Entre aquellos vectores se destacan el “continuo” grado de desarrollo de los portadores primarios, la localización cultural de los portadores primarios (si estos son indígenas o importados), cuestión que importará también para contrastar el desarrollo de las sociedades más industrializadas respecto de las sociedades pertenecientes al «tercer mundo», al igual que la relación de acceso a los beneficios económicos de la modernidad, advirtiéndose en ello los resabios del colonialismo en cuanto a que precisamente son las sociedades industriales (en las cuales la presencia del portador primario de la producción tecnológica es, en efecto, una realidad incuestionable) las que se han beneficiado de la riqueza creada no en poca medida a costa de la depredación que realizan de las materias primas de las «sociedades atrasadas» que en contrapartida se mantienen pobres o empobrecen todavía más<sup>225</sup>.

Finalmente, importan también vectores variables tales como el grado de autonomía en el funcionamiento de las burocracias o la organización social de la economía<sup>226</sup>, factor que hoy trasciende una importancia menor al estar la organización social claramente decantada en favor del capitalismo financiero en la casi totalidad del

---

“paquete” conformado por varias combinaciones de los portadores de la modernidad. Véase más en ILLICH, Iván, *La sociedad desescolarizada*, Editorial Brulot, 2011, Santiago de Compostela.

<sup>224</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 96

<sup>225</sup> Este punto referido a la depredación de los recursos naturales, que generalmente se pasa por alto incluso en la bibliografía más crítica respecto a los malestares modernos, ha sido un punto determinante no solo en la denominada «acumulación originaria de capital» de las a la luz del desarrollo del «neoeextractivismo» a través de grandes proyectos de megaminería, entre otros, en rincones del «sur global» como África y Latinoamérica, a través de dinámicas de dependencia respecto de nuevos actores como acontece actualmente con el caso del creciente imperialismo económico de China. Atiendo en este sentido a autores como el uruguayo Eduardo Gudynas y la socióloga argentina Maristella Svampa. En particular, he tenido a la vista SVAMPA, Maristella, *Cambio de época: movimientos sociales y cambio político*, Clacso–Siglo XXI editores, 2008, Buenos Aires.

<sup>226</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 104

mundo, a diferencia del panorama mundial dividido por la «cortina de hierro» que tenía presente Berger cuando escribía «*un mundo sin hogar*» y que concebía la posibilidad cierta de la organización social centralizada estatalmente por medio de los denominados «socialismos reales», importando hoy en cambio mucho más los matices que al interior del mismo capitalismo se observan.

Atendidas todas estas variables que han de considerarse para desmontar paquetes, Berger señala que respecto a las vinculaciones intrínsecas, entre los procesos institucionales y los agregados de la conciencia, esta cohesión es más firme y difícil de desmontar tratándose de los portadores primarios; y que ya refiriéndose estrictamente a estos portadores primarios, es más complicado desmontar los vinculados a la producción tecnológica que los referidos a la burocracia, con lo cual deja en claro que las fuerzas económicas son más determinantes que las fuerzas políticas<sup>227</sup>.

Parece estar claro de cualquier manera que Berger, antes de intentar dibujar una pretenciosa imagen asimilable al estatus de una «cosmovisión de la modernidad», prefiere mejor aferrarse a los fenómenos que entiende resultan más influyentes en la conciencia ordinaria para desde allí preguntarse por los temas que intrínsecamente aportan los portadores primarios a la cosmovisión globalizadora del «universo simbólico de la modernidad»<sup>228</sup>.

Pensando en primer lugar en el portador ‘producción tecnológica’, son particularmente transferibles de su *ethos* al universo simbólico de la modernidad: la *racionalidad funcional* inmediatamente accesible en la vida cotidiana del individuo; la *componencialidad* de una realidad que se aprecia constituida claramente por componentes separables interrelacionados en estructuras de causalidad, tiempo y espacio; la *multi-relacionalidad* referida a la enorme variedad de relaciones –con otras

---

<sup>227</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 105

<sup>228</sup> Anteriormente, Berger y Luckmann en «La construcción social de la realidad» habían definido la idea de «universo simbólico» como “cuerpos de tradición teórica que integran zonas de significado diferentes y abarcan el orden institucional en una totalidad simbólica”, asimilando esta idea a la de “religión” en Durkheim, concibiendo al universo simbólico como “la matriz de *todos* los significados objetivados socialmente y subjetivamente reales”, de modo que “toda la sociedad histórica y la biografía de un individuo se ven como hechos que ocurren *dentro* de ese universo”. Véase Berger y Luckmann, *La construcción social de la realidad*, P. 124 y ss. De ese modo, el propósito del «universo simbólico de la modernidad» sería el de servir como marco de referencia universal para la mayoría de las definiciones cognitivas y normativas de la realidad, siendo compartido por al menos la mayoría de los miembros de la sociedad. Véase Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 105

personas, con objetos materiales y con entidades abstractas— que el individuo tiene presente en su conciencia; la «*hacibilidad*» entendida como el interés en resolver problemas de la realidad que se percibe como «hacible»; la *pluralidad* como «multiplicidad de realidades» en las cuales se pasa con relativa facilidad de una esfera de significación a otra, dificultando la idea de concebir una cosmovisión que consiga englobar toda esta multiplicidad de ítems; y la *progresividad* tendiente a la maximización de los resultados o beneficios de cualquier acción.

Por otra parte tenemos las transferencias que proceden del portador primario ‘burocracia’ concernientes a: *la tematización de la «sociedad» misma*, que se aprecia como una realidad amorfa que necesita ser organizada; *la tematización de la burocracia y sus acciones taxonómicas como forma de mitigar las amenazas de la pluralidad*, tendiente ordenar la realidad en su conjunto en la medida de lo posible bajo un manejo burocrático en el que la noción burocrática de jurisdicción resulta trascendental; *la «asignación» de un determinado espacio jurisdiccional a la esfera privada* toda vez que la diferenciación entre las esferas privada y pública es un principio básico de la modernidad, tanto a nivel de las instituciones como de la conciencia; y finalmente, *la idea de que los derechos humanos guardan relación con unos derechos burocráticamente identificables*, suponiendo que además siempre tiene que haber alguien a quien poder quejarse<sup>229</sup>.

#### DESCONTENTOS FRENTE A LA MODERNIDAD

Si en el recorrido que hemos ido trazando, el acento estuvo puesto en describir de forma analítica los elementos claves que Berger identifica en la modernidad y como es que estos se trasvasan delineando de una manera bien particular la arquitectura de la conciencia moderna en el «universo simbólico» en el que esta se desarrolla, consecutivamente, el énfasis —siguiendo siempre de la mano del mismo Berger— estará consagrado a exponer las resistencias y problemas asociados al particular diseño de la conciencia moderna, con el propósito de analizar en un modo ciertamente abstracto el acopio de posibilidades que estas fuerzas de resistencia tienen para matizar los aspectos más resistidos del proyecto moderno.

---

<sup>229</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P.108 y ss.



En este orden de ideas, los primeros descontentos a los que Berger dedica una importante parte de «*Un mundo sin hogar*» y la práctica totalidad de su posterior obra, «*Pirámides del sacrificio*»<sup>230</sup>, refieren al desequilibrio que se percibe en el mundo respecto a la percepción de los elementos definitorios de la modernidad, fundamentalmente de acuerdo a los vectores variables concernientes a la localización de los portadores primarios y de beneficio económico de la modernidad. Con aquellas variables en mente, Berger ahonda en la investigación de las especificidades de la conciencia moderna en los sectores postergados por la modernidad, específicamente donde esta no ha sido el resultado de un proceso originario, sino que más bien ha sido un producto percibido como foráneamente impuesto, que por tener esta naturaleza provoca una transformación mucho más abrupta y traumática de la conciencia moderna que en esas periferias se desarrolla.

Sin fijación particular en alguna de las localizaciones que configuran el tercer mundo –más allá de unos cuantos ejemplos circunstanciales– Berger apunta a este sector geopolítico (luego lo hará también con la cultura y contra-cultura de los jóvenes<sup>231</sup>) como núcleo central de la resistencia a la modernidad. A propósito de la experiencia de esta modernidad occidental avasallante, Berger se dispone a ahondar en el concepto de «ideología», concibiéndole en el sentido de “cualesquiera proposiciones teóricamente articuladas acerca de la realidad social”<sup>232</sup>, para así observar que existen normalmente 3 tipos de formaciones ideológicas que se proponen como respuesta a la experiencia de la modernidad: *ideologías legitimantes*, *ideologías contramodernizantes* y finalmente las *ideologías desmodernizantes*.

En el caso de las *ideologías legitimantes*, como su nombre lo indica, buscan legitimar las transformaciones que acaecen por causa de la modernidad, actitud que en el tercer mundo toma el sentido de un verdadero «culto al cargamento»<sup>233</sup>. Las

---

<sup>230</sup> BERGER, Peter, *Pirámides del Sacrificio (Ética política y Cambio social)*, Editorial Sal Terrae, 1979, Santander. Traducción de Jesús García-Abril.

<sup>231</sup> Para Berger, “la cultura y la contracultura de los jóvenes están realmente comprometidas en una revolución contra las mismas estructuras de la modernidad que en el tercer mundo se experimentan como una imposición hecha desde fuera. La confluencia de la desmodernización y la contra-modernización, por muy absurda que pueda ser política o estéticamente, tiene una lógica propia que es importante entender”. Véase Berger, *Un mundo sin hogar*, P.190

<sup>232</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P.153

<sup>233</sup> La expresión tan gráfica del «culto al cargamento» sería para Berger “la legitimación redentora de la modernización mediante la cual, se entiende que occidente transporta en sus barcos y aviones todos sus

ideologías de este tipo tienen una muy estrecha vinculación con la idea del «desarrollismo», vertiente en la que se agrupan “todas la teorías e ideologías que consideran el desarrollo, en el sentido de crecimiento económico y modernización institucional, como un bien en sí mismo” quedando en claro que este desarrollismo es en definitiva “una ideología implícita más que una actitud científica necesaria y objetiva”<sup>234</sup>, con lo cual quedaría desenmascarada dicha pretensión científica y objetiva del desarrollismo que, dicho sea de paso, se mantiene como un discurso fuertemente arraigado en Chile así como en muchos otros países subdesarrollados empeñados en conseguir el desarrollo (significado de acuerdo a esta estrechez conceptual) a toda costa.

En segundo lugar, Berger atiende al análisis de las ideologías antagónicas, que derechamente se oponen a la modernización, designándolas como ideologías «contra-modernizantes» en el escenario del tercer mundo. Normalmente estas ideologías se asocian a formas de «nativismo», en los que prevalece una “reafirmación defensiva de los símbolos tradicionales” de la sociedad en cuestión, aunque Berger prefiere desestimar aquella etiqueta y sustituirla por la de «tradicionalismo» en el que prevalece un ánimo de domesticar a la modernidad, controlando sus fuerzas en nombre de los símbolos tradicionales. En cualquiera de las diversas maneras de expresión del descontento que esbozan las ideologías contramodernizantes, suele estar en el fondo de sus recriminaciones aquel aspecto que el discurso legitimador de la modernización propone una y otra vez como remedio para los males que se ciernen sobre los individuos: la constitución de una esfera privada de gran calado, en la que la autonomía para constituir sus significantes es el precio a pagar por la forzosa dicotomización de las esferas pública y privada. Las sociedades donde con mayor ahínco proliferan las ideologías contra-modernizantes, observa Berger, son aquellas en las que aun los modos de vida tradicionales y comunitarios, tienen todavía una fuerte significación, de allí que les resulte inaceptable adoptar obedientemente la receta propuesta por la modernidad liberal concerniente al robustecimiento exponencial de la esfera privada, puesto que las cosmovisiones de estas sociedades no aceptan ni tan siquiera el presupuesto básico de la dicotomización de las esferas, de modo tal que la aceptación a la prescripción legitimante acabaría por significar, en definitiva, un tácito reconocimiento a la

---

bienes y dones consistiendo la felicidad en la adquisición del mayor número posible de estos”. Véase Berger, *Un mundo sin hogar*, P.154

<sup>234</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P.155

diferenciación de las esferas<sup>235</sup>. En el tercer mundo –matiza Berger–, este radical antagonismo que se expresa a través de las ideologías contra-modernizantes tiene el aliciente de tomar lugar por medio de unas extrañas simbiosis en la conducción de los gobiernos que mezclan formas de nacionalismo fuertemente apegadas a las formas tradicionales de vida con idearios socialistas que, ciertamente, se distanciaron y distancian enormemente de los «socialismos reales» existentes en las sociedades industriales desarrolladas al momento de la publicación de «*un mundo sin hogar*» (década de los setenta del siglo XX)<sup>236</sup>.

A la luz de una visión más inmediatamente contemporánea, las maneras en que las ideologías se manifiestan resistiéndose al modo hegemónico en el que se ha estructurado la modernidad han dejado de hacerlo en la maneras arquetípicas que describiera Berger de acuerdo al contexto histórico geopolítico propio de la guerra fría, quedando algo desfasado y superado su análisis a este respecto en el panorama contemporáneo ya asentado de capitalismo financiero y globalización tras el derrumbe de los últimos estertores de los «socialismos reales». En efecto, los contemporáneos embates contra la modernidad no tienen únicamente el cariz particularista y esencialista propio del apego a tribalismos o contextos tradicionalistas y ni siquiera se trata ya sólo (si alguna vez fue así) de resistencias que surgen exclusivamente localizadas en las periferias geográficas enunciadas como «tercer mundo».

El cariz de las más contemporáneas resistencias a la modernidad se cuadra creemos predominantemente con la habermasiana idea de un proyecto de modernidad inconcluso, con lo cual sería ante todo esencialmente reestructurable, teniendo estas resistencias la doble orientación de, por un lado, dirigirse en contra de la hipertrofia de algunas características de la modernidad que se advierten autodestructivas y precarizan la búsqueda de sentido, como consideramos se observa al día de hoy en la tendencia cada vez más dirigida hacia modelos individualistas y atomizantes de existencia propiciados por la modernización hegemónicamente capitalista que se vuelve cada vez

---

<sup>235</sup> Al tradicionalismo no suele satisfacerle el que las costumbres tradicionales se releguen a la esfera privada. También la esfera pública, especialmente las instituciones políticas y legales, debe guardar lealtad a los símbolos tradicionales. Véase Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 157

<sup>236</sup> En «Pirámides del Sacrificio», Berger parece deslizarse que la raíz de la extraña simbiosis entre los nacionalismos y el socialismo estaría en el común anhelo de “una *comunidad redentora* donde el individuo pueda volver a sentirse «en casa» con los demás y consigo mismo” como motivo mítico central. Véase Berger, *Pirámides del Sacrificio*, P. 37

más refractaria de lo comunitario<sup>237</sup>; y por otro lado, ofrecer soluciones “nuevas”, en el sentido de que no persiguen la restitución de un pasado idealizado. En este sentido, el objeto fundamental de estas ideologías estaría dirigido a la crítica de las opacidades derivadas de la hegemonía adquirida por los portadores primarios, circunstancia que a nuestro entender daría pie para sustituir la designación de impulsos «contra-modernizantes» por la más adecuada nomenclatura de señalarles como impulsos «desmodernizantes»<sup>238</sup>.

Así, cuando aludimos a cierta «hipertrofia de la modernidad» la estaremos vinculando básicamente a los despropósitos que se advierten en el desarrollo de los portadores primarios: en la «economía tecnologizada» se advierte esta hipertrofia en la racionalidad intrínseca que esta impone a la actividad y la conciencia del individuo, percibiéndose como control, como limitación e igualmente, como frustración, degenerando en una sintomatología de considerable tensión psicológica, gobernada por un «*ethos* ingenierístico» trasvasado que impone el manejo de la vida emocional del individuo<sup>239</sup>. A su vez, con respecto a la «burocracia», se le considera la esfera de mayor acción, pues su *ethos* se trasvasa a todos los sectores de la vida social, siendo todavía más eficaz que la economía tecnologizada en cuanto a «cercar» al individuo (al menos en lo que respecta a su vida social), deformando en gran medida la comprensión del fenómeno de lo político como algo que se advierte ajeno, pues según asevera Berger, “la vida política se ha hecho anónima, incomprensible y anómica para amplios estratos de la población”. Seguidamente, la hipertrofia de la «burocracia» se intensifica, pues, lejos de concentrarse únicamente en el área política, tiene una capacidad de penetración mucho mayor, según la cual todas las principales instituciones de la sociedad moderna se han vuelto abstractas, experimentándose como “entidades

---

<sup>237</sup> Aspectos que más adelante en este capítulo teórico veremos siguiendo el tenor filosófico con el que Charles Taylor describe una cierta «cultura de la autenticidad» en la que esta idea remite a una suerte de deslizamiento fácil a lo que él denominaría ciertas maneras deformadas de libertad autodeterminada que implicarían la ausencia de una evaluación moral fuerte.

<sup>238</sup> Usamos la terminología de «desmodernizantes» por seguir a Berger, no obstante consideramos que un término más apropiado sería el de impulsos «alter-modernizantes» o impulsos «contrahegemónicos a la modernidad». Más allá de la cuestión de la terminología, Berger explica el transito de la contramodernidad a la desmodernidad de la siguiente manera: “la contramodernización se transforma en desmodernización allá donde se piensa haber llegado al establecimiento definitivo de la sociedad moderna. El impulso de oponer resistencia a los nuevos males que a uno le acosan se convierte entonces en búsqueda de liberación de los males que uno ya ha sufrido”. Véase Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 179

<sup>239</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 173

formales y remotas, con escaso o ningún significado que pueda concretarse en la experiencia viva del individuo”<sup>240</sup>.

Como corolario de los descontentos avizorados por las ideologías desmodernizantes, desembocamos en una nueva clase de descontento reiterado, que se produce al someterse la conciencia a la experimentación de la «pluralización de los mundos de vida social», condición que transforma en quimera aquella promesa de orden o control envuelta en los *ethos* de los portadores primarios para, en cambio, imposibilitarla o, cuanto menos, dificultarla en grado extremo, habituándose los individuos a deambular en forma migratoria, a ritmo vertiginoso, en medio de contextos sociales diversos, a menudo discrepantes y hasta contradictorios, carentes de seguridades para sus existencias. La falta de certezas se traduce en un sentimiento de inmensidad ingobernable que Berger metaforiza con la idea de la «falta de hogar». El intento de «conseguir o habitar un hogar» a menudo se promueve por el *ethos* hegemónico de la modernidad como un deslizamiento a la búsqueda del sentido en la expansión de las posibilidades que reviste la esfera privada de los individuos bajo la promesa de que su transparencia “hace soportable la opacidad del mundo público”. Sin embargo la promesa suele quedar insatisfecha a causa de las enormes expectativas que se cifran sobre la estructura radicalmente «subinstitucionalizada» que, en comparación a la esfera pública, constituye la esfera privada, quedando sobre los hombros de instituciones como la familia, la religión o las asociaciones voluntarias un peso exorbitante frente al cual “ninguna de estas agrupaciones está en condiciones de organizar la esfera privada en su totalidad”<sup>241</sup>. Según Berger, este panorama deja servidas las condiciones para el autoengaño, en cuanto a que, de todas maneras, la vida privada logra satisfacer precariamente las exigencias de estabilidad y seguridad refugiándose en instituciones secundarias, que progresivamente acaban transvasando totalmente los *ethos* que predominan en las grandes instituciones de la sociedad moderna toda vez que “se burocratizan, y por lo tanto se hacen anónimas, abstractas, y anómicas”<sup>242</sup>.

---

<sup>240</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 175

<sup>241</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 177

<sup>242</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 178

Contemporáneamente, por causa de los varios descontentos que se han reseñado, tenemos la razonable duda de estar experimentando una modernidad liberadora para, por el contrario, estar enfrentando más bien la necesidad de liberarnos de esta modernidad. Notoriamente influenciado por la oleada revolucionaria del año 1968, Berger concibe a la *cultura y contracultura de los jóvenes* como una de las mayores agencias en la faena de la desmodernización. Pero este agente no está radicalmente diferenciado de las denominadas agencias contramodernizantes situadas por Berger en el panorama de las resistencias a la modernidad ofrecidas por sectores del tercer mundo<sup>243</sup> y en cambio hoy, estas distintas agencias de resistencia permean sus barreras merced de la rutilante globalización que desdibuja el orden geopolítico en el que, por una lado se observa que las protestas de la juventud no son ya únicamente la privilegiada manifestación del descontento de las sociedades más industrializadas, sino que aquella contracultura juvenil se extiende a prácticamente todos los rincones del orbe; mientras que, por otro lado, en muchos países, sin dejar atrás (del todo) sus precariedades tercermundistas, y en otros, sin dejar atrás (del todo) algunas condiciones que les sitúan en la cúspide de las sociedades del primer mundo, comienzan a normalizarse convivencias de desigualdad social que van dejando en desuso la división de realidades nacionales según la categoría binaria de primer mundo/tercer mundo para sustituirle hoy con un panorama de las desigualdades en el que fácilmente estas se entremezclan con total naturalidad estableciendo precariedad y oprimidos en los espacios locales de casi cualquier país<sup>244</sup>. Es este desdibujamiento el que, en nuestra

---

<sup>243</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 190

<sup>244</sup> A este respecto de la transversalidad de las precariedades que ha dejado de ser un tema netamente apuntable a ciertas latitudes geográficas, nos parece adecuado designarle con la etiqueta de «Sur Global» utilizada Boaventura de Sousa Santos, para quien esta nomenclatura equivaldría a “una metáfora para designar a los oprimidos por las diferentes formas de poder (...) tanto en sociedades periféricas como en las sociedades semiperiféricas y aun en las sociedades centrales”. Véase SANTOS, Boaventura De Sousa, *De la mano de Alicia: lo social y lo político en la postmodernidad*, Siglo del Hombre Editores, Facultad de Derecho Universidad de los Andes, Ediciones Uniandes, 1998, Bogotá. Traducción de Consuelo Bernal y Mauricio García Villegas. P. 432. Junto a esto, Boaventura de Sousa Santos ha seguido matizando esta transversalidad de los ejes Norte y Sur, al expresar más contemporáneamente que “Esta concepción del sur se superpone, en parte, con la del sur geográfico, el conjunto de países y regiones del mundo sometidos al colonialismo europeo y que, con excepciones –por ejemplo, Australia y Nueva Zelanda-, no alcanzó niveles de desarrollo económico semejantes a los del Norte global –Europa y América del Norte-. La superposición no es total porque, por un lado, en el interior del norte geográfico, clases y grupos sociales muy amplios –trabajadores, mujeres, indígenas, afrodescendientes, musulmanes- fueron sujetos a la dominación capitalista y colonial, y, por otro, en el interior del sur geográfico siempre

opinión, torna posible la confluencia de fuerzas contramodernizantes y desmodernizantes, cuestión que consecuentemente, hace que los límites de estas categorías referidos entre sí se vuelvan difusos, conformando hoy más bien una sumatoria de agencias de resistencia capaces de unir fuerzas y dejando superado el análisis más fragmentario de Berger.

De regreso a las categorías bergerianas y pensando particularmente en la «cultura y contracultura de la juventud», me resulta necesario matizar algunas de las características que Berger les atribuye, erigidas como fundamentos de la tendencia desmodernizante, puesto que actualizados a nuestros días, resultan descriptivamente insuficientes. Me refiero específicamente al espíritu antiburocrático y antitecnológico que de una manera demasiado tajante parece Berger esbozar respecto al imaginario contracultural juvenil. Ciertamente como se ha visto en la descripción de los descontentos de la modernidad, los portadores primarios son aspectos que tienen no pocas resistencias, pero Berger radicaliza aquellas resistencias en grado extremo, al hacer equivaler el espíritu antiburocrático con el sentir de un anti-institucionalismo visto como “hostilidad hacia el orden asociado a la regulación burocrática. Toda institución, por benigna que aparente ser es «represiva» y negadora de vida”<sup>245</sup>. La ruptura con las instituciones es para Berger tan radical en la cultura y contracultura juvenil que no posibilita ningún tipo de solución de continuidad, percibiendo que para los jóvenes resultan muchísimo más seductores los «movimientos», cuya espontaneidad y dinamismo son vistos como el total opuesto al orden estático de la instituciones<sup>246</sup>.

Estos atributos con la marcada negatividad de la que hacen gala no hacen justicia a la cultura y contracultura juvenil contemporánea de los distintos rincones del mundo, en la que se aprecian manifestaciones que no sólo están encaminadas a acabar con las instituciones ya existentes, como si este fuese el propósito mismo por el cual luchar, sino que más bien, y observando con prudencia los límites de la

---

hubo «pequeñas Europas», pequeñas elites locales que se beneficiaron de la dominación capitalista y colonial, y que después de las independencias la ejercieron y siguen ejerciéndola, por sí mismas, contra las clases y grupos sociales subordinados”. Véase SANTOS, Boaventura de Sousa y MENESES, María Paula (Eds.), *Epistemologías del Sur (perspectivas)*, Ediciones Akal, 2014, Madrid. P. 10-11

<sup>245</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 201

<sup>246</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 201

desmodernización<sup>247</sup>, lo que gran parte de esta llamada cultura y contracultura persigue es la reestructuración de las instituciones ya existentes (en lugar de su destrucción), de modo tal de hacerlas más representativas de las sociedades y creencias de las cuales son depositarias. Esta voluntad constructiva se puede apreciar ya desde la propia fisonomía que adquieren los «movimientos» que constituyen el habitual mecanismo de acción para la juventud, en los cuales los rasgos de horizontalidad y espontaneidad lejos de provocar el caos organizativo constituyen en cambio un nuevo *ethos* institucional y burocrático que reorganiza los paquetes. De este modo, la preferencia por el movimiento no entraña únicamente hostilidad contra el orden burocrático *per se*, sino que manifiesta una disposición de reorganizar las instituciones con una vinculación identitaria más estrecha y de participación más horizontal e inclusiva, de la misma manera en que se acomete este objetivo al interior del movimiento.

El afán de movilizarse de los individuos pertenecientes a las «reservas» desmodernizantes y de buscar formas de expresión a contra corriente de la modernidad, constituyen inquietudes fundamentales para Berger y es por eso que en el epílogo “posibilidades políticas” de *«Un mundo sin hogar»* expresa “verdadera debilidad por el tema de la participación, que nos parece estrechamente vinculado a los descontentos de la modernidad. En el Tercer Mundo, este tema forma parte del deseo de liberarse de las estructuras de explotación y miseria. En las sociedades avanzadas, surge de la protesta contra el creciente dominio ejercido por las instituciones tecnológicas y burocráticas sobre amplias áreas de la vida. El tema de la participación puede aceptarse como redención, o rechazarse como ilusión romántica. Nosotros sugerimos que se enfoque de tal modo que puedan evitarse estas polarizaciones”<sup>248</sup>. Ese enfoque capaz de evitar los extremismos, posicionándose en el justo medio entre la redención y la ilusión romántica, en un mundo en el que los efectos profundos de la globalización han ido

---

<sup>247</sup> Nos referimos acá obviamente a las posibilidades de cambio dentro de los límites extrínsecos, contruidos por las exigencias institucionales de las sociedades contemporáneas, puesto que el revisitar las posibilidades de cambio referidas a los límites intrínsecos de la desmodernización nos lleva al bucle de pretender arremeter contra la modernidad desde una situación de conciencia que presupone ya a la modernidad misma. Más adelante Berger, que se mantiene en una posición sumamente conservadora y es muy prudente respecto a las posibilidades reales que tienen las ideologías desmodernizantes en cuanto a su propósito, les cataloga como parasitarias de las estructuras que mantienen en pie la modernidad, de modo que sus enclaves, subculturas y «reservas», no solo dependen del grado de tolerancia de la sociedad en general, sino que además dependen en gran medida del subsidio que la sociedad les preste. Véase Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 205 y 212

<sup>248</sup> Berger, *Un mundo sin hogar*, P. 222-223



entremezclando de manera drástica las motivaciones para la participación tanto en el tercer mundo como en las sociedades avanzadas, intuimos constituye el ánimo y voluntad que se encuentra en el fondo de la «transición invisible».

## PARTICIPACIÓN COMO DESARROLLO

La inquietud por la participación que nada más quedo anunciada en la posdata de “posibilidades políticas” en el cierre de «*Un mundo sin hogar*» adquiere una importancia central en el trabajo posterior de Berger, «*Pirámides del sacrificio*»<sup>249</sup>. A grosso modo, el propósito de esta obra es un cuestionamiento a las formas prevalentes de conceptualizar a la idea de «desarrollo» en el contexto de un mundo que hacia la década de 1970 se situaba en la narrativa de la guerra fría, aun separado en dos bloques de idearios políticos comprensivos que aparentaban ser totalmente antagónicos. Sin embargo, para Berger, aquel total antagonismo era tan sólo parcial puesto que se desentrañan en los *ethos* ideológicos de cada uno de estos bloques aspectos fundamentales de su construcción que evidencian una trama común que tiene mucho que ver con la pervivencia del pasado en el presente en la continua construcción de la idea del «desarrollo humano»<sup>250</sup>. En este sentido, cada uno de estos bloques fue desarrollando su legitimación sobre la base de verdaderas mitologías, que Berger denomino los «mitos del crecimiento» y el «mito de la revolución», respecto de los cuales dedicó grandes pasajes de su obra a cuestionarlos críticamente, proponiendo una actitud escéptica con respecto a la gran seguridad que uno y otro campo se arrojan para señalarnos donde estamos y lo que deberíamos hacer.

Esta actitud de guardar escepticismo respecto a las recetas de cada mito las complementa con un postulado, que pese a lo simple que pueda parecer no deja por ello

---

<sup>249</sup> De ello da cuenta el propio prefacio escrito por Berger en «*Pirámides del sacrificio*»: (respecto de «*Un mundo sin hogar*») “Se trataba, en principio, de un ejercicio de «ciencia neutral», aunque le añadimos una posdata titulada «Posibilidades políticas». El carácter políticamente limitado de aquella obra me dejó insatisfecho, lo cual hizo que me decidiera a escribir el presente libro”. Véase Berger, *Pirámides del Sacrificio*, P. 8

<sup>250</sup> En relación a la construcción de la idea del «desarrollo» que acá nos convoca de manera más bien tangencial, un estudio y propuesta sustantivos completamente avocados a su genealogía desde una perspectiva crítica que desentraña la tradición racista, colonialista, imperialista, paternalista, etnocentrista y un largo etcétera de perversas “istas” lo comprende MCCARTHY, Thomas, *Race, Empire, and the Idea of Human Development*, Cambridge University Press, 2009, Cambridge.

de ser fundamental: todo ser humano conoce su propio mundo mejor que cualquiera ajeno al mismo, de modo que quienes son objeto de las políticas deberían conseguir tener «participación cognitiva», o lo que es lo mismo, la posibilidad de participar no solo en las decisiones concretas sino que también en las definiciones de la situación en que tales decisiones se basan. La gran mayoría de estas decisiones políticas por lo demás, se debería tomar sobre la base de un «postulado de ignorancia» consistente en un conocimiento inadecuado, circunstancia que obliga a tomar de manera muy cautelosa las decisiones, a sabiendas de que estas normalmente traen aparejados grandes costos humanos, dentro de los cuales, los más acuciantes, son los que se dan en términos de privación y sufrimiento físico, resultando fundamental frente a esto adoptar como imperativo moral más urgente el «cálculo del sufrimiento» ante cada decisión<sup>251</sup>.

Con estas cautelas, Berger apunta a una noción de participación que se constituye a partes iguales como crítica hacia el capitalismo y hacia el materialismo de corte soviético. En su crítica al capitalismo, apunta sus dardos fundamentalmente a la presencia de los supuestos «expertos en el desarrollo» señalando que “el desarrollo no es lo que los economistas y otros expertos dicen que es, por muy elegante que sea su lenguaje”, pues sencillamente no hay expertos en el arte de saber cuáles son los objetivos deseables de las diversas formas que puede adoptar la vida humana y en ese sentido el desarrollo tan solo es “el rumbo que conviene que adopten los seres humanos en una situación determinada”, frente a lo cual urge que sean los mismos individuos afectados quienes participen lo más posible en la toma de decisiones fundamentales que, por cierto, no pertenecen en ningún caso al terreno de la pericia técnica, sino que al terreno de los juicios morales<sup>252</sup>, porque el desarrollo es fundamentalmente una categoría moral, de modo que las técnicas y sus expertos no pueden pretender jurisdicción alguna sobre los fines del desarrollo, sino que solo respecto a los medios, pero únicamente frente a la eventualidad de problemas estrictamente técnicos.

Con equivalente ahínco, Berger también critica con dureza la suerte que corre la participación política en el caso del bloque socialista cuya ideología identifica como el «mito de la revolución», al respecto del cual sostiene “siempre se ha mantenido un

---

<sup>251</sup> Véase las “Veinticinco tesis” con las que Berger comienza su obra *Pirámides del sacrificio*, fundamentalmente las tesis 14, 15, 16 y 17. Berger, *Pirámides del sacrificio*, P. 11-14

<sup>252</sup> Berger, *Pirámides del sacrificio*, P. 73

presupuesto constante: el carácter de «masa» de la revolución”<sup>253</sup>, de modo tal que la revolución del socialismo ha de ser un movimiento de «las masas» pues de lo contrario la revolución no adscribiría al mito. Sin embargo, es precisamente este presupuesto constante de las «masas» el que entraña los problemas empíricos relacionados con la participación, los cuales se van agudizando en el transcurso de las etapas revolucionarias, puesto que ya establecido el régimen, la idea de que es necesario algún tipo de autorización para llevar adelante el programa se vuelve improcedente: “El régimen ya sabe lo que quieren las masas: lo sabe incluso mejor que las masas mismas, y cualquier dispositivo institucional que se arbitre para averiguar los deseos de la plebe en cualquier momento y, de este modo, imponer controles a la actuación del régimen es, ipso facto, un truco extrarevolucionario”. Consecutivamente, para que la redefinición de la democracia conquistada por la revolución sea plausible se requiere de una categoría adicional que es el de la «vanguardia», concepto de larga historia en el marxismo que en palabras de Berger “significa que un determinado grupo de personas, en virtud de unas especiales cualidades que se le atribuyen, es la «encarnación» de la «voluntad de las masas»”<sup>254</sup> de modo que, aun cuando las masas todavía no lo sepan, ya la vanguardia les representa. Lenin con posterioridad precisó este concepto señalando que el partido comunista es la vanguardia del proletariado. Frente a esta necesidad de la vanguardia, equiparable a la situación de los “expertos del desarrollo”, una crítica fundamental que se puede expresar consiste en preguntar a estas vanguardias quién las ha elegido, cuestionamiento que observa Berger es usualmente rechazado por considerarse «burgués»<sup>255</sup>.

Se puede apreciar que más allá de las específicas críticas que Berger expresa respecto a cada sistema ideológico, existe una sustancial crítica de fondo aplicable para ambos idearios consistente en el rechazo a la idea de que las decisiones del rumbo de una sociedad sean tomadas solo por unos pocos, llámense «expertos» o «vanguardias», quienes encima suelen quedar ajenos a la repercusión de sus designios. En detrimento de ello, las decisiones deberían ser tomadas con la participación de toda la población que efectivamente se verá afectada por lo que se escoja. En este orden de ideas, se

---

<sup>253</sup> Berger, *Pirámides del sacrificio*, P. 105

<sup>254</sup> Berger, *Pirámides del sacrificio*, P. 105

<sup>255</sup> Berger, *Pirámides del sacrificio*, P. 106

desprende también la crítica a la idea de «concientización», específicamente respecto de la figura del «concientizador»<sup>256</sup>, insistiendo en el “postulado de igualdad de todos los mundos de conciencia empíricamente accesibles”<sup>257</sup> como elemento vertebrador de su crítica y, a su vez, como presupuesto indispensable para la adecuada participación política, en la medida de que «toda conciencia es inmediata a la realidad» y habida consideración de que dentro de la inmensa variedad de formas producidas por los seres humanos para relacionarse con la realidad, ordenar la experiencia y vivir la vida con sentido, no hay (ni puede haber) método filosófico ni científico que ordene esta variedad en una jerarquía de menos a más, de modo que, a nivel de significado, todo «habitante» de un mundo puede acceder a él de un modo inmediato y superior al de cualquier «no habitante»<sup>258</sup>. Resulta entonces sensato –a la vez que imperioso– habida consideración de cómo se forma la conciencia en todas las latitudes, dar preeminencia a una orientación basada en el presupuesto del «respeto cognitivo» como punto central y piedra angular de la idea de «participación como desarrollo», en atención al postulado de igualdad de los mundos de conciencia de los individuos.

Llegado a este punto, quisiera ir delineando con mayor precisión el aporte específico que la «sociología del conocimiento» (de tipo fenomenológica) supone para la idea que venimos en desarrollar con el concepto de una «transición invisible»: En resumidas cuentas, la parte de la obra de Peter Berger que hemos ido analizando discurre respecto al modo a menudo problemático de acuerdo al cual se articula la conciencia de los individuos. Las agencias conformadas por la economía y producción tecnologizados, junto a la burocracia, configuran un panorama estructural funcionalista de la sociedad que trasvasa sus códigos a la propia conformación de las conciencias de los individuos y que, a su vez, parecieran predisponer también el rumbo que adoptan las propias ideas del «desarrollo humano» y de la «modernidad» a través de macrorelatos sociopolíticos supeditadas a la lógica de una continua expansión del tamaño de aquellas agencias.

---

<sup>256</sup> Berger equipara al concientizador con la figura del misionero en cuanto hay en el “una peculiar mezcla de arrogancia («yo conozco la verdad») y benevolencia («yo quiero salvarte»)”, principales rasgos psicológicos de la actividad misionera. Véase Berger, *Pirámides del sacrificio*, P. 140

<sup>257</sup> Berger, *Pirámides del sacrificio*, P. 138

<sup>258</sup> Berger, *Pirámides del sacrificio*, P. 139

Esta imagen del mundo nos ofrece un individuo que parece ser más un objeto producido que un sujeto creador de su mundo, rasgo de opacidad que se manifiesta a través de numerosas formas de descontento que se expresan como resistencias a la modernización, no obstante su expresión fundamental la constituye la condición anómica de la «falta de hogar» que parecen padecer los individuos de la modernidad y para lo cual parecen tener como única herramienta para hacerle frente una reafirmación existencial montada sobre precarias fuentes desperdigadas en la soledad de una esfera privada sobrecargada de exigencias de dotar de sentido a la vida.

Para los propósitos de esta sociología del conocimiento fenomenológica y no funcionalista todo esto equivale a una suma de despropósitos que no se condicen con la imagen del mundo social y de los sujetos que esta área del conocimiento concibe en el fondo y de todas maneras como «hacible». El Sujeto –y con esto se quiere referenciar a cualquier individuo en virtud del común entramado formativo de la conciencia– es un productor y su producto es la mismísima «construcción social de la realidad». Expresados así los propósitos de esta vertiente de la «sociología del conocimiento», resulta comprensible que la inquietud respecto del desarrollo tenga que ver sobre todo con la conquista de la igualdad de capacidad que todo individuo debe tener y potencialmente tiene respecto a la definición de su mundo de vida, a través de la participación en las decisiones que respecto de su sociedad se tomen.

En este sentido, esta sociología del conocimiento es propiamente fenomenológica pues hace una doble labor, siendo descriptiva y propositiva a partes iguales. En su sentido descriptivo lo es también en un doble sentido; por un lado, al desnudar el matiz estructural-funcionalista bajo el cual funciona la sociedad que determina en gran parte la configuración de la conciencia moderna y, por otro lado es también descriptiva al reseñar las resistencias ofrecidas por parte de los sujetos a este entramado, que reflejan el anhelo de participación en la construcción del mundo vivido. En el plano propositivo la propuesta sería clara: teniendo el desarrollo como presupuesto base la participación de los sujetos, se sugeriría entonces desestimar las ideas de desarrollo plasmadas en los proyectos políticos hegemónicos basados en el «mito del crecimiento» o en el «mito de la revolución», dado que estos programas suelen ignorar que, antes que la persecución de los objetivos tendientes al “crecimiento económico” o a la “revolución”, una necesidad primera refiere a la consideración basal del «respeto cognitivo» dada la virtual igualdad de conciencia que poseen los individuos

de la modernidad. Posicionándonos sobre la base de este «respeto cognitivo» comprendemos entonces que quienes forman parte de una comunidad tienen más que cualquier vanguardia o grupo de expertos, la facultad de decidir las definiciones del mundo social que habrán de construir, precediendo idealmente a este proceso participativo una adecuada y sopesada valoración de los costos involucrados en la decisión, debiendo mantenerse al margen, por onerosos, los elevados costos en vidas humanas que se deriven de un determinado rumbo a seguir<sup>259</sup>. Esta precisión que puede parecer casi elemental, ha sido lastimosamente desoída en forma sistemática por muchos gobiernos afanados en defender a rajatabla un determinado programa político comandado habitualmente por una vanguardia o unos expertos: no hace falta mirar más allá del Chile que nos ocupa para darnos cuenta de esto, puesto que sus grandes relatos transicionales han precisamente supuesto el afán de unos pocos que como vanguardias o expertos han delimitado (al margen de toda participación social en su definición) el camino a seguir para trazar la idea de «desarrollo».

En el movimiento que Berger hace desde el plano descriptivo al propositivo deja bien en claro que más allá (o más bien, *por causa de*) los portadores de la modernidad, cada individuo acaba siendo depositario de una conciencia que a grandes rasgos tiene aspectos formativos comunes, en razón de lo cual resultaría plausible que los individuos concebidos como ciudadanos de una determinada sociedad se empoderasen como sujetos políticos de la modernización, enfocándose la apuesta de Berger en la participación horizontal de los individuos en las decisiones que involucran definiciones de sus mundos de existencia, para así dejar atrás los habituales paradigmas de «expertos» del desarrollo que deciden por los sujetos o de «vanguardias políticas» que creen personificar la voluntad de las masas.

En este sentido, la «transición invisible» obedece a una meta-conciencia de la condición existencial de los derroteros que ha tenido que transitar la común conciencia

---

<sup>259</sup> El cálculo del sufrimiento es un presupuesto fundamental con el que la imaginación anticipatoria debe tomar parte en el proceso de participación en la delimitación de las definiciones del mundo social a construir. Todo gran proceso de desarrollo humano orientado por una u otra «mitología» trae aparejado costos cuantificables en sufrimiento, en el que el costo en vidas humanas resulta indudablemente el más oneroso. Berger analiza particularmente los casos de «modernización» habitualmente considerados como “éxitos” de China y Brasil, encarrilados cada cual por las distintas vertientes de las mitologías de la revolución y el crecimiento, respectivamente. En vista de los elevados costos de sufrimiento que ambas experiencias han supuesto, Berger precisa que resulta imposible tomar ninguno de estos como un ejemplo de orientación en el desarrollo siendo ambos moralmente inaceptables. Véase Berger, *Pirámides del sacrificio*, P. 162-191

moderna. Frente a ello se explica que la «transición invisible» adquiriera la forma de una resistencia ofrecida por la ciudadanía, cuyas manifestaciones brotan fundamentalmente al margen de las instituciones a través de canales participativos más inclusivos como es el caso de los movimientos sociales, que más allá de tender a verse observados como la encarnación de impulsos contramodernizantes o de aquellos malamente llamados desmodernizantes (siendo preferible llamarles como «altermodernizantes»), habríamos de contemplarles como auténticas insinuaciones y evidencias empíricas del anhelo participativo que se desprende de la conciencia común de los individuos en cuanto a verse afectados en sus definiciones de vida por disposiciones que son adoptadas “para ellos pero sin ellos”, deseando los individuos tomar parte activamente en la determinación de estas definiciones.

Las explicaciones que se han ido desarrollando al alero de la sociología del conocimiento fenomenológica desarrollada por Berger constituyen así un primer paso en el desarrollo de la idea de una «transición invisible». En esta primera aproximación lo que hemos sacado al limpio es que la raíz de esta idea podría tener su antecedente en una condición propia del desarrollo de la conciencia típicamente moderna ocupada por las sensaciones de insatisfacción y perplejidad padecidas por los individuos al ser vorazmente trasvasados por los portadores de la modernidad, que imponen unas estructuras mentales que se desenvuelven en la contradicción de concebir la vida como un proyecto en el que se impone una lógica ingenierística afanada en la búsqueda de un orden vital en medio de una inabarcable pluralidad de mundos de vida existentes, prescindiendo de un principio ordenador trascendental más allá del que los propios individuos se puedan dotar. Ello repercute normalmente en la condición de anomia que acaba por convertir esta huida moderna al supuestamente liberador refugio de la esfera privada en una verdadera prisión. Paralelamente, el mundo de las definiciones de la esfera pública también se encuentra fuertemente trasvasado por los portadores de la modernidad, pero aparece como algo totalmente ajeno a los sujetos, en manos de programas políticos dirigidos por expertos o vanguardias que establecen definiciones de los mundos de vida en las que los directamente afectados por estas no participan. De allí que bajo este cuadro general, ya más particularizado a la experiencia social chilena, suponga a la «transición invisible» dejar de lado la actitud de rebeldía adaptativa que finalmente se recluye acomodaticiamente en las anquilosadas definiciones del mundo privado como forma de dotar de sentido frente a los embates de la orientación del relato

postdictatorial que se aprecia normalmente como inaprensible, rompiendo esta inercia por medio de la articulación de un movimiento contrario definido por un creciente interés de los individuos en cuanto a participar en la esfera pública de las definiciones de sus mundos de vida, cuya transformación de actitud encuentra con probabilidad su manifestación fundamental en la masividad, diversificación y mayor ambición que se ha desplegado por medio de los movimientos sociales principalmente a contar del año 2006, en los que precisamente la cultura y contracultura de los jóvenes ha supuesto el principal impulsor de esta oleada de apropiación de lo público luego de largos años de silencio.

La radicalidad de la «transición invisible» –que se condice con el desarrollo de la propuesta política de Berger– consiste en la diferenciación de su *ethos* respecto de las anteriores «transiciones» experimentadas en Chile. Así, mientras los antiguos procesos transicionales referían ante todo a la adscripción a determinados paradigmas y programas políticos de «desarrollo» (que en el caso de la «transición al socialismo» estaba adherida al mito revolucionario; en la «transición al orden» obedecía más bien al mito del crecimiento; y en la «transición a la democracia», de acuerdo a la interpretación que hemos ido sustentando, le vemos como una consolidación “civil” y no militar del mito del crecimiento, con arreglo a la idea de «desarrollo» propulsada desde la segunda mitad del siglo XX desde Norteamérica concerniente al establecimiento de una democracia liberal formal, gobernada por elites ayudadas y asesoradas por una variedad de expertos<sup>260</sup>, y matizada por los ajustes establecidos a propósito del consenso de Washington, referidos fundamentalmente a la desregulación, privatización, disciplina fiscal, reforma tributaria, tratados de libre comercio, eliminación de barreras para la inversión extranjera, conjugando así una idea de desarrollo orientada por las estrategias de exportación como llave para una integración exitosa a la economía global<sup>261</sup>), en la «transición invisible», en cambio, el acento, lejos de estar puesto en un específico programa político de desarrollo elaborado foráneamente por expertos o vanguardias con una privilegiada posición epistémica, está colocado en el respeto a la participación cognitiva, poniéndose énfasis en la idea de un «desarrollo» visto como la articulación de una práctica que se construye desde el esfuerzo y anhelos de toda la comunidad a través de la participación de los individuos en las definiciones

---

<sup>260</sup> McCarthy, *Race, Empire, and the idea of Human Development*, P. 203

<sup>261</sup> McCarthy, *Race, Empire, and the idea of Human Development*, P. 209



sociales y no como una meta cuyas definiciones vienen predispuestas y por lo mismo se observan como desvinculadas de la experiencia de los individuos, que son quienes a la postre se verán afectados por las decisiones que se adopten.

Defendida esta base primaria que se encuentra en la voluntad de la «transición invisible», en los pasos siguientes que sigamos, trataremos de ver en forma más detallada las posibilidades que esta voluntad de participación política puede tener. Esto lo veremos con particular detalle cuando enfrentemos al estudio de la ciudadanía en el caso chileno e intentemos reorientarle a través de una idea deliberativa de la democracia. Pero primero que ello, me parece prudente seguir delineando la trayectoria de la «transición invisible» desde una perspectiva todavía bien general y abstracta, siguiendo un planteamiento crítico respecto al rumbo de la modernidad, en el sentido de ver hasta qué punto se nos dificulta pensar en un horizonte de participación en las definiciones del mundo de la vida toda vez que en la ecuación de la modernidad hemos perdido de vista al Sujeto como uno de los pilares de la modernidad, exacerbando otros aspectos. Para ello, en lo que sigue inmediatamente, seguiremos la atenta mirada de la «sociología de acción» devenida en «sociología del sujeto» de Alain Touraine.

## AUSENCIA Y REAPARICIÓN DEL SUJETO COMO ESPEJO DE UNA MODERNIDAD EN CRISIS EN LA «SOCIOLOGÍA DE LA ACCIÓN».

Hemos advertido, a propósito de la radiografía que nos ha facilitado la «sociología del conocimiento» en su versión fenomenológica, algunos de los aspectos fundamentales en la formación de la conciencia de los sujetos de la modernidad. La descripción de estos aspectos ha llevado a Peter Berger a pasar de la vereda más pura del sociólogo que describe la realidad a la vereda del involucramiento a modo de paliar algunas de las que considera deficiencias en el camino que se ha trazado la modernidad. El acento fundamental en aquel caso estaba puesto en la necesidad de abogar por el respeto cognitivo y la participación política, considerando la máxima de que es justo que quienes padecen o se ven afectados por las decisiones de orden político puedan tener un mayor grado de agencia respecto a estas decisiones y sus presupuestos, toda vez que serán ellos los afectados. Esta propuesta política, que desciende del olimpo de los «expertos» y «vanguardias» para hacer responsables de su destino a los sujetos de a pie supone la chispa que pone en marcha el motor de la «transición invisible». Sin embargo, esta seductora idea de participación política no es algo fácil de conseguir: a nuestro entender, precisa de sujetos que se empoderen de su condición de tales, circunstancia que a primera vista parece lejana considerando la condición anómica de los sujetos de la modernidad, bombardeados por numerosos trasvases de los diversos agentes portadores de la modernidad, despojados de aquellas significaciones fuertes que supusieron las seguridades premodernas y, en cambio, poderosamente atrapados por los *ethos* propios de la economía tecnologizada y la burocracia.

¿Será que acaso el sujeto de la modernidad está condenado a vagar «sin hogar» o en cambio podrá sobreponerse a esta condición? Apremiados por este cuestionamiento es que hemos decidido seguir en la senda del involucramiento pasando a la investigación de herramientas teóricas que nos permitan aseverar un posicionamiento fuerte de la idea de Sujeto que haga posible el giro a una sociedad de individuos que participen activamente en sus definiciones. Y es que la «transición invisible» no admite la estrechez de las interpretaciones ensimismadamente funcionalistas, que observan a los actores y los procesos sociales como un subproducto del funcionamiento de la estructura social. La «transición invisible» (pese a su adjetivación) tiene

manifestaciones concretas y tangibles: a ella le dan vida individuos (cuerpos) que en el espacio de la materialidad se manifiestan individual y colectivamente como movimientos sociales a través de unas capacidades de agencia que, contrario a las ideas estructural-funcionalistas, no surgen por simple generación espontánea o como resabios colaterales no presupuestados por la estructura social, sino que se trata de procesos de largo arrastre y de enorme densidad, que tienen una dosis importantes de creación autónoma sobre un trasfondo de historia, de memorias, cuya construcción colectiva «desde abajo y desde dentro» solo se puede explicar con mayor asertividad en consideración a la capacidad creadora de los individuos que le dan vida, lo que equivale a necesariamente abogar por una idea fuerte de Sujeto que sea insoluble a su faz colectiva a través del movimiento social, que son aspectos que, en conjunto, la sociología comprensiva de Alain Touraine aborda en su obra.

Con esta intuición es que he acudido a la obra de Touraine. Sostendría que además de hacerlo por el potencial alcance de su propuesta sociológica y política, he acudido a su trabajo por sobre el de otros autores en base a un raciocinio que diría responde a una cierta antropología o arqueología del saber, en el sentido de que he tenido especial consideración por el grado de relación directamente experiencial que, de ida y venida, Touraine ha mantenido históricamente con el Chile contemporáneo, relación que se manifiesta, por un lado, en la influencia que Chile ha ejercido en la trayectoria del pensamiento sociológico de Touraine y por otro lado, en la escuela que éste ha sentado en Chile, particularmente en su influencia respecto a los lineamientos sociopolíticos de la «transición a la democracia».

#### TOURAINÉ Y CHILE

“Sucedan lo que sucedan, Chile seguirá siendo el país en el que la conciencia y el enfrentamiento de clases habrán encontrado su expresión más directa y fuerte”<sup>262</sup>. Poco

---

<sup>262</sup> Continúa Touraine: “La debilidad del Estado, la ausencia de un partido revolucionario, el derrumbamiento de los intereses extranjeros que dominaban el país, se han conjugado para dejar al desnudo la oposición de las clases sociales. Las grandes revoluciones mezclan la lucha militar y política con el conflicto social. Esto es lo que constituye su grandeza salvaje. En Chile, desde hace más de dos años, las luchas sociales no cesan de desarrollarse, pero en estado puro, sin estar recubiertas por otros combates. No ignoro que “el olvido” del Estado y de la gestión económica es catastrófico. Pero, ¿por qué no reconocer también u esta pureza de las luchas populares es lo que atrae hacia Chile tantas esperanzas y

antes del Golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, Alain Touraine expresaba esta categórica opinión intentando describir las certezas que observaba en medio de la incertidumbre generalizada que constituía el panorama social que se vivía en Chile por aquel entonces. Era además la reflexión de un investigador social que como tantos, admirado por la revolución al socialismo intentada por vías democráticas, decidió acercarse a Chile para observar de manera directa las vicisitudes del inédito proceso.

Las referidas palabras y, sobre todo, el ánimo militante con el que se pronunciaban, dibujan una absoluta ruptura con el pensamiento más reciente de Touraine que, en una reciente visita a Chile para impartir una importante conferencia sobre los 40 años del Golpe de Estado y a propósito del panorama que se avecinaba con las elecciones presidenciales de fines del año 2013 decía “temer que Chile intente reformas demasiado rápidas”<sup>263</sup>.

Bastantes horrores han transcurrido para transformar la voluntad encarnizada y militante de una persona en cuidadosa medida. Mientras que en las primeras declaraciones el tiempo presente lo era todo, pues *sucediera lo que sucediera* nada cambiaría la fuerza de aquel presente; en las declaraciones más recientes, Touraine deja aquel romanticismo para expresar su temor por el porvenir, pensando más bien en el futuro. Aquel gesto de cautela que el tránsito de los años ha dibujado no deja indiferente ni a sus lectores ni al público en general: siendo de notorio conocimiento la enorme influencia que Touraine ha marcado en Chile –fundamentalmente en cuanto a cómo debía conducirse la transición a la democracia– al punto de que Gabriel Salazar le contempla como uno de los pilares teóricos de la transición pactada, refiriéndose a sus discípulos chilenos (con una cuota no menor de ironía) como los *Touraine boys*, equiparándoles en influencia y responsabilidad intelectual respecto de la construcción del nuevo Chile con la de los más renombrados discípulos de Milton Friedman conocidos como los *Chicago boys*<sup>264</sup>, las últimas declaraciones de Touraine no hacen más que demostrar a sus detractores la confirmación de su posición cercana al discurso de las elites gobernantes que implicarían la traición al compromiso y a su

---

tanta solidaridad?”. Véase TOURAINE, Alain, *Vida y muerte del Chile popular*, Siglo XXI editores, 1974, México. P. 9

<sup>263</sup> Diario *La tercera*, 24 de agosto 2013, R18 entrevista.

<sup>264</sup> Salazar, *Movimientos sociales en Chile*, P. 56-57

posicionamiento teórico más cercano a las vicisitudes de los movimientos sociales que al campo de la institucionalidad. Para sus adherentes en cambio, entre quienes se cuentan una buena cantidad de sociólogos y personas del *establishment* político de Chile (entre quienes, combinando ambas categorías, encontramos al influyente *lobbista* Eugenio Tironi), estas últimas declaraciones son equiparables a las palabras de un pastor al que el rebaño fielmente obedece, suponiendo un prudencial llamado a la cautela encaminado a seguir sin mayores crispaciones la carta de navegación de la democracia tutelada postpinochetista que ha secundado al relato de la «transición a la democracia».

Personalmente intentaré como investigador posicionarme de una manera más neutral dejando que sea la propia obra de Touraine la que hable por él (aun cuando, a priori, sus declaraciones me generan más resistencias que simpatías). Comulgando o no con sus últimas declaraciones, he resuelto su inclusión en razón del enorme peso de su influencia en Chile y ante la necesidad de perfilar una idea de sujeto que cuadre con la expresión colectiva de los movimientos sociales, materias sobre las cuales Touraine ha escrito una vasta parte de su obra, sin perjuicio de que quienes dicen ser sus seguidores hayan acabado por legitimar posiciones institucionales que se condicen con la transición pactada y relegan a la pasividad de la neutralización de sus agencias a los actores sociales que a través de sus protestas propiciaron el advenimiento de la democracia.

Por todo ello, mi intención será la de acudir al Touraine más teórico, creador de la «sociología de la acción»<sup>265</sup>, con lo cual añadiría que, más allá de la opinión del profesor Salazar, la relación de Touraine con Chile no se remonta únicamente al trabajo de sus pretendidos discípulos durante la transición, sino que va mucho más atrás en el tiempo, específicamente a su estancia en Chile en el antes, durante y después del Golpe de Estado, época en la que redactó un intenso diario sociológico titulado «Chile, muerte del mundo popular», con la reflexión y los pensamientos que inmediatamente se suscitaban al calor de los hechos que diariamente se agolpaban en la tensa franja

---

<sup>265</sup> Para la «sociología de la acción» la sociedad constituye un sistema de relaciones sociales cuyo funcionamiento es el resultado de su acción, con lo cual la sociedad no solo es reproducción y adaptación, sino que es también creación y producción de sí misma. Allí donde el estructural funcionalismo de Parsons era incapaz de explicar el «cambio social» pues nada más postulaba la existencia de los sistemas de valores, la «sociología de la acción» señala la necesidad de explicar los valores y orientaciones de la acción, con lo cual se adentra en la necesidad de explicar los «movimientos sociales», el «conflicto», la dinámica social que funcionalismo tendía a dejar relegada y marginada y en la que en cambio esta «sociología de la acción» cree encontrar el origen de los valores mismos. Véase TOURAINE, Alain, *Sociología de la acción*, Editorial Ariel, 1969, Barcelona.

angosta de tierra que era el Chile de aquel entonces. El Alain Touraine de aquellos años entrelazaba en su análisis los aspectos más estructurales de la sociedad chilena –más macroscópicos si se quiere– con la observación microscópica de hechos puntuales que deambulaban entre el actuar de específicos sujetos comunes y corrientes y las declaraciones de incipientes y consagrados personajes públicos de aquel entonces.

Su posicionamiento, aunque de izquierdas, se cuidaba, en la medida de lo posible, de no involucrar sus pasiones y convicciones con los hechos observados, reflejándose esta postura en la enorme riqueza que posee la descripción de posibilidades políticas que Touraine contemplaba que podían acontecer. Los distintos escenarios posibles se inscribían dentro de unas variables que Touraine destacaba para precisar las especificidad de la experiencia política chilena. La primera de estas variables se remonta a lo ya señalado al inicio de este apartado, en cuanto a que a consideración del sociólogo francés, Chile poseía el mayor grado de conciencia política social que él había observado en sociedad alguna, aunando a esto la más directa y decisiva presencia de lucha de clases. En segundo lugar, y casi paradójicamente respecto de la primera variable, Chile se presentaba como un caso excepcional en el concierto regional conformado por una serie de gobiernos impuestos por las armas, puesto que Chile era el país con el sistema político-democrático más estable de la región, con la Constitución en vigor más longeva, no habiéndose interrumpido el curso constitucional de la vida política desde su promulgación en 1925<sup>266</sup>.

Touraine confiaba tanto en la constancia de estas variables que dispuso en este orden –previo al Golpe de Estado–, los posibles caminos políticos que podía tomar la sociedad chilena: 1) la posibilidad más plausible de todas cuantas analizó Touraine constaba en que, ante un escenario político tan ingobernable para una oficialidad gubernamental –encima tan dividida– como era el conglomerado de partidos y movimientos agrupados en la Unidad Popular (con partidos políticos como el Socialista

---

<sup>266</sup> Esto que es parcialmente correcto (en el sentido de que fueron varios los episodios dentro de este periodo en los que acudió a la figura de los “Estados de excepción constitucional”) y que constituyó por largo tiempo una suerte de orgullo nacional republicano (no hay que olvidar, por ejemplo, que el mismísimo presidente Salvador Allende en su discurso frente a la ONU ostentaba venir de Chile, un país “en que desde 1833 sólo una vez se ha cambiado la Carta Constitucional, sin que ésta prácticamente jamás haya dejado de ser aplicada”) ha sido debidamente matizado en el primer capítulo a propósito de la estructura y funcionamiento del sistema político del Estado de 1925, alejándose de esta retórica triunfal de la celebrada estabilidad estatal del periodo 1925-1973.

que incluso estaban profundamente divorciados a nivel interno<sup>267</sup>), la solución más razonable consistía en plebiscitar la continuidad o no del gobierno popular<sup>268</sup>, pudiendo acontecer un espaldarazo electoral en las urnas para el gobierno popular o más probablemente según especulaba Touraine, podría haber ocurrido una alternancia del poder que enfriase el ambiente polarizado con un gobierno demócrata cristiano. La posibilidad del referéndum parecía bien plausible a la luz de la constante identificada por Touraine concerniente a la estabilidad del sistema democrático, valor que en sí mismo animaba a la convergencia de las distintas tendencias bajo el propósito común de preservar la estabilidad institucional. 2) Una segunda posibilidad imaginable consistía en una suerte de éxtasis del empoderamiento popular ciudadano, que bajo la consigna del «poder popular» radicalizara aun más la tendencia de los movimientos sociales extraparlamentarios, particularmente del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Tampoco resultaba descabellado pensar en esta posibilidad atendido el enorme volumen y despliegue de los *cordones industriales*; el posicionamiento político de una considerable facción del Partido Socialista liderada por el propio secretario general de la agrupación política, Carlos Altamirano; la significativa contraofensiva manifestada por los adherentes de la vía chilena al socialismo en el día del «tanquetazo»<sup>269</sup>, en el que las estimaciones de la época mencionan a lo menos a un millón de adherentes apostados frente al Palacio de la Moneda gritando consignas de «poder popular» a la par que

---

<sup>267</sup> Para Touraine, “el Partido Socialista durante la mayor parte de su historia, es decir, de 1939 a 1969, ha sido una coalición de elementos “populares”, empleados, obreros, intelectuales, opuestos a los comunistas que controlan desde hace mucho tiempo los grandes bloques obreros. El espíritu socialdemócrata y el populismo revolucionario no son más que tendencias opuestas, pero que suelen combinarse fácilmente en el interior del mismo conjunto que es, más que una alianza de los obreros y de la pequeña burguesía, la unión de grupos populares en crisis y de un elemento esencial del sistema político”, con lo cual, la facción Altamirano sería representativa del populismo revolucionario estrechamente vinculado a la idea del poder popular y al MIR, en tanto que la facción Allendista, mucho más comedida y encuadrada dentro del marco de la legalidad institucional, representaría la facción más socialdemócrata. Véase Touraine, *Vida y muerte del Chile popular*, P. 55

<sup>268</sup> Allende se mostró partidario de esta posibilidad, manifestándolo expresamente ante el intento de golpe conocido como el «tanquetazo» del 29 de Julio de 1973.

<sup>269</sup> El «tanquetazo» o «tancazo» fue un primer intento de golpe acontecido el 29 de junio de 1973 en contra del gobierno de Salvador Allende, liderado por el Teniente Coronel Roberto Souper del Regimiento Blindado N°2. En el acto se utilizaron tanques M41 Walker Bulldog que en una columna de hasta 16 vehículos armados y cerca de 80 militares llegaron a cercar el Palacio de la Moneda y el Ministerio de Defensa, siendo sofocado este intento de golpe por las tropas leales al comandante en jefe del ejército, Carlos Prats. El fracaso de esta sublevación tuvo su razón principal en no haber contado con el apoyo y despliegue de todo el ejército en su favor, con lo cual es considerado un antecedente directo del golpe del 11 de Septiembre que en razón de este fracaso, además de haber permitido tomar conocimiento de las reales fuerzas y posibilidades de resistencia del gobierno, se articuló con la participación de la totalidad de las fuerzas armadas.

vitoreaban «a cerrar, a cerrar, el congreso nacional»; y finalmente no se puede olvidar en este orden de razones la simbólicamente importante visita de Fidel Castro al país (primera visita oficial de del jefe de gobierno de la Cuba revolucionaria a América Latina), iniciada el 10 de noviembre de 1971 y que se prolongó por 25 días, período en el cual el comandante Castro no cesó de dar discursos a lo largo y ancho del país motivando la movilización de los sectores oficiales y promoviendo la radicalización de la revolución “en democracia” perseguida por Allende al punto de pregonar la necesidad de armar al pueblo en caso de enfrentar una contrarrevolución. 3) Finalmente, la tercera posibilidad contemplada por Touraine, también muy previsible por aquel entonces, consistía en un golpe de Estado liderado por las fuerzas armadas (alguna de sus ramas o todas en su conjunto), como finalmente ocurrió.

Es menester decir que fue la tercera posibilidad la que aconteció, aunque los matices del suceso superaron largamente a las peores pesadillas imaginables por Touraine o cualquier analista. En efecto, cuando Touraine reflexionaba imaginativamente acerca de la posibilidad de un golpe, pensaba en aquello que se conoce como un “golpe seco”<sup>270</sup>, tal como había ocurrido en varios de los países de la región. Pensaba además en unas fuerzas armadas profesionales no deliberantes, que en un periodo relativamente breve pondrían orden en el país y entregarían el poder a las fuerzas políticas dominantes que se encargarían ya de gestionar el nuevo orden social.

Desde luego jamás pensó en un golpe con la violencia real y simbólica que trajo el levantamiento conjunto del 11 de septiembre de 1973, con las espeluznantes y a la vez conmovedoras escenas de bombardeo al Palacio de la Moneda seguido del aun más terrorífico genocidio de una importante porción de adversarios políticos (cúpulas y gran parte de las militancias del Partido Socialista, Partido Comunista y MIR, por solo mencionar algunos actores sociales), diezmados por el solo hecho de pensar distinto. Tampoco imagino una transición que de manera tan abrupta pasara del mito revolucionario que envolvía a la «transición al socialismo» por su extremo opuesto del mito del crecimiento, impuesto por la «transición al orden». Y mucho menos pensó que este golpe sería orquestado por unas Fuerzas Armadas que tradicionalmente habían sido

---

<sup>270</sup> “Ocupar todos los cuarteles y bases, apoderarse de los puertos y los aeródromos y exigir la dimisión de Allende: golpe de Estado seco según la terminología latinoamericana”, sin mediar un despliegue violento de fuerzas en costos humanos, sino que la ocupación estratégica de varios puntos y centros de poder. Véase Touraine, *Vida y muerte del Chile popular*, P. 28



obedientes, no deliberantes y respetuosas del mandato constitucional (doctrina Schneider) y que sin embargo, se tornarían tan ferozmente sediciosas, desprendiéndose tan fácilmente del manejo de algunos de sus instigadores (particularmente la Democracia Cristiana), para seguir en cambio a las más inesperadas y extremistas fuerzas políticas<sup>271</sup>.

Esta traumática experiencia del daño contemplada en toda su hondura por un atónito Touraine, me permite tener sospechas respecto al porqué de la medida que fue posteriormente acompañando su trabajo sociológico y, particularmente, a sus teorías y reflexión con respecto al verdadero alcance de la agencia subjetiva. La experiencia en primera persona de Touraine de la descomposición del Chile popular nos revela la necesidad de acompasar la teoría que buscamos desarrollar con los ojos abiertos de la cautela que lastimosamente se alcanza al padecer experiencias límite como la por él vivida en Chile con ocasión del Golpe de Estado.

---

<sup>271</sup> Con respecto a la posibilidad de participación política tras el golpe, formando parte de las extremistas fuerzas políticas civiles que colaboraron con la dictadura resulta de una clarividencia escalofriante el pasaje del 21 de Agosto de 1973 en el que en su diario sociológico Touraine describe la aparición televisiva de un jovencísimo Jaime Guzmán, que le deja pasmado por la radicalidad y odio encriptados en su ideario, previo al golpe militar. Más tarde, con aun más pasmo y curado de ingenuidad Touraine, acontecido ya el golpe apunta en su diario que aquel oscuro personaje ha sido convocado ni más ni menos que ha participar de la redacción de la nueva constitución de Chile (constitución de 1980): “21 de agosto: un periodista que asusta “En la televisión un debate en torno del general Ruiz, que me ha parecido torpe y confuso.

Me impresiono ver y escuchar a un tal Guzmán, periodista que es además profesor de Derecho constitucional en la Universidad Católica. Jamás había visto un tipo de hombre así en este país. Me ha asustado: en los periodos de tensión extrema, se ven salir las cabezas más horribles. La suya está habitada por una pasión fría armada de una lógica falsa: es un inquisidor. Su palidez es la de los jóvenes fascistas de antes de la guerra. Cada una de sus palabras lanza una maniobra sinuosa. No se si forma parte de un grupo extremista clandestino. En todo caso, merecería ser uno de sus jefes, pues pertenece al mundo del fanatismo fascista.

Que se disipe lo más pronto posible esta atmósfera emponzoñada, que se deje oír, del lado que sea, la voz de las fuerzas sociales y que desaparezca esta imagen infernal, surgida del desorden de la sociedad.

Nota 25 septiembre

Guzmán es uno de los encargados por el general Leigh de preparar una nueva Constitución”. Véase Touraine, *Vida y muerte del Chile popular*, P. 69

Esta digresión relativa al vínculo de Touraine con Chile, tomando en cuenta particularmente su experiencia en primera persona en los momentos más convulsos de la historia contemporánea chilena, tenía el objetivo de señalar hasta qué punto la realidad puede superar en monstruosidad hasta al peor de los pronósticos. El necesario aprendizaje de una experiencia límite como aquella si lo se quiere es sobrevivir debe ser la medida. Atendiendo a aquel rasgo –y sin transformarme de ninguna manera en un *Touraine boy*– puede resultar útil prestar atención a los trabajos sociológicos desarrollados por Touraine, pues ante el indisociable vínculo de un autor y su obra, el trabajo del sociólogo francés tiene la potencialidad de alcanzar un extrañamiento reflexivo mediante un discurso político comprometido a la vez que mesurado, desarrollado sin dudas como consecuencia de la contemplación directa de experiencias del daño, perfilando a su «sociología de la acción» como una herramienta adecuada para caracterizar al sujeto moderno. Dicha caracterización debe mediar de una forma realista entre la construcción subjetiva y social de la realidad y el contexto estructuralista de los totalitarismos y el biopoder tan presentes a lo largo del siglo XX y lo que va corrido del XXI, erigiéndose así como una suerte de vía intermedia entre el voluntarismo que parece sugerir primeramente su concepción de Sujeto<sup>272</sup>, y que por el contrario, acaba matizándose con la cautela de no convertir este renacido interés por el sujeto en una suerte de reconocimiento de su omnipresencia, sino que más bien concibiéndole como un ser integrante de un orden mucho más complejo en el cual, de todas maneras, corresponde que cobre un protagonismo mayor<sup>273</sup>.

---

<sup>272</sup> Para Touraine “Sujeto es la voluntad de un individuo de actuar y ser reconocido como actor”, determinándose de esta manera una idea de subjetividad en la que la dimensión voluntarista cobra la mayor de las relevancias, ciñendo en el propio margen de acción del Sujeto, esto es, en su empoderamiento, su posibilidad de construirse asimismo como Sujeto. Véase TOURAINE, Alain, *Crítica de la modernidad*, Colección: Ensayo, Ediciones Temas de Hoy, 1993, Madrid. Traducción de Mauro Armiño. P. 267

<sup>273</sup> “Durante demasiado tiempo, la modernidad solo ha sido definida por la eficacia de la racionalidad instrumental, el dominio del mundo vuelto posible por la ciencia y la técnica. Esa visión racionalista no debe ser rechazada en ningún caso, porque es el arma crítica más potente contra todos los holismos, todos los totalitarismos y todos los integrismos. Pero no da una imagen completa de la modernidad; oculta incluso la mitad: la emergencia del sujeto humano como libertad y como creación”. Véase Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 264-265

Ha sido en su obra titulada «*Crítica de la modernidad*» que estas intenciones han tomado forma, toda vez que Touraine pretende allí enmendar el proyecto de la modernidad sobre la fórmula de conseguir un cierto equilibrio entre los procesos de subjetivación y la racionalización, afirmando que “la modernidad es refractaria a todas las formas de totalidad, y es el diálogo entre la razón y el Sujeto, que no puede romperse ni acabarse el que mantiene abierto el camino de la libertad”<sup>274</sup>. Este proyecto de modernidad enarbolado en el permanente dialogo entre la razón y el sujeto como componentes sustanciales de ésta, es, sin embargo, una propuesta más entre varias posibles, oscilando esta versión entre una imagen de sociedad moderna que se decanta en grotescos excesos de la razón, que conducen a una secularización que suprime por completo la imagen del Sujeto al someterse a lógica de la acción instrumental y de la demanda mercantil que conduce la secularización hasta la supresión de toda imagen de Sujeto y otra versión enceguecida en el subjetivismo basado en la defensa comunitaria y la movilización nacional encerradas en el particularismo que conduce a una obsesiva búsqueda de la identidad<sup>275</sup>.

De este modo, el sentido de modernidad que Touraine persigue viene a configurar un tercera vía ubicada justo en medio de la hipertrofia de cualquiera de los componentes de racionalización y sujeto. En el caso del peligro representado por el excesivo desarrollo del elemento «racionalización instrumental», este y sus horrores han sido sobradamente experimentados en algunas de las variadas tonalidades políticas que han adoptado los totalitarismos del siglo XX. En el período que Touraine escribía su «*Crítica de la modernidad*», precisamente después de la caída del Muro de Berlín que supuso el fin de la guerra fría con el triunfo del liberalismo occidental, el peligro del totalitarismo cambiaría sus ropajes por el del universalista discurso de una modernidad que asistía al «fin de la historia», en el cual el sistema mundo comenzaba a simplificar las idea de sujeto por medio de la imagen del individuo liberal, cuya capacidad de agencia tendía casi únicamente a procurar la obtención de beneficios utilitaristas propios del consumo económico, lo cual en palabras de Touraine equivaldría a un «modo puramente capitalista de modernización»<sup>276</sup>, o dicho en otras palabras «una sociedad sin

---

<sup>274</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 475

<sup>275</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 466-467.

<sup>276</sup> Una modernidad puramente racionalista “sin formación de un sujeto-en-el-mundo que se siente responsable frente a sí mismo y frente a la sociedad”. Véase Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 262

actores»<sup>277</sup>. Esta deriva posible de la modernidad ha sido duramente criticada por Touraine pues, pese a contener un componente liberador a través de aquella utilitarista e individualista agencia, engendra, sin embargo, un riesgo mucho mayor al posible beneficio, pues el volcamiento hacia este desarrollo puramente capitalista agota rápidamente el proyecto al sostenerse únicamente en el elemento negativo de la inexistencia del sujeto.

Touraine considera que el proyecto de modernidad debe antes definirse en un sentido positivo, que en lugar de plantarse solo como una crítica y autocrítica<sup>278</sup>. Una modernidad positiva sería aquella erigida en la afirmación del sujeto, por lo que se trataría de una sociedad de actores, pues para Touraine son indisociables las ideas de sujeto y actor, a la vez que ambas están por encima de la noción del individuo liberal<sup>279</sup>. En orden a posibilitar el desarrollo de una «sociedad de actores» es preciso que se lleve a cabo el proceso de «subjetivación» de los individuos, que consiste en “la penetración del Sujeto en el individuo y, por tanto, la transformación –parcial– del individuo en Sujeto”<sup>280</sup>. Las posibilidades de acción del sujeto para hacer frente a la sociedad de consumo, básicamente refieren a la capacidad de agencia que salta del individualismo utilitarista a la construcción colectiva, de modo que, para Touraine, la primigenia manifestación de la existencia del sujeto es la conformación de «movimientos sociales» que al entender del sociólogo francés representan a la vez un “conflicto social y un

---

<sup>277</sup> Sociedad sin actores en la que “hoy la imagen más visible de la modernidad es la del vacío, la de una economía fluida, la de un poder sin centro, sociedad de cambio mucho más que de protección”. Véase Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 263

<sup>278</sup> Touraine insiste en que la idea de modernidad se ha definido en un sentido negativo, “como lo contrario de una construcción cultural, como el descubrimiento de una realidad objetiva. Por eso se presenta de manera más polémica que sustantiva. La modernidad es la antitradición, la inversión de las convenciones, costumbres y creencias, la salida de los particularismos y la entrada en el universalismo, o también la salida del estado de naturaleza y la entrada en la edad de razón”. Véase Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 262

<sup>279</sup> Sujeto y actor son nociones inseparables y que resisten en conjunto a un individualismo que vuelve a dar ventaja a la lógica del sistema sobre la del actor reduciendo a este ultimo a la búsqueda racional –por tanto, calculable y previsible– de su interés (...) El sujeto ya no es la presencia en nosotros de lo universal, se lo llame leyes de la naturaleza, sentido de la historia o creación divina. Es el llamamiento a la transformación del Sí mismo en actor. El Sujeto es Yo, esfuerzo para decir Yo, sin olvidar nunca que la vida personal está llena por un lado de Ello, de libido, y, por el otro, de papeles sociales”. Véase Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 269

<sup>280</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 269

proyecto cultural” y hablan “en nombre de los valores de la sociedad industrial convirtiéndose en su defensor contra sus propios adversarios”<sup>281</sup>.

Touraine identifica la reformulación de la modernidad como un proyecto que necesariamente se origina “desde abajo”, puesto que explica que la racionalización como componente predominante en la «modernidad estallada», “está más ligada a la acción de las fuerzas dirigentes, mientras que la subjetivación ha constituido a menudo el tema central del movimiento social de las categorías dominadas”<sup>282</sup>. Esta subjetivación “desde abajo” tiene como ya se ha dicho la peculiaridad de vertebrarse sobre la base de aquello que Touraine denomina «movimiento social».

La categoría de movimiento social ha sido una constante sobre la cual ha pivotado el pensamiento de Touraine, con lo cual ha dedicado no pocos esfuerzos persiguiendo siempre una adecuada manera de investigarles en el entendido de la complejidad que atañen, en cuanto a que “no son objetos sociales constituidos, regulados por normas institucionalizadas y mantenidos por sanciones legales”<sup>283</sup>. En tal sentido, Touraine ha distinguido dos posturas sociológicas contrapuestas que se han enarbolado para el estudio de los movimientos sociales, rechazando a ambas: por un lado, deplora la aproximación desde la pura idea del pensamiento sociológico centrado en el sistema social, al cual cabría integrar los movimientos sociales en cuanto a su capacidad de institucionalizarse; por otro lado, rechaza la aproximación que, por el contrario, rehúsa la arraigada idea del sistema social para concebir como única regularidad la de que todo es cambio, y se centra en el movimiento como agente del cambio<sup>284</sup>. Como correlato de estas posturas sociológicas, Touraine propone distinguir entre, a lo menos, 3 tipos de conflictos que modifican la organización social y cultural: *conductas colectivas, luchas y movimientos sociales*.

Las *conductas colectivas* parecen responder al relato de la primacía del sistema social en cuanto representan tentativas de lucha que se esfuerzan en mantener a flote el sistema social amenazado ante la inminencia de su descomposición, estando

---

<sup>281</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 308

<sup>282</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 311

<sup>283</sup> TOURAINE, Alain, *Los movimientos sociales*, Editorial Almagesto, 1991, Buenos Aires, P. 5

<sup>284</sup> Touraine, *Los movimientos sociales*, P. 5-6

necesariamente alejado de la conciencia de los actores en cuanto se definen a partir de la preponderancia del funcionamiento del sistema social y no de las representaciones o proyectos de los actores, siendo fundamentalmente heterónomas<sup>285</sup>.

Las *luchas*, en tanto, constituyen un tipo de acciones conflictivas que siendo relativamente heterónomas no se unifican más que bajo una influencia de un agente exterior, definido por su voluntad de conquistar el Estado, más que por una potencialidad de transformar las relaciones sociales. De esta manera una diferencia radical de las luchas con los movimientos sociales estaría en el implícito paradigma del Estado como principal agente del cambio histórico que prefigura a las luchas<sup>286</sup>.

Los movimientos sociales tienen, en cambio, una amplitud comprehensiva mucho más compleja, puesto que se sitúan entre orientaciones culturales y formas de organización social, con lo cual no puede reducirseles a simples respuestas de una situación social, sino que más bien constituyen la acción conflictiva por la cual las mencionadas orientaciones culturales y un campo de la historicidad son transformados en formas de organización social que, a la vez, son definidas por normas culturales generales y relaciones de dominación social. Esta noción y su complejidad determinan una incompatibilidad insalvable con la noción de *sociedad*, que en palabras de Touraine, “no puede ya, en esas condiciones, definir el objeto de la sociología”, conduciendo desde una sociología *de la sociedad* a una sociología *de la acción* que impondría una inversión completa de la sociología clásica<sup>287</sup>.

Ahondando propiamente en el desarrollo de la idea de movimiento social, Touraine se detiene a pensar en las relaciones existentes entre esta idea y la de *clase*. Las concibe como inseparables, no obstante, advierte que en el caso de clase se hace referencia más a una situación mientras que el movimiento social incorpora la idea de clase pero más bien con la perspectiva de sujeto, al entenderle como un actor. De esta manera apunta a la radical invitación de utilizar la noción de movimiento social en reemplazo de la de clase social, en cuanto a que “el movimiento social es la acción al tiempo culturalmente orientada y socialmente conflictiva de una clase social definida

---

<sup>285</sup> Touraine, *Los movimientos sociales*, P. 9-11

<sup>286</sup> Touraine, *Los movimientos sociales*, P. 15

<sup>287</sup> Touraine, *Los movimientos sociales*, P. 19-21

por su posición de dominación o de dependencia en el modo de apropiación de la historicidad, de los modelos culturales de inversión, de conocimiento, de moralidad hacia los cuales está él mismo orientado. Entonces una clase es la categoría a nombre de la cual un movimiento lleva a cabo su acción y que la define en su identidad”<sup>288</sup>. Con la adopción de la idea de movimiento social, además de dejar atrás cierta opacidad que arrastra la noción de clase que, asociada más con un pensamiento historicista de narrativa marxista “hacía descansar la oposición de dominantes y dominados sobre la de sociedad u naturaleza o sobre la de pasado y futuro”, se sustituyen “las nociones que han definido a los actores por una situación no social por otras que analicen las situaciones en términos de actores y relaciones sociales”<sup>289</sup>. En último término, el advenimiento de la categoría movimiento social en lugar de «clase social» atiende también al cambio social que se experimenta contemporáneamente, pues según explica Touraine aquella noción de clase se corresponde con el paradigma de la sociedad posindustrial que, definida únicamente en base a la sociedad a la que sucede y careciendo, por tanto, de una definición sustantiva propia, urge dejar de lado.

Considera por ello más apropiado, acorde a su potencialidad sustantiva y descriptiva, la adopción de la idea de una «Sociedad Programada», en la que “la producción y la difusión masiva de los bienes culturales ocupan el lugar central que había sido el de los bienes materiales en la sociedad industrial”<sup>290</sup>, que armoniza mucho mejor con su noción de movimiento social, puesto que este nuevo escenario condicionado por este particular poder de gestión que opera por medio de la industria cultural no puede ser ya resistido por medio de una filosofía naturalista de la historia, sino que ha de resistirse a través de una poderosa defensa del Sujeto<sup>291</sup>, que como vemos en el caso de Touraine resulta casi inseparable a la idea de movimiento social.

---

<sup>288</sup> Touraine, *Los movimientos sociales*, P. 25

<sup>289</sup> A continuación prosigue Touraine señalando que “Por eso la noción de movimiento social debe sustituir a la de clase social, de la misma forma que el análisis de la acción debe ocupar el lugar del análisis de las situaciones”. Véase Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 311-312

<sup>290</sup> Touraine prosigue explicando el porqué del calificativo de «programada» señalando que lo central de esta nueva sociedad está en el ámbito del poder de gestión que consiste en “prever y modificar opiniones, actitudes, comportamientos, en modelar la personalidad y la cultura, en entrar por tanto directamente en el mundo de los «valores» en vez de limitarse al terreno de la utilidad. La importancia nueva de las industrias culturales sustituye a las formas tradicionales de control social mediante nuevos mecanismos de gobierno de los hombres”. Véase Touraine, *Crítica de la modernidad*, P.313

<sup>291</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 313

La apología del sujeto no encuentra su manifestación por medio de las fuerzas e instituciones descompuestas venidas de la sociedad industrial, pues estas son agencias de comunicación política funcionales a aquella idea de sociedad, incapaces de expresar demandas sociales fuertes. Es en los movimientos sociales en donde encuentra cobijo, puesto que, aun teniendo estos una existencia precoz, tienen el potencial de movilizar principios y sentimientos. Touraine llega a describir el escenario de acción político tradicional como un verdadero desfile de cadáveres, advirtiéndolo desfaseado y cercano a la extinción que se ha vuelto el rol de los partidos políticos en cuanto a ser representantes de la necesidad histórica, intentando mantenerse a flote, tozudamente por sobre los actores sociales y, a menudo, en contra de ellos<sup>292</sup>.

Esta asincronía entre viejos mecanismos de acción política del pasado y las actuales necesidades de expresión no sería la única fuente de opacidad de nuestros tiempos: existiría también una tensión latente producto de la adopción de una distorsionada orientación que ha acabado por ser dominante en la definición de los tiempos que corren, idea que de manera laxa Touraine describe como «posmodernismo», que para él comporta “la disociación completa del sistema y del actor: el sistema es autorreferencial, *autopoietico*, dice Luhmann mientras que los actores no se definen ya por las relaciones sociales, sino por una diferencia cultural”<sup>293</sup>.

Esta disociación entre sistema y actor sustentada en los excesos de la razón funcionalista –y que Touraine, a juicio nuestro, describe equívocamente con la idea de «posmodernismo»– es criticada por permanecer enclavada al paradigma de la sociedad industrial, que ya hemos visto, no resulta ser descriptiva de la actualidad para Touraine, puesto que en la imagen que este tiene de la sociedad tal disociación no es más que una

---

<sup>292</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 317-318

<sup>293</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 320. Entendiendo (e incluso, compartiendo) el corazón de aquello que quiere referir Touraine con esta tensión, discreparíamos en cuanto a calificarla en asociación a la indeterminada idea de posmodernismo. A este respecto, un análisis más pertinente es el que realiza Habermas, que califica esta disociación no como el producto del “posmodernismo”, sino más bien como el producto de los excesos de una teoría de la modernidad sustentada únicamente en los parámetros de la razón funcionalista, tal como lo desarrolla en su crítica al funcionalismo parsoniano, adoptando una perspectiva neokantiana basada en la teoría de la racionalización de Weber. Véase más en HABERMAS, Jürgen, *Teoría de la acción comunicativa II, Crítica de la razón funcionalista*, Taurus Editores, 1998, Madrid. Traducción de Manuel Jiménez. O inclusive, se puede explicar más bien esta disociación entre sistema y actores como el resultado avanzado del desarrollo conceptual que de acuerdo a las coordenadas imperialistas y colonialistas que han dominado la modernidad en occidente han adoptado ideas como «desarrollo humano», «modernización», «civilización» o «progreso». Para esto véase McCarthy, *Race, Empire and the idea of Human Development*.



tentativa que no tiene lugar puesto que la idea de sujeto es inseparable de la de relaciones sociales.

Por ello es que a la «sociedad programada», constantemente definida bajo criterios de una razón puramente funcionalista, no cesan de oponérsele resistencias por parte del minimizado individuo que persevera en afirmarse una y mil veces como sujeto, “contra el mundo de las cosas y contra la objetivación de sus necesidades en demandas mercantiles”<sup>294</sup>, acentuando así Touraine, que contemporáneamente es esta cultura del consumo la que constituye la principal resistencia frente a la cual, porfiadamente, se erige la reivindicación del sujeto<sup>295</sup>. Ello es así es porque aquello a lo que Touraine alude como «cultura posmoderna» es depositaria de la cultura del consumo que “rechaza ante todo la profundidad, es decir, la distancia entre los signos y el sentido. Por eso lleva al extremo la supresión del Sujeto y la sustitución del objeto –la lata de sopa Campbell o de la botella de Coca-Cola en Andy Warhol– al Sujeto, que como la Marilyn del mismo autor, puede volverse, él mismo, objeto publicitario”<sup>296</sup>. De esta manera, a decir de Touraine, hoy presenciamos un panorama social en el que se ven enfrentados la sociedad de consumo por un lado y la defensa del Sujeto por otro, careciendo de sentido describirle como posmoderna, toda vez que anida una tensión propiamente moderna que permanece irresoluta y que, por tanto, no representa en ningún caso una superación de la modernidad, sino que por el contrario su agudización, con lo cual cabría más bien calificarle como «hipermoderna»<sup>297</sup>.

Urge resolver esta tensión «hipermoderna». No obstante ser fuente eficaz de protección contra la arbitrariedad estatal, resulta equivocado confiar en que el mercado sea a la vez capaz de encargarse de la organización social de la vida social, “porque esta comporta siempre unas relaciones de poder que apelan a respuestas distintas a las liberales o autoritarias, pero que están concebidas en términos de relaciones entre

---

<sup>294</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 321

<sup>295</sup> Touraine compara la actual resistencia sociedad de consumo/ reivindicación del Sujeto con lo acaecido en el pasado, puesto que para él, lo mismo acontecía con en el caso de la sociedad industrial que a su vez “constituía el campo en el que se formó el movimiento obrero”. Véase Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 322

<sup>296</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 322

<sup>297</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 323

grupos sociales y fuerzas políticas”<sup>298</sup>. La sociedad hipermoderna regulada por el mercado debe desestimarse por ofrecer una imagen achatada de la sociedad moderna, que destruye la idea de sujeto y nos deja a la deriva en lo que Touraine llama “la oposición doblemente artificial de la racionalidad instrumental pura y de las muchedumbres irracionales”<sup>299</sup>. También se debe desconfiar del *individualismo* como principio organizador pues únicamente conduce a la sociedad moderna bajo las coordenadas del mundo liberal, mercantil, de modernización, olvidando todas las realidades del trabajo, de la producción, del poder y de la política.

De este modo, una lectura adecuada de la sociedad moderna no habría de calificarla ni como holista ni como individualista, sino que como una red de relaciones de producción y de poder y por sobre ello, el lugar donde el Sujeto aparece, no para huir de coacciones de la técnica y de la organización como negativamente suele pensarse, sino que más bien para reivindicar su derecho a ser actor.<sup>300</sup>

#### EL SUJETO COMO DISIDENTE

¿Pero, en definitiva, quién es este Sujeto que persigue con tanto afán el sociólogo francés? Touraine parte por delinearlo en forma opuesta a la de Anthony Giddens, quien define al Sujeto poniendo especial énfasis en aquello que denomina *self-identity*, que, para Touraine, más bien equivale a una realidad psicológica, una pasión del individuo dirigida hacia el mismo, puesto que en la lectura que Touraine hace respecto del Sujeto en Giddens está la idea de un individuo que se constituye, ante todo, de manera defensiva, ocupándose de sí y retirándose de las relaciones sociales en las

---

<sup>298</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 333-334

<sup>299</sup> “Cada vez que la imagen de la sociedad moderna se reduce a la de un mercado, ignorando las relaciones sociales tanto como los proyectos individuales y colectivos, se ve reaparecer la imagen espantosa de la sociedad de masas (...) Cada vez que se destruye la idea de Sujeto, se vuelve a caer en la oposición doblemente artificial de la racionalidad instrumental pura y de las muchedumbres irracionales”. Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 334

<sup>300</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 335

que está comprometido y a las que ve como coacciones amenazantes<sup>301</sup>. Touraine, en cambio, identifica más la faceta defensiva del Sujeto con la idea de la disidencia, que en lugar de expresarse predominantemente como aquella pasión narcisista a la que alude Giddens, se manifestaría más como resistencia respecto de aquella visión, formándose lejos de la preocupación de sí, en aquel lugar donde “la libertad se defiende del poder”, que Touraine ubica en la capacidad que tiene el sujeto en cuanto a ser actor, capacitado para modificar su entorno social justamente en contra del tándem de aparatos y formas de organización social a través de las cuales se construye el *self* de Giddens<sup>302</sup>.

Touraine intenta explicar con mayor detalle la disidencia de su Sujeto por medio de encuadrarle dentro de alguna de las predominantes nociones morales que se encuentran disponibles en lo que respecta a la construcción del individuo. Parte describiendo a (1) los *liberales*, señalando que en aquella construcción moral del individuo se antepone ante todo la búsqueda de la utilidad o del placer individual como principio de organización social; otra postura sería la de aquellos a quienes denomina (2) *marxistas*, cuya constitución del individuo tiene por elemento central sus papeles sociales dentro del contexto de la producción, concibiéndole fundamentalmente como un ser «social»; finalmente habría (3) una suerte de posición intermedia, que sería la propuesta moral de quienes ven a la sociedad menos como un mercado y más como un conjunto de aparatos de decisión y de influencia, concibiendo consecutivamente al individuo como un Sujeto disidente que debe ser ante todo reivindicación de libertad personal y colectiva. Touraine identifica a su sujeto con esta última postura, entendiendo que tales reivindicaciones toman cuerpo por medio de los movimientos sociales<sup>303</sup>. Dicho de otra manera, entre el individuo liberal, reducido a la persecución racional de sus intereses y aquella postura del individuo aprisionado como ser social, la disidencia que Touraine propone huye de aquellas posiciones y lo hace por la vía de desestimar la noción misma del individuo, cargada de demasiados sentidos diversos, para ser sustituida por la noción de Sujeto<sup>304</sup>.

---

<sup>301</sup> Con respecto a la imagen que del Sujeto y de la identidad del yo que Anthony Giddens delinea, véase más en GIDDENS, Anthony, *Modernidad e identidad del Yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Ediciones Península, 1995, Barcelona. Traducción de José Luis Gil Aristu.

<sup>302</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 336-337

<sup>303</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 338-339

<sup>304</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 338-339

En esta operación de sustituir al individuo por el Sujeto, Touraine se adentra en el terreno de las teorías psicoanalíticas identificando la irrupción del Sujeto como consecuencia del fenómeno de la «disolución del Ego», ejecutado a manos de la aparición del deseo impersonal, el lenguaje del inconsciente, y los efectos de la organización sobre la personalidad individual. El vaciamiento de sentido del Ego provoca su estallido que aleja cada vez más el Sí mismo (*Self*) del Yo. La definición del Sí mismo (*Self*), al entender de Touraine, en forma necesaria estará socialmente determinada por la relación con los otros, lo que significa estar definida tanto en su papel como en el de las expectativas que le acompañan. Citando a Charles Taylor y relacionándole con Wittgenstein en cuanto a que todo lenguaje supone una comunidad de lenguaje, Touraine señala que “Uno no es Sí mismo sino en medio de otros Sí mismos. Un Sí mismo no puede ser descrito nunca sin referencia a los que le rodean”<sup>305</sup>. De esta manera, mientras el Sí mismo se sitúa en el ámbito de la comunicación, el sujeto, el Yo, se ubica en el centro del universo de la acción, que, como dice Touraine, equivale a la modificación del entorno material y social<sup>306</sup>.

Siguiendo esta línea argumentativa, Touraine señala que la idea del Sujeto se reintroduce gracias a ese estallido del Ego que hace consientes las nuevas formas de «crisis de la personalidad»<sup>307</sup>. Estas «crisis» que podrían observarse como un paso atrás en la construcción del Sujeto, en cuanto favorecen mucho más la irrupción del Sí mismo socialmente determinado, funcionan a la vez como revulsivo para suscitar la emergencia y voluntad de ser Sujeto, puesto que, ante el hastío clasificador, se descubre en la situación un poder, contra lo que se articula la defensa del sujeto<sup>308</sup>, reafirmando

---

<sup>305</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 341. La cita específica con la que Touraine alude a Taylor de acuerdo a la traducción de *Sources of the self* es ligeramente diferente en razón de que en *Crítica de la modernidad*, la cita es traducida directamente del inglés por parte del traductor de Touraine. Dicho esto la cita adecuada a la traducción de Ana Lizón de la obra de Taylor sería la siguiente: “Uno es un yo sólo entre otros yos. El yo jamás se describe sin referencias a quienes lo rodean”. Véase TAYLOR, Charles, *Fuentes del Yo. La construcción de la identidad moderna*, Editorial Paidós, 1996, Barcelona. Traducción de Ana Lizón. P. 51

<sup>306</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 341

<sup>307</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 344. Cuando Touraine piensa en las crisis de la personalidad lo hace mayormente pensando en los efectos perniciosos de la sociedad liberal contemporánea porque “multiplica y diferencia los papeles sociales y nos impone en cada uno de nuestros papeles, códigos y conductas cada vez más elaboradas”. Más adelante, Touraine reitera que “Solo la destrucción del Ego permite la emergencia del Yo. Lo cual va de consuno con la destrucción de la naturaleza humanizada, antropomórfica”. Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 347

<sup>308</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 349

Touraine que *El sujeto es un movimiento social*, cuyo proceso de subjetivación se constituye en el gesto de rechazo y de resistencia (de allí su imagen de disidente) por el cual se crea a sí mismo como Sujeto, desprendiéndose de los roles sociales obedientemente aprendidos mediante el proceso de socialización, entendiendo por tanto Touraine que la subjetivación es siempre lo opuesto de la socialización<sup>309</sup>, que vendría siendo la aceptación cabizbaja de unos determinados roles sociales. Matiza de todas maneras Touraine que esta subjetivación tiene límites, condicionándose a “no encerrarse en una contracultura de la subjetividad y de comprometerse, por el contrario, en la lucha contra las fuerzas que destruyen activamente el sujeto”<sup>310</sup>.

No se debe caer en la ingenuidad de que, reintroducida la idea de sujeto, automáticamente esta elimina las viejas vacilaciones de la modernidad para asentarse en el nuevo panorama a sus anchas; de ninguna manera. Se trata ante todo de una noción «débil», que titubea entre ser una “voluntad consciente de construcción de la experiencia individual” y su vinculación a una tradición comunitaria, vacilación que expresada en otras palabras quiere decir que el Sujeto “es gozo de sí pero también sumisión a la razón”. Como resultado de este titubeo que solo comienza por asomarse tenemos que la idea de Sujeto según Touraine constituye una “red de relaciones de compromiso y liberación, entre individuo y colectividad”, antes que una afirmación central<sup>311</sup>.

“La inversión necesaria –dice Touraine– consiste en ligar la libertad del sujeto no al hombre-noúmeno sino al hombre fenómeno, para utilizar los términos de Kant en *Los fundamentos de la metafísica de las costumbres*, y a al hombre-cuerpo”<sup>312</sup>. El Sujeto de Touraine así fundamentado, “no se forma alejándose del cuerpo y del Ello, del

---

<sup>309</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 356. Respecto a la disyuntiva entre las socialización y la individuación, Touraine dice, posteriormente, compartir por completo las ideas expresadas por Jürgen Habermas con respecto a que “ciertamente, mientras sólo contemos con sujetos que se representan objetos y manipulan objetos, que pueden alienarse en los objetos o que pueden referirse a sí mismos como a un objeto, no es posible entender la socialización como individuación ni escribir la historia de la sexualidad contemporánea también bajo el punto de que la interiorización de la naturaleza subjetiva posibilita la individuación”. Véase HABERMAS, Jürgen, “Aporías de la teoría del poder”, en *El discurso filosófico de la modernidad*, Katz Editores, 2008, España. Traducción de Manuel Jiménez Redondo. P. 318

<sup>310</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 350

<sup>311</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 344

<sup>312</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 351

mundo del deseo, y la modernidad no consiste en aplastar la afectividad y los lazos interpersonales en nombre de la razón”<sup>313</sup>. Al contrario, el Sujeto para Touraine será siempre un *mal sujeto*, pues en su rebeldía a la normatividad e integración, así como en su empecinamiento por afirmarse gozando de sí mismo, es que su resistencia al poder permuta esta afirmación de sí por la voluntad de ser Sujeto, llegando a definirse como tal más por la libertad y por el esmero puestos en la liberación que por la razón y las técnicas de racionalización<sup>314</sup>.

De todas maneras, “es sólo en la relación con el otro como sujeto la forma en que el sujeto personal puede captarse él mismo”, pues únicamente en el reconocimiento mutuo, cuando el otro-sujeto se dirige a mí para que yo sea sujeto para él yo consigo ser sujeto. Por eso concluye Touraine que “de igual modo que el ser para otro, es decir el Sí mismo, destruye el sujeto sometiéndolo a las normas de papeles sociales, así el ser para el otro es la única manera que tiene el individuo de vivirse como sujeto”<sup>315</sup>.

El Sujeto constituido en referencia al otro, prosigue Touraine, ha de tomar partido en contra de la sociedad, puesto que en caso de no hacerlo arriesga la condena de convertirse en un instrumento ideológico establecido para servicio de la integración social y de la moralización que acaban por resolverse en el drama existencial e historia sin fin, concerniente a la búsqueda de un sujeto prohibido<sup>316</sup>. Para que este Sujeto se empodere y sea capaz de volverse contra la sociedad, Touraine precisa que este ha de hacerse conciente en cuanto a no estar dominado únicamente por los aparatos de poder sino que, en adición a ello, el sujeto se haya privado de una gran parte de él mismo que se transforma en inconciente. De este modo, Touraine nos quiere indicar que la liberación del Sujeto depende en gran medida de la capacidad de ampliar los márgenes de la vida interior, aspecto que a su entender puede alcanzarse haciendo que la ley y el deseo no sean necesariamente puntos contradictorios<sup>317</sup>.

---

<sup>313</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 351

<sup>314</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 351-352

<sup>315</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 352

<sup>316</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 356

<sup>317</sup> Para ser más precisos con la liberación del sujeto no solo hace falta eliminar esta contradicción, sino que hay un cúmulo de aspectos mucho más grande: “El sujeto se constituye por la democracia y por los derechos del hombre, por la libertad y por la tolerancia, por el alejamiento de la ley y la transformación de las pulsiones en deseo del otro. Nunca transformándose en Ego contento de sí, abandonado al placer

La sociología intentada por Touraine, psicoanalítica, subjetivista y opuesta a la sociedad, es consecutivamente una sociología contraria a la arraigada escuela del «funcionalismo» que correspondería en palabras del francés a “aquella sociología para la que la utilidad social, la funcionalidad, es la medida de la moralidad y que llama marginales y desviantes las conductas que perturban el orden de las cosas”<sup>318</sup>. La sociología de la acción de Touraine, en cambio, concibe que solo puede haber acción contra la lógica interna del sistema<sup>319</sup>.

La emergencia del Sujeto, que se constituye en la oposición que marca su acción contra el funcionamiento convencional del sistema, se cristaliza fundamentalmente a través de los movimientos sociales. Volvemos así a la importancia que Touraine concede en su sociología de la acción al movimiento social y a la vez asistimos al ineludible vínculo de este con la teorización del Sujeto como disidente que el mismo Touraine formula, relativo a concebir al proceso de subjetivación esencialmente como refractario de los modelos sociales irreflexivamente aprendidos a través de los procesos de socialización: El sujeto, como disidente que ofrece resistencia, armoniza con la noción de movimiento social y hasta podríamos añadir, tienen una existencia cooriginaria de sus agencias, puesto que para Touraine el movimiento social representa siempre y ante todo, una fuerza reactiva que es “acción colectiva de defensa del sujeto contra el poder de la mercancía, de la empresa y del Estado”<sup>320</sup>, que son precisamente los aspectos negativos y hegemónicos que están en el trasfondo de los procesos de socialización de los individuos en contra de los cuales Touraine fundamenta su teoría del Sujeto como disidente, que se constituye en oposición y por medio de la lucha con los aparatos del panorama de estructural funcionalismo y por el respeto del otro como sujeto. Es muy importante esta ambivalencia del sujeto en cuanto a pasar a ser movimiento social (y viceversa), puesto que el sujeto, de no convertirse en movimiento social arriesga su disolución en la individualidad y por otra parte, el movimiento social, sin el recurso al principio no social de acción en la vida social, cae fácilmente en la tentación alienante de conformarse al sentido de la historia, de manera tal que Touraine

---

narcisista de la introspección; escapando, por el contrario, al orden de la ley y a la lógica del lenguaje impersonal de la acción”. Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 357

<sup>318</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 359

<sup>319</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 366-367

<sup>320</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 365

concluye que “no hay sujeto sin compromiso social; no hay movimiento social sin apelación directa a la libertad y a la responsabilidad del sujeto”<sup>321</sup>. De este modo, la acción social debe transcurrir en medio de aquella delgada línea que separa al Sujeto y su resistencia mediante el movimiento social, por un lado, y la confusión que se puede provocar entre la apelación al Sujeto personal y la movilización colectiva, por el otro, pues, para Touraine, existe en primer lugar el peligro de que aquél poder social con potencialidad de aparecer termine por acarrear apremios mucho peores que los de la mercancía, el dinero o el Estado, en tanto que un segundo peligro sería el de la trivialización de la movilización social, deviniendo en que aquella apelación al Sujeto no sea más que una simple protesta que, como mucho, de origen a una contracultura tan débil que parece por la propia normatividad comunitaria o por desangramiento provocado por las luchas de poder a su interior<sup>322</sup>. Así, un movimiento social que se mantiene apropiadamente resguardado en la templanza del equilibrio delineado por Touraine, constituye un movimiento que se distingue de las movilizaciones de masas, en cuanto son apelación al Sujeto que conjugan compromiso y liberación, libertad personal y movilización colectiva, de tal manera que finalmente “son apelaciones a lo no-social para transformar lo social”<sup>323</sup>.

Debido a que a Touraine le resultan prácticamente inseparables los términos de sujeto y movimiento social, es tajante en señalar que ni es necesario tener que elegir entre un sujeto histórico y un sujeto personal ni tampoco hace falta elegir artificiosamente entre lo individual y lo colectivo; el sujeto, en primer lugar, es histórico y personal a la vez, puesto que es en las dimensiones social, interpersonal y en la relación del individuo consigo mismo donde manifiesta el encuentro de sí y su liberación de la modernidad estallada que le constriñe, sin olvidar que al sujeto personal se le encuentra en el corazón de las situaciones históricas, asimismo como urge reconocer que son hoy “los problemas de la vida privada, de la cultura y de la personalidad los que están en el corazón de la vida pública”<sup>324</sup>; en segundo lugar, no hace falta elegir entre lo individual y lo colectivo puesto que las demandas más

---

<sup>321</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 365

<sup>322</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 368

<sup>323</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 368

<sup>324</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 369



personales no son separables de la acción colectiva y en realidad, la elección que si corresponde hacer esta entre “la producción de la sociedad y su consumo, entre la libertad y los determinismos sociales que se manifiestan, tanto una como otros, en el nivel de las conductas individuales lo mismo que en el nivel de la acción colectiva”<sup>325</sup>.

Así, la experiencia del Sujeto como acción, necesariamente vinculada a su manifestación como movimiento social, determina que ya no se pueda situar al individuo fuera del mundo, sino que esta experiencia ha de concebirse asociada a la esperanza, que es alejamiento, pero también expectativa de posesión, siendo en definitiva esta esperanza el movimiento concreto de la alegría hacia una felicidad difícil más que imposible<sup>326</sup>. Pero Touraine advierte que el espacio de la no-esperanza es enorme aún. Este espacio tiene unas conformidades distintas según sea la sociedad que tengamos en mente: “En las sociedades tradicionales, lo que limita la acción es el aislamiento, la ignorancia, la dependencia; en las sociedades modernas, es la agitación, la proliferación de ruidos, la consumición de todos los bienes de consumo”<sup>327</sup>.

#### EL SUJETO Y LA NACIÓN

A su vez, la experiencia del Sujeto no solo está unida a la formación de un movimiento social, sino que también reconoce en su génesis histórica (en varios de los sentidos que la polisemia de la palabra “historia” permite) a la idea de nación. Y es que Touraine señala que el “Sujeto es siempre a la vez libertad e historia, proyecto y memoria”. Los componentes de historia y memoria envueltos en la idea de sujeto inevitablemente conducen de vuelta a la idea de nación, aunque en el caso de Touraine no existe una idea estática de los elementos que componen la nación puesto que, ante los peligros del ensimismamiento de la memoria, conservada en unos términos excesivamente estrechos nos advierte que se corre el riesgo de volver a una comunidad sometida a los designios de los depositarios de la tradición, aspecto que contradice todo

---

<sup>325</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 371

<sup>326</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 373

<sup>327</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 374

cuanto se ha dicho respecto a la noción de Sujeto. Es por ello que Touraine aboga por la necesidad de disponer de una memoria colectiva que esté viva, transformándose constantemente para ser integrativa, en lugar de imponer a los recién venidos una “historia intangible y convertida en mitología nacionalista”<sup>328</sup>.

Concibiendo a la nación como un corpus provisto de una memoria dinámica, Touraine prosigue enfatizando la importancia de ésta en la idea del Sujeto, al punto de concebirle como un aspecto indispensable, lejano de ser un atavio del que sería mejor desprenderse. Touraine comienza por dar cuenta de que hoy, en todo el mundo, las conciencias nacionales adquieren importancia debido a que resulta imposible concebir un Sujeto personal al margen de un Sujeto colectivo, que el autor francés grafica como la unión de una libre voluntad colectiva y de una memoria histórica, confirmando que es en las naciones donde mejor se han asociado estos dos elementos en los cuales se construye la afirmación del Sujeto personal, aun cuando ha de ofrecer resistencia tanto a las presiones de conformarse a algún tipo de identidad nacional cerrada como aquellas que traten de imponerle una determinada manera de pertenencia social<sup>329</sup>.

Después de contemplar la existencia de esta realidad, Touraine, pensando en las precauciones delineadas para la idea de nación, insiste en la necesidad de su existencia para así librarse del yugo del Estado y también porque le concibe prácticamente como condición existencial para que “los individuos sean capaces de conquistar su libertad personal en el seno de esa sociedad”<sup>330</sup>. Touraine afirma seguidamente que no puede disociar la idea de nación porque, sencillamente, “el Sujeto, tanto colectivo como individual, es indisolublemente alma y cuerpo” aunque, desafortunadamente, una idea muy estrecha de lo que se entiende por modernidad se ha disparado en picada en la identificación del espíritu contra el cuerpo y del futuro contra el pasado, en circunstancias de que es a través de la integración de estos elementos donde, efectivamente, la modernidad se realiza<sup>331</sup>.

---

<sup>328</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 380

<sup>329</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 380

<sup>330</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 381

<sup>331</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 381

Touraine también alerta respecto a los peligros del pretendido universalismo que se pone por encima de lo particular y que se avizora como hegemónico en los tiempos que vivimos, señalando que la imagen de modernidad como triunfo de lo universal sobre el pasado no es más que una noción arcaica, puesto que los países que han tenido un rol importante en la formación de eso que llamamos modernidad, han tendido realmente a identificar sus maneras nacionales con alguna forma de universalismo, de modo tal que, Touraine intentando siempre recomponer los equilibrios, nos señala que no resulta conveniente ni que triunfe el monopolio de la universalidad ni tampoco la especificidad absoluta de la insuperable distinción con todos los demás. La racionalización, que como ya se ha señalado, no es peligrosa en si misma sino cuando se le hipertrofia, “está vinculada a la emergencia de un sujeto que está hecho a la vez de libertad reivindicada y de historia personal y colectiva afirmada”<sup>332</sup>.

Touraine pone acento también en los peligros que puede suponer una particularidad radical, reparando en la facilidad que existe para quienes se sienten amenazados e invadidos por las culturas e intereses económicos foráneos, en cuanto a adoptar defensas a ultranza de identidades transmitidas de las cuales, a su juicio<sup>333</sup>, más que creadores, son simplemente depositarios. Aquél apego a la identidad, supone para Touraine una artificialidad<sup>334</sup>. Esta postura ideológica, repara Touraine, se ha vuelto potente en el mundo post-guerra fría, en cuanto que tras la victoria de la economía de mercado (saludada por muchos como un triunfo definitivo que pondría a fin a los mayores conflictos sociales), se ve estallar un conflicto mucho más profundo todavía, “cultural al mismo tiempo que social y político, entre la técnica y la religión, entre lo que Tönnies llamaba al final del siglo pasado (*XIX*) la sociedad y la comunidad, la primera asociada a la racionalización, la segunda a la defensa de valores que se identifican con formas de organización social”<sup>335</sup>. Más específicamente para Touraine, el corazón del conflicto de nuestros tiempos residiría en la interdependencia de la

---

<sup>332</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 384

<sup>333</sup> Enfatizo aquí la subjetividad de la opinión de Touraine pues mi pensamiento no puede estar más alejado de estas palabras. Si bien resulta razonable la advertencia expresada por Touraine, no es menos cierto que, en muchos casos y particularmente los que tengo a la vista en este trabajo, la trinchera de la identidad no tiene nada que ver con la adopción identidades preexistentes, sino que al contrario, se trata mayormente de la creación empoderada de Sujetos que son a su vez, actores.

<sup>334</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 385

<sup>335</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 387. El paréntesis es nuestro.

racionalización con las dos facetas del sujeto concernientes a la libertad personal y la pertenencia a una comunidad, concibiendo el francés que al estar presente siempre la relación de enfrentamiento entre libertad y comunidad, así como entre el sistema social y el sujeto personal o colectivo, lo más sensato equivale a no desear la victoria de ningún tema sobre el otro<sup>336</sup>. Este profundo conflicto cultural adquiere una presencia mucho más dramática en las sociedades del Tercer Mundo, en las cuales el modelo *revolucionario*, definido por la comunión entre modernización económica y transformaciones sociales es reemplazado por modelos más nacionalistas que defienden una identidad, a veces tradicional, que se erige en oposición contra la modernidad<sup>337</sup>.

#### EL SUJETO COMO UN «EQUILIBRIO INESTABLE»

Habidas estas consideraciones, el Sujeto que perfila Touraine constituye un receptáculo de sustancias duales, a menudo contradictorias y en tensión, que impiden considerarle como una especie de “último recurso”, puesto que el Sujeto no constituye un principio unificado, que ordene desde las alturas y desde fuera las conductas, sino que es ante todo un «equilibrio inestable» ya que es a la vez compromiso y liberación, en el sentido de que la producción de sí le supone desprenderse de roles sociales que pueden resultar asfixiantes, pero a la vez comprometiéndole en acciones que involucran la inteligencia, el deseo o las relaciones con los demás<sup>338</sup>. Siendo el «equilibrio inestable» que es, el Sujeto en ningún caso constituye un absoluto, aunque tampoco se reduce a definirse únicamente por medio de particularismos de tipo alguno. Por todo eso, Touraine insiste en que el Sujeto más que constituirse, se afirma en su Yo a través de “la afirmación de sí mismo y de la lucha defensiva contra los aparatos de producción y de gestión”<sup>339</sup>, de tal manera que un Sujeto concebido bajo esta actitud da lugar a la existencia de una sociedad realmente moderna cuando es capaz de transformar lo

---

<sup>336</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 387

<sup>337</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 396, en relación a los «impulsos contramodernizantes» reseñados al comienzo del capítulo respecto al desarrollo de la sociología del conocimiento y la formación de la conciencia moderna en Peter Berger.

<sup>338</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 399

<sup>339</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 402

antiguo en moderno sin destruirlo, sin desvincularse del todo de su pasado y creencias, que dejan de experimentarse como un férreo lazo comunitario para en cambio ser concebidos más como una llamada a la conciencia, que hace estallar a los poderes sociales favoreciendo correlativamente a la subjetivación<sup>340</sup>. Aquella imagen de sujeto, como «equilibrio inestable», como campo de tensiones que de todas maneras se articulan como resistencia a través del movimiento social, que antes que una afirmación todopoderosa tiene conciencia de sí en cuanto a ser una propuesta contingente que ha de resolverse en su devenir con el mundo que habita, es en parte el sujeto teórico de la «transición invisible», en cuanto a que este sujeto no supone ningún tipo de conciencia ulterior, sino más bien una construcción en devenir, que se va articulando en un difícil equilibrio respecto de las tensiones que constituyen su experiencia<sup>341</sup>.

#### EL SUJETO Y LA FORMACIÓN DE SÍ MISMO COMO PRESUPUESTOS PARA LA DEMOCRACIA Y LA CIUDADANÍA

De momento, la «sociología de la acción» devenida en «sociología del sujeto» de Touraine nos ha ido mostrando una cierta idea de sujeto para habitar una reinterpretada idea de modernidad. Hasta ahora, el empeño ha estado puesto en aspectos más sustantivos del proceso de subjetivación, pero conviene también ver la manera procedimental por la cual este sujeto se vinculará con los demás en el contexto de las enormes dimensiones que guardan las sociedades modernas. En atención a esto último, las sociedades modernas usualmente han estado acompañadas por la idea de democracia, que sus principales pensadores han transformado en una definición central de la libertad de los modernos, acercándose de esta manera a la idea misma que nosotros hemos estado manejando de sujeto. La idea misma de la democracia, para Touraine, tal como la noción de sujeto, no está exenta de conflictos, pues a su entender

---

<sup>340</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 406

<sup>341</sup> En efecto, el sujeto que está en la base de esta «transición invisible» constituye precisamente un «equilibrio inestable» que, por seguir el análisis de Araujo y Martuccelli en su retrato sociológico de los individuos de la sociedad chilena contemporánea, refiere a que en la construcción en devenir de este sujeto “veremos en acción la tensión entre estas dos fuerzas: por un lado, una revolución neoliberal incompleta, y por el otro, una revolución democratizadora inacabada”. Véase Araujo y Martuccelli, *Desafíos comunes*, Tomo I, P. 14

también la democracia configura –igual que el sujeto– una suerte de «equilibrio inestable».

Para Touraine el devenir de la democracia puede verse como la historia de la separación progresiva de dos de sus elementos constitutivos que son la soberanía popular y los derechos del hombre, que en virtud de su manipulación indiscriminada adquieren matices hegemónicos perversos, confundiéndose la soberanía popular a menudo con la idea de poder popular, tan desapegada de la legalidad y cargada de aspiraciones revolucionarias, en tanto que los derechos del hombre suelen verse reducidos a la defensa de la propiedad, como si este fuese el único bien jurídico digno de adecuada protección<sup>342</sup>.

Por la constante tensión de esta idea de democracia y por el peligro de los reduccionismos de los que es presa, el autor francés toma la determinación de reservar para la idea de ciudadanía un sentido más secular, que se aleje de adscripciones a colectividades de índole política, nacionales, de pueblo o república. Ser ciudadano para Touraine será ante todo una abstracción consistente en hacerse responsable del funcionamiento adecuado de las instituciones democráticas que hacen respetar los derechos del hombre y permiten a su vez la representación de ideas e intereses. Esta idea, mucho más ambiciosa en su proposición, no necesariamente implica una conciencia moral o nacional de pertenencia, que no obstante existir en la mayoría de los casos no llega, sin embargo, a ser un elemento constitutivo fundamental de la idea de democracia<sup>343</sup>. Ligado a la idea anterior, Touraine concibe que la distancia entre lo particular y lo universal, solo puede ser franqueada concediendo un valor universal, como uno de los fundamentos de la modernidad, a la afirmación libre del sujeto, puesto que, cuando más nos acercamos a lo universal (cuya proximidad Touraine asocia a la idea que persigue de modernidad) es cuando nos reivindicamos como sujetos, ya que modificamos nuestra propia individualidad que tenemos impuesta por nuestro ser biológico, como producción de nuestro Yo, como *subjetivación*, que será entendido como el proceso de producción de sí mismo que se gesta en el antagonismo contra los aparatos, especialmente contra los sistemas de dominación cultural dentro de los cuales

---

<sup>342</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 413-414

<sup>343</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 420

para Touraine el Estado es su más aberrante ejemplo, cuando éste llega a consolidar su dominio de la cultura tanto como de la vida política y económica.

Será así para Touraine el mismísimo sujeto y la formación de sí mismo, lo que acaba por constituir el fundamento de la ciudadanía y por ende, si la democracia es realmente posible, lo será por la existencia de conflictos sociales que oponen a actores que al tiempo que discuten entre sí, se refieren a los mismos valores, solo que tratando de asignar a ellos formas sociales que resultan ser opuestas. Por ello, en lugar de seguir confiando empedernidamente en las luces del racionalismo, corresponde mejor dar la vuelta en dirección hacia el Sujeto, puesto que los conflictos sociales no son más que el debate que se juega dentro del Sujeto atendido este como envite cultural central<sup>344</sup>.

Touraine siguiendo a Habermas se cuestiona el rol de la comunicación y se pregunta en definitiva que es la comunicación como aspecto central de la práctica democrática y frente a ello se responde que es el cara a cara de los elocutores al mismo tiempo que la transmisión de mensajes de uno a otro, todo lo cual supone el signo del trabajo de subjetivación que cada uno cumple y trata de reconocer en el otro. Definida la comunicación en estos términos, Touraine le atribuye un valor más negativo que positivo, en cuanto entiende que la sociedad deja ya de apoyarse en la historia, la naturaleza o la voluntad divina puesto que la clave en la comunicación pasa a ser la interacción, el cambio, o dicho en un término aun más concreto, la acción, que saca a flote los conflictos sociales puesto que la comunicación es todo lo contrario a la información, que subordina a los individuos y grupos a su poder; y más contraria aun lo es todavía de la expresión de sí mismo, de la cual Touraine advierte que si triunfa sola, acaba por encerrarse en la conciencia y en la afirmación de sí elevando los peligros del culturalismo o el diferencialismo absoluto<sup>345</sup>.

---

<sup>344</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 431

<sup>345</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 432

Las posturas de Touraine, afanadas en reivindicar la libertad y la subjetivación como pilares de su idea de modernidad le llevan a tener una idea más ambiciosa de lo que considerará por democracia, puesto que no le basta la definición circunscrita únicamente al aspecto de participación, sino que más bien, para él, la democracia está definida por la libertad, por la creatividad de los individuos y los grupos, considerando además que la apelación al Sujeto que tanto propicia es en último término la asunción de un cierto pluralismo de los valores, con la actitud que el mismo Touraine asimila a la de Isaiah Berlin, “que ha querido luchar al mismo tiempo contra la arrogancia del pensamiento francés de las Luces y los peligros del romanticismo alemán”<sup>346</sup>. En conclusión, la democracia tiene la máxima importancia para Touraine en cuanto ser, por un lado, la mejor defensa frente a los totalitarismos, y por otro lado, contra una sociedad reducida a ser nada más que un mercado. Y esta idea de democracia reconoce al movimiento social como su mayor defensor: “(*la democracia*) se apoya en movimientos sociales que defienden al Sujeto humano contra la doble impersonalidad del poder absoluto y del reinado de la monarquía”<sup>347</sup>.

A sabiendas de que el concepto de democracia de Touraine no es ni un concepto absoluto ni tampoco una entidad meramente procedimental, las condiciones que se requieren para luchar por la democratización no se reducen a principios procedimentales de funcionamiento de la democracia y pierden su sustancia una vez que pierden de vista la libertad de la ciudadanía, o lo que es lo mismo, la autonomía de la sociedad civil y de sus actores sociales<sup>348</sup>. No podemos elegir entre la defensa de las instituciones democráticas y la demanda popular de participación, sino que debemos combinar ambos elementos, deviniendo la democratización en la subjetivación de la vida política, y la democracia así conseguida, en “el tratamiento institucionalizado de los conflictos formados en torno a la racionalidad moderna y defensa de la libertad personal y colectiva”<sup>349</sup>. La idea de la democracia de Touraine puede, en cierto punto, sonar hasta

---

<sup>346</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 435

<sup>347</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 438

<sup>348</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 438-439

<sup>349</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 440



paradójica, pues concibe que la sociedad más democrática es aquella que establece los límites más estrictos posibles, aunque bien estos límites están referidos a la posibilidad de influencia de los poderes políticos sobre la sociedad y sobre los individuos, de modo que no concibe a la democracia transformada en el triunfo de lo Uno o la conversión del pueblo en Príncipe, sino que todo lo contrario, concibe la democracia como la subordinación de las instituciones a la libertad personal y colectiva<sup>350</sup>. La manera de propiciar estos límites estrictos a la influencia de poderes desbocados refiere, una vez más, a la necesidad de reforzamiento del Sujeto, tarea que para Touraine se acomete adecuadamente mediante las denominadas «agencias de socialización» (aun cuando para Touraine el término de «agencias de socialización» resulta en sí inadecuado). En lugar de únicamente socializar —y aquí viene el porqué de la inadecuación del término— estas «agencias» (fundamentalmente la familia y la escuela) debiesen de educar a los individuos en cuanto a ser sujetos conscientes de sus libertades y de sus responsabilidades para con ellos mismos<sup>351</sup>.

Con estos presupuestos para una democratización sólida se llega mucho más lejos aun, puesto que ha decir de Touraine se alcanzaría el establecimiento de una sociedad efectivamente moderna, que es la que reconoce de manera más explícita los derechos iguales de la racionalización y de la subjetivación, así como la necesidad de combinarlos<sup>352</sup>, puesto que una democracia sólida mezcla una voluntad de libertad personal apoyada en la defensa de la tradición cultural, ya que en caso de no combinar estos elementos, el individuo desencarnado de todo deviene en no más que un “consumidor de bienes materiales y simbólicos, incapaz de resistir a las presiones y a las seducciones manipuladas por los detentadores del poder”<sup>353</sup>. Así, para Touraine, no es la modernidad la que produce la democracia, sino que más bien, es la democratización misma, en cuanto capacidad de combinar la racionalización con la subjetivación, lo que va perfilando un estándar adecuado de modernidad<sup>354</sup>, y por ello

---

<sup>350</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 441-442

<sup>351</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 442

<sup>352</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 442

<sup>353</sup> Por ello es que para Touraine, la democracia adquiera además un estatus cuasi religioso, puesto que puede aportar al mismo tiempo las exigencias de la conciencia tanto como el apoyo de un poder de índole espiritual, capaz de oponer resistencia al poder temporal. Véase Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 443-444

<sup>354</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 444

mismo, para Touraine, cuando la democracia es asimilada reductivamente a un conjunto de instituciones o a un tipo de personalidad, estamos ante el fracaso de esta idea, pues a la democracia ante todo ha de considerársele como sinónimo de lucha contra los poderes y ordenes establecidos, favorable a la defensa de las minorías en contra de la mayoría. Por ello la democracia no es sencillamente un estado del sistema político sino que es más bien un trabajo permanente de subordinar la organización social a la combinación de racionalidad y de libertad, no siendo entonces la democracia “el triunfo del pueblo”, como en los reductos revolucionarios quiere asimilarse, sino que más que una liberación de una determinada mayoría, representaría “la subordinación del mundo de las obras, las técnicas y las instituciones a la capacidad creadora y transformadora de los individuos y de las colectividades”<sup>355</sup>

#### EL DEVENIR DE LA SOCIOLOGÍA DE TOURAINE: DE LA «SOCIOLOGÍA DE LA ACCIÓN» A LA «SOCIOLOGÍA DEL SUJETO»

Cabe recordar que la diversidad de las reflexiones manifestadas por Touraine a través de la longitud de su obra viene avalada por su trayectoria como sociólogo y que, en tanto tal, es que le hemos consignado dentro de este marco teórico para iluminar el entendimiento del Sujeto y del ciudadano que perseguimos. Considerando la ambición omnicomprensiva presente en «*Crítica de la modernidad*» cabe recapitular, más allá de los retazos de filosofía y psicología en ella desplegados, en la «sociología de la acción» que convocó nuestro interés por la obra de Touraine.

El mismo autor se preocupa en varias de las páginas que componen su obra de aclarar cuál es su perspectiva sociológica y en qué sentido ésta se ha transformado a lo largo de su trayectoria personal, dando inicio a su reflexión desplegando en primer término la crítica que a finales del siglo XX (y probablemente hasta nuestros días) se hace respecto a la sociología clásica, en cuanto a que, hoy, no se observa ni la correspondencia cuasi «natural» que se pregonaba entre los actores y el sistema, ni tampoco un pensamiento hegemónico de que la razón universalista debería de triunfar sobre las tradiciones y los intereses particulares; por el contrario, lo que hoy si se

---

<sup>355</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 445

observa es que la sociedad moderna está dominada por la ruptura de la correspondencia del sistema y los actores, desavenencia que, a cambio, se ve sustituida por dos imágenes opuestas que son las del «sistema sin actores» y la del «actor sin sistema»<sup>356</sup>.

Ante la descripción de este contexto, y de forma inevitable, la «sociología de la modernización» acaba por desembocar en la «sociología de la acción», que manifiesta la resistencia de los valores de la libertad y la responsabilidad en contra de los intereses del sistema. El avance que se introduce en *«crítica de la modernidad»* respecto al escenario descrito concierne a la sucesiva transformación que Touraine observa respecto a una «sociología de la acción» que pasa abiertamente a ser una «sociología del Sujeto», “cosa que siempre había sido, pero sin haberse liberado todavía de un molde historicista” dice expresamente Touraine, manifestando su doble rechazo respecto de una sociología puramente crítica y del historicismo<sup>357</sup>. Para Touraine la historia de la modernización es a su vez (y sobre todo) la historia de la subjetivación, no siendo ya la sociología el estudio de la racionalización y de la funcionalidad de las instituciones, sino que teniendo contemporáneamente por principal objeto “el conflicto del Sujeto y de los sistemas, de la libertad y del poder”<sup>358</sup>. La «sociología del Sujeto» comienza por reconocer que el Sujeto se erige inicialmente en un sentido negativo, por oposición a la lógica del sistema, concibiendo Touraine al Sujeto y al sistema no ya como universos separados, sino como movimientos sociales antagónicos enfrentados<sup>359</sup>. La dialéctica de estos universos que yacen separados y que se ven enfrentados, encuentra su sentido y se proyecta en la imagen que Touraine anticipó de nuestro mundo como una «sociedad programada» en la cual la producción de bienes simbólicos le ha arrebatado el lugar central que le correspondía antaño a la producción de bienes materiales en la sociedad industrial, produciéndose una ruptura profunda entre la economía y la cultura, de la

---

<sup>356</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 449

<sup>357</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 453-454

<sup>358</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 454

<sup>359</sup> Estos movimientos sociales enfrentados, dice Touraine son “actores sociales y políticos que se enfrentan, incluso cuando las demandas del Sujeto no son tenidas en cuenta por agentes políticos y cuando los grandes sistemas de producción hacen creer a muchos que no son más que los agentes de la racionalidad económica, incluso los servidores del público”. Prosigue Touraine señalando que “la sociedad ya no puede ser definida como un conjunto de instituciones o como el efecto de una voluntad soberana; no es ni la creación de la historia ni la del Príncipe, es un campo de conflictos, de negociaciones y de mediaciones entre la racionalización y la subjetivación, que son las dos caras complementarias y opuestas de la modernidad”. Véase Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 454-455

misma manera en que, en el amanecer de la modernidad “las fuerzas de desarrollo económico o científico habían creado islotes de racionalidad en un universo de tradición y comunidad”, situación que Touraine no duda en denunciar como patológica, puesto que correspondería más bien analizar esta separación como un artificio, ya que realmente ambos dominios son más bien complementarios, correspondiéndole al sistema político establecer las mediaciones entre ambos mundos<sup>360</sup>.

Pero la trayectoria deseada por Touraine para arribar a la modernidad está lejos de ser un camino de rosas; al contrario, aun permanecemos de lleno frente a la disputa de quien, por un lado, clama por estrategia, adaptación al cambio y al mercado, con pensamiento operacional de cálculos de costes y ventajas, frente a quién del otro lado, habla del Sujeto, de su libertad y voluntad del individuo en cuanto ser actor. Estos actores que observamos como opuestos tal cual anticipaba Touraine, son movimientos sociales que fácilmente pueden acabar por transformarse en sus contrarios, lo que equivaldría a convertirlos en antimovimientos sociales. Estaríamos ante tal peligro cuando la acción defensiva del Sujeto se transforma en otro tipo acción defensiva, que apela más a la identidad y a la comunidad que a la libertad, al tanto que, similar peligro puede ocurrir paralelamente con las estrategias de las empresas políticas, económicas o culturales en caso de que estas acaben por ser derrocadas por la forma más vil de capitalismo, el financiero, que arrasa con su antecesor, el capitalismo de producción.

Estas tendencias de antimovimientos sociales tienen una presencia histórica que hoy se puede ver manifestada de manera clara tanto con una visión global del mundo, tanto como dentro de la particularidad de cada nación<sup>361</sup>. Los nuevos movimientos sociales, redondea Touraine, no han sido en su perspectiva más que formas frágiles y monstruosas, puesto que todavía, buscando estos la definición de sí mismos, deambulan por medio de una extraña mezcla de querer ser actores de futuro, siguiendo aun atados a ideologías del pasado, no obstante la opinión pública paulatinamente, en gran medida gracias a los *mass media*, y a algunos intelectuales dedicados a discursos del pasado se vuelve sensible a nuevos problemas sociales que comienzan a entrar a la esfera del debate público.

---

<sup>360</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 455

<sup>361</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 456

Los sujetos insertos en esta lógica de nuevos movimientos sociales delineada por Touraine, no se definen ni se construyen más que como actores de conflictos sociales que en aquella esfera de actividades se vuelven asimismo creadores de historicidad, encontrando en aquella asociación del conflicto social (y sus formas de negociación) con las orientaciones en común que se guardan con los adversarios, el punto que les define en cuanto actores sociales y más todavía, como movimiento social, sin dar cabida a la posibilidad de reducir la vida social a la práctica común de unos determinados valores o, a la inversa, a una enconada lucha de clases que acaba por resolverse en una sangrienta guerra civil<sup>362</sup>.

La importancia moral del sujeto ha nacido en su resistencia hacia el poder absoluto, al punto de que, para Touraine, el centro del debate en nuestros días no debería estar puesto entre el holismo y el individualismo, sino que entre la «sociología del Sujeto» y el individualismo racionalista, dado que al día de hoy los sistemas, resisten al Sujeto apelando al mercado y al interés, y no abiertamente a algún tipo de misión redentora de orden estatal o movilización de clase<sup>363</sup>. Enfrentados a esta situación urge más que nunca un cambio profundo en la actitud de los intelectuales e incluso, la sustitución de unos por otros<sup>364</sup>, habiendo necesidad de construir una alianza del Sujeto y de la razón, de la libertad y de la justicia.

Concluye Touraine esta revisión a través de las orientaciones de la sociología intentando abrigar algo de esperanza en aquello que denominamos la «crisis de la modernidad». Más allá de necesariamente verse como el quiebre con la secularización y con la confianza en la razón, la propuesta de Touraine consiste en enfocarla como el

---

<sup>362</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 458

<sup>363</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 459

<sup>364</sup> Decimos sustitución de la intelectualidad incluso, puesto que Touraine manifiesta que “Los intelectuales *de abajo*, los que hablan del individuo y de los derechos del hombre, deben reemplazar a los intelectuales *de arriba*, aquellos que sólo hablan del sentido de la historia” Véase Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 463. Este giro de alguna manera se ha producido en la historiografía y sociología chilena del último tiempo que hemos seguido de cerca en este trabajo, toda vez que se observa en ella un abandono de lo estrictamente institucional para empoderar los estudios de historia social (Gabriel Salazar, Julio Pinto han sentado escuela en ello) o de sociología de los individuos (Katia Araujo, Dario Martuccelli), en los cuales la arista institucional, que podríamos homologar a un “sentido de la historia” manifestado en los términos de Touraine, solo adquiere importancia en su estudio en la medida de que se vuelve tangible su influencia en la subjetividad de los individuos. Para un acercamiento a la propuesta desarrollada por la aquí llamada «escuela de la historia social», véase SALAZAR, Gabriel, *La Historia desde abajo y desde dentro*, Facultad de Artes, Departamento de Teoría de las Artes, Universidad de Chile, Lom Ediciones, 2003, Santiago de Chile. (Véase particularmente Capítulo I, “Historia popular, Chile, Siglo XIX: una experiencia teórica y metodológica”, P. 9-28).

ingreso a una modernidad más amplia que ha roto los lazos con las viejas amarras. Este camino de ida hacia esta modernidad más completa se ha construido dialécticamente, sin no pocos traspiés en el camino, desde una modernidad más limitada, en la cual el hombre ensimismado se tomó por Dios, y, ebrio de poder, acabo preso de una jaula de hierro que, a decir de Touraine “fue menos la de las técnicas que la del poder absoluto, de un despotismo que se quería modernizador y que resulto totalitario”<sup>365</sup>.

Dentro de la tríada de caminos a los que nos vemos enfrentados, formada por aquellos juegos de la posmodernidad, las posibilidades de terror totalitario y la modernidad más completa, si llegamos a realizarnos en el camino de esta tercera vía, esta modernidad ya no mediría las cosas con el baremo de la ley divina o la utilidad social, sino que el gran objetivo aquí radicaría en aquel universal tan difícil de explicar que es la *felicidad*, que para Touraine equivaldría al “sentimiento que tiene el individuo de ser un sujeto y de ser reconocido capaz de acciones sociales que apuntan a incrementar su conciencia de libertad y de creatividad” y que estaría incompleta si no camina junto al “deseo de felicidad para los demás, de solidaridad con su búsqueda de la felicidad, de compasión por su desgracia”, añadiendo finalmente que “la modernidad sólo se instala cuando se disipan las sombras de la culpabilidad y la esperanza puesta en una redención que reviste formas con frecuencia tan políticas como religiosas”<sup>366</sup>.

---

<sup>365</sup> Prosigue Touraine dando cuenta del tránsito de la modernidad limitada a la modernidad más completa señalando que “Al mismo tiempo, a partir de mediados del siglo XIX, la idea de modernidad fue recubierta cada vez más por la de modernización, por la movilización de recursos no económicos y no modernos que trataban de asegurar un desarrollo que no puede ser espontáneo, endógeno. Estos dos movimientos se conjuraron para borrar la primera imagen de la modernidad cuya fuerza toda procedía de su papel liberador. A medida que los antiguos regímenes se descomponen o son derribados, los movimientos de liberación se agotan y la sociedad moderna vuelve a encontrarse prisionera de su propio poderío de un lado, de las condiciones históricas y culturales de su realización del otro. Llegada al final del siglo XX, la modernidad ha desaparecido, aplastada por sus propios agentes, y se reduce a un vanguardismo acelerado que se convierte en posmodernidad desorientada. De esa crisis de la protomodernidad nace, al mismo tiempo que los juegos de la posmodernidad y los horrores del mundo totalitario, la modernidad más completa en la que entramos”. Véase Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 465

<sup>366</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 466

A modo de conclusión de esta sección del capítulo, deberíamos decir al igual que Touraine, que si para hacernos una idea aproximada de lo que representa la modernidad resulta, por una parte, imposible renunciar a la idea de la sociedad como producto de sus inversiones culturales o económicas, por la otra, resulta imposible dejar de lado una idea fuerte y persistente de Sujeto que actúe como contrapeso para mantener el tenso y siempre contingente equilibrio. El sujeto en la teoría de Touraine para adquirir la fuerza y persistencia necesarias para erigirse como aquel contrapeso, resulta indisolublemente unido a la idea de movimiento social, idea respecto a la cual, pese a acercarnos normalmente en un sentido estrictamente historicista<sup>367</sup>, Touraine plantea la necesidad de darle un nuevo enfoque que se condiga con un sentido más amplio de la sociedad, apelando así no sólo a su historicista contexto de la lucha de clases, sino que también y de manera fundamental a una referencia de Sujeto, en cuanto libertad y creatividad de un actor social amenazado por la dependencia y la alienación respecto de las fuerzas dominantes que le transforman en agente, ya por su voluntad, ya por una necesidad concebida como natural<sup>368</sup>.

De esta manera, con esta idea de movimiento social, que apela a la lógica de la libertad del Sujeto con mucho mayor fuerza que a la lógica de la historia y mucho menos a la de sus pseudoleyes<sup>369</sup>, Touraine tiene en mente un nuevo sentido de la historicidad, mucho más centrado en la “creación de una experiencia histórica” en detrimento de aquellas posiciones centradas en “la evolución histórica, en el desarrollo del espíritu o de las fuerzas de producción”<sup>370</sup>.

---

<sup>367</sup> Touraine define la historicidad como “el conjunto de modelos culturales por los que una sociedad produce sus normas en los dominios del conocimiento, de la producción y de la moral. Modelos culturales que constituyen los envites de los conflictos entre los movimientos sociales que luchan para darles una forma social conforme con los intereses de diversas categorías sociales”. Esta definición para Touraine no logra dar cuenta del contenido total de la sociedad, al no considerar los problemas generales del orden social y de la democracia, puesto que define a la sociedad solo en atención a las coordenadas de “su trabajo, su producción y de su capacidad para actuar sobre si misma” con lo cual únicamente habla de la sociedad industrial –y luego postindustrial- pero no de la sociedad en general. Véase Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 467

<sup>368</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 467

<sup>369</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 469

<sup>370</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 468

Así, la trayectoria académica de Touraine que comenzara con su denominada «sociología de la acción», tan centrada en el estudio de los movimientos sociales, ha terminado deviniendo de forma natural en una «sociología del Sujeto», en cuanto a que la idea que a grosso modo tiene Touraine de éste, radica en su capacidad de ser agente de acción y transformación del mundo, teniendo esa agencia una formación cooriginaria junto con la protesta y disidencia propios de los movimientos sociales. Poner el acento de su sociología en la perspectiva del agente y no tanto en la estructura de la sociedad que habita, reviste importancia precisamente cuando nos vemos enfrentados a una cierta caracterización de esta estructura social representada por la “ruptura entre el neoliberalismo racionalista que sólo cree en el cambio y el subjetivismo modernista que hace chapuzas combinando los signos de las culturas pasadas”, puesto que la manera pensada por Touraine para resolver aquel inminente estallido, radica precisamente en comprender que la modernidad no tiene por único fundamento a la racionalización, sino que más bien se debe definir desde su origen por el juego de separación y complementariedad entre la racionalización y subjetivación. Seguir esta idea supone hacernos considerar que la racionalidad técnica y económica, en lugar de destruir cada vez más la subjetividad, puede abrirnos paso a otro camino bien distinto que es el que la «sociología del Sujeto» intenta ilustrar a través de la producción de la modernidad por parte del sujeto, que “no es ni el individuo ni el Sí mismo (*Self*) construido por la organización social, sino el trabajo por el que un individuo se transforma en actor, es decir, en agente capaz de transformar su situación en lugar de reproducirla mediante sus comportamientos”<sup>371</sup>.

Son estos aspectos de esta sociología de corte comprensivo desarrollada por Touraine los que quisiéramos rescatar para nuestro intento de conformar un *corpus* teórico de la «transición invisible», concerniente a una comprensión fortalecida del elemento subjetividad de ésta por medio del tratamiento indisoluble del sujeto respecto al movimiento social. Decimos esto al momento de pensar en algunas manifestaciones sintomáticamente visibles de «transición invisible», que han sido reiteradamente interpretadas como acontecimientos aislados considerados residuos, disfunciones o efectos no deseados del funcionalismo ensimismado de la estructura social, construido sobre la base de una modernidad desbocada en su faz de «racionalización». Al contrario

---

<sup>371</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 473



de estas interpretaciones, nosotros apreciamos en estas manifestaciones la existencia de un proceso profundo: diferenciándose de las anteriores ideas de transición, la «transición invisible» con su origen «desde abajo y desde dentro», fundado en la agencia cooriginaria del sujeto y del movimiento social erigidos como resistencia al proceso modernizador conceptualizado normalmente en un puro sentido de racionalización técnica, daría pie a un proceso de subjetivación fortalecido en la autoproducción del sujeto, que precisamente vendría a romper la inercia descrita por Touraine concerniente a ver al agente como un mero reproductor de comportamientos dispuestos por el funcionalismo de la sociedad, para en lugar de ellos, ver al sujeto convertido en actor, como agente capaz de transformar su situación.

Con todo, esta apelación al sujeto debe manejarse con cautela, puesto que su ilimitada invocación no está exenta de peligros tales como “volverse contra la racionalización y degradarse en obsesión de la identidad o en el encierro de la comunidad”, sobrepasando así su potencial que adecuadamente conducido habría de ser voluntad de libertad aliada equilibradamente con la razón como fuerza crítica. De la misma manera que la apelación al Sujeto se puede tergiversar, ocurre también semejante cuestión con la razón, que en lugar de identificarse con los movimientos sociales adoptando la defensa del Sujeto respecto de la concentración de recursos (concentración que, por cierto, obedece a una lógica de poder y no de la razón), puede identificarse en cambio con los aparatos de gestión que están a cargo de los flujos de dinero, de decisión e información, destruyendo de esa manera al Sujeto. Por ello es que, atendiendo a la explicación de estos peligros, se debe tender a qué razón y Sujeto puedan unirse positivamente a través del agente movimiento social, que en definitiva representa para Touraine “la transformación de la defensa personal y cultural del sujeto en acción colectiva dirigida contra el poder que somete la razón a sus intereses”<sup>372</sup>.

En definitiva, concluye ya Touraine, que hablar de la modernidad y de su historia, es hablar de la historia de la “doble *afirmación de la razón y del Sujeto*, desde

---

<sup>372</sup> Prosigue Touraine señalando que de este modo, el movimiento social formado de la amalgama de Sujeto y razón “se encuentra reanimando un espacio social que parecía vaciado de todo contenido, entre una economía mundializada y una cultura privatizada”, mientras que a la vez, “la antigua definición de la vida social como conjunto de correspondencias entre instituciones y mecanismos de socialización ha quedado definitivamente destruida por la modernidad triunfante, así los contenidos de esta dependen cada vez más de la capacidad que tienen los movimientos sociales, portadores de la afirmación del Sujeto, de rechazar a la vez la potencia de los aparatos y la obsesión de la identidad” Véase Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 474

la oposición del Renacimiento y de la Reforma que el propio Erasmo no consiguió superar”<sup>373</sup>. En esta historia, los movimientos sociales han tenido y seguirán teniendo una importancia fundamental, transformándose a sí mismos sucesivamente según las necesidades lo dispongan, pues a este respecto ya hemos observado el paso de los movimientos sociales de la burguesía revolucionaria a los movimientos obreros y posteriormente, a los nuevos movimientos sociales de objetivos más culturales que económicos, en los que la apelación a la combinación de razón y Sujeto se vuelve cada vez más directa, “separando de manera creciente de un lado la razón de la sociedad, del otro el Sujeto del individuo”<sup>374</sup>. Los nuevos movimientos sociales representan así, idealmente, los valores de la modernidad perfilada correctamente, en un sentido en el que es esencialmente libertaria y por lo mismo, refractaria de cualquier forma de totalidad, siendo “el diálogo entre la razón y el Sujeto, que no puede romperse ni acabarse, el que mantiene abierto el camino de la libertad”<sup>375</sup>.

Comprender al movimiento social como aquel agente que mejor representa el balance de la relación difícil –pero no imposible– entre los procesos de racionalización y subjetivación nos acerca al corazón de lo que la «transición invisible» representa, en cuanto que ella se ha ido manifestando fundamentalmente a través de la relevancia que el movimiento social ha adquirido como actor en la sociedad chilena, al encarnizar un proyecto cultural que invita a corregir la hipertrofia de una racionalidad instrumental enraizada en una concepción puramente economicista y neoliberal de la sociedad, según la cual su estructura sin actores (pues el mercado vendría siendo el único agente) funciona de manera autopoietica. Este proyecto cultural se erige precisamente a través de la recuperación del Sujeto, que en disidencia al diseño social legado por la connivencia de la «transición al orden» y la manera en que acabo tomando lugar la «transición a la democracia», articula su resistencia a la imposición estructural por medio del movimiento social que como se ha dicho, gestiona el balance de sujeto y razón precaviendo las exageraciones de uno u otro elemento, permitiendo configurar un actor social dialogante frente al Estado, ni totalitariamente impositivo respecto a este ni pasivamente subordinado a sus lógicas.

---

<sup>373</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 474

<sup>374</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 474-475

<sup>375</sup> Touraine, *Crítica de la modernidad*, P. 475

## UNA REFORMULACIÓN DE LA «ÉTICA DE LA AUTENTICIDAD» COMO CENTRO DE LA MORALIDAD PARA EL SUJETO RECUPERADO

En el transcurso de este capítulo dedicado a buscar los fundamentos teóricos para argumentar la existencia de una transformación ciudadana a la que hemos denominado «transición invisible», he intentado dibujar una trayectoria desde los aspectos epistémicos más generales que atañen a la sociedad moderna en su conjunto en esta etapa del desarrollo humano, a objeto de determinar algunas de las principales características de la modernidad y de la específica conciencia (y algunos de los matices) de la misma que acaban por perfilarse en la sociedad. Pienso a este respecto que una imagen especialmente sugerente es la que Berger ha dado respecto de la sensación de angustia que corroe a la conciencia moderna, refiriéndola como «un mundo sin hogar», según la cual los individuos, desenraizados de la total certidumbre de sentido que brindaban las viejas creencias omnicomprensivas y por el contrario, embriagados por una interminable marea de informaciones e influencias de todo tipo (que se dan cita todas juntas y a la vez), acaban estrellándose contra una múltiple oferta de planes individualistas de vida que se abren de golpe, quedando no pocas veces abrumados y presos de la durkheimniana anomia, que les convierte en presa fácil para la dominación estructuralista que también se ha vuelto sugerentemente tangible al mundo de los sentidos con la metáfora weberiana de la «jaula de hierro». El sujeto enfermo de anomia, desprovisto de hogar, acabaría siendo prisionero de la jaula que él mismo propicio construir, consintiendo y cediendo terreno a la hipertrofia de la razón instrumental como forma de racionalidad protagónica y principal vertebradora de la modernidad, en detrimento de una idea fuerte del sujeto y su agencia, reducidos cognoscitivamente y convertidos en realidad intrínsecamente íntima, encerrados en el espacio de las definiciones privadas e individuales, convirtiéndose la potencialidad de la agencia colectiva de los sujetos en el actuar de despersonificadas y anodinas masas sociales, tuteladas, fácilmente manipulables y carentes de principios solidarios de autogestión.

Esta herida abierta, constituía en cierta forma, a su vez, el estigma central de la «crítica a la modernidad» elaborada por Alain Touraine, que apreciaba como la modernidad ha roto el equilibrio de su horizonte de proyección, decantándose hacia el

extremo de las tendencias individualistas-narcisistas y con ello, hacía una existencia social minimizada por los avatares de la razón instrumental y una forma de liberalismo chato centrado únicamente en el desarrollo económico capitalista. Ante tal inclinación de la balanza, Touraine postulaba como contrapeso la recuperación del sujeto, indisolublemente ligado a la idea de movimiento social, para así movilizar la modernidad hacía una senda más prometedora y equilibrada, que bajo su concepto conduce a una forma más auténtica de libertad.

Las proyecciones teóricas hasta aquí expuestas se pueden observar como excesivamente abstractas y, en aquel sentido, parecieran flotar en un espacio inaprensible para las interpretaciones que perseguimos al pensar en una «transición invisible». Mas, si pensamos en la composición de la contemporánea ciudadanía en Chile no nos será difícil advertir en ella muchas de las apreciaciones teóricas que de momento se han expuesto. A mi modo de ver (que, guardando las distancias, se corresponde bastante con la visión de varios de los analistas más ponderados y cualificados del acontecer sociopolítico de Chile<sup>376</sup>) la ciudadanía chilena se encuentra justo en medio de una importante encrucijada por la definición de sus subjetividades y la proyección social de estas. Los individuos en Chile no han estado al margen de los grandes movimientos de transformación de la conciencia moderna reseñados por Berger, y básicamente, por influencia de los portadores primarios de la modernidad han también experimentado cierta falta de hogar, al percibir mediante las transformaciones políticas y sociales suscitadas por las distintas transiciones estudiadas una multiplicidad de cambios, todos ellos muy abruptos, que han acabado a menudo con las más primitivas seguridades con las que contaban, trasladándoles a un territorio abierto compuesto por una infinidad de definiciones cruzadas en disputa. Especificando algo más estas explicaciones, merece la pena acentuar que las transformaciones de la conciencia moderna han tenido por escenario a una sociedad que por su enclave geopolítico periférico no se corresponde del todo a las explicaciones que Berger hace pensando predominantemente en las sociedades avanzadas del occidente, sino que más bien se corresponden con las explicaciones residuales que Berger esbozaba de los

---

<sup>376</sup> En este tenor, y solo por mencionar a algunos de los autores y obras que más relevancia han tenido en los últimos 5 años, resaltaría entre otros el trabajo de *No al lucro* y *El derrumbe del modelo* de Alberto Mayol; *Movimientos sociales en Chile* y *En el nombre del poder popular constituyente* de Gabriel Salazar; *Desafíos Comunes* de Kathya Araujo y Danilo Martuccelli; en todos los cuales, con distintos matices, queda manifiesta la latencia de un proceso de transformación de las subjetividades en rebelión respecto a la manera en la que esta dispuesta la estructura social de la que emergen.

cambios pensándolos en el contexto del denominado tercer mundo, con lo cual se vuelve relevante atender a la «herida colonial»<sup>377</sup> que padecen estas periferias, y que se traduce en un nivel más hondo de perplejidad al experimentarse las transformaciones acaecidas de una manera mucho más abrupta, como cambios percibidos todo el tiempo como imposiciones desde el exterior que jamás tuvieron respeto alguno por la realidad preexistente a los ideales de progreso occidentales, aumentando estos factores la distancia entre el agente productor de los cambios y los sujetos afectados por estos, apreciándose según la razón decolonial como un paso más en la escalada de la dominación exterior, con lo cual, como he anticipado, la perplejidad de los sujetos, que se advierten asimismo como doblemente pasivos y marginalizados, es mucho mayor.

Si bien es cierto que los resabios de la relación colonial, en su sentido más estricto, tienen en Chile probablemente una dimensión mucho menor si comparamos este aspecto respecto de aquellas sociedades que tuvieron el estatus de colonias hasta décadas más recientes, no se puede predicar de Chile, ni de su Estado, ni de su clase política y ni mucho menos en sus individuos, el haber sido soberano(s) en la avanzada de las transformaciones sociales de las que ha sido objeto, pues siendo una sociedad menor y periférica, le ha correspondido históricamente un devenir marcado por las imposiciones exteriores.

Otro aspecto de la pervivencia de las imposiciones exteriores y la difuminación de la colonialidad por el largo espacio “soberano” de Chile se aprecia en lo que Walter Mignolo denomina la «colonialidad del ser» que opera “por conversión (a los ideales del cristianismo, de la civilización y el progreso, de la modernización y el desarrollo, de la democracia occidental y el mercado) o por adaptación y asimilación (tal como se ve en el deseo de las élites de las colonias de abrazar los diseños y valores imperiales que

---

<sup>377</sup> La expresión de «herida colonial» que he tomado, proviene originalmente de una de las frases célebres tomadas de la activista y académica Gloria Anzaldúa quién en 1987 dijo “The U.S.-Mexican border *es una herida abierta* where the Third World grates against the first and bleeds”. Posteriormente, el concepto de “herida colonial” ha sido ampliamente desarrollado por Walter Mignolo, uno de los teóricos principales del grupo decolonial (junto con Santiago Castro Gómez y Ramón Grossfoguel, entre otros) quien en principio y respecto de la frase de Anzaldúa señala que “la expresión tiene valor de cambio en todas las situaciones en las cuales Europa y Estados Unidos inflingieron y continúan infligiendo la fricción de la misión civilizadora, desarrollista y modernizadora”. Véase MIGNOLO Walter, “El pensamiento decolonial, desprendimiento y apertura. Un manifiesto”, en CASTRO-GÓMEZ, Santiago, GROSSFOGUEL, Ramón (Ed.), *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, Siglo del Hombre Editores, 2007, Colombia. P. 29

han llevado a la formación subjetiva colonial)<sup>378</sup>, con lo cual se produce una espontánea aceptación al desarrollo de modelos de existencia cuyas definiciones tienen un origen externo. De este modo, atendiendo a la fuerza de las derivas configuradas por los portadores primarios de la modernidad, recrudescidas por la delimitación aun más estrecha de las vías a la modernización propiciadas por las transiciones políticas acaecidas en Chile, tenemos como subproducto el bosquejo de un proceso de subjetivación que discurre armónicamente con las consecuencias perversas de la modernidad descritas tanto por Berger como por Touraine pues, en efecto, la ruptura abrupta con lo que fuera que ocuparían las seguridades de los individuos, les ha dejado merced de una falta de hogar que el tándem conformado por el *ethos* ingenierístico propio de la burocracia y de la producción tecnológica trata empecinadamente de aliviar por medio de las significaciones vitales que más próximas a su acceso tienen los individuos, representadas por una esfera privada atiborrada de exigencias de significación y que viene precisamente delimitada por las orientaciones vitales que se desprenden de la matriz de los proyectos transicionales.

Si en el caso de Chile, particularmente en aquello que he bosquejado como las dos más recientes transiciones tan estrechamente vinculadas, ha prevalecido la retórica de aquello que Berger denominaba como el «mito del crecimiento», en el que se ha impulsado hasta límites insospechados una cultura de expertos en el crecimiento económico que ha transformado como horizonte vital hegemónico de cara a los individuos el de una empobrecida noción del liberalismo, reducido a una forma de individualismo utilitarista y narcisista cuya significación de éxito sólo se define por indicadores macroeconómicos favorables propios de la retórica neoliberal del crecimiento, lo que en última instancia se ha alcanzado en esta sociedad es la imposición de un modelo de vida que sólo determina un mínimo margen de agencia individual en la definición de los significados de orientación del espacio de existencia privada, bajo la promesa de dotar con ello de completo sentido a una noción más integral de la existencia individual. Con ello se ha cercenado de la significación vital la importancia de la dimensión existencial social del individuo, que ha quedado invisibilizada por el encierro individualista en la existencia privada, marginándose en la pérdida de la participación social cualquier posibilidad de modificar o ensanchar el

---

<sup>378</sup> MIGNOLO, Walter, *La idea de América Latina, la herida colonial y la opción decolonial*, Gedisa Editorial, 2007, Barcelona. Traducción de Silvia Jawerbaum y Julieta Barba. P. 100

propio horizonte de posibilidades de significación vital que presumiblemente harían de la existencia vital una experiencia más rica, dotada de un mayor sentido de aprehensibilidad y, consecuentemente más digna de ser vivida.

Ante el pesimismo que guarda esta hegemónica perspectiva, me gustaría retrotraerme al punto de origen de este excursus interpretativo del camino teórico repensado en el contexto de la ciudadanía chilena: había mencionado allí la idea de que ésta ciudadanía se encuentra justo en medio de una encrucijada de las definiciones de su subjetividad. Y es que pese a la fuerza arrolladora del horizonte vital de significación que he reseñado y que augura las peores sospechas de Berger y también las de Touraine, no son pocos ni menores los brotes de resistencia que ante estas narrativas de «falta de hogar» o de «hipermodernidad individualista» se reproducen en forma creciente. Tímidamente y de manera casi imperceptible, estas resistencias comienzan por emerger desde los márgenes de la sociedad chilena, logrando con su constancia en el tiempo y con las oportunidades políticas propicias<sup>379</sup> expandir su discurso hacia estamentos sociales más amplios, logrando mediante su articulación como movimientos sociales la ocupación real y simbólica de buena parte del espacio público. Estas voces de resistencia, precisamente por medio de esta acción política de ocupación del espacio público están reivindicando la emergencia y actualidad de aquello que como necesidad imprescindible planteaba Berger al referirse a la participación horizontal en las definiciones de significación vital. El fundamento de esta necesidad no es más complejo

---

<sup>379</sup> Tengo en mente al referirme a lo de las «oportunidades políticas propicias» al caso, por ejemplo, de las elecciones parlamentarias de noviembre de 2013, proceso en el que manteniéndose álgida la tensión entre ciudadanía e institucionalidad política, por el reciente despertar ciudadano mediante por medio del movimiento social por la educación y algunos movimientos sectoriales y regionalistas (como el de Aysén), permitió el ingreso al congreso de varios líderes de estos movimientos sociales, en circunstancias de que este espacio de poder era normalmente terreno exclusivo de la clase política perteneciente a los partidos tradicionales. Entre quienes forman parte de esta camada de nuevos parlamentarios venidos desde los movimientos sociales contamos a Camila Vallejo (PC), Karol Cariola (PC), Iván Fuentes (Ind-PDC), Giorgio Jackson (IND) y Gabriel Boric (IND). Cabe mencionar que desde que ingresaron al hemiciclo y en el caso particular de Boric y Jackson quienes han permanecido ajenos a militar en partidos políticos tradicionales, se han instalado debates e intentos de proyectos de ley que comulgan directamente con el sentir ciudadano manifestado en los movimientos sociales. Por nombrar un ejemplo interesante, Boric y Jackson patrocinaron un proyecto de ley que perseguía rebajar la dieta que reciben los parlamentarios por su labor, habida cuenta de la inhumana desproporción de los ingresos de estos respecto al común de los ciudadanos, en momentos en que los asuntos candentes que pueblan el debate público y la razón de ser de los movimientos sociales tiene por centro la desigualdad que en todos los ámbitos se plasman en Chile. Pese a no tener éxito el proyecto de ley (el 1 de Julio de 2015 se votó en la cámara de diputados la moción de solicitar a la presidenta de la república otorgar urgencia al proyecto de ley, fracasando el intento a lograr 40 votos favorables, 40 en contra y 9 abstenciones, requiriéndose mayoría simple) el tenor marcadamente moralizante ha determinado que el divorcio entre clase política y ciudadanía se haga más patente dejando a trasluz la lógica de confraternidad de clase que impera en los partidos políticos.

que la confirmación de una muy simple y elemental intuición: que cada individuo esta mejor posicionado que cualquier supuesto experto en la materia para determinar cuáles son los horizontes de significación que le resultan más importantes para su existencia y a los cuales se verá afecto.

Esta fuerza de resistencia encarna aquel sujeto que como disidente mencionaba Touraine, aquel sujeto que es inseparable de su manifestación como movimiento social. Esta fuerza de resistencia, en definitiva, representa la recuperación y el fortalecimiento de la idea del sujeto como agente, que no solo manifiesta su agencia en su existencia privada adhiriendo a un determinado horizonte vital predefinido sino que, en cambio, por la vía de articular una agencia colectiva que se manifiesta en el espacio de las decisiones públicas, consigue poner bajo sospecha la mismísima delimitación de horizontes vitales desarrollados y ofertados sin su concurso.

La fuerza y presencia que han adquirido los movimientos sociales en Chile en los últimos años ha puesto en tensión toda la estructura social. En muy poco tiempo se han vuelto candentes algunas discusiones públicas respecto a ciertos aspectos estructurales de la sociedad que hasta tan solo unos pocos años atrás parecían estar fuera de toda posibilidad de debate. En aquel sentido, el horizonte de lo real se ha ampliado mediante la agencia subjetiva manifestada colectivamente en las protestas.

Pero esta chispa de optimismo no es más que el germen de aquello que pretendo desarrollar como una «transición invisible». El camino a esta fortificación de la agencia del sujeto bajo la concepción que queremos desarrollar camina sobre el suelo frágil y movedizo de las varias modernidades en juego que hacen propicio el dar pasos en falso que acaban en resbalones y caídas que estarían representados por la potencialidad de la agencia de los sujetos puesta en práctica de una manera no auténtica, como deslizamiento a un subjetivismo desencarnado que se articula nada más que como una forma de libertad autodeterminada de acuerdo a una de las formas reductivas de modernidad en disputa.

Aquel deslizamiento de la subjetividad a un reduccionismo cognoscitivo significado como «libertad autodeterminada» representa un serio peligro para el trazado teórico que hemos recorrido, puesto que en este recorrido he anunciado con bastante persistencia la importancia de la participación y del derecho a la libertad de elección, fundamentando la necesidad de atender a estas exigencias por medio de una posición



que desestima a la hegemonía de la cultura de expertos señalando que no existiría experto más idóneo que cada individuo para participar en la determinación de los horizontes de significación propios atendiendo al principio de respeto a la igual participación cognitiva<sup>380</sup> que a su vez descansa en la evidencia de que la conciencia de los individuos en la modernidad tendría una formación relativamente homogénea<sup>381</sup>, sin olvidar de mencionar que las denominadas culturas de expertos a menudo descansan en presupuestos que sirven de tapadera para los intereses de pequeños (en número) pero influyentes grupos de poder, estando contruidos estos presupuestos a través de fecundas e invisibilizadas redes que no son sino distintas manifestaciones de resabios colonialistas e imperialistas<sup>382</sup>. Revisitando esta idea de la «libertad autodeterminada» fundamentada únicamente en base a estos argumentos, persiste de todas maneras el peligro de tropezar en el *ethos* de una modernidad liberal híper-individualista en la que se asienta la idea de que nos basta con la facultad de elección considerada por sí sola y por sí misma para conferir significación a las cosas, desatendiendo la existencia de un trasfondo de criterios de evaluación que hagan realmente posible el acto mismo de elegir.

Este peligro ya fue advertido por el filósofo canadiense Charles Taylor, autor de numerosos trabajos en el campo de la filosofía moral, dentro de los cuales destaca la monumental<sup>383</sup> obra *Sources of the Self*, conocida en español con su no totalmente apropiada traducción de *Fuentes del Yo*. Taylor considera como un despropósito mayúsculo ‘valorar la elección por la elección’ a objeto de dotar de significación, despropósito que a su parecer tiene por fuente última al vaciamiento de la moral que le ha dejado como una materia olvidada para la filosofía moral contemporánea, puesto que observa que la moral en los tiempos que corren esta relegada a un papel pasivo, según el cual sólo se alude a ella en cuanto a obligación de respetar a los demás, quedando en el ostracismo aquella faz más activa de la moral conformada por lo que sería la naturaleza

---

<sup>380</sup> Véase Berger, *Pirámides del Sacrificio*.

<sup>381</sup> Véase Berger, *Un mundo sin hogar*.

<sup>382</sup> Véase, entre otros, a McCarthy, *Race, Empire, and the idea of human development* y Mignolo, *La idea de América Latina*.

<sup>383</sup> Obra de tal grado de monumentalidad, que Carlos Thiebaut no duda en ponerle al nivel de una nueva *Fenomenología del Espíritu*. Véase THIEBAUT, Carlos, *Vindicación del ciudadano, un sujeto reflexivo en una sociedad compleja*, Ediciones Paidós Ibérica, 1998, Barcelona, P. 110

de la vida buena y sin dejar “un margen conceptual para la noción del bien como objeto de nuestro amor o fidelidad”<sup>384</sup>.

Taylor intentará plantear que este escenario de hiper-valoración de lo que él denomina la “libertad autodeterminada”, como forma de deslizamiento hacia un subjetivismo mal entendido, en conjunción con otras características como el atomismo, el naturalismo epistemológico y la anteposición de criterios cuantitativos antes que cualitativos, configuran una imagen de la modernidad plagada de malestares. De similar manera que Touraine, Taylor plantea que esta forma que ha adoptado la modernidad representa nada más que una de sus posibles derivas, aunque observa que, lastimosamente, parece ser esta la deriva hegemónica, que bien podría quedar descrita por “una peculiar y devaluada forma en la que ha construido los recursos conceptuales de la autocomprensión humana (*que*) ha dejado a los sujetos ante la (*¿imposible?*) tarea de intentar articular la vida moral sin permitirles pensar, no obstante, aquellas fuentes últimas de valor”<sup>385</sup>.

Aquella desesperanzadora conclusión genera malestar porque contraviene la manera en que Taylor piensa potencialmente del individuo como un “agente humano pleno”<sup>386</sup>. Dicha caracterización pivota en dos aspectos centrales de la filosofía de Taylor que serían, en primer lugar, la idea del ser humano como «animal auto-interpretador», cuyas autointerpretaciones tienen una fundamental tarea, pues aquel entendimiento de sí mismos forma parte constitutiva de ellos mismos, según lo cual, en segundo lugar, tal capacidad auto-interpretativa y auto-constitutiva se articula por medio de un proceso de «valoración fuerte» según el cual se delimitan y diferencian aquellas cosas que se reconocen como poseedoras de importancia o valor incondicionado o superior.

---

<sup>384</sup> TAYLOR, Charles, *Fuentes del Yo. La construcción de la identidad moderna*, Editorial Paidós, 1996, Barcelona. Traducción de Ana Lizón P. 17 y 29

<sup>385</sup> THIEBAUT, Carlos, “Charles Taylor: democracia y reconocimiento”, en MAÍZ, Ramón (ed.), *Teorías políticas contemporáneas*, Editorial Tirant Lo Blanch, 2009, Valencia. P. 216. El paréntesis en cursiva es nuestro.

<sup>386</sup> “to be a full human agent, to be a person or a self in the ordinary meaning, is to exist in a space defined by distinctions of worth. A self is a being for whom certain questions of categoric value have arisen, and received at least partial answers” (“ser un agente humano pleno, ser una persona o un yo en el sentido ordinario del término, es existir en un espacio definido por distinciones de valor. Un yo es un ser a quien se le han planteado ciertas cuestiones de valor categórico a las que le ha dado, la menos, respuestas parciales”). Véase TAYLOR, Charles, *Philosophical papers I: Human Agency and Language*, Cambridge University Press, 1985, Great Britain. P. 3. La traducción en paréntesis es nuestra.

El problema por el cual la agencia humana no llega a ser plena y se achata, radica normalmente en que aquellas formas de fuerte valoración quedan marginadas en el contexto del «liberalismo de la neutralidad» en que las sociedades occidentales contemporáneas se desarrollan, pues este impone como principio que “una sociedad liberal debe ser neutral en cuestiones que atañen a lo que constituye la vida buena”<sup>387</sup>, y correspondiendo esto que llamamos «vida buena» a lo que cada individuo busca a su manera, un gobierno traicionaría esta arraigada forma de liberalismo y al respeto equitativo de los ciudadanos en caso de tomar partido por alguna concepción específica de «vida buena». En lugar de atender a la existencia de distintas formas de vida buena, el liberalismo de la neutralidad se decanta por formas de valoración débil que se adecuan a la pretensión de tolerancia. De esta manera, el despropósito queda instaurado por medio de fórmulas débiles desprovistas de cuestionamiento moral mayor, como acontece con la idea tan extendida de la búsqueda de la «autorrealización», que pensada en sí misma carece de negatividad, pero que ante la imposibilidad de articulación moral mediante una fuerte valoración para realizar las auto-interpretaciones constitutivas, acaba siendo no más que una coraza vacía que queda al margen del mundo moral siendo ocupada por términos sin ideal moral alguno tales como el «narcisismo» o el «hedonismo» que sólo permiten constituir una menguada posibilidad de agente, preso de la menesterosidad moral que en ningún caso se acerca a aquella visión del agente humano pleno.

Y como si la imposibilidad contemporánea de gestar aquel “agente humano pleno” no fuese suficientemente desastrosa, Taylor detecta que se añade una dificultad adicional: la imposición de actuar en conformidad a la contemporánea cultura de la autenticidad en cuanto a ser originales y fieles a sí mismos. Claro está que ante la dificultad de entamar una articulación robusta de auto-interpretaciones que nos constituyan, aquellas exigencias de originalidad y fidelidad a sí mismos se satisfacen únicamente de una devaluada manera sostenida en la afirmación del poder de elección (la libertad autodeterminada en los términos que ya se han descrito) que acaba por pervertir las buenas intenciones de este principio de la autenticidad<sup>388</sup>. Precisamente

---

<sup>387</sup> TAYLOR, Charles, *La ética de la autenticidad*, Editorial Paidós, 1994, Barcelona. Traducción de Pablo Carbajosa Pérez. P. 53

<sup>388</sup> Esta sería una denominada «mala autenticidad» que, “conectada con los rasgos de autodeterminación individual, el atomismo político y la prioridad del sujeto moral con respecto a sus fines” es la “que se encuentra sumida en el subjetivismo y el relativismo imperantes en la cultura egocéntrica, narcisista,

atendiendo a aquellas “buenas intenciones” es que Taylor, de todas maneras, no rehúye de la exigencia de la autenticidad, advirtiéndole que la prefiguración contemporánea de dicha exigencia representa una verdadera perversión a la potencialidad de este principio, y que, por el contrario, adecuadamente formulada la autenticidad, articulada la fidelidad a sí mismo en vinculación a las evaluaciones fuertes que representan el sustrato moral del individuo, bien podría esta forma de articular la autenticidad propiciar la consecución de aquel agente humano pleno caracterizado por Taylor<sup>389</sup>. Para esto correspondería depurar el principio de la autenticidad de las confusiones que le rodean y atender a la fuerza moral de esta idea que se encuentra en su trasfondo, en la recuperación de una forma de interioridad fuerte propiciada por el romanticismo y el giro subjetivo de la cultura moderna, que bien entendido no habría de ceder a las presiones de ajustarse a la conformidad exterior ni a la adopción de una posición instrumental para sí, consiguiendo de esta manera ser fiel a su propia originalidad que por medio de la enunciación de las propias auto-interpretaciones acaba por definirse a sí mismo<sup>390</sup>.

Al alero de lo que ya se ha expuesto, podríamos posicionar en líneas generales a Charles Taylor como un pensador crítico de la modernidad (y no así un antimodernista<sup>391</sup>), cuya crítica podría predicarse que emerge de los presupuestos

---

consumista y relativista de las sociedades desarrolladas y no percibe, en su ceguera, aquel carácter trascendente de determinados bienes que el realismo apelativo de la mejor explicación quiere poner en evidencia”. Véase Thiebaut, *Vindicación del ciudadano*, P. 86 y 103

<sup>389</sup> La «buena autenticidad», de acuerdo la lectura que Thiebaut hace de Taylor, “sería capaz de dar cuenta de esa referencia normativa del sujeto a sí mismo, una referencia que nace del giro hacia la interioridad que caracteriza a la tradición occidental, así como de la configuración sociolingüística de la identidad”, otorgando un peculiar privilegio a la actitud de primera persona, según la cual se define “una *relación de reconocimiento* por parte del sujeto de fines que le trascienden y que son anteriores a él. El comportamiento moral y la mejor explicación que de él podremos hacer, es en los planteamientos de Taylor aquel que *reconoce* la prioridad de estos fines, anteriores al sujeto y que le trascienden”, de modo tal que esta autenticidad sería buena en la medida de que “reconociera el carácter articulador de los bienes a los que aspiramos”. Esta idea de «buena autenticidad», que en la lectura de Thiebaut sustituye a la idea de autonomía, trae consigo las críticas del filósofo madrileño referidas a la concesión de un “paradójico e injustificado privilegio a la autoconsciencia y, sobre todo, un injustificado privilegio –lógicamente aporético si toda predicación de identidad tiene un origen social- de la actitud de primera persona sobre la reflexividad y la distancia que reclama, incluso al pensarnos a nosotros mismos, la de tercera persona”. Véase Thiebaut, *Vindicación del ciudadano*, P. 86, 101-102, 111

<sup>390</sup> Véase Taylor, *Ética de la autenticidad*, P. 61-65 (Capítulo III Fuentes de la autenticidad)

<sup>391</sup> Enfatizamos el semblante de Taylor como un crítico de la modernidad antes que como un «antimodernista» habida cuenta de que gran parte de su obra a tenido por énfasis criticar el “atomismo narcisista de la cultura contemporánea” pero conceptuándole como una deriva más (aunque hegemónica) entre otras tantas posibles que adoptado la modernidad. Su propuesta dentro de la etiqueta «comunitarista» con la que le suele caracterizar tendiente a “recuperar la noción hermenéutica de

fuertes (ser un animal auto-interpretador y operar por medio de «valoraciones fuertes») según los cuales concibe su teoría de la acción del agente humano. Consecutivamente, la procedencia de esta crítica nacida de una imagen algo más enaltecida del sujeto, se enfoca fundamentalmente en el terreno de la moral, aspecto que probablemente constituye la principal diferencia de Taylor respecto de otros enfoques críticos de la modernidad cuyos énfasis condenatorios de respecto de ésta atienden fundamentalmente a la punta del iceberg visible compuesta por los efectos de lo que para el análisis tayloriano constituye lo realmente importante y que son las derivas morales de las que esos efectos se desprenden. De esta manera, si las más recurrentes críticas a la modernidad contemporánea vienen facilitadas por la manida imagen de la sociedad burocrática y tecnologizada que constituye una «jaula de hierro», para Taylor en cambio, a pesar de que no se desentiende del todo de esta clase de análisis<sup>392</sup>, predomina la vocación por tomar distancia de aquel pesimismo aprisionador por la vía de confiar precisamente en que no todo está dicho, y que tal determinismo estructuralista no hace más que ocultar las posibilidades de reformulación del proyecto moderno de la mano de agentes humanos en plenitud. Mas, esa plenitud de la agencia estriba en un arduo trabajo de recuperación de toda la riqueza que pueden proporcionar las fuentes morales y sus articulaciones en las autointerpretaciones subjetivas, pues ante la deriva actual en el panorama del liberalismo de la neutralidad, el angostamiento de las fuentes morales ha llevado a un fuerte arraigo del individualismo y de cierta concepción «atomista» de la vida en sociedad que, conjuntado a la asentada hegemonía de la razón instrumental

---

horizonte de sentido”, es bien diferente de propuestas más propensas a ser caracterizadas (y mal caracterizadas) como «antimodernistas» como las de Alasdair MacIntyre que en *Tras la virtud* propone una apelación directa a recuperar la noción clásica de virtud de acuerdo a una perspectiva tradicionalista que apunta al aristotelismo y al tomismo. La propuesta de Taylor se enmarca más bien en la recuperación de la estofa moral arrebatada por la “exacerbada referencia del sujeto a sí mismo” acudiendo a valores trascendentes que permitan construir un discurso moral articulado, cuestión que a nuestro parecer no pugna e incluso, se fortalece, con algunas de las conquistas favorables de la modernidad (y que precisamente enfatizan la negación de un antimodernismo por un compromiso que más bien cabría catalogar como «altermodernista») tales como la reflexividad (rasgo que en efecto permite la rearticulación crítica de la identidad moral) y la tolerancia en el contexto de las sociedades plurales y complejas en las que vivimos hoy en día. Véase MACINTYRE Alasdair, *Tras la virtud*, Editorial Crítica, 1987, Barcelona. Traducción de Amelia Valcárcel; y Thiebaut, *Vindicación del ciudadano*, P. 52-54

<sup>392</sup> Esta postura de tomar distancia respecto de esta clase de análisis “aprisionadores” de la modernidad, bien puede percibirse cuando Taylor pese a creer que hay una buena dosis de verdad en estas imágenes de la «jaula de hierro» pues la sociedad moderna tiende a empujarnos en la dirección del atomismo y el instrumentalismo, haciendo difícil a la vez restringir su empuje en ciertas circunstancias y generando una visión que los da normativamente por hechos, reafirma, no obstante, que aquel destino de hierro no puede sostenerse toda vez que resulta excesivamente simplificador y se olvida de lo esencial, constituido por la comprensión y la recuperación del rico transfondo moral y sus fuentes morales de nuestra civilización. Véase Taylor, *Ética de la autenticidad*, P. 125-129 (Capítulo IX ¿Jaula de Hierro?).

(que amenaza con apoderarse por completo de lo que podemos entender por racionalidad), decantan políticamente en el bosquejo de una sociedad que en efecto se condice con la imagen de la «jaula de hierro», en cuanto a que la sociedad tecnologizada e industrial, guiada por la razón instrumental, acaba por volverse contra la libertad de los sujetos y les somete en aquel despotismo «blando» que tan bien anticipara Tocqueville de acuerdo al cual la sociedad estaría regida por un inmenso poder tutelar fuera del control de la gente<sup>393</sup>.

Llegados a este punto, hemos enunciado algunos de los principales despropósitos que Taylor advierte como malestares de la modernidad. En lo que inmediatamente sigue, quisiera explicar de una manera más extensa y pormenorizada cada una de estas “piedras en el zapato” de la modernidad, con la doble finalidad de, por un lado, aclararnos con argumentos el grado de verdad que tienen los pesimistas análisis de la modernidad contemporánea; y por otro, de poner en evidencia el mecanismo intelectual tayloriano que opera como una suerte de «antropología filosófica»<sup>394</sup> dispuesta para la elaboración de interpretaciones del origen y desarrollo de estos males, mecanismo que de igual forma Taylor emplea en la recuperación de las fuentes morales, de cuyo esfuerzo la mayor constatación que tenemos esta representada por la monumental empresa interpretativa constituida por el “proceso de desarrollo, de creación y de descubrimiento de la subjetividad en la tradición occidental”<sup>395</sup> que supone la obra *Fuentes del yo*.

---

<sup>393</sup> Taylor, *Ética de la autenticidad*, P. 44-45; respecto a la caracterización de este «despotismo blando» Tocqueville dice: “creo que si el despotismo llegase a establecerse en las naciones democráticas de nuestros días, tendría diverso carácter; se extendería más, sería más benigno y desagradaría a los hombres sin atormentarlos”. Véase TOCQUEVILLE, Alexis de, *La democracia en América*, Fondo de Cultura Económica, 1957, México. Traducción de Luís R. Cuéllar. P. 632 (Cuarta Parte: Influencias de las ideas y sentimientos democráticos en la sociedad política, 6. Qué clase de despotismo deben temer las naciones democráticas).

<sup>394</sup> Probablemente una mejor explicación de la que yo podría ofrecer respecto a esta idea de la «antropología filosófica» es aquella en la que Carlos Thiebaut nos da un idea del planteamiento de Taylor, que “querrá reformular tanto una estrategia teórica en la que se enlacen una reconstrucción del concepto de valor y de su articulación y expresión de un lenguaje moral sustantivo como el análisis del entramado cultural de las sociedades desarrolladas. Este análisis se desarrollará en forma de una interpretación holista de la sociedad en la que pasan a primer plano los elementos culturales por los que una sociedad define sus metas y su identidad”. En THIEBAUT, Carlos “Recuperar la moral: la filosofía de Charles Taylor”, Introducción a Taylor, *la ética de la autenticidad*, P. 17

<sup>395</sup> Máiz (Ed.), *Teorías políticas contemporáneas*, P. 226

Explicados así nuestros propósitos y entrando en tierra derecha, habría de decir que cuando Taylor menciona aquel malestar que denomina «atomismo»<sup>396</sup>, hace referencia a la idea que se desprende de las doctrinas de la teoría del contrato social y sus posteriores desarrollos, concerniente a que los individuos constituyen la sociedad a objeto únicamente de conseguir la realización de fines primariamente individuales, presentando de esta manera una concepción de la sociedad que es puramente instrumental. El atomismo ha logrado vertebrarse por medio de hacer primar la existencia de los derechos individuales como elemento clave a la hora de defender la supuesta autosuficiencia de los individuos que Taylor pone en entredicho. Aquella sospecha respecto al énfasis atomista de la autosuficiencia es argumentada por Taylor mediante la exposición de un contrasentido según el cual los partidarios de la primacía de los derechos sostienen como afirmación central el reconocimiento del derecho a la libertad, en un sentido que es atribuible solo a los seres humanos, por cuanto quedan facultados para elegir planes de desarrollo vital, formar convicciones, disponer de bienes, entre otras características. Ahora bien, según Taylor, esto constituiría un contrasentido pues todas estas formas de realización de este derecho a la libertad precisan, en el fondo, como condición *sine qua non* para su realización, de la idea de pertenencia a una sociedad, puesto que para que tales proyecciones vitales se hayan hecho imaginables o tangibles a los individuos, ha sido necesaria la vinculación de estos individuos con la totalidad de la sociedad y de la civilización que les ha producido y nutrido, puesto que el sujeto desencarnado y desvinculado de la sociedad jamás habría podido tener acceso a esta clase de horizontes, de manera que para Taylor, aquellas posibilidades de amplitud auto-interpretativas le generarían a los individuos una significativa obligación de pertenencia, puesto que gracias a que nos hemos beneficiados de esta civilización que nos constituye es que desarrollamos la potencialidad de convertirnos en agentes libres.

---

<sup>396</sup> Respecto a la argumentación que sigo respecto a la idea de atomismo véase TAYLOR, Charles, “El Atomismo”, en TAYLOR, Charles, *La libertad de los modernos*, Amorrortu Editores, 2005, Buenos Aires. Traducción de Horacio Pons. P. 225-255

Tras explicar sintetizadamente lo que Taylor entiende por atomismo (y el porqué de su equivocada –a juicio de Taylor– razón de ser), habría casi de afirmar a continuación que la primacía de la razón instrumental representa su correlato lógico, siendo la otra cara de la misma moneda. Afirmando esto pues, si efectivamente la idea del atomismo se ha vuelto tan potente en el panorama contemporáneo, ello se debe a la concepción instrumental que cierta idea del liberalismo<sup>397</sup> imprime en el individuo, en cuanto a valorar la coexistencia social bajo la sola medida de que el individuo aislado consiga reportar para sí beneficios individuales. Taylor explica esto de una manera similar, como una relación de causalidad, cuyo poder de persuasión radica en que “el atomismo tiende a verse generado por la perspectiva científica que acompaña a la eficiencia instrumental, además de quedar implícito en ciertas formas de acción racional, como las del empresario”, rasgo de científicismo que no es baladí, puesto que así “estas actitudes adquieren casi el estatus de normas y parecen respaldadas por una realidad social inalterable”<sup>398</sup>

En términos conceptuales, la razón instrumental definida por Taylor sería aquella “clase de racionalidad de la que nos servimos cuando calculamos la aplicación más económica de los medios a un fin dado (*en la que*) la eficiencia máxima, la mejor relación coste-rendimiento, es su medida del éxito”<sup>399</sup>. En la noción de atomismo de Taylor –y por lo cual sostengo que, unida a la razón instrumental, constituyen un tándem–, el éxito en el liberalismo está dejado a una cuestión de autorrealización personal, en la cual aquella máxima eficiencia se traduce en la consecución de beneficios netamente individualistas que se obtienen si y solo si por medio de una economía de medios tendiente a concebir utilitaristamente a la sociedad, dejando de lado cualquier otra riqueza de significados y sentidos que pueda ésta tener. Y es que, en último término, la razón instrumental representa la culminación del modelo de sujeto

---

<sup>397</sup> Evidentemente cuando hacemos referencia a cierto tipo de liberalismo, entendiendo que “la palabra «liberalismo» tiene, en efecto, una semántica confusa”, estamos obviando las “connotaciones progresivas que el término tuvo otrora entre nosotros –connotaciones que constituyen una herencia transmitida al pensamiento político de las que debemos enorgullecernos-, *pues hoy en día* el término tiende a entenderse, desde la teoría económica y sus avatares, en el sentido de lo que lenguaje político cotidiano llama «neoliberalismo». Este término se convierte en muchas expresiones del imaginario cultural, incluso, en antagónico de las mismas ideas que el liberalismo filosófico y político defendieron: la dignidad y la libertad humanas, la solidaridad o la igualdad”. Véase Thiebaut, *Vindicación del ciudadano*, P. 31. Las palabras en cursiva son nuestras.

<sup>398</sup> Taylor, *La ética de la autenticidad*, P. 125

<sup>399</sup> Taylor, *La ética de la autenticidad*, P. 40



humano iniciado por Descartes cuyo núcleo supone que somos esencialmente razón no comprometida, con la mente separada del cuerpo, con lo cual nuestro objetivo sería el de dominación de sí y de lo que nos rodea, puesto que la razón instrumental “ofrece una imagen ideal de un pensamiento humano desligado de su confusa incrustación en nuestra corpórea constitución, de nuestra situación dialógica, de nuestras emociones y nuestras tradicionales formas de vida a fin de convertirse en pura y autoverificadora racionalidad”<sup>400</sup>.

La salida de estos malestares no es nada sencilla atendiendo al diagnóstico tocquevilliano de aquel “inmenso poder tutelar” que se ha apoderado de las sociedades modernas, puesto que para Taylor la tentativa de solución de estos malestares pasaría por una adecuada forma de la iniciativa democrática que se ve socavada por el funcionamiento conjunto del mercado y el Estado burocrático<sup>401</sup>. A este punto, Taylor arriesga algo más e intenta dar mayor especificidad al corazón de las dificultades que ofrece el panorama tocquevilliano al afirmar que no sería esta suerte de «despotismo» de inmenso poder tutelar el que “en sí” comporta el problema mayor, sino que este estaría constituido por lo que él denomina la «fragmentación», “a saber, un pueblo cada vez más incapaz de proponerse objetivos comunes y llevarlos a cabo (*siendo un problema que aparece*) cuando la gente comienza a considerarse de forma cada vez más atomista, dicho de otra manera, cada vez menos ligada a su conciudadanos en proyectos y lealtades comunes”<sup>402</sup>.

#### LAS DISTINTAS DIMENSIONES DE LA «INARTICULACIÓN»

El análisis que hasta el momento hemos ofrecido de los cuestionamientos principales que se esbozan en la obra de Taylor respecto a la deriva de la modernidad diría que, a modo de resumen, pivotan en una idea algo más ambiciosa de la forma hasta ahora expuesta de «fragmentación», idea que podría ser relevada en este sentido mayor

---

<sup>400</sup> Taylor, *La ética de la autenticidad*, P. 128

<sup>401</sup> Taylor, *La ética de la autenticidad*, P. 137

<sup>402</sup> Taylor, *La ética de la autenticidad*, P. 138. El paréntesis en cursiva es nuestro.

perseguido por la idea de «inarticulación», término que también resulta muy común en el léxico tayloriano (junto a su opuesto que sería la idea de la «articulación»<sup>403</sup>), que haría referencia a un fenómeno que en términos sencillos se definiría como una “ética de la simplificación que dejaría de lado las evaluaciones fuertes y las interpretaciones a ellas vinculadas”<sup>404</sup>, pero que por su importancia medular quisiera abordar con mayor detalle puesto que, como se verá, dicha “inarticulación” se manifiesta en varios niveles directamente vinculados a los propósitos analíticos de esta investigación, niveles todos que además se encuentran estrechamente entrelazados.

Dicho lo anterior, un primer escenario de “inarticulación” correspondería a una cierta fragmentación interna del individuo, en lo relativo al espacio privado de su agencia, en la que el conjunto formado por los propósitos y fines del agente se comprime y simplifica, quedando la agencia reducida en sus posibilidades al desvincularse de la riqueza propia de los muchos matices valorativos provistos por la diversidad que las fuentes morales pueden proporcionar, operando en su lugar, únicamente, la exaltación de la libertad autodeterminada manifestada en la hipervaloración del acto mismo de “elegir” como aquello que acaba siendo valioso por sí mismo, con lo cual la agencia acaba vaciándose de criterios de valoración fuerte para la adopción de decisiones. Taylor describe este modo de “inarticulación” como la obscuridad que propiamente rodea a la idea moral<sup>405</sup> de autenticidad, que acaba

---

<sup>403</sup> Phillipe de Lara en su estudio preliminar que sirve de introducción a una serie de ensayos filosóficos de Taylor reunidos bajo el título de “La libertad de los modernos”, nos menciona el sentido amplio que Taylor tiene presente cuando utiliza la voz «articular»: “Con articular no solo se trata de designar un objeto sino de revelarlo, desplegarlo, hacerlo más visible que antes. *Articulate* es un verbo de resultado (como «encontrar») y no de acción (como «buscar»): la articulación puede fracasar o realizarse. Por otra parte, el término no se aplica únicamente a la actividad sino también a la capacidad específica del agente que logra articular. Taylor explota aquí el inglés corriente para captar la dimensión constitutiva de la expresión lingüística, en contraste con una concepción puramente designativa del lenguaje, en lo cual lo designado está separado del medio lingüístico que lo significa y es indiferente a él. Articular una intención, un deseo, un pensamiento, es crearlos o, al menos, modificarlos. La noción de articulación dilucida la propia empresa filosófica”. Véase DE LARA, Phillipe, “La antropología filosófica de Charles Taylor” en Taylor, *La libertad de los modernos*, P. 17.

Carlos Thiebaut, por su parte, concibe que la idea de «articulación» aparece en Taylor a propósito del reconocimiento de la preexistencia de unos ciertos sentimientos del sujeto que constituirían la base de su entendimiento humano, de manera tal que estos se establecerían como interpretaciones que requerirían del lenguaje para manifestarse, siendo este precisamente el proceso de «articulación», en el cual resultaría ineludible su consideración lingüística que asumida en este sentido complejo supondría la conjunción de los supuestos culturales de interpretación con las valoraciones fuertes. Véase Thiebaut, “Recuperar la moral”, en Taylor, *La ética de la autenticidad*, P. 19-20

<sup>404</sup> Thiebaut, “Recuperar la moral”, en Taylor, *La ética de la autenticidad*, P. 20

<sup>405</sup> Hago hincapié en el concepto de «idea moral» que Taylor tiene presente, pues este presupuesto en los términos fuertes en que lo contempla establece un fuerte rechazo de la idea moral que

deformándose y equivaliendo a un deseo no moral de hacer lo que se quiera sin interferencias<sup>406</sup>.

La segunda dimensión de la “inarticulación” (y que se encuentra en una situación de sucesiva y alternada interdependencia causal respecto del primer escenario descrito) lo hayamos en la ya referida y contemporánea «fragmentación» del tejido social, que tiene por correlato la inexistencia de criterios de vida comunitarios que aboguen por la consecución de objetivos comunes que vayan más allá de la tenue y aprisionadora manera del «liberalismo de la neutralidad» que simplifica esta clase de expectativas mesurándolas a un objetivo más solapado referido a la consecución de una coexistencia social relativamente apacible que en todo momento tiene por punta de lanza el *ethos* utilitarista de los planes de vida individuales que encierran a los individuos en una existencia regida nada más que por aquel marco referencial ineludible que Taylor denomina la «afirmación de la vida corriente», que equivale a “aquella sensación de que la vida de la producción y la reproducción, del trabajo y de la familia, es lo que resulta importante para nosotros”<sup>407</sup>, o que mencionada en otros términos constituiría nuestra idea de “vida buena”. Y no es que la idea de la «afirmación de la vida corriente» sea en sí inapropiada; al contrario, pienso con Taylor que el poder seductor que esta idea ejerce en la identidad moderna se refiere precisamente a su talante aprehensible y transversal que permite dotar de sentido a cualquier persona. El problema con la idea de la «afirmación de la vida corriente» es otro: a nuestro juicio se trataría de un traspié similar al que aqueja a la idea de «autenticidad», referido a la estrechez y/o simplificación cognoscitiva que aqueja a ambas, que tendría su origen “en una fase crucial de la historia en la cual se fusionaron la ética de la vida corriente con la filosofía de la libertad y la racionalidad desvinculada”<sup>408</sup>, que les dota de un halo de

---

contemporáneamente envuelve el aura de la autenticidad según la cual esta queda degradada a la paródica expresión vacua de autorrealización como “ser fiel a uno mismo” sin sujeción a principio alguno. Taylor por el contrario establece una idea fuerte de idea moral según la cual esta sería “una descripción de lo que sería un modo de vida mejor o superior, en el que «mejor» y «superior» se definen no en función de lo que se nos ocurre desear o necesitar, sino de ofrecer una norma de lo que deberíamos desear”. Véase Taylor, *La ética de la autenticidad*, P. 51. Carlos Thiebaut denomina a este rasgo del pensamiento de Taylor como «realismo apelativo» que vendría siendo “el reconocimiento de la fuerza trascendente que ejerce la apelación a determinados valores que superan a la voluntad o al interés del sujeto y a su particular circunstancia” según lo cual existirían “ciertas formas de ser que serían más valiosas que otras”. Véase Thiebaut, “Recuperar la moral”, en Taylor, *La ética de la autenticidad*, P. 27

<sup>406</sup> Taylor, *La ética de la autenticidad*, P. 57

<sup>407</sup> Taylor, *La ética de la autenticidad*, P. 130 y Taylor, *Fuentes del yo*, P. 28

<sup>408</sup> Taylor, *Fuentes del yo*, P. 251

simplicidad ética que en realidad es tan solo aparente, puesto que la «afirmación de la vida corriente» concebida en unos términos más amplios constituye un espacio de posibilidades cuya potencialidad es mucho más abierta al sopesar con mayor reflexividad la forma en que aquellas condiciones de producción y reproducción habrán de vivirse, tomando sentido, de esta manera, la pregunta por los distintos modos de vivir la cotidianidad.

Lo que quiero dejar al descubierto a través de la defensa de la olvidada amplitud que creo existe en el aura de la «afirmación de la vida corriente» es precisamente una tercera dimensión de la “inarticulación” que podríamos concebir como un *summum* de despropósitos, referido en este caso a la ineludible correlación que entre la dimensión privada y la dimensión pública existe y que en nuestros tiempos nivelaría hacia abajo producto de las precedentes “inarticulaciones”, experimentándose estas dimensiones como facetas de la vida desconectadas, lejanas a lo que Taylor plantea con su idea de una agencia humana plena que tendría por trasfondo la indisoluble, indispensable y más armoniosa unión de estas esferas. A diferencia de lo pretendido por Taylor, en la medida de que en la dimensión pública contemporánea somos incapaces como comunidad política de formular horizontes sustantivos de expectativas compartidas que vayan más allá de esa especie de “vive y deja vivir” que favorece el liberalismo de la neutralidad, es que acabamos relegando la existencia de los individuos al ensimismamiento de estos en los confines de una vida privada entregada a la estrechez conceptual de la ética de la vida corriente, que en este escenario de ceguera queda incapacitada de cuestionar la manera hegemónica de construir la cotidianidad de la vida de la producción, la reproducción, el trabajo y la familia, situándola en una peligrosa deriva atomista.

Tal vez el pensar estos niveles de la “inarticulación” de forma localizada, en concordancia con las vicisitudes de la sociedad chilena que tengo presentes a la hora de plantear estas cuestiones teóricas, ayude a clarificar lo que tras tantos rodeos he querido decir: desde que la sociedad chilena ha dejado de pensarse colectivamente a sí misma en objetivos políticos comunes, perdiendo de vista una idea fuerte de lo que significa constituir una comunidad para, en cambio, entregarse de lleno a una existencia social regida por la inexistencia de la dimensión pública como espacio de deliberación y de toma de decisiones, paralelamente, esta sociedad quedó entregada al refugio de una hipervalorada dimensión privada, que paradójicamente ha quedado hiperdevaluada por

el advenimiento sin contrapesos de una forma simplificada de liberalismo manifestada en los valores individualistas de la sociedad de consumo y del capitalismo financiero desbocados que la dictadura y la democracia de los «consensos» que le ha seguido instauraron en sucesivas transiciones. Como corolario de este desequilibrio de fuerzas en la correlación de las dimensiones público y privada acabó por manifestarse una verdadera transformación del imaginario social, que sucesivamente trastocó hasta la cotidianeidad misma de los individuos, la cual, a grandes rasgos, paso a encerrarse completamente en la sola afirmación privada de la vida corriente que quedó pendiendo de una empobrecida idea de autenticidad. Y es que la consecuencia de ese forzoso confinamiento en la dimensión privada ha acabado lacerando las posibilidades de estos marcos referenciales que serían la afirmación de la vida corriente y la autenticidad. En el caso de la autenticidad, ya hemos comentado que en la deriva moderna que Taylor acusa, ésta ha acabado perdiendo su sentido moral, en tanto que la afirmación de la vida corriente pierde también potencialidad al conducirse por los angostos márgenes que la obediencia irreflexiva a formas de vida «chatas» que son hegemónicamente propiciadas por el liberalismo cuya único talante lo conforma la racionalidad operacional de corte instrumental.

Los individuos de la sociedad chilena, confinados a la existencia privada como único espacio de sentido, han buscado conquistarle por medio del compulsivo consumo (seguido por un consecutivo endeudamiento) como fórmula para dotar de sentido al vacío existencial dejado en manos de los maltrechos marcos referenciales de la autenticidad y la afirmación de la vida corriente. Esto ha conducido a una especie de callejón sin salida, en el que nuestras posibilidades autointerpretativas se han empobrecido y nos han atomizado todavía más, y en el que la trampa está servida por nuestra infatigable necesidad de conquistar sentido, que persevera una y otra vez en la estrechez de las posibilidades que los vulnerados marcos referenciales nos confieren, incapacitados o ciegos para ver otras posibilidades que vayan más allá de contemporánea significación de estos.

El análisis de estos distintos niveles de “inarticulación” ocasionados por el atomismo, la primacía de la razón instrumental y las consecutivas formas achatadas de los ineludibles marcos referenciales de autenticidad y de afirmación de la vida corriente parecen configurar la imposibilidad de concebir la tan anhelada plenitud de la agencia humana. Taylor, de todas maneras, persevera en explicar que esta conjunción de situaciones no representa ningún tipo de fatídico e inevitable determinismo, sino que por el contrario, constituye una de las muchas posibilidades interpretativas asibles<sup>409</sup>. Hemos visto ya que el hombre, para Taylor, es fundamentalmente un animal auto-interpretador y con probabilidad, estas formas de auto-interpretación que son predominantes en el imaginario social contemporáneo obedecen al común punto de intersección de todos los despropósitos ya descritos, punto que vendría siendo el ya mencionado olvido de las fuentes morales o lo que es lo mismo, la falta de lo que Taylor denomina «articulación». Y es que los distintos niveles de “inarticulación” son en definitiva el resultado de relatos fragmentarios, que impiden las mejores posibilidades auto-interpretativas de los agentes precisamente porque carecen estos de articulación. Parece algo totalmente ingenuo decir que hay “inarticulación” porque precisamente no hay articulación, pero la idea de remarcar esta obviedad es precisamente la de enfatizar cuan necesaria resulta la articulación para una auto-

---

<sup>409</sup> A mi manera de ver, el método (por darle este rótulo) de antropología filosófica de Taylor, en líneas muy generales opera precisamente por medio de interpretaciones que dejan a trasluz que aquello que llamamos realidad o determinadas realidades son producto de determinadas combinaciones de maneras de autointerpretarnos, siendo todos estos productos posibilidades entre muchas que en ningún caso resultan inevitables o invariables. Creo que su recorrido respecto a la identidad moderna en *Fuentes del yo* se conduce de esa manera y más contemporáneamente su trabajo sobre la *era secular* es tributario de aquel método, en el cual, a muy grandes rasgos peligrosamente simplificadores, Taylor propone que el proceso de secularización no sería únicamente un efecto acumulativo del desencantamiento del mundo propio de los avances en ciencia, tecnología y racionalidad instrumental, sino que también pendería y mucho del giro antropocéntrico que la Reforma propicio con la nueva comprensión de que “su relación con lo divino debía expresarse en un esfuerzo sistemático por disciplinar y disciplinarse” en el que el ambicioso proyecto “de ajustar las conductas y las sociedades a un ideal moral”, acabó conduciendo a “un Deísmo impersonal, primero, y un humanismo exclusivo, después”, con lo cual “paradójicamente, el vuelco hacia el cumplimiento de una normativa moral –nomolatría– sirve para explicar la enajenación de Dios” y para comprender que el proceso de secularización no sería necesariamente “una fase más en un proceso de ascendente consciencia universal” sino que en buena medida, “el resultado no querido de una forma de intentar vivir la Fé”. Véase TAYLOR, Charles, *A secular age*, The Belknap Press of Harvard University Press, 2007, United States of America y asimismo, véase también ZAPATA, Patricio, “Viviendo una época secularizada, una recensión de *A secular age* de Charles Taylor”, en *Anuario de Derecho Público* 2011, Ediciones Universidad Diego Portales, 2011, Santiago de Chile. P. 539-546

interpretación más integral que nos acerque a la plenitud de la agencia. No en balde, a falta de satisfacer esta necesidad, Taylor diagnóstica la existencia de una contemporánea «ética de la inarticulación» en la medida que lo bueno y lo justo son concebidos a menudo como aspectos que serían solo relativos a las formas de intercambio social de una sociedad dada y sus percepciones del bien, por lo que peligrosamente pueden llevar a la confusión de ser calificados como ideas puramente metafísicas no ancladas a lo real<sup>410</sup>, dejándonos perdidos en medio de una espesa niebla compuesta por una ética procedimentalista que acaba por autoanularse y por las excesivas suspicacias enarboladas respecto de toda genealogía, de cualquier ética posible, que acaban por sumirnos en un relativismo estéril. El panorama filosófico contemporáneo se devanea entonces, peligrosamente, entre dos posturas contrastadas que agigantan las sospechas en contra de la articulación y que Taylor identifica como las tendencias de éticas procedimentalistas –kantianas, utilitaristas y naturalistas– por un lado, y las tendencias neonietzscheanas, por el otro.

Respecto de las primeras –las llamadas éticas procedimentalistas– Taylor aprecia que se produce una especie de angostamiento de la moral producto de la adscripción de estas a lo que él denomina «hiperbienes»<sup>411</sup>, en el sentido de tratarse de un conjunto de bienes o demandas que no solo tienen una particular importancia sino que sobrepasan y permiten juzgar a los otros bienes, degenerando ello en la tendencia de definir la moral mediante una especie de segregación que angosta el sentido de lo ético al quedar enclavada la moral únicamente en la noción de obligación<sup>412</sup>, deviniendo las filosofías morales en filosofías de la acción obligatoria que son satisfactorias en la medida que definen “algún criterio o procedimiento que nos permite derivar todo –y

---

<sup>410</sup> Taylor, *Fuentes del yo*, P. 72

<sup>411</sup> Los «hiperbienes» estarían definidos por Taylor como “bienes que no sólo son incomparablemente más importantes que los otros, sino que proporcionan el punto de vista desde el cual se ha de sopesar, juzgar y decidir sobre éstos”. Taylor añade que en esta tendencia a definir la moral por vía de segregaciones hay una variedad de definiciones de acotamiento, dentro de las que pone como ejemplos en esta tradición dentro de la filosofía moderna a Kant que “define la moral en términos del imperativo categórico y este a su vez por la «universalizabilidad» o por la pertenencia como miembros a un reino de fines” y más contemporáneamente a Habermas que “identifica un conjunto de cuestiones que atañen a la justicia universal y, por tanto, a la aceptabilidad universal de las normas que delimitan el ámbito de la ética discursiva; y otorga a éstas un estatus superior al de las cuestiones concernientes a la vida mejor y más satisfactoria”. Véase Taylor, *Fuentes del yo*, P. 80

<sup>412</sup> Taylor menciona que Bernard Williams en *Ética y los límites de la filosofía* habría llegado a esta conclusión de situar la definición de la «moral» en términos de la noción de obligación, entendiéndole como el hilo conductor de la filosofía moral moderna. Véase Taylor, *Fuentes del yo*, P. 80

solamente– aquello a lo que estamos obligados”<sup>413</sup>. Aúna también a estas tendencias un moderno entendimiento de la idea de libertad, que, por la vía de una ética procedimental, en conjunto a la sospecha epistemológica respecto a los bienes intensos, suprime a estos por la vía del razonamiento práctico que juzga al agente por cómo piensa y no por si el resultado de lo que piensa es sustantivamente correcto. El resultado de todo esto para Taylor, es que estas filosofías de la acción obligatoria acaban por sustituir en tal grado las distinciones cualitativas por razones epistemológicas y morales que terminan traicionando el contenido sustantivo de los principios elementales que defienden y de los que se desprende toda su consecuente ética borrando el lugar fundamental que ocupan en nuestras vidas, pues toda la digresión epistemológica derivada de los altos ideales morales acaba conduciendo a su propia negación<sup>414</sup>.

Las segundas –derivas a las que Taylor denomina como neonietzscheanas– actúan por medio de la sospecha respecto de la genealogía de las éticas procedimentales, teniendo un punto de coincidencia con Taylor en cuanto a que, en el fondo de estas filosofías, por mucho que estas se empecinen en separar enormemente las aguas de lo que es moral y lo que no lo es, guardan en su núcleo motivos morales que les determinan y que echan por tierra la supuesta determinación exclusivamente epistémica que ostentan. Sin embargo las coincidencias no pasan más allá de este punto, puesto que las posturas neonietzscheanas según retrata Taylor se preocupan únicamente de desenmascarar las pretensiones de la filosofía moral moderna bajo el dictado último de que “empeñarse en pensar que no hablamos desde una orientación moral que creemos correcta es una forma de autoengaño”. De esta manera, para las tendencias neonietzscheanas no hay camino posible para la articulación puesto que tendrían siempre un seminal origen de autoengaño sin mencionar que, irónicamente, estas tendencias quedarían afectadas por aquella misma crítica que ellas denuncian referida a no confesar claramente sus propias motivaciones morales, que en este caso no sería que nieguen tenerlas como sucede en las éticas procedimentalistas que pretenden tener un sustento exclusivamente epistemológico, sino que les otorga un estatus engañoso,

---

<sup>413</sup> Taylor, *Fuentes del yo*, P. 96

<sup>414</sup> Taylor, *Fuentes del yo*, P. 105-106



pretendiendo distanciarse de los compromisos de valor por la vía de ser conciente de su estatus de orden construido, conciencia de sí que le libraría del engaño<sup>415</sup>.

Para Taylor, la salida de esta espesa niebla formada por estas dos estrechas metavisiones estaría en el planteamiento de una forma de articulación “no distorsionada respecto a la visiones del bien que, efectivamente sostienen nuestras reacciones, afinidades y aspiraciones morales”<sup>416</sup>, de manera tal que Taylor pretendería posicionar su postura a contracorriente de las éticas procedimentalistas, desatendiendo con ello aquel énfasis de aplastar los aspectos valorativos bajo un artificioso manto depuradamente epistemológico, a la vez que distinguiéndose de los neonietzscheanos, con quienes, más allá de coincidir en el uso de una estrategia histórico revisionista, se diferencia por la vía de evitar el pasmo concerniente en descubrirse inmerso en alguna forma de autoengaño que se precipita usualmente por medio de una estéril postura relativista según la cual se acaba por no tomar partido por nada.

En lugar de esta postura, Taylor reafirma su estrategia de articulación como una empresa de «antropología filosófica», en la medida de que sostiene que el camino hacia la articulación necesariamente ha de ser histórico, pues es en la comparación de la autodefinición contrastada con el pasado que nos es posible reencaminar aquel pasado para determinar la manera en que conviene asimilarle o rechazarle, a la vez que es comprendiendo la manera en que esto se ha llevado a cabo que obtenemos alguna idea sobre como enarbolar nuestras propias perspectivas contemporáneas. Junto a ello, el método tayloriano incorpora en su revisionismo –además de las doctrinas históricas de los filósofos– a las «mentalidades» que subyacen a las actitudes y creencias, pues en ellas se rastrearían buenas pistas para una mejor comprensión de nosotros mismos y de nuestras más profundas fidelidades morales<sup>417</sup>. Esta dualidad propia de la articulación tayloriana respecto a la significación le ubicaría justo en la intersección de dos concepciones de la filosofía como son la interpretación y la descripción, de acuerdo a lo cual habríamos de ubicar a Taylor muy cerca de la intención filosófica de Wittgenstein, en el sentido de que filosofía no sería necesariamente conocimiento sino que más bien equivaldría a la clarificación de las palabras, aunque ciertamente, esta clarificación no

---

<sup>415</sup> Taylor, *Fuentes del yo*, P. 115-116

<sup>416</sup> Taylor, *Fuentes del yo*, P. 116

<sup>417</sup> Taylor, *Fuentes del yo*, P. 119-120

tendría nada más que un propósito terapéutico, en cuanto a estar destinado a “curar” los problemas de quién filosofa, sino que “clarificar” tendría más bien y añadidamente el sentido de “redescribir, y por ende modificar las prácticas y las representaciones redescritas”<sup>418</sup>, con lo cual la dimensión descriptiva en Taylor tendría necesariamente una eminente vinculación con la dimensión hermenéutica, ideas ellas que quedan de manifiesto en la concepción tayloriana del lenguaje y de la significación, que adhiere a una perspectiva expresiva, en cuanto a que este tipo de perspectiva se desentiende de las abstractas persistencias de objetividad propias de las perspectivas puramente designativas, reconociendo en cambio no ser capaz de separarse del medio, puesto que solo es manifiesta en él, a la vez que la expresión es necesariamente facultad de un sujeto por lo cual no puede evitar las propiedades relacionadas con este y de esta manera las expresiones remiten en último término al sujeto que las manifiesta<sup>419</sup>.

Si bien es cierto, la apuesta de la articulación entraña en todo momento el peligro no menor de ser fuente de engaño, habiendo por ello más de alguno que desconfíe de ella prefiriendo el silencio, Taylor vuelve a remarcar su necesidad, puesto que sin articulación de ningún tipo no habría conexión alguna con el papel del bien –de cualquier manera en que el bien se concibiera– en nuestras vidas, y con ello, en último término, dejaríamos derechamente de ser humanos<sup>420</sup>. Es un error capital creer que un bien necesariamente no sirve si bajo una determinada forma de articulación provoca sufrimiento o destrucción<sup>421</sup>, frente a lo cual lejos de optar por las posiciones “inarticuladas” de las éticas procedimentalistas o las éticas neonietzscheanas convendría de todas maneras correr el riesgo de posicionarse en la formación de nuevas narrativas y articulaciones permaneciendo alerta para silenciar algunos tipos de articulaciones que resultasen especialmente peligrosos sin renunciar a la absoluta relevancia el sentido de

---

<sup>418</sup> De Lara, “La antropología filosófica de Charles Taylor” en Taylor, *La libertad de los modernos*, P. 18

<sup>419</sup> Taylor, “El lenguaje y la naturaleza humana” en Taylor, *La libertad de los modernos*, P. 41; también Taylor deslegitima a la perspectiva designativa al hacer reconocimiento de que aquel lenguaje absolutamente objetivo y abstracto solo sería posible mediante un discurso que fuese absolutamente consciente, en circunstancias de que “el discurso consciente es como la punta de un iceberg. Gran parte de lo que ocurre al configurar nuestra actividad está fuera de nuestra vista. Nuestro despliegue del lenguaje se apoya en muchos elementos preconcientes e inconscientes”. Véase Taylor, “El lenguaje y la naturaleza humana” en Taylor, *La libertad de los modernos*, P. 56

<sup>420</sup> Taylor, *Fuentes del yo*, P. 113

<sup>421</sup> Taylor, *Fuentes del yo*, P. 541-542

las distinciones cualitativas y su necesidad de recuperarlas en el discernimiento del pensamiento moral<sup>422</sup>.

#### LA «TRANSICIÓN INVISIBLE» COMO RECONOCIMIENTO DE LA NECESIDAD DE «ARTICULACIÓN»

La necesidad de articulación de la diversidad de fuentes morales en el relato existencial del agente humano pleno, llegados a este punto, ha de ser una idea que precisamente requiera de ser articulada en aquello que describimos (y que, a la vez, vamos redefiniendo hermenéuticamente en cuanto animales auto-interpretadores que somos) como «transición invisible». Expuesto ante tal exigencia, pretenderé dar una argumentación interpretativa según la cual la «transición invisible» bien podría ser pensada como la puesta en marcha (aun en un estado muy germinal) de una narrativa articulada que intenta de esta manera desprenderse de las diversas dimensiones de “inarticulación” que he precedentemente descrito. Este germen de articulación se puede observar en ejemplos concretos, pues precisamente el sentido de la articulación emana de la praxis social misma y no de meras abstracciones teóricas; en este sentido, las luchas sociales que se han ido apoderando del espacio y la discusión pública durante el último lustro en Chile, a partir del movimiento estudiantil, muestran de forma interesante este salto desde las dimensiones de “inarticulación” que he reseñado, hacia algún tipo de relato más articulado: si hasta hace unos años (antes de este último decenio) las protestas estudiantiles se centraban en aspectos excesivamente concretos y de corto recorrido tales como el congelamiento de los aranceles estudiantiles de la educación superior, aquellas protestas devenidas en verdaderos movimientos sociales han comenzado a apuntar sus dardos en una dirección muchísimo más ambiciosa. Hablo de cierta mezquindad en los albores de las protestas estudiantiles puesto que las primigenias batallas que se desataban en un escenario de suma atomización social, tenían por objeto aspectos muy puntuales como la antedicha medida del congelamiento de los aranceles y, además de ello, por medio de un movimiento de base muy

---

<sup>422</sup> Taylor, *Fuentes del yo*, P. 113

fragmentado, enfrascada cada facción de éste en la conquista de medidas excesivamente sectoriales y fragmentarias<sup>423</sup>.

A mi modo de ver, esta estrategia suponía una tácita, obediente y adaptativa aceptación a las reglas del juego dispuestas por el ordenamiento estructural y neoliberal de la sociedad chilena, en el sentido de que la orientación del bien social educación no era puesta en duda ni por asomo en cuanto a su aberrante naturaleza de ser en Chile, que le equiparaba –y aun lo hace– a un bien de consumo transable en el mercado como tantos otros, en desmedro de una más adecuada orientación que debiera ser más respetuosa de la especial importancia que reviste la educación en la sociedad de acuerdo a su función social. En el último decenio, en cambio, la orientación de la lucha del movimiento social por la educación ha cambiado completamente de paradigma puesto que se ha dirigido a cuestionar el corazón mismo del problema de la educación en Chile que concierne precisamente a su naturaleza asimilada a la de una mercancía más, que tiene una valoración formal antes que sustantiva, convirtiéndola en un objeto orientado únicamente de forma económica para persecución del lucro de sus mercaderes.

Así, según mi interpretación, la bandera de lucha de “fin al lucro” en la educación que ha orientado al movimiento estudiantil representa mucho más de lo que a primera vista podría observarse: no es únicamente la defensa desesperada de las familias frente al sobreendeudamiento ocasionado por la consecución del sueño del título profesional, sino que, mucho más que eso, representa la adquisición de una conciencia en la sociedad según la cual merece la pena reorganizar el relato social en tornos a valores sociales compartidos y articulados como objetivos políticos comunes, aun cuando estos entren en pugna con la orientación política promovida por medio de las transiciones oficialmente instituidas. Me atrevo a hacer esta arriesgada y ambiciosa interpretación teniendo en cuenta que el movimiento social estudiantil ha sido el punto de partida de una oleada de participación social en el espacio público que se ha expandido en ámbitos tan diversos como la lucha medioambiental o la discusión

---

<sup>423</sup> Me refiero con ello a que era impensable, por ejemplo, advertir un movimiento estudiantil unido por los distintos estamentos de la educación, en el que los estudiantes universitarios actuaban separados de los estudiantes secundarios, en inclusive, las distintas federaciones de estudiantes de las universidades no lograban actuar de consuno, fragmentados por la realidad puntual y los objetivos que se les presentaban de acuerdo a la gravedad puntual de la situación específica que atravesaban. Ello contrasta fuertemente con el movimiento social que se ha levantado en el último lustro, en el cual las protestas han escapado de los estrechos cauces fragmentarios para unir apoyos de todos los estamentos de la educación, incluyendo no solo a estudiantes sino que también a los profesores en torno a una lucha común de mayores proporciones.

respecto a la descentralización para otorgar mayor autonomía a las regiones, orientados todos ellos por el común cuestionamiento respecto al modelo de desarrollo social impulsado en Chile, que ha pivotado en la fragmentación social y la “inarticulación” por la vía de centrarse únicamente en orientaciones económicas de libertad de los mercados, decantando ello en una sociedad de individuos encerrados en una existencia privada que con facilidad acaba por deslizarse en un subjetivismo extremo que solo ahonda la fragmentación.

La oposición a este relato “inarticulado”, como he señalado, aun en el estado germinal en que se encuentra, ha ido buscando sus vías de articulación a través de la recuperación de fuentes morales más ricas que la sola consideración del prometido crecimiento económico a través del emprendimiento privado, recuperando por ejemplo el valor de la autogestión comunitaria y el aprecio por lo público como bienes capaces de orientar una nueva ética social, todo lo cual ha suscitado la robustez de la opinión pública que ha propiciado la oportunidad política para plantear un objetivo mayor, como es la sustitución misma de la Constitución Política, proposición que lleva en si la ambición de cristalizar precisamente este cambio de orden en las fuentes morales que orientan a la sociedad chilena. Si bien de momento en materia de educación recién se está apreciando un cambio muy paulatino de la orientación en el paradigma (este 2016 comenzó a ponerse en marcha la gratuidad de la educación superior, aunque de manera bastante limitada<sup>424</sup>) y la Constitución de 1980 sigue en vigor, he señalado que este proceso de articulación se encuentra todavía en sus antípodas no obstante lo cual ya es

---

<sup>424</sup> Digo que el acceso a la gratuidad en 2016 esta muy limitada, atendido a las condiciones difíciles de satisfacer requeridas para gozar de este beneficio: Se debe acceder a alguna de las carreras dictadas en las instituciones elegibles, que forman parte de las 25 universidades que forman parte del Consejo de Rectores de Universidades Chilenas (CRUCH) y a las privadas adscritas; se debe pertenecer a uno de los cinco primeros deciles de la población, de acuerdo a un cálculo de los ingresos líquidos de los miembros del grupo familiar divididos por el número de personas que forman parte de dicho grupo familiar; se debe estar matriculado en carreras de pregrado presenciales, diurnas o vespertinas. En el caso de acceder al beneficio en una universidad privada, esta debe contar adicionalmente con el cumplimiento de los siguientes requisitos: estar acreditada por 4 años o más; no poseer como integrantes de la corporación o fundación universitaria sociedades comerciales con fines de lucro; considerar representantes en sus estamentos estudiantil y/o funcionario en algún órgano de gobierno superior del plantel, de acuerdo con sus estatutos. La exigencia de que el estudiante, tras el cálculo de los deciles, no tenga un ingreso superior a 154.166 pesos en connivencia a que ingrese a una de las universidades seleccionables, que por lo general requieren de puntajes altos, vuelve especialmente perverso al sistema, toda vez que los estudiantes de bajos recursos económicos arrastran consigo, por lo general, un nivel educacional muy pobre, propio de la mala calidad de la educación publica en el nivel de la enseñanza básica y media, que difícilmente les permite conseguir no ya quedar en las carreras y universidades que posibilitan el beneficio, sino que conseguir siquiera un puntaje que permita hacer una postulación (atendido a que el porcentaje de estudiantes que “no les da el puntaje para postular” sigue siendo altísimo y es directamente proporcional a la condición socioeconómica de los estudiantes.

posible predicar nada más que con sus destellos que poco a poco se van sucediendo al calor de las nuevas formas de asociatividad –más horizontales e informales– así como del proceso en desarrollo de ciudadanización de la política, que va quedando claro que algo está cambiando de manera importante en la sociedad chilena atada durante gran parte del siglo XX al paradigma “peticionista” subordinado a su vez a la lógica del nacional-desarrollismo que tuvo en el Estado acaparador de agencias a su actor predominante.

Si bien es cierto la institucionalidad aun permanece ajena al influjo de estas transformaciones en curso dentro de la praxis ciudadana, es dable a presagiar que el curso de la «transición invisible» desde su orientación marginal persistirá lentamente conquistando espacios que le han sido negados mediante una lógica de «participación por apropiación» abriéndose paso por medio de la articulación de evaluaciones fuertes respecto al bien en el relato social común. De momento los cambios se manifiestan eminentemente en la transformación del *ethos* de la ciudadanía chilena, que tiene que ver con el ensanchamiento de sus potencialidades epistémicas<sup>425</sup>, particularmente en la manera en la que los individuos van adquiriendo mayores cuotas de autoconocimiento en cuando a ser sujetos de acción. En la siguiente parte de este capítulo la propuesta consistirá en ver esta transformación valorativa desde la reducida expresión de la ciudadanía chilena propia del paradigma de las transiciones oficiales a la ciudadanía empoderada en la praxis como una propuesta jurídico-política encuadrada en el ámbito de la democracia deliberativa.

---

<sup>425</sup> Este ensanchamiento de las potencialidades epistémicas refiere a la superación de lo que Broncano caracteriza como la fase más injusta de la dominación no consentida (en el caso chileno, construida por la sucesión de los relatos oficiales), que tenía un cierto dejo de irreversibilidad en el sentido de que afectaba a las potencialidades epistémicas de los sujetos en cuando su acceso a la posibilidad de imaginar otro mundo, puesto que se había disminuido o destruido la mismísima potencialidad del deseo, “en particular del deseo propiamente humano, que es el desear ciertos tipos de deseos”. Véase Broncano, *La melancolía del ciborg*, P. 265

Hemos transitado un largo camino teórico con el empeño de intentar comprender –a la vez que elaborar– la idea de una «transición invisible» que no tendría mucho que ver con las anteriores ideas de transición que perviven en el imaginario social chileno. La idea tradicional de transición y a la que está referido el estudio acometido en el primer capítulo de este trabajo, a referido a los relatos de una serie de memorias oficiales emanadas desde el poder institucionalmente constituido, que por medio de la narración de una serie de hechos acontecidos dentro de sus coordenadas se han impuesto por la vía de una verticalidad descendente como relatos de un «nosotros» compartido que por extensión pretenden sentar las bases de los horizontes de significación en el plano microscópico de las subjetividades.

La transición que, en cambio, me he empeñado en elaborar a través de este capítulo, respondería en cambio a una orientación completamente inversa y quizás por lo mismo, a primera vista, mucho menos perceptible, experimentada como transformaciones que se desencadenan desde el espacio privado de las subjetividades y desde la asociatividad emanada desde los márgenes de la institucionalidad para desde la construcción de una horizontalidad asociativa ascender progresivamente en la recomposición de lo público y en un relato efectivamente experimentado como un «nosotros»; de allí se entiende que los primeros esfuerzos teóricos encaminados los dispusiera, de la mano de Berger, en el estudio del proceso de formación de la conciencia moderna y en la defensa de la idea del respeto por la igual participación cognitiva en los horizontes de significación, para pasar posteriormente con Touraine a la defensa del sujeto como un equilibrio inestable imprescindible para bien orientar la modernidad, sujeto que siguiendo posteriormente a Taylor hemos apreciado en cuanto a ser un animal autointerpretador que opera por medio de evaluaciones fuertes y que en la plenitud de su agencia, puede articular más adecuadamente un relato del nosotros que se condiga con sus experiencias y aspiraciones, con lo cual esta transición (y que por eso he apellidado como «invisible») se juega de momento principalmente en el espacio interno de las definiciones, en el ámbito de las subjetividades, en el espacio de las fuentes morales que fundamentan o explican el consecutivo actuar de los sujetos.

Al tener ocasión esta transición en aquel lugar más recóndito, las manifestaciones exteriores que son propias de esta transformación no podrían calificarse de la manera en que se han estudiado los hitos de las anteriores transiciones, compuestas por acontecimientos político-institucionales de pública ocurrencia, sino que teniendo estas exteriorizaciones un origen ajeno a la institucionalidad y emergiendo desde la interioridad de las subjetividades, dichas manifestaciones rehúyen de los cauces políticos y canales institucionales tradicionales deviniendo en una verdadera escalada de «participación por apropiación» ciudadana respecto del espacio público, cuestión que ha modificado, o que, al menos, ha allanado la transformación del panorama político chileno hacia lo que Gabriel Salazar denomina como una «ciudadanización de la política»<sup>426</sup> en un sentido tan intenso como el que orquestaron las transiciones institucionales.

La prueba de ello se encuentra en que, tras casi un siglo<sup>427</sup> en la vida republicana chilena, está la sociedad volcada desde sus propias bases en el debate respecto a la necesidad de determinar un nuevo pacto social de acuerdo al cual pretender continuar su vida política, ad portas de iniciarse un proceso constituyente. Remarco la novedad de este punto, pues en la historia republicana de Chile han existido desde 1833 nada más que 3 cartas constitucionales, todas las cuales han sido adoptadas en medio de procesos de fuerte quiebre institucional así como escenarios de fuerte polarización política dominados por la violencia política y las asonadas militares, en los que una minoritaria

---

<sup>426</sup> El término «ciudadanización de la política» Salazar lo rescata del Informe de Desarrollo Humano de Chile del año 2000 (IDH 2000). Contra la interpretación forzosamente sistémica de aquél informe (que respecto a la evidencia de una creciente «asociatividad» por «desafiliación del sistema» que cuajaba del «malestar interior» detectado por el informe de desarrollo humano del PNUD en 1998, pretendía encuadrar aquel desbande a «la ausencia de grandes ideologías» promoviendo la idea de que la mejor idea de «ciudadanía activa» “se asocia al cumplimiento de las leyes, la participación en comunidad y el compromiso genérico con el rumbo que toma el país”) la interpretación salazarista compartida por nosotros, o lo que es lo mismo, “la conclusión *histórica* –no sistémica- (...) es que, en paralelo a los primeros gobiernos de la Concertación, se produjo una transición ciudadana profunda, que se sustentó, principalmente, en el desarrollo de formas asociativas no-estatutarias («redes sociales») que tendieron a «desafectarse» políticamente del sistema vigente; a potenciar, sobre todo en el plano local, sus «tradiciones cívicas (autogestión, capital social) y sus prácticas incipientes de «gobernanza» (asambleas, autonomía, soberanía), y a iniciar, progresivamente, «movimientos sociales» de intencionalidad política e histórica contrapuesta al modelo neoliberal”. Véase SALAZAR, Gabriel, *La enervante levedad histórica de la clase política civil (Chile, 1900-1973)*, Debate-Random House Mondadori, 2015, Santiago de Chile. Capítulo I, parte 2 “Del «malestar interior» a la «ciudadanización de la política» (1998-2002)”, particularmente P. 125-126

<sup>427</sup> Véase el intento de proceso constituyente ciudadano (frustrado) en el excurso histórico previo al estudio de los relatos transicionales en el capítulo 1 de este trabajo y con mayor detalle en Salazar, *Del poder constituyente de asalariados e intelectuales*.



fuerza oligárquica ha logrado hacer prevalecer sus posiciones por medio de la fuerza y/o de artimañas (todas ellas prácticas contra-ciudadanas). Hoy en cambio, el proceso constituyente que se avizora se vive de una manera nueva, lejana a la violencia militar de otras épocas, aunque de todas maneras representable como una nueva operación gatopardista de la clase política civil llena de su arsenal de artimañas e inserta en el nuevo marco de otro tipo de violencia que podríamos asimilar al «despotismo blando del inmenso poder tutelar» tocquevilleano, que violenta a través de la marginalización y la exclusión institucional de la toma de decisiones, que ha determinado una ciudadanización desde abajo, emergente desde los vínculos sociales más próximos de los individuos que buscan propiciar una construcción de la sociedad que emane auténticamente de la ciudadanía y no al revés —como ha acontecido siempre en el pasado— con una ciudadanía verticalmente diseñada desde las cúpulas de la institucionalidad.

Ello ha sido posible tras un subterráneo proceso de desencanto y hastío respecto al proceso de descomposición social vivido como un largo letargo de encierro de la ciudadanía disgregada y dejada a las puertas de una significación de sentido de sus horizontes vitales entregada puramente a los estrechos marcos de la existencia individual y privada de sus miembros, y una correlativa y peligrosa exclusión de las prácticas ciudadanas de la participación en las definiciones públicas, escenario que ha se había acendrado a tal punto que parecía ser casi una suerte de incontrarrestable destino manifiesto, derivando las definiciones sociales estructuradas desde la cúpula institucional vertical-descendente en una cultura del individualismo y una maltrecha cultura de la autenticidad propiciadas ambas por el desarrollo hegemónico de una cultura y economía del consumo, que estando tan disociados de la preocupación por los asuntos colectivos comunes, acabaron por desgastar la comprensión de la entelequia de lo «público» pasando a ser considerada más como sinónimo de las prerrogativas del poder estatal que como un asunto propio de la esfera de competencias e intereses propiamente ciudadanos.

Sin embargo, probablemente en el momento de mayor sedimentación de aquella cultura vacuamente individualista, apareció un claro de luz personificado fundamentalmente por las juventudes que a través del movimiento estudiantil han puesto en jaque el ánimo de lucro en la enseñanza, reanimando el interés por los asuntos públicos colectivos y enseñando con ello al conjunto de la sociedad que no existía

ninguna clase de destino inevitable, a la vez que abrieron el debate al poner de manifiesto la discrepancia de una gran parte de la sociedad respecto del «modelo» que se había propiciado desde la dictadura y que se ha seguido gestionando e intensificando desde el «retorno a la democracia». Esta pequeña ventana abierta por los estudiantes ha sido un impulso inicial que ha logrado despertar a la ciudadanía de aquel largo letargo ya expuesto, reanimando su interés por las definiciones públicas que le tienen hoy ad portas de iniciar un diálogo con el gobierno tendiente a desarrollar un nuevo proceso constituyente.

Dicho todo lo anterior, pareciera que todo fuera muy bien encaminado hacia un final feliz como el de los cuentos infantiles en los que acaba por reinar una interminable e imperturbable armonía, que sin embargo, más allá de que su transposición a la realidad parezca una quimera, no se acerca ni tan siquiera a una muy limitada versión de aquella paz perpetua. Y es que en efecto, pese al acontecimiento de este «redespertar social», las definiciones sociales permanecen de todas maneras lejanas a ser redefinidas, sin si quiera entrar a un aspecto de mayor tensión relativo a señalar quién será el actor de dicha redefinición. A falta aun de que se inicie seria y ciudadanamente el debate constitucional en la fase de los «diálogos ciudadanos», e insertos aun en la lógica reformista encuadrada dentro de los márgenes estrechos que permite el actual ordenamiento, en materia educacional, más allá de la investigación y ejemplares sanciones a algunas universidades privadas en razón del lucro indebido y de una tibia puesta en marcha de la «gratuidad», el diseño y orientación de la función educativa siguen siendo fundamentalmente el mismo, con la consabida oferta del «producto» educación como una «peor o mejor mercancía o bien de consumo» según sea el poder adquisitivo del beneficiario, permaneciendo la regulación de este bien (pese a su connotación social) sujeto a los vaivenes propios de la lógica capitalista de la ley de la oferta y la demanda neoliberal y virtualmente ajena a la sujeción de regulaciones sustantivas. Respecto a una nueva Constitución, si bien desde todos los estamentos se apuntala su necesidad y es ya materia de discusión *vox populi*, lo cierto es que desde su anuncio en la cuenta pública del Ejecutivo del 21 de mayo de 2015<sup>428</sup> y a pesar del

---

<sup>428</sup> En Chile, el día 21 de Mayo de cada año, marca el inicio del periodo legislativo ordinario del Congreso Nacional en el que tradicionalmente el Ejecutivo comparece dando una cuenta pública del cometido de su gobierno a la vez que de sus proyecciones. En aquel contexto, Bachelet anunció que en Septiembre se iniciaría un “proceso constituyente abierto a la ciudadanía” porque “la legitimidad de la nueva Constitución es tan importante como sus contenidos. La Constitución es para todos y por eso todos deben participar en su diseño y aprobación” prometiendo a continuación “llevaremos a cabo un proceso

pronunciamiento de un cronograma del proceso constituyente, el acontecimiento de este proceso nos sigue pareciendo tener un sospechoso aroma a promesa electoral que como mucho parece augurar por parte del reconocimiento estatal una operación gatopardista. En efecto, la necesidad de una nueva Constitución, sostenida principalmente con el argumento de superar el aborrecible origen espurio de la Constitución que pervive, además de obtener reconocimiento institucional, alza en la conducción del proceso al rol de la clase política civil y a la connotación esencialmente institucional del proceso, amenazando con sobredimensionar dicha faz «institucional», al condicionar en los momentos claves lo sustantivo del proceso a la única voluntad de la clase política civil a modo de garantizarle el control del proceso a ésta, que históricamente (y particularmente hoy), es observada como total y radicalmente distanciada e inarticulada de la ciudadanía.

Matizado así el estado real de este «redespertar ciudadano», parece conveniente centrarse en la valoración de lo que se ha logrado consolidar y que es precisamente la chispa inicial de este redespertar, consistente en el ánimo preciso de reencantamiento ciudadano por la preocupación activa respecto a los asuntos públicos que afectan a la

---

constituyente que garantice un equilibrio adecuado entre una participación ciudadana realmente incidente y un momento institucional legítimo y confiable”. Véase Mensaje Presidencial, 21 de mayo de 2015. Disponible en: [http://www.gob.cl/cuenta-publica/2015/2015\\_mensaje\\_presidencial.pdf](http://www.gob.cl/cuenta-publica/2015/2015_mensaje_presidencial.pdf)

El 21 de Mayo tiene una carga institucional especial referida a la construcción vertical descendente del Estado por parte de la CPC y la CPM, pues además de lo anterior, es el día en que se conmemoran las “glorias navales”, en alusión al combate naval de Iquique, que tuvo ocasión el 21 de Mayo de 1879, en el que la corbeta de madera de la armada chilena, la *Esmeralda*, junto a su tripulación, sucumbieron ante el poderío del *Huascar*, la fragata blindada de la armada peruana. En estricto rigor, se conmemora a la figura del capitán de la *Esmeralda*, Arturo Prat Chacón y a su tripulación por el heroísmo y patriotismo con los que enfrentaron la desigual contienda, pese a la derrota.

De esta manera, el transcurso habitual de un 21 de Mayo resulta ser en cierto sentido, una alegoría de la construcción y devenir del Estado en Chile: todo acontece en la ciudad puerto de Valparaíso, que es el lugar asiento del Congreso Nacional y es además la ciudad asiento de la Armada de Chile, con lo cual, primero, temprano por la mañana se sucede la cuenta pública del ejecutivo por medio de un mensaje presidencial en el Congreso Nacional, en el que además se dan avisos programáticos de las políticas públicas venideras. Paralelamente, el edificio del Congreso Nacional es fuertemente custodiado por las fuerzas policiales que aíslan un enorme perímetro que circunda al edificio, puesto que el 21 de Mayo, del lado de la ciudadanía, es un día de airadas marchas y protestas, con lo cual, habitualmente, en paralelo al mensaje presidencial y con posterioridad a este, se sucede una auténtica batalla campal entre la ciudadanía que protesta y las fuerzas policíacas. La acción de las fuerzas policíacas en ese día suele ser especialmente inmisericorde: recuérdese el caso del 21 de Mayo de 2015 en el que un carro lanza aguas de Carabineros (más conocido como *Guanaco*) impacta con una fuerza brutal y mediando una distancia ínfima al estudiante Rodrigo Avilés, sin haber mediado provocación alguna de este, y dejándole al borde de la muerte. La especial brutalidad de la represión se orquesta para que, concluido el evento institucional en el Congreso, todas las autoridades puedan dirigirse con tranquilidad y sin sobresaltos hacia la Plaza Sotomayor de Valparaíso, en la que se encuentra el Monumento a las Glorias Navales, donde se sucede con un ambiente de patriotismo institucional el desfile de las fuerzas armadas, que es acompañado por el aleccionado desfile de escuelas y colegios que preparan sus bandas de guerra especialmente para ese día.

colectividad, o lo que es lo mismo, una nueva manera de auto-comprenderse como ciudadanía. Esta transformación en la autocomprensión de los individuos como partes de un todo social hacen que las ideas habitualmente abstractas de «ciudadanía» o «democracia» experimenten una reelaboración y reappropriación progresiva por parte de los sujetos que acaban haciendo suyas estas ideas, aspecto que me conduce a la necesidad de intentar abordar el camino evolutivo que han experimentado interpretativamente estas nociones en la historia reciente de la sociedad que nos convoca.

Al adentrarme en la evolución de la dimensión auto-comprensiva de la idea de ciudadanía en el Chile reciente, no es de ninguna manera mi intención la de adentrarme en un interminable génesis y devenir de la idea de ciudadanía en abstracto que bien supondría un reto de colosales proporciones habida consideración de la larga data y no pocos matices mediante los cuales la construcción social de la idea de ciudadanía ha ido dibujando una genealogía histórica complejísima y en constante devenir que fácilmente escapa de mis posibilidades de aprehensión y sobre todo, de los estrechos márgenes pretendidos por esta investigación. Junto con ello, mi sospecha respecto de adentrarme por aquellos cauces histórico-analíticos estriba en que, invariablemente por estos derroteros, esta noción ha quedado sujeta a un lenguaje de excesivo tecnicismo, que le vuelve oscuro y le distancia del uso que de esta idea, cotidianamente, emplean y tienen en mente los mismos “ciudadanos” generando esta desavenencia un hondo espacio de incomprensión y despropósitos<sup>429</sup> entre distintos estamentos de la sociedad.

Habida consideración de estas problemáticas y conectándolas con una idea que, de cierta forma, actúa como motor propulsor para esta investigación, consistente en el afán de posicionar -de una manera sino hegemónica, al menos mucho más protagónica- el uso de la razón pública devenido de un proceso intenso de autoconocimiento, es que el énfasis comprensivo de la «transición invisible» como una suerte de transformación ciudadana tendrá una directa implicación con la idea de que, en este periodo en el que advierto que es la «voz de la calle» (aquella informal formación discursiva que

---

<sup>429</sup> Con esta apreciación no quiero afirmar que el lenguaje técnico en materia de ciudadanía sea «el problema en sí mismo» y mucho menos a sabiendas de las inmensas lagunas existentes que en materia de educación a la ciudadanía existen. Muy probablemente ninguno de estos problemas por sí solo y en cambio, la radicalidad de ambas problemáticas sumadas sea aquello que produce aquel profundo desencuentro de sentido.

Habermas distingue como la «esfera de opinión pública política»<sup>430</sup>) quién articula para sí la voz «ciudadanía» (en desmedro de las vanguardias de intelectualidad y expertos y unos aun más denostados políticos), apoderándose del espacio público clamando desde sí y para sí el estatus de «ciudadano», entendido como el reconocimiento de una calidad que les es inherente en cuanto seres humanos y no como una concesión graciosa de aquel estatus por parte del Estado, con lo cual bien corresponde que las definiciones que alcancemos en este capítulo reposen sobre la base de una argumentación en la que sea éste lugar de enunciación y prácticas (el de los propios ciudadanos que se autoafirman de esa manera) el que permita iluminar las ideas de democracia ciudadana y de «ciudadanización de la política» que quisiera defender.

El modificar la perspectiva desde la cual enfoco el sentido de «ciudadanía» tiene de momento un importante coste: no puedo remitirme únicamente a la teoría ciudadana y su desarrollo, como pretendiendo satisfacer mis inquietudes por medio de una estrategia meramente agregativa de nuevas propiedades que se añaden acumulativamente a las viejas concepciones. Se precisa de un cambio mucho mayor, consistente en descentrar el emplazamiento hegemónico de definición y significación, alterando las coordenadas de quién define cuando enuncia, empatizando para este cometido con la perspectiva de quiénes clamamos ser ciudadanos, en el sentido de desarrollar el esfuerzo por comprender que idea es la que tenemos realmente nosotros cuando nos autodenominamos como ciudadanos, para de esa manera empoderar esta autoidentificación como una alternativa válida de ciudadanía y consecutivamente delinear los aspectos fundamentales que esta significación de la «transición invisible» guarda respecto a la democracia.

#### ¿QUÉ ENTENDEMOS EN CHILE POR «CIUDADANÍA»?

El intento de comenzar a hacerme cargo de la pregunta del epígrafe me conduce antes que a un esbozo de respuesta, a una nueva pregunta: ¿A quiénes o a qué me estoy refiriendo por «Chile» para los efectos de nuestra primera pregunta? Esta nueva

---

<sup>430</sup> HABERMAS, Jürgen, *Facticidad y Validez, Sobre el derecho y el Estado democrático de derecho en términos de teoría del discurso*, Editorial Trotta, 1998, Madrid. Traducción de Manuel Jiménez Redondo. P. 454 y siguientes.

interrogante me retrotrae al escenario escindido que respecto a la comprensión de la idea «ciudadanía» existe, entre las posiciones de autocomprensión ordinaria de lo Sujetos y la definición ciudadana legalmente regulada por la institucionalidad, según entienda a «Chile» en su sentido de nación compuesta por chilenos que tienen una cierta y específica manera común de pensarse a sí mismos, o en cambio de prevalencia a la idea de Chile en su acepción predominantemente estatal.

Tal vez sustituyendo la pregunta del epígrafe por “¿Qué entendemos los chilenos por «ciudadanía»?” nos acercáramos de una manera menos problemática hacia la dirección de mis propósitos, pero aquella generalización sin mayores cuestionamientos encubriría el enorme peso gravitacional (que en efecto existe) de la definición institucional provista por el Estado de Chile en la construcción de la subjetividad de los chilenos que, sobre todo, enfrentados a ideas que no han sido aprehendidas experiencialmente como ocurría precisamente con la idea de «ciudadanía» (y que en cambio solía ser pensada como una mera abstracción), acudían directamente a pensarse según los lineamientos provistos por la Constitución y las leyes.

De todas maneras, para no ir avanzando solo por medio de dejar preguntas lanzadas al aire, mi intento de posicionar una respuesta respecto a la primera pregunta atendería a las coordenadas de esta investigación, que tienen la pretensión de dar mayor cabida a la vía autointerpretativa según veíamos con la idea del agente humano pleno en Taylor o, dicho en otras coordenadas, atendiendo predominantemente a la perspectiva social-ciudadana, de manera que mi aproximación a la idea de ciudadanía que se tiene en Chile tendría que ver más con la autocomprensión de quién se enuncia a sí mismo como ciudadano y no tanto con la idea de ciudadanía como aprehensión del contenido dado por una definición legal, aun cuando por esta vía no queda descartado del todo el peso de que ciertos aspecto autointerpretativos se repliegan a las definiciones normativas atendiendo a que contemplamos que la aprehensión puramente experiencial es un fenómeno más bien reciente y en curso.

Mi elección de decantarme por este posicionamiento diría que tiene su origen al advertir el crecimiento exponencial que en el plano discursivo informal ha cobrado el uso del vocablo “ciudadano”. Ya no sólo se escucha la evocación a la ciudadanía o al ciudadano en medio de los discursos pronunciados por la clase política civil, cuyos miembros solían en forma reiterada acudir a este vocablo, con fines bien utilitaristas,

circunscribiendo su alusión a la captación de electores, sino que hoy la voz «ciudadanía» y sus derivados, se han multiplicado en enunciación de manera transversal en la totalidad de las capas sociales, por sujetos de todo tipo que cotidianamente claman para sí la calidad de «ser ciudadanos». Pese a este aumento exponencial en la enunciación de la ciudadanía, no puedo afirmar que exista un correlato entre su masiva evocación y el poder de definir más que en una faz muy subjetiva el alcance de este nombrar, de manera tal que, más allá de la autodefinición eminentemente subjetiva, la referencia para sí en cuanto a ser ciudadano carece de un sentido objetivado y prescriptivo.

Más allá de ser una expresión eminentemente subjetiva de autoafirmación, la referencia a «ser ciudadanos», reitero, es bastante reciente en la vida política y social de Chile. Completamente inimaginable en tiempos de dictadura, ha sido solo desde el retorno a la democracia que la sociedad chilena se ha ido progresivamente familiarizando con el término «ciudadano», cuyo proceso de aprendizaje ha nacido desde una enunciación totalmente externa a la subjetividad de los actores sociales, puesto que la invocación a la «ciudadanía» no comienza siendo enunciada como un reclamo por parte de quienes en efecto lo son, sino que, tal como ya se ha dicho, se trata de una expresión que comenzó a ser empleada tímida y acomodaticia en el discurso de las autoridades políticas, circunscribiendo, por cierto, su evocación a nuestro «deber ciudadano de votar» de acuerdo a los conductos institucionales establecidos al efecto<sup>431</sup>. De esta manera, lo que se enfatizaba como “corazón de la ciudadanía” en el plano discursivo informal era el «derecho de sufragio», que además, en los términos en que se enunciaba acababa revistiendo la naturaleza de una verdadera

---

<sup>431</sup> Ya se puede apreciar de este mero origen la confusión entre moralidad y obligación en el sentido del imperativo categórico kantiano, de similar manera a como lo ha denunciado Taylor en *Fuentes del yo*.

Una opinión divergente (aunque solo parcialmente) respecto la uso de la voz «ciudadanía» sería aquella que concibe que “El modelo chileno vigente ha provocado que la ciudadanía se convierta en un concepto prácticamente formal que carece de sustancia, lo que explica el escaso uso del término «ciudadano» (y su correlato, «pueblo») en un país como Chile, en el que se habla habitualmente de «persona» (y su correlato, «gente»)”. Hemos señalado que la divergencia de opinión sería solo parcial en el sentido que concordamos con que la idea de ciudadanía por el embrujo legal, el largo período dictatorial y la democracia derivada de su razón le han dado su cariz meramente formal carente de sustancia, no obstante lo cual apreciamos, como hemos ido defendiendo, que la autodefinición ciudadana en un sentido sustantivo dotado de la intención viva de participar en la construcción de lo público, cada día está más presente en detrimento de aquel determinismo estructural y sistémico que parece reposar en la apreciación de que sean los sujetos quienes supuestamente se ven únicamente a sí mismos como “personas”. Véase ATRIA, Fernando; LARRAÍN, Guillermo; BENAVENTE, José Miguel; COUSO, Javier; JOIGNANT, Alfredo, *El otro modelo. Del orden neoliberal al régimen de lo público*, Debate-Random House Mondadori, 2013, Santiago de Chile. P. 25

obligación legal. Sólo recientemente esta naturaleza de «deber» u «obligación» ha devenido legal y socialmente en un «derecho», no obstante persistir en el imaginario de la cultura jurídica nacional aquella naturaleza obligatoria del sufragio.

Considerando que nuestra aproximación auto-interpretadora en cuanto a ser ciudadanos comenzó como la recepción de un discurso estructurado en unos específicos términos respecto de los que no nos quedó sino la opción de acatar (no obstante optemos por defender una idea socialmente construida de ciudadanía), nos resulta de todas maneras imposible dejar de lado su trasfondo jurídico y legal, así como la lectura institucionalizada de esta idea, puesto que, en abstracto, el origen mismo de la voz ciudadanía esta ineludiblemente vinculado a la existencia y ejercicio de ciertos derechos. Situados ya en el campo del Derecho, la pregunta que nos surge es la siguiente: ¿A la existencia y ejercicio de qué derechos referimos cuando hablamos de ciudadanía?

Hemos ya señalado que nuestra educación en cuanto a ser ciudadanos ha tenido la estampa de ser un dialogo en el cual sólo uno de los participantes ha tenido la totalidad del poder de enunciación, correspondiéndole a la otra parte únicamente el rol de ser receptor del mensaje. En ese orden de ideas se nos ha definido y nos hemos autointerpretado tan sólo como electores. El resultado efectivo de todo esto ha sido el de reducir la capacidad de agencia ciudadana a la sola existencia y ejercicio del derecho de sufragio. No muy lejos de esta intuición esta la constatación de lo que legalmente la Constitución entiende por ciudadanos, lo cual está expresamente regulado en su Artículo 13 señalando que *“Son ciudadanos los chilenos que hayan cumplido 18 años de edad y que no hayan sido condenados a pena aflictiva”* y más importante que eso, para nuestras consideraciones, lo que comporta el ser ciudadano según esta comprensión normativista: *“La calidad de ciudadano otorga los derechos de sufragio, de optar a cargos de elección popular y los demás que la Constitución o la ley confieran”*. Se subraya, como da clara cuenta la redacción del Artículo 13, que el corazón de la ciudadanía es una cuestión limitada a dos derechos: el de sufragio y, directamente relacionado con este, el de optar a cargos de elección popular. Esta regulación de la ciudadanía sin dudas se corresponde con el contexto histórico y el espíritu seminal de Constitución de 1980, que como es sabido, fue dictada en plena «transición al orden» con el objeto de sentar las bases para una democracia liberal y formal en base a «mínimos», resguardada por medio de toda clases de pesos y



contrapesos y enclaves autoritarios en la línea de un funcionalismo dispuesto a engendrar un sistema autopoietico<sup>432</sup> desvinculado de la acción de los sujetos.

Posicionados en este paradigma de participación política, vemos que ésta se sintetiza básicamente en la existencia de dos derechos protagónicos expresamente aludidos: elegir y ser elegido. El cierre del mencionado Artículo 13 de la Constitución pareciera abrir el horizonte de los derechos asociados a la calidad ciudadana mediante la ambigüedad de la formula “y los demás que establezcan la Constitución y las leyes”. Por una parte, es verdad que aquel cierre del artículo da pie a la expansión del núcleo de derechos comprendidos en la calidad de ciudadano, comulgando formal y propositivamente esta postura con la visión habermasiana de concebir a las Constituciones como proyectos inacabados que precisan de ser constantemente reflexionados para adecuarles a las necesidades contingentes que la comunidad política considera pertinentes a su evolución<sup>433</sup>. Sin embargo, esta lectura ciertamente esperanzadora queda superada por la incuestionable realidad de los hechos, que deja al descubierto a aquella formula como una declaración meramente enunciativa o letra muerta, toda vez que la facticidad de la consistencia excesivamente rígida de la Constitución chilena y la imposibilidad de generar una voluntad política institucional de carácter unívoca por los cauces institucionales existentes vuelven prácticamente imposible la ampliación del catálogo de derechos asociados a la calidad de ciudadanos, y más allá de eso, perpetúan la lógica jurídica y democrática que encierra la discusión en el que, a mi juicio, es un debate estéril, pues corresponde a una realidad meramente procedimental y normativista, relativa a la ampliación/reducción del catálogo de derechos, en lugar de entrabarse el debate en un espacio más fecundo como podría ser el cuestionamiento respecto a cómo desarrollar maneras más sustantivas de democracia y de prácticas jurídico-legales que escapen del entramado positivista-legalista<sup>434</sup>.

Sin abandonar aquel entramado y nada más pensando en los derechos expresamente garantizados, especial mención merece el análisis del sesgo impuesto por

---

<sup>432</sup> Véase LUHMANN, Niklas, *Sistemas Sociales: lineamientos para una teoría general*, Alianza Editorial/Universidad Iberoamericana, 1991, México.

<sup>433</sup> Véase Habermas, *Facticidad y validez*.

<sup>434</sup> Véase a este respecto LOVERA, Domingo, “¿tres son multitud?” en ALTERIO, Ana Micaela y NIEMBRO ORTEGA, Roberto (Coordinadores), *Constitucionalismo popular en Latinoamérica* Editorial Porrúa, Escuela libre de Derecho, 2013, México. P. 129-152

el legislador, en cuanto a limitar el ejercicio del sufragio en el origen de la Constitución de 1980 y las consecutivas leyes orgánicas que regularon de manera extensa el tema: hasta antes de la reciente ley 20.568, conocida como «Ley de inscripción automática» que modificó ostensiblemente la original ley orgánica 18.556 sobre Sistema de inscripciones electorales y Servicio electoral, el sufragio en Chile tenía una naturaleza que podríamos cuanto menos describir como “confusa”, pues conjuntaba elementos que le constituían por un lado en un *derecho*, pero al mismo tiempo hasta le convertían en una especie de *privilegio* y también en un *deber u obligación legal*.

En cuanto a su sustrato de *derecho subjetivo* le podíamos concebir como una facultad o atribución del individuo, conferida con arreglo a la Constitución y las leyes, mediante la cual el sujeto manifiesta su decisión política en los procesos electorales organizados periódicamente para el funcionamiento político del Estado, siempre que el ciudadano cumpliera con la condición de estar pertinentemente inscrito en el servicio electoral, requisito que bajo cierta perspectiva le asignaba una dimensión de *privilegio*, en cuanto a que el sufragio terminaba por ser una facultad perteneciente tan solo a algunos de los sujetos con aptitud legal para ser ciudadanos con arreglo a la ley, al resultar imprescindible la inscripción voluntaria en el servicio electoral para dar de alta los derechos propios de la calidad ciudadana (y que al día de hoy, ha devenido en inscripción automática con la reforma a la ley electoral establecida por la ley 20.568). Pero esto que por un lado se podía ver como una suerte de privilegio, se podía convertir en una verdadera carga onerosa para el individuo con lo cual también añadimos una dimensión del derecho de sufragio como un *deber legal*, puesto que se concebía como un acto que iba mucho más allá de la simple virtud cívica (que la entendería como una suerte de «deber moral»), deviniendo su naturaleza más que en un deber, en una verdadera *obligación legal*, atendido a que el no cumplimiento del deber de sufragar estando facultado para ello (inscrito), sin la debida excusa (cuyo procedimiento estaba especialmente regulado y obedecía a causales específicas), acarrearía una infracción a la ley sujeta a sanciones coercitivas del derecho legalmente establecidas.

Esta suma de dimensiones involucradas en el ejercicio del derecho de sufragio generaron a lo largo de su vigencia originaria el resultado perverso de contribuir al letargo de la ciudadanía, desincentivando su participación por vías institucionales, estancándose drásticamente el universo de ciudadanos habilitados para ejercer el voto y reduciéndose progresivamente con el pasar de los años el porcentaje de población

habilitada para votar, visto en relación al número de ciudadanos en exponencial crecimiento que, adquiriendo la potencialidad de votar, sin embargo, desistían de inscribirse en los registros electorales. De esta manera, el padrón electoral prácticamente detuvo su crecimiento tras la masiva inscripción de ciudadanos habilitados para el voto que se produjo al momento de su constitución con ocasión del plebiscito de 1988, conocido como “Plebiscito del Sí o del No”, conducente a determinar la continuidad como jefe de gobierno del dictador Augusto Pinochet<sup>435</sup>. El universo de ciudadanos habilitados para sufragar, compuesto principalmente de quienes se inscribieron para el plebiscito del Sí y el No, se transformó con el correr de los años en un padrón electoral predominantemente envejecido y, más grave que eso, tanto cualitativa como cuantitativamente, escasamente representativo de la heterogeneidad compositiva de la sociedad chilena<sup>436</sup>.

En definitiva, a través de la revisión de los derechos expresamente regulados para la calidad de ciudadano y el específico desarrollo del derecho puntal de esta calidad —el derecho de sufragio—, sostendría que es dable a percibir en el discurso institucional un cierto ánimo de enclaustrar a la ciudadanía en unos moldes estrechos que expresan una reticencia por parte de las autoridades de la institucionalidad política a concebir la idea de ciudadanía a la que de una manera intuitiva, en cambio, apelan los

---

<sup>435</sup> Si en 1988 había aproximadamente 7.436.000 de inscritos en el padrón electoral de un total de 8.062.000 personas en edad de votar, representando la cifra de inscritos un 96,6% de la población en edad de votar, en 2009 (año de las últimas elecciones antes de la nueva ley de voto voluntario y registro automático), el número de inscritos correspondía a 8.285.000 de un universo total de población en edad de votar correspondiente a 12.226.000, con lo cual los inscritos equivalían a un 83,7% del universo de potenciales votantes. Fuente: <http://www.ine.cl> y <http://www.elecciones.gov.cl>

Junto a ello, podríamos agregar que “entre el plebiscito de 1988 y la elección del año 2009, la última antes de la nueva ley del voto voluntario y el registro automático, el padrón creció en 849.273 personas, vale decir casi 40.000 electores por año. Ahora crece cuatro veces más rápido que el promedio de esas dos décadas. Para la década siguiente (2013-2023) las proyecciones de CELADE para la población de 18 años o más, predicen que el número de votantes potenciales aumentará en 148 mil personas al año. En otras palabras el crecimiento del padrón será de aquí en adelante un tema de alta relevancia política”. Véase DÍAZ, Antonio; HUNEEUS, Cristóbal; LAGOS, Marta, *Cambiaton electoral: un padrón político* en DECIDECHILE.

Disponible en: <http://blog.decidechile.cl/2013/10/cambiaton-electoral-un-padrón-político.html>

<sup>436</sup> A este respecto se puede mencionar que mientras en el plebiscito de 1988 el universo de votantes menor de 29 años equivalía a un 36%, el universo de votantes menores de esta edad en la elección inmediatamente anterior a la reforma del año 2009 equivalía tan solo a un 9% del padrón. Se estima además que con la ley de inscripción automática y voto voluntario, el padrón electoral aumentó en casi 4 millones de potenciales votantes. Fuente: Biblioteca del Congreso Nacional de Chile

[http://www.bcn.cl/carpeta\\_temas\\_profundidad/Tribunal-Constitucional-ratifico-Ley-de-Inscripcion-Automatica-y-Voto-Voluntario](http://www.bcn.cl/carpeta_temas_profundidad/Tribunal-Constitucional-ratifico-Ley-de-Inscripcion-Automatica-y-Voto-Voluntario)

ciudadanos, redundando todo esto en un estrechamiento de los canales autorizados para la participación política, comprendiendo ésta únicamente las elecciones periódicamente reguladas. Por otra parte, desde la perspectiva del ciudadano se anida una confusión que no da tregua, en cuanto a que, si bien por un lado, se adopta obedientemente el discurso institucional, auto-interpretándose los sujetos como ciudadanos en cuanto a su capacidad de agencia ceñida al ejercicio de los mencionados derechos de elegir y ser elegidos, paralelamente, la mayor apelación en cuanto a “ser ciudadanos” se percibe en el clamor de su participación política por vías diversas a las legalmente reguladas, manifestadas fundamentalmente en el espacio público, teniendo ellas en mente algo mucho más trascendente que el simple ejercicio del sufragio.

#### LA «TRANSICIÓN INVISIBLE» COMO UNA NUEVA CIUDADANÍA POSIBLE

Pero, ¿cómo se podría resolver el desencuentro entre la postura institucional y la social? ¿Es que acaso los ciudadanos sencillamente están equivocados al autodenominarse ciudadanos cuando salen a las calles a manifestar sus posturas políticas más allá de la elección de uno u otro candidato? De manera preliminar, la tesis que quisiera proponer consiste en que la idea de ciudadanía tiene un contenido e importancia sustantivos que desbordan el sentido netamente procedimental con el cual esta idea aparece dispuesta por el legislador (desbordando en un sentido más general la pretensión y quimera positivista de concebir a la ciudadanía como un concepto fundamentalmente legal), puesto que el “ser ciudadanos” no es asimilado por parte de estos como una condición según la cual la ley les concede unos determinados derechos, sino que, siguiendo la propuesta tayloriana de concebir a los sujetos como «animales auto-interpretadores», de acuerdo a lo cual “nuestra comprensión de lo que es ser persona implica que los agentes humanos no solo tienen un cierto entendimiento de sí mismos sino que ese entendimiento forma parte constitutiva de ellos mismos”<sup>437</sup>, el “ser ciudadanos” resultaría ser una autodefinición mucho más profunda, determinando un aspecto constitutivo y fundamental de la subjetividad, a la cual habría de conferírsele la calidad de una «valoración fuerte» que necesariamente desborda la comprensión

---

<sup>437</sup> THIEBAUT, Carlos “Charles Taylor: democracia y reconocimiento” en Maíz (ed.), *Teorías políticas contemporáneas*, P. 213

netamente procedimental de la ciudadanía. De todas maneras, tener presente esta tesis en la forma que quisiera proponerla no tiene porqué significar un desencuentro irresoluble con el Derecho, tendiente a pasar por alto su existencia, pues una postura orientada en aquel sentido, más que una utopía, sería algo francamente absurdo y disociado por completo de las posibilidades en el plano de lo real. Y es que el Derecho, visto en abstracto y debidamente analizado en cuanto a su potencialidad, como ha sido observado y estudiado por Jürgen Habermas, estaría mucho más allá de ser un elemento prescindible y necesariamente dispuesto para la dominación de los sujetos, siendo en cambio “un instrumento decisivo de modernización social que, además de otros relevantes aportes, permite la penetración de elementos de racionalidad comunicativa en los intersticios de la lógica funcional de los sistemas sociales”<sup>438</sup>, de modo que lejos de concebirle como a un enemigo, un intento realista tendiente a potenciar la perspectiva social activa de la ciudadanía necesariamente tendría que pasar por un entendimiento más armónico con el Derecho, concibiéndole en el sentido de la teoría discursiva habermasiana, como producto cultural de la acción comunicativa de los distintos actores sociales en sus distintas esferas de agencia.

De este modo, si queremos reformular el planteamiento teórico de lo que se debería concebir hoy por ciudadanía, a partir de una concepción que considera fuertemente la dimensión social-activa de su origen y devenir, una tarea que se nos vuelve imprescindible de acometer consiste en borrar esa marcada fractura con la concepción desmesuradamente legal y positivista, por medio de encontrar caminos de diálogo entre las posturas de los propios ciudadanos con la idea ciudadana a la que el Estado propende. El punto de concordia podría articularse en el campo de lo jurídico y en este aspecto, quisiera sostener que las mejores posibilidades teóricas para el encuentro de estas posturas a primera vista irreconciliables lo posibilita la Teoría discursiva del Derecho de Jürgen Habermas, que permite modelar una idea de democracia deliberativa guiada por los principios comunicativos, puesto que el derecho democráticamente elaborado lejos de enquistarse y encapsularse autopoieticamente como sistema jurídico, cumpliría una función de bisagra entre el sistema (esfera regida por el poder y el dinero) y el mundo de la vida que es el entorno propio en el cual se

---

<sup>438</sup> VELASCO, Juan Carlos, *Habermas: el uso público de la razón*, Alianza editorial, 2013, Madrid. P. 94

constituye la idea social-activa de ciudadanía<sup>439</sup>. De esta función de bisagra y del repudio de Habermas respecto a las posiciones meramente funcionalistas que confunden legitimidad con legalidad<sup>440</sup> es que arranca la doctrina de la validez jurídica de Habermas, que teniendo una naturaleza positivista, se centra en la idea de que el sistema jurídico será más válido en la medida de que incorpore de forma institucionalizada el discurso práctico que emerge en el terreno del mundo de la vida, puesto que en palabras de Habermas, la “dominación ejercida en las formas del derecho positivo, obligado siempre a dar razones y fundamentaciones, debe su legitimidad al contenido moral implícito de las cualidades formales del derecho”<sup>441</sup>, con lo cual su carácter obligatorio no solo se desprendería de las propiedades formales que le caracterizan, sino que necesariamente de la incorporación de propiedades morales<sup>442</sup>.

Entendido de la manera en que someramente he descrito el ámbito de lo jurídico en la comprensión habermasiana, en cuanto a las relaciones de coordinación entre derecho y moral, no puedo dejar de mencionar otro aspecto de importancia fundamental para este autor, relativo al proceso por el cual se desarrolla efectivamente la legitimación de las propiedades formales con la incorporación de las propiedades

---

<sup>439</sup> Respecto de esta «función de bisagra» Habermas señala que el lenguaje ordinario “para la traducción a códigos especiales, depende del derecho, el cual está en comunicación con los medios de control o regulación que son el dinero y el poder administrativos. El derecho funciona, por así decir, como un transformador, que es el que asegura que la red de comunicación global sociointegradora no se rompa. Sólo en el lenguaje del derecho pueden circular *a lo ancho de toda la sociedad* mensajes de contenido normativo; sin la traducción al complejo código que el derecho representa, abierto por igual a sistema u mundo de la vida, esos mensajes chocarían con oídos sordos en aquellos ámbitos de acción regidos por medios sistémicos de regulación o control”. Véase Habermas, *Facticidad y validez*, P. 120. En la lectura de Juan Carlos Velasco respecto de la «función bisagra» del derecho en Habermas, “el derecho se atendería acoplado tanto con el mundo de la vida por el lado de la referencia a la legitimidad como con el sistema y los subsistemas sociales por el lado de la eficacia fáctica” con lo cual el derecho “resulta insoslayable para garantizar el mantenimiento y reproducción de los procesos comunicativos y para velar por la integración normativa de la sociedad” con lo cual “el derecho cobra autonomía como *discurso práctico institucionalizado*”. Véase Velasco, *Habermas: el uso público de la razón*, P. 96

<sup>440</sup> Con respecto a la confusión entre legitimidad y legalidad, Habermas alude a la posición de Max Weber que apoyaba “un concepto positivista de derecho: derecho es exactamente aquello que el legislador político (venga éste democráticamente legitimado o no) establece como derecho conforme a un procedimiento jurídicamente institucionalizado. Bajo esta premisa la fuerza legitimadora que la forma jurídica de por sí tiene no puede provenir de un parentesco entre el derecho y la moral. El derecho moderno ha de poder legitimar sólo en virtud de sus (del derecho) propias cualidades formales la dominación ejercida en forma de derecho”. Habermas en cambio desarrolla la tesis de que “sólo de una racionalidad procedimental llena de contenido moral puede extraer la legalidad su propia legitimidad”, en tanto que “esa racionalidad procedimental se debe a un entrelazamiento de dos tipos de «procedimientos»: las argumentaciones morales quedan institucionalizadas con medios jurídicos. Estas discusiones tienen carácter normativo”. Véase Habermas, *Facticidad y Validez*, P. 535-536

<sup>441</sup> Habermas, *Facticidad y Validez*, P. 555

<sup>442</sup> Velasco, *Habermas: el uso público de la razón*, P. 122

morales: ello se logra a través del *principio discursivo*, en específico, de su materialización jurídica según la cual “sólo pueden pretender validez legítima las normas jurídicas que en un proceso discursivo de producción de normas jurídicas, articulado a su vez jurídicamente, puedan encontrar el asentimiento de todos los miembros de la comunidad jurídica”<sup>443</sup>. Cuando aquella materialización del principio discursivo en la forma jurídica acontece, de manera indefectible ello se transforma en *principio democrático*, teniendo este entrelazamiento la forma de una *génesis lógica de derechos* que constituye un proceso circular “en el que el código que es el derecho y el mecanismo para la generación de derecho legítimo, es decir, el principio democrático, se constituyen *cooriginalmente*”<sup>444</sup>.

Llegados a este punto en el que se entrecruzan el principio discursivo, la forma jurídica y el principio democrático, veremos que en el pensamiento de Habermas surgen unos ciertos derechos mínimos, en el sentido de que conforman un sistema que “habrá de contener precisamente aquellos derechos que los ciudadanos han de otorgarse recíprocamente si han de regular su convivencia en términos legítimos con los medios del derecho positivo”<sup>445</sup>.

Siguiendo estas líneas habermasianas, la primera gran categoría de derechos que surgirían de la génesis lógica serían aquellos que fijan el status de personas jurídicas que se desglosan en (1) aquellos relativos *al mayor grado posible de iguales libertades subjetivas de acción*, que a su vez precisarían de la existencia del (2) derecho general de ser sujeto de derechos, esto es, a tener el status de miembro de la comunidad jurídica, lo que en términos *arendtianos* se entendería como el “derecho a tener derechos” sujeto a la pertenencia a una comunidad organizada<sup>446</sup>, sin olvidarnos de (3) los derechos derivados de la accionabilidad de los derechos, de tal manera que los derechos previamente instaurados no sean más que meras declaraciones programáticas y en cambio exista la posibilidad de reclamar judicialmente el cumplimiento y protección de los derechos individuales.

---

<sup>443</sup> Habermas, *Facticidad y Validez*, P. 175

<sup>444</sup> Habermas, *Facticidad y Validez*, P. 187

<sup>445</sup> Habermas, *Facticidad y Validez*, P. 184

<sup>446</sup> Velasco, *Habermas: el uso público de la razón*, P. 132

Para Habermas, estas tres primeras categorías de derechos fundamentales “resultan de la propia aplicación del principio del discurso al medio que representa el derecho como tal, es decir, a las condiciones de juridiformidad de la «sociación» horizontal, esto es, a la condición de que esa «sociación» horizontal ha de producirse por medio del derecho”<sup>447</sup> y se centran únicamente en la autonomía privada de los sujetos jurídicos según la cual se reconocen mutuamente como *destinatarios* de las leyes, estatus del cual se desprende que pueden reclamar y hacer valer derechos unos frente a otros.

Para complementar las categorías anteriores de derechos enfocados en la autonomía privada, Habermas seguiría diseñando el sistema de los derechos identificando una nueva categoría de derechos, ahora directamente vinculados con la autonomía pública de los sujetos jurídicos, en la medida de que a través de estos los sujetos adquieren cierta autoría sobre el orden jurídico. Estos serían (4) los derechos políticos de ciudadanía, o lo que es lo mismo, de participación con igualdad de oportunidades en los procesos de formación de opinión y voluntad comunes, mediante los cuales los individuos, como se ha dicho, además de meros receptores del ordenamiento jurídico pasan a la vez a ser autores del mismo, demarcándose de esta manera en la postura habermasiana una idea fuerte de ciudadanía (con ineludibles ribetes republicanos), en cuanto a comprender al ciudadano como un sujeto político que participa de manera más o menos directa en las prácticas de autodeterminación de su comunidad dibujando una doble condición de ser simultáneamente súbdito y soberano<sup>448</sup>.

Finalmente, ya para cerrar su sistema de derechos, Habermas introduce una última categoría de derechos que tendría el objeto de ser garante material de todas las anteriores categorías de derechos, ofreciendo unas garantías materiales mínimas para el ejercicio de la autonomía. Estos vendrían siendo (5) los derechos de prestación propios del Estado social de bienestar<sup>449</sup>.

---

<sup>447</sup> Habermas, *Facticidad y Validez*, P. 188

<sup>448</sup> Velasco, *Habermas: el uso público de la razón*, P. 133

<sup>449</sup> Velasco, *Habermas: el uso público de la razón*, P. 133-134



El sistema de derechos elaborado en la teoría discursiva del derecho de Habermas, que permitiría al derecho erigirse como bisagra entre el sistema y el mundo de la vida, transformando el principio discursivo en principio democrático, perfecciona a lo menos dos importantes transformaciones que se corresponden a la perfección con las pretensiones de lo que queremos concebir por «transición invisible»: en primer lugar, a través del establecimiento de esta última categoría de derechos (5) de orden «social», ocupados de garantizar el normal desenvolvimiento de las categorías anteriores, Habermas afirma un primer paso para la transición de un Estado liberal de Derecho a un Estado social y democrático de Derecho, ante lo cual cabe advertir de todas maneras que este paso por sí solo no es determinante para consolidar el sistema social que se aprecia a trasluz de la transformación ciudadana que hemos ido conceptuando como «transición invisible», puesto que tanto el Estado liberal de derecho como el Estado social son, en principio, concebibles en ausencia de democracia, como sucede cuando los derechos son otorgados de manera paternalista por parte de quien regenta el poder estatal y sin mediar la participación ciudadana<sup>450</sup>, de modo que, paralelamente, se precisa de una segunda transformación que también promueve la teoría discursiva del derecho que resultará fundamental unir a la primera para estar más cerca de nuestros propósitos, consistente en el énfasis habermasiano respecto a garantizar a toda costa la participación ciudadana, al punto incluso de invertir el enfoque liberal tradicional bajo el cual la finalidad de garantizar los derechos de participación tiene el objetivo atomista de asegurar el dominio de la libertad negativa, puesto que Habermas afirmará en su lugar un orden epistémico inverso al atomismo liberal de acuerdo al cual los derechos orientados a la protección de la vida privada “son exigidos con el objeto de hacer factible una esfera pública política, cuya condición de posibilidad es la existencia de personas autónomas con capacidad de juicio y de acción”<sup>451</sup>. El fin último de estas dos grandes transformaciones acontecidas en la teoría discursiva del derecho es establecer una idea de legitimidad del derecho supeditada sí y solo sí a la garantía simultánea de la autonomía privada del sujeto y la autonomía pública del ciudadano.<sup>452</sup>

---

<sup>450</sup> Habermas, *Facticidad y Validez*, P. 632

<sup>451</sup> Velasco, *Habermas: el uso público de la razón*, P. 135

<sup>452</sup> Velasco, *Habermas: el uso público de la razón*, P. 136

Esta teoría discursiva del derecho que someramente se ha presentado, deviene posteriormente en una teoría de la democracia, particularmente, en una versión fuerte o radical de la democracia (diametralmente opuesta a la democracia tutelada legada por la «transición al orden»), al concebir Habermas como inseparables las ideas de autonomía política y libertad igualitaria, propendiendo a una forma de vida política en la cual el énfasis, como se ha anticipado, esta puesto en la conquista del espacio público por parte de la ciudadanía, a través de la recuperación de las ideas de autodeterminación, igualdad política y participación en los procesos públicos de toma de resoluciones<sup>453</sup>.

Sin embargo, esta propuesta de una teoría de la democracia concerniente a poner en primer lugar a la esfera pública se ve dificultada por la realidad de nuestras sociedades en las cuales se ha provocado la práctica desaparición de aquello que el pensador alemán tiene en mente comprensivamente por esta esfera, pues se observa que a partir del desarrollo de una democracia liberal “de papel”, fuertemente tutelada (al grado de neutralizar la agencia del pueblo) como ha acontecido en Chile, acaba por producirse un pernicioso fenómeno consistente en la absorción por parte del Estado de lo que Habermas entiende por esfera pública, a tal punto de que en el imaginario social lo público acaba por confundirse con lo estatal, existiendo como contrapartida una esfera privada que acaba absorbiendo todo aquello que no encaja en la órbita público-estatal<sup>454</sup>.

Consecutivamente, se observa que esta atrofiada esfera pública, a merced del poder estatal, se halla más interesada en escrutar el estado de la opinión pública por medio de técnicas demoscópicas que en fomentar o mínimamente permitir su libre formación. Tal suma de descalabros acaba por transformar a las elecciones periódicas –que en nuestra modernidad suponen la instancia mayor de la participación política concebida institucionalmente– en un mero acto de aclamación, enmarcado en una

---

<sup>453</sup> Velasco, *Habermas: el uso público de la razón*, P. 145

<sup>454</sup> Velasco, *Habermas: el uso público de la razón*, P. 148. Encima en este punto ha de apreciarse que en Chile, junto con acontecer el fenómeno de confundirse lo público con lo estatal, se le da este punto una vuelta de tuerca adicional, concerniente a que el ethos del Estado, merced del modelo neoliberal que ostenta como modelo de desarrollo humano, está definido enteramente por el «régimen de lo privado», en el sentido de que la política se ha «privatizado» pues ha pasado a entenderse como mera interacción de mercado, “como negociación entre individuos (o partes) que no tienen un interés común” y en el que ha quedado desarrollada una verdadera “utopía neoliberal de un mundo sin política y solo con gestión «técnica» de las cosas, sin ciudadanos y solo con individuos”. Véase Atria y otros, *El otro modelo*, P. 47

esfera pública que, en definitiva, parece más bien estar organizada para el espectáculo o para la manipulación por parte de los *mass media*<sup>455</sup>.

Enfrentado a este apesadumbrado diagnóstico, pareciera ser que la propuesta habermasiana de dar preeminencia a la esfera pública no sería más que un bonito discurso a lo sumo aplicable a sociedades provistas de un fuerte Estado de bienestar y una larga tradición de participación ciudadana como sucede con el ejemplo siempre mencionado de los países escandinavos. De todas maneras, en apoyo a las pretensiones de conciliar teoría y praxis perseguidas siempre por Habermas, me parece apropiado remarcar que una de las señas de identidad del pensador alemán, tal como relata Juan Carlos Velasco, consiste en que Habermas “no se detiene nunca en el momento negativo de la crítica, sino que adopta una estrategia intelectual que posibilita el planteamiento no voluntarista de propuestas constructivas”<sup>456</sup>, de modo que, si nos atreviésemos a plantear una característica central dentro del «método habermasiano» para la teoría social, habríamos de decir que este persigue identificar “en las estructuras normativas de las sociedades (y, en particular, en las prácticas políticas), partículas y fragmentos ya encarnados en una «razón existente», para luego poder reconstruirlos reflexivamente con el objeto de que resulte factible remitirse a ellos como potencial emancipador”<sup>457</sup>. Con esto en mente, la propuesta de Habermas de cambiar el orden de los factores vigorizando la esfera pública política, se entregaría a una esperanza cierta, sostenida en la potencialidad del poder comunicativo del lenguaje y en unas bases institucionales ya existentes para propiciar los intercambios comunicativos, aunando a esto la idea de que, por más que la esfera pública se encuentre corrompida, como añade Seyla Benhabib, tal esfera “no es un modelo unitario sino pluralista, que reconoce la

---

<sup>455</sup> Véase HABERMAS, Jürgen, *Historia y crítica de la opinión pública, la transformación estructural de la vida pública*, Editorial Gustavo Gili, 1982, Barcelona. Traducción de Antoni Domenech. P. 237-247 (Publicidad fabricada y opinión no pública: la conducta electoral de la población). También a este respecto, en específico sobre la noción de «opinión pública», bien valen las palabras todavía lúcidas de Gramsci: “la opinión pública es el contenido político de la voluntad política pública que podría ser discordante: por eso existe la lucha por el monopolio de los órganos de la opinión pública: periódicos, partidos, parlamento, de modo que una sola fuerza modele la opinión y con ello la voluntad política nacional, convirtiendo a los disidentes en un polvillo individual e inorgánico”. Véase Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, Tomo 3, P. 196-197 [Cuaderno 7 (VI) 1930-1931, <Apuntes de filosofía II y Miscelánea>]

<sup>456</sup> Velasco, *Habermas: el uso público de la razón*, P. 141

<sup>457</sup> Velasco, *Habermas: el uso público de la razón*, P. 141-142

variedad de instituciones, asociaciones de la sociedad civil”<sup>458</sup> y en tal sentido cabe la posibilidad de orientar partes de su pluralidad por espacios de reflexividad que escapen de la dictadura de los *mass media* y de la domesticación estatal.

La propuesta democrática habermasiana se traduce en una «democracia deliberativa» que persigue aunar el «mundo de las instituciones» con el «mundo de la vida» al disponer que el surgimiento de ésta “se nutre, pues, de una interacción entre la «formación de la voluntad» formalmente articulada en términos democráticos y la formación informal de la opinión”<sup>459</sup>. Ahora bien, para adecuar su propuesta a la realidad, Habermas aclara que si bien la esfera de opinión pública cobra relevancia, no debe perderse de vista que esta propuesta democrática emerge de la preconcepción de la teoría discursiva aplicada al derecho, de modo que el rasgo de normatividad está determinado finalmente en las decisiones que se adoptan a través de mecanismos democráticos que se encuentran institucionalizados para ese objetivo, de modo que sólo a través de los mecanismos democráticos institucionalizados es que la informalidad de las opiniones que cuajan en el «mundo de la vida» adquiere poder comunicativo en su manifestación. Así, “el desarrollo y la consolidación de una política deliberativa, la teoría del discurso los hace depender, no de una ciudadanía colectivamente capaz de acción, sino de la institucionalización de los correspondientes procedimientos y presupuestos comunicativos, así como de la interacción de deliberaciones institucionalizadas con opiniones públicas desarrolladas informalmente”<sup>460</sup>.

Pasando ya al desarrollo esquemático de la democracia deliberativa, Habermas deposita su confianza en la acción comunicativa pues diríamos que en el momento de la adopción de una determinada decisión necesaria para la conducción política de la sociedad resultaría preciso guardar respeto a la regla de la mayoría, tal como acontece en las democracias representativas convencionales, con la especificidad de que el modelo habermasiano añadiría como condición necesaria para la legitimación de esta decisión mayoritaria que, de manera previa a su adopción, hubiese acontecido una discusión colectiva en la cual todos los afectados por la decisión hubiesen tenido la

---

<sup>458</sup> BENHABIB, Seyla, *Las reivindicaciones de la cultura. Igualdad y diversidad en la era global*, Katz Editores, 2006, Buenos Aires. Traducción de Alejandra Vassallo. P. 227

<sup>459</sup> Habermas, *Facticidad y Validez*, P. 386

<sup>460</sup> Habermas, *Facticidad y Validez*, P. 374

posibilidad de defender sus puntos de vista de manera pública, a través de argumentos genuinos y de negociaciones limpias<sup>461</sup>. Adicionalmente, Habermas exige también que, las distintas opiniones políticas se planteen efectivamente por medio de un debate de ilustración mutua, pues ello implicaría a su vez la posibilidad de que los actores políticos hallan estado en posición de cambiar su opinión en el caso de haber sido persuadidos por mejores argumentos que aquellos que cada quién inicialmente sostenía en su posición originaria<sup>462</sup>. Así, en la medida de que una sociedad logra aproximarse más a la satisfacción de estos presupuestos, ostentaría ser una democracia con mayor vitalidad, puesto que al entender de Habermas la calidad de una democracia se mide por “la estructura discursiva de una formación de la opinión y la voluntad que solo cumple su función sociointegradora gracias a la expectativa de calidad racional de sus resultados. De ahí que el nivel discursivo del debate público constituya la variable más importante”<sup>463</sup>

El acento en la deliberación efectiva, en la potenciación del «nivel discursivo del debate público»<sup>464</sup>, obedece a la misma inquietud que podemos observar como incrustada en el clamor de la ciudadanía chilena, en cuanto que en ambos lo que en el fondo está implicado es la crítica al funcionamiento real de las democracias contemporáneas, que muestran un estado de salud resentido toda vez que han acabado reducidas a ser sistemas de elección de líderes en los cuales “el individuo no adquiere en plenitud la condición de ciudadano participativo y toda su actividad política se reduce, en un remedo de democracia plebiscitaria, a la de simple elector pasivo, al que sólo le cabe aprobar o rechazar en bloque los hechos consumados”<sup>465</sup>.

Para Habermas, el sistema democrático se asienta sobre el principio de la soberanía popular, que se expresa tanto dentro como fuera de los órganos de la institucionalidad, teniendo lugar la génesis de la voluntad política fuera de la institucionalidad, en las distintas redes de asociatividad que existen en la base de la sociedad y que componen la denominada «sociedad civil». En estas redes tiene lugar la

---

<sup>461</sup> Velasco, *Habermas: el uso público de la razón*, P. 153

<sup>462</sup> Velasco, *Habermas: el uso público de la razón*, P. 153

<sup>463</sup> Habermas, *Facticidad y Validez*, P. 381

<sup>464</sup> Velasco, *Habermas: el uso público de la razón*, P. 154 y Habermas, *Facticidad y Validez*, P. 381

<sup>465</sup> Velasco, *Habermas: el uso público de la razón*, P. 149

más previa reflexión de las necesidades así como la elaboración de propuestas políticas que servirán de indicadores de control con las efectivas políticas que a nivel institucional se concreten.

En este aspecto de su propuesta, Habermas nuevamente se enfrenta a una realidad que le abofetea y que pone en evidencia las discrepancias entre los postulados programáticos de las normas constitucionales y su funcionamiento concreto, puesto que en el panorama político actual son los partidos políticos y los grandes consorcios financieros quienes monopolizan y despojan de estas funciones a la amplia heterogeneidad de la sociedad civil. Aun así, Habermas no pretende renunciar a la democracia liberal real existente y, en ese sentido, su proyecto de política deliberativa busca constituirse como un ajuste de aquel horizonte que califica como irrebasable, persiguiendo armonizar el elemento democrático y el liberal de la modernidad política.

Así, el horizonte de la política deliberativa tendrá un carácter primordialmente reformista, en cuanto persigue ensanchar el marco formal de la democracia representativa a través de la profundización de los elementos de participación ciudadana ya existentes mediante el fomento de una cultura política activa y del aseguramiento de contenidos materiales por parte del Estado de Bienestar para intentar poner coto a las desigualdades impuestas por la economía de mercado. Con estos reajustes, idealmente, una política deliberativa pasaría a constituir “una modalidad de democracia participativa que vincula la resolución racional de conflictos políticos a prácticas argumentativas o discursivas en diferentes espacios públicos”<sup>466</sup>. La vitalidad de esta política deliberativa (así como también la mayor dificultad que enfrenta su adecuada consecución) recaería sobre las posibilidades que adquiriera la esfera de opinión pública asentada sobre la sociedad civil, esfera que, al menos teóricamente, estaría conformada por los espacios de espontaneidad social ajenos a la intervención estatal, la regulación de los mercados y los medios de comunicación, mediante la cual, en el espacio informal desinstitucionalizado se perseguiría influir, evaluar y criticar la concreta actividad política formal.

En resumidas cuentas, los ajustes habermasianos están ideados para funcionar en el escenario del “irrebasable” horizonte de la democracia liberal en el que dichos ajustes se proponen en todo momento para sostener una política deliberativa concebida

---

<sup>466</sup> Velasco, *Habermas: el uso público de la razón*, P. 160

sobre la base de la teoría discursiva aplicada al Derecho que se aprovecha del entramado institucional ya existente para convertir la razón comunicativa elaborada por la sociedad civil en el espacio de la esfera de la opinión pública en poder administrativo, puesto que como el mismo Habermas afirma en su ensayo “*tres modelos normativos de democracia*”, la política deliberativa pretende hallarse a medio camino entre la política liberal de hegemonía existencial en la contemporaneidad y la democracia republicana más idealista, teniendo de todas maneras esta vía ecléctica habermasiana un asentamiento mayor en los presupuestos de la democracia liberal, en el sentido de respetar la marcada pauta de la democracia liberal concerniente a la existencia diferenciada de la sociedad por un lado y de un aparato estatal por el otro, aparato estatal que se encuentra configurado administrativamente y que, más allá de la fundamentación de la legitimidad de sus decisiones asentadas en la teoría de la soberanía popular, acaba constituyendo un poder aparte que, institucionalizado y burocratizado como está, es quién de facto resuelve las definiciones políticas de la comunidad política.

Con la aserción a esa ineludible realidad, la postura habermasiana intenta desplegar sus posibilidades descansando más sobre esta tradición liberal que en el voluntarismo y la fe ciega depositada en la satisfacción de exigencias morales tan difíciles de satisfacer como son las propias del idealismo republicano, aunque, eso sí, sin renunciar a la premisa republicana de dar gran énfasis al proceso de formación de la voluntad y de la opinión política por la vía de otorgar mucha importancia a la vitalidad de la esfera de la opinión pública, entendiendo que ésta se constituye siempre al alero de los términos del Estado de Derecho (liberal), puesto que para Habermas los derechos fundamentales así como los principios del Estado de Derecho representan la forma ideal de institucionalización de los exigentes presupuestos comunicativos del procedimiento democrático<sup>467</sup>, de modo que dicha esfera de opinión pública conformada por la sociedad civil hará fecundo su poder comunicativo en la medida que se acomode y encuentre espacio para manifestarse por la vía de canales institucionales, convirtiéndole así en poder “utilizable administrativamente”<sup>468</sup>, y, a *contrario sensu*, dejando fuera del juego democrático a aquellas prácticas políticas informales que no logren permear a los

---

<sup>467</sup> HABERMAS, Jürgen, *La inclusión del otro, estudios de teoría política*, Editorial Paidós, 1999, Barcelona. Traducción de Juan Carlos Velasco y Gerard Vilar Roca. P. 241-242

<sup>468</sup> Habermas, *La inclusión del otro*. P. 243

procedimientos institucionales al margen de la política deliberativa, ya que como el mismo Habermas se encarga de subrayar, “la teoría discursiva no hace depender la realización de una política deliberativa de una ciudadanía capaz de actuar colectivamente, sino de la institucionalización de los procedimientos correspondientes”<sup>469</sup> a la vez que “la opinión pública transformada en poder comunicativo mediante procedimientos democráticos no puede «mandar» ella misma, sino sólo dirigir el uso del poder administrativo hacia determinados canales”<sup>470</sup>.

Por medio de esta vía comunicativa, el modelo de política deliberativa basado en la teoría del discurso prescinde de figuras de sujeto que resultan problemáticas en la filosofía de la conciencia que se ocupan mayormente del modelo republicano y el liberal, remitiendo el primero a una ciudadanía considerada prácticamente como un actor colectivo o sujeto social global en el que todo se refleja y que actúa por sí, mientras que el segundo nos parece referir al imperio anónimo de la ley en el que sujetos particulares compiten entre sí, acudiendo de manera ciega a los procesos de poder puesto que son incapaces de darse ninguna decisión colectiva plenamente consciente más allá del acto individual de votar. En lugar de estas figuras problemáticas, la teoría del discurso cuenta con la “*intersubjetividad de orden superior* que representan los procesos de entendimiento que se llevan a cabo, por una parte, en la forma institucionalizada de deliberaciones en las cámaras parlamentarias y, por otra parte, en la red de comunicación de la esfera política de la opinión pública, no siendo estas comunicaciones susceptibles de ser atribuibles a ningún sujeto, realizadas en el interior o en el exterior de las asambleas programadas para la toma de resoluciones, y configurando escenarios donde pueden tener lugar una formación más o menos racional de la opinión y de la voluntad común sobre temas relevantes para el conjunto de la sociedad y sobre materias que requieren una regulación”<sup>471</sup>.

En último término, esta *intersubjetividad de orden superior* perseguida por Habermas, que rehúye de las filosofías del sujeto, representa el viejo anhelo de la teoría crítica de arribar a una filosofía comprometida socialmente, aunque en el tenor propiamente temperado que Habermas ha dado a su corriente de pensamiento dentro de

---

<sup>469</sup> Habermas, *La inclusión del otro*. P. 241-242

<sup>470</sup> Habermas, *La inclusión del otro*. P. 244

<sup>471</sup> Habermas, *La inclusión del otro*. P. 242



la Escuela de Frankfurt, que se condice con la imagen de la modernidad como un proyecto inacabado antes que con la idea de ser un proyecto fallido, puesto que su propuesta de política deliberativa evidencia el interés de Habermas en realzar los nichos de racionalidad alcanzados como conquistas de la modernidad, como en el caso puntual lo representaría la existencia del aparato estatal regulado por un poder administrativo o la ilustrada y extendida idea de la soberanía popular, amalgamando estas tendencias que a primera vista podrían parecer discordantes por medio de las posibilidades que imprime la teoría discursiva y la racionalidad comunicativa orientadas por medio de los procedimientos institucionales del derecho, que a su vez supondrían hacer las reformas adecuadas al proyecto de modernidad, en el sentido de recobrar sus riendas de las fauces de la racionalidad puramente instrumental y propiamente economicista del capitalismo tardío, para hacer partícipes a la ciudadanos y que estos se *empoderacen* respecto a su destino colectivo en un sentido que claramente resulta más exigente que el de meramente velar por sus intereses particulares de forma individualista, aunque salvando las dificultades que imprime el excesivo grado de implicación e idealismo que exige el republicanismo por medio del desarrollo de una cultura de la participación política y de la formación de la opinión pública que, bien comunicada con el mundo de la vida de los individuos, desemboca en una robusta esfera de opinión pública que, eventualmente, y con los mecanismos democráticos adecuados, acabe trasladado su poder comunicativo hacia el ámbito de decisiones del poder estatal.

#### BALANCE CRÍTICO DE LAS POSIBILIDADES DE LA POLÍTICA DELIBERATIVA HABERMASIANA EN CHILE

La política deliberativa habermasiana resulta ser un modelo de democracia fácilmente seductor en el plano teórico; el tema peliagudo, como siempre, consiste en ver como se acomodan estas teorías en un contexto social específico y localizado como es el caso de Chile que es el que tenemos en mente al proponer la existencia de una «transición invisible», además de lo cual, rizando el rizo, este tema se vuelve aun más peliagudo puesto que, como siempre casi en el terreno de las realidades del sur global, el fondo teórico que ha sido objeto de análisis y aplicación tiene un origen foráneo y ha sido elaborado a la vista de unos presupuestos fácticos propios de las sociedades

desarrolladas que cuentan con Estados sociales de bienestar del todo diferentes a las sociedades y formas de Estado que se aprecian en las periferias, desbordando dichos presupuestos a la precariedad que acusan los que son propios de Chile y de los demás países de Sudamérica, con lo cual nos acercamos a cometer nuevamente aquel “pecado de juventud” advertido por Mauricio García Villegas consistente en “la facilidad con la que han juzgado los acontecimientos sociales confusos y enmarañados de nuestra historia social a partir de teorías foráneas *toutes faites* que, a pesar de haber sido construidas a la luz de realidades sociales muy distintas a las nuestras, son seguidas aquí como si se tratará de dogmas religiosos”<sup>472</sup>.

Volviendo a Habermas, sabemos que él ha tenido el afán a lo largo de toda su trayectoria académica de mantener a flote el proyecto de modernidad y, teniendo en consideración aquello, es que desarrolla una teorización que emerge del sustrato de conquistas de la modernidad, lo cual, en el plano jurídico-político refiere a rescatar los atisbos de «razón» conseguidos en la forma predominante de Estado de Derecho moderno, como es el Estado liberal. Hay allí, piensa Habermas, toda una estructura institucional ya montada de la cual se puede valer la ciudadanía para ir enmendando sus condiciones de existencia colectiva por la vía de convertir la razón informalmente producida en «poder administrativo» que es aquel que se encauza por medio de los mecanismos político-institucionales que dotan de legitimidad a estas decisiones tomadas al alero del uso público de la razón.

Dicho esto, la esperanza de la «transición invisible» de cuajar en un proyecto democrático de política deliberativa en comunión con los presupuestos habermasianos tendría mucho que ver con las posibilidades de que la sinergia desencadenada informalmente en el espacio público por medio del movimiento social que ha puesto en cuestionamiento varios de los principios incólumes del pacto social vigente tenga la capacidad de “aprovechar” los mecanismos democráticos procedimentales ya vigentes para transformar toda esa elaboración de razón informal en «poder administrativo», lo cual, en el estado de cosas de la democracia chilena (representativa con total carencia de mecanismos de democracia directa, unitaria, centralista, fuertemente presidencialista y más grave que eso, cuidadosamente tutelada para neutralizar la agencia del pueblo), se

---

<sup>472</sup> GARCÍA VILLEGAS, Mauricio, *La eficacia simbólica del derecho. Sociología política del campo jurídico en América Latina*, IEPRI Universidad Nacional de Colombia – Debate, 2014, Bogotá. P. 33

equivale con depositar en el mecanismo del voto la totalidad de las aspiraciones transformadoras, a través de la elección de representantes dispuestos a dirigir por los canales institucionales del parlamento y del poder ejecutivo los cambios exigidos por la ciudadanía, en ausencia, como ya se ha dicho, de mecanismos de democracia directa de iniciativa ciudadana como podría haber sido una *iniciativa popular*.

Podríamos decir que dentro de la estrechez que el marco legal y constitucional permite, al menos en unos pocos atisbos, este proceso de «depuración de la razón» (en el sentido de pasar de la razón meramente informal al poder administrativo) ha ido precipitándose puesto que, a pesar de las dificultades que impone el sistema electoral binominal para la representación de un espectro político más amplio que el de las dos primeras mayorías políticas conformadas por las dos coaliciones de partidos políticos hegemónicos, han resultado electos para cargos de representación en el parlamento algunos actores sociales venidos de los movimientos sociales (cuyo número es de todas maneras ínfimo para gravitar significativamente en el curso de la agencia parlamentaria), con la finalidad precisa de reconducir la agenda política hacia las ideas que emergen de la razón informal procesada en la esfera de la opinión pública como producto de la sinergia de dichos movimientos, que al no estar mediados institucionalmente, reproducen de manera más sincera y directa el clamor de las pretensiones ciudadanas. Sin embargo, tienen que abrirse camino dentro de la marea mayoría de representantes afiliados a los partidos políticos tradicionales, respetuosos de las agendas políticas propias de sus partidos, que con su mediación institucional y más preocupadas de la sobrevivencia al interior del hemicycle de sus propios miembros, no hacen eco del clamor ciudadano.

Dentro de aquel grupo de actores sociales venidos de los Movimientos sociales destacamos aquella facción que logró alcanzar sus escaños al margen de la práctica de militancia político-partidista habitual (caso de Gabriel Boric, por ejemplo), en tanto que otros lograron sus escaños gracias a una doble militancia marcada por la pertenencia a algún partido político tradicional y una trayectoria como figura dentro de los movimientos sociales (caso de Camila Vallejo). A este respecto, el multipartidismo chileno, que de facto se había comportado siempre como un rígido bipartidismo encubierto<sup>473</sup>, no ha dejado de funcionar en la práctica como tal, no obstante lo cual ha

---

<sup>473</sup> Digo «bipartidismo encubierto» pues, ante la necesidad de gobernabilidad mediada por el sistema electoral binominal, el multipartidismo en la práctica a funcionado mediante la conformación de dos

transformado notablemente su conformación en razón de la estructura de «oportunidad política»<sup>474</sup> que se presentó, ya que el bloque de centroizquierda que gobernó durante 20 años seguidos (la antigua «Concertación», hoy «Nueva mayoría») quedó fuera del gobierno (que ya señalamos, en el fuerte presidencialismo de la democracia chilena, reside en el poder ejecutivo que equivale al presidente de la república y al gabinete que éste conforma) entre el 2010 y marzo de 2014, tiempo en el que le alternó en el poder la «Alianza por Chile», bloque conformado por los partidos políticos de derecha comandados por el ex presidente Sebastián Piñera.

Esta alternancia de fuerzas que dio paso a un gobierno de derecha abiertamente neoliberal en las políticas y el discurso<sup>475</sup>, propició los momentos más álgidos de la apertura de la agenda política en la opinión pública, pues generó tal nivel de resistencia social que provocó la poderosa irrupción del movimiento social estudiantil que se vio enfrentado a un Estado, que bajo esta administración se convirtió en un declarado y represivo enemigo de sus posturas<sup>476</sup>. La derecha, desgastada tras cuatro años de enfrentamientos con el movimiento estudiantil y desacreditada respecto a su conducción

---

grandes bloques políticos, uno de ellos de centroizquierda y otro de derecha. Le califico de «rígido» pues por largos años mantuvo su conformidad de alianzas inamovible, marginando con ello a los partidos no aliados a la sola existencia extraparlamentaria, habiéndose modificado esto solo de manera muy reciente con la incorporación del Partido Comunista dentro del bloque de centroizquierda ahora rebautizado como “Nueva Mayoría”.

<sup>474</sup> Estructura de «oportunidad política» en el sentido en que es descrita esta idea por TARROW, Sidney, *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Alianza Editorial, 1997, Madrid. Traducción de Herminia Bavia y Antonio Resines. P. 49-50

<sup>475</sup> Aunque luego, esta actitud abiertamente neoliberal del gobierno de Piñera, como forma de distinguirlo del neoliberalismo más solapado de la Concertación, acaba diluyéndose a decir de Salazar, para quién entre 2009 y 2010 se estaba produciendo el apogeo del proceso de ‘agregación unitaria’ cuya más nítido indicador consistió en “la confirmación pública de que los dos principales bloques partidarios (la Concertación de Partidos por la Democracia y la Alianza por Chile) *se estaban robando mutuamente sus banderas programáticas*, ya que mientras la Concertación había gobernado veinte años aplicando ortodoxos *criterios neoliberales*, la Alianza, para no ser menos, demostraba ya en marzo de 2011, claramente, que *su* gobierno (el de Sebastián Piñera) esgrimía a cielo descubierto varios pendones de *protección social*. Prestarse las banderas –o sustraérselas el uno al otro- era y es, sin lugar a dudas, un juego que solo se permite entre socios y camaradas enlazados en un mismo giro. Véase Salazar, *La enervante levedad histórica de la clase política civil*, P. 214

<sup>476</sup> Para la configuración enconadamente enemistada de la perspectiva del Estado/gobierno respecto de la ciudadanía, basta con recordar unos cuantos episodios tales como las desafortunadas declaraciones del ex presidente Sebastián Piñera al asimilar la educación a un «bien de consumo», o bien el excesivo y desproporcionado uso de la fuerza empleado en numerosos operativos policiales (repredido incluso por la Comisión Interamericana de Derechos Humanos que “emitió un comunicado manifestando su preocupación ante la represión ejercida contra la ciudadanía por la fuerza pública en Chile), a la par que los casos de «montajes» que se produjeron durante la administración Piñera para justificar la represión social y el uso de la Ley de Seguridad Interior de Estado. Véase Salazar, *La enervante levedad histórica de la clase política civil*, P. 158-159

política frente a la opinión pública propició el escenario para el regreso de la centroizquierda al poder, esta vez reconvertida en «Nueva mayoría», transformación que en principio no debería ser menor, puesto que dentro de esta alianza ha ingresado el Partido Comunista que antes se encontraba relegado por el binominal a estar por fuera de la política parlamentaria, con lo cual las ideas políticas de este partido han logrado ingresar a la agenda política institucional por medio de sus representantes. Junto con ello, el impulso para nuevamente confiar las riendas políticas al remozado bloque de centroizquierda se ha centrado en las promesas electorales ofrecidas por estos, que darían cuenta de una considerable recepción (al menos en el tiempo de las promesas, ya se verá después) de la razón elaborada informalmente que, por la vía de las elecciones generales, a través de los representantes electos tanto en el ejecutivo como en el legislativo, se ha convertido –al menos en teórica representatividad– en «poder administrativo».

Hecha esta revisión, pareciera ser que los postulados habermasianos encontrarían asidero en la realidad y darían algo de sustento para que el topo de la «transición invisible» saliera fuera de sus subterráneos túneles ubicados en el fuero interno de las subjetividades, decidiéndose a emerger a la superficie y hacerse «visible» por medio de su ciudadanía participativa haciendo vivo el proyecto político de una democracia deliberativa. Sin embargo, a mi modo de ver, esta lectura que se enfoca en algunos aparentes pasos adelante puede quedar en suspenso frente a la consideración de otros factores fácticos de diversa índole concernientes a las (malas) prácticas políticas que anidan en la estructura de la democracia chilena y que en “salazariano” podríamos designar como la *enervante levedad histórica de la clase política civil*. Algunos de estos vicios como el clientelismo político, que guarda excesiva consideración de los intereses autointerésados de los grandes poderes económicos involucrados con no pocos conflictos de interés en el medio de las grandes reformas exigidas por la ciudadanía; el excesivo verticalismo en el funcionamiento interno de los partidos políticos que tiende a hacer funcionar la nueva conformación de la alianza política de la misma manera en que desde antaño venía funcionando, esto es, subyugando los intereses de los partidos pequeños al de la maquinaria burocrática ya establecida de los partidos tradicionales; la endogamia propia de los partidos políticos que les lleva en la praxis a conformar una clase aparte del resto de la sociedad, más preocupada de resguardar los propios intereses que en cuanto propia clase poseen en desmedro de los intereses de sus votantes,

arriesgando los representantes de la clase política como única sanción frente al incumplimiento de sus promesas electorales una eventual pérdida de sus escaños al término de su período legislativo, en el caso de no resultar elegidos nuevamente por la ciudadanía en las siguientes elecciones, con lo cual se configura una condición de absoluta *irresponsabilidad política* por parte de los políticos respecto de sus electores durante la vigencia de su mandato.

En suma (y prescindiendo de muchos otros problemas), nos vemos enfrentados a la facticidad que en cuanto “práctica” posee la democracia chilena de acuerdo a la interpretación dominante con la que sus operadores le han caracterizado (una *enervante levedad histórica* que cuanto menos ya es centenaria<sup>477</sup>).

#### LA DEMOCRACIA COMO PRÁCTICA

Inmersos en la comprensión de la democracia como una práctica, siguiendo a Ronald Dworkin y a Carlos Santiago Nino, sabemos del primero que caracterizar una práctica necesariamente implica una actitud interpretativa hacia ella, en tanto que a partir del segundo, tomamos conciencia de que, para participar en la práctica de la democracia –que es en sí una práctica social consistente en una conducta regular y actitudes predecibles que crean instituciones orientados hacia ciertos fines– necesariamente tenemos que adoptar una actitud interpretativa que vea la actitud y conducta a la luz de ciertos fines según lo cual, ya veremos, si acaba por confirmarse la práctica misma<sup>478</sup>. En este sentido de la democracia como práctica, los principales operadores del sistema validan estas prácticas sin mayores apremios permaneciendo interpretativamente enclaustrados en una visión minimizada de lo que Nino llamaría la *Constitución ideal del poder* que se refiere a aquella dimensión del cuerpo normativo en la que se reafirman fundamentalmente los aspectos procesales del funcionamiento de la democracia, en el sentido de que no se puede objetar que la democracia –tomada en su mínima acepción de mecanismo procedimental que resguarda a la regla de la mayoría–

---

<sup>477</sup> Véase Salazar, *La enervante levedad histórica de la clase política civil*.

<sup>478</sup> NINO, Carlos Santiago, *La constitución de la democracia deliberativa*, Gedisa Editorial, 1997, Barcelona. Traducción de Roberto P. Saba. P. 23-24

funciona. Pero otra cosa es si pensamos estas interpretaciones del funcionamiento en comparación a lo que Nino llamaría la *Constitución ideal de los derechos* que hace referencia a la otra dimensión más sustantiva de la constitución compleja, que vendría siendo el producto final al que deberíamos arribar y cuya materialización en la sociedad es la que permite considerar a la *Constitución ideal del poder* como algo valioso<sup>479</sup>, puesto que bajo este lente, la Constitución chilena y la práctica democrática están lejos de satisfacer esta dimensión más exigente.

En el panorama constitucional chileno se tiende a ocultar esta perspectiva sustantiva del funcionamiento democrático, con lo cual se ve mermado el valor epistémico que la democracia puede llegar a tener. Siguiendo al alero de estos planteamientos que pertenecen a la teoría del constructivismo epistémico de la democracia de Nino, que ciertamente se enmarca a medio camino entre las posiciones de Rawls y Habermas<sup>480</sup>, con lo cual, habríamos de decir que, adhiriendo Nino en una mucho mayor medida a los presupuestos de la democracia liberal que lo que adheriría Habermas, diremos que la democracia como práctica tiene de todas maneras un innegable valor epistémico, que funciona de manera gradual<sup>481</sup>, en el sentido de que puede tener mayores o menores grados de valor epistémico en la medida de que se satisfagan los presupuestos teorizados por Nino. En este sentido, la Constitución en el caso chileno, al privilegiar en un sentido elevado la dimensión ideal del poder, o dicho de otro modo, el funcionamiento procedimental de la democracia y su relación fluida con la constitución histórica (al punto de omitir cualquier debate respecto a la legitimidad moral de esta última), se olvida peligrosamente del desarrollo de la democracia en su dimensión más sustantiva, restándose finalmente valor epistémico a la democracia chilena.

---

<sup>479</sup> Nino, *La constitución de la democracia deliberativa*, P. 191

<sup>480</sup> Decimos que Nino se encuentra a medio camino entre Rawls y Habermas fundamentalmente en el tema del conocimiento moral y el grado de confianza en el cual es dable apoyarse respecto de la propia reflexión individual. A este respecto este párrafo es esclarecedor: “la concepción deliberativa de la democracia apoyada sobre su valor epistémico emerge a partir de confrontarla con el problema del conocimiento moral y de tratar de evitar los extremos de la reflexión individual de Rawls y el populismo de Habermas. Mi posición implica que el consenso alcanzado después de un ejercicio de discusión colectiva debe ser de algún modo confiable en el proceso de conocimiento de asuntos morales. Pero esta confiabilidad no puede excluir completamente la confianza en nuestra propia reflexión individual para expresar argumentos en la discusión”. Véase Nino, *La constitución de la democracia deliberativa*, P. 198

<sup>481</sup> Nino, *La constitución de la democracia deliberativa*, P. 194

Nino, de profundas convicciones liberales, rechaza siempre en el desarrollo de su teoría democrática las posiciones perfeccionistas que suelen ser fácilmente confundidas con el énfasis de mejorar la dimensión sustantiva de la constitución y con ello de la democracia. Enfatiza la dimensión sustantiva en el hecho de que su concepción ve a la democracia como profundamente interrelacionada con la moral, apoyándose sobre su poder para transformar preferencias moralmente aceptables a través del proceso deliberativo. Alejado de las posiciones perfeccionistas por medio del valor potencial que concede a la deliberación, Nino explica que para fomentar un mayor valor epistémico de la democracia, ambas dimensiones de la constitución compleja deben convivir y desenvolverse a través de una relación de medio a fin, lo cual, en palabras de Nino referiría a que, “más que una tensión entre la constitución ideal de los derechos y la constitución ideal del poder, la relación parece más semejante al proceso de regar la tierra y el efecto consiguiente de que crezca el pasto”, en la cual la primera (la *Constitución ideal de los derechos*) es el fin y la segunda (la *Constitución ideal del poder*) sólo un instrumento, no obstante lo cual, a nivel de prioridades, la relación sería a la inversa, puesto que conviene más “establecer y discutir la constitución ideal del poder, dado que la constitución ideal de los derechos parece ser un resultado de ella”<sup>482</sup>

En este sentido, las posibilidades de aumentar el grado del valor epistémico de la democracia según la teoría de Nino habrían de centrarse, en primer lugar, en la adecuada preocupación de la dimensión procedimental de la constitución del poder, que distinto de la interpretación de clausura que parece impetrar el respeto irrestricto que ofrenda la clase política respecto a sus disposiciones, tendría más que ver con el cuestionamiento de su entramado, en la medida de que es incapaz de desembocar en una satisfactoria constitución ideal de los derechos.

Por todo ello, junto a las malas prácticas que hemos denunciado a nivel democrático, conviene enfrentarnos ahora (en nuestra pretensión concerniente a ver cuánto asidero tendría una política deliberativa en un contexto como el chileno) a un segundo orden de problemas vinculados precisamente con aquella dimensión procedimental de la constitución del poder en el caso chileno, problemas frente a los cuales, volviendo a Habermas, sus postulados encontrarían mayores dificultades.

---

<sup>482</sup> Nino, *La constitución de la democracia deliberativa*, P. 191



Por un lado, tenemos la excesiva rigidez de la estructura institucional del sistema político chileno, construido sobre las bases de una constitución política extremada y premeditadamente rígida que obedecía a la necesidad política de preservar el statu quo definido por la dictadura (tiranía) de Pinochet más allá de su formal disolución por medio de neutralizar la agencia política del pueblo. Ello que en sus orígenes se justificó por la necesidad de dotar de estabilidad y gobernabilidad a la naciente democracia (basta recordar las célebres palabras de Jaime Guzmán explicando el porqué de esta institucionalidad: “resulta preferible contribuir a crear una realidad que reclame de todo el que gobierne una sujeción a las exigencias propias de ésta. Es decir, que si llegan a gobernar los adversarios, se vean constreñidos a seguir una acción no tan distinta a la que uno mismo anhela, porque –valga la metáfora- el margen de alternativas posibles que en la cancha impongan de hecho a quienes juegan en ella, sea lo suficientemente reducido para hacer extremadamente difícil lo contrario”<sup>483</sup>), resulta desde largo tiempo totalmente repudiable e inadmisibile, a la vez que alejado de las necesidades contemporáneas que la mayoría ciudadana está articulando y que chocan frontalmente con los principios sustantivos guarnecidos por la institucionalidad nacida en 1980.

La explicación de Guzmán sugiere una visión rígidamente estructuralista según la cual la agencia humana se despliega dentro de los intersticios de una estructura funcional a la cual se debe ante todo sumisión, configurando así esta estructura de democracia un sistema hecho para preservar ante todo su estabilidad, a costa incluso de perder su valor epistémico de democracia. En este sentido, las posibilidades de transformación de esta institucionalidad por los propios cauces amparados por la Constitución han encontrado ya su mayor punto de dilatación, sin que con ello haya sido posible rebasar condiciones que resultan infranqueables por los altos quóruns exigidos tanto para aprobar las leyes orgánicas constitucionales (que regulan extensamente la materias fundamentales para la sociedad y cuya legislación permanece prácticamente inalterada desde la dictadura) o para operar el mecanismo de reforma constitucional, como serían el establecimiento de mayores mecanismos de participación política de democracia directa, o ya, en un terreno de mayor posicionamiento moral, poner en cuestión la orientación decididamente neoliberal consagrada en el aspecto

---

<sup>483</sup> CORREA, Sofía; FIGUEROA, Consuelo; JOCELYN-HOLT, Alfredo; ROLLE, Claudio; VICUÑA, Manuel, *Historia del Siglo XX chileno: balance paradójico*, Editorial Sudamericana, 2012, Santiago de Chile. P. 325

económico por la constitución, donde está establecido como principio base del orden público económico la figura del «Estado subsidiario»<sup>484</sup> con lo cual se entrega la iniciativa en materias cruciales y básicas de la sociedad (como sanidad, educación, previsión social, entre otros) a los grupos intermedios de la sociedad. Estando estas importantes materias fuera del ámbito del debate democrático (y no precisamente porque estos aspectos se encuentren satisfechos favorablemente a los ojos de la ciudadanía) parece difícil hablar de algún tipo de «constructivismo deliberativo».

Además de estar cerrada la posibilidad de debatir respecto a diversos aspectos cruciales en una democracia, está el problema de la real capacidad que tienen los miembros de la sociedad para constituirse en adecuados agentes de deliberación que puedan poner en marcha una democracia de este calado. Este presupuesto presenta muchos más problemas según nos los veamos puramente con Habermas, o en un menor grado con la reformulación de Nino, puesto que en el caso del primero, teniendo la Constitución chilena y con ella la institucionalidad democrática que despliega, una orientación cerradamente liberal en materia de derechos (que no consagra ninguna clase de protección ni tampoco un desarrollo más que de unos «mínimos muy mínimos» en materia de derechos sociales<sup>485</sup>), resulta imposible pensar en el Estado chileno como un Estado social de bienestar, pues sus propios principios orientadores imposibilitan esto, con lo cual el ordenamiento jurídico chileno sencillamente carece irremediabilmente de una categoría de derechos que en la estructura habermasiana del

---

<sup>484</sup> Para autores como Atria, lo que acontece en Chile es una verdadera tergiversación neoliberal del principio de subsidiariedad que explica de la siguiente manera: “cuando un bien se provee a través del mercado, la cuestión de si cada uno podrá obtener lo que quiere es una cuestión privada; cuando la provisión se hace conforme al régimen de lo público, esa provisión satisface un derecho social. La idea de que el Estado no debe participar de una actividad, en particular, respecto de la provisión de derechos sociales cuando haya particulares dispuestos a hacerlo con fines de lucro, no es el principio de subsidiariedad, ya que existiendo un derecho no satisfecho, mal se podría decir que tal principio se aplica. Lo que hay es puro y simple neoliberalismo”. Véase Atria y otros, *El otro modelo*, P. 153.

<sup>485</sup> En cuanto a la caracterización de esto que llamo los «mínimos muy mínimos», Atria señala que “los programas sociales vigentes hoy en Chile no tienen por finalidad descomodificar, sino proveer de un mínimo de subsistencia a quien no puede procurárselo en el mercado por sí mismo. En educación, el Estado provee de educación pública, que no tiene una calidad comparable a la provista privadamente, y subsidia un sector privado que precisamente en esos veinte años ha devenido dominante; en salud, el sistema público ofrece cobertura a quienes no pueden pagar las primas que cobra una ISAPRE por la cobertura que ofrece; la seguridad social está estructurada sobre la base de un sistema de capitalización individual, no de reparto, y la reforma previsional del último gobierno de la Concertación consistió en crear una «pensión mínima solidaria». Las formas características de un Estado neoliberal son claramente distinguibles prácticamente en cada área: una provisión mínima de salud, seguridad social, educación, vivienda, etc. Para quien no puede acceder a ella por su cuenta, que no desplaza sino compensa la provisión de mercado”. Véase Atria, *Neoliberalismo con rostro humano*, P. 35

principio discursivo aplicado al derecho resulta vital para posibilitar y garantizar de facto tanto la autonomía privada como la pública.

De esta manera muchos presupuestos fácticos necesarios para que los agentes se constituyan en un plano de igualdad para deliberar sencillamente no existen en el caso chileno. Según la teoría de Nino, que en cierto sentido es menos exigente al tener una mayor impronta liberal, hablaríamos más bien de la necesaria existencia de unos derechos *a priori* que serían una suerte de precondiciones para que el método democrático tuviese valor epistémico, y que se vincularía en principio a derechos civiles de corte liberal tales como la libertad de expresión y la igual libertad para ejercer la participación política, entre otros. No obstante esto, el propio Nino se vuelve mucho más exigente con aquello que debe constituir la dimensión de las precondiciones añadiendo que los así llamados “derechos sociales”, que él ha defendido como una extensión natural de los derechos individuales, “deberían verse como derechos *a priori*, dado que su no satisfacción dañaría el funcionamiento apropiado del proceso democrático y su calidad epistémica”<sup>486</sup>. De todas maneras, habría que matizar en la posición de Nino la ya aludida configuración gradual de su constructivismo epistémico, según lo cual, aun adoleciendo la democracia de Chile de la satisfacción de algunos de los derechos *a priori*, tendría de todas maneras –dentro de su juego de equilibrios– posibilidades de acercarse a algún grado considerable de valor epistémico<sup>487</sup>, sin olvidarnos de mencionar que el mismo Nino explica que la total satisfacción de estas precondiciones para otorgar valor epistémico a la democracia dejaría en la práctica muy pocas cuestiones a ser resueltas por la democracia, puesto que “la mayoría de las decisiones políticas consisten en la apropiada distribución de este tipo de recursos”<sup>488</sup>.

En definitiva, ante la lejanía que guarda de facto el Estado de Derecho chileno respecto del Estado social de bienestar según el cual se habrían de cumplir en una mejor medida los presupuestos teóricos para la puesta en marcha de una política deliberativa habermasiana, probablemente sea mejor replegarse en algunos de los presupuestos de Nino, en el sentido de medir nuestra democracia y sus posibilidades con algo más de cautela, a sabiendas de que su valor epistémico no es un todo o nada, sino que tiene una

---

<sup>486</sup> Nino, *La constitución de la democracia deliberativa*, P. 301

<sup>487</sup> Nino, *La constitución de la democracia deliberativa*, P.194

<sup>488</sup> Nino, *La constitución de la democracia deliberativa*, P.193

configuración gradual y en tal sentido, habría que valorar positivamente como mejoras graduales en el valor de la democracia chilena a las pequeñas conquistas que de momento se han manifestado en la ampliación del espectro de representantes que abarcan hoy a personeros venidos de los movimientos sociales, desarticulando parcialmente la lógica bipartidista imperante y filtrando un cúmulo considerable de razón informal dispuesta a ponerse a debate dentro de los canales institucionales.

Con seguridad esto no resulta suficiente, puesto que los espacios del poder conquistados tienen mucho más de poder simbólico (en el sentido de conseguir efectivamente sitios dentro de la institucionalidad de acuerdo a las reglas del juego democrático establecido) que de poder efectivamente decisorio, al alcanzar únicamente escaños (muy pocos) dentro de la cámara baja en circunstancias de que el parlamento bicameral chileno deja la facultad de “cámara revisora” (que es la que definitiva determina en la mayoría de los casos la dictación o no de la ley) normalmente en las manos del Senado, que es la cámara alta y que pese a haberse “democratizado” desde la reforma constitucional del año 2005 que eliminó los senadores designados y vitalicios, mantiene requisitos como una minoría de 35 años de edad para optar al cargo, dejando este requisito virtualmente fuera de la posibilidad de acceder a los personeros del movimiento social estudiantil. Todo esto sin contar con el enorme grado de presidencialismo de la democracia chilena, régimen que ya para Nino pierde bastante en su valoración epistémica al contrastarse con regímenes democráticos de corte parlamentarista.

Es por todas las consideraciones anteriores que en el complicado equilibrio entre conquistas, intenciones y posibilidades, el paso a seguir de la democracia chilena consiste en enfrentar determinaciones que tengan por objeto plantearse el duro dilema de elegir entre preservar un statu quo democrático que ha permanecido estable para garantizar una democracia de mínimos, con escasos mecanismos de participación social, que en lenguaje habermasiano ha quedado desabastecido de *energías utópicas* y que, más peligroso que ello, no se condice ya con las expectativas y deseos de la ciudadanía anhelante de mayor poder decisorio; y, apostar por un cambio de diseño institucional cuyos alcances de quiebre con la estabilidad del pacto social actual pueden ser insospechados.

Muy posiblemente, la apuesta por la segunda opción ha de ser una de aquellas excepcionales situaciones consideradas por Nino según las cuales “se convierte en urgente la necesidad de alterar la práctica constitucional para maximizar su legitimidad moral –ya sea mediante el reconocimiento de derechos sustantivos o mediante el mejoramiento del método democrático– arriesgando su continuidad”<sup>489</sup> en la medida de que, como hemos visto, se ha vuelto urgente replantearnos bajo el actual estado de cosas las disposiciones de la constitución ideal del poder que contemple más y mejores mecanismos de democracia directa (y no tan solo de democracia representativa) que se condigan con los anhelos de autodefinición social de la ciudadanía, que de forma a priori, y siguiendo el contenido sustantivo que se manifiesta en las protestas de los movimientos sociales, parecen reflejar un ánimo de transformación social que se manifiesta en un sentido moral bien distinto al de los valores y derechos resguardados por la actual constitución del poder. Esas valoraciones, de todos modos, ya son harina de otro costal, que sin importar que definición adopten, tendrán el resguardo de ser decisiones probablemente adoptadas al alero de un proceso democrático que será más confiable en la medida que las vías de participación social ampliadas necesariamente permitirán acercarnos a una grado mayor de valor epistémico de la democracia, toda vez que un imperativo de la revisión de la constitución del poder lo constituye un remozado apartado de medidas que directamente incrementen los métodos de participación directa de los cuales tan fuertemente adolece la democracia chilena. Así estaremos en todo caso un paso más cerca de una política deliberativa.

---

<sup>489</sup> Nino, *La constitución de la democracia deliberativa*, P. 301



## CAPÍTULO 3:

### ARTICULACIÓN ACTUAL Y PERSPECTIVAS DE LA «TRANSICIÓN INVISIBLE»:

*Si hemos de crear o instaurar un presente nacional propio, preciso es que los avanzados dejen de ser sepultureros de lo vivo, y los retrógrados desenterradores de cadáveres*

ELOY LUIS ANDRÉ

Siguiendo la estela de Taylor, hemos practicado en el extenso capítulo anterior (cual «animales autointerpretadores» nos hemos autorreferido ser) una suerte de autoexamen en clave teórica para tratar de comprender aquello que está envuelto cuando hablamos de que, entre nosotros, ciudadanos, acontece un cierto fenómeno autointerpretativo que hemos denominado «transición invisible», de acuerdo al cual nuestra calidad «ciudadana» estaría en plena transformación, recibiendo su calificativo de «invisible» por contraposición a los procesos transicionales «visibles», acontecidos en la superficie de la sociedad, que cristalizados como memoria oficial se han acomodado desde la distancia encumbrada y tutelar de la tercera persona narrativa, pretendiendo capturar con su hegemonía institucional (cupular, vertical-descendente) y la cooptación de los *mass media* a su favor, a aquel escurridizo “nosotros”<sup>490</sup>. La «transición invisible», en cambio, bajo la superficie del entramado institucional y de los

---

<sup>490</sup> Respecto a la idea crítica que esbozamos aquí respecto a la manera en que se construye y perpetúa la «memoria oficial», Gabriel Salazar ha llamado a este proceso la «función perversa de la “memoria oficial”» y que el siguiente párrafo ilustra espléndidamente: “la arrogancia que puede exhibir la memoria oficial no sólo surge de su calidad de tanque cultural, sino también del hecho de que los dispositivos sistémicos que la educación y los medios de comunicación han sembrado y siembran en la subjetividad ciudadana le permiten contar, eventualmente, con mayorías electorales de apoyo que apuntalan su vocación de perpetuidad. Pues la memoria oficial es una máquina sembradora de olvidos y, por lo mismo, es también una máquina alienadora de conciencias”. Véase Salazar, *La historia desde abajo y desde dentro*, P. 448 (para una comprensión cabal del asunto véase en extenso el Capítulo XV “Función perversa de la ‘memoria oficial’, función histórica de la ‘memoria social’: ¿Cómo orientar los procesos autoeducativos? (Chile, 1990-2002)”, P. 433-476)

espacios que visibilizan los *mass media*, ha ido brotando incipientemente desde un escozor que Gabriel Salazar ha denominado “malestar interior” (que eminentemente subjetivo, emana como sustrato de la conjunción, por un lado, de la precarización neoliberal, experimentada y diariamente agudizada en el mundo de la vida de los individuos, y, por otro lado, del discurso oficialista que por contraste no hace sino exaltar el crecimiento y desarrollo económico social alcanzado por el país en las últimas décadas de democracia, y que, sin embargo, es observado con perplejidad por la mayoría de la población que en su lugar contempla el abismo que separa a este discurso de la experiencia que cotidianamente vivida) hasta las manifestaciones que como “reventones históricos” acaecen en la superficie del entramado social dando cuenta a cada tanto del altísimo grado de condensación volcánica acumulada (y en aumento) de indignación ciudadana. Hemos ido observando también que estas manifestaciones o “reventones históricos”, además de ver aumentar exponencialmente sus ocasiones con el transcurso del tiempo, crecen también en cuanto al horizonte de sus contenidos y posibilidades, dejando atrás el habitual estatus acomodaticiamente limitado de sus agencias “peticionistas” (cuyo *ethos* “peticionista” se mantiene fuertemente arraigado desde el nacional desarrollismo y el desarrollismo populista, a través de su reactualización en la nueva democracia a partir de las “viejas-nuevas” personalidades políticas que han dominado el periodo, correspondientes a la generación de políticos de viejo cuño precisamente venidos de la época de los gobiernos populistas previos a la dictadura<sup>491</sup>) sometido al tira y afloja del reformismo doméstico y sectorial, para dar el paso a la pretensión de efectuar una gran transformación en la manera misma de gestar la acción política, en un sentido propositivo, exento de “peticionismos”: cambio que en palabras de Salazar se definiría por el paso desde la *‘política por oferta’* hacia la *‘política por soberanía’*<sup>492</sup>, cooriginariamente ocasionado por la transformación del

---

<sup>491</sup> Así lo refrendó en su momento el estudio que hizo Ignacio Walker («Perfil de la élite política chilena») para responder a la pregunta de «¿quiénes son los políticos chilenos?», de acuerdo al cual “la élite en estudio estaba dominada por la «generación antigua», que tenía una «dilatada experiencia política». Por lo tanto, siguiendo la interpretación de Salazar respecto a los hallazgos de Ignacio Walker, “podría concluirse que la generación que fraguó y encabezó la «transición *neoliberal* a la democracia» fue la misma que, entre 1938 y 1973, impulsó el populismo y diversas variantes de *socialismo*”. Véase Salazar, *La enervante levedad histórica de la clase política civil*, P. 75-76

<sup>492</sup> La *‘política por oferta’* sería aquella en torno a la cual se estructuró el sistema político chileno entre 1932 y 1973, siendo “un sistema a través del cual una pléyade de políticos profesionales *ofrecía*, en periodos electorales, mercancías políticas de *alto* valor cívico (pero que, en el tramo electoral, no eran sino esbozos, diseños abstractos, croquis de principiante o promesas de embaucador), que el ciudadano consciente tomó en serio y *compró* –eligiendo en un abigarrado escaparate de ofertas– pagando con *votos en efectivo*. De este modo, a cambio de una *ilusión propagandística*, el político obtenía un cargo de



paisaje humano desde el panorama atomizado en el cual lo social y lo político discurrían por espacios distintos y no comunicados hacia una creciente articulación de la sociedad en la cual lo social se vuelve político, volviéndose difusa y permeable la frontera entre ambos aspectos.

No hay unanimidad dentro del mundo de las ciencias políticas y sociales con respecto a la determinación del punto en el cual como ciudadanos estamos contemporáneamente situados en el rumbo de esta transformación. Así, mientras el sociólogo Alberto Mayol decretaba en 2012 –al calor del momento más álgido del movimiento social estudiantil– «el derrumbe del modelo», de otra parte, la perspectiva de la historia social, más reposada y concienzuda, con sus antenas bien atentas al devenir de las continuidades históricas envueltas en el desarrollo de los procesos sociales, es más cauta en señalar que nos hallaríamos nada más que en las antípodas de un proceso histórico de largo alcance. Sin perjuicio de su actitud más cauta, la escuela de la historia social está bien inmiscuida en el advenimiento contemporáneo de la «ciudadanización de la política» y su propagación desde la irrupción sectorial estudiantil a la consecutiva expansión de las agendas de las luchas reivindicativas y las resistencias en torno a las muy distintas y variadas aristas del «modelo». Actualmente, la «ciudadanización de la política» se traduce en orientar las resistencias a las diversas aristas del modelo en sus especificidades territorialmente situadas (formas variadas de proyectos neoextractivistas por lo general), teniendo mayor resonancia las resistencias territoriales expuestas a los embates descarnados del «modelo», determinando caminos de ida y vuelta entre lo local, lo nacional y lo global desde diversas localidades a lo largo de todo el país por medio de sus respectivas asambleas de base local que incipientemente comienzan a desarrollar estrategias nacionales (e incluso internacionales) de articulación.

Entre medio o, mejor dicho, paralelamente, la clase política civil, anclada en su peso y su levedad, desarrolla otra hipótesis: al alero de su perspectiva sistémica y

---

representación *real, prestigiado, influyente, protegido por la ley y, por cierto, altamente remunerativo*. (Es la típica imagen del intercambio desigual. Y fue, sin duda, un índice de explotación política de la ciudadanía)". Por otra parte, '*política por soberanía*', sería aquella que "exige que los ciudadanos, reunidos en asambleas de base –de preferencia de tipo territorial y local– examinen los problemas que los afectan, en deliberación informada y democrática, y acuerden propuestas y proyectos de solución, que luego se constituyan como *mandatos ineludibles* para los que deberían *ejecutarlos*" de manera que lo que tiende a asegurar "es la *construcción social del mandato soberano*". Véase Salazar, *La enervante levedad histórica de la clase política civil*, P. 1011-1013

endogámica, provista del instrumental estadístico que emerge del cada día más confuso y discutible entrelazamiento de las ideas de «desarrollo» y «crecimiento económico», concerniente a que las demandas que estaría exigiendo la ciudadanía representan no más que el natural correlato de la senda de progreso alcanzada por el país, la clase política civil interpretaría el efervescente panorama sociopolítico como un síntoma del avanzado grado de desarrollo alcanzado, resultando comprensible que se precipiten nuevas demandas relativas a mejores derechos sociales para estar a la par de los socios pertenecientes al selecto grupo de la OCDE, con lo cual remozar el entramado institucional se presenta como una buena oportunidad para consolidar el esplendoroso posicionamiento de Chile como una de las economías regionales más desarrolladas y alabadamente libres<sup>493</sup>.

El tiempo y espacio en el que se dan cita entrecruzadamente esta diversidad de formaciones discursivas, que no necesariamente logran dialogar entre sí y respecto a las cuales la articulación institucional del poder impide una deliberación en términos de deseable simetría que posibilite de veras el triunfo de los mejores argumentos contruidos por el uso público de la razón, contra todo pronóstico de pervivencia del statu quo, aparece como propicio para un emparejamiento de las fuerzas. La legitimidad social de la institucionalidad está tan seriamente resentida y la gravedad de los cambios requeridos por la sociedad para transformar la naturaleza del funcionamiento de su pacto social son de tan gran magnitud que han derivado a que, de las medidas coyunturales y sectoriales, se haya trazado como emergencia el objetivo político mucho más ambicioso concerniente en sustituir la mismísima carta de navegación política de nuestra sociedad, atendido a que precisamente el debate constitucional ha trascendido a un punto tal en el que ha quedado a trasluz aquello que siempre debería de haber resultado evidente: que la Constitución actual, al margen de su cuestionable legitimidad de origen, está diseñada para neutralizar la agencia política del pueblo y por lo mismo,

---

<sup>493</sup> “Érase el 25/09/2008 cuando el diario *El Mercurio* informó, jubilosamente, que Chile había sido clasificado por el Instituto Fraser de Canadá como la quinta economía más libre del mundo. Y la «más libre» además –por lejos– de todo el continente americano. Que «superaba a economías como las de Estados Unidos, Alemania e incluso China». Que los rubros en los cuales Chile fue, sin discusión, el primero de todos fueron: tamaño del gobierno (el más pequeño), respeto a los derechos de propiedad (total), acceso directo (desvergonzado) de los capitales internacionales al país y apertura (total) al mercado mundial (...) Y para que no quedaran dudas al respecto, al año siguiente el dicho periódico informó que Chile (que había empatado en 2008 el 5º puesto en librecambismo con Inglaterra) había logrado desplazar a la rubia Albión al 6º lugar. No era poco decir: los países evaluados eran 141. Pero esta vez el éxito fue mayor: en el rubro «libertad para el comercio internacional», Chile llegó 3º, «sólo detrás de Hong Kong y Singapur». Véase Salazar, *Movimientos sociales en Chile*, P. 363

para tornar en quiméricos todos los intentos coyunturales y sectoriales de transformación emanados de la tradicional agencia política “peticionista” que no comulguen con el orden por ella protegido y en cambio, hacer posibles todas las correcciones habidas y por haber que tiendan a perfeccionar el modelo de desarrollo guarnecido por la lógica del «orden».

Este estado de cosas, que he dicho, estuvo sigilosamente expuesto (basta recordar el célebre parlamento del padre de la Constitución de 1980, Jaime Guzmán, que sirvió de epígrafe al presentar la idea de «transición a la democracia» en el primer capítulo) ha quedado con el pasar de los años totalmente expuesto a la vista de toda la comunidad nacional. Y ha sido develado desde el momento en que, ajustes tras ajustes y retoques tras retoques, el sueño del progreso constante inoculado en el imaginario social por el modelo neoliberal del «orden» como modo de socialización ha cristalizado a su vez como proceso de individuación: a nivel subjetivo, como presupuesto de la narrativa personal, se ha inscrito el sueño e ilusión de un ascenso social conquistable a través de la adquisición de un título profesional otorgado por alguna institución de educación superior como eslabón necesario para iniciar una trayectoria vital y laboral de bienestar, sueño que lentamente se ha ido tornando en pesadilla para miles de familias, al estrellarse estas con la connatural realidad chilena caracterizada por la asimétrica distribución de las riquezas y oportunidades, con lo cual la educación superior ha pasado a ser en muchos casos, todo lo contrario a un liberador mecanismo de ascenso social, significándose más bien como un nuevo grillete de endeudamiento fijado a largo plazo, frente al cual la potencialidad del «chorreo» acaba languideciendo y quedando en evidencia el carácter finalmente superfluo de las medidas tendientes a estructurar un piso mínimo de subsistencia de acuerdo a los predicados del orden neoliberal, puesto que si bien han aumentado los recursos para las capas sociales más desfavorecidas a través de las políticas asistencialistas de los “bonos”, estas acaban de todas maneras por ser insuficientes para contrarrestar la falencia estructural de la sociedad relativa a las abismales desigualdades. A la larga, las políticas asistencialistas de “piso mínimo” además de legitimar el «orden neoliberal», tienen por precisa existencia y razón de ser la legitimación misma de la consistencia estructural de las desigualdades en la distribución de riquezas y posibilidades, al modo de un dogma o verdad aut evidente e invariable del «orden».

Cuando el principio base de “el lucro de unos pocos a costa de muchos” quedó al desnudo –a propósito de la educación superior– como propiedad intrínsecamente seminal de la naturaleza del «modelo», desplegado en cada uno de los tentáculos de la regulación de los derechos sociales, es que arremetió con fuerza en el debate público el asunto constituyente. El debate constituyente ha irrumpido en un momento en el que, por una parte, la pasividad e inoperancia de los representantes de la clase política se ha traducido en deslegitimación social de ellos y de la institucionalidad que conforman; por otra parte, la ciudadanía socialmente activa se empodera y desarrolla su agencia social por nuevos canales provistos por el auge de los movimientos sociales, desarrollando nuevas articulaciones a partir de cada nueva pequeña reivindicación (Aysén, Magallanes, Freirina, Valle del Huasco, etc.); y en el, desde otra perspectiva distinta de las anteriores, parecen haber argumentos para una reestructuración del piso mínimo ofrecido por el «modelo» en forma de más y mejores derechos sociales. Nos vemos enfrentados así, al calor de las diferentes posturas y posicionamientos respecto al orden constituyente, al reto del autoexamen de los límites y posibilidades de la llamada «transición invisible».

En el siguiente punto de este capítulo se ofrecerá un excursus interpretativo relativo a la fricción (o no-fricción) epistémica producida entre las posturas propiamente ciudadanas que se abren con el proceso constituyente y la postura más propia de la racionalidad de la clase política civil, por medio del tejido de muestra de las posturas y agencias desplegadas en dos seminarios acontecidos en el mes de septiembre de 2015, a modo de comparativa de escenarios y posturas epistemológicas en torno a la deliberación respecto al proceso constituyente.

## EXCURSO INTERPRETATIVO:

UNA CRÓNICA CONTEMPORÁNEA SOBRE EL PROCESO CONSTITUYENTE QUE SE ABRE: CONFRONTACIÓN DE ESCENARIOS Y ACTORES SOCIALES INVOLUCRADOS EN SU REFLEXIÓN.

En el mes de septiembre de 2015, fecha estipulada por mensaje presidencial para dar inicio a un nuevo proceso constituyente, tal como indicara la presidenta Bachelet por cadena nacional emitida el 27 de abril de 2015, se ha dado comienzo a una serie de actividades como cabildos, foros, seminarios y espacios deliberativos e informativos en programas de televisión, a objeto de comenzar el debate respecto a este tema. Nada más comenzar el mes de septiembre y en el tenor de lo presupuestado por el anuncio de la Presidenta, acontecieron dos seminarios que, con diferentes enfoques y con la presencia de distintos actores sociales y políticos, he querido traer a colación a través de una comparativa entre ellos, como botón de muestra del estado actual de las posibilidades en torno al debate constituyente y a la vez también de la emergencia a la superficie de la «transición invisible».

De la misma manera que en el excursus interpretativo de carácter histórico presentado en el primer capítulo, en el cual apreciáramos en la Asamblea de Asalariados e Intelectuales la manifestación de las posturas ciudadanas enfrentadas a la sustracción del proceso constituyente de 1925 por parte de Alessandri y sus comisiones de «notables», desnaturalizando el alcance y sentido de las demandas; hoy, a falta de que la parte sustantiva del proceso comience su andar y ya noticiados del alto grado de revestimiento institucional que tendrá el curso programado del itinerario constituyente (cuya sobre-institucionalización es tal, que, como describiremos más adelante, hace evidente las intenciones de la clase política civil en cuanto a reservar para sí el control definitivo del proceso), he querido atender a los instrumentos que en torno al asunto constituyente van abriendo y dejando sentadas las posiciones y potencialidades del proceso, haciendo eco de distintas voces y correlaciones de fuerza a enfrentarse. Estos instrumentos a los que me refiero han sido dos seminarios acontecidos entre los días 2 y 3 de septiembre de 2015 (el Seminario Internacional «*Recuperar los bienes comunes: desafío en el proceso constituyente del Chile extractivista*», acontecido ambos días en la casa central de la Universidad de Chile y el Seminario Académico «*Puntos Críticos de*

*la nueva Constitución: Derechos sociales – régimen de gobierno – Estado y economía*», acontecido el 3 de Septiembre en la Universidad Diego Portales), a los que personalmente asistí con el ánimo de investigarles desde dentro, deseando poder desplegar a través de este excurso mis impresiones experienciales respecto al «aura o tonalidad»<sup>494</sup> de estos eventos, permitiéndome presagiar desde un tejido de muestra lo que a una escala más amplia, nacional, posiblemente acontecerá con el curso del proceso constituyente.

Por la naturaleza microscópica de los seminarios (atendiendo al contexto amplio de lo que puede ser un proceso constituyente) y el afán de explicitar a través de sus detalles aspectos más amplios y densos que se refieren a los límites y posibilidades del proceso constituyente y de la «transición invisible» en lo que ampliamente estos procesos comprenden, quisiera poner en aviso que la reconstrucción de mis impresiones respecto de los Seminarios (su «aura») se inscribirá en los terrenos del registro narrativo propio de una «crónica», de una manera similar a como se condujo (aunque no experiencialmente) el excurso interpretativo del primer capítulo. Puede que cierto grado de detalle resulte exasperante (y hasta irrelevante) para los lectores habituados a una prosa más «academicista», pero de todas maneras quisiera defender la pertinencia de un enfoque más propio de la «crónica» para este excurso, en razón de dejar éste una huella más tangible así como una impresión más honda, dada por su naturaleza experiencial antes que teórica, de algunas de las posiciones en juego. Confieso además que esta tendencia a conducir los “excursos interpretativos” bebe de la influencia de los interludios utilizados por Peter Berger en *Un mundo sin hogar* y, sobre todo, en *Pirámides del Sacrificio*, escritos con la pretensión de hacer tangibles en la práctica algunas de las posiciones que Berger iba teóricamente hilvanando en dichas obras.

---

<sup>494</sup> Al aludir a las imprecisas ideas de «aura o tonalidad», sobre las cuales anhele desplegar mis impresiones, pretendo empatizar con la idea que J.M. Coetzee tiene respecto a estos conceptos. En el contexto de la relación epistolar que Coetzee ha sostenido con Paul Auster, en una carta fechada el 29 de Noviembre de 2010, emplazado Coetzee por Auster para dar relatar las imágenes e impresiones que podrían surgirle del comienzo de un relato en el se carece de una descripción espacial detallada, Coetzee le responde que “en lugar de imaginación visual, es lo que yo llamo vagamente un aura o una tonalidad” lo que posee, para decir a continuación que “cuando mi mente regresa a un libro en concreto que conozco, da la impresión de que me evoca una aura única, que por su puesto no puedo expresar con palabras sin reescribir el libro entero”. Aunque no me estoy refiriendo a libros sino que a Seminarios y pretensión, creo, es idéntica: regresar al seminario y su aura única, que no puedo expresar con palabras sino mediante reelaboración a través de la crónica que ofreceré. Véase AUSTER, Paul y COETZEE, J.M., *Aquí y ahora. Cartas 2008-2011*, Editorial Anagrama/Mondadori, 2012, Barcelona. Traducción de Benito Gómez y Javier Calvo.

Más allá de todas estas explicaciones, creo que estas en connivencia al epílogo del excurso, harán sentido a los lectores en torno a los posibles excesos de este registro al estilo de una crónica.

Dicho todo lo anterior, paso en el párrafo siguiente a dar comienzo a la narración comparativa de los Seminarios.

Probablemente el escenario más afín a las estructuras del poder de la clase política civil, ha sido el Seminario Académico «*Puntos Críticos de la nueva Constitución: Derechos sociales – régimen de gobierno – Estado y economía*» organizado en la Universidad Diego Portales (UDP) el día 3 de septiembre de 2015, organizado por la Escuela de Ciencia Política de dicha casa de estudios y su revista *Política y Economía*. En este seminario se ha promovido por medio de un diálogo de «expertos constitucionalistas» una idea afín a la que ha hecho manifiesta la clase política civil (en adelante en este excurso, CPC), concerniente a entablar la discusión con respecto a que derechos debiese incorporar una nueva Constitución, pues precisamente, este seminario se inició con una mesa de discusión cuyo título fue “¿Cuántos y qué derechos sociales y culturales incluir?”, pregunta a la que raudamente el «experto constitucionalista» Jorge Correa Sutil<sup>495</sup> y primer exponente del seminario se apresuró a responder con un listado de derechos más o menos taxativo, adecuándose al canon perseguido por los organizadores y en la línea de ofrecer una respuesta inserta en la lógica interpretativa del discurso de la CPC concerniente a entablar el debate dentro del marco economicista de los nuevos estándares de «desarrollo» del floreciente nuevo miembro de la OCDE. Entre medio de su presentación y con una remisión meramente tangencial, casi imperceptible (como si se tratase de un presupuesto asumido fuera de toda discusión) Correa Sutil apuntaba al Congreso Nacional como el órgano representativo facultado para llevar adelante el proceso constituyente ante un generalizado silencio cómplice de la concurrencia (en su mayoría estudiantes y abogados de la casa de estudios convocante).

Posteriormente, en la misma mesa de discusión y marcando una radical distancia respecto del tenor circunscrito de las propuestas concretas entregadas a la discusión de los expertos, otro de los ponentes, Fernando Atria Lemaitre, prefería dar rodeos a la

---

<sup>495</sup> Profesor de derecho constitucional de la UDP, ex miembro del Tribunal Constitucional y ex subsecretario del ministerio del interior durante la administración de Ricardo Lagos.

pregunta concreta que se le invitaba responder por parte de los organizadores del seminario (“¿Cuántos y qué derechos sociales y culturales incluir?”), por medio de cuestionarse, a modo de necesario preámbulo, la pertinencia del efectivo privilegio epistémico de esta pregunta, puesto que, a su juicio, se debería dar preeminencia a otras, a saber: “¿cómo se hace una nueva constitución? Y ¿quién hace una nueva constitución?”, desembocando dichas preguntas en la reflexión más importante (eludida por la CPC y sus funcionales «expertos constitucionales») relativo a que, en materias de Constitución y proceso constituyente, se diluye el viejo dilema de la forma y el fondo, resultando ser tan importante la forma como el fondo, puesto que, finalmente, el fondo (el contenido concreto de la Constitución) se deriva y es inseparable precisamente de la forma (proceso o mecanismo) según la cual se adopta una nueva Constitución<sup>496</sup>.

Las desavenencias entre las posiciones de Atria y Correa Sutil ya se habían manifestado un par de días antes –el 1 de septiembre de 2015 para ser exactos– en otro escenario de discusión de masiva difusión al público, compuesto por el programa periodístico de la franja nocturna de la televisora estatal *Televisión Nacional de Chile* (TVN), *El Informante*, instancia en la cual Correa Sutil había dejado dicho ya que un proceso constituyente en cuya determinación del mecanismo no mediara el Congreso Nacional, ello equivalía virtualmente a un Golpe de Estado<sup>497</sup>, queriendo enfatizar con

---

<sup>496</sup> En palabras precisas de Atria (recogidas de la transcripción del audio del Seminario Internacional llevado a cabo en la Universidad de Chile), el dilema forma y fondo respecto al asunto constitucional se desarmaría de la siguiente manera: “Si el problema es la constitución y si la constitución no puede ser transformada o cambiada mediante procedimientos de reforma constitucional, entonces al discutir sobre lo que Chile necesita –si necesita una nueva constitución o no- en realidad lo que estamos discutiendo es sobre el mecanismo, sobre si será una reforma constitucional o será algún otro mecanismo, y al discutir sobre el mecanismo estamos discutiendo sobre si necesitamos una nueva constitución o necesitamos una reforma constitucional. Entonces aquí no hay posibilidad creo yo -y esta es una característica extremadamente importante de esta cuestión-: aquí no podemos distinguir entre el mecanismo y el contenido. Esta idea de que hemos hablado demasiado de las formas pero las formas no son importantes, lo importante es el fondo yo creo que es, a mi me resulta ininteligible, por que la manera políticamente situada de hablar hoy del contenido es hablar sobre los mecanismos”. Véase ATRIA, Fernando, “¿Qué es una Constitución?”, Ponencia en *Seminario Internacional Recuperar los bienes comunes: desafío en el proceso constituyente del Chile extractivista*, 2 de Septiembre de 2015, Casa central Universidad de Chile, Santiago. La transcripción es mía. (Minutos 20:14 a 21:15). Audio disponible en sitio web:

[https://www.dropbox.com/sh/rjk1gm2astehdxv/AADCU3TXu4EC5TgHE2y\\_U26wa/Audios%20Seminario/D%C3%ADA%201/Panel%201?dl=0](https://www.dropbox.com/sh/rjk1gm2astehdxv/AADCU3TXu4EC5TgHE2y_U26wa/Audios%20Seminario/D%C3%ADA%201/Panel%201?dl=0)

<sup>497</sup> En estricto rigor, lo que Correa Sutil señaló respecto de la manera de determinar el mecanismo para desarrollar una nueva Constitución fue lo siguiente: “el mecanismo debiera resolverlo el próximo congreso, porque no hay otro lugar posible. Pensar en un plebiscito, establecido por decreto que determine cuanto duran, como se eligen, etc. los miembros de la asamblea constituyente me parece que es dar un golpe de Estado. Lo digo así de franco”. Véase programa *El informante*, Televisión Nacional de Chile, programa del 1 de Septiembre de 2015. Disponible en sitio web:



ello la necesidad de que tal proceso quedase al resguardo de los canales habituales de la legalidad. Tal opinión de Correa Sutil descansa ciertamente sobre un corpus cultural de ideas más amplio en el cual se atrinchera la CPC y que es propio de su «enervante levedad histórica» que, por ponerlo en breve, se caracterizaría por confundir y hacer sinónimas, de manera acomodaticia, las ideas de *legitimidad* y *legalidad*, sosteniendo con expresión academicista un convencido positivismo científico amalgamado a una acomodada (y ciega) pretensión de neutralidad valórica, que descansa sobre el “deber ser” de la institucionalidad sin considerar su efectivo “ser siendo”.

Propia de esta caracterización forma parte también otra opinión/convicción manifestada por Correa Sutil: en el seminario de la UDP, Fernando Atria denunciaba que el Tribunal Constitucional (TC), además de tener una composición abiertamente antidemocrática<sup>498</sup>, opera en los hechos como una “tercera cámara”, que a la postre acaba resolviendo en concordancia a criterios políticos y no “técnicos”. Ante tal evidencia, Atria acababa afirmando que una futura pervivencia del TC en una nueva constitución, no tendría justificación. Por su parte, Correa Sutil, paladín acérrimo del TC (del cual había formado parte), arguyo en cambio que la institución del TC se guía por criterios eminentemente técnicos, emitiendo fallos fundados en el derecho y no en razón de consideraciones políticas, defendiendo de esta manera una postura según la cual el derecho como disciplina estaría radicalmente separado de toda consideración moral (concepción positivista extrema), dando como ejemplo y argumento de aquella

---

<http://www.24horas.cl/programas/elinformante/el-informante-debatio-sobre-el-cambio-de-constitucion-en-chile-1774466> (minutos 52:07 a 52:26)

<sup>498</sup> La acusación de su composición antidemocrática, en vista y consideración de que su funcionamiento en rigor es propio de una “tercera cámara” que se auto-atribuye el poder legislativo y es capaz de vetar proyectos de ley acordados por las cámaras de diputados y senadores, refiere a que en la designación de sus miembros no participa la ciudadanía, sino que sus miembros (que son 10) son designados por las autoridades señaladas en el artículo 92 de la Constitución, de acuerdo a la siguiente regla: 3 por designación directa del Presidente de la República; 4 elegidos por el Congreso Nacional (de lo que 2 son directamente nombrados por el Senado, en tanto que los 2 restantes son propuestos por la cámara de Diputados a la aceptación o rechazo del Senado) por medio de votaciones con un quórum establecido en 2/3 de diputados y senadores en ejercicio, según sea el caso y; 3 elegidos por la Corte Suprema en votación secreta celebrada en sesión convocada especialmente para este efecto. La acusación respecto de la composición antidemocrática se hace especialmente más fuerte en este último punto referido a los 3 miembros designados por la Corte Suprema, toda vez los miembros de esta corte, a diferencia por ejemplo del modelo norteamericano, no son elegidos por la ciudadanía, sino que sus miembros (que son 21) son designados de acuerdo a lo establecido por el artículo 78 de la Constitución, esto es, por el Presidente de la República de entre una nómina de 5 personas confeccionada en cada caso por la propia Corte con el acuerdo del Senado. Respecto a una valoración crítica del funcionamiento del Tribunal Constitucional, aconsejo la lectura de BASSA, Jaime, “El Tribunal Constitucional en la Constitución chilena vigente” en Bassa y otros, *La Constitución chilena*, P. 253-284

convicción y *modus operandi* el testimonio de su propia experiencia personal como juez de aquel tribunal, que le llevó a votar en contra de la postura gubernamental (postura sostenida por su bancada política de afiliación), el 1 de septiembre de 2008, en base a criterios técnicos y jurídicos, en el fallo adverso al crédito pedido al Banco Interamericano de Desarrollo (BID) para el Transantiago, por considerar inconstitucional que la deuda de préstamos se traspasara al próximo gobierno sin mediar una Ley de Quórum Calificado.

La argumentación teñida de pretendida nobleza –ejemplo de independencia política al juzgar– y la sujeción nada más que a criterios jurídicos y técnicos, ajenos a criterios de orden político manifestada por Correa Sutil, reinterpretada por Fernando Atria (valiéndose de las propias afirmaciones del ex ministro del TC) dejó en cambio una conclusión totalmente inversa a la perseguida por Correa Sutil, puesto que el epílogo a la disciplina “técnica” y apolítica seguida por el actuar de Correa Sutil, transcurridos unos pocos meses, hacia el mes de abril de 2009, consistió en que la presidenta Bachelet (durante su primera administración presidencial) acabaría reemplazando en el cargo a Correa Sutil por la persona de Carlos Carmona como nuevo ministro del TC. La decisión de destituir de su cargo a Correa Sutil fue interpretada en ese entonces por Jorge Burgos (quien es actualmente Ministro del Interior y vicepresidente de la segunda administración de Bachelet) como una inequívoca medida de revanchismo político, con lo cual, en los hechos, se demostró cuan ilusoria resulta ser la pretendida independencia del TC para fallar únicamente en base a criterios jurídico-técnicos. En definitiva, el funcionamiento institucional del TC responde en los hechos a criterios de orden y de decisión políticos (el efectivo *ser siendo*) y no a criterios propios del voluntarismo del *deber ser* referido a una valórica y políticamente aséptica técnica jurídica, de modo tal que quien desafíe tal *ethos* en un sentido que resulte ser contrario a la decisión política perseguida, correrá como el propio Correa Sutil el riesgo de acabar reemplazado<sup>499</sup>.

Siguiendo con el propósito de este excursus interpretativo, el mismo día 3 de septiembre en el que los «expertos constitucionalistas» reunidos en el Auditorio de

---

<sup>499</sup> Véanse las declaraciones de Jorge Burgos en apoyo a su destituido camarada Jorge Correa Sutil en la edición de *El Mercurio* del miércoles 1 de Abril de 2009. Disponible en:

<http://diario.elmercurio.com/detalle/index.asp?id=%7Bf6879ebb-f624-4974-b8ad-1140ed9c858d%7D>

Psicología de la UDP, cercano al metro *Los Héroes*, encumbraban la experticia de la discusión a ribetes de tal especificidad como los concernientes a la naturaleza del TC, unas cuantas estaciones más hacia el oriente por la misma línea 1, en específico en la estación de metro *Universidad de Chile*, en la sala Eloisa Díaz de la casa central de dicha Universidad, acontecía el epílogo del Seminario Internacional «*Recuperar los bienes comunes: desafío en el proceso constituyente del Chile extractivista*» organizado en conjunto por el Observatorio Latinoamericano de Conflictos Ambientales (OLCA), el Observatorio de Conflictos Mineros de América Latina (OCMAL) y el Núcleo Interdisciplinario de Estudios Socioambientales de la Universidad de Chile (NIES), que había principiado el día anterior, miércoles 2 de septiembre de 2015. Más allá de la común participación de Fernando Atria en las sesiones inaugurales de este Seminario y el ofrecido por la UDP, las diferencias que nos arroja la siguiente comparativa no podrían ser más elocuentes:

1. En primer lugar, nada más que estando atentos a los nombres dados a cada uno de los seminarios, se nos presenta una sutil diferencia que opone diametralmente los alcances discursivos a los que propende cada cual, en consonancia a las diferentes posiciones de enunciación de cada uno de estos: si el seminario de la UDP hacía mención en su título a los “puntos críticos” de una “nueva Constitución”, con ello implícitamente estaba remitiendo a que la discusión de expertos se desarrollase directamente dentro del ámbito circunscrito del hipotético contenido de una nueva Constitución (omitiéndose por medio de esta sutileza todo el discutible asunto preliminar referido al mecanismo participativo para arribar a una nueva Constitución); en el seminario internacional acontecido en la Universidad de Chile se aludía en su título, en cambio, a la expresión ligeramente distinta de “proceso constituyente”, que, vista en detalle, constituye una expresión preliminar que, estando en la órbita de la importancia de la participación, propicia una mayor inclusión ciudadana en el debate, mostrándose refractaria ante el eventual peligro de acabar el debate constitucional secuestrado por las voces expertas. Así, el seminario de la Universidad de Chile con la alusión a «proceso constituyente» antes que a «nueva Constitución» hace su contribución a desentrañar el falso dilema entre la forma y el fondo por lo que ya se había dicho antes: en materia de proceso constituyente, el mecanismo o forma que este proceso adquiere determina de manera sustantiva el contenido –la

decisión política— de la nueva Constitución, con lo cual es fundamental no soslayar el debate sobre este punto, como consideramos ha implícitamente pretendido el seminario de la UDP al intencionar el desarrollo del debate directamente sobre los contenidos concretos que debiera de comprender la redacción de una nueva Constitución;

2. Una segunda diferencia que salta a la vista corresponde a los diferentes lugares físicos escogidos para la celebración de los seminarios por parte de las organizaciones convocantes: en el que caso del seminario sobre «*puntos críticos de la nueva constitución*», este tenía lugar en el espacio de una universidad privada, y no precisamente en “una más entre las tantas” de la multitud de universidades privadas que imparten educación en Chile, sino que en la UDP, una de las primeras universidades privadas fundadas en Chile —su data de origen corresponde a 1982, en plena dictadura, a poco de dictada en 1981 la ley general de universidades que dio inicio a la privatización de la educación superior por la vía de permitir la creación de universidades privadas sin participación estatal— y que ha sido en cuanto a la orientación de su proyecto académico un bastión del maridaje entre las élites de la clase política civil por medio del cual han pretendido inculcar y sentar las bases de un consenso amplio<sup>500</sup> para la conducción de una determinada idea de país a seguir, cuestión que me he aventurado a conjeturar por medio de un cúmulo de observaciones, entre las cuales destaco:

- a) La ascendencia de los rectores que han guiado su andar institucional, que tras la extensa rectoría de su fundador, Manuel Montt Balmaceda, siguió al mando de figuras públicas de orígenes políticos aparentemente enfrentados (pero al fin y al cabo, pertenecientes o afines a la CPC apreciada para estos efectos como un todo indivisible), como el caso de Francisco Javier Cuadra,

---

<sup>500</sup> Aunque desconozco si Fernando Atria estaría de acuerdo con mis aventuradas interpretaciones respecto a la posición de hegemonía que se ha labrado la UDP, si me quisiera valer yo de su modo de interpretar el funcionamiento de la cultura política chilena para caracterizar el rol de la UDP en el panorama nacional. La UDP —y particularmente el seminario al que aludo en este excuso— constituirían un espejo que refleja la cultura política de los grandes acuerdos que se ha arraigado desde el sistema político institucional inaugurado en 1980 y que Atria denomina en tono de sorna “la cultura política de los amigos”. Véase ATRIA, Fernando, *La cultura política de los “amigos”*, video-columna de «los columnistas» de Bio Bio Chile TV, 9 de Septiembre de 2015. Disponible en: <http://tv.biobiochile.cl/notas/2015/09/09/la-cultura-politica-de-los-amigos.shtml>

ex miembro de Renovación Nacional (partido político de derechas), ex director del Instituto Libertad (cercano a la derecha chilena) y ex Ministro secretario general de la Presidencia (SEGPRES, que equivale a la vocería de gobierno) durante la dictadura de Augusto Pinochet entre los años 1984 y 1987, sucedido en su cargo de rector en 2007 (tras un periodo en que el fundador, Manuel Montt Balmaceda, regreso como rector interino entre 2005 y 2007) hasta la actualidad por el abogado y doctor en filosofía, Carlos Peña González<sup>501</sup>, figura de reconocida influencia y trayectoria pública que predica de sí una insobornable independencia política de tipo liberal desde sus columnas del cuerpo D del conservador diario *El Mercurio* (es un acérrimo seguidor neokantiano de Rawls, figura central de su tesis doctoral “*Rawls y el problema de la justificación en la filosofía política*”), no obstante lo cual, sus numerosas participaciones en distintas comisiones a lo largo de la primera década del 2000 [Comisión de Verdad Histórica y Nuevo Trato (2001-2003), Comisión Formación Ciudadana (2004) además de presidir la Comisión Asesora Presidencial de Educación Superior, durante el primer gobierno de Michelle Bachelet (2007)] dan cuenta de cierta cercanía política a la centroizquierda chilena comprendida por la Concertación (hoy Nueva Mayoría) y más que eso, una cercanía a la CPC entendida, como he dicho, como un todo indivisible.

- b) Otro detalle que conviene tener a la vista en las conjeturas respecto al rol que se ha propuesto el proyecto académico de la UDP tienen que ver con consideraciones de orden simbólico referidas al *ethos* arquitectónico de algunos de los principales edificios que comprende su infraestructura, así como la estratégica ubicación de su emplazamiento geográfico: en este sentido, haciendo mía cierta reflexividad del ficcional Jacques Austerlitz<sup>502</sup>,

---

<sup>501</sup> Para hacerse una idea apropiada de la persona de Carlos Peña González, de quién nada más hemos destacado algunos aspectos biográficos, resulta pertinente la investigación periodística titulada “La ruta del francotirador” de la *Revista Caras*, disponible en sitio web:

<http://www.caras.cl/politica/carlos-pena-la-ruta-del-francotirador/>

<sup>502</sup> Aquí la alusión es al personaje protagónico de la última novela que alcanzó a escribir W.G. Sebald, precisamente titulada *Austerlitz*, personaje que en el desarrollo de la novela contaba con la característica de ser un especialista en análisis arquitectónico de la modernidad europea, cuyas interpretaciones a menudo se articulaban con la filosofía sebaldiana de la «historia natural de la destrucción»: “Habría que hacer alguna vez, dijo aún, un catálogo de nuestras construcciones, en el que aparecieran por orden de

no quisiera pasar por alto el proyecto de recuperación de varias mansiones patrimoniales del Barrio República en Santiago como principales inmuebles de la UDP y fundamental ubicación de esta casa de estudios<sup>503</sup>, que como espejo del centralismo territorial chileno, tiene únicamente sedes en la Región Metropolitana (“Santiago es Chile” reza el dicho). Dentro de estas mansiones remozadas podemos destacar su casa central, emplazada en el Palacio Piwonka, construido en 1918, en pleno auge en Chile dentro de los círculos aristocráticos de la *Belle Époque*, la facultad de psicología emplazada en la Mansión de la calle Grajales, edificada en 1913 y por último (*last but not least*) la facultad de Derecho, enclavada en la denominada “Casa Lucía Subercaseaux”, cuya data de construcción se remonta a 1918, y que es llamada así por haber sido construida por Lucía Subercaseaux, y cuyo diseño correspondió a Alberto Cruz Montt, quién entre sus obras destacadas cuenta además con el edificio del Banco Central, el Palacio Ariztía y el mismísimo Club de la Unión (edificio en el cual, como se suele rememorar, se juntaba la CPC chilena en pleno para gestar los grandes acuerdos respecto a la determinación de los rumbos de la nación). Estas mansiones ubicadas en el Barrio República, en pleno centro de Santiago, flanqueadas por las estaciones de metro República, Los Héroes y Toesca “deslumbran por sus impecables fachadas neoclásicas blancas. Ambas de tres pisos, con lucarnas y ornamentados frontis, remiten al lujo y sofisticación de otros tiempos. Emplazadas en terrenos loteados de la quinta de Enrique Meiggs en 1872, eran las residencias más elegantes de la época y en las que habitaban las

---

tamaño, y entonces se comprendería enseguida que las que se situaban por debajo del tamaño normal de la arquitectura doméstica —las cabañas de campo, los refugios de ermitaño, la casita de vigilante de esclusas, el pabellón de hermosas pistas, el pabellón de los niños en el jardín—, eran las que nos ofrecían al menos un vislumbre de paz, mientras que de un edificio gigantesco como, por ejemplo, el Palacio de Justicia de Bruselas en la antigua colina del patíbulo, nadie que estuviera en su sano juicio podría afirmar que le gustase. En el mejor de los casos, se admiraba, y en esa admiración había ya una forma de espanto porque de algún modo sabíamos naturalmente que los edificios que crecen hasta lo desmesurado arrojan ya la sombra de su destrucción y han sido concebidos desde el principio con vistas a su existencia ulterior como ruinas”. Véase SEBALD, W.G., *Austerlitz*, Editorial Anagrama, 2002, Barcelona. Traducción de Miguel Sáenz. P. 29

<sup>503</sup> Casi sintomáticamente de la perspectiva que queremos dar de la UDP como cristalización académica del maridaje de la clase política civil chilena como proyección de la oligarquía que controla el poder político y económico de Chile, la única excepción (altamente simbólica) a la ubicación geográfica de las distintas facultades de la UDP la conforma la Facultad de Economía y Empresa, que a principios de 2013 se trasladó a un nuevo Campus en Ciudad Empresarial, en la comuna de Huechuraba, uno de los centros del poder económico fundamentales del país.

familias que hicieron fortuna con la explotación minera. En ellas, las élites expresaron toda la ostentación posible"<sup>504</sup>.

Que las antiguas residencias de la aristocracia dominante de Chile, desde finales del siglo XIX y principios del siglo XX hayan sido convertidas en los principales inmuebles de la UDP como marcado enclave académico de resonancia de la voz de la élite conformada por la actual CPC, resulta ser un aspecto de tal elocuencia simbólica que todo comentario ulterior parece sobrar.

- c) Un último detalle, no menor, que resultaría revelador del rol que se ha propuesto la UDP radica precisamente en la figura pública de quién ha tomado su nombre: Diego Portales, político, ministro de Estado, aristócrata y mercader, a quién la historiografía chilena, más allá de sus facciones, unánimemente le atribuye la formación del Estado de 1833 (que deviene de la Constitución Política de 1833), etapa de la historia republicana de Chile a la que se le conoce como la del “orden portaliano”, que precisamente afianzó durante el siglo XIX la identidad de Chile como un Estado Nación organizado rígidamente de manera central y unitaria (en oposición a la matriz descentralizada y productiva, de organización provincial y federal en torno a cabildos propia de la Constitución de 1828, que era más respetuosa de la tradición organizativa que venía de los tiempos de la colonia<sup>505</sup>) y que durante sus primeros tres decenios se caracterizó por la rigidez de una sucesión de gobiernos conservadores.

Donde cesa la unanimidad respecto de la figura de Portales es en cuanto a valor favorable o desfavorablemente su legado, pues, por una parte, la historiografía tradicional suele llenar de elogios a la figura de Portales y al orden «portaliano», adjudicándole el establecimiento de los supuestos

---

<sup>504</sup> Véase reportaje de la periodista Paulina Cabrera titulado “Barrio República recupera su esplendor” en diario *La Tercera*, de 10 de Agosto de 2012. Disponible en sitio web:

<http://diario.latercera.com/2012/08/10/01/contenido/santiago/32-115731-9-barrio-republica-recupera-su-esplendor.shtml>

<sup>505</sup> Un estudio bastante completo respecto a la democracia de “los pueblos” que antecedió y tuvo su punto culminante en la Constitución liberal democrática de 1828 (antes de la contrarrevolución centralista) se puede ubicar en SALAZAR, Gabriel, *Construcción del Estado en Chile (1760-1860). Democracia de “los pueblos”*. *Militarismo ciudadano. Golpismo oligárquico*, Editorial Sudamericana, 2005, Santiago de Chile.

valores patrios identitarios de Chile como su estabilidad, apego a la legalidad y tradición de valores republicanos, en tanto que desde perspectivas más críticas como las de la Escuela de la Historia Social se le observa en cambio como responsable directo de la matriz económica social de tipo extractivista, de acuerdo a la cual Chile acabo orientando su desarrollo por medio de una economía, que como se ha dicho, ha carecido históricamente de desarrollo industrial y ha estado orientada hacia el “crecimiento hacia fuera”<sup>506</sup> (y en el que la incipiente industrialización facilitada por la CORFO durante el período de nacional desarrollismo representa a nuestro juicio una sobreestimación del «Estado empresario» que se inicio con el arribo del Frente Popular<sup>507</sup>) y que, de cara al mercado internacional, ha dependido eminentemente del extractivismo de sus recursos naturales, que unido al paradigma exportador, dejó en manos de los grandes mercaderes capitalistas de origen oligárquico en el Siglo XIX (estirpe de la cual el mismo Portales formó parte) el desarrollo del país. Dichos mercaderes han permanecido bien entrelazados (al cabo de confundirse) con los círculos del poder político (donde nuevamente Portales resulta ser una figura paradigmática), situación que se ha ido reproduciendo a lo largo de toda la historia de Chile como bien da cuenta Gabriel Salazar en *La enervante levedad histórica de la clase política civil*.

El seminario internacional sobre «*desafío en el proceso constituyente del Chile extractivista*», en cambio, se celebraba en el espacio de la principal universidad pública del país, cuestión que en principio (y *por principio*) presupone la intención discursiva de dar cabida a una mayor y más

---

<sup>506</sup> Probablemente, la investigación más completa respecto a sostener esta perspectiva crítica acerca del auténtico rol del «Estado Portaliano» sea la de Salazar en *Mercaderes, empresarios y capitalistas*.

<sup>507</sup> En este sentido, lo que distinguía a Corfo “de formas anteriores de intervención estatal eran dos de sus objetivos primordiales: la constitución de empresas públicas en aquellas áreas estratégicas no cubiertas por la iniciativa privada, y la planificación del desarrollo económico de acuerdo a necesidades y prioridades definidas por los cuadros técnicos del Estado (...) esto no significaba necesariamente entrar en una actitud confrontacional con el sector privado, al que se tendía a concebir más bien como un socio colaborador” lo que se ha denominado como «capitalismo de colaboración». Véase esta lectura de la efectiva gravitación de la CORFO y la incipiente industrialización durante el nacional desarrollismo en SALAZAR, Gabriel; PINTO, Julio, *Historia contemporánea de Chile. Tomo III: La economía: mercados, empresarios y trabajadores*, Lom ediciones, 2002, Santiago de Chile. P. 76-84 (El Estado Empresario).



representativa pluralidad de voces, intención a la que se suma que las principales organizaciones convocantes (OLCA y OCMAL) no formasen parte de la Universidad de Chile, y movidos precisamente por la naturaleza que en cuanto espacio público para la difusión del conocimiento se presupone de la principal institución pública de educación superior, hicieran alianza con NIES, (que sí forma parte de la Universidad de Chile) para organizar en dicho enclave el seminario;

3. Superado el meta-excurso del punto anterior referido al presunto proyecto educativo de la UDP y de vuelta al análisis que nos convoca, otra diferencia sustantiva que es dable apreciar entre los seminarios refiere a la naturaleza de las entidades convocantes y, consecutivamente, a la derivada naturaleza o perfil pde los asistentes en uno y otro seminario: en el caso del seminario de la UDP, este estaba específicamente convocado por su Facultad de Ciencias Políticas y por la Revista *Política y Economía* de la misma institución, con lo cual el perfil del seminario tenía un semblante netamente académico en tanto que entre el público figuraban fundamentalmente abogados, cientistas políticos y estudiantes de dichas disciplinas (en su mayoría ligados a la UDP), con lo cual la composición de la asistencia podría decirse que también era de «expertos» y además, bastante homogénea, con lo cual, la presencia de algunos pocos agentes extraños ajenos a los perfiles reseñados, se hacía bastante notoria, dibujándose en la expresión de los rostros de esta minoría unos reiterados y evidentes gestos de desconcierto e ininteligibilidad ante la difícil comprensión del críptico lenguaje propio de los términos técnico-jurídicos en los que se debatía.

El seminario llevado a cabo en la Universidad de Chile, convocado por el OLCA, OCMAL y NIES, determinaba en cambio una situación totalmente distinta: salvo el NIES (grupo de estudios interdisciplinario perteneciente a la Universidad de Chile que proporcionaba a la ocasión la legitimación propia del perfil académico más tradicional), los demás convocantes –OLCA y OCMAL– abrían la convocatoria a un público muchísimo más diverso que aquel que habitualmente tienen los mítines académicos. La razón de esta apertura responde además de la naturaleza misma de la convocatoria y su tema a debatir, a la específica naturaleza de los convocantes, pues al ser estos observatorios de

conflictos ambientales y mineros de naturaleza no gubernamental comprometidos con esta clase de luchas, su razón de ser consiste en poner sus conocimientos académico/científicos al servicio de las comunidades de base local aquejadas por los conflictos, comunidades que suponen a ojos de estos organismos los auténticos «expertos», en la medida de que sus miembros son quienes están más calificados para dar la determinación del «cálculo del sufrimiento». OLCA Y OCMAL, han propiciado de esta forma el empoderamiento de las comunidades de base favoreciendo a su articulación, pues son estas comunidades, al menos en lo referido a los conflictos que directamente les aquejan, los mejor capacitados para proponer soluciones.

En el tenor de esto, es que entre la concurrencia de público de este seminario se podía hallar además de estudiantes, personas de las más variadas procedencias intelectuales, sociales y geográficas, pertenecientes a comunidades de base local de diversos rincones del país; organizaciones y colectivos involucrados en la defensa medioambiental y también una serie de activistas sociales ligados a otras contingencias de lucha, habitualmente excluidas del debate público generado en los lugares institucionales como podría ser el caso de colectivos de mujeres comprometidas con la causa feminista en general, y en la lucha por la despenalización del aborto, en particular o de comuneros mapuches involucrados activamente en la defensa del *wallmapu*<sup>508</sup> frente al varios de sus malestares como el extractivismo, la homogeneización cultural y por sintetizar, la inveterada falta de respeto con que el Estado chileno, los terratenientes y los empresarios históricamente les han tratado, etc.

Cabe mencionar que los asistentes, a solicitud de la organización, portaban identificaciones con la individualización y mención (en los casos de los asistentes que correspondiera) a los colectivos de pertenencia, con el objeto de estimular el diálogo entrecruzado de los asistentes propiciando el compartir de saberes y de las distintas experiencias de base en medio de las pausas, para seguir así hilvanando redes de conectividad y articulación del tejido social, puesto que los asistentes, más allá de sustentar luchas e intereses en localidades diferentes y sectorialmente diversos coincidían –y coinciden– primordialmente

---

<sup>508</sup> El nombre, en mapudungun, que los mapuches le dan al territorio que históricamente les perteneció.

en el sentimiento compartido de advertirse a sí mismos como ciudadanos igualmente excluidos del actual pacto social constitucional.

4. La heterogeneidad ya no solo en lo referente a la asistencia de público, sino que también en la conformación de las mesas de discusión de los seminarios: en el caso del seminario de la UDP, los panelistas invitados formaban parte en su práctica totalidad de la élite académica (predominantemente del mundo del Derecho y la Economía), bien emparentada a la clase política civil,<sup>509</sup> cuestión que en el saber encorsetado de tales disciplinas propendía más que al dialogo de distintos saberes, a una condición monológica de acuerdo a la cual las divergencias respecto a los temas constitucionales acabaron reducidos en muchos casos a cuestiones técnicas de diseño institucional, constriñendo la dimensión más amplia que representa el asunto constitucional en la sociedad, que excede a su connotación o realidad puramente jurídica; en el seminario de la Universidad de Chile, por contrario, la procedencia geográfica, disciplinaria y organizacional de los panelistas<sup>510</sup> permitió que las mesas de debate que componían el seminario hicieran gala de una enorme diversidad de saberes y maneras de aproximarse a la discusión constituyente, escapando al encorsetamiento propio de apreciar a la idea de una nueva Constitución de acuerdo a una dimensión marcadamente jurídica como aconteció en el seminario de la UDP. Se podía apreciar además en la dinámica de las mesas y en el trabajo colectivo y plenario establecido para finalizar el seminario, que predominaba

---

<sup>509</sup> Por nombrar solo a algunos, allí tenemos a Jorge Correa Sutil, ex Decano de Derecho de la UDP y además, ex miembro del Tribunal Constitucional y ex subsecretario del interior en el gobierno de Ricardo Lagos, demócrata cristiano; Fernando Atria, académico de Derecho de la Universidad de Chile y cercano al Partido Socialista; Esteban Valenzuela Van Treek, ex militante del Partido por la Democracia (PPD), ex alcalde de Rancagua y ex Diputado de la República, actualmente Director del departamento de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Alberto Hurtado (Jesuita); Álvaro Díaz, Economista y Sociólogo perteneciente a la Revista de Economía y Política, ex subsecretario de Economía durante el Gobierno de Ricardo Lagos, etc.

<sup>510</sup> Nada más para dar cuenta del escenario variopinto, mencionaré solo a algunos de los muchos panelistas con los que contó este seminario: Fernando Atria (abogado y experto constitucionalista, también presente en el seminario de la UDP), Sergio Grez (historiador y académico de la Universidad de Chile, participante del Foro por la asamblea constituyente), Esperanza Martínez (ex asesora del Presidente de la Asamblea Constituyente de Ecuador), Raúl Prada (sociólogo, filósofo y académico, asesor de organizaciones indígenas y sociales de Bolivia), Claudio Alvarado Lincopi (historiador perteneciente a la Comunidad de historia mapuche), Alejandro Cortés (campesino perteneciente a la agrupación de regantes y no regantes del Río de Mostazal), Ricardo Luer (presidente de la federación de estudiantes de la Universidad de la Frontera en la ciudad de Temuco, epicentro del permanente conflicto mapuche), etc.

una auténtica intención de animar un diálogo de saberes, cuyas heterogeneidades carecen habitualmente de canales que permitan su interlocución para la elaboración de una deliberación discursiva potencialmente generadora de opinión pública.

En resumidas cuentas, podría decirse de acuerdo a lo observado que las posibilidades deliberativas de las discusiones propiciadas por el seminario llevado a cabo en la Universidad de Chile fueron ostensiblemente mayores que aquellas permitidas por la estrechez discursiva propia de la naturaleza del seminario de la UDP.

Previo al análisis comparativo, partí mencionando que probablemente el único punto en común que ambos seminarios tuvieron fue la presencia de Fernando Atria en los paneles inaugurales, expositor cuya articulación de ponencias y recepción por parte del público y pares panelistas resultaron también sumamente ilustrativos a efectos de captar el diferente posicionamiento de cada seminario: la presentación de Atria el día 3 de septiembre en el seminario de la UDP, estuvo discursivamente marcada por la necesidad de anteceder por medio de necesarios preámbulos a la específica pregunta que se le invitaba a responder en el panel referida a *¿qué derechos sociales y culturales incluir en una nueva constitución?*, en consideración a la impertinencia de la pregunta (al menos en cuanto a su preeminencia) aducida por Atria, posicionándose éste desde una perspectiva que comulgaría con la idea que tendríamos de un ciudadano empoderado y reflexivo, en el sentido de su empeñamiento en remarcar la importancia de anticipar la discusión propiamente dicha respecto al contenido específico de una nueva Constitución (discusión cuya preeminencia deriva de la posición ya tradicional de que “lo importante es el fondo” enmarcada en el falso dilema –que ya ha quedado al desnudo en cuanto a su falsedad– de la forma y el fondo) por la previa visibilización de la necesidad de preocuparse primero por la forma (el mecanismo) dispuesta para posibilitar una auténtica y extendida participación ciudadana, conquistable en principio mediante algún mecanismo de asamblea constituyente que dispusiera de un nuevo método de representación capaz de evitar en lo posible los vicios y la deslegitimación social que aquejan al Congreso Nacional en cuanto ser actualmente la única entidad representativa de carácter nacional legitimada, a la cual el profesor Correa Sutil, por contraste a Atria, designaba de una manera inmediata como responsable del proceso constituyente, soslayando los gruesos problemas de legitimidad que dicha institución arrastra.

En resumen, podríamos decir que el modo en que Atria abrió el debate constituyente en el panel de la UDP fue observado, en consonancia al ambiente jurídico-legalista reinante en el evento, como una disrupción de discolor radicalidad condenada en aquella ocasión deliberativa a un virtual ostracismo y a quedar señalado como un panelista impertinente al eludir el cometido señalado por la pregunta de acuerdo a la cual se le había convocado en el panel.

Por contraste, la presentación del profesor Atria en el seminario que tuvo lugar en la Universidad de Chile el día anterior (2 de septiembre) pudo resolverse, también desde preámbulos similares, aunque no dispuestos en este caso por la imposición de una pregunta que acotase las posibilidades deliberativas, sino que en comunión a las pretensiones expansivas propias de la idea constituyente que se atesoraban en el seminario. Hay que señalar también que, enfrentado Atria a una audiencia de ciudadanos más heterogénea e interdisciplinariamente reflexiva y, en general, ajena al lenguaje de expertos propio de la ciencia jurídica (y por lo mismo, menos contaminada del determinismo de la naturaleza jurídica mediante el cual el derecho suele aprisionar la idea de la Constitución<sup>511</sup>), se desdoblaba en la representación del rol de experto jurídico en aquellas lides, permitiéndose permear aquel discurso con la circunstancia de mayor calado que escapa del terreno de lo jurídico y que refiere a la connotación política (en un sentido amplio de esta idea) que entraña la Constitución en una sociedad, sin que esta entidad más amplia que asumía la idea de Constitución arrastrase suspicacias y animadversiones por parte de los pares que conformaban la mesa de discusión ni por parte de la audiencia, como, en cambio, podía acontecer (y al día siguiente en efecto aconteció) en los reductos habituales para la discusión constitucional que forzosamente pivotan en la connotación jurídica de la idea de Constitución y en los que la versión de Atria empecinada en las disquisiciones previas sobre el mecanismo en orden a favorecer las posibilidades de una participación ciudadana más amplia y vinculante llegan potencialmente a representar una postura impertinente.

---

<sup>511</sup> A este respecto Atria ha señalado que “parte importante de la distorsión antidemocrática, que la Constitución de 1980 fue notablemente exitosa en insertar en la tradición constitucional chilena, se explica por esta idea nefasta: que la manera propia de entender la constitución es a través del lenguaje jurídico, según el cual la constitución no es sino una norma jurídica cuya única peculiaridad es ser suprema. Por lo tanto, debe ser concebida como un pacto, como un contrato entre distintos “sectores” del pueblo”. Véase Atria, *La constitución tramposa*, P. 39

En su presentación en el seminario de la Universidad de Chile, el profesor Atria esbozó una respuesta a la idea de *¿Qué es una Constitución?* (para saber cuándo, en efecto, una constitución es *nueva*), en la que precisamente daba cuenta de aquella radicalidad que causa urticaria en los foros estrictamente jurídicos, al calificar como anómala la situación de que “hoy día pensamos en la Constitución como si fuera un texto jurídico, es decir, una ley más, la ley de leyes dicen, la ley fundamental, y entonces básicamente la Constitución sería como la ley pero más importante... y este «más importante» significa «más difícil de modificar, más estable (...) y como es una ley entonces la Constitución es un área especial para el ejercicio profesional de los abogados»<sup>512</sup>, tras lo cual enfatizó que la Constitución es fundamentalmente una “decisión sobre la forma del poder”, realzando así el carácter de decisión política que guarda la Constitución en una sociedad<sup>513</sup>. En este foro, lejos de producir el apreciable desconcierto propio del solipsismo de los foros exclusivamente jurídicos, sus palabras dejaron un eco que en oídos de la audiencia fue apreciado nada más que como un atisbo de sentido común compartido que, en cuanto punto de partida para la jornada, convocaba y animaba a asistentes y ponentes a deliberar expansivamente sobre esa base respecto a la articulación de una nueva Constitución en la que se hiciese posible dejar atrás la contingente neutralización de la agencia de pueblo (descrita en la ocasión por Atria merced de las “trampas constitucionales” propias de la decisión política incrustada en la Constitución de 1980<sup>514</sup>) y en la que además los ciudadanos pudiesen reconocerse

---

<sup>512</sup> Véase Atria, “¿Qué es una Constitución?”, Ponencia en *Seminario Internacional Recuperar los bienes comunes*. La transcripción es mía. (minutos 2:05 a 2:29). Audio disponible en sitio web:

[https://www.dropbox.com/sh/rjk1gm2astehdxv/AADCU3TXu4EC5TgHE2y\\_U26wa/Audios%20Seminario/D%C3%ADA%201/Panel%201?dl=0](https://www.dropbox.com/sh/rjk1gm2astehdxv/AADCU3TXu4EC5TgHE2y_U26wa/Audios%20Seminario/D%C3%ADA%201/Panel%201?dl=0)

<sup>513</sup> En estos aspectos, Atria hizo referencia a la idea de que en el momento constituyente no queda toda la idea de país cristalizada, sino que su importancia radica en que por medio de ella queda dispuesto el mecanismo político para que sea posible de cara al futuro ir determinando sin las dificultades que reviste el diseño constitucional actual, las transformaciones y adecuaciones que representen el sentir de la contingencia social a través de su constante devenir: “la constitución es una decisión del pueblo, pero no cualquier decisión. Ha de ser la decisión fundante, la que crea instituciones en virtud de las cuales será después posible atribuirle otras decisiones al pueblo (por eso su modificación es su destrucción). Por consiguiente, ahora podemos decir que una constitución es una decisión fundamental sobre la identidad y forma de existencia de una unidad política, es decir, la que hace posible que una unidad política, es decir, la que hace posible que una comunidad política sea un agente político”. Véase Atria, *La constitución tramposa*, P. 38

<sup>514</sup> Preferimos hablar, con Atria, de «trampas constitucionales» en lugar de hablar «enclaves autoritarios». Durante la exposición del Profesor Atria en el seminario de la Universidad de Chile dio a entender una argumentación precisa para defenestrar el uso de la voz «enclaves autoritarios»: “una constitución es la decisión política fundamental y una constitución entonces no puede ser modificada mediante reformas constitucionales, es bastante obvio que el problema constitucional chileno no puede ser solucionado

a sí mismos en sus diversas maneras de ser como apropiadamente reconocidos, a modo de apreciar esta eventual nueva Constitución como una realidad aprehensible para la ciudadanía.

La ponencia de Atria se caracterizó por quedar excesivamente absorta en preámbulos, probablemente por anticipar o suponer dificultades comprensivas acerca de la técnica jurídica referida a los recovecos procedimentales para desarrollar el proceso constituyente por parte de algún sector de la muy heterogénea audiencia (todo lo contrario a la presentación del historiador Sergio Grez, quién expuso una serie de consideraciones bien específicas respecto a la técnica procedimental para llevar a cabo un proceso constituyente, reafirmando la importancia de que se haga por medio de una asamblea constituyente sin caer en ciertas trampas que han estado a la orden del día en la historia constitucional chilena como las “convenciones constituyentes” o la farsa de los plebiscitos ratificatorios que al final del todo están destinados a dar una aprobación en bloque a la totalidad de la nueva Constitución, mediante un tenue barniz de participación ciudadana que opera sobre hechos consumados del todo excluidos de la parte fundamental del proceso constituyente referido a su ejercicio deliberativo). Además de sus excesos preliminares y de poder dejar de lado la excesiva compostura y adecuación que guarda respecto de sus audiencias habituales (que suelen ser más conservadoramente legalistas, encorsetadas en las diatribas propias del discurso jurídico), Atria también dejó atrás la exposición de una de sus ideas más difundidas, desarrollada de manera ad hoc al realismo político imperante (y aquí «político» refiere a la estrechez de la concepción que refiere al juego de acuerdos y disputas que desempeña la clase política civil en el hemicycleo del Congreso Nacional), referida a que, en estricto rigor, para estar enfrente de una nueva Constitución (en lo que Atria ha definido como

---

mediante una reforma constitucional porque el problema constitucional chileno no es alguna regla que está en el texto de la constitución, sino la decisión fundamental. Yo creo que esta es la razón por la cual fue en definitiva tan problemático el lenguaje que se usó para definir los problemas de la Constitución en su momento de los «enclaves autoritarios», porque la idea de los enclaves es precisamente, ‘mire, la Constitución está más o menos bien, pero tiene una especie de forúnculos, de injertos autoritarios, que si uno pudiera quirúrgicamente removérselos entonces quedaría bien’... y la verdad es que la cuestión es precisamente al revés, la Constitución tiene algunos enclaves democráticos pero el núcleo de su decisión, la decisión en que consiste el núcleo es la negación de la capacidad del pueblo para actuar políticamente, tratar al pueblo como un menor de edad, y entonces eso no puede ser solucionado por una reforma constitucional precisamente porque no son enclaves autoritarios, es la Constitución”. Atria, “¿Qué es una Constitución?”, Ponencia en *Seminario Internacional Recuperar los bienes comunes*. La transcripción es mía. (minutos 18:35 a 19:58) Audio disponible en sitio web:

[https://www.dropbox.com/sh/rjk1gm2astehdxv/AADCU3TXu4EC5TgHE2y\\_U26wa/Audios%20Seminar/D%C3%ADa%201/Panel%201?dl=0](https://www.dropbox.com/sh/rjk1gm2astehdxv/AADCU3TXu4EC5TgHE2y_U26wa/Audios%20Seminar/D%C3%ADa%201/Panel%201?dl=0)

un movimiento de *antigatopardismo*) no haría falta cambiar todo o mucho del texto constitucional actual, sino que sencillamente bastaría con cambiar unos pocos –pero sustantivos– mecanismos de la Constitución en vigor, referidos a las cuatro trampas a las que se alude constantemente en *La Constitución tramposa*, que son las que, de facto, neutralizan la agencia del pueblo<sup>515</sup>. Desconocemos si la omisión de esta posición fue premeditada y acomodaticia a la amplitud de su nueva audiencia o si en cambio, se trata de ideas superadas acaso por algo parecido al escepticismo salazariano respecto del actuar de la CPC, pero más allá de los silencios –siempre tan variablemente interpretables– y fijándonos tan sólo en la elocuencia de lo que sí dijo, bien vale decir que su presentación, desprovista de la arrogancia de la etiqueta jurídica que se atribuye habitualmente ser la voz autorizada en materia constitucional, estimuló la deliberación de los posteriores paneles y la orquestación de las variadas voces presentes que enunciaron con el esbozo de sus identidades, inquietudes y verdades el reclamo primigenio de una nueva Constitución parida desde ellos mismos.

Llegado a este punto y dirigiendo la mirada en forma retrospectiva se puede distinguir bajo la densa maleza histórica un hilo de Ariadna entre este excurso y el del primer capítulo: aunque en el excurso presente me he referido únicamente a una comparativa entre los espacios discursivos de dos seminarios acontecidos en el mes de

---

<sup>515</sup> Véase Atria, *La constitución tramposa*, P. 55. A este respecto cabe señalar que en esta posición menguada de la significancia de una nueva constitución (en el sentido de que elude la deliberación del pueblo en la génesis y el devenir del proceso constituyente), es en la que parte de la clase política civil oficialista a buscado afianzarse a modo de mantener el control de un eventual proceso constituyente, dando una apariencia medianamente progresista, con lo cual basta recordar la opinión del senador Ignacio Walker recogida en *El Mercurio* el sábado 21 de diciembre de 2013: “El fin del binominal, de las leyes orgánicas constitucionales y del control preventivo por parte del Tribunal Constitucional constituye una nueva Constitución. En estos tres mecanismos radica el «poder de veto» de la minoría acorde con las características de la democracia «protegida» que sirvió de base a la Constitución de 1980... Resolver la llamada «cuestión constitucional» de una manera inteligente es una exigencia patriótica que recae sobre los hombros de la élite política chilena”. Véase *El Mercurio*, 21 de Diciembre de 2013, P. A2. Atendiendo a las últimas líneas de la opinión de Walker, que se apropian del realismo político de Atria y que sitúan la posibilidad de las transformaciones progresistas, siempre y cuando estas acontezcan en la esfera de acción de la patriótica «élite política chilena» cabe tener presente la precaución en clave histórica esbozada por Salazar respecto a esta «bondadosa» fórmula: “una reforma que reduce el «poder de veto de la minoría» dentro del Estado equivale, en este análisis, a dictar una *nueva* Constitución política. Según muestra hasta la saciedad la historia política de Chile, la CPC *siempre* ha tratado de reformar el Estado para restar poder a cualquier minoría que disminuya el poder del *resto* de la CPC. Fue el juego del viejo parlamentarismo y del viejo populismo: formar *alianzas cambiantes* para desbancar a las minorías empoderadas (un juego tradicional que monopolizaron para sí mismos los partidos de centro durante el período 1938-1973). La CPC chilena ha estado siempre dispuesta a reformar cualquier cosa, con tal de *democratizarse a sí misma dentro del Estado*, y no para empoderar democráticamente a la ciudadanía. Esa ha sido su lucha patriótica suprema: asegurar su indispensable «intercambiabilidad», soporte de su condición de ‘clase’. Y esa es la tarea que Ignacio Walker quiere asignarle en exclusiva –por enésima vez– a la «élite política chilena”. Véase, Salazar, *La enervante levedad histórica de la clase política civil*, P. 81.



septiembre de 2015, en el tenor de echar a andar el debate respecto al proceso constituyente que se abre, quisiera en comunión al lector proponer el ejercicio de observar al espacio discursivo de cada uno de estos seminarios como una cierta reactualización de los posicionamientos enfrentados en la génesis del proceso constituyente de 1925: así, el seminario de la Universidad de Chile, con una vocación manifiestamente respetuosa de la heterogeneidad de la ciudadanía, representaría en parte los viejos anhelos de la autoconvocada Asamblea de Asalariados e Intelectuales, al proponer el desarrollo de un proceso constituyente dirigido desde las bases ciudadanas, de abajo hacia arriba, por la totalidad de los actores sociales; en tanto que se podría decir que el seminario de «expertos» de la UDP representaría en cambio una suerte de renovada “comisión consultiva” (con su respectiva “sub-comisión de reformas”) de Alessandri, en la cual los «expertos constitucionales» harían las veces de los viejos “notables” elaborando celosamente los contenidos de la nueva Constitución ofrecida para la ciudadanía pero sin los ciudadanos.

Tras echar a correr la imaginación hacia el pasado, quisiera proponer ahora otro ejercicio interpretativo situado exclusivamente en el tiempo presente: contemplar de acuerdo al posicionamiento e impresiones que he caracterizado respecto de cada uno de los seminarios referidos, un cierto “estado del arte” o si se quiere mejor, una “imagen panorámica”, del debate constitucional y sus posibilidades: en el seminario de la UDP, en el que se daban cita las voces “expertas” habitualmente autorizadas para debatir políticamente sobre los alcances del debate constituyente, que además están habitualmente apertrechadas de la tribuna que los medios de comunicación masivos ofrecen para la transmisión de sus opiniones [varios de los panelistas de este Seminario escriben columnas de opinión en los diarios de mayor tiraje nacional como *El Mercurio* o *La Tercera*, además de ser invitados como habituales panelistas en algunos de los pocos espacios televisivos de debate político como son *Tolerancia Cero* de Chilevisión (CHV) o *Estado Nacional* y *El Informante* de TVN], se podía respirar en el ambiente un aire de excesiva confianza y arrogante calma respecto a mantener el control de las riendas sobre los términos en los que se debatía y de acuerdo a los cuales se implementaban conceptos e ideas volcadas a la definición del “contenido de fondo” de una nueva Constitución. Fuera de toda duda quedaba para esta formación discursiva que este proceso tendría que acometerse institucionalmente (atendiendo con aquel término a que el proceso debía seguirse de acuerdo a los canales institucionales y mediante la

institucionalidad legalmente legitimada para tales efectos), tal como se apreciaba en los sobreentendidos de Correa Sutil respecto a la posición protagónica encomendada al Congreso en cuanto ser el único órgano de representación nacional, sobreentendido en el que, ciertamente, se reposaba en la confianza manifiesta de permanecer bien anclados al *continuum* de la historia constitucional chilena, en cuanto a que el proceso constituyente habría de desarrollarse, una vez más, dentro de los márgenes de la legalidad vigente (por fuera del margen de su legitimidad social), como un puro ejercicio gatopardista de reformismo conducido por las «élites políticas» respaldado en lo sustantivo por las propuestas de los «expertos» afines.

En relación a la posición que representaría la caracterización que he presentado respecto al Seminario acontecido en la Universidad de Chile, quisiera proponerle en cambio como un atisbo o un destello de aquello a lo que he ido denominando como «transición invisible», transición cuyo acontecimiento he dicho (desde lo que propusiera en el primer capítulo a través de la revisión historicista de los procesos de transición políticos acaecidos en la superficie), se ha articulado «invisiblemente» por detrás de la maleza de la historia institucional y de la memoria oficial, robusteciéndose desde las fuentes de la «memoria social», en la afirmación de sí “centrada en 'lo propio' (no en lo ajeno o en el enemigo); en la 'identidad' (no en la alienación), y en el 'poder' que emana de la solidaridad y la mirada colectiva. Lo cual conduce a la afirmación del proyecto histórico propio, a su pleno despliegue lateral”<sup>516</sup>. Por ello es que los ciudadanos de la «transición invisible» atisbados en la propuesta y alcance de este Seminario buscaron deliberar en un sentido profundo, superando los presupuestos encorsetados de la posibilidad fáctica que permite el reformismo constitucional disfrazado con los ropajes de una “nueva Constitución”, mediado por la legalidad vigente y sus canales institucionales, enclaustrado en el falso dilema autocomplaciente de que “lo importante es el fondo y no la forma” y cuya ceguera e injusticia epistémica segrega sistemáticamente del debate a numerosas voces. Dicho sentido profundo de deliberación se llevó a cabo por medio del ejercicio soberano de la imaginación política, enriquecido

---

<sup>516</sup> Es lo que Gabriel Salazar llama la *afirmación de la afirmación*, estableciéndole como principal eje de historicidad popular en contraste a la historiografía de izquierda tradicional, para la cual, sostiene Salazar, el principal eje de la historicidad popular refiere a la consideración de la rebeldía de los sujetos populares en cuanto a su matriz de resistencia, como “*negación de la negación*. De modo que la historicidad popular queda reducida a 'lo político' en términos de pura negación del 'enemigo'”. En contraste a ello la *afirmación de la afirmación* como giro copernicano en la historicidad popular se concentra preferentemente (aunque no exclusivamente) en el aspecto de “la vida, la identidad, la solidaridad y la afirmación” de los sujetos populares. Véase Salazar, *La historia desde abajo y desde dentro*, P. 16-17

por la inclusión de voces habitualmente silenciadas de este tipo de debates públicos que articularon polifónicamente propuestas vinculadas a la afirmación de lo que la heterogeneidad de esta ciudadanía diversamente representa, respondiendo a la multiplicidad de dificultades que les aquejan en sus autoafirmaciones y sus pertenencias configurando una «sensibilidad social caleidoscópica»<sup>517</sup>, y encontrando por medio del ejercicio deliberativo una aproximación resignificadora de las ideas de «buen vivir» o del «bien común» en un sentido de inclusión pluralista y no homogeneizante<sup>518</sup>.

Por lo demás, pensar años atrás en un foro deliberativo como este (en los términos soberanos que este se planteó, destrabando el falso debate de la forma y el fondo), resultaba probablemente inimaginable, pues aquel anidado «malestar interior» ciudadano, identificado por el PNUD en su informe anual sobre «desarrollo humano» de 1998 (IDH 1998), “era todavía una actitud puramente subjetiva o intersubjetiva interior

---

<sup>517</sup> Esta «sensibilidad (o imaginación) social caleidoscópica» “que incorpora perspectivas plurales es la llave para el desarrollo de sensibilidades sociales expansivas que respetan las diferencias y que se interesan por las especificidades de las muchas e indefinidas heterogeneidades de los otros con quienes compartimos los espacios sociales y con quienes podemos formar comunidades”. Véase MEDINA, José, *The Epistemology of Resistance: gender and racial oppression, epistemic injustice, and resistant imaginations*, Oxford University Press, 2013, United States of America. P. 309 (la traducción es, torpemente, mía).

<sup>518</sup> Hago referencia aquí a dos conceptos («buen vivir» y «bien común») que, desde distintas latitudes, están marcando los términos del debate político contemporáneo. El caso de la idea del «buen vivir» emerge fundamentalmente de las experiencias neoconstitucionales de Ecuador (*sumak kawsay*, en quichua) de 2008 y de Bolivia (*suma qamaña*, en aymara) de 2009 que, por ponerlo en breve, “está basado en una serie de derechos fundamentales inéditos, cuyo objeto es la protección de bienes, precisamente, ‘comunes’, entre los que se incluyen: los recursos naturales, necesarios para la vida (por ejemplo, el agua y el medio ambiente) y recursos inmateriales, funcionales para la formación de la personalidad y el ejercicio consciente de la participación democrática (por ejemplo, la comunicación, la información, la cultura)” y que encuentra sus raíces “en las reivindicaciones y luchas antineoliberales planteadas por los pueblos indígenas y también alimentadas por otros grupos sociales como el ecologismo, el feminismo, el socialismo y la Teología de la Liberación, que han confluído en la contestación del paradigma del desarrollo”. El caso de «bien común» responde más bien una idea de larga data histórica en el lenguaje político que ha re-emergido contemporáneamente en el debate político europeo, “a partir de experiencias concretas de defensa o reapropiación de recursos y espacios ‘comunes’” (el caso de la lucha sostenida por la sociedad civil italiana en 2011 contra la privatización del agua bajo el lema de “Agua bien común” es un buen ejemplo de ello) y refiere desde el aristotelismo político y el derecho romano a la concepción de que existen formas de derecho de propiedad colectivos, provistas de una titularidad difusa, que “sirven de inmediato a la comunidad, personificada en sus componentes y ven a las instituciones públicas como meros guardianes de los intereses de los demás, incluidos las generaciones futuras”. Lejos de estar en pugna ambas ideas, una perspectiva comparativa de ambas conduciría a una afinidad que bien podría quedar amparada en cualquiera de estas dos interpretaciones: “considerar el bien común como concepto general del cual el buen vivir sería una especificación local o como elemento constitutivo del paradigma del buen vivir”, pues de cualquier modo, ambas ideas “parecen ir hacia la misma dirección: transformar las visiones del mundo dominantes, a partir de “tradiciones subterráneas” que, al emerger, hablan de la necesidad de importar un cambio en los paradigmas hegemónicos”. Véase BELLOTI, Francesca, “Entre bien común y buen vivir. Afinidades a distancia”, en *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-Sede Académica de Ecuador, Num. 48, Enero de 2014, Quito, ISSN: 1390-1249. P. 41-54

que hasta allí (mediados de los noventa) no se expresaba *aún* en protestas colectivas: es un malestar difuso (y quizás confuso por el hecho mismo de no vislumbrar un motivo)<sup>519</sup>, y que sin embargo, ya estos mismos investigadores del PNUD alertaban premonitoriamente que, de cara al futuro (que es precisamente lo que advertimos acontece hoy en día) podía “engendrar una desafiliación afectiva y motivacional que, en un contexto crítico, termina por socavar el orden social”<sup>520</sup>.

Y si hoy el devenir de los acontecimientos ha permitido que se promueva el debate respecto a un proceso constituyente y que además, se haga posible que esto acontezca por medio de esta clase de foros más transversalmente ciudadanos como el seminario de la Universidad de Chile (y no solo al interior de círculos de expertos que pudiesen arrogarse un exclusivo dominio epistémico sobre esta materia), ello no se debe precisamente ni a que el curso histórico haya adoptado una posición concordante con las razones que esboza la perspectiva estatista y sistémica de la clase política civil (relativas a reducir el clamor ciudadano a la necesidad de acometer una cirugía reformista encuadrada en la lógica estrictamente legal de los derechos sociales conducente a la concordancia de la autocomprensión del país que esta clase política civil obnubiladamente quiere hacer prevalecer con la de los estándares y pergaminos que desde fuera se atribuyen al país en cuanto al nivel de desarrollo alcanzado de acuerdo a la estadística de ingreso per cápita de la OCDE<sup>521</sup>); ni tampoco se debe, mucho menos, a que el curso de la historia haya dado obediente cumplimiento a las prescripciones tendenciosamente recetadas por los investigadores sociales del PNUD, que en lugar de centrarse en las necesidades históricas que alimentaban el «malestar interior» y atendiendo a los enfoques sistémicos que dominaron la «transición a la democracia», se desviaron por la tangente de privilegiar, ante todo, lo que llamaron la «seguridad humana», “es decir, la posibilidad de que el sistema no-solidario, excluyente y sin

---

<sup>519</sup> Salazar, *La enervante levedad histórica de la clase política civil*, P. 107

<sup>520</sup> PNUD, *Desarrollo Humano en Chile, 1998, Las paradojas de la modernización (Resumen Ejecutivo)*. PNUD, 1998, Santiago de Chile. P. 15

<sup>521</sup> “El ingreso o PIB per cápita de Chile, medido por paridad de compra, alcanzará este año a US\$ 23.564 de acuerdo a la actualización estadística del Fondo Monetario Internacional (FMI), cifra prácticamente similar a la estimada en abril pasado que fue de US\$ 23.556. El país sigue liderando el ranking en la región, seguido por Argentina, Uruguay y México”. Véase CASTAÑEDA, Lina y ROSSI, Pablo, “Ingreso per cápita de Chile llega a US\$ 23.564 en 2015” en *Diario el Mercurio (Economía y Negocios)*, 7 de Octubre de 2015. Disponible en sitio web:

<http://www.economiaynegocios.cl/noticias/noticias.asp?id=189906>

proyección colectiva pudiera producir institucionalmente, por reducción de sus déficits, la plena integración solidaria de todos los chilenos”<sup>522</sup>, ante la idea de que la «desafiliación ciudadana» constituía en sí misma un peligro para el orden social protegido por el «modelo»; sino que más bien, como quisiéramos sostener nosotros, concebimos que el devenir de los acontecimientos que ha precipitado el debate constituyente refiere, por el contrario, a la superación de las perspectivas antes expuestas, correspondientes a aquellos horizontes sistémicos anclados en la archiconocida fórmula de realismo político convencional determinada por “la medida de lo posible”, propendiendo esta superación en cambio a lo que Salazar alude como “la escala histórica propia del realismo de la memoria social: lo necesariamente factible, y no lo sistémicamente posible”<sup>523</sup>, proceso histórico en constante devenir que se ha ido robusteciendo sobre la base de diversos estallidos de política «ciudadanizada», emergidas del “desarrollo de formas asociativas no-estatutarias («redes sociales») que tendieron a «desafectarse» políticamente del sistema vigente; a potenciar, sobre todo en el plano local, sus «tradiciones cívicas» (autogestión, capital social) y sus prácticas incipientes de «gobernanza» (asambleas, autonomía, soberanía), y a iniciar, progresivamente «movimientos sociales» de intencionalidad política e histórica contrapuesta al modelo neoliberal”<sup>524</sup>.

## LÍMITES Y POSIBILIDADES DE LA «TRANSICIÓN INVISIBLE»

He intentado ejemplarizar por medio de las situaciones concretas narradas en el recién transcurrido excurso interpretativo, que la existencia de algo así como lo que hemos ido denominando «transición invisible» es algo que comienza a asomar su cabeza en la superficie, a través de la manifestación de una efectiva transformación epistémica en la manera de dirigir la capacidad de agencia política de un amplio sector de la ciudadanía que se ha comenzado a empoderar.

<sup>522</sup> Salazar, *La enervante levedad histórica de la clase política civil*, P. 108

<sup>523</sup> Salazar, *La enervante levedad histórica de la clase política civil*, P. 112 y profundizado en Salazar, *La Historia desde abajo y desde dentro*, P. 433-476 [Capítulo XV, “Función perversa de la ‘memoria oficial’, función histórica de la ‘memoria social’: ¿Cómo orientar los procesos autoeducativos? (Chile, 1990-2002)”]

<sup>524</sup> Salazar, *La enervante levedad histórica de la clase política civil*, P. 125-126

He señalado concretamente, casi a modo de una investigación de campo, que un atisbo de aquella transformación en curso se ha podido percibir en el Seminario acontecido en la Universidad de Chile, y he querido aludir a aquel, por medio de su contraste con las posiciones epistémicas y los reductos de poder que enfrenta y seguirá enfrentando (que para el caso del excursus fue figurado alegóricamente a través del Seminario de la UDP), pues tras aquella comparativa ha emergido una caracterización en la cual he podido apreciar la encarnación de varios de los elementos teorizados a lo largo del capítulo anterior, como que, por comenzar, el «malestar interior» inicialmente caracterizado por los expertos del PNUD, en su fase primitiva y en clave bergeriana bien podría emparentarse a la noción de «falta de hogar» en cuanto a la común sensación de desolación que ambas envuelven por contraste a la artificial luminiscencia de los destellos que el relato de la modernidad nos ha legado.

La «falta de hogar» como aquel sustrato de opacidad con el que en cierta forma ha acabado caracterizándose la conciencia en la modernidad, en la cual la potencialidad de la capacidad de agencia queda reducida a vérselas con la administración de las instituciones que pueblan la esfera personal y privada de los sujetos, en tanto que la esfera y el espacio de lo público aparece como algo que resulta inalcanzable para la agencia de los sujetos; constituyen un diagnóstico epocal de orden general que se adecua apropiadamente a diagnóstico local del «malestar interior». La fórmula bergeriana para salir del desamparo de la «falta de hogar», intentada en *Pirámides del sacrificio* en contra de la falta de sentido, reposaba en el hecho de que, atendido a que la formación de la conciencia es un proceso más o menos uniforme en la modernidad y, a modo de conquistar los sujetos algo parecido a un sentido existencial, bien haríamos con dejar de lado los influjos con que los contenidos sustantivos de las distintas narrativas conducentes al desarrollo nos atiborran, dando cabida en su lugar al empoderamiento de la experiencia situada de la primera persona y del «nosotros» formado colectivamente, estando los sujetos posicionados y concernidos de mejor manera para efectuar el «cálculo del sufrimiento» al que les someten expertos y vanguardias por medio de sus narrativas de desarrollo y sus decisiones políticas respecto de cuyas consecuencias ellos quedan al margen. El «malestar interior» que ha ido paulatinamente tornándose en «ciudadanización de la política», representa en cierta manera el cumplimiento localizado del presupuesto de «respeto cognitivo a la participación» expuesto por Peter Berger.

El fenómeno de «ciudadanización de la política» (respecto del cual el Seminario de la Universidad de Chile no constituye sino una pequeña manifestación), refiere fundamentalmente a un abultado historial de luchas y movimientos sociales que desde *el mochilazo* de 2001 han ido articulando la agencia colectiva de los sujetos con la clara consigna de propender, sino todavía a la consagración de una hegemonía capaz de disputar el terreno de las decisiones políticas que afectan directamente a los ciudadanos, al menos a la articulación de una activa resistencia a las decisiones políticas dictadas en razón del «cálculo del sufrimiento» emitido por expertos y vanguardias, quienes como hemos dicho, no son finalmente quienes sufren en carne propia los perniciosos efectos de dichos «cálculos»<sup>525</sup>.

Todavía más, se puede advertir en los estallidos de «política ciudadanizada» el giro hacia la recuperación de la idea de Sujeto que como «crítica a la modernidad» sugería teóricamente Alain Touraine: de acuerdo a él, la idea de Sujeto estaría indisolublemente unida a la del movimiento social, como en efecto se aprecia en la dinámica asociativa de los movimientos sociales emergentes, puesto que estos, lejos de absorber a la individualidad para nutrir una masa totalmente homogénea como un movimiento de irreversible entropía, permiten que la expresión de las individualidades se manifieste en toda su particularidad dentro del proyecto colectivo que los movimientos comprenden. En adición a esto, forma parte también de la autocomprensión contemporánea de los movimientos sociales, el haber avanzado de un estadio conforme al cual se les entendía como meras formas organizativas destinadas a manifestar resistencias, para pasar a autocomprenderse en la actualidad como proyectos integrales de vida cultural en común que constituyen una continua afirmación del capital cultural propio y de arraigadas ideas compartidas de bien común y buen vivir. Toda esta resignificación del sentido más hondo con el que el movimiento social se ha constituido como Sujeto es un rasgo que se podía apreciar a través del curso de las distintas ponencias en el Seminario de la Universidad de Chile, en el que muchos de los individuos que participaron, tanto en calidad de asistentes como de ponentes, formaban parte de organizaciones sociales que, más allá de defender puramente intereses

---

<sup>525</sup> A este respecto, aconsejo seguir de cerca la síntesis preparada por Gabriel Salazar de los principales movimientos sociales que desde el año 2002 se han desatado, apreciando el progresivo grado de desarrollo de estos y su extensión e incrustación en diversos rincones del país, atendiendo y enarbolando como bandera de lucha, el preciso cálculo de sufrimiento de los protagonistas de estos estallidos sociales. Véase con detención la sección de “Estallidos de política «ciudadanizada»” dentro de primer capítulo de Salazar, *La enervante levedad histórica de la clase política chilena*. P. 127-193

particulares de sus localidades como resistencias a problemas puntuales, se citaban en este espacio para compartir experiencias mancomunadas como una prolongación natural del despliegue identitario que a múltiples niveles implica la conciencia de formar parte de un proyecto integral de vida que es lo que supone la renovada connotación del movimiento social<sup>526</sup>.

Este Sujeto y su incipiente calidad de actor constituyen un acontecimiento que es fruto del empoderamiento ciudadano que va ensanchando los márgenes de su capacidad de agencia por la vía de desprenderse correlativamente de dos lastres epistémicos vinculados a su autocomprensión: en primer lugar, se deja atrás la barrera mental de la conciencia denunciada por Berger relativa a la «falta de sentido» de acuerdo a la cual la agencia de los sujetos en la modernidad acaba por reducir su potencialidad a nada más que en la administración de la esfera privada encerrada en sí y; por otra parte, se supera adicionalmente la empobrecida autoimagen de Sujeto ofertada por la comprensión puramente capitalista de la modernización de acuerdo a la cual, para Touraine, la idea de Sujeto quedaba reducida a la imagen del individuo liberal, con una agencia restringida nada más que a procurar la obtención de beneficios utilitaristas propios del consumo económico. La nueva autocomprensión en cuanto a ser Sujetos en el sentido fuerte que hemos ido proponiendo da paso a la afirmación de sí mismos en un sentido que esta autocomprensión afirmativa acontece cooriginariamente a nivel individual y colectivo, observándose seguidamente una evolución tendiente a la articulación de proyectos integrales propios que arriban al debate conducente a discutir las ideas de buen vivir y del bien común.

Esta marcada transformación epistémica desde el trasnochado panorama de las resistencias contingentes y las masas aniquiladoras de la individualidad, supone una evolución mayor si consideramos los vericuetos de la agencia política ciudadana a lo largo del siglo XX, anclada entre el paradigma “peticionista” y el sometimiento de las masas al verticalismo descendente impuesto por las vanguardias, en tiempos en los que los movimientos sociales no constituían más que el brazo social subordinado a la articulación cupular de los partidos políticos. Según se puede apreciar en los diferentes

---

<sup>526</sup> Respecto a la “nueva connotación” de los Movimientos sociales, nos hacemos eco de lo a que Toni Negri en asertivas y breves palabras ha señalado, constatando que progresivamente estos van pasando de ser «formas de lucha» más bien a ser «formas de vida». Véase NEGRI, Antonio, *El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad*, Traficantes de sueños, 2015, Madrid. Traducción de Simona Frabotta y Raúl Sánchez Cedillo. P. 16



estallidos de política «ciudadanizada», la agencia política ciudadana es cuestión de soberanía propia, independiente, como auténtica constitución del vociferado «poder popular» tan latamente predicado y teorizado (pero solo incipientemente practicado durante el convulsionado final de los sesenta y principios de los setenta del siglo XX chileno), y que hoy habríamos de apreciar como un caso paradigmático de la resignificación de la idea de «poder constituyente», de acuerdo al cual este se establece como un patrón de continuidad, como motor de una acción progresiva de transformación, que a su vez invierte el orden habitual del vínculo entre lo político y lo social en el que, como sabemos, lo social se subordinaba a lo político y su verticalismo (y que en un estadio posterior de la postmodernidad ha devenido sencillamente en la «autonomía de lo político»), dando paso por contrario a la promoción de un vasto pluralismo eventualmente constitucionalizable, pues como afirma Antonio Negri “la reivindicación del derecho ya no se presenta como pretensión, posesión, contrato, sino como exigencia de comunicación, de cooperación y como necesidad de instituciones comunes”<sup>527</sup>, dando cuenta de la sustantividad de lo social que se niega a su sometimiento e insignificancia política.

En el Chile contemporáneo, este «poder popular» ha brotado espontáneamente de la manera que, como un peligro, anticipara el PNUD cuando denunciaba la existencia de un «malestar interior» de acuerdo al cual los individuos, hastiados del desencuentro entre sus experiencias y el discurso institucional de modernización y crecimiento, comenzarían a socorrerse por fuera de la institucionalidad, a través de sus redes y lazos humanos más próximos (como en efecto ha ocurrido), provocando una avalancha de nuevas formas organizativas espontáneas y no estatutarias, ajenas a la rigidez verticalista de los antiguos modelos organizativos que dominaron el curso de la agencia política ciudadana durante el siglo XX.

Hoy las formas organizativas predominantes son los llamados «colectivos», conformados por personas que en cierta manera se «reconocen en sus pares», y cuya vinculación atiende al sustrato de afectos, intereses, problemas y formas culturales propias de la experiencia común de los individuos que les dan vida. Los colectivos, conformados al margen de la rigidez estatutaria y de un férreo disciplinamiento, brotan por el contrario por medio de la espontaneidad que les caracteriza, cuya esencia

---

<sup>527</sup> Negri, *El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad*, P. 17-20

primigenia arrastra como correlato (junto a la postura epistémica del «reconocimiento entre pares») mecanismos de organización esencialmente enfocados al desarrollo de una actitud relacional de tipo horizontal, cuyas manifestaciones más significativas residen, por un lado, en sus mecanismos internos de democracia directa y deliberativa, a través de la discusión y toma de decisiones vinculantes por medio de asambleas, y por otro lado, en el tipo de representatividad que determinan para efecto de relacionarse con otros colectivos, organizaciones o instituciones, cuya peculiaridad consiste en el nombramiento asambleario de “voceros” o “portavoces” que, tal como se desprende del tenor de estos vocablos, comprenden la designación de la representatividad de la organización en alguno de los individuos que le conforman, cuya agencia se precisa sencillamente en “portar la voz” que de manera común se ha conformado asambleariamente, sin extralimitarse de este mandato y sin margen para tomar decisiones sustanciales de manera autónoma prescindiendo de la deliberación asamblearia, pues, como se ha dicho, las decisiones las toma el conjunto del colectivo en asamblea. De esta manera, la vocería de la organización frente a la necesidad de dialogar y pactar acuerdos con otros, ciñéndose a su delimitada agencia en cuanto a ser “portavoz”, ha de recibir el mensaje u oferta de la organización con la que ha comenzado a dialogar, para portar consigo aquella voz y ponerla en conocimiento de sus pares, a objeto de deliberar una respuesta. La extralimitación a este mandato, en razón de la laxitud organizativa fundada en la espontaneidad y la horizontalidad, trae aparejada como ventaja unos rápidos y desburocratizados mecanismos de revocación.

La frescura que atañen las novedades en las formas predominantes de organización contemporánea constituyen a su vez manifestaciones demostrativas de un marcado anti-atomismo que es refractario del predominio de las doctrinas atomistas denunciado por Taylor, en el sentido de que los colectivos con sus maneras espontáneamente organizadas, rehúsan a caracterizarse bajo una consigna puramente instrumental y contingentemente referida a la consecución de objetivos individualistas, pues más bien se comprenden a sí mismos (haciendo extrapolación de la fuerte interpretación antiatomista de Taylor del sentido de la pertenencia a la sociedad) como comunidades que desplegándose como auténticos proyectos de «formas de vida» posibilitan la mejor autointerpretación de los individuos que le componen y sus mejores posibilidades realizables, que habrían sido imposibles o inimaginables de alcanzar sin haber mediado la existencia de la organización, de manera que el sujeto comprendido

tanto como individualidad y también como colectividad consigue alcanzar un nivel de autoconocimiento y empoderamiento que va progresivamente incrementándose en la medida de que sigue profundizando y extendiendo los límites de su capacidad de agencia.

Esta imbricación que espontáneamente se ha sucedido y que ha permitido que los individuos se acerquen más al ideal de la «agencia humana plena» se puede mirar a su vez como un proceso de progresivas articulaciones si tenemos a la vista que las primeras redes de «reconocimiento entre pares» mediadas por los lazos de afectividad y la afinidad cultural que se fueron tejiendo, acontecieron predominantemente dentro del sector etéreo de la juventud (impoluto de la contaminación de las viejas lógicas organizativas rígidamente verticalistas) y se fueron uniendo primero en torno a grandes objetivos sectoriales compartidos (primero, en el caso de los estudiantes secundarios con la derogación de la LOCE y posteriormente, con el caso de los estudiantes presentes y futuros de la educación superior en torno a la exigencia de una educación gratuita, de calidad y sin lucro) para pasar el testigo posteriormente a las organizaciones de base local, de composición etérea diversa, vinculadas por la pertenencia a un lugar y por la libre afirmación de «formas de vida» refractarias de imposiciones paternalistas de «desarrollo» dispuestas desde fuera de la experiencia compartida por aquel «nosotros» que han determinado formas de resistencia que aunque locales, gozan progresivamente de vínculos de apoyo nacionales e, incluso, internacionales que crecientemente van compartiendo cierta sensibilidad universalista o común de muchos dilemas locales o particularistas, con lo cual apreciamos hoy una escalada de transformación epistémica con respecto al despliegue de intenciones políticas.

Y es que hoy ya no estamos en presencia de aquella ciudadanía acartonada y atomizada, hecha a imagen y semejanza del concepto legal de ciudadanía contenido en la Constitución, sino que asistimos a su superación, como resignificación profunda de la idea de ciudadanía, que levanta vuelo desde su inmovilidad aletargada por los resabios del pasado (trazados, mano a mano, por el miedo paralizante aun muy próximo en la memoria respecto del reciente pasado dictatorial, y la oportunidad que la ausencia de articulación de la sociedad civil tendió para la pervivencia de los juegos de poder de la clase política civil) dispuesta con su articulación «desde abajo y desde dentro» a desarrollar un activismo que vuelve a amalgamar los artificialmente separados planos de lo político y lo social por medio de la formación incipiente de una política

deliberativa en base al principio discursivo habermasiano. El reto de esta resignificación de la ciudadanía consiste, creemos (y por eso en el trazado teórico hemos atendido a la teoría discursiva habermasiana) en conquistar un espacio discursivo mediante el cual sea posible transformar esta «razón comunicativa» elaborada por la sociedad civil en el espacio de la esfera de la opinión pública en «poder administrativo» que, en definitiva, es aquel que resuelve las definiciones políticas de la comunidad política, con lo cual hemos querido creer en las posibilidades de desarrollar una política deliberativa desarrollada democráticamente desde la razón construida por las bases sociales capaz de dialogar constructivamente con el aparato institucional y en el que dicho diálogo es articulado por medio del derecho, visto como el instrumento que promete ser la adecuada bisagra de entendimiento entre el sistema (dominado por el poder y el dinero) y el mundo de la vida.

La piedra de tope que bajo esta consigna enfrentamos es aquella que hemos ido denunciando desde el estudio pormenorizado de aquello que hemos denominado como «transición al orden» seguido de su correlato de «transición a la democracia»: la neutralización de la agencia política del pueblo dispuesta como auténtico «poder administrativo» por medio de la piedra fundante de la institucionalidad política y jurídica de la nación que es la Constitución Política de 1980. Ante tamaño impedimento, no resulta ser ninguna coincidencia que al alcanzar la madurez el «malestar interior» y devenir como fruto maduro por medio de diversos (*in crescendo*) estallidos de «política ciudadanizada», la ciudadanía haya transitado desde una variedad de discursos desarticulados en forma de reclamos y exigencias sectoriales, así como del tratamiento teórico de los problemas institucionales agrupados bajo la nomenclatura de ser «enclaves autoritarios» (jerga que engañosamente sugería la posibilidad de tratarlos separadamente para perfeccionar la democracia), a desarrollar contemporáneamente una robustecida conciencia que reposa sobre la pérdida de la inocencia referida a la (im)posibilidad del perfeccionamiento de la democracia por la vía del reformismo sectorial, toda vez que por este medio, al enfrentar a la decisión política que la Constitución de 1980 resguarda a través de las «trampas constitucionales» de su cuidadosamente diseñada «sala de máquinas constitucional», todo intento de agencia transformadora de dicha decisión acababa siendo neutralizada salvo en los casos en que el reformismo constituyese una manera de perfeccionamiento dentro de la órbita ideológica de dicha «decisión política».

Con esta conciencia librada de su primitiva ingenuidad, es que se ha ido instalado con fuerza la demanda por una nueva Constitución desde el espacio de la sociedad civil (pensemos en ejemplos como la plataforma *Marca tu voto* o el *movimiento por una asamblea constituyente*), consiguiendo recientemente permear en los intersticios de la agenda política institucional. En este sentido, la coalición de la Nueva Mayoría, a modo de promesa electoral durante la campaña presidencial de 2013 dio a conocer como uno de los ejes programáticos de su gobierno la necesidad de una nueva Constitución en reconocimiento de la creciente demanda ciudadana. Con posterioridad, con la Nueva Mayoría ya instalada en el gobierno, durante la cuenta pública presidencial del 21 de mayo de 2015, se dio el anuncio con miras a septiembre de 2015 del inicio del proceso constituyente. Finalmente, el 13 de octubre de 2015 (con un mes de retraso sobre el presupuestado plan original) se dio inicio efectivo al proceso constituyente a través de la presentación de un complejo cronograma institucional con las distintas etapas presupuestadas para el proceso constituyente, en el que al menos, discursivamente, la participación de la ciudadanía promete ser uno de sus pilares fundamentales.

El cronograma del proceso constituyente comprende formalmente en sus dos primeras etapas la vocación por la inclusión y participación ciudadana en el proceso constituyente, puesto que en específico, su primera tarea programada para iniciarse en octubre de 2015 refiere a la necesidad de “preparar” a la ciudadanía para participar adecuadamente en el proceso, a través de la promoción de la educación cívica y constitucional de la ciudadanía, en tanto que después, en una segunda etapa que arrancaría en marzo/abril de 2016, se planea dar comienzo a un proceso ordenado de «diálogos ciudadanos» en los que la misma presidenta ha manifestado su deseo de que “todos puedan participar” que comenzaría su andar por las comunas, a través de asambleas autoconvocadas pasando después por provincias y regiones, para acabar culminando en una “síntesis a nivel nacional”, cuyo producto final se convertirá en un texto relativo a las “bases ciudadanas para la nueva Constitución” que debería estar en poder de la Presidenta en octubre de 2016. Para garantizar que el proceso participativo de los «diálogos ciudadanos» “sea libre, transparente, sin distorsiones ni presiones” la presidenta acordó nombrar un «Consejo ciudadano de observadores» conformado por ciudadanos y ciudadanas de reconocido prestigio “que acompañe el proceso y de

garantías de transparencia y equidad”<sup>528</sup>. A su vez, hacia finales del 2016, el gobierno presentará un proyecto de reforma de la actual Constitución para “establecer los procedimientos que hagan posible dictar una nueva Carta Fundamental”, respecto del cual reiteradamente se ha dicho (desde el propio anuncio presidencial del 13 de Octubre de 2015), deberá contar con un quórum de aprobación supramayoritario de 2/3 de diputados y senadores en ejercicio<sup>529</sup>, y que básicamente añadiría un nuevo capítulo a la Constitución vigente (futuro Capítulo XVI) a través del cual se habilitará al próximo Congreso a elegirse en 2017 (fruto de una nueva ley de financiamiento electoral de partidos, una nueva ley de partidos políticos y de un proceso electoral sin sistema

---

<sup>528</sup> El día 2 de diciembre de 2015 se hizo efectivo el nombramiento de los miembros de este «consejo ciudadano de observadores», en el cual los ciudadanos “de reconocido prestigio”, al margen de unas pocas excepciones demostrativas de una cierta heterogeneidad ciudadana [como Benito Baranda (ex director nacional social del Hogar de Cristo), Jean Beausejeour Coliqueo (seleccionado nacional de fútbol) y Juanita Parra (baterista del grupo de rock “Los Jaivas”)], son en su mayoría abogados bien posicionados, fundamentalmente provenientes de sectores académicos, políticos e institucionales. Uno de estos tanto abogados, Patricio Zapata Larraín, es el presidente del consejo. Véase la reseña de sus miembros en enlace web:

<http://www.gob.cl/2015/12/02/presidenta-nombra-a-integrantes-del-consejo-ciudadano-de-observadores/>

y consúltese para mejor detalle del funcionamiento de este Consejo su página web:

<http://www.consejociudadanodeobservadores.cl>

<sup>529</sup> El tema del quórum de los 2/3, sobre el cual tanto se ha insistido considerado por los analistas políticos como el principal escollo para arribar efectivamente a una nueva Constitución. Así, Fernando Atria, aludiendo a la historia de reformas constitucionales en las cuales se ha requerido de estos “acuerdos amplios” para satisfacer el quórum de los 2/3, ha dado cuenta de que, en los pocos casos en los que se ha alcanzado tal votación, ello ha estado definido por un camino de negociaciones a través de los cuales, a la larga, la reforma acaba conduciendo nada más que al “perfeccionamiento” de la decisión política incrustada en la actual Constitución o, como mucho, permitiendo la pervivencia de los elementos que no le entorpecen, y siempre dejando fuera todo el contenido efectivamente transformador de la reforma. Siguiendo esta argumentación, y considerando que la reforma implica en su raíz crear un mecanismo para sustituir la constitución actual y su decisión política, es que surge con fuerza el escepticismo respecto a las posibilidades de alcanzar este acuerdo, sabiendo además que el sector político que ha detentado el poder de veto (beneficiándose de la arquitectura constitucional actual) ha manifestado sistemáticamente su disconformidad respecto a un cambio de Constitución. Apuntando al escollo de los 2/3, Renato Garín ha ido más allá y se ha cuestionado desde la técnica jurídica la efectividad de la necesidad de estos 2/3, apuntando a que solo haría falta un quórum de 3/5, toda vez que desde la jurídicamente, el artículo 127 de la Constitución dispone que la regla general en materia de reformas constitucionales es aquel quórum de los 3/5, disponiendo luego casos excepcionales en lo que se requeriría de 2/3 y que tendrían que ver con la reforma de determinados capítulos ya existentes de la Constitución. En el caso puntual de este proyecto de reforma constitucional lo que vendría a hacerse es añadir un nuevo capítulo, respecto de lo cual Garín señala que habría que atenerse a la regla general, robusteciendo la argumentación de esta postura con la historia de reformas constitucionales en las que se ha producido la incorporación de nuevos capítulos, como ha sido el caso la Fiscalía Nacional en el capítulo VII, en cuya ocasión solo se requirió el quórum de 3/5. Para más abundamiento sobre esta postura argumentativa, véase GARÍN, Renato, “Proceso constituyente: la parábola de los dos tercios” en diario electrónico *El Mostrador*, 26 de Octubre de 2015. Disponible en sitio web:

<http://www.elmostrador.cl/noticias/opinion/2015/10/26/proceso-constituyente-la-parabola-de-los-dos-tercios/>

binominal<sup>530</sup>) para decidir el mecanismo por el cual se adoptará una nueva Constitución dentro de un margen de 4 posibilidades, que a saber son: a) una *Comisión bicameral*, conformada con miembros de la cámara de diputados y miembros de la cámara del Senado, encargada de procesar y debatir el proyecto de nueva Constitución presentado por el Ejecutivo; b) una *Convención Constituyente Mixta*, como opción intermedia para procesar y debatir el proyecto de nueva Constitución, integrada por parlamentarios y miembros de la sociedad civil; c) una *Asamblea Constituyente*, cuyo mecanismo de composición no estaría predefinido y; d) un *Plebiscito ciudadano*, en caso de que el parlamento lo acuerde así o no llegue a acuerdo respecto al mecanismo de discusión conducente a una nueva Constitución, en el que la ciudadanía tendría que elegir entre alguno de los mecanismos señalados en las letras a), b) y c).

Por cierto, la decisión que el nuevo Congreso (2018-2022) tome de entre estas alternativas deberá contar con un quórum de aprobación de 3/5 de diputados y senadores en ejercicio y deberá estar circunscrita a la discusión y deliberación del proyecto de nueva Constitución elaborado por el Ejecutivo, a ser presentado al trámite legislativo durante el segundo semestre de 2017 y que al menos propositivamente

---

<sup>530</sup> Lo cual será solo parcialmente cierto, puesto que la mitad del Senado, perteneciente a las regiones pares del país, se eligió mediante el sistema electoral binominal en las elecciones parlamentarias de 2013 en tanto que las elecciones parlamentarias de 2017 solo comprenderán la renovación de la mitad del senado referida a las regiones impares. Adicionalmente, ha de advertirse que la premisa de un congreso “sin binominal” y sin “aportes reservados” no necesariamente trae aparejado un cambio sustancial en la representatividad y legitimidad social del nuevo congreso, puesto que, al advertir el teórico funcionamiento del sistema electoral proporcional representativo que ha sustituido al binominal y que opera sobre la base de conformación de listas de candidatos de las cuales se eligen representantes en conformidad al coeficiente de D'Hondt; a la vez que notando el funcionamiento a muy grandes rasgos que entraña la nueva ley de financiamiento, caracterizada por articular la entrega de recursos económicos a los partidos sobre la base de el número de votos obtenidos en la elección anterior de diputados (0,09 Unidades de Fomento por voto), lo que sacamos al limpio es un impulso encadenado fundamentalmente a desempeñar la actividad política por medio de partidos políticos como un intento de fortalecer el sistema político existente, desalentándose a la vez la participación política por canales distintos como las candidaturas levantadas por personas naturales independientes o a través de agrupaciones colectivas no estatutarias de formación espontánea como las que hemos visto, han predominantemente germinado en el país, desatendiéndose al devenir que la cultura política ciudadana se ha ido trazando. El hecho de pretender que la política institucional se desarrolló a través de partidos políticos puede que no sea malo en sí mismo, si atendemos al puro «deber ser» de los partidos políticos; el problema en cambio es contingente pues radica por un lado en la falaz promesa de comprender al congreso de 2017 como una institución que vaya a ser efectivamente representativa, puesto que más allá de hacerse sin binominal y con una nueva ley de financiamiento electoral procederá sobre la base de listas compuestas por los partidos políticos ya existentes, en tanto que en el tiempo corto, se vuelve prácticamente imposible que la cultura política ciudadana que se ha ido desarrollando y donde se encuentra predominantemente la base del fundamento de la falta de legitimidad social de las autoridades representativas en general y del congreso en particular, y que ha promovido formas alternativas de organización colectiva de la agencia política, se articule instrumentalmente por medio de listas y partidos que aprovechen el estímulo dispuesto a la participación institucional vía partidos políticos de cara a ser el este congreso de 2017 el que abordara la tarea constituyente.

debería de guardar consonancia con los principios fundantes de las “bases ciudadanas” elaboradas por medio de los «diálogos ciudadanos». El paso final del hipotético cronograma estipulado por la Presidenta Bachelet consistirá en un Plebiscito Ratificatorio mediante el cual la ciudadanía aprobará o rechazará el proyecto de nueva Constitución adoptado de acuerdo a alguno de los mecanismos establecidos en el proyecto de reforma constitucional.

Trazar el desarrollo de este complejo cronograma ha sido un ejercicio difícil de desempeñar en estas páginas (en el que me he guiado más por las declaraciones de la presidenta que por la simplificación comunicativa de las infografías diseñadas de cara a la ciudadanía<sup>531</sup>) y ello tiene su explicación no en la falta de claridad de mis palabras (o al menos no sólo en ello), sino que en lo complicado que es en sí el proceso elegido, en el que lo único que parece tener total claridad es la conducción del proceso por medio de los canales presupuestados por la institucionalidad y sus representantes. Todo lo demás levita sobre un cúmulo de (premeditadas) indeterminaciones y escenarios políticos condicionales: ¿Cómo se llevará a cabo el proceso de educación cívica y constitucional de la ciudadanía que supuestamente ya ha arrancado en el mes de octubre de 2015?; ¿Cómo se organizarán en la práctica los «diálogos ciudadanos»<sup>532</sup>?; ¿No es un período excesivamente breve (de Marzo de 2016 a Octubre de 2016) el que se concede a la participación ciudadana en la elaboración de las bases?; ¿De qué manera será que, en los hechos, el «consejo ciudadano de observadores» velará por la transparencia del proceso?; ¿No correrá el peligro de acabar siendo un órgano que

---

<sup>531</sup> Cuya simplificación omite en el paso N°5 el peliagudo asunto de los quórum requeridos para acometer la reforma constitucional que habilite la sustitución de la Constitución actual por una nueva, que como ya lo ha anticipado cautamente Fernando Atria, se puede atisbar como un punto de incertidumbre respecto al devenir del proceso, que a través de la negociación política para contar con el quórum tácitamente establecido de los 2/3 de diputados y senadores en ejercicio, bien puede acabar con toda la potencia transformadora de una nueva Constitución, reduciéndole a poco más que una maquillada reforma constitucional de política gatopardista. Véase a este respecto la simplificada infografía publicada en la web institucional del gobierno de Chile:

<http://www.gob.cl/2015/10/13/infografia-conoce-las-etapas-del-proceso-constituyente/>

<sup>532</sup> A este respecto ha aparecido (con muy mala difusión) una guía metodológica desarrollada por el gobierno para orientar los diálogos ciudadanos a nivel territorial. El tenor excesivamente estructurado de los formularios mediante los cuales se procede participar, ha sido objeto de numerosas críticas, partiendo por el mismísimo consejo ciudadano de observadores quienes han resaltado la posibilidad de que los ciudadanos puedan manifestarse en estos formularios sobre la idea misma del mecanismo a seguir (como por ejemplo, abogar por la posibilidad de una asamblea constituyente), que en principio, por la disposición cerrada de los formularios no aparecía como una posibilidad prácticamente. Véase la criticada guía metodológica en:

<http://www.capital.cl/wp-content/uploads/2016/01/guia-metodologica.pdf>



soterradamente acabe dirigiendo los «diálogos ciudadanos»? ¿2/3 o 3/5 de diputados y senadores en ejercicio para aprobación de la reforma constitucional que introduzca el mecanismo tendiente a crear una nueva Constitución?, ¿Qué pasará si no hay aprobación de este proyecto de reforma? ¿Cómo y quién determinará que los principios elaborados por la ciudadanía en los «diálogos ciudadanos» como “bases ciudadanas” acaben siendo fidedignamente los principios que informen el contenido efectivo de la nueva Constitución? Las preguntas se acumulan numerosamente y podrían seguir en aumento las dudas en caso de adentrarnos en las posibilidades imaginables de los escenarios políticos condicionales, tal como ocurriría si comenzáramos a preguntarnos por los extremos prácticos de cada una de las distintas posibilidades de mecanismo anunciados por la presidenta.

Más que seguir sumando preguntas o plantear posibles respuestas a preguntas ya planteadas, la formulación de todas estas interrogantes (para el caso de nuestra investigación) tiene por anhelo tender a la reflexión, al día de hoy, de los límites y posibilidades del devenir de la «transición invisible» de la cual pretendemos ocuparnos, todos los cuales, siguiendo en cierta forma la lógica binaria que subyace al itinerario constituyente (institucionalidad/ciudadanía) serán articulados de acuerdo a los tópicos de: 1) *la enervante levedad de la clase política civil*, relativo a las condiciones institucionales de la situación política de Chile, externos a la ciudadanía y 2) *La efectiva potencia del autoconocimiento ciudadano*, concerniente a los límites y posibilidades que son intrínsecamente ciudadanos.

## 1. LA ENERVANTE LEVEDAD DE LA CLASE POLÍTICA CIVIL

*«La historia no se repite, pero rima»*

MARK TWAIN

*“La historia, que es una puta sencilla, no tiene momentos determinantes sino que es una proliferación de instantes, de brevedades que compiten entre sí en monstruosidad”*

ROBERTO BOLAÑO, 2666<sup>533</sup>

Observando atentamente el excursus expuesto al inicio de este capítulo en el que, alegóricamente, presentamos un cierto estado de cosas del asunto constitucional, diríamos que como un aspecto favorable (atendida nuestra hipótesis sobre la existencia de una «transición invisible») hemos rescatado la incipiente emergencia y articulación de voces histórica y sistemáticamente silenciadas, que desde el compartir de sus experiencias comunes han conquistado formas y espacios de enunciación que les han visibilizado (caso del seminario de la Universidad de Chile). Por contraposición a la emergencia de estas voces habitualmente acalladas, analizamos la existencia de otro espacio discursivo, que por medio de la alegoría fue caracterizado con el seminario de la UDP, en el cual se daban cita las voces y discursos políticamente hegemónicos (en el entendido de política como *realpolitik*), fundamentalmente moderados y rígidamente institucionalistas. Observábamos además que en la concurrencia del seminario de la UDP lejos existir una representatividad mínimamente cercana a la efectiva heterogeneidad de la ciudadanía chilena, existía más bien una sobrerrepresentación de sectores afines al poder político tradicional en comunión a otro cuadro de asistentes caracterizables como técnicos «expertos» en la disciplina constitucional concebida en su dimensión particular de realidad eminentemente jurídica.

---

<sup>533</sup> En estricto rigor, este epígrafe corresponde a un pensamiento de uno de los personajes centrales de la novela, Benno Von Arcimboldi, el ficticio y misterioso escritor alemán de la postguerra, quién para sus adentros alberga este pensamiento tras escuchar el jactancioso relato de un editor que aseguraba tener la fórmula para soportar un «bombardeo aéreo en alfombra». El sentido de la historia arcimboldiano sería un contrapunto para la “ridiculez que sólo tienen los histriones y los pobres diablos convencidos de (creer) haber participado en un momento determinante de la historia”. Véase BOLAÑO, Roberto, 2666, Editorial Anagrama, 2004, Barcelona. P. 968-969

Más allá de la dualidad de estos espacios y de que ambas convocatorias manifestaban estar abiertas a todo público (aspecto que, más allá del aspecto discursivo de la oferta, únicamente satisfizo en los hechos el Seminario de la Universidad de Chile con la efectiva heterogeneidad de su concurrencia), lo que a este excursio le resultó imposible de ofrecer fue la relación dialógica y de poder que se podría presenciar en caso de enfrentarse todos estos actores en un proceso de deliberación común, en la construcción de un espacio discursivo común. Sin embargo, esta fricción deliberativa que el excursio no ha permitido presenciar, sí debería emerger al menos durante la etapa de los diálogos ciudadanos del proceso constituyente que se está abriendo, con lo cual el relato del excursio puede, a lo menos, anticipar con sus descripción de escenarios paralelos e incommunicados, una relación de las posturas que se encontrarán y el equilibrio de poder existente entre ellas.

No obstante, con el itinerario de proceso constituyente que ya ha comenzado su marcha, no queda del todo claro que la deseable fricción no acontecida en el excursio pueda tomar curso por medio del proceso constituyente, atendido al desequilibrio de fuerzas que ha definido el diseño del itinerario. Lo complejo y confuso que resulta ser el cronograma del proceso constituyente, la ambigüedad y excesiva generalidad con la que se han descrito sus etapas, amén de su incierta continuidad que ha quedado sujeta al difícil acontecimiento de una reforma constitucional para cuya aprobación se ha fijado un quórum reforzado de 2/3 de diputados y senadores en ejercicio, tiene por contrapartida, como meollo del asunto, una impronta que se puede apreciar con meridiana claridad: la intención de sujetar a toda costa el proceso a canales institucionales que, en definitiva, determinan que, bajo cualquier circunstancia, sea la clase política civil quién tenga la última palabra para determinar el acontecimiento (o no) del proceso constituyente, así como de la vía por la que este acabe (o no) por suceder, en tanto que la participación de la ciudadanía, por contrario y en los hechos, ha quedado circunscrita a un ejercicio de política deliberativa débilmente vinculante cuya producción no será tomada en consideración más que como una “lista de deseos”. Esta “última palabra” de la institucionalidad en cuanto a regir el proceso constituyente se aprecia con nitidez en la definición del mecanismo (en el que la posibilidad de la Asamblea Constituyente amenaza con ser meramente figurativa) sujeta por completo al arbitrio decisorio de la CPC enquistada en el Congreso.

Este panorama nos invita a contemplar con renovado escepticismo el desarrollo del proceso y a temer que como «mal menor» acontezca nuevamente una operación «gatopardista», como ha sido la tónica en el devenir del Chile contemporáneo (por no decir del devenir de Chile, más allá de la consideración temporal actual), respecto de lo cual nada más nos basta recordar la narrativa de la «transición a la democracia» o el “gran acuerdo” según el cual las se acordaron las reformas constitucionales del 2005 que fueron presentadas al país como el alcance de un piso común compartido que habría de valorarse como una “nueva” Constitución que superaba los aspectos autoritarios de la Constitución de 1980.

La fundamentación de la rígida orientación institucionalista del cronograma constitucional ha sido argumentada por el Ejecutivo y la CPC como una manera de evitar un «quiebre democrático»<sup>534</sup>, así como también como una forma de mantener la armonía, la «tradición republicana», a la vez que la «imagen del país» de cara al exterior, bajo el tenor del respeto irrestricto que debiera guardarse respecto de las obligaciones contraídas por Chile con otros Estados. Junto a ello, la CPC a lo largo de su longevo sistema de dominación, nunca ha reconocido en las revueltas ciudadanas “una expresión de *soberanía popular*, o, siquiera, de *desesperación ciudadana*. Se les ha interpretado siempre como expresiones de anarquía, sedición o, simplemente, como «vandalismo». Y últimamente, a veces, como prototerroristas. Se trata de brotes que, según la CPC, deben ser rápidamente refutados, reprimidos y cercenados”<sup>535</sup>. Una interpretación que nos resulta más asertiva atendido el descrédito acumulado por la CPC en lo relativo a su legitimidad social (con unos altísimos y vergonzosos índices de desprestigio<sup>536</sup>) tendría que ver con que, de no aferrarse a los canales institucionales

---

<sup>534</sup> Sumada a las declaraciones de Jorge Correa Sutil en *El Informante* que calificaban como un «golpe de Estado» la posibilidad de que el mecanismo de una nueva constitución de decidiera fuera de los canales institucionales, podemos añadir la declaración del autodenominado «decano» de la política chilena, Andrés Zaldívar, quien afirmó que «hacer la asamblea constituyente fuera de la institucionalidad es inaceptable porque ese es un quiebre democrático». Véase Entrevista realizada por Guillermo Muñoz, en diario *El Mercurio*, 27 de Diciembre de 2013, P. C4

<sup>535</sup> Salazar, *La enervante levedad histórica de la clase política civil*, P. 83

<sup>536</sup> De acuerdo a la última encuesta Adimark, del mes de Octubre de 2015, el gobierno ha alcanzado un 74% de desaprobación; el duopolio de la CPC (Nueva Mayoría y Alianza por Chile) alcanzan un 69% y 76% de desaprobación respectivamente; el poder legislativo (Cámara del Senado y Cámara de Diputados) han alcanzado un 81% y un 84% de desaprobación, respectivamente. Fuente: *Encuesta Adimark Evaluación gestión de Gobierno Octubre de 2015*. Estudio completo disponible en sitio web:

[http://www.adimark.cl/es/estudios/documentos/20\\_eval%20gobierno%20oct\\_2015.pdf](http://www.adimark.cl/es/estudios/documentos/20_eval%20gobierno%20oct_2015.pdf)

conducidos en exclusiva por ella, la CPC enfrentaría una eventual cesantía histórica que significaría su total debacle. Por lo demás, en el contexto actual, como afirma Salazar, “la CPC ha quedado prácticamente vaciada de todo liderazgo carismático a medida de que se han ido configurando los dos grandes actores políticos de hoy: la globalización de las decisiones estratégicas (el mercado) y el empoderamiento de las sociedades civiles (comunidades locales)” con lo cual “se encuentra, entonces, en una coyuntura histórica que apunta a su *extinción* como centro de poder o a su *refundación total*. Pues la política de hoy, de un lado o de otro, es la *gobernanza*”<sup>537</sup>.

De regreso al excursus que hemos presentado en este capítulo, se podía ya olfatear en el ambiente la renovada expresión del *ethos* gatopardista propio del ser de la CPC, toda vez que, astutamente, en foros como el de la UDP y en general, en el rumor que se instalaba en todo los espacios al alcance de la audiencia pública dominados por los *mass media* (como fue el caso de la emisión de *El informante* de TVN el 1 de Septiembre de 2015), se volvía porfiadamente, una y otra vez, a la estrategia retórica de sustituir las posibilidades del juego de una “imaginación radical”<sup>538</sup> en el debate acerca de la noción abierta de «proceso constituyente», por el de un más simplificado y engatusador (por su más tangible y concreto apego a la *realpolitik*) debate respecto a la pertinencia o no de una «nueva Constitución» y a la necesidad de que su conducción y control se apegase estrictamente a los cauces institucionales.

---

<sup>537</sup> Salazar, *La enervante levedad histórica de la clase política civil*, P. 79

<sup>538</sup> Aquí aludimos a la idea del proceso constituyente emparentándole con la idea de “imaginación radical” de acuerdo a la idea que de este último concepto maneja Cornelius Castoriadis. Mientras que de la manera en la que la idea de “nueva Constitución” ha sido insertada por los poderes fácticos de forma aprisionada en la legalidad vigente como una capacidad mental meramente combinatoria o asociativa, la idea abierta de “proceso constituyente” nos conduce a la estela de la “imaginación radical” como una especie de creatividad que abre nuestras mentes y cuerpos al reino de la inteligibilidad desde la imaginación meramente mecanicista que reproduce, imita, o combina de acuerdo a reglas, y que lleva consigo la invención o la creación, que es la capacidad de generar imágenes no solo en un sentido visual, sino que en un “sentido general” que incluye la creación de “significados e instituciones”, pues en efecto, pensar en el proceso constituyente, abre un abanico de posibilidades en el campo político que escapa a la *realpolitik* habitual e invita la creación y reinención de los significados e instituciones, en lugar de permanecer ataviados a reproducir mecánicamente desde las reglas impuestas. Véase CASTORIADIS, Cornelius, *The Castoriadis Reader*, Blackwell publishers, 1997, Oxford, P. 319-337 (Radical Imagination and the Social Instituting Imaginary). Por otra parte, en orden a elaborar la idea de proceso constituyente como manifestación de la imaginación radical, he de agradecer a José Medina el haber llegado a estas ideas de Castoriadis, así como también a sus enriquecedores enfoques en los debates respecto a la imaginación y sus límites en el marco del Seminario de investigación que dictó en el master “Teoría y Crítica de la Cultura” de la Universidad Carlos III de Madrid, así como en consecutivos Workshops y seminarios. Véase más respecto a la imaginación radical en Medina, *The Epistemology of Resistance*, P. 270

En conjunto a defenestrar las posibilidades de la “imaginación radical” por medio de un proceso constituyente celosamente institucional, emerge la retórica tendenciosa de que “lo que importa es el fondo sobre la forma”, que prioriza en el debate el imperativo de discutir directamente el contenido concreto del nuevo cuerpo normativo (bajo cuya impetuosa prioridad se esconde el truco de sesgar epistémicamente a la Constitución como una realidad predominante y casi puramente jurídica), dejando fuera de la discusión (bajo la falacia de ser meramente “accesorios”) los aspectos relativos a la definición del mecanismo por el cual arribar a una nueva Constitución (y que, solapadamente, quedan a buen resguardo de la CPC). Adicionalmente, la participación concreta de la ciudadanía en la definición de los nuevos contenidos respecto del “fondo” se ve amenazada con quedar convertida por disposición del cronograma constitucional y su equilibrio de poderes en meras indicaciones generales no vinculantes que informarán al proyecto de nueva Constitución, cuya redacción definitiva dependerá del gobierno, el cual previsiblemente será asesorado por “expertos” en la materia dado el alto grado de tecnicismos envueltos en la tarea de redactar una Constitución. En definitiva, se corre el peligro de que la potencialidad de que el proceso por medio del cual las ideas sustantivas de la ciudadanía esbozadas por medio de su participación (que forman parte de un aprender-haciendo que progresivamente se va desarrollando por medio de la deliberación), quede en entredicho o lastrado al tecnificarse la idea de la Constitución, mermándose las posibilidades evolutivas y emancipatorias que trae aparejado el empoderamiento ciudadano.

Ya puestos con el cronograma del proceso constituyente, visto de manera superficial, hemos notamos que este da cuenta del propósito de aunar la voz y el orden institucional con la matriz participativa de la ciudadanía. Sin embargo, una observación más aguda al intrincado proceso constituyente trazado, nos da cuenta de que, a través del ordenamiento y oportunidad establecidos para el ejercicio de las agencias ciudadana e institucional, se ha predispuesto peligrosamente el escenario político a una nueva operación (algo más sofisticada) de gatopardismo, en la que desde luego se advierte lo que llamaríamos una «sobre-institucionalización» del proceso, apreciable en la excesiva y enrevesada complejidad del cronograma constituyente, dispuesto así con el afán de, como ya se ha dicho, que la clase política civil preserve un agudo control institucional del proceso. A continuación, quisiera dar cuenta de los mecanismos y oportunidades

específicas por medio de las cuales, de modos más directos o indirectos, de maneras más expuestas o soterradas, la CPC ha trazado el cronograma del proceso constituyente para arroparse de su conducción:

- 1) En primer lugar, para la primera etapa del proceso que hace un guiño a la participación ciudadana a través de mecanismos de democracia deliberativa y democracia directa, ya se puede percibir en su regulación una desconfianza y temor por parte del gobierno respecto de la ciudadanía apreciable en la primera maniobra del cronograma, referida a una paternalista fase de instrucción en “educación cívica y constitucional” dispuesta para preparar a la ciudadanía de cara a los diálogos ciudadanos, que además de desconocer los procesos de autoeducación populares que han ido aconteciendo desde largo tiempo (de los que dan cuenta iniciativas como las «Escuelas por la Asamblea Constituyente» impulsadas por el historiador Sergio Grez Toso), traen aparejado el peligro de fácilmente degenerar, al arbitrio de la CPC, en una soterrada manera de delimitar el campo de la deliberación ciudadana «permitida» en los «diálogos ciudadanos»;
- 2) En segundo lugar, en la siguiente etapa dentro de la fase de activa participación a desarrollarse a través de los denominados «diálogos ciudadanos», las suspicacias de la CPC (y en específico del gobierno) respecto del potencial de la participación ciudadana se manifiestan, a nuestro entender, por a lo menos dos vías:
  - a) La primera es que, con el propósito de “acompañar el proceso para garantizar su transparencia y equidad”, se ha determinado la necesidad de crear un «Consejo Ciudadano de Observadores», comandado por un grupo de distinguidos ciudadanos “de reconocido prestigio”<sup>539</sup> nombrados por la Presidenta, pero que fácilmente puede acabar orientándose soterradamente como un organismo de control y restricción

---

<sup>539</sup> Donde, inevitablemente, aquella categorización de “distinguidos”, siguiendo la proclama de Mark Twain respecto a que «la historia no se repite, pero rima» o la de Karl Marx en *El Dieciocho Brumario de Luís Bonaparte*, en cuanto a que «la historia se repite, primero como tragedia y después como farsa», nos trae reminiscencias de los “Notables” que apoyaron a Arturo Alessandri para sacar adelante su proyecto que acabo siendo la Constitución de 1925, de acuerdo a lo que analizamos en el excuso del Capítulo I.

de las posibilidades deliberativas de los diálogos que excedan los presupuestos deseados por el gobierno y la CPC<sup>540</sup>;

- b) Como segunda vía, por la clase de consideración no vinculante que se le pretende dar a la opinión expresada por las personas en los «diálogos» y que constituirán al final del todo las llamadas “bases ciudadanas para la nueva Constitución”, respecto de cuyo alcance, las declaraciones del Ministro de la Secretaría General de la Presidencia y «Coordinador Administrativo» del proceso constituyente, Nicolás Eyzaguirre, no han dejado lugar a dudas: “de los cabildos no va a salir una Constitución, se va a tener una especie de lista de preferencias y de deseos”, tras cual subrayó que “sería ilusorio pensar que por el mero proceso de convergencia deliberativa usted va a llegar a una Constitución, porque eso tiene una cantidad de tecnicismos que no son propios de un proceso de convergencia deliberativa”<sup>541</sup>, con lo cual la discusión del efectivo proyecto constitucional, en los hechos, quedaría servido (una vez más) para ser desarrollado por los “expertos constitucionalistas”;

- 3) Ya en las etapas posteriores del cronograma, el control institucional del proceso se vuelve más directo y evidente, quedando en manos del Ejecutivo y del Congreso (con su presente composición y, eventualmente, en su futura

---

<sup>540</sup> A lo largo del cumplimiento de las sesiones del Consejo de observadores y transcurrida la primera etapa del itinerario, ad portas de que comiencen los «diálogos ciudadanos», se ha visto que el mayor peligro en torno al Consejo de observadores lo constituye el ánimo evidente del gobierno de inmiscuirse y colonizar las funciones y roles que debe cumplir este órgano. Esto se ha apreciado recientemente a través de la renuncia el 4 de abril de 2016 de uno de los observadores, el empresario de la Araucanía y ligado a la oposición, José Miguel García, quién ha acusado que “somos producto de una negociación política que no conocemos, y a ratos siento que estamos siendo decorativos”, a propósito de la idea de que “el gobierno ya tendría resuelto el diseño de todo el proceso y que la visión del consejo no sería decisiva”. Véase “Consejo de observadores sufre primera renuncia tras diferencias con La Moneda” en diario *La Tercera*, 5 de abril de 2016. Disponible en:

<http://www.latercera.com/noticia/politica/2016/04/674-675208-9-consejo-de-observadores-sufre-primera-renuncia-tras-diferencias-con-la-moneda.shtml>

<sup>541</sup> Véase “Eyzaguirre adelanta detalles de la primera fase del proceso constituyente”, entrevista a Jaime Eyzaguirre realizada por Alejandro Trujillo y Gloria Faúndez en diario *La Tercera*, 25 de Octubre de 2015. Disponible en:

<http://www.latercera.com/noticia/politica/2015/10/674-652912-9-eyzaguirre-adelanta-detalles-de-la-primera-fase-del-proceso-constituyente.shtml>



composición) las etapas sustantivas del proceso constituyente, quedando las labores repartidas de la siguiente manera:

- a) Tratándose del Ejecutivo, este, por un lado, habrá de presentar un proyecto de reforma constitucional, para habilitar al siguiente Congreso de 2017 para determinar el mecanismo sustitutivo de la nueva Constitución de entre aquellos sugeridos en el proyecto de reforma, en tanto que, por otro lado, habrá también de recibir “la lista de deseos y preferencias ciudadanos” para articular en base a su superior criterio «experto» la redacción, bajo su puño y letra, de un proyecto de nueva Constitución y;
- b) Tratándose del Congreso Nacional, como órgano institucional representativo de la colectividad nacional, con una repartición de labores que obedecerá a dos momentos distintos:
  - i. Hacia fines de 2016, con su actual composición (con binominal), debiendo aprobar por un discutible quórum de 2/3 de diputados y senadores en ejercicio, el proyecto de reforma constitucional que habilitaría al siguiente Congreso para determinar el mecanismo según el cual desarrollar una nueva Constitución, y;
  - ii. En 2018 –y en la medida de que haya acontecido la condición suspensiva de la aprobación del proyecto de reforma constitucional reseñada en el punto i.– el Congreso, con su futura composición a propiciarse con las elecciones parlamentarias de 2017 (que por medio de la suma compuesta por un nuevo sistema electoral proporcional, una nueva ley de partidos políticos y una nueva ley de financiamiento electoral de partidos, le dotarán en palabras de Bachelet –por la sola sustitución de la antigua regulación– de una “mayor legitimidad, representatividad y transparencia”) se encargaría de discutir y aprobar por un quórum de 3/5 de diputados y senadores en ejercicio, alguno de los 4

mecanismos dispuestos por el proyecto de reforma constitucional para dictar una nueva Constitución.

En resumen, atendiendo al rumor que propiciaba el excurso del presente capítulo; a los acontecimientos históricos, expuestos a través del excurso del primer capítulo; y sobre todo, atendiendo al crecimiento en el panorama de la política actual de los dos grandes actores sociales referidos al mercado y la globalización de las decisiones estratégicas del mercado y a la sociedad civil a través del empoderamiento de las comunidades territoriales de base local, resulta comprensible que la CPC (pese a su deslegitimación social pero detentando todavía su posición de poder) se comporte endogámicamente resguardando para sus «profesionales» el «campo político»<sup>542</sup> por medio de una nueva gran operación de gatopardismo, conducida a través del diseño de un itinerario de proceso constituyente meticulosamente preparado para preservar su poder, capaz de conquistar un cierto margen de legitimidad por medio del sucedáneo deliberativo compuesto por los «diálogos ciudadanos» (que ninguna potencia vinculante tienen en contraposición a una Asamblea Constituyente) y que probablemente sea capaz de culminar con la producción de una nueva Constitución ungida con el sello del gatopardismo chileno, que será proclamada como el fruto de un “gran acuerdo” que habrá de establecer un supuesto “nuevo comienzo” de la democracia chilena, y que sin embargo, bajo la mirada atenta de la ciudadanía no tendrá mayor consistencia que el gatopardismo de que “todo cambia para que nada cambie”.

Todo parece encaminado a refrendar, por enésima vez, que el motor principal que moviliza la agencia de los políticos profesionales tiene su adecuada caracterización en lo que Bourdieu ha señalado en cuanto a que “una parte muy importante de las acciones que realizan los políticos no tiene otra función que la de reproducir el aparato, y reproducir a los hombres políticos reproduciendo el aparato que garantiza su reproducción”<sup>543</sup>. De allí que una vez más, nos enfrentemos al paradójico «peso» de la levedad de la CPC.

---

<sup>542</sup> Pienso a este punto en la caracterización hecha por Pierre Bourdieu respecto a la clase política, al definir al «campo político» como ese “pequeño mundo social relativamente autónomo en el interior del gran mundo social” que descansa, tal como las religiones, sobre una brecha entre profesionales y profanos, de acuerdo al cual los profanos están excluidos del orden político, pues la política les pertenece en exclusiva a los políticos como únicos interpretes legitimados para hablar de ella. Véase BOURDIEU, Pierre, *El campo político*, Plural editores, 2001, La Paz. P. 10-15

<sup>543</sup> Bourdieu, *El campo político*, P. 20-21

## 2. LA EFECTIVA POTENCIA DEL AUTOCONOCIMIENTO

*¿El verdadero peligro?: el abismo que  
existe entre la inteligencia de que  
disponemos y la magnitud y la frecuencia  
de los problemas.*

W.G. SEBALD

La encrucijada que con su omisión dejó servida el excurso y que con la puesta en marcha del itinerario del proceso constituyente viene a precipitarse, tiene que ver con la potencial fricción que se puede producir a través del intercambio deliberativo en la fase de los «diálogos ciudadanos» a través de la irrupción de voces que históricamente han estado marginadas de los espacios relativos a la construcción de los horizontes de significación. Hemos dicho al dar cuenta de la *enervante levedad de la CPC* como un factor fundamental para considerar las posibilidades (aunque sobre todo, los límites) de la «transición invisible» que, de todas maneras, el espacio de posibilidades conferido por la institucionalidad a la fase de participación ciudadana carece en su diseño de un carácter vinculante que exceda la caracterización a la que las mismas voces del gobierno han relegado a su producto, como poco más que un receptáculo de “intenciones y deseos” que serán tomados vagamente en consideración al momento de la efectiva redacción del proyecto de nueva Constitución.

El asunto que nos convoca en este punto nos invita a posicionarnos frente a este escenario en los pies de la ciudadanía. Este ejercicio de imaginación bien podría exceder la fricción y posibilidades a las que el diseño del proceso constituyente ha circunscrito su potencialidad, haciendo que la pequeña ventana de participación ciudadana referida a los «diálogos ciudadanos», gracias a su carácter de todas maneras novedoso (para una sociedad en la que la participación ciudadana ha estado constreñida nada más que al voto individual sin deliberación propio de las elecciones periódicas de representantes), consiga superar los pronósticos en ella depositados provocando un escenario en el que, por un lado, resulte impresentable, imposible y hasta riesgoso de cara al curso progresivo del itinerario, que la minoría parlamentaria bloquee la reforma constitucional referida a la habilitación conferida al próximo Congreso para determinar

el mecanismo para establecer una nueva Constitución y en el que, por otro lado (quizás más importante), quede demostrado que la ciudadanía es capaz ella misma de deliberar a tal punto que resulte plausible pensar que ella misma pueda conferirse una nueva Constitución, de manera que el mecanismo acabe siendo el de una Asamblea Constituyente.

Si bien este escenario que hemos imaginado parece, a priori, improbable, me permito recordar un ejemplo relativamente reciente de la historia chilena en el cual, convocada la ciudadanía a participar más allá de las posibilidades a las cuales estaba constreñida, su efectiva participación logró superar los pronósticos que en aquel momento se esperaban: me refiero al histórico plebiscito del “Sí o No” de octubre de 1988, tendiente a determinar la continuidad de Pinochet al mando de la presidencia del país. Atendido a que Chile era una dictadura desprovista de cualquier tipo de participación ciudadana, la ventana que abrió el plebiscito determinó en su momento la apertura de registros electorales y una masiva inscripción ciudadana<sup>544</sup> en la que acabó participando un alto porcentaje de la ciudadanía decantándose por el resultado más improbable de acontecer ante un escenario predeterminado por las condiciones de la dictadura: el triunfo del “No” a la continuidad de Pinochet que, más allá de que la «transición a la democracia» haya dado paso, en forma soterrada en los hechos a una operación de gatopardismo<sup>545</sup>, sí que puede ser observada imperecederamente como un ejercicio loable y ejemplar de participación ciudadana, que logró sobreponerse al miedo paralizante propio de la vida bajo las condiciones de una dictadura brutal y contrariar con su mayoritario “No” al “Sí” que representaba la voluntad dictatorial e institucional, incuestionable hasta aquel entonces.

De acuerdo a otra lectura, nuestro ejercicio de imaginación supondría, además, situarnos en lo que Fernando Broncano calificaría como «el dilema del teórico del poder»: “o desprecia la imaginación como capacidad crítica y transformadora, acudiendo al argumento de que también la imaginación (o quizás sobre todo la imaginación) está conformada por las relaciones de poder y por ello no es más que una forma ideológica o, por el contrario, tiene que admitir que hay formas de subjetividad

---

<sup>544</sup> Para un análisis más detallado de lo que aquí presentamos nada más que como un ejemplo, véase el Capítulo I de esta investigación.

<sup>545</sup> Véase Moulian, *Chile actual: anatomía de un mito*.

autónomas que producen transformaciones notables en el conjunto de las relaciones sociales, obligándose, por tanto, a revisar de manera sustancial el concepto del poder”<sup>546</sup>, dilema que, puesto en otros términos, nos invitaría a dejar atrás el desprecio a la imaginación (como capacidad crítica y transformadora) envuelto en el diseño “sobre-institucionalizado” del itinerario constituyente conducente a sujetar en sus etapas determinantes a que una nueva Constitución acabe siendo delimitada por las mismas voces de siempre (una élite configurada por los poder económico, la CPC y los «expertos» afines a los anteriores) por temor a las relaciones de poder y la ideologización que potencialmente envuelve a la imaginación; para creer en cambio que desde la polifonía de una representatividad heterogéneamente amplia de las nuevas subjetividades envueltas en la «transición invisible» bien se podrían suceder transformaciones notables (como aquellas a las que podría dar lugar una Asamblea Constituyente a la que no se le cortaran las alas) que en efecto, invitarían a revisar sustancialmente la idea de poder.

Dicho todo lo anterior, frente a la posibilidad de dar el salto desde una imaginación a otra, pero sin querer persistir en algo tan volátil como la imaginación de posibles escenarios, lo que en este acápite quisiéramos cuestionarnos es, tal como reza su título, evaluar *la efectiva potencia del autoconocimiento* que como ciudadanía poseemos y en cuya potencia eventualmente se podrían volcar las esperanzas respecto a escenarios que ensanchan los escenarios imaginables. Para proceder a un análisis respecto del autoconocimiento ciudadano y sus posibilidades quisiéramos atender, primero, a un sentido del autoconocimiento que nos conduce a una cierta aporía de nuestra imaginación de cara al futuro, en tanto que, seguidamente, quisiéramos también atender a la idea de autoconocimiento como el sustrato de la memoria y la historia común construida, recapacitando respecto a los procesos de reescritura del pasado y su grado de encarnación en la conciencia presente.

---

<sup>546</sup> Broncano, *La melancolía del ciborg*, P. 256-257

En relación al primer aspecto que nos hemos trazado respecto al autoconocimiento, este refiere a una cierta aporía que se presenta en el ejercicio de la imaginación política, concerniente a la dificultad intrínseca que entrañan la posibilidades de nuestro autoconocimiento presente para “valorar situaciones concretas que aún no son y que quizá nunca lo sean, pero que están potencialmente en el campo de nuestras posibilidades”. Y esto en razón de que existe, por una parte, la imposibilidad de prever por completo los resultados de la acción humana libre, puesto que “dependen en parte del mundo y en parte también de cómo el devenir de la acción cambia al propio sujeto que enuncia el juicio”, y, por otra parte, también de la consideración respecto a que “la acción humana tiende a ser creativa y a producir hechos, artefactos, o instituciones radicalmente nuevos que están solo potencialmente en la existencia, pero que cuando se hacen presente transforman radicalmente las condiciones de existencia”. Teniendo presente esta aporía, consideramos que un límite de cordura que ha de autoimponerse en todo momento la agencia que pueda potencialmente desplegar la ciudadanía de la «transición invisible», cual incómodo rezumbar de una mosca que vuela alrededor de nuestra cabeza, ha de referir a la formulación persistente de las siguientes preguntas: “¿cómo podemos entonces juzgar como adecuadas o inadecuadas nuestras acciones bajo las condiciones de libertad y novedad?, ¿cómo podemos juzgar como valioso un mundo por venir que aún no conocemos y que quizá deseemos o temamos, y en el que nos proyectamos desde un mundo presente que conocemos y que por ello queremos cambiar?”<sup>547</sup>.

Esta autolimitación que nos ponemos a la hora de desplegar nuestra agencia ciudadana no debiera ser tomada a la ligera, si consideramos no ya solo el doloroso pasado reciente de nuestra experiencia local común, sino que considerando, más allá de las fronteras domésticas, la experiencia común que como humanidad arrastramos y que solo acotándola al siglo recién pasado tantísimas manchas oscuras ha dejado en nuestra estofa moral. Solo por atender a uno de los numerosos ejemplos que pueden estar al alcance de la memoria, pienso ahora en los llamados «socialismos reales».

---

<sup>547</sup> Broncano, *La melancolía del ciborg*, P. 236-237

Reflexionando en torno a esta clase de aporías de la imaginación (que en lugar de conducir a bien intencionadas utopías puede fácilmente devenir en horrorosas distopías), parece muy atinente la reflexión que Milan Kundera ejercitaba en *La insoportable levedad del ser*, referida al efectivo autoconocimiento que los regímenes comunistas de Europa Central tenían en relación a los efectivos desenlaces a los que condujeron a sus países, pues no debía escaparse el hecho de que “los que crearon estos regímenes criminales no fueron los criminales, sino los entusiastas, convencidos de que habían descubierto el único camino que conduce al paraíso. Lo defendieron valerosamente y para ello ejecutaron a mucha gente. Más tarde se llegó a la conclusión generalizada de que no existía paraíso alguno, de modo que los entusiastas resultaron ser asesinos”. Durante la *Primavera de Praga*, continua la prosa de Kundera, las acusaciones sobre los comunistas no cesaron en recriminarles su responsabilidad respecto de las desgraciadas condiciones de vida de los checoslovacos: empobrecimiento, carencia de independencia (al haber ingresado en la órbita de control de Rusia) y terrorismo estatal desatado por medio de asesinatos judiciales por doquier, frente a lo cual los acusados respondían “¡No sabíamos! ¡Hemos sido engañados! ¡Creíamos de buena fe! ¡En lo más profundo de nuestra alma, somos inocentes!”. Como se aprecia, la defensa de los acusados por este tribunal de la historia aduce una y otra vez el problema del autoconocimiento anclado al tiempo presente y su intrínseca miopía a la hora de definir el devenir. Y si hay algo que la historia nos enseña es que en estos casos opera por regla general, casi como un dogma o ley natural, la irresponsabilidad política intergeneracional de los bienintencionados perpetradores, que han legado el piso existencial futuro que acabará siendo el presente de las generaciones venideras animadas a transformarle de cara al porvenir (arrastrando todas las generaciones consigo, la aporía intrínseca de la imaginación en cuanto a la certidumbre de la proyección del futuro) y casi siempre imposibilitadas de ajusticiar a los perpetradores de su presente.

Más que un llamado a la inacción, esta reflexión pretende que actuemos bajo el signo de lo que creemos advertir en el trasfondo de la transformación epistémica que hemos ido denominado «transición invisible» referida al desarrollo, al margen de la heterogeneidad que expresa la ciudadanía contemporánea, de un aspecto común en sus subjetividades, referida a alcanzar aquella tonalidad que Carlos Thiebaut ha definido con la figura del «Sujeto poscreyente y reflexivo», que convierte sus creencias morales

en creencias reflexivas (que podríamos también definir como *poscreencias*) de acuerdo a las cuales nos relacionaríamos reflexivamente con nuestras creencias, sin que este proceso signifique que abdicemos de los contenidos de nuestras creencias, sino que más bien apuntaría a analizar “que tales contenidos son el resultado de un proceso de aprendizaje que subyace y determina su validez y que depende de procesos de interacción en los que es determinante la adopción del lugar del otro”, con lo cual somos, consiguientemente, conscientes del falibilismo de nuestras creencias de hecho sostenidas, permitiéndonos de esta forma comprender en qué maneras podemos modificarlas<sup>548</sup>. Y es que los sujetos de la «transición invisible», tienen por terreno la “idea de «proceso de aprendizaje» –siempre contingente, siempre histórico–”, de la misma manera que Thiebaut identifica a este proceso como “terreno del poscreyente”, en razón de que “es el aprendizaje histórico de determinadas conductas y sensibilidades el que ha posibilitado la formulación de juicios normativos crecientemente justos, atentos a la libertad y a la igualdad de todos” con lo cual “ese aprendizaje (...) muestra el carácter experiencial del que parte, precisamente, la pregunta por la validez de la esfera normativa pública”<sup>549</sup>.

En atención a la conciencia del falibilismo de las creencias que como poscreyentes sostenemos, es que, cuando atendemos a las «posibilidades» de la «transición invisible» esquivamos la tentación de querer proponer programas específicos de desarrollo futuro, circunscribiendo el propósito de nuestros alcances a la transformación de las concepciones epistemológicas de la política, en pos de sustituir o cuanto menos agregar una nueva dimensión al *ethos* administrativista de la política, centrado en la gestión de lo posible, por medio de un nuevo *ethos* imaginativo de lo que aun no ha sido imaginado, que busca escarbar y crear posibilidades políticas más allá de los constreñidos horizontes de agencia política ciudadana. Esto implica que la ciudadanía, por medio de su transformación epistémica persigue el objetivo de procurarse unas mejores condiciones de participación que sustituyen la neutralización de su agencia política, por la habilitación del despliegue de su agencia política. Esta precaución tiene que ver, además, con el propósito de evitar también el asunto siempre peliagudo de la aceptación y la manera (y dificultades) que arrastran el hacer valer las

---

<sup>548</sup> Véase Thiebaut, *Vindicación del ciudadano*, P.262-263

<sup>549</sup> Véase Thiebaut, *Vindicación del ciudadano*, P. 264



responsabilidades, sobre lo cual, nuevamente resultara ilustrador retomar a Kundera y la narración de *La insoportable levedad del ser*, pues podremos recordar que, a continuación del pasaje que hemos descrito, relativo a los dimes y diretes entre acusadores y acusados, aquella polémica quedaba anclada posteriormente en el imaginario social bajo la irresoluble sospecha escéptica encerrada en las preguntas de “¿En verdad no sabían? ¿O sólo aparentaban no saber?”, cuestionamientos respecto de los cuales, el personaje de Tomás, derivará un paso más, encaminado hacia la cuestión fundamental de la responsabilidad frente a la ignorancia y la idiotez: “¿es inocente el hombre cuando no sabe?, ¿un idiota que ocupa el trono está libre de toda culpa sólo por ser idiota? Respecto a tales preguntas, Tomás respondería que la irremediable culpa de los perpetradores residiría precisamente en los alegatos de defensa esbozados, referidos al “«¡no sabía!, ¡creía de buena fe!»”, recordando la historia de Edipo para tal argumentación, pues tampoco Edipo sabía que dormía con su propia madre y, sin embargo, cuando comprendió de que se trataba, se consideró asimismo como incapacitado para sentirse inocente, tras lo cual, no pudiendo soportar la visión de lo que había causado con su desconocimiento, se perforó los ojos marchándose de Tebas, ciego. La altísima exigencia ética en los alcances del *mea culpa* que imponía la interpretación de Tomás a la polémica nacional, expuesta con la cruda metáfora del «arrancarse los ojos edípico», se cristalizó al calor de la *primavera de Praga* en una declaración, publicada casi imperceptiblemente en la parte posterior de un periódico y mordazmente trasquilada por la censura, que sabremos más tarde, no tuvo precisamente por desenlace aquel que hubiera deseado Tomás, concerniente a sacudir la consciencia de los perpetradores del estado de cosas en el totalitarismo checo, sino que más bien, por el contrario, en el sentir de Tomás, le acabó acarreando repercusiones negativas exclusivamente sobre él<sup>550</sup>. Que la suerte que corriera Tomás haya estado corroída por

---

<sup>550</sup> La elocuencia de este pasaje describe precisamente aquel sentir de Tomás:

“Como si quisiera premiarlo por su decisión el redactor dijo:

—Aquel artículo sobre Edipo estaba muy bien escrito.

El hijo le dio la pluma y añadió:

—Hay ideas que son como un atentado.

El elogio que le hizo el redactor le había complacido, pero la metáfora utilizada por el hijo le pareció exagerada y fuera de lugar. Dijo:

—Lamentablemente ese atentado sólo me afectó a mí. Gracias a aquel artículo no puedo seguir operando a mis pacientes.

la pesadumbre, no debiera restar méritos a su reflexión, sino que, en cambio, ante la evidencia de una verdad incómoda que interpela –pública o privadamente– a los perpetradores, y anticipándonos al pesimismo que conlleva una cierta idea del eterno retorno nietzscheano, bien haríamos con atesorar el aprendizaje de los *¡Nunca más!* que este tipo de experiencias nos enseñan para precaver así nuevas y desoladoras «rimas» históricas.

#### RETOS DEL AUTOCONOCIMIENTO CONCERNIENTES A LOS PROCESOS DE REESCRITURA DEL PASADO Y SU GRADO DE ENCARNACIÓN EN LA CONCIENCIA PRESENTE

Un siguiente punto referido a la *efectiva potencia de nuestro autoconocimiento*, estaría vinculado al adecuado grado de autoconocimiento que respecto del pasado común existe, refiriéndonos en este caso desde una perspectiva revisionista, a un cúmulo de silencios o puntos ciegos anidados en la construcción del relato común del “nosotros” en Chile, que podrían determinar, por una parte, una cierto grado de ignorancia que, primero, impediría o cuanto menos, dificultaría unas mejores posibilidades de articular la imaginación que está en la base de las reivindicaciones perseguidas por la ciudadanía, estrechando intrínsecamente el horizonte de las posibilidades transformadoras de la imaginación, y que; segundo, podría generar una cierta debilidad para desarrollar las posibilidades de una política deliberativa a través de los intercambios dialógicos con el poder anidado en el statu quo anclado en la *realpolitik* dominada por la CPC en el momento de entrar en fricción con esta, a través de alguna «oportunidad política» entendida como aquellos momentos intensamente activos de «construcción social de la realidad» mediados por la posibilidad de una fricción, como se perfila acontecer con la fase de participación ciudadana activa referida a los «diálogos ciudadanos» del itinerario del proceso constituyente.

Este debiera ser un punto especialmente sensible si tenemos en consideración que la construcción del “nosotros” y de nuestro pasado común ha sido víctima de

---

La frase sonaba fría y casi hostil”. Véase KUNDERA, Milan, *La insoportable levedad del ser*, Tusquets Editores, 1985, México. Traducción de Fernando Valenzuela. (14, Quinta parte: la levedad y el peso)

sistemáticas injusticias epistémicas<sup>551</sup> vinculadas estrechamente a una de sus opacidades, compuesta por el privilegio epistémico con el que la levedad de la clase política civil ha contado para precisar los espacios y límites de la realidad socio-política, dotando a sus relatos de imperturbable historicidad. La existencia de este «privilegio epistémico» se nos ha ido volviendo evidente en cuanto, efectivamente, ser un privilegio, dada su posición ventajosa en un escenario cuyo sello es el desequilibrio, atendido a que hemos ido desarrollando una perspectiva crítica y escéptica respecto a cómo se ha ido contando predominantemente la Historia (oficial) del Chile contemporáneo a través de los relatos transicionales «visibles» que hemos identificado en el primer capítulo, y que, en el caso puntual de la «transición a la democracia» ha tendido a la uniformidad testimonial esgrimida a través de los *mass media* mediante los cuales la CPC se ha atribuido para sí misma el protagonismo de la conquista democrática, como osaba “refrescarnos la memoria” la Concertación (hoy Nueva Mayoría) frente a cada proceso electoral, por medio del mecanismo de hacer indisociables el triunfo del No en el plebiscito de 1988 con la icónica campaña política concertacionista de «la alegría ya viene» de lo que bien da cuenta la película «NO» dirigida por Pablo Larraín.

Siguiendo en el plano de las «injusticias epistémicas» y dejando de lado en este escenario caracterizado por los desequilibrios la posición del «privilegio epistémico», atenderemos ahora a su reverso constituido por los puntos ciegos derivados de las *voces olvidadas*. Respecto a este punto el filósofo norteamericano William James a sugerido que nosotros vivimos gran parte de nuestra vida como si estuviésemos muertos porque «nosotros vivimos nuestra vida a través del *sendero de la mínima resistencia*», a través de relaciones prefabricadas y confiando en categorías genéricas, cuyos genéricos significados nosotros tomamos prestados sin explorarles y permaneciendo en ellos. Frente a esto, José Medina advierte sobre el peligro de osificación, llamando a la

---

<sup>551</sup> Pienso en este punto, que las injusticias epistémicas que padece la construcción del nosotros en Chile, refiere a una mezcla de las dos categorías de injusticia epistémica elaboradas por Miranda Fricker, que refieren por un lado a las *injusticias testimoniales* y por otro lado a las denominadas *injusticias hermenéuticas*. “Las *injusticias testimoniales* ocurren cuando un prejuicio causa que un oyente de un nivel rebajado de credibilidad a la palabra de un hablante, en tanto que las *injusticias hermenéuticas* se producen en una fase anterior, cuando una brecha en los recursos de interpretación colectivos ponen a alguien en una desventaja injusta a la hora de dar sentido a sus experiencias sociales (...) Podríamos decir que la *injusticia testimonial* es causada por el prejuicio en la economía de credibilidad; y que la *injusticia hermenéutica* es causada por el prejuicio estructural en la economía de los recursos hermenéuticos colectivos”. Véase FRICKER, Miranda, *Epistemic Injustice. Power and the ethics of knowing*, Oxford University Press, 2007, Great Britain. P. 1 (la traducción es nuestra).

resistencia por medio de lo que él denomina *imaginación resistente*, que sería aquella que “está lista para enfrentar posibilidades relacionales que han estado perdidas, ignoradas, o que se mantienen aun por ser descubiertas o inventadas”<sup>552</sup>. A su vez, Medina ha señalado que las *imaginaciones resistentes* funcionan tanto retrospectiva como prospectivamente, afirmando seguidamente que “nuestras imaginaciones pueden ser conformistas o resistentes cuando ellas miran atrás a nuestro pasado, cuando ellas miran adelante a nuestro futuro, cuando ellas miran a su alrededor en nuestro presente, y cuando ellas miran hacia los lados dentro de realidades alternativas”, añadiendo que desde la perspectiva relacional de la imaginación sugerida por William James, “estas diferentes direcciones que la imaginación puede tomar están interrelacionadas y afectan las unas a las otras: las vías por las que nosotros imaginamos pasados, presentes, futuros y mundos alternativos se influyen unas a otras, teniendo cada una el potencial de abrir nuestros ojos a cosas que no habíamos visto antes”. Atendiendo nada más que al lado retrospectivo de la *imaginación resistente*, Medina pone en relieve que esta requiere a su vez de *memorias resistentes*, atendido a que “la memoria es siempre selectiva y está rodeada de olvido, así como la vista está rodeada de puntos ciegos. Pero hay algunas formas de olvido que nos perjudican individual y colectivamente. Estos incluyen el olvido de las experiencias de aquellos que no han sido oídos ni tomados en cuenta, pero también el olvido de las posibilidades perdidas de aquellos que no pudieron vivir sus vidas como hubieran querido vivirlas”<sup>553</sup>, frente a lo cual Medina propondrá un imperativo de interacción epistémica que para “recuperar perdidas u olvidadas posibilidades relacionales requiere de escuchar a nuevas voces, interactuar con perspectivas experienciales diferentes, y entrenar nuestros ojos y corazones para ver y sentir cosas a través de las diferentes perspectivas encarnadas y socialmente situadas de otros”<sup>554</sup>. El escuchar nuevas voces así como la interacción con otras perspectivas experienciales (entendidas todas estas como formas de reapropiación del pasado para nutrir nuestro autoconocimiento) han sido parte manifiesta del proyecto que ha llevado a cabo sostenidamente desde los años ochenta del siglo recién pasado la *Escuela de la Historia social chilena* encabezada por Gabriel Salazar. La propuesta de esta corriente, destinada a explorar y a escribir la historia de los sujetos populares –un inmenso vacío

---

<sup>552</sup> Medina, *The Epistemology of Resistance*, P. 299 (la traducción es mía)

<sup>553</sup> Medina, *The Epistemology of Resistance*, P. 299 (la traducción es mía)

<sup>554</sup> Medina, *The Epistemology of Resistance*, P. 299 (la traducción y el paréntesis en cursiva son míos)

hasta hace unas décadas atrás— se ha convertido hoy en un campo de investigación de exponencial crecimiento e interés que ha contribuido a subsanar parcialmente la situación de injusticia epistémica. A través de un amplio abanico de investigaciones centradas en reconstruir el pasado a través de la recuperación de múltiples voces que habían sido sistemáticamente excluidas del relato común, la «Escuela de la Historia Social» (a la que también se alude como «Nueva historia») ha ocasionado significativas *fricciones epistémicas*<sup>555</sup> en distintos planos:

### 1) *El Manifiesto de Historiadores*

En primer lugar, debiéramos partir por enunciar la fricción epistémica que comenzó a poner en conocimiento de la opinión pública la existencia misma de esta «Nueva Historia», cuya difusión podríamos señalar se desató con ocasión de la aparición del denominado *Manifiesto de historiadores* publicado originalmente en el diario *La Segunda* de 2 de Febrero de 1999, *Diario La Nación* de 4 y 5 de febrero de 1999 y *Punto Final* del 5 al 18 de febrero de 1999. Desde que se había reanudado la democracia hasta el momento de la detención de Pinochet en Londres en 1998, la política interior de los gobiernos democráticos de la Concertación (bautizada como «política de los acuerdos»), sobre la base de una especie de «borrón y cuenta nueva» se había caracterizado, a grandes rasgos, por propender exclusivamente a alcanzar forzados consensos<sup>556</sup> (evitando o escondiendo paralelamente los efectivos disensos

---

<sup>555</sup> “Las fricciones epistémicas son la evitación activa de la resistencia de ‘otros’ epistémicos (a veces incluso la negación de su capacidad de estos para ofrecer resistencia)... involucran la contestación mutua de diferentes saberes normativos estructurados; esta interroga a las exclusiones, descalificaciones, y hegemonías epistémicas. La fricción epistémica es reconocida y celebrada en las perspectivas pluralistas de nuestras negociaciones epistémicas y de nuestras vidas cognitivas, pero no toda clase de pluralismo epistémico da sitio a la fricción epistémica de la misma manera”. Véase Medina, *The epistemology of resistance*, P. 56, 281 (la traducción es mía).

<sup>556</sup> En este sentido, Moulian ha caracterizado a la «política de los acuerdos» y específicamente a la idea de consenso sobre la cual se erige como “la etapa superior del olvido... la presunta desaparición de las divergencias respecto de los fines... el olvido del lenguaje propio, la adopción del léxico ajeno... Consenso es la enunciación de la supuesta, de la imaginaria armonía... El consenso es un acto fundador del Chile Actual... la declaración del consenso manifiesta discursivamente la decisión del olvido absoluto... El anuncio y continua glorificación del consenso, la gran novedad discursiva del Chile Actual, tiene estrecha relación con las estrategias de blanqueo, con la construcción de la imagen del Chile Modelo. Forma parte de la fabricación de un montaje, el del milagro de Chile. Ese milagro consiste en la demostración de que se podía pasar de la desconfianza y de la odiosidad del período de la lucha, al acuerdo perfecto de la transición... El consenso es la resultante de una mimesis, de la desaparición del Nosotros en el Ellos. No es entonces una estrategia de ajuste del deseo al principio de realidad. Constituye un reconocimiento de culpa, la declaración de la irracionalidad y el utopismo de nuestros deseos esenciales del pasado, para reconocer que en la sociedad de Pinochet existieron núcleos racionales

existentes, propios de una sociedad plural), dirigiendo la mirada únicamente en un estrecho sentido prospectivo de cara al futuro, aprovechando el discurso exitista desarrollado sobre las bases del sostenido crecimiento económico que experimentaba el país (sesgadamente observado en términos de macroeconomía), en tanto que, respecto de las cuentas con el pasado escabroso, se pretendía superar el tema considerándolo como zanjado por la institucionalidad a través del Informe de la Comisión Rettig confeccionado con celeridad nada más al reanudarse la democracia.

El *Manifiesto de historiadores* apareció durante el sensible contexto político en el que, por la fuerza de la contingencia, quedó interrumpida la vocación amnésica de la institucionalidad, aflorando las tensiones políticas polarizantes que respecto al pasado reciente permanecían artificialmente invisibilizadas y que, cual reciente herida apresuradamente suturada, volvía a abrirse, derramando sangre por doquier con la detención de Augusto Pinochet en Londres. El *Manifiesto* se alzaba entonces como una manera de contrarrestar a la campaña de limpieza de imagen que los adherentes del ex-General enarbolaron, puesto que precisamente el *Manifiesto* acusaba la recrudescida tendencia de algunos sectores de la sociedad nacional para “manipular y acomodar la verdad pública sobre el último medio siglo de historia de Chile, a objeto de justificar determinados hechos, magnificar ciertos resultados y acallar otros; casi siempre con el afán de legitimar algo que difícilmente es legítimo y tornar verdadero u objetivo lo que no lo es, o es sólo la autoimagen de algunos grupos”, auxiliados para ello “por el acceso que estos sectores y grupos tienen, de modo casi monopolístico, a los medios masivos de comunicación, lo que les permite, por la vía de una extensa e impositiva difusión, dar una apariencia de verdad pública a lo que es, en el fondo, sólo expresión históricamente distorsionada de un interés

---

básicos... Entonces, el consenso consiste en homogeneización... implica la desaparición del Otro, a través de la fagocitación del Nosotros por el Ellos. La política ya no existe más como lucha de alternativas, como historicidad, existe solo como historia de las pequeñas variaciones, ajustes, cambios en aspectos que no comprometan la dinámica global...El consenso se convirtió en una conminación al silencio. Romperlo significaba situarse en un terreno dramático, cuya violación sería atentar contra el proceso, dañarlo....En realidad tras la noción de consenso, extraída de las teorías contractualistas, se quiere opacar una realidad, la ausencia de historicidad, mientras no se haga trizas o caduque el marco institucional. En verdad se está ocultando el futuro petrificado”. Véase Moulian, *Chile Actual: anatomía de un mito*, P. 42-46.

privado”<sup>557</sup>. Aquel “interés privado”, argumentaba el *Manifiesto*, había manipulado ostensiblemente el juicio histórico respecto de: a) el proceso democrático anterior al golpe militar de 1973; b) el proceso político bajo condiciones de dictadura que le siguió (1973-1990) y; c) respecto de los problemas de derechos humanos y soberanía suscitados durante y después de la dictadura. El *Manifiesto* observó que tal manipulación guiada por dicho “interés privado” había obrado a través de distintas manifestaciones que le materializaron, dentro de las cuales denunció, en primer lugar, a la difundida «Carta a los Chilenos» de Pinochet (como forma más extrema y simple de manipulación); en segundo lugar, a los «Fascículos» publicados por el historiador Gonzalo Vial en el diario *La Segunda* (la versión de la manipulación más historiográfica y profesional) y; en tercer lugar, a los alegatos, explicaciones y justificaciones esgrimidas ‘ante las cámaras’ por miembros de la clase política civil y de la clase política militar respecto a las graves cuestiones de derechos humanos y soberanía que se ventilaban por ese entonces, sobre todo, en la Cámara de los Lores de Inglaterra (manipulación que constituía la versión más coyuntural y pragmática)<sup>558</sup>. El *Manifiesto* generó una repercusión pública importante que desencadenó, por una parte, la contraofensiva airada del historiador Gonzalo Vial a través de su respuesta publicada en el diario *La Segunda* titulada “Reflexiones sobre un manifiesto”<sup>559</sup>, que posteriormente fue seguida de una avalancha de nuevos adherentes al *Manifiesto* que se sumaron a los 11 firmantes originales (incluida una carta de adhesión de académicos de instituciones Norteamericanas) y finalmente, la publicación de un volumen que inauguró la colección de «libros del ciudadano» (de bolsillo, de masivo tiraje y a bajo costo) de la Editorial LOM que reunió además en su compilación varias posiciones sugerentes en torno al debate sobre el desarrollo de la historia

---

<sup>557</sup> “Manifiesto de historiadores” en GREZ TOSO, Sergio y SALAZAR, Gabriel (Compiladores), *Manifiesto de Historiadores*, Lom Ediciones, 1999, Santiago de Chile. P. 5

<sup>558</sup> Grez Toso, Sergio y Salazar, Gabriel (Comp.), *Manifiesto de Historiadores*, P. 6

<sup>559</sup> Véase VIAL, Gonzalo, “Reflexiones sobre un manifiesto” en diario *La Segunda*, 12 de Febrero de 1999. Nótese además que en el volumen editado por LOM con *Manifiesto de historiadores*, se pretendió acompañar en su cuerpo el escrito de Gonzalo Vial, “quién no autorizó la publicación de su texto por tener «como regla no reproducir en forma de libro sus artículos periodísticos sobre ciencia histórica»”, tal como da cuenta la página en blanco dentro del volumen de LOM que únicamente contiene el título del texto de Vial y la nota explicativa recién reproducida. Véase, Grez Toso, Sergio y Salazar, Gabriel (Comp.), *Manifiesto de Historiadores*, P. 27.

contemporánea animado por la irrupción del *Manifiesto de Historiadores*. La manipulación sectorial de la verdad histórica en las maneras y por los medios de publicidad descritos, y particularmente, la naturaleza de los descargos hechos por parte de Gonzalo Vial<sup>560</sup>, sin ser causas determinantes de su emergencia, sí que han sido, a nuestro parecer, un revulsivo importante<sup>561</sup> para la articulación decidida de la «Nueva Historia» o «Escuela de historia social», y que tendría como próximo hito la aparición en 1999 de la colección de *Historia Contemporánea de Chile* de co-autoría de Gabriel Salazar y Julio Pinto, colección que desplegaría a sus anchas la perspectiva historiográfica de la «Nueva historia», contando hasta la fecha con numerosas reimpresiones que le han catapultado dentro de los libros más requeridos del catálogo de la editorial LOM.

## 2) La «afirmación de la afirmación»

En lo sucesivo, las fricciones epistémicas que la Escuela de Historia Social ha desencadenado, han referido a que el enfoque historiográfico de los sujetos populares, además de desarrollarse con seriedad y sistematicidad<sup>562</sup>, que le han permitido ganarse un espacio importante así como un respeto transversal dentro

---

<sup>560</sup> Quién en sus «reflexiones sobre un manifiesto», haciendo gala de una actitud llena de soberbia declaró en forma autorreferencial que es “el historiador conservador (*quien*) hace el trabajo pesado y los científicos de izquierda vagan en el liviano aire de las generalidades”. Véase Vial, “Reflexiones sobre un manifiesto”.

<sup>561</sup> Al margen del debate ocasionado por la irrupción del *Manifiesto* y de la detención de Pinochet en Londres, consideramos que otros antecedentes que hemos omitido y que han sido también determinantes para favorecer un cierto quiebre epistémico favorable al despliegue de la nueva historia han sido, en primer lugar, los enfoques críticos desde la perspectiva de los sujetos populares desarrollados por el previo trabajo historiográfico de Gabriel Salazar, fundamentalmente a través de sus obras *Labradores, peones y proletarios* de 1985 y *Violencia política popular en las “grandes alamedas”* de 1990; y en segundo lugar, la aparición en 1997 del libro *Chile Actual: anatomía de un mito* de Tomás Moulian que fue probablemente la primera obra que enfáticamente y con gran revuelo denunciaba la naturaleza «gatopardista» de la institucionalidad chilena postdictatorial, marcando un punto de inflexión para investigar desde su piso epistémico el pasado reciente.

<sup>562</sup> Que, junto con atender a la heterogeneidad variada de especificidades de los sujetos populares también les ha contemplado con rigurosidad como sujetos insertos en una determinada realidad socio-política. En efecto, en los 5 tomos que componen la *Historia contemporánea de Chile* de co-autoría de Gabriel Salazar y Julio Pinto, y quizás particularmente en sus tomos I y III (*Estado, legitimidad y ciudadanía* y *la economía: mercados, empresarios y trabajadores*) se aprecia fuertemente el dialogo constante entre el sujeto y el entorno que constituye su suelo existencial, este último, descrito con una rigurosidad científica que nada tiene que ver con aquella actitud del científico de izquierda que “vaga en el liviano aire de las generalidades propio de los científicos de izquierda”, de acuerdo a los postulados de Gonzalo Vial.



de las ciencias sociales, ha logrado también desembarazarse de una buena parte del sesgo reductivamente homogeneizante con el que la interpretación de la historiografía social de izquierda tradicional y la historiografía social de orden institucional “daban voz”<sup>563</sup> a los sujetos populares hasta antes de la irrupción de esta corriente de «Nueva historia social» en los ochentas. Estas orientaciones historiográficas previas a la «Nueva historia» se avocaban en exclusiva al estudio de las clases obreras asalariadas que recibían la privilegiada consideración historiográfica únicamente en atención a ser actores sociales con una fuerte ideologización política de los partidos de izquierda afín a la perspectiva de los historiadores<sup>564</sup>, con lo cual el rescate de las voces populares excluidas quedaba reducido casi por completo al puro imaginario obrero, que encima, como se ha dicho, quedaba subyugado al lenguaje propio de la izquierda tradicional caracterizado por la negatividad, según el cual la rebeldía obrera quedaba entendida únicamente como *negación de la negación*<sup>565</sup>. A propósito de la superación del sesgo de izquierda tradicional que despojaba de historicidad a los sujetos populares ajenos al paradigma del «obrero políticamente organizado», a través, precisamente de la inclusión de otras voces, otra fricción epistémica se ha ido desencadenando pues, al escapar de la dimensión interpretativa de exclusiva resistencia ejemplarizada por la *negación de la*

---

<sup>563</sup> Respecto a la historia social desarrollada desde la perspectiva de izquierda tradicional, intencionadamente señalo que “daba voz” al espectro de sujetos populares que componían la clase obrera, en el sentido de enunciar un cierto distanciamiento vertical, dirigido exclusivamente desde la cúspide, entre historiador y sujeto estudiado, lo cual suponía que necesariamente la forma de enunciarse de estos sujetos quedase encorsetada en el lenguaje de izquierda tradicional del historiador. En contraste a ello, en la perspectiva de la Escuela de la Historia social y sus sucesivos desarrollos se aprecia la intención de servir únicamente como instrumento para que sea la misma diversidad de sujetos populares, quienes desde sus específicas actividades y luchas den cuenta de su propia historicidad, a través de su memoria social que esta viva y que teje redes de continuidades que favorecen el empoderamiento de los actores sociales del tiempo presente

<sup>564</sup> Con mucho pudor y solamente porque sobre este aspecto puntual de privilegio epistémico que la historiografía tradicional de izquierda concedió a la clase obrera (en detrimento de los sujetos populares que no se amoldaban a aquel paradigma), ya he escrito en particular, me permito autocitarme: Véase GÓMEZ MANZANO, Pablo, “Sujeto social popular y Movimiento social en Chile: Un recorrido histórico por la subjetividad y su manifestación colectivista” en *Revista do Centro de Investigação sobre Ética aplicada (CISEA)* N°1, Junio de 2012, Instituto Superior Politécnico Sol Nacente de Huambo, Angola. ISSN 2304-0688. P. 19-43 (sección “Ciencia Política”). Disponible online:

[http://www.ispsn.org/sites/default/files/Revista%20Sol%20Nacente%20N1\\_0.pdf](http://www.ispsn.org/sites/default/files/Revista%20Sol%20Nacente%20N1_0.pdf)

<sup>565</sup> Con *negación de la negación*, Salazar entiende la actitud historiográfica de la izquierda tradicional, de acuerdo a la cual, “sobre bases ideológicamente políticas, *ha entendido la rebeldía como negación de la negación*. De modo que la historicidad popular queda reducida a ‘lo político’ en términos de pura negación del ‘enemigo’”. Véase Salazar, *La historia desde abajo y desde dentro*, P. 17

*negación*, la Escuela de la Historia social ha privilegiado con la articulación de las voces excluidas una novedosa actitud epistémica concerniente a la *afirmación de la afirmación*<sup>566</sup> de acuerdo a la cual ha sido posible que, al acceder a la narración histórica de hechos, escenarios políticos y actores sociales desestimados por la memoria oficial y la historiografía tradicional (predominantemente institucional), en lugar de ser apreciadas estas voces excluidas como meras articulaciones de resistencias orientadas por la exclusiva oposición a sus contextos situacionales insertados en un plano existencial sociopolítico predominantemente estructural-funcionalista (*negación de la negación*), se les haya investigado e interpretado reconociendo en el desempeño histórico de estos actores una potencia que sobrepasaba la mera resistencia incrustada en el paradigma estructurante, y que se alzó con el fuego de los proyectos autonómicos que fueron sofocados precisamente por el enorme peso de la levedad histórica de la clase política civil que ha contado, siempre que lo ha precisado, con la asistencia de la clase política militar, cual cancerbero en la retaguardia, frente a eventuales amenazas a la hegemonía de su clase.

La reconstrucción del período histórico concerniente a la génesis del Estado de 1925, con la mirada centrada en la articulación y propuestas emanadas desde la Asamblea de Asalariados e Intelectuales, rebosantes de un proyecto soberano propio, enarbolado por los propios sujetos populares; el renovado interés histórico y cultural respecto a la figura política de Luís Emilio Recabarren y también respecto del universo mutualista y anarquista de aquel periodo; la relectura no condescendiente, crítica, lejana a las órbitas de las «planificaciones generales» que supusieron el nacional desarrollismo y el nacional populismo estatal del período 1925-1973, han sido aportes historiográficos conducidos en concordancia a la actitud de *afirmación de la afirmación* que han contribuido a producir una cierta fricción epistémica entre los propios historiadores primero respecto a la manera en la que estaba y se persistía en ensamblar el relato histórico del pasado común y después, al calor de las movilizaciones ciudadanas contemporáneas, ha permitido, por un lado, proveer de conocimientos fundados a una gran parte de los actores sociales contemporáneos que de una u otra forma participan activamente en las distintas

---

<sup>566</sup> Véase Salazar, *La historia desde abajo y desde dentro*, P. 16-17

vertientes de los movimientos sociales actuales respecto al peligro de la reiteración histórica de los trucos retóricos (en el “mejor” de los casos)<sup>567</sup> de los posicionamientos oligárquicos, guarnecidos en la supuesta lógica de «expertos»

---

<sup>567</sup> Digo con cierta ironía “en el mejor de los casos”, puesto que además de la posibilidad de reiteración histórica de los trucos retóricos (como el de Alessandri y su teatralidad para obtener la aserción de los “notables” a su proyecto), siempre está el peligro añadido de reiteración de la violencia de estado conducida como “guerra sucia” por parte del Estado en contra de sus ciudadanos. Pese que a que en la actualidad la política de las Fuerzas Armadas ha sido la de desarrollar un perfil bajo, tras su vergonzosa responsabilidad política, aun inmensamente fresca, de la Dictadura Militar (1973-1990), generando un ambiente de relativa paz en la que parece improbable una nueva arremetida contra la sociedad civil, historiadores como Gabriel Salazar o Sergio Grez Toso, no pierden ocasión, premunidos del conocimiento histórico, de poner en relieve la latencia permanente del peligro militar. Así Salazar por ejemplo insiste en remarcar el record mundial que ostenta el ejército chileno del número de veces que ha actuado en contra de su pueblo, advirtiendo de la necesidad de reeducar a nuestras Fuerzas Armadas, a la vez que, insiste en el déficit del la justicia estatal para hacer valer las responsabilidades, pues en el caso de los militares involucrados en violaciones a derechos humanos ha prevalecido el paradigma tradicional del Derecho Penal concerniente a procesar y condenar a personas individuales por responsabilidades individuales (que encima, en los hechos, han determinado que mayoritariamente los mandos medios y los militares de menor rango, en cuanto ejecutores hayan sido quienes principalmente han recibido los apremios legales y no así los mandos superiores), ante la imposibilidad fáctica de hacer valer desde una perspectiva que afecte a las fuerzas armadas en cuanto ser una institución. En consonancia a tal déficit, Grez Toso insiste por su parte en la necesidad de reorientar a las Fuerzas Armadas, proponiendo acometer 4 medidas urgentes de democratización de las Fuerzas Armadas a modo de dar una mínima garantía de que, en caso de que proceda un proceso constituyente participativo, ellas van a respetarlo más allá de lo que se decida, en lugar de permanecer planeando como una “espada de Damócles” que aguarda por encima de la ciudadanía y respeta sus dictámenes en la medida de que las decisiones de la soberanía nacional no contradigan sus intereses, ni su visión del mundo, ni lo que ellas estiman conveniente para el país: 1) la democratización del ingreso a la carrera militar, pues en la actualidad hay escuelas matrices para ricos y escuelas matrices para pobres: para oficiales que pueden llegar al más alto grado (comandante en jefe, almirantes) en tanto que en las escuelas de suboficiales, como mucho se puede aspirar a ser suboficial mayor ¿por qué? Solo por la diferencia del ingreso económico; 2) la ciudadanía a través del poder civil debe tener derecho a inferir en la formación de los planes de estudio de las Fuerzas Armadas, particularmente en materia tan sensibles como historia, filosofía, así como cursos relacionados con el respeto de los derechos humanos; 3) terminar con la injerencia extranjera en la formación de los oficiales de las fuerzas armadas, pues siguen formándose en la denominada Escuela de las Américas; 4) terminar con la glorificación que se hace en los institutos armadas de los íconos de la dictadura militar y de los violadores de los derechos humanos: no es posible, por ejemplo, que en la Armada siga habiendo un monumento en los jardines del museo naval conmemorativo de la figura de José Toribio Merino, integrante de la junta militar y responsable intelectual de numerosas violaciones a los derechos humanos, que encima fue instalado no en dictadura, sino que en tiempos de democracia, cuando la actual presidenta Bachelet era ministra de defensa del gobierno de Ricardo Lagos, sin mencionar que hay dos salas de la armada y un barco madre de esta institución que aun llevan su nombre. Otro ejemplo tristemente célebre de esto es la Biblioteca Presidente Augusto Pinochet Ugarte de la Academia de Guerra del Ejército y hasta hace poco, la medalla “comandante en jefe del Ejército, capitán general Augusto Pinochet Ugarte” que se otorgaba al oficial egresado de esta institución con la mayor antigüedad familiar-militar y que solo en 2014 paso a llamarse medalla “comandante en jefe del Ejército”. Grez Toso enuncia estas medidas no solo con el objeto de que las fuerzas armadas respeten el trabajo de una hipotética asamblea constituyente, sino que también en consideración de la propia calidad de ciudadanos que tienen los miembros de las fuerzas armadas para ser incluidos dentro del universo de participantes del proceso constituyente, eso sí, de una manera democrática y sin sujeción a la jerarquía de mandos propia de la lógica castrense. Véase GREZ TOSO, Sergio, “Respuestas panel 1” en *Seminario Internacional Recuperar los bienes comunes*. La transcripción es mía. (minutos 16:39 a 25:20) Audio de respuestas del Panel 1 disponible en sitio web:

(y que precisamente, sí que son expertos, aunque más bien en el arte del «gatopardismo»); y por otro lado, dar cuenta de que la capacidad de enfocar la imaginación en el sentido «radical» propuesto por Castoriadis constituiría una posibilidad cierta, que lejos de ser una novedad aislada formaría parte de una larga tradición de proyectos autonómicos populares históricos. A todo lo anterior sumamos que una idea afín a la *afirmación de la afirmación*, en cuanto a desplegar la historicidad y cultura de los sujetos populares no solo a la manera de una maniobra de resistencia de acuerdo al paradigma de la *negación de la negación*, refiere a que el trabajo de difusión de la Nueva Historia Social ha permitido en la actualidad que sean los mismos sujetos populares contemporáneos quienes a través de sus propios dispositivos culturales sean quienes se autoenuncien como *afirmación de la afirmación*, y es en el marco de esta novedad epistemológica que hay una serie de ejemplos interesantes de articulación de voces excluidas en las que se prescinde de las mediaciones que, voluntaria o involuntariamente, traen aparejado el peligro de subordinar el discurso autoenunciativo de los sujetos al de quien le nombra: así, en el campo del hip hop, tendencia musical espesamente masificada dentro de la juventud de los barrios populares de las ciudades del país, bajo la manifiesta influencia de los estudios y nuevos enfoques de la historia social, han sido algunos de sus propios involucrados quienes con la pretensión de mejorar su autoconocimiento han tendido a investigarse a sí mismos, constituyéndose a la vez como investigadores y sujetos de estudio investigados, adquiriendo una historicidad de la que carecían y ampliando el desarrollo de la corriente de la historia social dentro de su tendencia musical y cultural<sup>568</sup>. Inmersos aun dentro de la cultura del hip hop, otra manifestación sumamente interesante de la recepción de la historia social por parte de esta cultura fundada en la música refiere al proyecto artístico desarrollado por algunos de sus cultores, entre quienes destacaría a modo de ejemplo los casos del cantante Vicente Durán, conocido artísticamente como *SubVerso* y de la agrupación *Conspirazion* de la cual *SubVerso* formó parte, pues muchas de sus canciones representan auténticos ejercicios de «memoria social» viva, que, fuertemente influenciadas por el desarrollo y los

---

<sup>568</sup> Véase como un ejemplo de esto la investigación etnográfica de POCH PLÁ, Pedro, *Del Mensaje a la Acción: Construyendo el Movimiento Hip-hop en Chile (1984 2004 y más allá)*, Editorial Quinto Elemento, 2011, Santiago de Chile.

estudios de la Escuela de la historia social, permiten advertir una serie de continuidades históricas en las formas de resistencia y en los proyectos autonómicos del denominado “bajo” pueblo. De esta manera, canciones como *Hijos de la Rebeldía* o *Memoria Rebelde*, a través de sus letras, tejen dichas redes de continuidad histórica entre el pasado de los sujetos populares y su presente, continuidades discursivas que además de pivotar en el eje explícito de las letras con guiños a fragmentos de la historia social chilena, se aprecian también en algunas sutilezas estilísticas del proyecto estético sonoro de esta vertiente del hip hop, puesto que contrario a la aparente simplicidad sonora de estas canciones que ceden protagonismo a las letras, ha de apreciarse que el discurrir del canto atraviesa un fondo sonoro, cuyas mezclas tienen por sello distintivo el ensamblaje del presente con el pasado, de lo nuevo con la tradición, por medio de la comunión de los sonidos contemporáneos con pasajes y entonaciones de canciones emblemáticas pertenecientes al acervo folclórico de la *Nueva Canción Chilena*, corriente musical nacida en los años sesenta del siglo XX, de abierta connotación política y social, simplificada habitualmente con la etiqueta de «canción de protesta», en la que destacaron cantautores como Violeta Parra o Víctor Jara<sup>569</sup>, provenientes del mundo popular chileno, específicamente del espacio rural que comenzaba su migración hacia las periferias de las ciudades, quiénes precisamente marcados por su realidad de ser sujetos populares, por medio de su canto dieron visibilidad a las inquietudes, problemáticas y cultura de los semejantes de su tiempo. De esta sutil manera, esta vertiente del hip hop ha actualizado el mensaje y el acervo folclórico de la *Nueva canción chilena*, dando cuenta de un sustrato común de construcción de la subjetividad de los sujetos populares de todo tiempo que no solo incumbe a

---

<sup>569</sup> Respecto de la simplificación categorizadora de señalar a esta «nueva canción chilena» con el rótulo de «Canción de protesta», recordemos las palabras de Víctor Jara: “Nosotros somos porque existe el amor, y queremos ser mejores, porque existe el amor y el mundo gira, bueno, crea, se multiplica porque existe el amor. Nosotros, a los que nos dicen cantantes de protesta, (pese a que yo no estoy de acuerdo con este término, porque no considero que sea un término válido, a lo menos para mí) creemos que el amor es lo fundamental. El amor y la relación del amor de un hombre con una mujer, de una mujer con un hombre o del hombre con sus semejantes, con sus hijos, con su hogar, con la patria, con el instrumento que trabaja, es vital. Es la esencia de la razón de ser del hombre. Por eso que no puede estar ausente de la temática de un cantor popular”. Véase Fragmento de *Concierto de Víctor Jara en Perú*, 17 de Julio de 1973 (Minutos 11:00 a 12:00). Disponible en enlace web:

<https://www.youtube.com/watch?v=UhXBrp3oAIM>

los problemas que le aquejan sino que también a sus aspiraciones autonómicas<sup>570</sup>.

\*\*\*

Más allá de las manifestaciones emancipadoras y esperanzadoras mencionadas recién respecto del autoconocimiento de la ciudadanía en lo concerniente al pasado reciente, posibilitado por las fricciones epistémicas desatadas por la emergencia de la «Nueva historia social», que por medio de la perspectiva epistémica de la «afirmación de la afirmación» posicionada «desde abajo y desde dentro» ha logrado establecer unas condiciones dialógicas de horizontalidad y reciprocidad con actores sociales adscritos a identidades y formas culturales populares (como testimoniaba el caso de algunas corrientes de la cultura hip hop), fracturando y superando las fronteras habitualmente encorsetadas de los saberes y las prácticas; debemos mantenernos cautos, pues, al plantearnos el tema de la «efectiva potencia de nuestro autoconocimiento» estamos insertos también en el terreno de las limitaciones que experimenta la «transición invisible», dicho lo cual empatizamos con lo que Gabriel Salazar ha sugerido al prevenirnos respecto al panorama de la contingencia en el que “no se trata solo de cambiar la Constitución... (*sino que*) en rigor, lo que debe cambiar, para que el cambio tenga real valor cívico y peso histórico efectivo, es la *actitud y la práctica de la masa ciudadana (el pueblo de Chile) respecto a la soberanía política que le es inherente por derecho natural*. Y esto implica un aprendizaje cultural (o revolución cultural) de mediano e incluso largo plazo, y no un simple cambio de ‘foja constitucional’, en el que los militares y políticos profesionales han demostrado hasta la saciedad que son, sin pedirle permiso a nadie, ‘expertos soberanos’”<sup>571</sup>. El proceso de *autoeducación ciudadana* es como ha dicho Salazar, un aprendizaje cultural a largo plazo que no necesariamente tiene una concordancia temporal sustantiva con la «oportunidad política» que se presenta actualmente a través de la posibilidad de dictar una nueva

---

<sup>570</sup> El ensamblaje de comunión fraterna entre el pasado y el presente de los sujetos populares, hemos mencionado, se puede atestiguar bastante fielmente en las canciones *Hijos de la Rebeldía* y *Memoria rebelde*. En el caso de la primera, las letras están enlazadas sobre una mezcla de *El Aparecido* de Víctor Jara, en tanto que en el caso de *Memoria Rebelde*, la letra de *SubVerso* que invita al análisis crítico respecto de la construcción de la memoria oficial y su raigambre en la cultura popular va antecedida y culminada por el *Yo Canto a la diferencia* de Violeta Parra, en la que precisamente la cantautora denunciaba el amor del pueblo a la patria, tan mal correspondido por parte de esta última.

<sup>571</sup> Salazar, *La enervante levedad histórica de la clase política civil*, P. 1012

Constitución. Dejando de lado el institucional «itinerario del proceso constituyente», es preciso pensar al cierre de este capítulo en el «itinerario» que imponen las necesidades históricas relativas a la auténtica emancipación de la ciudadanía chilena: por detrás de las prácticas gatopardistas de la CPC prefiguradas para mantener su posición hegemónica en la «gobernanza» propia de contexto mundial globalizado, el «malestar interior» anidado desde el final del siglo pasado ha pasado progresivamente a devenir en «ciudadanización de la política», desde el sector etario de la juventud y desde los problemas sectoriales compartidos difusamente por la generalidad, extendiéndose hacia la multiplicidad de problemas locales incrustados en la experiencia encarnada de las comunidades de base local. El progreso es por tanto ondulante, en un vaivén permanente entre lo general/universal y lo particular/local. Y camina desde la percepción de «problemas» que pasan de ser experimentados de manera aislada por individuos atomizados a reconocerse como problemas experimentados «en común» y que además son crecientemente observados como originados por una matriz «común».

De allí que para hacer frente a las problemáticas, primero, se constituyan espontáneamente resistencias contingentemente articuladas sobre la base epistémica-agencial de la “petición” que es propia de la cultura política del Estado liberal de Derecho y del atomismo promovido por las doctrinas contractualistas, bajo las cuales los individuos están premunidos de derechos individuales, como ya planteara Taylor. El paso siguiente, cuya temporalidad en curso tomará presumiblemente una largo tiempo histórico, y cuyo estado de arraigada madurez, a ciencia cierta, nos resulta momentáneamente difícil o imposible de pronosticar, refiere a la capacidad de trascender desde los problemas, desde la *negatividad*, hacia una consistencia de la actitud de «afirmación de la afirmación» que adquiera masividad, lo cual supone afianzar los lazos y vínculos relacionales entre los individuos para dar sustancia a la construcción de aquel escurridizo «nosotros» común, construido por las comunidades locales, que a la vez, progresivamente, han de tender el desafío de articularse en anillos superiores, siempre atentos a la consigna de construirse «desde abajo y desde dentro», siendo refractarios de la cultura «vertical-descendente» para consecutivamente lograr afianzarse como «campos de poder» capaces de ofrecer resistencia e imponerse a la condena determinista propia de la «gobernanza neoliberal» a cargo de la administración local de la endogámica CPC.

Esta prospectiva –que pudiera parecer de un idealismo o de un utopismo político radicalmente separado de la agencialidad propia del realismo político encuadrado dentro de los estrechos márgenes de la lógica orientadora de «la medida de lo posible»– la consideramos, por el contrario, plagada de manifestaciones tangibles que están actualmente aconteciendo a nivel de algunas comunidades locales que, ante la circunstancia de verse expuestas a la amenaza de ver peligrar notoriamente sus condiciones de vida por causa de medidas dispuestas por agencias y poderes externos que desde la indiferencia, el desconocimiento y la falta de respeto respecto de los habitantes de los lugares, vienen en ofrecer formas de desarrollo no deseadas por los habitantes, curiosamente “en nombre del desarrollo”, vilipendiando con ello enraizadas y atesoradas concepciones de la vida buena, han desarrollado formas activas de resistencia que han supuesto más allá del acto de resistencia, la «afirmación de la afirmación» en cuanto han determinado la consecución de la idea de un «nosotros» común y la conquista de unas posibilidades agenciales que les resultaban inimaginables antes de la articulación colectiva.

Pensamos, por ejemplo, en los habitantes de Punta Arenas que, a inicios de 2011, olvidados una vez más por la insensibilidad de los criterios de decisión centralistas de los gobiernos chilenos, se vieron amenazados por la medida decretada por la ENAP (Empresa nacional del petróleo, estatal) concerniente a aumentar en un veinte por ciento el valor del gas, hecho derivado de la política privatizadora del Gobierno de Piñera que a finales de 2010 resolviera que la distribución del gas para consumo doméstico en Magallanes pasaría de ENAP a GASCO, empresa privada que operaría con un precio un 16,8 por ciento más alto. El gas es un combustible de uso fundamental para los habitantes de la septentrional zona, puesto que la aspereza del clima magallánico con sus bajas temperaturas obliga a sus habitantes a utilizar una cantidad de gas considerablemente más alta para calefaccionar los hogares, y fue por ello que, frente al nulo cálculo del sufrimiento de los habitantes de Magallanes, estos pasaron a la acción, iniciando movilizaciones que bloquearon el centro de la ciudad de Punta Arenas. La ciudadanía, a través de la Asamblea Ciudadana de Magallanes (ACM), primero actuó mediante una agencia “peticionista”, exigiendo al Presidente Piñera mantener su compromiso de no subir el costo del gas, de acuerdo a su palabra empeñada en visita a la región, emplazándole a pronunciarse para el 10 de enero de 2011 al mediodía. Ante el silencio del gobierno respecto a la petición, la ciudadanía



pasó a una siguiente fase evolutiva: paralizó por completo la región y sucesivamente, ante la incapacidad de dialogar con las autoridades, paso a través de la ACM a gobernar factualmente la región, para desde aquella posición exigir nuevamente deliberar con el Gobierno. A decir de Salazar, “El Gobierno no estaba dispuesto a dialogar con una entidad que *no era oficial ni estaba registrada en la Constitución política de la República*. La Asamblea Ciudadana de Magallanes (ACM) no tenía existencia legal... En los hechos concretos, sin embargo, en enero de 2011, *no había otra autoridad real en la región más que la ACM*”. Al final, el Gobierno acabó doblegándose ante las exigencias de la ACM, pidiendo la renuncia al ministro de energía y a la intendenta regional, proponiendo al nuevo ministro de energía mantener a la ENAP como distribuidora en la región y reduciendo el alza del gas a la tasa de inflación anual del tres por ciento<sup>572</sup>

También ronda en nuestra memoria el recuerdo todavía fresco de los habitantes de Freirina, quienes sufrieron por causa de la instalación de una descomunal planta de cerdos por parte de la empresa productora de carnes Agrosuper, que ya, hacia mayo de 2012, contaba con unos 485.000 cerdos, proyectando llegar a albergar hasta cuatro millones de cerdos. Todo esto, por cierto, en un pueblo pequeño de no más de seis mil habitantes. Por ello fue que, a fines de abril de 2012, ante los insoportables olores, los dolores de cabeza, las enfermedades intestinales y la escasez y contaminación del agua, Freirina explotó exigiendo el cierre de la planta de Agrosuper, pasando desde la “inarticulación” atomizada de sus habitantes a la articulación colectiva de los intereses compartidos, que les llevaron más allá del puro acto “peticionista” de exigir el cierre de la planta a salir masivamente a las calles para desplegar acciones contundentes como tomarse los caminos y accesos del pueblo, cortar las grandes carreteras, para así provocar la atención de los medios y de las autoridades. Ante la habitual represión del Estado por la vía, primero, del despliegue de carabineros y, después, por medio del actuar de fuerzas especiales, Freirina resistió con barricadas, piedras, bombas molotov hasta que, la fuerza de los hechos y argumentos de sus habitantes acabó con el retiro de la fuerza especial. Solo allí se consiguió una victoria pírrica: el cierre temporal de la planta de Agrosuper tras la inspección en terreno del ministro de Salud. Y digo pírrica, porque además de haberse decretado el cierre únicamente temporal, la condición

---

<sup>572</sup> Véase Salazar, *La enervante levedad histórica de la clase política civil*, P. 165-170

sanitaria acabo empeorando, puesto que los cerdos comenzaron a morir por causa del cierre de los caminos y el cerco comunitario sobre la planta. Encima hacia el 30 de noviembre de 2012 se autorizó la reapertura de la planta de cerdos. Pero la comunidad de Freirina ya se había articulado y había tomado conciencia de que, ante su situación, solo quedaba en sus manos la posibilidad de mejorarla: oportunamente denunciando los problemas que aquejaban a Freirina y también a la totalidad de la región de Atacama, habiendo también solicitado oportunamente la renuncia de las autoridades locales y el cierre total de la planta y habiendo sido abofeteados con la reapertura, la comunidad de Freirina paso nuevamente a la acción, sitiando físicamente las instalaciones de la planta, evitando la entrada y salida de operarios y vehículos, consiguiendo paralizarla, enfrentándose sin miedo a todo el escuadrón de matonesca seguridad privada contratada por Agrosuper, así como también, nuevamente, a las fuerzas represivas del Estado con el mismo saldo de la vez pasada: su retiro de la zona. La escalada de violencia llegó a tal punto que, frente a la inminencia de la destrucción total de la planta por parte de la ciudadanía, mediante el incendio de las plantas y la incineración de los cerdos, en diciembre de 2012, Agrosuper decidió cerrar la planta y abandonar el proyecto definitivamente. Y esta victoria, ahora sí que sustantiva, sirvió de antesala para la articulación de las comunidades del Valle del Huasco que en torno a la defensa de su territorio, un año después, en noviembre de 2013, derribaron nuevamente a otro gigante, forzando el cierre de la minera Barrick Gold en Pascua Lama, en la zona de Alto Huasco. Y no quisiera dejar dicho con todo esto que la articulación expansiva de las comunidades locales solo se ha desplegado en torno a las resistencias, sino que también, habiendo comprendido sus roles protagónicos en la lucha contra el capitalismo salvaje, las comunidades han propendido a potenciar procesos de articulación de las redes de asambleas territoriales de todo el país, desarrollando encuentros nacionales (primero en abril de 2013 en Freirina, seguido después de un segundo encuentro en noviembre de 2013 en la ciudad de San Antonio) para compartir sus saberes y comprometerse con el proceso de conseguir el control económico social de sus regiones, de espaldas a los partidos políticos y con miras a realizar una Asamblea Constituyente autoconvocada por la asociación de las comunidades locales chilenas, rebasando completamente el viejo paradigma de la política por oferta, asentándose del lado de la ciudadanización de la política mediante el desarrollo de una política por soberanía<sup>573</sup>.

---

<sup>573</sup> Véase Salazar, *La enervante levedad de la clase política civil*, P. 176-183

Los casos citados que suelen omitirse o empequeñecerse con el cerco comunicativo de los *mass media* deberían ser apreciados con la mayor de las atenciones, puesto que, más allá de que han logrado alzarse con sus pretensiones, doblegando al mismísimo gobierno, han ido dando muestras en creciente expansión de una evolución de la capacidad de agencia ciudadana para tomar sobre sí las decisiones fundamentales sobre sus comunidades, alcanzando proyecciones que, a pocos años vistas, les eran completamente inimaginables y que como ha ilustrado Salazar, han sembrado semillas de articulación regionales y nacionales que exceden la condición de hiperlocalidad de los conflictos, desencadenando con estas coordinaciones interrelacionadas un giro epistémico desde la mirada enfocada en las resistencias hiperlocales a las situaciones conflictivas por la vía del ejercicio de las prerrogativas “peticionistas” a la mirada autoafirmativa sustentada en las formas de vida buena compartidas, persiguiendo reconfigurar la geografía de la gobernanza «desde abajo y desde dentro». Así en más, la transición ciudadana de la que hemos ido hablando va dejando atrás su invisibilidad para tornarse insolentemente notoria.



## CONCLUSIONES

Poco antes del cierre del último capítulo, quise referirme dentro del contexto de los límites y posibilidades de la «transición invisible» al desarrollo de la idea de la *afirmación de la afirmación*. Esta, entendida como una actitud sobreviniente de la fricción epistémica desatada por la irrupción de la «Nueva Historia Social» en el terreno de los procesos de reescritura y resignificación del pasado reciente, se ha nutrido y enriquecido fundamentalmente a partir de la memoria social ciudadana, dilucidando puntos que permanecían ciegos al autoconocimiento ciudadano. De manera tal que ha introducido la reflexión crítica y la posibilidad de reinterpretar y disputar el relato de la historia reciente que la memoria oficial ya se encontraba resguardando (en concordancia a los intereses hegemónicos que le subyacían), con el propósito de hacer comprensible y aprehensible la historia en atención a los intereses y necesidades auténticas del autoconocimiento ciudadano.

Ya directamente como epílogo del capítulo, reflexionaba fundamentalmente acerca de la relativa destemplanza entre las «oportunidades políticas» y la «efectiva potencia del autoconocimiento ciudadano». Dicha asincronía se encuentra en gran medida condicionada por el arbitrio del impulso institucional y la hegemonía de la clase política civil respecto del manejo de los tiempos políticos, lo cual en nuestros días observamos por medio de la súbita disposición de un riguroso y calculado calendario constituyente. Dichos “tiempos políticos” manejados de acuerdo a la voluntad institucional dominada por la clase política civil responden además a una concepción de la política definida como “el arte de lo posible”, que presupone como única función de la política la de administrar lo mejor que se pueda las posibilidades dentro de los márgenes de acción posibilitados.

La otra gran condicionante de la asincronía la observamos en el diagnóstico social de una agencia ciudadana que se asemeja bastante a la «rebeldía adaptativa» descrita por Alberto Mayol, de acuerdo a lo cual los niveles de crítica, protesta y de ejercicio de la imaginación social de la ciudadanía se manifiestan, en general, de manera muy tibia dentro de un panorama político caracterizado por su *ethos* puramente administrativo, como “arte de lo posible” y cuyo teatro de representación se encuentra cercenado en sus posibilidades por los cerrojos institucionales, la perniciosa distribución

del poder y la imaginación social ciudadana menguada y aquejada por el miedo. De esta manera la rebeldía ciudadana, en general, se manifiesta y esboza posibilidades fraguadas en su imaginación sólo hasta un punto en que dichas posibilidades no llegan a entorpecer por completo el desenvolvimiento de estos ciudadanos, inmersos de todas maneras en la cotidianeidad del «mundo de la vida» cuyos valores culturales e instituciones, criticables o no, son apreciados como de difícil y lenta modificación, a la vez que dichos valores se encuentran fuertemente encarnados en la mismísima constitución de las subjetividades de los individuos que les ofrecen resistencia.

Pese a que este diagnóstico de opacidad es el que resulta más común, a la vez que es el que más difusión tiene en la opinión pública al ser multiplicado por la realidad que contribuyen a crear los *mass media*, hemos advertido por una diversidad de ejemplos que cuando la cotidianeidad del «mundo de la vida» (que es la que nos impone la necesidad «adaptativa»), se ve alterada en su normatividad y valores, por recrudecimiento (o diríamos, al modo de la CPC, eufemísticamente, por «perfeccionamiento») de alguno(s) de los diversos extremos o matices del modelo chileno merced de su marcha aún condicionada por los dos últimos e indisolubles procesos transicionales, más allá de contribuirse a la naturalización de las prácticas y valores de este modelo, se ha conducido peligrosamente a rebasar los límites de la convivencia y coexistencia social armónica, quedando en jaque incluso las consideraciones más primitivas de la identidad y subjetividad de los individuos, determinando en estos casos la imposibilidad de seguir una vía «adaptativa» y allanado, en cambio, el paso a una rebeldía más profunda, que como en los casos mencionados de Magallanes y Freirina hacia el epílogo del último capítulo, han culminado en un punto de quiebre social, en el cual la ciudadanía consciente ha sido quien ha logrado sobreponer sus posiciones y concepciones de «buen vivir» por sobre el habitualmente todopoderoso tándem conformado por la institucionalidad estatal y el poder económico de los grandes capitales privados, tanto nacionales como transnacionales.

Son estas experiencias de resistencia las que quizás mejor representan la encarnación en la ciudadanía de la transformación epistémica referida a la actitud de *afirmación de la afirmación*: en ambos casos, frente a la radical injusticia epistémica determinada por la soberbia de la inversión privada liberada para actuar a su antojo por la CPC, la naturaleza del recrudecimiento de las acciones seguidas por el Estado y los capitales privados acabaron por lesionar en un grado tan alto y perceptible a la

cotidianeidad del «buen vivir» de los habitantes, que estos, empoderados desde su propia experiencia y autoconocimiento, reunieron en sí el capital social de poder suficiente para doblegar a los poderosos actores sociales que enfrentaban.

¿Cómo multiplicar estas experiencias de particularidad y extenderlas hacia toda la ciudadanía para así pasar de la «rebeldía adaptativa» a una rebeldía más profunda, sin tener que llegar al extremo de que nos instalen masivamente plantas agroindustriales de cerdos, hidroeléctricas, faenas mineras, o nos roben de tal manera el agua que lleguemos al punto, como ocurre en la comuna de Petorca, de tener que defecar en bolsas plásticas? He aquí el reto y la necesidad de las transformaciones epistémicas, cuya ocurrencia hemos querido defender a lo largo de esta tesis, con la idea de una «transición invisible» ciudadana.

Fue por ello que, en el primer capítulo, la dedicación estuvo centrada de manera fundamental en revisar desde una perspectiva crítica la específica epistemología de la idea de «transición» que se ha enraizado en la historia chilena reciente. Descubrimos allí, más allá de los giros discursivos entre unas y otras transiciones, poderosas continuidades en el desenvolvimiento de la agencia política, enmarcadas de forma profunda en la idea «administrativa» de la política, significada como “arte de lo posible”, en moldes recrudescidamente estrechos ante los cuales las actuales necesidades de la ciudadanía chilena carecen de toda posibilidad de contar con una adecuada «administración», lo cual sólo ha aumentado el repudio ciudadano respecto de esta hegemónica comprensión epistemológica de la política.

Pero, justo por detrás y por debajo, fuera de los focos del *mainstream*, fuimos detectando en una sucesiva serie de acontecimientos, en progresivo aumento y cada vez más constantes, una transformación epistémica ciudadana que busca dar paulatino paso hacia una idea de política, que como bien ha querido defender Fernando Broncano (de quien voy tomando el hilo de algunas de las ideas<sup>574</sup>), desplaza o intenta al menos disipar su significación principalmente «administrativista» de “arte de lo posible”,

---

<sup>574</sup> Y el hilo de estas ideas lo hallo específicamente en el maravilloso blog *El laberinto de la identidad*, en el que domingo a domingo Fernando Broncano comparte generosamente interesantísimas reflexiones “en las fronteras de la cultura y la ciencia, la filosofía y la literatura, la melancolía y la esperanza”. He tenido particularmente presente la entrada de del 07/02/2016 titulada “el drama de lo posible”. Véase el siguiente enlace web:

<http://laberintodelaidentidad.blogspot.es/2016/02/el-drama-de-lo-posible.html>

asumiendo el desafío de su ambiciosa contraparte, significándose como “arte de lo imposible”, que implica poner en marcha y tensión nuestra imaginación social tan aplastada por el miedo para pensar en soluciones que nos permitan escapar del encarcelamiento padecido al transitar por la historia en lugar de “hacerla”. En dicho proceso de cambio, en las prospectivas de las resistencias que se han ido ofreciendo respecto del «modelo» es que hemos vislumbrado el germen de una «transición invisible» ciudadana.

Antes de proceder a evaluar el panorama de contingencia y oportunidades políticas que enfrenta esta «transición invisible», y por consiguiente, reflexionar en torno a las posibilidades y límites de esta, en el segundo capítulo intentamos proponer una caracterización teórica de la «transición invisible», por medio de variadas perspectivas filosóficas y sociológicas que nos dieron luces para una nueva significación epistemológica de la idea de «transición». En tal sentido quisimos partir del presupuesto base de habitar un espacio epocal, que más allá de las discusiones y enconados debates que existen a su respecto, podríamos calificar como de «modernidad globalizada».

De acuerdo a tales coordenadas hemos sacado al limpio, siguiendo la postura de una sociología del conocimiento de cohorte fenomenológica, que la formación de la conciencia en la modernidad está determinada de manera generalizada por grandes factores comunes y globales como son la producción tecnologizada y la burocracia, que de todas maneras, según los factores determinados por los enclaves particulares, pueden modificar la disposición de la conciencia. Probablemente, lo más importante que hemos sacado en limpio tras el paso por la sociología del conocimiento fenomenológica en vinculación a la teorización que hemos querido formular, ha tenido que ver con visibilizar dentro de la cultura de la modernidad un vicio de flagrante injusticia epistémica relativo a la inequitativa distribución del conocimiento y con ello, de la facultad para decidir, en la sociedades contemporáneas.

Observamos de esa manera que entre las grandes ideologías que se disputaron la hegemonía geopolítica durante el siglo XX, ambas incurrieron (y lo continúan haciendo) en privilegiar la posición de los expertos en el desarrollo y de las vanguardias políticas, en la determinación de las políticas públicas que afectan a todos, sin dar ni la menor importancia al «cálculo del sufrimiento» ni a la posición de los habitantes



directamente afectados por dichas decisiones. Dicha agencia política, quisiéramos concluir, ha sido y es epistémicamente injusta, atendido a que hemos visto que no hay una auténtica y razonable argumentación para no respetar cognitivamente a las grandes masas ciudadanas, habida cuenta de la común formación de la conciencia en la modernidad y todavía más, por la privilegiada posición que pueden detentar los grupos de ciudadanos en específico afectados por las decisiones políticas que se adopten en el territorio que estos habitan, con lo cual convendría abogar por una actitud de «respeto cognitivo».

Seguidamente, con nuestro paso a través de la sociología de la acción y del Sujeto trabajada por Alain Touraine, enfatizamos la necesidad del empoderamiento ciudadano, a través de la vindicación de la idea del Sujeto, tanto en la corrección de su faz individual (para evitar las derivas del hiperindividualismo) como en el tránsito indisoluble a su faz colectiva, como movimiento social, que ofrece resistencia y revierte las derivas de una modernidad caracterizada por sobre todo de un modo puramente capitalista. Esto nos ha permitido concluir que la «transición invisible» y sus manifestaciones colectivas como movimiento social no deben apreciarse como una colectivización cuya masa termina por sofocar la individualidad de los Sujetos, sino que, por el contrario, ha de apreciarse como una faz del despliegue efectivo del empoderamiento del Sujeto que precisamente busca resarcir la autoridad del Sujeto dentro de la configuración de la modernidad.

Posteriormente nuestra construcción teórica de la idea de una «transición invisible» nos llevó al terreno de la moral, en el tenor de una modernidad caracterizada por el fuerte arraigo que han conseguido las doctrinas «atomistas» y el *ethos* racionalista caracterizado por la «primacía de la razón instrumental». Ante la proliferación en la modernidad de la estrecha vinculación de dichas corrientes, Charles Taylor ha propuesto que la estofa moral de la modernidad ha perdido consistencia y se ha devaluado, derivando de ello un cuadro de profunda “inarticulación” de las sociedades. A propósito de las recetas re-articuladoras propuestas por Taylor, hemos concebido a las manifestaciones que componen la idea de una «transición invisible» como una suma de partes que componen un proyecto emancipatorio de la ciudadanía chilena abiertamente antiatomista y articulador, en el sentido de que en el trasfondo de estas manifestaciones se puede apreciar la idea matriz de atribuir valor a la idea de sociedad y de comunidad, más allá de las lógicas atomistas (que le atribuyen valor únicamente instrumental a la

sociedad en la medida de que esta favorezca el desarrollo individualista de los sujetos), toda vez que en la «transición invisible» lo que prima son las reivindicaciones colectivistas respecto a las ideas de «bien común» y de «buen vivir» que atribuyen valor a la sociedad en sí misma, siguiendo de cerca la idea de que la mejor interpretación de una agencia humana plena se concibe precisamente en la construcción social y no en un radical solipsismo individualista.

La siguiente etapa y final de la propuesta teórica que fuimos diseñando para dar sostenibilidad a la idea de una «transición invisible» consistió en contraponer la concepción de ciudadanía cristalizada por la Constitución y las leyes, de impositivo arraigo social durante los estertores de la dictadura y también durante un largo tiempo de lo que va corrido de la democracia postpinochetista, con la concepción que, en cambio, observamos hoy como transformación epistémica, a través del empoderamiento de una definición socialmente construida de ciudadanía, como autoimagen que dan de sí mismos los propios ciudadanos inmersos en la «transición invisible» en cuanto a ser y considerarse a sí mismos como ciudadanos.

En tanto que en la elaboración pública de la razón predomina la definición ciudadana socialmente elaborada, atendimos a la necesidad de que la razón elaborada de esta forma consiga permear en los intersticios de las vías hegemónicas del poder que producen el «poder administrativo», que es aquel que construye las definiciones de la realidad desde el campo institucional. Acudimos por eso a la teoría habermasiana de la acción comunicativa, que en base al principio discursivo permite el despliegue de una política y democracia deliberativa, que encuentra en el Derecho y sus mecanismos la bisagra para transformar la elaboración pública de la razón por medios deliberativos en el tan anhelado poder administrativo.

Sin embargo, advertimos que al contrastar los requisitos de la descripción puramente teórica de las etapas de la política deliberativa habermasiana, fundada en la experiencia del Estado Social de Bienestar de la Europa occidental de la postguerra, con las posibilidades deliberativas que ofrece la actual situación del diseño institucional del Estado liberal de Derecho chileno, la posibilidad fáctica de desarrollar una política deliberativa capaz de convertir la razón públicamente elaborada en poder administrativo acababa transformada en una auténtica quimera. De allí que acudimos también a la teorización de Carlos Santiago Nino y su perspectiva de la democracia deliberativa más

flexible, en torno a la idea de los distintos grados de valor epistémico que puede tener una democracia según su estado de cosas, para intentar acercarnos a una posibilidad de democracia deliberativa en un contexto más cercano a nuestra realidad de ser un Estado Liberal de Derecho.

De todas maneras advertimos que solo un cambio profundo en la matriz institucional del Estado de Derecho chileno, esto es, en su Constitución, podría propiciar la posibilidad de un acercamiento a una política deliberativa, puesto que esta matriz misma, como se ha recordado una y otra vez a lo largo del presente texto, con la evocación del pensamiento de su ideólogo Jaime Guzmán, ha estado intencionadamente diseñada para no permitir cambios que le alejen de su idea de democracia protegida y tutelada, a la medida de la dictadura que le dio a luz.

Al final del recorrido teórico, justo allí donde este dejó abierta la posibilidad de una política deliberativa a propósito del surgimiento de una nueva Constitución, es que retomamos el rumbo más contingente de la «transición invisible», con el escenario de un proceso constituyente en ciernes, en el cual se enfrentan/encuentran en el espacio de las definiciones públicas en torno a la matriz político institucional los dos grandes actores sociales que transversalmente han copado el contenido de esta tesis: la ciudadanía y la clase política. En cierta forma, se reeditan algunas de las características centrales del escenario político social del período 1918-1925 con cuya crónica iniciamos el andar de esta tesis: una sociedad civil en plena madurez, tejiendo y empujando las líneas de una nueva epistemología política, que cambia el eje de las prioridades de la “política de lo posible”, por la ambición emancipatoria de las prioridades de la producción imaginativa propia de la “política de lo imposible”, y que enfrenta a una desgastada CPC que de todas maneras reserva en sí y para sí el poder e iniciativa de las definiciones políticas institucionales apegadas al *ethos* administrativista de la hegemónica epistemología de la “política de lo posible”.

El escenario de los dos seminarios revisados —a modo de excursión interpretativa— para ejemplificar las tensiones discursivas del encuentro (o habría que decir más bien, desencuentro) entre las proposiciones de los distintos actores, nos ha servido para dejar bien presentado el balance conceptual de los principales límites y posibilidades que tiene ante sí la «transición invisible» así como sus desafíos claves: en el terreno de la contingencia, la urgencia de la inmediatez impone la ardua tarea de aprovechar la

«oportunidad política» que brinda el itinerario del proceso constituyente a través de una masiva apropiación ciudadana de la etapa de los “diálogos ciudadanos”. Dicha etapa representa una auténtica novedad en la democracia chilena, pues establece la inédita posibilidad de desarrollar una política deliberativa a través de una forma de participación política propia de la democracia directa, por medio de la deliberación ciudadana desde el núcleo comunal, ascendiendo progresivamente estas deliberaciones a escala provincial, regional y nacional.

Ciertamente, la radical falta de experiencia y de participación política deliberativa en instancias democráticas oficiales o institucionales, sumada a la no menos radical «fractura de lo ordinario» (que por medio del ejercicio abusivo por parte de la CPC de tácticas gatopardistas, parafraseando a Fernando Broncano, ha originado “una ola a largo plazo de desconfianza y temor que enferma a la confianza básica en la que consiste lo ordinario”<sup>575</sup>) invitan a pensar escépticamente respecto a la efectiva posibilidad de ocurrencia de la apropiación ciudadana del proceso constituyente.

No obstante esta sospecha de mala fe, quisiéramos permitirnos en estas conclusiones albergar la “esperanza de lo inesperado”, de similar manera a como efectivamente aconteció para el plebiscito de 1988, en el que el temor a las represalias por parte de los agentes militares no invitaban a creer en la masiva inscripción en los registros electorales por parte de la ciudadanía, ni mucho menos invitaban a creer en un porcentaje de votación tan alto (54%) para la opción “No”, capaz de doblegar al miedo inoculado por 17 años de dictadura y al “Sí” a la continuidad de Pinochet<sup>576</sup>.

---

<sup>575</sup> Véase BRONCANO, Fernando, “Fragilidad de lo ordinario” en *El laberinto de la identidad* (blog). Entrada del 21/02/2016. Disponible en enlace web:

<http://laberintodelaidentidad.blogspot.es/2016/02/fragilidad-de-lo-ordinario.html>

<sup>576</sup> Pensar en el proceso constituyente en términos de posibilidad de política deliberativa inevitablemente me lleva a pensar en términos habermasianos. Habermas propone en su teoría de la modernización la distinción entre “los procesos de juridización según conecten con instituciones previas del mundo de la vida, sancionando jurídicamente ámbitos de acción socialmente integrados, o se limiten a adensar las relaciones jurídicas constitutivas de ámbitos de acción sistemáticamente integrados”. Complementariamente señala que la juridización tiene una estructura paradójica de acuerdo al cual “se trata de impedir que los ámbitos sociales que dependen de modo funcionalmente necesario de una integración social a través de valores normas y procesos de entendimiento, queden a merced de los imperativos sistémicos de los subsistemas Economía y Administración, que tienden a la expansión en virtud de su propia dinámica interna, y que a través del medio de control «derecho» esos ámbitos queden asentados sobre un principio de socialización que les resulte disfuncional”. Siguiendo tales ideas y extremando las posibilidades interpretativas, podríamos pensar en el proceso constituyente como un juego de oportunidades también paradójicas: como un proceso de juridización tendiente a imponer la lógica sistémica (rigidez del itinerario constituyente y control en etapas claves por parte de la CPC) y por otro

Por otra parte y ya en el terreno de la estrategia a largo plazo, sintetizamos el juego de equilibrio entre límites y posibilidades de la «transición invisible» en dos grandes tensiones que tiene el proceso ante sí y que refieren, por un lado, a factores externos a ella, propios del escenario social en el que está inserto y que enfrenta este proceso, tensión que para estos efectos hemos caracterizado bajo el nombre de «la enervante levedad histórica de la clase política civil»; y, por otro lado, otra tensión que refiere a factores internos, que versan sobre la propia autodefinición ciudadana y que hemos caracterizado con la idea de «la efectiva potencia del autoconocimiento» de la ciudadanía de la «transición invisible».

Sobre la primera tensión presentada, a propósito del rol que la CPC ha jugado y sigue jugando en el equilibrio de poderes sociales, a lo largo de toda la tesis de manera transversal hemos ido reseñando detalladamente la persistente naturaleza del *ethos* gatopardista de esta CPC (a lo menos desde los comienzos del siglo XX hasta nuestra contemporaneidad). En razón de ello hemos cultivado un docto escepticismo que nos aconseja estar atentos y no menospreciar jamás la especial habilidad y experiencia que la CPC atesora respecto a cómo perpetuarse en el poder, definir el horizonte epistemológico de la política y encima, hacer parecer que las cosas cambian cuando, sustantivamente, nada cambia.

En este sentido, el propio proceso constituyente, más allá de su bien intencionada apertura a través de la fase de los “diálogos ciudadanos” (consistentes en una fórmula que mezcla democracia deliberativa y directamente participativa), prevé en su rígido itinerario institucional, específicamente en ciertas etapas clave (como serían la de reforma constitucional a la actual Constitución para posibilitar la creación de una nueva Constitución, y la etapa concerniente a la definición del mecanismo específico para proveer una nueva Constitución a cargo de la nueva conformación del Congreso Nacional de 2017 elegido parcialmente sin binominal) que la CPC reserve para sí la última palabra en cuanto a la definición del proceso, de modo que, al menos, desde el diseño institucional, la capacidad de agencia de la CPC permanece incólume, de manera que la mirada escéptica de la ciudadanía respecto a las posibilidades de este proceso

---

lado, como una posibilidad reivindicativa del mundo de la vida frente al aplastamiento de la lógica sistémica del poder y el dinero. Esta última baza es la que se juega la «transición invisible» en caso de desencadenarse un proceso de apropiación ciudadano del proceso constituyente: utilizar al derecho al servicio del mundo de la vida, como bisagra para convertir la razón públicamente elaborada en poder administrativo. Véase Habermas, *Teoría de la acción comunicativa II*, P. 517 y 527

constituyente –observable como un nuevo empleo de la lógica sistémica colonizadora del mundo de la vida– permanece asentada en forma más que justificada.

Respecto de la segunda tensión y al alero de lo recién dicho, la táctica de la contingencia destinada a escamotear y apropiarse ciudadanamente del proceso constituyente por medio de los intersticios de este que invitan a la participación activa de la ciudadanía, tiene que adecuarse a un proceso de largo arrastre que le de sustentabilidad y que hemos caracterizado con la idea de la «efectiva potencia del autoconocimiento». Consideramos, además, que esta segunda tensión, al depender intrínsecamente de la propia responsabilidad de la ciudadanía de la «transición invisible», nos llama de un modo más intenso a ocupar nuestros esfuerzos en ella (no solo de esta tesis, sino que además en el desarrollo posterior de la líneas de investigación que esta deja presentadas) pudiendo esperar, en el mediano y largo plazo, las mejores posibilidades de transformación que logren cristalizar los anhelos emancipatorios de la ciudadanía.

Respecto a esta tensión no existen atajos y nuestra corta visión debe propender a dar su mejor esfuerzo para superar sus posibilidades tanto para escarbar en los puntos ciegos epistémicos que arrastramos respecto del pasado (cuya ceguera traducida en ignorancia ha construido nuestra mirada perpleja respecto del presente) para redefinir nuestros procesos de subjetivación y de definición del mundo social en el que estamos insertos, como también para prefigurar un futuro anhelado pero incierto. Por ello es que hemos desglosado esta tensión en dos distintas proyecciones temporales que pueden robustecer en menor o mayor grado la consciencia y postura de la ciudadanía en el tiempo presente: la primera, de cara al futuro, a través de la necesaria actitud reflexiva que es propia de los sujetos poscreyentes, que sopesan desde un escepticismo constructivo atento al falibilismo, las posibilidades de construir un futuro que difiera de aquello de lo que se aborrece del presente, haciendo un cuidadoso y responsable ejercicio de la imaginación política que no pierda de vista el respeto por la igual participación cognitiva de todos los ciudadanos, y que es a la vez consciente de las aporías de la imaginación futura en cuanto a su connatural imposibilidad de prever completamente los resultados de la agencia humana libre, que en parte, como se ha dicho, dependen del mundo pero también de cómo el devenir de la acción transforma a estos ciudadanos que manifiestan sus juicios.

Esta reflexión en tiempo presente que se proyecta al futuro, además de prefigurar las aporías de la imaginación acerca de porvenir, debe prefigurar también la relativa ceguera que adolece como producto de atesorar una imagen estrecha, borrosa y simplificada del pasado reciente que ha construido nuestra manera de posicionarnos en el mundo. Por ello, la segunda proyección temporal con respecto a la tensión de nuestro efectivo autoconocimiento está referido a nuestras condiciones de existencia prefiguradas en el tiempo pasado con silencio, cegueras y desfiguraciones. En ese tenor hemos querido indagar dos importantes «fricciones epistémicas» que se han desatado y que han permitido desencadenar un proceso de resignificación social del pasado común y con ello, de nuestros propios procesos de subjetivación.

La primera de estas fricciones la concebimos desde la aparición del denominado *Manifiesto de Historiadores* que trajo consigo el empoderamiento de una nueva oleada epistémica, especialmente crítica respecto de la definición de las políticas institucionales de la memoria y de la manera en cómo se estaba escribiendo la narrativa de la historia reciente.

De estos nuevos aires que trajo consigo esta primera fricción epistémica, o más apropiadamente dicho, de manera cooriginaria, es que surge a su vez nuestra segunda fricción epistémica que hemos definido siguiendo a Salazar como la actitud de *afirmación de la afirmación*, que precisamente, ante el retrato inconcluso de nuestra narrativa social (que, no obstante, nos es presentado premeditadamente como si se tratase de algo que en jerga jurídica diríamos está “firme y ejecutoriado”) nos propone, en cambio, visitar e investigar el pasado para reescribir la historia y con ella nuestras posibilidades agenciales, por medio de un método que indaga desde la propia experiencia e historia social de los ciudadanos, centrada en la propia afirmación de la capacidad de teorizar bajo conceptos propios en lugar de acomodarse a raseros ajenos, contribuyendo con ello a construir una definición de nosotros más completa y aprehensible, que no nos resulte ajena y desarticulada de lo que efectivamente somos.

Este proceso que ha comenzado a cimentarse desde la academia, por su especial naturaleza, queda superado largamente por el discurrir de la realidad y de esta manera hemos visto que sumado al exponencial crecimiento de disciplinas como la historia social chilena, la actitud epistémica de *afirmación de la afirmación* y el nuevo desarrollo de conocimientos permean, inundan y eliminan las clausuradas fronteras de

las áreas del conocimiento tuteladas por la academia para abrirse camino por todos los intersticios culturales de la sociedad. Así lo hemos visto a través de la música popular chilena y sus resignificaciones que toman prestado de una larga tradición folklórica para traducirla culturalmente a los tiempos que corren, actualizando su mensaje y abriendo nuevas vías en la cotidianeidad del mundo de la vida para transformar la consciencia de los sujetos de esta «transición invisible». El proceso de sedimentación cultural es en este sentido, largo y lento, pero acontece y seguirá aconteciendo, propiciando paulatinamente el empoderamiento cada vez mayor de la ciudadanía chilena para tomar las riendas de las definiciones sociales que le atingen.

Finalizando este trabajo, somos conscientes de que por la extensión de las materias involucradas en el tema, son muchos los flancos que quedan abiertos y que, además, por las acotadas y modestas pretensiones de esta obra, ni siquiera me es posible afirmar el haberme hecho completamente cargo de aquellos aspectos a los que he dedicado un nivel mayor de profundidad. Queda especialmente pendiente, como una inquietud a desarrollar en el futuro, el poder abordar la temática de la «transición invisible» con una perspectiva de género que me lamento, ha quedado relegada por mis propias limitaciones y adicionalmente acribillada por la patriarcal raíz poco inclusiva del idioma español bajo el persistente vocablo de «ciudadanos», entre otros.

Ha quedado también pendiente un trabajo de campo, de investigación-acción, de mayor profundidad inmiscuido en el estudio específico de algunos colectivos y movimientos sociales actualmente organizados, cuyo acontecer complementaría y daría mayores luces sobre la efectiva ocurrencia de las propuestas más conceptuales y teóricas que hemos elaborado en esta tesis, a la vez que de sus posibilidades de encuentro con las instancias institucionales de definición política a propósito del proceso constituyente en ciernes. A pesar de este rápido (aunque no por eso menor) listado de deficiencias, somos a la vez conscientes de que este trabajo de tesis doctoral no representa más que una iniciación dentro del mundo de la investigación social y por ello queda de todas maneras el regocijo de poder dejar apuntados estos flancos abiertos para seguir construyendo desde la actitud de *afirmación de la afirmación* que nos guía. Aunque trillado, sigue siendo cierto aquel verso que Machado escribió y que Serrat popularizó con su canto: *Caminante no hay camino, se hace camino al andar*.







## INTERNATIONAL MENTION: FINAL REMARKS

Just before the end of the last chapter, I wanted to refer to the idea of '*affirmation of the affirmation*' and how this has been developed in the context of the limits and possibilities of the «invisible transition». Understood as an attitude that, without warning, emerges as a result of the epistemic friction unleashed by the appearance of a «New Social History» that rewrites and gives new meaning to the recent past, this transition has been fundamentally nourished and enriched by citizens' social memory, explaining things that citizens in their process of self-discovery remain blind to. This occurred to such an extent that the opportunity emerged for critical reflection and to reinterpret and retell recent history already protected by official memory (consistent with the hegemonic interests underlying it), with the aim of making history both understandable and conceivable regarding the interests and actual needs of citizen self-discovery.

The epilogue to this chapter basically reflects on the relative unpleasantness existing between «political opportunities» and the «actual power of citizen self-discovery». Being out of synch is, to a great extent, conditioned by the discretion of an institutional impetus and the civilian political class's hegemony regarding how political timing is managed, which, these days, is seen in the sudden drawing-up of a rigorous and calculated constituent calendar. Said 'political times', managed at institutional will and dominated by the civilian political class, also respond to how the policy defined as 'the art of the possible' is understood. This assumes that the only function of politics is to administer whatever opportunities lie within its framework of possible action to the best of its abilities.

The other factor that contributes to a feeling of being out of synch is seen in the social diagnosis of citizen agency that strongly resembles the 'adaptive rebelliousness' described by Alberto Mayol and which shows, in a generally very half-hearted way, the levels of criticism, protest and use of social imagination in a political panorama characterised by its purely administrative ethos as 'the art of the possible' and whose performance is limited by institutional barriers, the harmful distribution of power and a cowardly citizen social imagination, afflicted by fear. Thus, there is generally rebelliousness among citizens, which only outlines, in its mind's eye, certain fabricated

possibilities, up to the point where these do not completely hinder said citizens' development, immersed as they are anyway in the routine nature of the «lifeworld». The cultural and institutional values of this life, questionable or not, are recognised as being difficult and slow to change and, at the same time, are deeply embedded in the very creation of the subjectivities of the individuals that oppose them.

Although this diagnosis of a lack of transparency is the most common and, at the same time, the most well-known among the public, having been reproduced by a reality that mass media has helped create, we have noted, using a wide range of examples, that when the norms and values of the routine nature of the “«lifeworld» (that which imposes the «adaptive» need) is altered by new flare-ups of - or, as the Civil Political Class (CPC) would euphemistically say, opportunities for ‘improvement’- some of the diverse extremes or aspects of the Chilean model, at the mercy of a progress still conditioned by its last two binding transitional processes and beyond its contribution to the naturalisation of this model’s practices and values, have come dangerously close to overstepping the limits of cohabitation and social, harmonious coexistence. This puts into check even the most primitive considerations of individuals’ identity and subjectivity, determining, in these cases, that it is impossible to continue on an ‘adaptive’ road and paving, in exchange, the way to a deeper level of rebelliousness. As mentioned in the cases of Magallanes and Freirina in the last chapter’s epilogue, this has cumulated in a social breakdown, in which conscious citizens have managed to superimpose their position on and ideas about ‘good living’ onto the habitually all-powerful duo made up of State institutions and the economic power of large private capitals, both national and transnational.

It is these experiences of resistance which perhaps best embody the citizens’ role in epistemic transformation based on the idea of ‘*affirmation of the affirmation*’: in both cases, faced with the radical epistemic injustice created by the arrogance of private investment companies, allowed to act how they want by the CPC, the nature of the flare-ups of action taken by the State and by private capital end up damaging the routine nature of the inhabitants’ ‘good life’ to such a high and perceptible extent that, empowered by their own experiences and self-discovery, they gather enough social capital by themselves to defeat the powerful social players they face.

How can these specific experiences be manipulated and extended towards all citizens, so as to turn ‘adaptive rebelliousness’ into something more profound without reaching extremes like installing large-scale pig farms, hydro-electrical plants or mines or stealing water to the point where people have to go to the toilet in plastic bags, like what happened in the borough of Petorca? This is the challenge we face and this is where there is a need for epistemic transformations, whose existence we have tried to defend throughout this thesis using the idea of an ‘«invisible (citizen) transition»’.

It was for this reason that, in the first chapter, the focus was mainly on revisiting the specific epistemology of the ‘transition’ idea entrenched in recent Chilean history from a critical perspective. We discovered that, beyond the discursive terms used between one transition and another, there was a powerful continuity in the development of political agency, framed deeply within the ‘administrative’ idea of politics and described as the ‘art of the possible’, in a mould that gets smaller and smaller and in which the current needs of Chilean society lack any chance of an adequate ‘administration’. This situation has only increased civilian disdain of this hegemonic epistemological understanding of politics.

However, just behind and below this and beyond the mainstream focus, a progressively increasing and more and more constant series of events was detected regarding an epistemic citizen transformation, looking to take small steps towards an idea of politics that, as Fernando Broncano has tried to defend (and from whose thread of ideas I borrow<sup>577</sup>), displaces or at least tries to dissipate the mainly ‘administrative’ meaning of the ‘art of the possible’. It assumes the challenge of an ambitious counterpart, distinguishing itself as the ‘art of the impossible’, which implies letting our social imagination – once so crushed by our fear of thinking about solutions to how to escape from the imprisonment we suffer when we move through history instead of ‘making it’ – soar and, at the same time, become a source of strain. In said process of change, within the possibilities of resistance to the ‘model’ offered, we have been able to make out the seed of an «invisible (citizen) transition».

---

<sup>577</sup> The thread of these ideas is found specifically in the wonderful blog called *El laberinto de la identidad*, in which, every Sunday, Fernando Broncano generously shares his extremely interesting reflections “on the boundaries between culture and science, philosophy and literature and melancholy and hope”. I have particularly considered the entry dated 07/02/2016 called ‘The Drama of the Possible’. See the following web link:

<http://laberintodelaidentidad.blogspot.es/2016/02/el-drama-de-lo-posible.html>

Before moving on to evaluating the panorama of possibilities and political opportunities faced by this «invisible transition» and, therefore, to reflecting on its possibilities and limits, our aim in the second chapter is to propose a theoretical portrayal of the «invisible transition» using several philosophical and sociological perspectives to shed light on a new epistemological meaning of the idea of the ‘transition’. In this sense, we wanted to begin with the basic supposition of the space an era occupies, which, beyond the discussions and heated debates on the topic, can be described as ‘globalised modernity’.

According to the information we have clarified and according to the position adopted by the phenomenon of a sociology of knowledge in which the creation of the conscious in modern times is generally determined by such huge common and global factors such as technologized production and bureaucracy and the factors determined by specific enclaves, the disposition of the conscious can be modified. Probably the most important point to be cleared up as a result of the phenomenon of the sociology of knowledge linked to the theorising that we have tried to formulate is connected to the vice of the flagrant epistemic injustice of the unequal distribution of knowledge and, thus, the ability in contemporary societies to make decisions within the culture of modernity

In this way, it can be seen that, among the great ideologies in which geopolitical hegemony has been disputed in the twentieth century, both ended up (and continue to) prioritise the position of experts in political development and the avant-garde when determining public policies that affect everyone, without paying any heed to the ‘calculation of suffering’ or to the position of inhabitants directly affected by said decisions. We aimed to conclude that said political agenda has been and continues to be epistemically unjust, given that there is no authentic or reasonable argument to cognitively disrespect large groups of citizens when taking into account the common formation of the conscious in modern times or, moreover, the privileged position that groups of citizens specifically affected by the political decisions that are adopted in the territory they inhabit which they may unlawfully hold and which makes it convenient to advocate for an attitude of ‘cognitive respect’.

Next, as we go through the sociology of action and the subject as developed by Alain Touraine, the need for citizen empowerment is emphasised through

the vindication of the idea of the subject, both by correcting how they appear individually (to prevent drifts towards hyper-individualism) and by the unsolvable transit of their collective appearance as a social movement, which resists and reverses the drift of a modernity that is characterised in a purely capitalist way overall. This allows us to conclude that the «invisible transition» and its collective manifestations as a social movement should not be seen as a group whose weight ends up suffocating the individuality of the subjects but that it must be seen as the face of the effective empowerment of subjects that look to compensate precisely for the authority of the subject within the configuration of modernity.

Subsequently, our theoretical construction of the idea of an «invisible transition» takes us into the moral arena, according to a modernity characterised by deep-rooted ‘atomistic’ doctrines and the rationalist ethos characterised by the ‘supremacy of instrumental reason’. Faced with the proliferation of the strong links between said currents in modernity, Charles Taylor proposed that this moral type of modernity has lost its consistency and become devalued, deriving from this a picture of profound ‘inarticulation’ from society. As a result of the rearticulated formulas proposed by Taylor, we have interpreted the demonstrations that comprise an «invisible transition» as the sum of the parts that make up the emancipatory project of an openly antiatomistic and facilitating Chilean society. In this sense, the main idea of attributing value to society and the community beyond atomistic logic (which attributes a uniquely instrumental value to society to the extent of favouring the individual development of the subjects) can be seen in the background. This occurs whenever collective acceptance regarding the ideas of the ‘common good’ and ‘good living’ take priority in the ‘«invisible transition», attributing value to society itself and closely adhering to the idea that a better interpretation of a full human agency is created precisely through social construction and not by a radical individual solipsism.

The following, final stage of the theoretical proposal designed to sustain the idea of an ‘invisible transition’ consists of countering the idea of society that is materialised through the Constitution and laws and that involves imposing social popularity during the dying moments of the dictatorship and, for a long time, during the post-Pinochet democracy too. Rather, this is observed nowadays as an epistemic transformation, through the empowerment of a socially constructed definition of society and the self-

image that citizens immersed in the «invisible transition» project of themselves as far as they are and consider themselves to be citizens.

Whereas the public elaboration of reason predominates over the socially-created citizen definition, the need that elaborated reason, in this form, manages to help permeate through the cracks of the hegemonic paths of power produced by the 'administrative reason' that builds the definitions of reality from an institutional perspective is also dealt with. For this reason, we turn to Habermas' theory of communicative action, which, based on a discursive principal, allows a deliberative policy and democracy to unfold, finding the way to transform public elaboration of reason in the so longed-for administrative power through deliberative means through the right-wing and its mechanisms

However, it should be noted that, when comparing the requisites of the purely theoretical description of the different stages of Habermas' deliberative policy, based on the experience of Western Europe's post-war Welfare State, the deliberative possibilities that the current situation offers the institutional design of the liberal state of the Chilean right turn fantasy into reality and the factual possibility of developing a deliberative policy capable of converting the reason elaborated publicly into complete administrative power emerges. As a result, we also deal with the theorising of Carlos Santiago Nino and his view of a more flexible deliberative democracy, based on the idea of the different levels of a democracy's epistemic value according to its condition, to try to bring closer the possibility of deliberative democracy in a context closer to our reality as a liberal right-wing state.

In any case, we would like to comment that only a deep-rooted change in the institutional matrix of the Chilean Rule of Law - its Constitution - could foster the possibility of a reconciliation with deliberative politics, since this matrix itself - as has been mentioned again and again throughout this text when evoking the ideas of ideologist Jaime Guzmán - has been deliberately designed to prevent changes that take it further from the idea of a protected, guardian democracy, made to measure by the dictatorship which gave birth to it.

At the end of the theoretical round, just when the possibility of a deliberative policy concerning the emergence of a new Constitution is left open, the possible direction of the «invisible transition» is picked up in the context of a budding



constituent process, in which the two main social players - society and politicians - who, transversally, have been the main focus of this thesis, both meet and face up to each other in an arena of public definitions based on their institutional political matrix. To some extent, some of the main characteristics of the social political scene from 1918 to 1925 are reedited and used to begin this thesis: a fully matured civilian society, weaving between and pushing the boundaries of a new political epistemology. The axis of the priorities of the 'politics of the possible' is changed for the emancipatory ambition of the very imaginative production of the 'politics of the possible', confronting an exhausted CPC that, in any case, reserves in and of itself the power and initiative of the institutional political definitions attached to the administrative ethos of the epistemological hegemony of the 'politics of the possible'.

The scene for the two seminars reviewed - in an interpretative excursus - to exemplify the discursive strain of the meeting (or rather failed meeting) of the different actors and their proposals, has presented the conceptual balance of the main limits and possibilities and the main challenges that the 'invisible transition' faces well. As far as possibilities are concerned, the urgency of immediacy imposes the arduous task of taking advantage of the 'political opportunity' that the itinerary of the constituent process provides, through massive citizen appropriation of the 'citizen dialogue' stage. Said stage is a novelty in Chilean democracy, since it establishes the unprecedented possibility of developing a deliberative policy through a kind of exclusive political participation in direct democracy, through citizen deliberation from a communal core, with these deliberations moving up progressively to the provincial, regional and national level.

Certainly, the radical lack of experience and deliberative political participation in official or institutional democratic opportunities, plus the no less radical 'rupture from the ordinary' (which, through the abusive 'gatopardist' tactics of the CPC - to paraphrase Fernando Broncano - have given rise to 'a long-term wave of distrust and fear that weakens the basic confidence in which the ordinary exists'<sup>578</sup>) invite scepticism as to the actual possibility of citizens' appropriating the constituent process.

---

<sup>578</sup> See BRONCANO, Fernando, 'Fragilidad de lo ordinario' in *El laberinto de la identidad* (blog). Entry from 21/02/2016. Available in the following link:

<http://laberintodelaidentidad.blogspot.es/2016/02/fragilidad-de-lo-ordinario.html>

Despite this suspicion of bad faith, we wanted, in these conclusions, to maintain the ‘hope of the unexpected’, similar to what effectively took place with the plebiscite in 1988, in which fear of reprisals by military agents did not encourage widespread citizen inscription in the elections or lead one to believe in such a high number of voters (54%) for the ‘No’ option, thus being capable of defeating both the fear created by 17 years of dictatorship and the ‘Yes’ vote to Pinochet remaining in power<sup>579</sup>.

On the other hand and already in the area of long-term strategy, we can summarise the balancing act between the limits and possibilities of the «invisible transition» into two main topics of strain faced by the process. These refer both to external factors belonging to the social scenario in which they are inserted and which are faced by this process - tension that, for these effects, we have described under the name «the unbearable historical lightness of the civilian political class» - and, on the other hand, one that refers to internal factors, dealing with citizen self-definition itself and which we have described using the idea of «the effective strength of self-discovery» of the citizens involved in the ‘invisible transition’.

Regarding the first source of strain and the role that the CPC has played and continues to play in the balance of social powers, we have identified in detail the persistent nature of their ‘gatopardist’ ethos (at least since the beginning of the twentieth century and up to the present day) throughout this thesis in a transversal way. As a

---

<sup>579</sup> To think about the constituent process in terms of the possibility of deliberative politics inevitably makes me think of Habermas. In his theory of modernity, he suggests a distinction between “processes of juridification according to whether they are linked to antecedent institutions of the lifeworld and juridically superimposed on socially integrated areas of action”. To complement this, he indicates that juridification has a paradoxical structure according to which “the point is to protect areas of life that are functionally dependent on social integration through values, norms, and consensus formation, to preserve them from falling prey to the systemic imperatives of economic and administrative subsystems growing with dynamics of their own, and to defend them from becoming converted over, through the steering medium of the law, to a principle of sociation that is, for them, dysfunctional”. According to such ideas and maximising their interpretative possibilities, the constituent process could be considered a game of opportunities that is also paradoxical: as a process of juridification that tends to impose the systematic logic (rigidity of the constituent itinerary and control of key stages by the CPC) and, on the other, as a possibility for vindication for the lifeworld, faced with the crushing of the systematic logic of power and money. The «invisible transition» plays with this last secret weapon and a process of citizen appropriation of the constituent process emerges: using the lifeworld’s right to service as the crux for converting publically elaborated reason into an administrative power. See HABERMAS, Jürgen, *The theory of communicative action, Volume 2, Lifeworld and system: a critique of functionalist reason*, Beacon Press, 1987, Boston, Massachusetts. Translated by Thomas McCarthy. p. 366 and 372-373. Available in the following link:

<http://blogs.unpad.ac.id/teddykw/files/2012/07/Jurgen-Habermas-The-Theory-of-Communicative-Action-Volume-2.pdf>

result of this, we have cultivated a learned scepticism that advises us to be aware and not underestimate the special capabilities and experience that the CPC possesses regarding how to carry on in power, how to define the epistemological horizon of politics and, above all, how to make it look like things change, when, substantially, nothing changes as all.

In this sense, the very constituent process itself, beyond its well-intentioned beginnings in the ‘citizen dialogue’ phase (consistent with a formula that mixes deliberative democracy and directly participative democracy), anticipated that the CPC would reserve the last word as far as defining the process of rigid institutional development in certain key stages (such as constitutional reform, the current Constitution that made the creation of a new Constitution possible and that which concerns the definition of the specific mechanism used to provide a new Constitution to deal with the new structure of the National Congress in 2017, chosen partially without the binominal system). As a result of its institutional design, the CPC’s capacity for negotiation remains unscathed, so that citizens’ scepticism when considering the possibilities of this constituent process – seen as a new way of employing the colonising and systematic logic of the lifeworld – is more than justifiably allayed.

Regarding the second source of strain and going beyond what has recently been said, the contingent tactic aimed at shrinking and allowing a citizen takeover of the constituent process, entering through the cracks in it that encourages active citizen participation, has to adapt to the drawn-out process that makes it sustainable and that we have described as the ‘effective strength of self-discovery’. We also believe that this second source of strain, intrinsically the responsibility of the citizens’ of the ‘invisible transition’, helps us focus our efforts more intensely (not only in this thesis, but also in the subsequent topics of research that emerge as a result). In the mid and long-term, it is hoped that the best possible opportunities arise for transformations that allow for the materialisation of citizens’ emancipatory desires.

There are no shortcuts for this source of strain and our limited vision does its best to supersede what is possible, in order to uncover our epistemic blind spots regarding the past (with a lack of insight, translated into ignorance, that has constructed our perplexed perspective of the present) and redefine our processes of subjectivation and how we define the social world in which we live, as well as representing a longed-

for but uncertain future. That is why we have broken down this source of tension into two different, temporary projections that strengthen the conscious and position of citizens in the present to either a greater or lesser extent: the first considers the future with the reflective attitude of post-believers, feeling the weight of a constructive scepticism subject to defects and which includes the possibility of constructing a future that is different to that which abhors the present, making careful and responsible use of a political imagination that does not lose sight of respect for the equal cogitative participation of all citizens. At the same time, it is conscious of the paradoxes of the future imagination, as far as its innate impossibility to completely anticipate the results of free human agency, which, in part and as has already been said, depends not only on the world but also on how the evolution of action transforms citizens who share their judgments.

As a current reflection that projects itself into the future, this represents a relative lack of insight, as a result of its narrow-minded, blurred and over-simplified view of the recent past, which has helped form the way we position ourselves in the world. That is why the second temporary projection regarding the source of strain in what is effectively our journey of self-discovery refers to the condition of our existence, represented in the past through silence, lack of insight and disfigurement. To this extent, we have tried to go into more detail about two important ‘epistemic sources of friction’, which have triggered a social process that gives new meaning to the common past and, in addition, to our own process of subjectivation.

The first of these sources of friction emerges as a result of the publication of the so-called *Manifest of Historians*, which brought with it the empowerment of a new epistemic wave, particularly critical to the definition of the institutional policies of memory and the way in which the narrative of recent history is written.

Along with the new twists that this first wave of epistemic friction brings with it - or, to be exact, what originated with it at the same time - comes the second source of epistemic friction, which we have defined, according to Salazar, as the attitude of ‘affirming the affirmation’. When faced with an inconclusive picture of our social narrative (deliberately presented to us, however, as if it were something that in legal terms would be described as ‘final and enforceable’), it is suggested, in turn, that we revisit and investigate the past in order to rewrite both history and our possibilities for

agency, using a method which begins its research in citizens' very experience and social history, based on the affirmation of the capacity to theorise about one's own concepts instead of having to adapt to external influences. In this way, a contribution is made to the construction of a definition of 'us' that is both more complete and understandable and not foreign or far removed from what we essentially are.

This process, which academia has started to consolidate due to its special nature, is largely superseded by the reasoning of reality. In this way, it can be seen that, together with the exponential growth of disciplines such as Chilean social history, the epistemic attitude of '*affirmation of the affirmation*' and the new development of knowledge has permeated, flooded and eliminated the previously closed-off frontiers of areas of knowledge guarded by academia, opening up all the cultural cracks in society. This is what has been seen in popular Chilean music and the way in which it has found new meaning, borrowing from a longstanding folkloric tradition to be translated culturally into the present, updating its message and opening up new trajectories in the routine nature of the lifeworld and transforming the consciousness of the subjects of this «invisible transition». The process of cultural sedimentation is, in this sense, both long and slow, but still happens and will continue to happen gradually, providing the ever greater empowerment of Chilean citizens and allowing them to take control of the social definitions that concern them.

On coming to the end of this piece of work and due to the scope of the material involved, I am aware that there are many avenues that remain unexplored and that, within the clearly defined and modest pretensions of this thesis, I cannot guarantee that I was able to study exhaustively the aspects I actually did look at in detail. Among others, a pending topic that should be further developed in the future is that of tackling the 'invisible transition' from a gender perspective, which unfortunately I had to set aside due to my own limitations and the patriarchal and not particularly inclusive roots of the Spanish language, which persistently uses vocabulary such as 'citizens' (written as a male plural verb).

In-depth field work and research and action are also pending as part of a specific study of current, organised social groups and movements whose existence both complements and sheds greater light on the actual occurrence of the most conceptual and theoretical proposals that we have elaborated in this thesis, as well as the

opportunity to meet institutional requests for the political definition of the budding constituent process. Despite this rapidly drawn up (but no less important for that reason) list of deficiencies, we are also conscious that this PhD thesis is no more than an initiation into the world of social research and, for that very reason, a note can be made of the avenues that remain unexplored so as to continue following them, guided by the '*affirmation of the affirmation*'. Although well-known, Machado's verses, made popular by Serrat in his song still ring true: "Wanderer, there is no road, the road is made by walking".

## BIBLIOGRAFÍA

### FUENTES BIBLIOGRÁFICAS:

ACKERMANN, Bruce, *La política del diálogo liberal*, Gedisa Editorial, 1999, Madrid.

ALTERIO, Ana Micaela; NIEMBRO ORTEGA, Roberto (Coordinadores) *Constitucionalismo popular en Latinoamérica*, Editorial Porrúa, Escuela libre de Derecho, 2013, México.

ARANCIBIA CLAVEL, Patricia; BALART, Francisco, *Sergio de Castro, el Arquitecto del Modelo Económico Chileno*, Biblioteca Americana, 2007, Santiago de Chile.

ARAUJO, Kathya, *Habitar lo social*, Lom Ediciones, 2009, Santiago de Chile.

ARAUJO, Kathya; MARTUCCELLI, Danilo,

—*Desafíos comunes. Retrato de la sociedad chilena y sus individuos. Tomo I: Neoliberalismo, democratización y lazo social*, Lom ediciones, 2012, Santiago de Chile.

—*Desafíos comunes. Retrato de la sociedad chilena y sus individuos. Tomo II: Trabajo, sociabilidades y familias*, Lom ediciones, 2012, Santiago de Chile.

ARENDT, Hannah, *Sobre la violencia*, Alianza Editorial, 2005, Madrid. Traducción de Guillermo Solana.

ATRIA LEMAITRE, Fernando,

—*La mala educación: ideas que inspiran al movimiento estudiantil en Chile*, Prólogo de Giorgio Jackson y Francisco Figueroa, Editorial Catalonia, CIPER Chile, 2012, Santiago de Chile.

—*Neoliberalismo con rostro humano: veinte años después*, Editorial Catalonia, 2013, Santiago de Chile.

—*La constitución tramposa*, Lom ediciones, 2013, Santiago de Chile.

ATRIA, Fernando; LARRAÍN, Guillermo; BENAVENTE, José Miguel; COUSO, Javier; JOIGNANT, Alfredo, *El otro modelo. Del orden neoliberal al régimen de lo público*, Debate-Random House Mondadori, 2013, Santiago de Chile.

AUSTER, Paul y COETZEE, J.M., *Aquí y ahora. Cartas 2008-2011*, Editorial Anagrama/Mondadori, 2012, Barcelona. Traducción de Benito Gómez y Javier Calvo.

BASSA, Jaime,

– “La pretensión de objetividad en la interpretación constitucional” en BASSA, Jaime; FERRADA, Juan Carlos; VIERA, Christian (Ed.), *La Constitución chilena. Una revisión crítica a su práctica política*, Lom ediciones, 2015, Santiago de Chile.

– “El Tribunal Constitucional en la Constitución chilena vigente” en BASSA, Jaime; FERRADA, Juan Carlos; VIERA, Christian (Ed.), *La Constitución chilena. Una revisión crítica a su práctica política*, Lom ediciones, 2015, Santiago de Chile.

BASSA, Jaime; FERRADA, Juan Carlos; VIERA, Christian (Ed.), *La Constitución chilena. Una revisión crítica a su práctica política*, Lom ediciones, 2015, Santiago de Chile.

BECK, Ulrich, “Teoría de la modernización reflexiva” en GIDDENS, Anthony; BAUMAN, Zygmunt; LUHMANN, Niklas; BECK, Ulrich; *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Anthopos editorial, 2011, Barcelona. Compilación de Josexto Beriain y traducción de Celso Sánchez Capdequí.

BELLOTTI, Francesca, “Entre bien común y buen vivir. Afinidades a distancia”, en *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-Sede Académica de Ecuador, Num. 48, Enero de 2014, Quito, ISSN: 1390-1249

BENHABIB, Seyla, *Las reivindicaciones de la cultura. Igualdad y diversidad en la era global*, Katz Editores, 2006, Buenos Aires. Traducción de Alejandra Vassallo.

BENJAMIN, Walter, *Sobre el concepto de la historia* en *Obras: Libro I/ Vol 2*, Editorial Abada, 2008, Madrid.

BERGER, Peter, BERGER, Brigitte, KELLNER, Hansfried, *Un Mundo Sin Hogar (Modernización y Conciencia)*, Editorial Sal Terrae, 1979, Santander. Traducción de Jesús García-Abril.

BERGER, Peter, *Pirámides del Sacrificio (Ética política y Cambio social)*, Editorial Sal Terrae, 1979, Santander. Traducción de Jesús García-Abril.

BERGER, Peter; LUCKMANN, Thomas, *La construcción social de la realidad*, Amorrortu Editores, 1994, Buenos Aires. Traducción de Silvia Zuleta.

BOLAÑO, Roberto,

–*Estrella distante*, Editorial Anagrama, 1996, Barcelona.

–*2666*, Editorial Anagrama, 2004, Barcelona.

BORÓN, Atilio, *Estado, Capitalismo y Democracia en América Latina*, Ediciones FLACSO, 2004, Buenos Aires.

BOURDIEU, Pierre, *El campo político*, Plural editores, 2001, La Paz.

BRAITHWAITE, Andrés (editor), *Bolaño por sí mismo. Entrevistas escogidas*. Ediciones Universidad Diego Portales, 2006, Santiago de Chile.



BRONCANO, Fernando,

–*La melancolía del Ciborg*, Editorial Herder, 2009, Barcelona.

–*Sujetos en la niebla: narrativas sobre la identidad*, Editorial Herder, 2013, Barcelona.

BRONCANO, Fernando, *El laberinto de la identidad* (blog).

– “El drama de lo posible”, entrada del 07/02/2016. Disponible en: <http://laberintodelaidentidad.blogspot.cl/2016/02/el-drama-de-lo-posible.html>

– “Fragilidad de lo ordinario”, entrada del 21/02/2016. Disponible en: <http://laberintodelaidentidad.blogspot.cl/2016/02/fragilidad-de-lo-ordinario.html>

CASTEDO, Leopoldo, *Chile: vida y muerte de la República Parlamentaria (de Balmaceda a Alessandri)*, Editorial Sudamericana, 2001, Santiago de Chile.

CASTORIADIS, Cornelius, *The Castoriadis Reader*, Blackwell publishers, 1997, Oxford.

CASTRO-GÓMEZ, Santiago, GROSGOUEL, Ramón (Ed.), *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, Siglo del Hombre Editores, 2007, Colombia.

CEA EGAÑA, José Luis, *El marco jurídico-político del plebiscito de 1988*, en Revista de Ciencia Política, Universidad Católica de Chile, Vol. IX - Nº 2 - 1987 y Vol. X – Nº 1 – 1988. Disponible en sitio web: <http://www7.uc.cl/icp/revista/pdf/rev101/ar5.pdf>

CORREA, Sofía; FIGUEROA, Consuelo; JOCELYN-HOLT, Alfredo; ROLLE, Claudio; VICUÑA, Manuel, *Historia del Siglo XX chileno: balance paradójico*, Editorial Sudamericana, 2012, Santiago de Chile.

CUNEO, Bruno (selección, edición y prólogo), *Ruiz. Entrevistas escogidas – filmografía completa*, Ediciones Universidad Diego Portales, 2013, Santiago de Chile.

DRUCKER, Peter, *La sociedad poscapitalista*, Editorial Sudamericana, 1993, Buenos Aires.

DURKHEIM, Emile, *El Suicidio: un estudio de sociología*, Akal Editores, 2012, Madrid.

DWORKIN, Ronald,

–*Ética privada e igualitarismo político*, Ediciones Paidós, 1993, Barcelona. Traducción de Antoni Domenech.

–*La comunidad liberal*, Siglo del Hombre Editores-Universidad de los Andes, 1996, Bogotá.

FAZIO, Hugo, *Un país gobernado por uno de sus dueños*, Lom Ediciones, 2011, Santiago de Chile.

FRICKER, Miranda, *Epistemic Injustice. Power and the ethics of knowing*, Oxford University Press, 2007, Great Britain

FUENZALIDA, Daniel, *Conversaciones con Manuel Rojas, Entrevistas 1928-1972*, Editorial Zig Zag, 2012, Santiago de Chile.

FUKUYAMA, Francis, *El fin de la historia y el último hombre*, Editorial Planeta, 1992, Barcelona. Traducción de P. Elías.

GARCES, Joan, *Allende y la experiencia chilena, las armas de la Política*, Siglo XXI editores, 2013, Madrid.

GARCÍA VILLEGAS, Mauricio, *La eficacia simbólica del derecho. Sociología política del campo jurídico en América Latina*, IEPRI Universidad Nacional de Colombia – Debate, 2014, Bogotá.

GARGARELLA, Roberto, *La sala de máquinas de la Constitución: dos siglos de constitucionalismo en América Latina (1810-2010)*, Katz Editores, 2014, Buenos Aires.

GARRETÓN, Manuel Antonio,

–*Del postpinochetismo a la sociedad democrática, Globalización y política en el bicentenario*, Debate, Random House Mondadori, 2006, Santiago de Chile.

–*Neoliberalismo corregido y progresismo limitado. Los gobiernos de la Concertación en Chile, 1990-2010*, Editorial ARCIS-CLACSO, 2012, Santiago de Chile.

GAUDICHAUD, Franck, “Construyendo ‘Poder Popular’: El movimiento sindical, la CUT y las luchas obreras en el periodo de la Unidad Popular” en PINTO, Julio (Coordinador-Editor), *Cuando hicimos historia: La experiencia de la Unidad Popular*, Lom Ediciones, 2005, Santiago de Chile.

GIDDENS, Anthony, *Modernidad e identidad del Yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Ediciones Península, 1995, Barcelona. Traducción de José Luis Gil Arístu.

GIDDENS, Anthony; BAUMAN, Zygmunt; LUHMANN, Niklas; BECK, Ulrich; *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Antrhopos editorial, 2011, Barcelona. Compilación de Josexto Beriain y traducción de Celso Sánchez Capdequí.

GÓMEZ MANZANO, Pablo, “Sujeto social popular y Movimiento social en Chile: Un recorrido histórico por la subjetividad y su manifestación colectivista” en *Revista do Centro de Investigaçao sobre Etica aplicada (CISEA)* N°1, Junio de 2012, Instituto Superior Politécnico Sol Nacente de Huambo, Angola. ISSN 2304-0688. Disponible en sitio web:

[http://www.ispsn.org/sites/default/files/Revista%20Sol%20Nascente%20N1\\_0.pdf](http://www.ispsn.org/sites/default/files/Revista%20Sol%20Nascente%20N1_0.pdf)

GRAMSCI, Antonio, *Cuadernos de la cárcel. Edición crítica del Instituto Gramsci a cargo de Valentino Gerratana. Tomo 3*, Ediciones Era, 1984, México. Traducción de Ana María Palos revisada por Jose Luís González

GREZ TOSO, Sergio y SALAZAR, Gabriel (Compiladores), *Manifiesto de Historiadores*, Lom ediciones, 1999, Santiago de Chile

GREZ TOSO, Sergio (recopilación y estudio crítico), *La “cuestión social” en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, fuentes para la historia de la república Vol. VII, dirección de archivos y museos nacionales, centro de estudios Diego Barros Arana. Disponible en: <http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0016862.pdf>.

GUZMÁN, Jaime, *Escritos personales*, Editorial JGE Ltda., 1992, Santiago de Chile.

HABERMAS, Jürgen,

–*Historia y crítica de la opinión pública, la transformación estructural de la vida pública*, Editorial Gustavo Gili, 1981, Barcelona. Traducción de Antoni Domenech.

–*Teoría de la acción comunicativa I, Racionalidad de la acción y racionalización social*, Taurus Editores, 1998, Madrid. Traducción de Manuel Jiménez.

–*Teoría de la acción comunicativa II, Crítica de la razón funcionalista*, Taurus Editores, 1998, Madrid. Traducción de Manuel Jiménez.

–*The theory of communicative action, Volume 2, Lifeworld and system: a critique of functionalist reason*, Beacon Press, 1987, Boston, Massachusetts. Translated by Thomas McCarthy. Available in the following link:

<http://blogs.unpad.ac.id/teddykw/files/2012/07/Jurgen-Habermas-The-Theory-of-Communicative-Action-Volume-2.pdf>

–*Facticidad y Validez, Sobre el derecho y el Estado democrático de derecho en términos de teoría del discurso*, Editorial Trotta, 1998, Madrid. Traducción de Manuel Jiménez Redondo.

–*La inclusión del otro, estudios de teoría política*, Editorial Paidós, 1999, Barcelona. Traducción de Juan Carlos Velasco y Gerard Vilar Roca.

–*Ensayos políticos*, Ediciones Península, 2002, Barcelona. Traducción de Ramón García Cotarelo.

–*El discurso filosófico de la modernidad*, Katz Editores, 2008, España. Traducción de Manuel Jiménez Redondo.

ILLICH, Iván, *La sociedad desescolarizada*, Editorial Brulot, 2011, Santiago de Compostela.

*Informe de la comisión nacional de verdad y reconciliación, Volumen I, Tomo 1*, Corporación Nacional de Reparación y Reconciliación, Reedición de Diciembre de 1996.

KLEIN, Naomi, *La Doctrina del Shock: el auge del capitalismo del desastre*, traducción de Isabel Fuentes García, Editorial Paidós, 2007, Barcelona.

KUNDERA, Milan, *La insoportable levedad del ser*, Tusquets editores, 1985, México. Traducción de Fernando Valenzuela.

*El Ladrillo, bases de la política económica del gobierno militar chileno*, Prólogo de Sergio De Castro, Centro de Estudios Públicos, 1992, Santiago de Chile.

LOVERA, Domingo, “¿tres son multitud?” en ALTERIO, Ana Micaela y NIEMBRO ORTEGA, Roberto (Coordinadores), *Constitucionalismo popular en Latinoamérica*, Editorial Porrua, Escuela libre de Derecho, 2013, México

LUHMANN, Niklas, *Sistemas Sociales: lineamientos para una teoría general*, Alianza Editorial/Universidad Iberoamericana, 1991, México.

MACINTYRE Alasdair, *Tras la virtud*, Editorial Crítica, 1987, Barcelona. Traducción de Amelia Valcárcel.

MAÍZ, Ramón (ed.), *Teorías políticas contemporáneas*, Editorial Tirant Lo Blanch, 2009, Valencia.

MALDONADO-TORRES, Nelson, “Sobre la colonialidad del ser: contribuciones al desarrollo de un concepto” en CASTRO-GÓMEZ, Santiago, GROSGOUEL, Ramón (Ed.), *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, Siglo del Hombre Editores, 2007, Colombia.

MARTNER, Gonzalo (Compilador), *Salvador Allende (1908-1973). Obras escogidas*, Editorial Antártica, 1992, Santiago de Chile.

MAYOL, Alberto, *No al lucro. De la crisis del modelo a la nueva era política*, Debate, Random House Mondadori, 2012, Santiago de Chile.

MCCARTHY, Thomas, *Race, Empire, and the Idea of Human Development*, Cambridge University Press, 2009, Cambridge.

MEDINA, José, *The Epistemology of Resistance: gender and racial oppression, epistemic injustice, and resistant imaginations*, Oxford University Press, 2012, United States of America.

MIGNOLO, Walter, *La idea de América Latina, la herida colonial y la opción decolonial*, Gedisa Editorial, 2007, Barcelona. Traducción de Silvia Jawerbaum y Julieta Barba.

MOULIAN, Tomás,

–“¿Historicismo o esencialismo?” (crítica al libro de Gabriel Salazar: *Violencia política popular en las 'grandes alamedas'*), en *Proposiciones*, N°20, Ediciones SUR, 1991, Santiago de Chile.

–*Chile actual: anatomía de un mito*, Universidad ARCIS, Lom Ediciones, 1997, Santiago de Chile.

–“La vía chilena al socialismo: Itinerario de la crisis de los discursos estratégicos de la Unidad Popular”, en PINTO, Julio (Coordinador-Editor), *Cuando hicimos historia: La experiencia de la Unidad Popular*, Lom Ediciones, 2005, Santiago de Chile

–*Fracturas: de Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende*, Lom Ediciones, 2006, Santiago de Chile.

NEGRI, Antonio, *El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad*, Traficantes de sueños, 2015, Madrid. Traducción de Simona Frabotta y Raúl Sánchez Cedillo.

NINO, Carlos Santiago, *La constitución de la democracia deliberativa*, Gedisa Editorial, 1997, Barcelona. Traducción de Roberto P. Saba.

PINTO, Julio (Coordinador-Editor), *Cuando hicimos historia: La experiencia de la Unidad Popular*, Lom Ediciones, 2005, Santiago de Chile

POCH PLÁ, Pedro, *Del Mensaje a la Acción: Construyendo el Movimiento Hip-hop en Chile (1984 2004 y más allá)*, Editorial Quinto Elemento, 2011, Santiago de Chile.

PNUD, *Desarrollo Humano en Chile, 1998, Las paradojas de la modernización (Resumen Ejecutivo)*. PNUD, 1998, Santiago de Chile.

ROITMAN ROSENMAN, Marcos, *Tiempos de oscuridad. Historia de los Golpes de Estado en América Latina*, Editorial Akal, 2013, Madrid.

ROJAS FLORES, Jorge, *La dictadura de Ibañez y los sindicatos (1927-1931)*, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1993, Santiago de Chile. Disponible en: <http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0000721.pdf>

SALAZAR, Gabriel; PINTO, Julio,

–*Historia contemporánea de Chile. Tomo I: Estado, legitimidad, ciudadanía*, Lom Ediciones, 1999, Santiago de Chile.

–*Historia contemporánea de Chile. Tomo III: La economía: mercados, empresarios y trabajadores*, Lom ediciones, 2002, Santiago de Chile.

SALAZAR, Gabriel,

–“Grandes coyunturas políticas en la historia de Chile: ganadores (previsibles) y perdedores (habituales)”, en *Proposiciones* N°16, Ediciones Sur, 1988, Santiago de Chile.

–*La Historia desde abajo y desde dentro*, Facultad de Artes, Departamento de Teoría de las Artes, Universidad de Chile, Lom Ediciones, 2003, Santiago de Chile.

–*Construcción del Estado en Chile (1760-1860). Democracia de “los pueblos”. Militarismo ciudadano. Golpismo oligárquico*, Editorial Sudamericana, 2005, Santiago de Chile.

–*La violencia política popular en las “Grandes Alamedas”. La violencia en Chile 1947-1987 (una perspectiva histórico popular)*, Lom Ediciones, 2006, Santiago de Chile.

–*Mercaderes, empresarios y capitalistas (Chile, Siglo XIX)*, Editorial Sudamericana (Random House Mondadori), 2009, Santiago de Chile.

–*Del poder constituyente de asalariados e intelectuales. Chile siglos XX y XXI*, Lom Ediciones, 2009, Santiago de Chile.

–*Movimientos sociales en Chile: trayectoria histórica y proyección política*, Editorial Uqbar, 2012, Santiago de Chile.

–*La enervante levedad histórica de la clase política civil (Chile, 1900-1973)*, Debate-Random House Mondadori, 2015, Santiago de Chile.

SANTOS, Boaventura De Sousa,

–*De la mano de Alicia: lo social y lo político en la postmodernidad*, Siglo del Hombre Editores, Facultad de Derecho Universidad de los Andes, Ediciones Uniandes, 1998, Bogotá. Traducción de Consuelo Bernal y Mauricio García Villegas.

–“¿Un occidente no occidentalista? La filosofía a la venta, la docta ignorancia y la apuesta de Pascal”, en *Para descolonizar occidente: Más allá del pensamiento abismal*, Clacso, 2010, Buenos Aires. Traducción de Rebeca Peralta Mariñelana.

SANTOS, Boaventura de Sousa y MENESES, María Paula (Eds.), *Epistemologías del Sur (perspectivas)*, Ediciones Akal, 2014, Madrid.

SARTRE, Jean-Paul, *El ser y la nada: ensayo de ontología fenomenológica*, Editorial Losada, 1998, Buenos Aires. Traducción de Juan Valmar.

SEBALD, Winfried Georg,

–*Pútrida Patria, ensayos sobre literatura*, Traducción de Miguel Sáenz, Editorial Anagrama, 2005, Barcelona.

–*Los anillos de Saturno*, Traducción de Carmen Gómez García y Georg Pichler, Editorial Anagrama, 2008, Barcelona.

SVAMPA, Maristella, *Cambio de época: movimientos sociales y cambio político*, Clacso–Siglo XXI editores, 2008, Buenos Aires.

TARROW, Sidney, *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Alianza Editorial, 1997, Madrid. Traducción de Herminia Bavia y Antonio Resines.

TAYLOR, Charles,

–*Philosophical papers I: Human Agency and Language*, Cambridge University Press, 1985, Great Britain.

–*La ética de la autenticidad*, Editorial Paidós, 1994, Barcelona. Traducción de Pablo Carbajosa Pérez.

–*Fuentes del Yo. La construcción de la identidad moderna*, Editorial Paidós, 1996, Barcelona. Traducción de Ana Lizón.

–*La libertad de los modernos*, Amorrortu Editores, 2005, Buenos Aires. Traducción de Horacio Pons.

–*Imaginario sociales modernos*, Editorial Paidós, 2006, Barcelona. Traducción de Ramón Vila Vernis.

–*A secular age*, The Belknap Press of Harvard University Press, 2007, United States of America.

THIEBAUT, Carlos,

–*Historia del Nombrar, dos episodios de la subjetividad moderna*, Visor, 1990, Madrid.

–*Vindicación del ciudadano, un sujeto reflexivo en una sociedad compleja*, Ediciones Paidós Ibérica, 1998, Barcelona.

TILLY, Charles y WOOD, Lesley J., *Los movimientos sociales, 1768-2008, desde sus orígenes a Facebook*, Editorial Crítica, 2010, Barcelona. Traducción de Ferran Esteve.

TOCQUEVILLE, Alexis de, *La democracia en América*, Fondo de Cultura Económica, 1957, México. Traducción de Luís R. Cuéllar.

TOURAINÉ, Alain,

–*Sociología de la acción*, Editorial Ariel, 1969, Barcelona.

–*Vida y muerte del Chile popular*, Siglo XXI editores, 1974, México.

–*Los movimientos sociales*, Editorial Almagesto, 1991, Buenos Aires.

–*Crítica de la modernidad*, Colección: Ensayo, Ediciones Temas de Hoy, 1993, Madrid. Traducción de Mauro Armiño

UGARTE, José Luís, “El trabajo en la Constitución chilena”, en BASSA, Jaime, FERRADA, Juan Carlos y VIERA, Christian (Ed.), *La Constitución chilena. Una revisión crítica a su práctica política*, LOM ediciones, 2015, Santiago de Chile

VELASCO, Juan Carlos, *Habermas: el uso público de la razón*, Alianza editorial, 2013, Madrid.

VENERONI, Horacio, *Estados Unidos y las fuerzas armadas de América Latina. La dependencia militar*, Ediciones Periferia, 1973, Buenos Aires.

VERGARA, Rodrigo, *Sergio De Castro, el arquitecto del modelo económico chileno, comentario al libro de Arancibia y Balart*, Centro de Estudios públicos, Estudios Públicos N° 110, 208, Santiago de Chile.

VETÖ, Silvana y GARRETÓN, Francisca, “Legitimación de la Constitución de 1980 en El Mercurio, 1980-1986”, en *Revista Pléyade*, Año III-N°6, ISSN: 0718-655X, Centro de análisis e investigación política, Julio-Diciembre 2010, Santiago de Chile.

WEBER, Max, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Premia Editora, 2004 (digitalización), México. Traducción de José Chávez Martínez.

ZAPATA, Patricio, “Viviendo una época secularizada, una reseña de *A secular age* de Charles Taylor”, en *Anuario de Derecho Público 2011*, Ediciones Universidad Diego Portales, 2011, Santiago de Chile.

## FUENTES DOCUMENTALES, PERIODÍSTICAS Y DOCUMENTOS DE TRABAJO:

*Biblioteca del Congreso Nacional de Chile* (acerca de la ley de inscripción automática y voto voluntario)

Disponible en:

[http://www.bcn.cl/carpeta\\_temas\\_profundidad/Tribunal-Constitucional-ratifico-Ley-de-Inscripcion-Automatica-y-Voto-Voluntario](http://www.bcn.cl/carpeta_temas_profundidad/Tribunal-Constitucional-ratifico-Ley-de-Inscripcion-Automatica-y-Voto-Voluntario)

CIPER Chile (centro de investigación periodística). *Reportajes de investigación periodística*.

–“La Polar I: La red de sociedades y millonarias ganancias que devela cómo los gerentes participaron del fraude”. Disponible en:

<http://ciperchile.cl/2012/07/03/la-polar-i-la-red-de-sociedades-y-millonarias-ganancias-que-devela-como-los-gerentes-participaron-del-fraude/>

–“La Polar II: La historia inédita detrás de las ganancias de Morita y sus gerentes”. Disponible en:

<http://ciperchile.cl/2012/07/05/la-polar-ii-la-historia-inedita-detras-de-las-ganancias-de-morita-y-sus-gerentes/>

*Consejo ciudadano de observadores:*

<http://www.gob.cl/2015/12/02/presidenta-nombra-a-integrantes-del-consejo-ciudadano-de-observadores/>

<http://www.consejociudadanodeobservadores.cl>

Diario *El Mercurio*:

–Edición online del miércoles 1 de abril de 2009. Disponible en:

<http://diario.elmercurio.com/detalle/index.asp?id=%7Bf6879ebb-f624-4974-b8ad-1140ed9c858d%7D>

–Edición online de 11 de junio de 2011. Disponible en:

<http://www.emol.com/noticias/nacional/2011/07/19/493428/presidente-pinera-afirma-que-la-educacion-es-un-bien-de-consumo.html>

–Edición impresa del 21 de diciembre de 2013, P. A2

–Edición impresa de 27 de diciembre de 2013 (entrevista realizada por Guillermo Muñoz), P. C4

–Edición online del 7 de octubre de 2015, Sección “Economía y negocios” (CASTAÑEDA, Lina y ROSSI, Pablo, “Ingreso per cápita de Chile llega a US\$ 23.564 en 2015”). Disponible en:

<http://www.economiaynegocios.cl/noticias/noticias.asp?id=189906>



Diario electrónico *El mostrador*:

–Edición online de 26 de Octubre de 2015 (GARÍN, Renato, “Proceso constituyente: la parábola de los dos tercios”). Disponible en:

<http://www.elmostrador.cl/noticias/opinion/2015/10/26/proceso-constituyente-la-parabola-de-los-dos-tercios/>

–Edición online de 4 de mayo de 2007 (declaración titulada “la disyuntiva”, firmada por varios autores de sectores progresistas de izquierda de la Concertación ). Disponible en:

[http://www.socialismo-chileno.org/PS/index.php?option=com\\_content&task=view&id=648&Itemid=90](http://www.socialismo-chileno.org/PS/index.php?option=com_content&task=view&id=648&Itemid=90)

Diario *La Segunda*

–Edición impresa de 12 de febrero de 1999 (“Reflexiones sobre un manifiesto” de Gonzalo Vial).

Diario *La Tercera*:

–Edición online de 10 de agosto de 2012 (reportaje de Paulina Cabrera titulado “Barrio República recupera su esplendor”). Disponible en:

<http://diario.latercera.com/2012/08/10/01/contenido/santiago/32-115731-9-barrio-republica-recupera-su-esplendor.shtml>

– Edición online de 5 de abril de 2016. Disponible en:

<http://www.latercera.com/noticia/politica/2016/04/674-675208-9-consejo-de-observadores-sufre-primera-renuncia-tras-diferencias-con-la-moneda.shtml>

–Edición online de 25 de Octubre de 2015 (“Eyzaguirre adelanta detalles de la primera fase del proceso constituyente”, entrevista a Jaime Eyzaguirre realizada por Alejandro Trujillo y Gloria Faúndez). Disponible en:

<http://www.latercera.com/noticia/politica/2015/10/674-652912-9-eyzaguirre-adelanta-detalles-de-la-primera-fase-del-proceso-constituyente.shtml>

–Edición impresa de 24 de agosto 2013, R18 (entrevista a Alain Touraine). Disponible online en:

<http://diario.latercera.com/2013/08/24/01/contenido/reportajes/25-144634-9-alain-touraine-temo-que-chile-intente-reformas-demasiado-rapido.shtml>

DÍAZ, Antonio; HUNEEUS, Cristobal; LAGOS, Marta, *Cambiaton electoral: un padrón político* en DECIDECHILE.

Disponible en:

<http://blog.decidechile.cl/2013/10/cambiaton-electoral-un-padron-politico.html>

*Encuesta Adimark Evaluación gestión de Gobierno Octubre de 2015*. Estudio completo disponible en:

[http://www.adimark.cl/es/estudios/documentos/20\\_eval%20gobierno%20oct\\_2015.pdf](http://www.adimark.cl/es/estudios/documentos/20_eval%20gobierno%20oct_2015.pdf)

*Evolución del padrón electoral chileno:*

<http://www.ine.cl>

<http://www.elecciones.gov.cl>

*Guía metodológica para la preparación de cabildos territoriales del proceso constituyente:*

<http://www.capital.cl/wp-content/uploads/2016/01/guia-metodologica.pdf>

*Itinerario proceso constituyente (infografía)*

<http://www.gob.cl/2015/10/13/infografia-conoce-las-etapas-del-proceso-constituyente>

*Mensaje Presidencial*, 21 de mayo de 2015.

Disponible en:

[http://www.gob.cl/cuenta-publica/2015/2015\\_mensaje\\_presidencial.pdf](http://www.gob.cl/cuenta-publica/2015/2015_mensaje_presidencial.pdf)

*Revista Caras*

– investigación periodística titulada “La ruta del francotirador”. Disponible en:

<http://www.caras.cl/politica/carlos-pena-la-ruta-del-francotirador/>

## FUENTES AUDIOVISUALES:

ATRIA LEMAITRE, Fernando,

– “¿Qué es una Constitución?”, Ponencia en *Seminario Internacional Recuperar los bienes comunes: desafío en el proceso constituyente del Chile extractivista*, 2 de septiembre de 2015, Casa central Universidad de Chile, Santiago. Audio disponible en:

[https://www.dropbox.com/sh/rjk1gm2astehdxv/AADCU3TXu4EC5TgHE2y\\_U26wa/Audios%20Seminario/D%C3%ADA%201/Panel%201?dl=0](https://www.dropbox.com/sh/rjk1gm2astehdxv/AADCU3TXu4EC5TgHE2y_U26wa/Audios%20Seminario/D%C3%ADA%201/Panel%201?dl=0)

– *La cultura política de los “amiguis”*, video-columna de «los columnistas» de Bio Bio Chile TV, 9 de Septiembre de 2015. Disponible en:

<http://tv.biobiochile.cl/notas/2015/09/09/la-cultura-politica-de-los-amiguis.shtml>

*El informante*, Televisión Nacional de Chile,

–programa del 1 de Septiembre de 2015. Disponible en:

<http://www.24horas.cl/programas/elinformante/el-informante-debatio-sobre-el-cambio-de-constitucion-en-chile-1774466>

GREZ TOSO, Sergio, “Respuestas panel 1” en *Seminario Internacional Recuperar los bienes comunes*. Audio de respuestas del Panel 1. Disponible en:

[https://www.dropbox.com/sh/rjk1gm2astehdxv/AADCu3TXu4EC5TgHE2y\\_U26wa/Audios%20Seminario/D%C3%ADA%201/Panel%201?dl=0](https://www.dropbox.com/sh/rjk1gm2astehdxv/AADCu3TXu4EC5TgHE2y_U26wa/Audios%20Seminario/D%C3%ADA%201/Panel%201?dl=0)

JARA, Víctor,

–Concierto de Víctor Jara en Perú, 17 de Julio de 1973. Disponible en:

<https://www.youtube.com/watch?v=UhXBrp3oAIM>

–“El aparecido”, 1era canción del disco Víctor Jara (1967, Odeón). Disponible en:

<http://www.youtube.com/watch?v=ILOGjVUEhP8>.

LOS OCHENTA (2008-2014), serie de televisión, Canal 13 de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

LOS PRISIONEROS,

–“Independencia Cultural”, última canción del disco Pateando piedras (1986), Disponible en:

<http://www.youtube.com/watch?v=qob3dcu4wXM>

NO (2012), Director: Pablo Larraín. Largometraje chileno

PARRA, Violeta,

–“Yo canto a la diferencia”, 6ta canción del disco Toda Violeta Parra (1961), Disponible en:

<http://www.youtube.com/watch?v=afzP8J3eP6M>

SALAZAR, Gabriel, “Cultura - Objeto y Cultura - Sujeto en la Historia Popular de Chile”, conferencia dictada en el marco del seminario *Lo Culto y Lo Popular* organizado por el "Núcleo de Investigación de Artes y Prácticas Culturales del Departamento de Sociología de la Universidad de Chile el 1 y 2 de diciembre de 2010. Disponible en:

[http://www.dailymotion.com/video/xgac3v\\_conferencia-gabriel-salazar\\_school](http://www.dailymotion.com/video/xgac3v_conferencia-gabriel-salazar_school)

SUBVERSO,

–“Hijos de la rebeldía”, canción de SubVerso y GuerrilleroKulto. 1era canción del disco *El amor es subversivo* (2010) de SubVerso. Disponible en:

<http://www.youtube.com/watch?v=UOW-XuZmNDM>

–“Memoria rebelde”, canción de SubVerso (2010). Disponible en:

<http://www.youtube.com/watch?v=GucEXgawVp4>

THIEBAUT, Carlos, “Medio siglo de Sujeto y Comunidad”, en *Ciclo: Medio siglo de filosofía*, Conferencia en Fundación Juan March, 5 de mayo de 2005, Madrid. Disponible en:

<http://www.march.es/conferencias/anteriores/voz.aspx?p1=2393&l=1>